DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

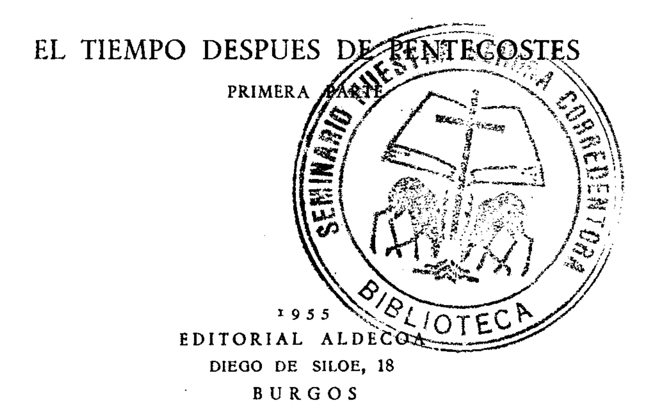
EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES
HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE
SANTO DOMINGO DE SILOS

IV

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

PRIMERA PARTE



1955
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

Nihil obstat:

Fr. Franciscus Sánchez. o. s. b.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. Isaac M.ª Toribios
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos,
die 7.ª Januarii 1952.

Nihil Obstat:

Dr. José Bravo
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, Arzobispo de Burgos

Burgos, 1 de febrero de 1954

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
Dr. Mariano Barriocanal
Canc. - Secr.

Ediciones Aldecoa, S. A. - Burgos 17428

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

CAPITULO I

SINTESIS HISTORICA DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Carácter de este período. — Después de la solemnidad de Pentecostés y su Octava, la sucesión del año litúrgico nos introduce en un nuevo período, que se diferencia totalmente del que hemos recorrido hasta aquí. Desde el principio del Adviento, que es el preludio de la fiesta de Navidad, hasta el aniversario de la venida del Espíritu Santo, hemos visto manifestarse todo el conjunto de los misterios de nuestra salvación. La serie de tiempos y de solemnidades desarrollaban un drama sublime que nos tenía suspensos y que acaba de terminarse. Con todo eso no hemos llegado aún más que a la mitad del año. Mas esta última parte del tiempo no se halla tampoco desprovista de misterios; pero en lugar de excitar nuestra atención por el interés siempre creciente de una acción que se encamina hacia su desenlace, la sagrada Liturgia nos va

a ofrecer una sucesión casi continua de episodios variados, unos gloriosos, otros emocionantes y que aporta cada uno su elemento especial para el desarrollo de los dogmas de la fe, o el progreso de la misma vida cristiana, hasta que el Ciclo, una vez acabado, termine para hacer sitio a otro, que renovará los mismos sucesos y derramará las mismas gracias sobre el cuerpo místico de Cristo.

Su duración. — Este período del Año Litúrgico, que comprende poco más o menos seis meses, según la fecha de Pascua, siempre ha tenido la actual forma. Pero, aunque no admite sino algunas solemnidades y fiestas destacadas, con todo eso, refléjase en él la influencia del ciclo movible. El número de las semanas que lo componen, puede llegar a veinte y ocho, y bajar hasta veintitrés. El punto de partida está determinado por la fiesta de Pascua, que oscila entre el 22 de marzo y el 25 de abril, y el término es el primer Domingo de Adviento, que abre un nuevo Ciclo, y es siempre el Domingo más próximo a las calendas de Diciembre.

Los Domingos. — En la Liturgia romana, los Domingos de que se compone esta serie, se designan con el nombre de *Domingos después de Pentecostés*. Esta denominación es la más apropiada, como demostraremos en el capítulo si-

guiente, y se basa en los más antiguos Sacramentarios y Antifonarios; pero no se estableció sino progresivamente en las Iglesias que usaban la Liturgia romana. Así el en *Comes* de Alcuino, que nos remonta al siglo VIII, vemos que la primera serie de estos Domingos, se designa con el nombre de *Domingos después de Pentecostés;* la segunda se intitula *Semanas después de la fiesta de los apóstoles (post Natale Apostolorum);* la tercera se llama *Semanas después de San Lorenzo (Post Sancti Laurentii);* la cuarta se denomina *Semanas del séptimo mes (septiembre);* la quinta, por fin, lleva la denominación de *Semanas después de San Miguel (post Sancti Angeli);* esta última serie llega hasta *Adviento.* Muchos misales de las Iglesias de Occidente presentan, hasta el s. XVI, esas distintas divisiones del *Tiempo después de Pentecostés,* expresadas de un modo variado según las fiestas de los Santos que servían como de fecha, para las distintas diócesis en esta parte del año. El Misal romano publicado por Pío V, habiéndose extendido sucesivamente en las Iglesias latinas, terminó por restablecer la antigua denominación, y el tiempo del año litúrgico a que hemos llegado, se designa en lo sucesivo con el nombre de *Tiempo después de Pentecostés (Post Pentecosten).*

CAPITULO II

SIGNIFICADO MISTICO DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

OBJETO DE ESTE PERÍODO. — Para captar bien la intención y el significado de esta estación del Año Litúrgico a que hemos llegado, es necesario recordar toda la serie de misterios que la Iglesia ha celebrado ante nosotros y con nosotros. La celebración de estos misterios no ha sido un vano espectáculo representado ante nuestros ojos. Cada uno ha traído consigo una gracia especial que producía en nuestras almas lo que significaban los ritos de la Liturgia. En Navidad, Cristo nació en nosotros; en el tiempo de Pasión, nos incorporó a sus sufrimientos y satisfacciones; en Pascua, nos comunicó su vida gloriosa; en su Ascensión, nos llevó consigo al cielo; en una palabra, para servirnos de la expresión del Apóstol: "Cristo se ha ido formando en nosotros" [1].

Pero la venida del Espíritu Santo era necesaria para aumentar la luz, para calentar nuestras almas con un fuego permanente, para con-

---

[1] *Gal.*, IV, 19.

solidar y perpetuar la imagen de Cristo. El Paráclito ha descendido y se ha dado a nosotros; quiere residir en nuestras almas y gobernar nuestra vida regenerada. Ahora bien, esta vida, que debe desenvolverse conforme a la de Cristo y con la dirección de su Espíritu, se halla figurada y expresada por el período que la Liturgia designa con el nombre de *Tiempo después de Pentecostés.*

La Iglesia. — Aquí se nos presentan dos cosas dignas de consideración: la Santa Iglesia y el alma cristiana. *La Esposa de Cristo, llena del Espíritu divino que se ha derramado en ella y que la anima siempre, avanza en su carrera militante,* y debe caminar hasta la segunda venida de su Esposo celestial. Posee los dones de la verdad y de la santidad. Armada con la infalibilidad de la fe y con la autoridad del gobierno, apacienta el rebaño de Cristo, lo mismo en la libertad y en la tranquilidad, que en medio de persecuciones y de pruebas. Su Esposo divino está con Ella, hasta la consumación de los siglos, por su gracia y por la eficacia de sus promesas; posee todos los favores que le ha impartido, y el Espíritu Santo quedará con Ella siempre. Esto expresa esta parte del Año Litúrgico, donde no encontraremos los grandes sucesos que señalaron la preparación y la consumación de la obra divina. En cambio, la Iglesia recoge en él los fru-

tos de santidad y de doctrina que estos misterios han producido y producirán durante su marcha a través de los siglos. Veráse también cómo se preparan y llegan a su tiempo los últimos sucesos que transformarán su vida militante en una vida triunfante en los cielos. Tal es, por lo que concierne a la Iglesia, la significación de la parte del Ciclo Litúrgico en que entramos.

EL ALMA CRISTIANA. —En cuanto al alma fiel, cuyo destino es como el compendio del de la Iglesia, su curso, durante el período que se abre para ella después de la fiesta de Pentecostés, debe ser análogo al de nuestra madre común. *Debe vivir y obrar según el Cristo que se unió con ella en la serie de sus misterios, y según la acción del Espíritu divino que recibió;* los episodios que señalen esta nueva fase, aumentarán en ella la luz y la vida. Recogerá en uno los rayos salidos de un mismo centro, y caminando de claridad en claridad [1], aspirará a la consumación en Aquel que ya conoce y en cuya posesión ha de ponerla la muerte. Mas, si el Señor no cree aun oportuno llamarla a Sí, comenzará un nuevo Ciclo y volverá a pasar por los elementos que experimentó en la primera mitad del Año Litúrgico; después de lo cual se encontrará de nuevo en el período que se desarrolla bajo la direc-

[1] *II Cor.*, III, 18.

ción del Espíritu Santo; por fin, el Señor la llamará el día y la hora que tiene señalado desde toda la eternidad.

Entre la Iglesia y el alma cristiana, durante el intervalo que se extiende desde la primera fiesta de Pentecostés hasta la consumación, hay esta diferencia: que la Iglesia le recorrerá una sola vez, mientras que el alma cristiana le vuelve a encontrar cada año a su tiempo. Fuera de esta diferencia la analogía es completa. Debemos, pues, alabar a Dios que viene en socorro de nuestra debilidad, renovando en nosotros sucesivamente, en la Liturgia, los auxilios por los que alcanzaremos el fin al que fuímos destinados.

La enseñanza de la Escritura. — La Iglesia ha dispuesto la lectura de los libros de la Sagrada Escritura durante el período actual, para expresar todo lo que se obra en su curso, ya en la misma Iglesia, ya en el alma cristiana. Desde el primer Domingo de Pentecostés hasta el mes de Agosto, nos instruye con la lectura de los cuatro libros de los Reyes. Son el resumen de los anales de la Iglesia. En ellos se ve la monarquía de Israel inaugurada por David, figura de Cristo victorioso en los combates, y por Salomón, el Rey pacífico, que levanta el templo para gloria de Dios. El mal lucha contra el bien durante esta travesía de los siglos. Hay grandes

y santos reyes como Asá, Ezequías, Josías, y reyes infieles como Manasés. El cisma se declara en Samaria, y las naciones infieles reúnen sus fuerzas contra la Ciudad de Dios. El pueblo santo, sordo con mucha frecuencia a la voz de los profetas, se entrega al culto de los dioses falsos y a los vicios de la gentilidad, y la justicia de Dios destruye en una ruina común al pueblo y a la ciudad infiel. Es imagen de la destrucción de este mundo, cuando de tal suerte faltara la fe, que el Hijo del Hombre, en su segunda venida, apenas encontrará rastro de ella [1].

En el mes de Agosto, leemos los libros Sapienciales, llamados así porque contienen las enseñanzas de la Sabiduría divina. Esta Sabiduría es el Verbo de Dios, que se manifiesta a los hombres por la enseñanza de la Iglesia hecha infalible en la verdad, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, que mora en ella de un modo permanente.

La verdad sobrenatural produce la santidad, que no podría subsistir ni fructificar sin ella. A fin de expresar este lazo que existe entre una y otra, la Iglesia lee en el mes de Septiembre los libros llamados hagiógrafos, de Tobías, Judit, Ester y Job, en los que se ve a la Sabiduría en acción.

Como la Iglesia, al fin de su permanencia en este mundo, debe verse sometida a violentos

[1] *S. Lucas,* XVIII, 8.

combates, se leen en el mes de Octubre los libros de los Macabeos, en que se narran el valor y la generosidad de los defensores de la Ley, que sucumbieron con gloria, como sucederá en los últimos tiempos, cuando se dé a la bestia la potestad de declarar la guerra a los santos y de vencerlos [1].

En el mes de Noviembre se leen los Profetas, anunciadores de los juicios de Dios, que se dispone a acabar con el mundo. Pasan sucesivamente: Ezequiel, Daniel y los *Profetas menores*, de los que la mayoría anuncian las venganzas divinas, y los últimos proclaman, al mismo tiempo, la próxima venida del Hijo de Dios.

Tal es el significado místico del tiempo después de Pentecostés. Se completa con el uso del color verde en las vestiduras sagradas. Este color expresa la esperanza de la Esposa, que sabe que su destino ha sido confiado por el Esposo al Espíritu Santo, con cuya dirección va realizando su peregrinación con toda seguridad. San Juan expresa todo ello con una sola frase: "El Espíritu y la Esposa dicen: Ven"[2].

---

1 *Apoc.*, XIII, 7.
2 *Apoc.*, XXII, 17.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

OBJETO DEL AÑO LITÚRGICO. — *El objeto de la Iglesia en el año Litúrgico es conducir al alma cristiana a la unión con Cristo por medio del Espíritu Santo.* Este es el fin que el mismo Dios se propuso al darnos a su Hijo para que fuese nuestro mediador, nuestro doctor y nuestro redentor, y al enviarnos al Espíritu Santo para que more con nosotros. Tal es el fin al que tiende todo el conjunto de ritos y oraciones que hemos seguido, y que no es sólo la conmemoración de los misterios que la bondad divina hizo por nuestra salvación, sino que lleva consigo las gracias correspondientes a cada uno de esos misterios, para que lleguemos, como dice el Apóstol, "a la edad de la plenitud de Cristo"[1].

La participación en los misterios de Cristo obra en el alma cristiana lo que la teología

[1] *Efesios*, IV, 13.

mística llama "*Vía iluminativa*", en que el alma es iluminada cada vez más con la luz del Verbo encarnado, que, con sus ejemplos y enseñanzas, la renueva en todas sus potencias, y la acostumbra a tener siempre las miras de Dios en todo. Esta preparación la dispone a su unión con Dios, no sólo de un modo imperfecto y más o menos estable, sino de un modo íntimo y permanente que se llama "*Vida unitiva*". Esta vida es la obra propia del Espíritu Santo, que fué enviado al alma para mantenerla en posesión de Cristo y desarrollar en ella el amor por el que se une con Dios.

LAS FIESTAS DEL TIEMPO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. — En este estado, el alma está preparada para gustar y asimilar todo lo que los numerosos episodios del Tiempo después de Pentecostés ofrecen de sustancial y de nutritivo. El misterio de la Santísima Trinidad, el del Santísimo Sacramento, la misericordia y el poder del Corazón de Jesús, las grandezas de María y su acción sobre la Iglesia y sobre las almas, se la manifiestan con más plenitud, produciendo en ella nuevos efectos. Percibe más íntimamente en las fiestas de los Santos, tan variadas y tan ricas en este tiempo, el lazo que la une a ellas en Jesucristo por el Espíritu Santo. La felicidad eterna, a la que esta vida de prueba debe ceder su lugar, se

revela en ella en la fiesta de Todos los Santos y recibe en mayor grado la esencia de esta dicha misteriosa que consiste en la luz y en el amor. Unida cada día más estrechamente con la Iglesia, sigue todas las fases de su existencia en la duración de los tiempos, toma parte en sus sufrimientos, participa de sus triunfos, ve sin desmayos inclinarse este mundo a su ocaso; porque sabe que el Señor está cerca. Por lo que toca a ella misma, siente que su vida corporal se apaga lentamente, que el muro que la aisla aún de la vista y de la posesión inmutable del Sumo Bien, se derrumba poco a poco; porque ya no vive en este mundo en que está, y su corazón ya se ha vuelto hacia donde está su tesoro[1].

Así iluminada, así atraída, así fija por la incorporación de los misterios, por medio de los cuales la Liturgia la ha alimentado y por los dones que el Espíritu Santo ha infundido en ella, el alma se entrega sin resistencia al soplo de este divino motor. El bien se le hace tanto más fácil cuanto, como de sí misma, aspira a lo más perfecto; el sacrificio, que la asustaba antes, la atrae ahora; usa de este mundo como si no lo usase[2], porque las verdaderas realidades para ella están fuera de este mundo; en fin, aspira tanto más a la posesión imperecedera de lo que

[1] *S. Mateo,* VI, 21.
[2] *I Cor.,* VII, 31.

ama, cuanto ya desde esta vida, como lo enseña el Apóstol, por lo mismo que se une de corazón a Dios, se hace un espíritu con El [1].

La renovación anual de la Liturgia. — Tal es el resultado que está destinada a producir en el alma la influencia suave y segura de la Liturgia. Y si, después de haber seguido las fases sucesivas, nos parece que este estado de desprendimiento y de aspiración no es aún el nuestro, y que la vida de Cristo no ha absorbido aún en nosotros la vida personal, guardémonos de desalentarnos. El Ciclo de la Liturgia, con sus rayos de luz y sus gracias que derrama en las almas, no aparece una vez sólo en el cielo de la Santa Iglesia; cada año ve que se renueva. Tal es la intención del que "amó tanto al mundo que le dió su Hijo único" [2], del que "vino no a juzgar al mundo, sino a salvarle" [3]: intención con la cual la Iglesia se conforma, poniendo sin cesar a nuestra disposición, con su providencia maternal, el más poderoso de los medios para llevar el hombre a Dios y para unirle con El. El cristiano a quien la primera mitad del Ciclo no ha conducido aún al término que acabamos de exponer, encontrará en la segunda preciosos recursos para desarrollar su fe y acrecentar su

[1] *Ibid.*, VI, 17.
[2] *S. Juan*, III, 16.
[3] *Ibid.*, III, 17.

amor. El Espíritu Santo, que reina más particularmente sobre esta parte del año, no dejará de obrar sobre su inteligencia y sobre su corazón; y, cuando un nuevo ciclo litúrgico se abra, la obra esbozada ya por la gracia, podrá recibir el complemento que la debilidad humana había suspendido.

PROPIO DEL TIEMPO

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

RAZÓN DE ESTA FIESTA Y DE SU TARDÍA INSTITUCIÓN. — Vimos a los Apóstoles el día de Pentecostés, recibir al Espíritu Santo, y, fieles al mandato del Maestro[1], partir cuanto antes a enseñar a todas las naciones y a bautizar a los hombres en nombre de la Santísima Trinidad. Era natural que la solemnidad cuyo objeto es honrar a Dios uno en tres personas, siguiese inmediata a la de Pentecostés, con quien se une por misterioso lazo. Sin embargo, hasta después de muchos siglos no fué admitida en el Año Litúrgico, que va completándose en el curso de los tiempos.

Todos los homenajes que la Liturgia rinde a Dios, tienen por objeto a la Santísima Trinidad. Los tiempos son tan suyos como la eternidad; ella es el término de toda nuestra religión. Cada día, cada hora la pertenecen. Las fiestas insti-

[1] *S. Mat.*, XXVIII, 19.

tuídas para conmemorar los misterios de nuestra salvación, siempre tienen fin en ella. Las de la Santísima Virgen y de los Santos son otros tantos medios que nos conducen a la glorificación del Señor, único en esencia y trino en personas. El Oficio divino del Domingo en particular, encierra cada semana la expresión especialmente formulada de la adoración y del servicio hacia este misterio, fundamento de los demás y fuente de toda gracia.

Se comprende, por lo mismo, por qué la Iglesia tardó tanto en instituir una fiesta especial en honor de la Santísima Trinidad. La causa ordinaria de la institución de las fiestas faltaba aquí por completo. Una fiesta es el monumento de un hecho que se ha realizado en el tiempo, y cuyo recuerdo e influencia es oportuno perpetuar; ahora bien, desde toda la eternidad, antes de toda creación, Dios vive y reina, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta institución no podía, pues, consistir sino en señalar en el Calendario un día particular en que los cristianos se uniesen de un modo más directo en la glorificación solemne del misterio de la unidad y de la trinidad en una misma naturaleza divina.

SÍNTESIS HISTÓRICA DE ESTA FIESTA. — La idea nació primero en algunas de esas almas piadosas y amantes de la soledad, que reciben de lo alto el presentimiento de las cosas que el Espí-

ritu Santo ha de obrar más tarde en la Iglesia. En el s. VIII, el sabio monje Alcuino, lleno del espíritu de la Liturgia, creyó llegado el momento de componer una Misa votiva en honor del misterio de la Santísima Trinidad. Y hasta parece haber sido animado a ello por el apóstol de Alemania, San Bonifacio. Esta Misa era sólo una ayuda a la piedad privada, y nada hacía prever la institución de la fiesta que un día había de establecerse. Pero la devoción a esta Misa se extendió poco a poco, y la vemos introducida en Alemania por el Concilio de Seligenstadt en 1022.

Pero ya por esa época una fiesta propiamente dicha de la Santísima Trinidad había sido inaugurada en una iglesia de Bélgica. Esteban, Obispo de Lieja, instituyó solemnemente la fiesta de la Santísima Trinidad en su Iglesia el 920, y mandó componer un oficio completo en honor del misterio. No existía aún la disposición del derecho común, que ahora reserva a la Sede apostólica la institución de las nuevas fiestas, y Riquier, sucesor de Esteban en la silla de Lieja, mantuvo la determinación de su predecesor.

Se extendió poco a poco, y la Orden monástica, al parecer, la acogió favorablemente; porque vemos, desde los primeros años del s. XI, que Bernón, abad de Reichenau, se ocupaba de su propagación. En Cluny se estableció la fiesta muy pronto durante este mismo siglo, como se ve por el Ordinario del Monasterio, redactado en 1091,

donde se halla mencionada como que estaba instituída desde hacía mucho tiempo.

En el Pontificado de Alejandro II (1061-1073), la Iglesia Romana, que, a menudo, ha dado fuerza de ley a los usos de Iglesias particulares, adoptándolos, se vió precisada a dar un juicio acerca de esta nueva fiesta. El Pontífice, en una de sus Decretales, constatando que la fiesta estaba ya extendida por muchos lugares, declara que la Iglesia Romana no la ha aceptado, por la razón de que la adorable Trinidad es, sin cesar, invocada todos los días por la repetición de estas palabras: *Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto,* y en otras muchas fórmulas de alabanza.

Sin embargo de eso, la fiesta continuaba extendiéndose, como atestigua el Micrologio; y en la primera mitad del s. XII, el Abad Ruperto proclama la conveniencia de esta institución expresándose respecto de ella como lo haríamos hoy: "Después de celebrar la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, cantamos la gloria de la Santísima Trinidad en el Oficio del Domingo siguiente; esta disposición es muy oportuna, porque después de la venida de este Espíritu divino, comenzaron la predicación y la creencia, y, en el bautismo, la fe y la confesión del nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"[1].

---

[1] *De los oficios divinos* 1, XI, c. 1.

En Inglaterra la institución de la fiesta de la Santísima Trinidad tuvo por autor principal al Mártir Santo Tomás de Cantorbery; en 1162 instituyóla en su Iglesia, en memoria de su consagración episcopal que tuvo lugar el primer domingo después de Pentecostés. En Francia encontramos en 1260 un Concilio de Arlés, presidido por el Arzobispo Florentino, que, en su canon sexto, proclama solemnemente la fiesta añadiendo el privilegio de una octava. Desde 1230, la Orden Cisterciense, extendida por Europa entera, la instituyó para todas sus casas; y Durando de Mende, en su *Rational,* da pie para concluir que la mayor parte de las Iglesias latinas, en el curso del s. XIII, gozaban ya de la celebración de esta fiesta. Entre estas Iglesias se encontraban algunas que la colocaban, no en el primero, sino en el último domingo después de Pentecostés; y otras que la celebraban dos veces: primero, a la cabeza de los domingos que siguen a la solemnidad de Pentecostés, y después en el domingo que precede inmediatamente al Adviento. Tal era en particular el uso de las Iglesias de Narbona, de Mans y de Auxerre.

Desde entonces se podía prever que la Silla Apostólica acabaría por sancionar una institución que la cristiandad anhelaba ver establecida en todas partes. Juan XXII, que ocupó la cátedra de San Pedro hasta 1334, consumó la obra por un decreto en el que la Iglesia Romana

aceptaba la fiesta de la Santísima Trinidad y la extendía a todas las Iglesias.

Si buscamos ahora el motivo que tuvo la Iglesia, dirigida en todo por el Espíritu Santo, al asignar un día especial en el año para rendir homenaje solemne a la Trinidad, cuando todas nuestras adoraciones, todas nuestras acciones de gracias, todos nuestros votos, en todo tiempo suben a ella, lo hallaremos en la modificación que se introducía entonces en el calendario litúrgico. Hasta el año 1000, las fiestas de los Santos universalmente honrados eran raras. Desde esta época son más numerosas y habría que prever el que se multiplicarían cada vez más. Vendría un tiempo, y duraría siglos, en que el Oficio del Domingo, que está especialmente consagrado a la Santísima Trinidad, cedería frecuentemente el lugar al de los Santos que lleva consigo el curso del año. Era necesario, para legitimar de algún modo el culto de los siervos en el día consagrado a la suma Majestad, que por lo menos una vez al año, el domingo ofreciese la expresión plena y directa de esta religión profunda que el culto de la Santa Iglesia profesa al supremo Señor que se ha dignado revelarse a los hombres en su Unidad inefable y en su eterna Trinidad.

La esencia de la fe. — *La esencia de la fe cristiana consiste en el conocimiento y adora-*

ción de Dios uno en tres personas. De este misterio salen los otros; y, si nuestra fe se nutre de él como de su alimento supremo, aguardando a que su visión eterna nos eleve a una felicidad sin fin, es por haberse complacido el Señor en manifestarse tal cual es, a nuestra humilde inteligencia, quedando en su "luz inaccesible" [1]. La razón humana puede llegar a conocer la existencia de Dios como creador de todos los seres, puede tener una idea de sus perfecciones contemplando sus obras; pero la noción del ser íntimo de Dios no puede llegar hasta nosotros, sino por la revelación que se ha dignado hacernos.

Ahora bien, queriendo el Señor manifestarnos misericordiosamente su esencia, a fin de unirnos a El más estrechamente y prepararnos de alguna manera a la visión que debe darnos de El mismo cara a cara en la eternidad, nos ha conducido sucesivamente de claridad en claridad, hasta que seamos suficientemente iluminados para que reconozcamos y adoremos la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Durante los siglos que preceden a la encarnación del Verbo eterno, Dios parece preocupado sobre todo de inculcar a los hombres la idea de su unidad, porque el politeísmo iba siendo el mayor mal del género humano, y la noción misma de la causa espiritual y única de todas las cosas

[1] *I Timot.*, VI, 16.

se hubiera apagado sobre la tierra, si la bondad soberana no hubiese mirado constantemente por su conservación.

EL HIJO REVELA AL PADRE. — Era preciso que la plenitud de los tiempos llegara; entonces Dios enviaría a este mundo a su Hijo único, engendrado de El eternamente. Realizó este designio de su munificencia, "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"[1]. Al ver su gloria, que es la del Hijo único del Padre[2], sabemos que en Dios hay Padre e Hijo. La misión del Hijo sobre la tierra, como nos reveló El mismo, nos enseña que Dios es Padre eternamente; porque todo lo que hay en Dios, es eterno. Sin esta revelación, que anticipa en nosotros la luz que esperamos después de esta vida, nuestro conocimiento de Dios quedaría muy imperfecto. Convenía que hubiera relación entre la luz de la fe y la de la visión que nos está reservada, y no bastaba al hombre saber que Dios es uno.

Ahora conocemos al Padre, del cual, como dice el Apóstol, dimana toda paternidad, aun sobre la tierra[3]. El Padre no es sólo para nosotros un poder creador que produce seres fuera de Sí; nuestros ojos, guiados por la fe, penetran hasta el seno de la esencia divina, y allí contem-

---

1 *S. Juan*, I, 14.
2 *Ibíd.*
3 *Efes.*, III, 15.

plamos al Padre engendrando un Hijo semejante a El. Pero, para enseñárnoslo, el Hijo bajó a nosotros. Lo dijo expresamente: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien al Hijo plugo revelarlo"[1]. ¡Gloria, pues, al Hijo que se dignó manifestarnos al Padre, y gloria al Padre que el Hijo nos ha revelado!

De este modo, la ciencia íntima de Dios nos ha venido por el Hijo, que el Padre, en su amor, nos ha dado[2]; y a fin de elevar nuestros pensamientos hasta su naturaleza divina, este Hijo de Dios que se revistió de nuestra naturaleza humana en su Encarnación, nos enseñó que El y su Padre son uno[3], que son una misma esencia en la distinción de las personas. Uno engendra, el otro es engendrado; el uno se dice poder, el otro, sabiduría, inteligencia. El poder no puede existir sin inteligencia, ni la inteligencia sin poder, en el ser soberanamente perfecto; pero uno y otro requieren un tercer término.

EL PADRE Y EL HIJO ENVÍAN AL ESPÍRITU SANTO. El Hijo, enviado por el Padre, subió a los cielos con su naturaleza humana que unió a sí por toda la eternidad. Y ahora el Padre y el Hijo envían a los hombres el Espíritu que procede de uno y otro. Por este nuevo don, el hombre llega a

[1] *S. Mat.*, XI, 27.
[2] *S. Juan*, III, 16.
[3] *Ibíd.*, XVII, 22.

conocer que en Dios hay tres personas. El Espíritu, lazo eterno de las dos primeras, es la voluntad, el amor, en la esencia divina. En Dios está, pues, la plenitud del ser sin principio, sin sucesión, sin aumento, porque nada le falta. En estos tres términos eternos de su sustancia increada, El es acto puro e infinito.

La Liturgia, alabanza de la Trinidad.—La sagrada Liturgia, que tiene por objeto la glorificación de Dios y la conmemoración de sus obras, sigue cada año las fases de estas manifestaciones, en las que el sumo Señor se declaró por entero a los simples mortales. Bajo los sombríos colores del Adviento, atravesamos un período de espera durante el cual, el refulgente triángulo dejaba apenas penetrar algunos rayos a través de la nube. El mundo imploraba un libertador, un Mesías, y el propio Hijo de Dios debía ser el libertador, el Mesías. Para que comprendiésemos por completo los oráculos que nos le anunciaban, era necesario que El viniese. Un párvulo nos ha nacido [1], y tenemos ya la llave de las profecías. Adorando al Hijo, adoramos también al Padre que nos le inviaba en la carne y con quien era consustancial. Este Verbo de Vida, a quien hemos visto, a quien hemos escuchado, a quien nuestras manos [2] han tocado en la huma-

[1] *Isaías*, IX, 6.
[2] *S. Juan*, I, 1.

nidad que se dignó tomar, nos convenció que es verdaderamente una persona, que es distinta del Padre, puesto que el uno envía y el otro es enviado. En esta segunda persona divina, encontramos al mediador que unió la creación a su Autor, al redentor de nuestros pecados, a la luz de nuestras almas, al Esposo a quien aspiran.

Al acabarse la serie de los misterios que le son propios, celebramos la venida del Espíritu Santificador, anunciando como quien debía venir para perfeccionar la obra del Hijo de Dios. Le hemos adorado y reconocido como distinto del Padre y del Hijo, que nos lo enviaban con la misión de permanecer con nosotros [1]. Se ha manifestado en las operaciones divinas que le son propias; porque son el objeto de su venida. Es el alma de la Iglesia, a quien conserva en la verdad que el Hijo la enseñó. Es el principio de la santificación de nuestras almas, donde quiere hacer su morada. En una palabra, el misterio de la Santísima Trinidad ha llegado a ser para nosotros—hijos adoptivos del Padre, hermanos y coherederos del Hijo, movidos y habitados por el Espíritu Santo—no sólo un dogma dado a conocer a nuestra inteligencia por la revelación, sino una verdad conocida prácticamente por nosotros, gracias a la generosidad inaudita de las tres divinas personas.

[1] *S. Juan*, XIV, 16.

MISA

Aunque el Sacrificio de la Misa se celebra siempre en honor de la Santísima Trinidad, hoy la Iglesia, en sus cantos, oraciones y lecturas, glorifica más expresamente el gran misterio que es el fundamento de la fe cristiana. Pero se hace conmemoración del Primer Domingo de Pentecostés, para no interrumpir el orden de la Liturgia. La Iglesia emplea para esta solemnidad el blanco, en señal de alegría, y para expresar la sencillez y pureza de la esencia divina.

El Introito no está sacado de las Sagradas Escrituras. Es una fórmula de alabanza propia de ese día, y la Santísima Trinidad está en ella representada como la fuente divina de las misericordias que se han derramado sobre los hombres.

INTROITO

Bendita sea la Santa Trinidad y la indivisible Unidad: alabémosla, porque ha obrado con nosotros su misericordia. — *Salmo:* Señor, Señor nuestro: ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ℣. Gloria al Padre...

En la colecta, la Iglesia pide para nosotros la firmeza en la fe que nos hace confesar en Dios la Unidad y la Trinidad. Es la primera condición de salvación, el primer lazo con Dios. Con éste venceremos a nuestros enemigos y saldremos triunfantes de todos los obstáculos.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que diste a tus siervos la gracia de conocer, en la confesión de la verdadera fe, la gloria de la eterna Trinidad, y de adorar la Unidad en la potencia de tu Majestad: suplicámoste hagas que con la firmeza de la misma fe, seamos protegidos siempre contra toda adversidad. Por nuestro Señor.

CONMEMORACION DEL PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, escucha propicio nuestras súplicas: y, puesto que la flaqueza mortal no puede nada sin ti, danos el auxilio de tu gracia: para que, cumpliendo tus mandatos, te agrademos con la voluntad y con la acción. Por nuestro Señor...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos. (XI, 33-36).

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! Porque, ¿quién ha conocido el secreto de Dios? o ¿quién ha sido su consejero? o ¿quién le dió primero a El para que se le retribuya? Porque de El, y por El y en El existe todo: a El la gloria por los siglos. Amén.

Los designios de Dios. — No podemos detener nuestra mente en los decretos divinos sin experimentar una especie de vértigo. Lo eterno e infinito deslumbran nuestra débil razón y esta

razón al mismo tiempo los reconoce y los confiesa. Ahora bien, si los designios de Dios sobre las criaturas exceden nuestros alcances, ¿cómo la naturaleza íntima del soberano ser nos será conocida? Sin embargo de eso, distinguimos y glorificamos en esta esencia increada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; porque el Padre se ha revelado a sí mismo enviándonos a su Hijo, objeto de sus eternas complacencias; porque el Hijo nos ha manifestado su personalidad tomando nuestra carne, que el Padre y el Espíritu Santo no tomaron con El; porque el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, ha venido a cumplir en nosotros la misión que recibió de ellos. Nuestros ojos escudriñan estas profundidades sagradas, y nuestro corazón se enternece pensando que, si conocemos a Dios, por sus beneficios es como formó en nosotros la noción de lo que es. Guardemos con amor esta fe, y esperemos con confianza el momento en que cesará para dar lugar a la visión eterna de lo que en este mundo creímos.

El Gradual y el Verso aleluyático respiran alegría y admiración, en presencia de esta elevada majestad que se dignó hacer bajar sus rayos hasta el fondo de nuestras tinieblas.

GRADUAL

Bendito seas tú, Señor, que escrutas los abismos, y te sientas sobre Querubines. ℣. Bendito seas tú, Señor, en el firmamento estrellado, y alabado por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Bendito seas tú, Señor, Dios de nuestros padres, y alabado por los siglos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Mateo. (XXVIII, 18-20).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todo cuanto os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo.

La fe en la Trinidad. — El misterio de la Santísima Trinidad, manifestado por la misión del Hijo de Dios a este mundo y por la promesa del advenimiento próximo del Espíritu Santo, se intima a los hombres por estas solemnes palabras que Jesús pronunció antes de subir al cielo. Dijo: "El que creyere y se bautizare, será salvo" [1], pero añade que el bautismo será administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es preciso que en adelante el hombre confiese no sólo la unidad de Dios, abjurando el politeísmo, sino que adore a la Trinidad de personas en la unidad de la esencia. El gran secreto del cielo es una verdad divulgada ahora por toda la tierra.

Acción de gracias. — Pero si confesamos humildemente a Dios conocido tal cual es en sí,

[1] *S. Marcos,* XVI, 17.

debemos también rendir homenaje con eterno reconocimiento a la gloriosa Trinidad. No sólo se dignó imprimir sus rasgos divinos en nuestra alma, haciéndola a su semejanza; sino que, en el orden sobrenatural, se apoderó de nuestro ser y lo elevó a una grandeza inconmensurable: El Padre nos adoptó en su Hijo encarnado; el Verbo ilumina nuestra inteligencia con su luz; el Espíritu Santo nos escogió para morada suya: es lo que indica la forma del bautismo. Por estas palabras pronunciadas sobre nosotros con la infusión del agua, toda la Trinidad tomó posesión de su creatura. Recordamos esta maravilla cada vez que invocamos a las tres divinas personas al hacer sobre nosotros la señal de la cruz. Cuando nuestros despojos mortales sean llevados a la casa de Dios para recibir allí las últimas bendiciones y el adiós de la Iglesia de la tierra, el sacerdote pedirá al Señor que no entre en juicio con su siervo; y para atraer sobre este cristiano, entrado ya en su éternidad, las miradas de la misericordia divina, recordará al supremo Juez que este miembro de la raza humana "estuvo marcado durante su vida con el sello de la Santísima Trinidad." Veneremos en nosotros esta augusta imagen; que será eterna. La misma reprobación no la borrará. Sea ella nuestra esperanza, nuestro mejor título, y vivamos para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En el Ofertorio la Iglesia se prepara al sacrificio invocando sobre la oblación el nombre de las tres personas, y proclamando siempre la divina misericordia.

OFERTORIO

Bendito sea Dios Padre, y el Hijo unigénito de Dios, y el Espíritu Santo: porque ha obrado con nosotros su misericordia.

La Iglesia pide en la Secreta que el homenaje de nosotros mismos, que ofrecemos en este Sacrificio a la divina Trinidad, no le sea presentado sólo hoy, sino que sea eterno por nuestra admisión en el cielo, donde contemplaremos sin velos el misterio de Dios uno en tres personas.

SECRETA

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, santifiques, por la invocación de tu santo nombre, la hostia de esta oblación; y, por ella, conviértenos para ti en un don eterno. Por nuestro Señor.

CONMEMORACION DEL DOMINGO

Suplicámoste Señor, aceptes aplacado nuestras hostias, a ti dedicadas: y haz que nos sirvan de perpetuo auxilio. Por nuestro Señor...

En la Antífona de la Comunión la Iglesia continúa ensalzando la misericordia de Dios que hizo servir sus propios beneficios para iluminarnos e instruirnos sobre su esencia incomprensible.

COMUNION

Bendeciremos al Dios del cielo, y le alabaremos ante todos los vivientes: porque ha obrado con nosotros su misericordia.

Dos cosas son necesarias para ir a Dios: la luz de la fe, que hace le conozca nuestra inteligencia, y el alimento divino que nos une a El. La Iglesia, en la Poscomunión, pide que ambos nos lleven a este feliz fin de nuestra creación:

POSCOMUNION

Aproveche, Señor, Dios nuestro, a la salud de nuestro cuerpo y alma la recepción de este Sacramento, y la confesión de la sempiterna y santa Trinidad y la de su indivisible Unidad. Por nuestro Señor...

CONMEMORACION DEL DOMINGO

Llenos, Señor, de tan grandes presentes: suplicámoste hagas que obtengamos tus saludables dones y no cesemos nunca en tu alabanza. Por nuestro Señor...

El último Evangelio es el del primer Domingo de Pentecostés, que el sacerdote lee en vez del de San Juan:

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (VI, 36-42).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis

perdonados. Dad, y se os dará: darán en vuestro regazo una medida buena, y apiñada, y agitada, y rebosante. Porque con la misma medida con que midiereis, seréis medidos. Y les decía esta semejanza: ¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre el maestro: antes, aquel será perfecto, que fuere como el maestro. ¿Porqué, pués, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que hay en el tuyo? o ¿cómo podrás decir a tu hermano: Hermano, deja que saque la paja de tu ojo, no viendo la viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo: y entonces verás, para sacar la paja del ojo de tu hermano.

ALABANZA A LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — Unidad indivisible, Trinidad distinta en una sola naturaleza, Dios soberano que te revelaste a los hombres, permítenos que en tu presencia ofrezcamos nuestras adoraciones, y que nos desahoguemos en acciones de gracias que salen de nuestro corazones, cuando nos sentimos inundados de tus inefables resplandores. Unidad divina, Trinidad divina, no te hemos contemplado todavía, pero sabemos lo que eres; porque te has dignado manifestárnoslo. Esta tierra que habitamos, oye proclamar cada día distintamente el augusto misterio, cuya visión es el principio de la felicidad de los seres glorificados en tu seno. La raza humana esperó muchos siglos antes de que la divina fórmula le fuese plenamente revelada; pero nuestra generación está en posesión de ella, confiesa con alegría la Unidad y Trini-

dad en tu esencia divina. Antiguamente, la palabra del escritor sagrado, parecida al relámpago que surca la nube y deja después la obscuridad más profunda, atravesaba el horizonte del pensamiento. Decía: "No conozco la verdadera Sabiduría, ignoro lo que es santo. ¿Qué hombre subió al cielo y volvió a bajar? ¿Quién tiene en sus manos la tempestad? ¿Quién contiene las aguas como en un recinto? ¿Quién fijó los confines de la tierra? ¿Sabes cómo se llama? ¿Conoces el nombre de su hijo?"[1]

Señor Dios, gracias a tu infinita misericordia, conocemos hoy tu nombre: te llamas Padre, y el que engendras eternamente se llama Verbo, la Sabiduría. Sabemos también que del Padre y del Hijo, procede el Espíritu de amor. El Hijo, revestido de nuestra carne, habitó esta tierra y vivió entre los hombres; el Espíritu descendió después y se quedará con nosotros hasta la consumación de los destinos de la familia humana en el mundo. He ahí por qué confesamos la Unidad y la Trinidad; porque, habiendo oído el divino testimonio, hemos creído, y "porque hemos creído, hablamos con toda seguridad"[2].

A tus Serafines, oh Dios, les oyó el Profeta que cantaban: "¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos!"[3]. Somos hombres mortales; pero, más felices que Isaías, sin ser profetas

---

1 *Prov.*, XXX, 2-4.
2 *Salm.*, CXV, 10; *II Cor,* IV, 13.
3 *Isaías,* VI, 3.

como él, podemos articular la palabra angélica y decir: "¡Santo es el Padre, Santo es el Hijo y Santo es el Espíritu Santo!" Manteníanse volando con dos de sus alas; con las otras dos velaban respetuosamente su cara, y las dos últimas cubrían sus pies. Nosotros también, fortificados por el Espíritu divino que nos fué dado, procuremos levantar sobre las alas del deseo el peso de nuestra mortalidad; cubramos con el dolor la responsabilidad de nuestras faltas, y velando con la nube de la fe el ojo débil de nuestra inteligencia, recibamos dentro la luz que se nos infunda. Dóciles a la palabra revelada, nos conformamos con lo que enseña; ella nos trae la noción, no sólo distinta, sino luminosa del misterio que es la fuente y el centro de todos los demás. Los Angeles y los Santos contemplan en el cielo, con este inefable temor que el profeta nos indicó al mostrarnos su mirada semicubierta con sus alas. Nosotros no vemos aún, ni podríamos ver, pero sabemos, y esta ciencia ilumina nuestros pasos y nos fija en la verdad. Guardémonos de "escudriñar la majestad", no sea que "seamos aplastados con su gloria"[1]; pero repasando lo que el cielo se dignó revelarnos de sus secretos, digamos:

Alabanza a Dios Uno. — Gloria sea a ti, Esencia única, acto puro, ser necesario, infinito,

---

[1] *Prov.*, XXV, 27.

sin división, independiente, completo desde toda la eternidad, tranquilo y supremamente feliz. En Ti reconocemos, con la inviolable Unidad, fundamento de todas tus grandezas, tres personas distintamente subsistentes; pero en su producción y en su distinción, la misma naturaleza les es común, de suerte que la subsistencia personal, que las constituye a cada una y las distingue a la una de la otra, no lleva entre ellas ninguna desigualdad. ¡Oh bienaventuranza infinita en esta sociedad de tres personas que contemplan en sí mismas las mismas perfecciones inefables de la esencia que las reúne, y la propiedad de cada una de las tres que anima divinamente esta naturaleza que nada puede limitar ni turbar! ¡Oh maravillosa esencia infinita, cuando se digna obrar fuera de sí, creando seres con su poder y bondad, operando las tres de acuerdo, de suerte que la que interviene por un modo que le es propio, lo hace en virtud de una voluntad común! ¡Amor especial sea dado a la divina persona, que en la acción común de las tres, se digna revelarse más especialmente a las criaturas; y al mismo tiempo ríndanse gracias a las otras dos que, en una misma voluntad, se unen a la que manifiesta en nuestro favor!

ALABANZA AL PADRE. — ¡Gloria a Ti, oh PADRE, Anciano de días [1], innascible, sin principio, pero

[1] *Dan.*, VII, 9.

que comunicas esencial y necesariamente al Hijo y al Espíritu Santo la divinidad que reside en Ti! Eres Dios y Padre; El que te conoce como Dios y no como Padre, no te conoce tal cual eres. Produces, engendras, pero en tu propio seno; porque lo que está fuera de Ti no es Dios. Eres el ser, el poder, pero nunca dejaste de tener un Hijo. Te dices a Ti mismo lo que eres; te comunicas, y el fruto de la fecundidad de tu pensamiento, igual a Ti, es la segunda persona que sale de Ti, es tu Hijo, tu Verbo, tu palabra increada. Hablaste una vez, y tu palabra es eterna como Tú, como tu pensamiento, del que es expresión infinita. Así, el sol que brilla a nuestra vista nunca estuvo sin resplandor. Este resplandor existe por él, está con él, emana de él sin disminuirle, sin salir de él. Perdona, Padre, a nuestra débil inteligencia al buscar comparación entre los seres que creaste. Y, si nos estudiamos a nosotros mismos, que creaste a tu imagen, ¿no sentimos que nuestro pensamiento, por ser distinto en nuestro espíritu, tiene necesidad de término que le fije y le determine?

Padre, te conocimos por el Hijo que engendraste eternamente, y que se dignó revelarse a nosotros. Nos enseñó que Tú eres Padre y El es Hijo, y que a la vez eres con El una misma cosa [1]. Cuando un Apóstol exclamó: "Señor, muéstranos al Padre", respondió: "El que me ve, ve al

[1] *S. Juan*, X, 30.

Padre"[1]. ¡Oh unidad de la naturaleza divina, en que el Hijo, distinto del Padre, no es menor que el Padre! ¡Oh complacencia del Padre en el Hijo, por quien tiene conciencia de Sí mismo; complacencia de amor íntimo que proclama a nuestros oídos mortales a orillas del Jordán y en la cumbre del Tabor! [2].

¡Oh Padre, Te adoramos, pero también Te amamos: porque un Padre debe ser amado de sus hijos, y nosotros somos tus hijos! ¿No nos enseña un Apóstol que toda paternidad procede de Ti, no sólo en el cielo, sino en la tierra? [3]. Nadie es padre, nadie tiene autoridad paterna en la familia, en el Estado, en la Iglesia, sino por Ti, en Ti y a semejanza tuya. Es más, quisiste "que no sólo fuésemos llamados hijos tuyos, sino que esta cualidad fuese real en nosotros [4]; no por generación como en tu único Verbo, sino por una adopción que nos hace sus "coherederos"[5]. Tu Hijo divino dijo hablando de Ti: "Yo honro a mi Padre" [6]; también nosotros Te honramos, Padre sumo, Padre de majestad inmensa, y desde lo profundo de nuestra nada, en espera de la eternidad, te glorificamos con los santos Angeles y los Bienaventurados de nuestra raza. Tu mi-

---

1 *S. Juan*, XIV, 8-9.
2 *S. Mat.*, III, 17; *S. Pedro*, 1. 17.
3 *Ef.*, III, 15.
4 *S. Juan*, III, 1.
5 *Rom.*, VIII, 17.
6 *S. Juan*, VIII, 49.

rada paternal nos proteja, y se complazca también en los hijos que has previsto y que has elegido y has llamado a la fe, y que con el Apóstol se atreven a llamarte "Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo [1]."

ALABANZA AL HIJO. — ¡Gloria a Ti, oh HIJO, oh Verbo, oh Sabiduría del Padre! Emanado de su esencia divina, el Padre te dió nacimiento "antes de la aurora"[2] y te dijo: "Hoy te he engendrado"[3], y el hoy, que no tiene ni ayer ni mañana, es la eternidad. Eres Hijo e Hijo único, este nombre expresa una misma naturaleza con el que te produce; excluye la creación y te dice consustancial al Padre, del que procedes con una semejanza perfecta. Sales del Padre, sin salir de la esencia divina, siendo coeterno con tu principio; porque en Dios nada hay nuevo, nada temporal. En Ti, la filiación no es una dependencia; porque el Padre no puede existir sin el Hijo, como tampoco el Hijo sin el Padre. Si es noble para el Padre producir al Hijo, no lo es menos para el Hijo agotar y terminar en Sí mismo, por su filiación, el poder generador del Padre.

¡Oh Hijo de Dios, eres el Verbo del Padre! Palabra increada, eres tan íntimo con El como su pensamiento, y su pensamiento es su ser. En

---

1 *II Cor.*, I, 3.
2 *Ps.*, CIX, 3.
3 *Ps.*, II, 7.

Ti este ser se expresa por entero en su infinidad, en Ti se conoce. Eres el fruto inmaterial producido por el entendimiento divino del Padre, la expresión de todo lo que es, bien te guarde misteriosamente "en su seno"[1], bien te produzca fuera. ¡Qué términos emplearemos para definirte en tu magnificencia, oh Hijo de Dios! El Espíritu Santo se dignó ayudarnos en los libros que dictó; nos atreveremos, pues, a decir con las palabras que nos sugiere: "Eres el esplendor de la gloria del Padre, la forma de su sustancia"[2]. Eres el resplandor de la luz eterna, el espejo sin imperfección de la majestad de Dios, el reflejo de su eterna bondad[3]. Con la Iglesia reunida en Nicea, nos atrevemos a decir: "Eres Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero." Con los Padres y los doctores añadimos: "Eres la llama eternamente alumbrada por la llama eterna. Tu luz no disminuye en nada a la que se comunica en Ti, y en Ti nada tiene de inferior a la que te produjo."

Pero, cuando esta inefable fecundidad que da un Hijo eterno al Padre, al Padre y al Hijo un tercer término, quiso manifestarse fuera de la esencia divina, y, no pudiendo producir nada que fuese igual a Sí, se dignó llamar de la nada a la naturaleza intelectual y razonable, como más

---

[1] *S. Juan,* I, 18.
[2] *Hebr.,* I, 3.
[3] *Salm.,* VII, 26.

cercana a su principio, y a la naturaleza material como la menos alejada de la nada, entonces la producción íntima de tu persona en el seno del Padre, oh Hijo único de Dios, se reveló al mundo en el acto creador. El Padre lo hizo todo, pero "en su Sabiduría", es decir, por medio de Ti "lo hizo"[1]. Esta misión de obrar que recibiste del Padre, deriva de la generación eterna por la que Te produce de Sí mismo. Saliste de tu descanso misterioso, y las criaturas visibles e invisibles procedieron de la nada a tu mandato. Obrando en íntimo acuerdo con el Padre, extendiste sobre los mundos al crearlos, algo de esta bondad y armonía cuyo reflejo eres en la esencia divina. Pero tu misión no se agotó con la creación. El ángel y el hombre, seres inteligentes y libres, fueron destinados a ver y a poseer a Dios eternamente. Para ellos no bastaba el orden natural, era necesario que una vía sobrenatural les fuese abierta para conducirlos a su fin. Esta vía eres Tú mismo, oh Hijo único de Dios. Al tomar en Ti la naturaleza humana, Te uniste a tu obra, levantaste hasta Dios al ángel y al hombre, y, en tu naturaleza finita, apareciste como el tipo supremo de creación que el padre realizó por medio de Ti. ¡Oh misterio inefable! eres el Verbo increado, y a la vez "el primogénito de toda creatura"[2], que debía manifestarse a su tiempo; pero precediste

[1] *Ps.*, CIII, 24.
[2] *Col.*, I, 15.

en la intención divina a todos los seres que fueron creados para ser súbditos tuyos.

La raza humana, llamada a poseerte en su seno como divino intermediario, rompió con Dios: el pecado la precipitó en la muerte. ¿Quién podrá levantarla, volverla a su sublime destino? Tú sólo, ¡oh Hijo único del Padre! Nunca lo hubiéramos pensado; pero "el Padre amó tanto al mundo, que le dió su Hijo único"[1], no sólo como mediador, sino como redentor de todos. ¡Oh primogénito nuestro!, le pediste que "Te restituyese tu herencia"[2], y esta herencia tuviste que rescatarla Tú mismo. El Padre entonces Te confió la misión de Salvador para nuestra raza perdida. Tu sangre en la cruz fué nuestro rescate, y renacimos para Dios y a nuestros primeros honores; por eso, oh Hijo de Dios, nos gloríamos nosotros tus rescatados, de llamarte SEÑOR NUESTRO.

Librados de la muerte, purificados del pecado, Te dignaste devolvernos todas nuestras grandezas. Eres para el futuro CABEZA y nosotros tus miembros. Eres REY y nosotros tus dichosos súbditos. Eres PASTOR y nosotros las ovejas de tu único rebaño. Eres ESPOSO, y la Iglesia nuestra Madre es tu Esposa. Eres PAN vivo bajado del cielo, y nosotros tus convidados. ¡Oh Hijo de Dios, oh Emmanuel, oh hijo del Hombre, bendito sea el Padre que Te envió; pero sé bendito con El

---

1 *S. Juan,* III, 16.
2 *Salmo,* XVI, 5.

Tú, que cumpliste su misión, y Te dignaste decirnos que "tus delicias son estar con los hijos de los hombres!"[1]

ALABANZA AL ESPÍRITU SANTO. — ¡Gloria a Ti, oh ESPÍRITU SANTO, que emanas por siempre del Padre y del Hijo en la unidad de la sustancia divina! El acto eterno, por el cual el Padre se conoce a sí mismo, produce al Hijo, que es la imagen infinita del Padre, y el Padre se complace amorosamente en este esplendor salido de El antes de todos los siglos. El Hijo, al contemplar el principio de que emana eternamente, concibe para con este principio un amor igual a aquel del que es objeto. ¡Qué lengua podrá describir este ardor, esta aspiración mutua que es la atracción y el movimiento de una persona hacia la otra, en la inmovilidad eterna de la esencia! Tú eres este amor, oh Espíritu divino, que sales del Padre y del Hijo como de un mismo principio, distinto del uno y del otro, pero formando el lazo que los une en las inefables delicias de la divinidad: Amor viviente, personal, que procede del Padre por el Hijo, último término que completa la naturaleza divina y consuma eternamente la Trinidad. En el seno impenetrable de Dios, la personalidad Te viene a la vez del Padre, cuya expresión eres por un nuevo modo de producción[2],

---

1 *Prov.*, VIII, 31.
2 *S. Juan*, XV, 26.

y del Hijo, que recibiéndola del Padre, Te la da de Sí mismo[1]; porque el amor infinito que los une estrechamente, es de los dos y no de uno solo. Nunca estuvo el Padre sin el Hijo; nunca estuvo el Hijo sin el Padre; pero tampoco el Padre y el Hijo estuvieron sin Ti, ¡oh Espíritu Santo! Eternamente se han amado, y Tú eres el amor infinito que reina en ellos, y al cual comunican su divinidad. La procesión de uno y otro agota la virtud productiva de la esencia increada, y así las divinas personas realizan el número de tres; fuera de ellas no hay sino la creación.

Era necesario que en la esencia divina existiese no sólo el poder y la inteligencia, sino también el querer, del que procede toda acción. La voluntad y el amor son una sola y misma cosa, y Tú eres, oh divino Espíritu, este querer y este amor. Cuando la Trinidad dichosa obra fuera de sí misma, el acto concebido por el Padre y expresado por el Hijo, se realiza por Ti. Por Ti también, el amor que el Padre y el Hijo se tienen el uno al otro, y que se personaliza en Ti, se extiende a los seres que serán creados. Por su Verbo, el Padre los conoce; por Ti, oh Espíritu de amor, los ama, de suerte que toda creación procede de la bondad divina.

Emanando del Padre y del Hijo, sin perder la igualdad que eternamente tienes con ellos, eres enviado por uno y otro a la criatura. El Hijo,

[1] *S. Juan*, XVI, 14-15.

enviado por el Padre, reviste por toda la eternidad la naturaleza humana, y su persona, por las operaciones que le son propias, nos parece distinta de la del Padre. Del mismo modo, oh Espíritu Santo, Te reconocemos distinto del Padre y del Hijo, cuando bajas para cumplir en nosotros la misión que Te ha sido dada por uno y otro. Inspiras a los profetas[1], intervienes en María en la Encarnación divina[2], descansas sobre la flor de Jesé[3], conduces al desierto a Jesús[4], le ensalzas con milagros[5]. Su Esposa la Iglesia Te recibe y la enseñas todo lo verdadero[6] y Te quedas en ella, como su amigo, hasta el último día del mundo[7]. Nuestras almas están señaladas con tu sello[8], Tú las animas con la vida sobrenatural[9]; vives hasta en nuestro cuerpo, que es templo[10]; en fin, eres para nosotros el don de Dios[11], la fuente que mana hasta la vida eterna[12]. ¡Gracias distintas Te sean dadas, oh Espíritu divino, por las distintas obras que haces en nuestro favor!

---

1 *Pedro,* I, 31.
2 *S. Lucas,* I, 35.
3 *Isaías,* XI, 22.
4 *Luc.,* IV, 1.
5 *S. Mateo,* XII, 28.
6 *S. Juan,* XVI, 13.
7 *S. Mateo,* XXVIII, 20.
8 *Ef.,* I, 13; IV, 30.
9 *Gal.,* V, 25.
10 *I Cor.,* VI, 19.
11 *Himno de Pentecostés.*
12 *S. Juan,* IV, 14; VII, 39.

ACCIÓN DE GRACIAS A LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — Y ahora, después de adorar una a una a las divinas personas, recorriendo sus beneficios en el mundo, nos atrevemos a levantar nuestros ojos mortales hacia esta triple Majestad que resplandece en la unidad de tu esencia, oh supremo Señor, y confesamos con San Agustín lo que aprendimos de Ti, acerca de Ti mismo. "Tres es su número; uno, que ama al que es de él; uno, que ama a aquél de quien es; y, por fin, el amor mismo"[1]. Pero nos queda por cumplir un deber de agradecimiento, el celebrar la inefable conducta por la cual Te dignaste imprimir en nosotros tu imagen. Habiendo determinado eternamente darnos sociedad en Ti[2], nos preparaste según un tipo tomado de tu ser divino[3]. Tres facultades en nuestra única alma atestiguan nuestro origen, que viene de Ti; pero este frágil espejo de tu ser, que es la gloria de nuestra naturaleza, no era más que un preludio a los designios de tu amor. Después de darnos el ser natural, determinaste en tu consejo, oh Trinidad divina, comunicarnos aún el ser sobrenatural. En la plenitud de los tiempos, el Padre nos envía a su Hijo, y este Verbo increado aporta la luz a nuestra inteligencia: el Padre y el Hijo envían al Espíritu, y el Espíritu trae el amor a nuestra vo-

[1] (DE TRINITATE, l. VI, c. VII: *"Non amplius quam tria sunt: unus diligens eum qui de illo est, et unus diligens eum de quo est, et ipsa dilectio."*)
[2] *I S. Juan,* I, 3.
[3] *Gen.,* I, 27.

luntad; y el Padre, que no puede ser enviado, viene por sí mismo, y se da a nuestra alma cuyo poder transforma. En el Bautismo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, se cumple en el cristiano esta producción de las tres divinas personas, en correspondencia inefable con las facultades dadas a nuestra alma, como el bosquejo de la obra maestra que la obra sobrenatural de Dios puede sólo acabar.

¡Oh unión por la que Dios está en el hombre y el hombre en Dios! ¡Unión por la cual llegamos a la adopción del Padre, a la fraternidad con el Hijo, a la herencia eterna! Pero esta permanencia de Dios en la criatura, el amor eterno es quien la formó gratuitamente, y se mantiene por el tiempo que el amor de reciprocidad no falta en el hombre. El pecado mortal tendrá la fuerza de quebrantarla; la presencia de las divinas personas, que habían establecido su morada en el alma [1] y que permanecían unida a ella, cesarían en el mismo instante en que la gracia santificante se extinguiese. Dios no estaría ya en el alma más que por su inmensidad, y el alma ya no le poseería. Entonces Satanás restablecería en ella el reino de su odiosa trinidad: "la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la vida"[2]. ¡Desgraciado el que se atreva a provocar a Dios, por una rup-

---

[1] *S. Juan,* XIV, 23.
[2] *I S. Juan,* II, 16.

tura tan sangrienta, y sustituir así, por el mal, el sumo bien! El celo del Señor menospreciado, expulsado, es el que ha abierto los abismos del infierno y ha encendido la llama eterna.

Luego esta ruptura, ¿no tendrá posibilidad de reconciliación? No, por parte del hombre pecador, incapaz de reanudar con la adorable Trinidad las relaciones que un avance gratuito había preparado y que una bondad incomprensible había consumado. Pero la misericordia de Dios, que es, como lo enseña la Iglesia en la Liturgia [1], el atributo supremo de su poder, puede realizar tal prodigio, y lo hace cada vez que un pecador se convierte. A este movimiento de la augusta Trinidad que se digna bajar de nuevo al corazón del hombre arrepentido, una alegría inmensa, nos dice el Evangelio, se apodera de los Angeles y de los Santos hasta en lo más alto del cielo [2]; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo señalaron su amor, y buscaron la gloria haciendo justo al que era pecador, viniendo a habitar en esta oveja antes extraviada, en este pródigo, empleado hasta ahora en la guarda de los animales inmundos, en este ladrón que, hace poco, en la cruz, insultaba con su compañero al inocente crucificado.

Sean, pues, adoración y amor a Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad perfecta que Te

[1] *Colecta del X Domingo de Pentecosteés.*
[2] *S. Lucas,* XV, 10.

dignaste revelarte a los mortales, Unidad eterna e inconmensurable, que libraste a nuestros padres del yugo de los falsos dioses. Gloria a Ti como era en el principio, antes de todos los seres creados; como es ahora, en el momento en que contemplamos la verdadera vida, que consiste en contemplarte cara a cara; como será por los siglos de los siglos, cuando la eterna bienaventuranza nos reúna en tu seno infinito. Amén.

PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Es de sentir, que la fiesta de la Santísima Trinidad, a pesar de toda su razón de ser, haya suprimido el primer Domingo de Pentecostés. La Misa que le fué atribuída muy pronto, quedó al menos en el Misal; se dicen sus oraciones después de las de la fiesta, y se la debe celebrar uno de los tres días que preceden al *Corpus Christi*.

El Introito es el grito de un alma desolada que llama en su socorro a Dios, y, antes de ser escuchada, le manifiesta confianza y le promete sus cánticos de acción de gracias.

INTROITO

Señor, en tu misericordia he esperado: mi corazón se ha alegrado en tu salud: cantaré al Señor que me

ha dado bienes. — *Salmo:* ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? ℣. Gloria al Padre.

La Colecta contiene la confesión de la radical debilidad de nuestra humana naturaleza. Nada podemos en lo tocante a la salvación. Pero Dios es la fortaleza de los que en El ponen su confianza: El asegurará nuestra fidelidad en la práctica de los mandamientos.

COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, escucha propicio nuestras súplicas: y, puesto que la flaqueza mortal no puede nada sin ti, danos el auxilio de tu gracia; para que, cumpliendo tus mandatos, te agrademos con la voluntad y con la acción. Por nuestro Señor.

La Epístola es un verdadero canto de San Juan, que en cada versículo nos repite, de un modo diferente, pero con infinita complacencia, que Dios es amor, que El nos amó primero, y que su amor está con nosotros. La lección se desprende por sí misma: si fuimos amados de este modo, si Dios continúa amándonos del mismo modo, también debemos amar nosotros a Dios y a nuestros hermanos, a quienes Dios ama como a nosotros.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol S. Juan. (IV, 8-22).
Carísimos: Dios es caridad. En esto se mostró la caridad de Dios para con nosotros, en que Dios envió

a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por El. En esto consiste la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros primero, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Carísimos: si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Nadie vió jamás a Dios. Si nos amáremos mutuamente, Dios permanecerá en nosotros, y su caridad será perfecta en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en El, y El en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu. Y nosotros hemos visto, y lo atestiguamos, que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo. Todo el que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído en la caridad que Dios tiene para con nosotros. Dios es caridad: y, el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él. La caridad de Dios con nosotros es perfecta, para que tengamos confianza en el día del juicio: porque, como El está, también nosotros estamos en este mundo. En la caridad no hay temor, sino que la perfecta caridad arroja fuera el temor, porque el temor tiene pena. Mas, el que teme, no es perfecto en la caridad. Nosotros, pues, amemos a Dios, porque Dios nos amó primero. Si alguien dijere: Amo a Dios, y odiare a su hermano, es mentiroso. Porque, el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve? Y éste es el mandamiento que tenemos de Dios: que, el que ame a Dios, ame también a su hermano.

El Gradual prosigue el mismo pensamiento: feliz aquel cuya alma compasiva comprendió la angustia de los pobres, de los desheredados, de todos los que sufren moral y físicamente. Los socorrió, en el ardor de su caridad, y el Señor le

manifestará su agradecimiento perdonándole sus faltas y curando las llagas de su alma.

GRADUAL

Yo dije: Señor, ten piedad de mí: sana mi alma, porque he pecado contra ti. ℣. Dichoso el que socorriere al desvalido y al pobre: en el día malo le librará el Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oye, Señor, mis palabras con tus oídos: escucha mi clamor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (VI, 36-42).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará: darán en vuestro regazo una medida buena, y apiñada, y agitada, y rebosante. Porque, con la misma medida con que midiereis, seréis medidos. Y les decía esta semejanza: ¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre el maestro: antes, aquél será perfecto, que fuere como el maestro. ¿Por qué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que hay en el tuyo? O ¿cómo podrás decir a tu hermano: Hermano, deja que saque la paja de tu ojo, no viendo la viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo: y entonces verás, para sacar la paja del ojo de tu hermano.

La lección de caridad. — Jesús se dirige a sus discípulos. Les expone qué espíritu debe animar

al que aspira a colocarse entre sus fieles. Esta disposición fundamental será el amor al prójimo; los cristianos deberán practicar la caridad de la forma más perfecta, incluso heroica.

La misericordia de los discípulos de Jesús tomará como modelo la misericordia divina y no la misericordia humana, siempre estrecha por cualquier parte... El que trata favorablemente al prójimo, encontrará indulgencia ante Dios. El que muestra su benevolencia por la generosidad espontánea de sus dones, atraerá sobre sí la liberalidad divina.

En las manifestaciones de celo, la misma conducta. En vano se mete uno a ser guía de su prójimo, si uno no ve claramente el camino que debe seguir. Es preciso vivir en la luz para guiar a los demás. Y la segunda condición para que el celo dé sus frutos, es que sea sincero, despojado de toda hipocresía. Quien trata de corregir a los demás y reprenderlos, debe ser el primero en corregirse de sus faltas... Un censor hipócrita revela el fondo de su corazón, un fondo malvado y que no podrá hacer bien a los demás. Para ejercer con fruto el celo con el prójimo, es necesario que la bondad y la benevolencia estén en el corazón. Cual el árbol, tal el fruto. (P. A. Valensin y J. Huby: S. Luc., p. 120-125.)

Si nuestras almas están en las disposiciones indicadas en la Epístola y en el Evangelio, po-

dremos presentarnos en el altar y orar con confianza: Dios nos reconocerá por sus verdaderos hijos y nos oirá, y si nuestras disposiciones son tales cuales deben, bajará sobre nosotros, como lo pide la Secreta, el socorro constante, perpetuo, de que todos tenemos necesidad.

OFERTORIO

Atiende a la voz de mi oración, Rey mío, y Dios mío: porque a ti oraré Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes aplacado nuestras hostias, a ti dedicadas: y haz que nos sirvan de perpetuo auxilio. Por nuestro Señor.

La Misa se termina por un canto de gozo: el alma ha recibido a su Señor; no hay lugar en ella más que para la alegría, pero ésta debe permanecer. Por eso pide disfrutar de los frutos del misterio y no cesar de alabar a Dios, que la colma de tanta bondad.

COMUNION

Contaré todas tus maravillas: me alegraré y gozaré en ti: salmearé a tu nombre, oh Altísimo.

POSCOMUNION

Llenos, Señor, de tan grandes presentes: suplicámoste hagas que obtengamos tus saludables dones y no cesemos nunca en tu alabanza. Por nuestro Señor.

FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

El Santísimo Sacramento en el centro de la Liturgia. — La luz del Espíritu Santo, que vino a aumentar en la Iglesia la inteligencia siempre viviente del misterio de la augusta Trinidad, la lleva a contemplar en seguida esta otra maravilla que concentra ella misma todas las operaciones del Verbo encarnado, y nos conduce desde esta vida a la unión divina. El misterio de la Sagrada Eucaristía va a aparecer en todo su esplendor, y es importante disponer los ojos de nuestra alma para recibir saludablemente la irradiación que nos aguarda. Lo mismo que no hemos estado nunca sin la noción del misterio de la Santísima Trinidad, y que nuestros homenajes se dirigen siempre a ella; así también la Sagrada Eucaristía no ha dejado de acompañarnos en todo el curso de este año litúrgico, ya como medio de rendir nuestros homenajes a la suprema Majestad, ya como alimento de la vida sobrenatural. Podemos decir que estos dos inefables misterios nos son conocidos y que los amamos; pero las gracias de Pentecostés nos han abierto una nueva entrada en lo más íntimo que tienen; y, si el primero nos pareció ayer rodeado de los rayos de una luz más viva, el segundo va a brillar para nosotros con un resplan-

dor que los ojos de nuestra alma nunca habían recibido.

Siendo la Santísima Trinidad, como hemos hecho ver, el objeto esencial de toda la religión, el centro a que vienen a parar todos nuestros homenajes, aun cuando parezca que no llevamos una intención inmediata, se puede decir también que la Sagrada Eucaristía es el más precioso medio de dar a Dios el culto que le es debido, y por ella se une la tierra con el cielo. Es, pues, fácil, penetrar la razón del retraso que la Iglesia tuvo en la institución de las dos solemnidades que suceden inmediatamente a la de Pentecostés. Todos los misterios que hemos celebrado hasta aquí, estaban contenidos en el augusto Sacramento, que es el memorial y como el resumen de las maravillas que el Señor hizo por nosotros[1]. La realidad de la presencia de Cristo bajo las especies sacramentales, hizo que en la Hostia reconociésemos en Navidad al Niño que nos nació; en Pasión, la víctima que nos rescató; en Pascua, al vencedor de la muerte. No podíamos celebrar todos estos misterios sin apelar en nuestro socorro al inmortal Sacrificio, y no podía ser ofrecido, sin renovarlos ni reproducirlos.

Las fiestas mismas de la Santísima Virgen y de los Santos nos mantenían en la contemplación del divino Sacramento. María, a quien

[1] *Salmo*, CX, 4.

hemos honrado en sus solemnidades de la Inmaculada Concepción, de la Purificación, de la Anunciación, ¿no formó con su propia sustancia este cuerpo y esta sangre que ofrecemos sobre el altar? La fuerza invencible de los Apóstoles y de los Mártires que hemos celebrado, ¿no la sacaron del alimento sagrado que da el ardor y la constancia? Los Confesores y las Vírgenes, ¿no nos han parecido como la floración del campo de la Iglesia que se cubre de espigas y de racimos de uva, gracias a la fecundidad que le da Aquél que es la a la vez el pan y la vid?[1]

Reuniendo todos nuestros medios para honrar a estos gloriosos habitantes de la corte celestial, hemos hecho uso de la salmodia, de los himnos, de los cánticos, de las fórmulas más solemnes y tiernas; pero como homenaje a su gloria, nada igualaba a la ofrenda del Sacrificio. Allí, entrábamos en comunicación directa con ellos, según la enérgica expresión de la Iglesia en el canon de la Misa *(communicantes)*. Adoran ellos eternamente a la Santísima Trinidad por Jesucristo y en Jesucristo; por el Sacrificio nos uníamos a ellos en el mismo centro, mezclábamos nuestros homenajes con los suyos, y para ellos resultaba un aumento de honra y de felicidad. La Sagrada Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, siempre nos estaba presente; y, si en estos días debemos recogernos para mejor comprender la

[1] *Zach.*, IX, 17.

grandeza y poder infinitos, si debemos esforzarnos por gozar con más plenitud la inefable suavidad, no es un descubrimiento que se nos muestra de súbito: se trata del elemento que el amor de Cristo nos dejó preparado, y del cual usamos ya, para entrar en relación directa con Dios y rendirle nuestros deberes más solemnes y a la vez más íntimos.

PRIMERA FIESTA DEL CORPUS. — Sin embargo, el espíritu que gobierna a la Iglesia, debía inspirarla un día el pensamiento de establecer una solemnidad * particular en honor del misterio augusto en que se contienen los demás. El elemento sagrado que da a todas las fiestas del año su razón de ser y las ilumina con su propio resplandor, la Eucaristía, pedía por sí misma una fiesta en relación con la magnificencia de su objeto.

Pero esta exaltación de la Hostia, sus marchas triunfales, tan justamente caras a la piedad cristiana de nuestros días, eran imposibles en la Iglesia del tiempo de los mártires. No fueron usadas después de la victoria, porque no formaban parte en la manera y espíritu de las formas litúrgicas primitivas, que continuaron en uso por mucho tiempo. En primer lugar eran menos necesarias y como superfluas para la fe viva de aquella edad: la solemnidad del Sacrificio

* Aquí termina el texto de Dom Guéranger.

mismo, la participación común en los Misterios sagrados, la alabanza no interrumpida de los cantos litúrgicos que irradiaban alrededor del altar, daban a Dios homenaje y gloria, mantenían la exacta noción del dogma, y tenían en el pueblo una sobreabundancia de vida sobrenatural que ya no se encuentra en la época siguiente. El memorial divino daba sus frutos: las intenciones del Señor al instituir el misterio, se habían cumplido, y el recuerdo de esta institución, celebrada entonces como en nuestros días en la Misa de Jueves Santo, quedaba grabada profundamente en el corazón de los fieles.

La debilitación de la fe. — Así fué hasta el s. xiii; pero entonces, y por consecuencia del enfriamiento que constata la Iglesia a principios de este siglo[1], la fe se debilitó, y con ella, la robusta piedad de las antiguas naciones cristianas. En esta decadencia progresiva, que no debía detener las maravillas de la santidad individual, era de temer que el adorable Sacramento, que es el misterio de la fe por esencia, tuviese que sufrir más que ningún otro, de la indiferencia y frialdad de las nuevas generaciones. Ya en diversas partes y por inspiración del infierno, había aparecido alguna negación sacrílega de la Sagrada Eucaristía, conmoviendo a los fieles, si bien estaban aún demasiado apegados general-

[1] *Oración de la fiesta de las Llagas de S. Francisco.*

mente a sus tradiciones para dejarse seducir, pero que puso en guardia a los pastores y que hizo ya sus víctimas.

LAS HEREJÍAS SACRAMENTARIAS. — Escoto Erígena había elaborado la fórmula de la herejía Sacramentaria. La Eucaristía no era para él sino "un signo, una figura de la unión espiritual con Jesús, percibida por sola la inteligencia"[1]. Su necia pedantería tuvo poca resonancia, y no prevaleció contra la tradición católica expuesta en los sabios escritos de Pascasio Radberto, Abad de Corbeya. Renovados en el s. XI por Berengario, los sofismas de Escoto turbaron aún más seriamente y por más tiempo la Iglesia de Francia, sin que por eso sobreviviesen a la sutil vanidad de su segundo padre. El infierno avanzaba poco en sus ataques demasiado directos aún; alcanzó mejor su fin por caminos desviados. El imperio bizantino favorecía los restos de la secta maniquea, que, mirando la carne como la obra del principio malo, arruinaba a la Eucaristía por su base. Mientras Berengario, ávido de gloria, dogmatizaba con estrépito sin provecho para el error, Tracia y Bulgaria dirigían sus apóstoles silenciosamente hacia Occidente. Lombardía, las Marcas y Toscana fueron infectadas; pasados los montes, la impura chispa cayó a la vez sobre varios puntos del reino cristianísimo. Orleans, Toulouse, Arrás,

[1] Denys: *Jerarquía celeste.*

vieron el veneno entrar por sus muros. Se creyó haber sofocado el mal en su origen, con enérgicas represiones, pero el contagio se extendía a ocultas. Tomando el mediodía de Francia por base de sus operaciones, la herejía se organizó solapadamente durante todo el s. XII; tales fueron sus disimulados progresos, que quitándose la careta por fin, pretendió, a principios del s. XIII, sostener con las armas en la mano sus dogmas impíos. Fueron necesarios ríos de sangre para someterla y quitarla sus plazas fuertes; y mucho tiempo aún después de la derrota de la insurrección armada, la Inquisición tuvo que vigilar activamente las provincias infectadas por el azote de los Albigenses.

LA VISIÓN DE LA BIENAVENTURADA JULIANA. — Simón de Monforte fué el paladín de la fe. Pero al tiempo mismo en que el brazo victorioso del héroe cristiano abatía a la herejía, Dios preparaba a su Hijo, indignamente ultrajado por los sectarios en el Sacramento de su amor, un triunfo más pacífico y una reparación más completa. En 1208, una humilde religiosa hospitalaria, la Beata Juliana de Mont-Cornillon, cerca de Lieja, tuvo una visión misteriosa en que se le apareció la luna llena, faltando en su disco un trozo. Después de dos años le fué revelado que la luna representaba la Iglesia de su tiempo, y que el pedazo que faltaba, indicaba la ausencia de una

solemnidad en el Ciclo litúrgico. Dios quería dar a entender que una fiesta nueva debía celebrarse cada año para honrar solemne y distintamente la institución de la Eucaristía; porque la memoria histórica de la *Cena del Señor* en el Jueves Santo, no respondía a las necesidades nuevas de los pueblos inquietados por la herejía; y no bastaba tampoco a la Iglesia, ocupada por otra parte entonces por las importantes funciones de ese día, y absorbida pronto por las tristezas del Viernes Santo.

Al mismo tiempo que Juliana recibía esta comunicación, la fué mandado poner manos a la obra y hacer conocer al mundo la divina voluntad. Veinte años pasaron antes de que la humilde y tímida virgen se lanzase a tomar sobre sí tal iniciativa. Se abrió por fin a un canónigo de San Martín de Lieja, llamado Juan de Lausanna, a quien estimaba singularmente por su gran santidad, y le pidió tratase del objeto de su misión con los doctores. Todos acordaron reconocer que no sólo nada se oponía al establecimiento de la fiesta proyectada, sino que resultaría, por el contrario, un aumento de la gloria divina y un gran bien de las almas. Animada por esta decisión, la Bienaventurada hizo componer y aprobar para la futura fiesta un oficio propio, que comenzaba por estas palabras: *Animarum cibus,* del que quedan todavía algunos fragmentos.

LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI. — La Iglesia de Lieja, a quien la Iglesia universal debía ya la fiesta de la Santísima Trinidad, estaba predestinada al nuevo honor de dar origen a la fiesta del Santísimo Sacramento. En 1246, después de tanto tiempo y de obstáculos innumerables, Roberto de Torôte, obispo de Lieja, estableció por decreto sinodal que, cada año, el Jueves después de la Trinidad, todas las iglesias de su diócesis deberían observar en lo sucesivo, con abstención de obras serviles y ayuno preparatorio, una fiesta solemne en honor del inefable Sacramento del Cuerpo del Señor.

La fiesta del Santísimo Sacramento fué, pues, celebrada por primera vez en esta insigne iglesia, en 1247. El sucesor de Roberto, Enrique de Gueldre, guerrero y gran señor, tuvo ocupaciones muy distintas que su predecesor. Hugo de Saint-Cher, cardenal de Santa Sabina, legado en Alemania, habiendo acudido a Lieja para poner remedio a los desórdenes que se producían en el nuevo gobierno, oyó hablar del decreto de Roberto y de la nueva solemnidad. Siendo prior en otro tiempo y provincial de los Frailes Predicadores, fué uno de los que, consultados por Juan de Lausanna, habían alabado el proyecto. Consideró honroso para sí celebrar la fiesta y cantar la Misa con gran pompa. Además, por ordenanza con fecha del 29 de Diciembre de 1253, dirigida a los Arzobispos, Obispos, Abades y fie-

les del territorio de su legación, confirmó el decreto del obispo de Lieja, y lo extendió a todas las tierras de su jurisdicción, concediendo indulgencia de cien días a todos los que, contritos y confesados, visitasen piadosamente las iglesias en que se hacía el oficio de la fiesta, el mismo día, o la Octava. El año siguiente, el cardenal de San Jorge del Velo de Oro, que le sucedió en su legación, confirmó y renovó las ordenanzas del cardenal de Santa Sabina. Pero estos decretos reiterados no pudieron triunfar de la frialdad general; y tales fueron las maniobras del enemigo, que se sentía herido hasta lo más hondo, que después de la salida de los legados, se vió a eclesiásticos de gran renombre y constituídos en dignidad oponer a las ordenanzas sus decisiones particulares. Cuando murió la Bienaventurada Juliana, en 1258, la iglesia de San Martín fué la única en celebrar la fiesta, ella que había tenido la misión de establecerla en el mundo entero. Pero dejaba, para continuar su obra, una piadosa reclusa, por nombre Eva, que fué la confidente de sus pensamientos.

La extensión de la fiesta a la Iglesia Universal. — El 29 de Agosto de 1261, Santiago Pantaleón subía al trono pontificio con el nombre de Urbano IV. Había conocido a la Bienaventurada Juliana cuando era Arcediano de Lieja, y había aprobado sus planes. Eva creyó ver en esta exaltación una señal de la Providencia. A instancias

de la reclusa, Enrique de Gueldre, escribió al nuevo Papa para felicitarle y pedirle confirmase con su aprobación suprema la fiesta instituída por Roberto de Torôte. Al mismo tiempo, diversos prodigios, y especialmente el del corporal de Bolsena, ensangrentado por una hostia milagrosa casi a los ojos de la corte pontificia, que residía entonces en Orvieto, vinieron como a urgir a Urbano de parte del cielo y a afianzar el buen celo que antes había manifestado por la honra del Santísimo Sacramento. Santo Tomás de Aquino fué encargado de componer según el rito romano el Oficio que debía reemplazar en la Iglesia al de la Bienaventurada Juliana, adaptado por ella al rito de la antigua liturgia francesa. La bula *Transiturus* dió en seguida a conocer al mundo las intenciones del Pontífice: Urbano IV, recordando las revelaciones de que había tenido conocimiento en otro tiempo, establecía en la Iglesia Universal, para la confusión de la herejía y la exaltación de la fe ortodoxa, una solemnidad especial en honor del augusto memorial dejado por Cristo a su Iglesia. El día señalado para esta fiesta era la *Feria quinta* o Jueves *después de la Octava de Pentecostés.*

Parecía que la causa quedaría por fin terminada; pero los trastornos que asolaban entonces a Italia y al Imperio, hicieron olvidar la bula de Urbano IV, antes de que pudiera ser puesta en ejecución. Más de cuarenta años pasaron an-

tes que de nuevo fuera promulgada y confirmada por Clemente V en el Concilio de Viena. Juan XXII, insertándola en el Cuerpo del Derecho en las *Clementinas,* la dió fuerza de ley definitiva, y tuvo así la gloria de dar la última mano, hacia el año 1318, a esta gran obra cuya conclusión había exigido más de un siglo.

El deseo del corazón humano. — Contra esta fiesta y su divino objeto, los hombres han repetido las palabras: *¿Cómo puede hacerse esto?* [1] y la razón parecía justificar sus dichos contra lo que llamaban las pretensiones insensatas del corazón del hombre.

Todo ser tiene sed de felicidad, y, con todo eso, no aspira más que al bien de que es capaz; porque la condición del bien es no encontrarse más que en la plena satisfacción del deseo que le persigue.

El hombre, como todo lo que vive alrededor suyo, tiene sed de dicha; y con todo eso, él solo en este mundo siente en sí aspiraciones que sobrepasan inmensamente los límites de su frágil naturaleza. Dios, al revelársele por sus obras, de una manera correspondiente a su naturaleza creada; Dios, causa primera y fin universal, perfección sin límites, belleza infinita, bondad suma, objeto bien digno de aquietar para siempre, colmándolos, su inteligencia y su corazón: Dios así

[1] S. *Juan,* III, 9; VI, 53.

conocido, así gustado, no basta al hombre. Este ser de la nada quiere el infinito en su sustancia; suspira por la paz del Señor y por su vida íntima. La tierra a sus ojos es desierto sin salida, sin agua para apagar su sed [1]; "como el ciervo, exclama, busca el agua de las fuentes, así mi alma aspira a ti, oh Dios! ¡Mi alma tiene sed del Dios fuerte, del Dios vivo! ¡Oh! ¿Cuándo iré, cuándo apareceré ante la cara de Dios?"[2]

¡Entusiasmo extraño seguramente para la fría razón! ¡Aspiraciones, al parecer, verdaderamente insensatas! Esta vista de Dios, esta vida divina, este festín cuyo alimento será Dios mismo, ¿podrá algún día hacer el hombre que estas sublimidades no queden infinitamente por encima de las potencias de su naturaleza, como de toda naturaleza creada? Un abismo le separa del objeto que le encanta, y no es otro que la enorme desproporción de la nada al ser. El acto creador con toda su omnipotencia no puede por sí solo llenar el abismo; y para que la desproporción cesase de ser un obstáculo a la unión deseada, sería menester que Dios mismo salvase la distancia y se dignase comunicar a este hijo de la nada sus propias energías. Mas ¿qué es el hombre para que el Ser supremo, cuya magnificencia está por encima de los cielos, rebaje hasta él su excelencia? [3]

---

[1] *Salm.*, LXII, 2.
[2] *Salm.*, XLI, 2-3.
[3] *Salm.*, CXLIII, 5.

Respuesta del Amor infinito. — Dios es amor; y lo admirable no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El mismo se nos haya anticipado con su amor. Ahora bien, el amor reclama la unión, y la unión requiere semejanza[1]. ¡Oh riquezas de la naturaleza divina, en la que se manifiestan, del mismo modo infinitos, el Poder, la Sabiduría y el Amor, que constituyen la Trinidad Augusta! ¡Gloria a Ti, Espíritu Santo, cuyo reino, apenas comenzado, ilumina con sus rayos nuestros ojos mortales! ¡En esta semana que nos ve comenzar contigo el inventario de los preciosos dones dejados en nuestras manos por el Esposo al subir al cielo[2], en este primer Jueves que nos recuerda la Cena del Señor, descubres a nuestros corazones la plenitud, el objeto, la admirable armonía de las obras que realiza el Dios uno en su esencia y trino en sus personas; en el velo de las especies sagradas ofreces a nuestros ojos el *memorial* vivo de las maravillas realizadas por el concierto de la Omnipotencia, la Sabiduría y el Amor![3] La Eucaristía sola podía, efectivamente, poner en pleno esplendor el desenvolvimiento en el tiempo, la marcha progresiva de los divinos designios inspirados por el amor que los conduce *hasta el fin*[4].

---

1 *S. Juan*, IV, 10.
2 *Psal.*, LXII, 19.
3 *Salm.*, CX, 4.
4 *S. Juan*, XIII, 1.

Alabanza a la Sabiduría eterna. — Oh Sabiduría, salida de la boca del Altísimo, que abarcas de un extremo a otro y dispones todas las cosas con fortaleza y suavidad [1], implorábamos en el tiempo de Adviento tu venida a Belén, *la casa del pan;* eran la aspiración primera de nuestro corazón. El día de tu gloriosa Epifanía manifestó el misterio de las bodas y reveló al Esposo; la Esposa fué preparada en las aguas del Jordán; cantamos a los Magos que se dirigían con presentes al festín figurativo, y a los comensales que bebían vino milagroso. Mas el agua cambiada en vino, presagiaba aun más excelsas maravillas. La viña, la verdadera viña cuyos sarmientos somos nosotros [2], dió flores embalsamadas y frutos de gracia y honor [3]. El trigo abunda en los valles y éstos cantan un himno de alabanza [4].

Sabiduría, noble soberana, cuyos atractivos divinos cautivan desde la infancia los corazones ávidos de la verdadera hermosura [5]; ¡ha llegado por fin, el día del verdadero festín de las bodas! Como una madre llena de honor, acudes a alimentarnos con el pan de vida, a embriagarnos con la bebida saludable [6]. Es mejor tu fruto que

---

1 La primera de las grandes antífonas de Adviento.
2 *S. Juan,* XV, 5.
3 *Ecles.,* XXIV, 23.
4 *Salm.,* LXIV, 14.
5 *Salm.,* VIII, 2.
6 *Ecles.,* XV, 2, 3.

el oro y la piedra preciosa, mejor tu sustancia que la plata más pura [1]. Los que Te comen, volverán a tener hambre; los que Te beben, no apagarán su sed [2]. Porque tu conversación no tiene nada de amargo, tu compañía nada de hastío; contigo están la alegría y el júbilo [3], las riquezas, la gloria y la virtud [4].

En estos días que elevas tu trono en la asamblea de los santos, sondeando a placer los misterios del divino banquete, deseamos publicar tus maravillas, y en unión contigo, cantar tus alabanzas ante los ejércitos del Altísimo [5]. Dígnate abrir nuestra boca y llenarnos de tu Espíritu, divina sabiduría, a fin de que nuestra alabanza sea digna de su objeto y abunde, conforme a tu promesa, en la boca de tus adoradores [6].

MISA

El Señor viene a alimentar a sus elegidos con el trigo echado a la tierra y multiplicado por la inmolación mística, sobre todos los altares; viene en este día a triunfar entre los suyos, a escuchar nuestros gritos de júbilo al Dios de Jacob. Estos son los pensamientos que interpreta el

---

1 *Prov.*, VIII, 19.
2 *Ecles.*, XXIV, 29.
3 *Salm.*, VIII, 16.
4 *Prov.*, VIII, 18.
5 *Ecles.*, 1-4.
6 *Ecles.*, XV, 5, 10.

solemne Introito por el que la Iglesia empieza sus cantos. Está compuesto de trozos del salmo LXXX.

INTROITO

Los alimentó con grosura de trigo, aleluya: y los sació con miel de la roca, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Ensalzad a Dios, nuestro ayudador: cantad jubilosos al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia recuerda la intención del Señor al instituir el Sacramento del amor en la víspera de su muerte, como memorial de la Pasión que pronto debía padecer. Pide que, penetrados así de su verdadero sentido en los honores rendidos al Cuerpo y Sangre divinos, obtengamos el fruto de su sacrificio.

COLECTA

Oh Dios, que bajo este admirable Sacramento, nos dejaste el recuerdo de tu pasión: suplicámoste hagas que veneremos de tal modo los sagrados Misterios de tu Cuerpo y Sangre, que sintamos siempre en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (XI, 23-29).

Hermanos: Pues yo recibí del Señor lo que os he enseñado a vosotros: que el Señor Jesús, en la noche que iba a ser entregado, tomó el pan, y, dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad, y comed: Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía. Tomó igualmente el cáliz, después que cenó,

diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto, cuantas veces bebáis, en memoria mía. Porque, cuantas veces comáis este pan, y bebáis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor, indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre a si mismo: y coma así de este pan y de este cáliz. Porque, el que lo come, o lo bebe, indignamente, come y bebe su propio juicio, no distinguiendo el cuerpo del Señor.

Anuncio de la muerte del Señor.—La Sagrada Eucaristía como Sacrificio y Sacramento, es el centro mismo de la religión cristiana; por eso el Señor quiso que el hecho de su institución, descansase, en los escritos inspirados, sobre cuádruple testimonio. San Pablo, a quien acabamos de escuchar, une su voz a la de San Mateo, San Marcos y San Lucas. Apoya su relato, conforme en todo al de los evangelistas, sobre la misma palabra del Salvador, que se dignó aparecérsele e instruirle en persona, después de su conversión.

El Apóstol insiste sobre el poder que el Señor dió a sus discípulos de renovar la acción que acababa de realizar, y en particular nos enseña que cada vez que el sacerdote consagra el cuerpo y sangre de Jesucristo, *anuncia la muerte del Señor,* manifestando por estas palabras la unidad del sacrificio sobre la cruz y sobre el altar. Por la inmolación del Redentor sobre la cruz, la carne de este cordero de Dios llega a ser asimismo "verdadera comida", y su sangre, "ver-

dadera bebida", como lo dirá pronto el Evangelio. No lo olvide el cristiano ni en este día de triunfo. Lo hemos visto hace un instante: la Iglesia en la Colecta no desea sino inculcar profundamente en el alma de sus hijos la última y tierna recomendación del Señor: "Cada vez que bebáis de este cáliz de la nueva alianza, hacedlo en memoria mía." La elección que hace para la Epístola de este trozo del gran Apóstol, debe servir al cristiano para comprender mejor que la carne divina que alimenta su alma, fué preparada en el Calvario, y que, si el Cordero está hoy vivo e inmortal, por una muerte dolorosa fué por la que llegó a ser nuestro alimento. El pecador reconciliado debe recibir con compunción el sagrado Cuerpo, del que debe reprocharse amargamente el haber agotado toda la Sangre por sus pecados; el justo participará de él con humildad, acordándose de que también él tuvo su parte en los dolores del Cordero inocente, y que, si hoy siente en sí la vida de la gracia, no lo debe sino a la Sangre de la Víctima, cuya Carne le va a ser dada en alimento.

PUREZA REQUERIDA. — Temamos ante todo la audacia sacrílega reprendida por el Apóstol, del que no teme infligir, por un monstruoso desorden, una nueva muerte al Autor de la vida, en el banquete mismo de quien dió su Sangre para rescatarle. "Pruébese el hombre a sí mismo, dice San Pablo, y sólo entonces coma de este

pan y beba de este cáliz." Esta prueba es la confesión sacramental para todo hombre que tiene conciencia de un pecado grave no acusado todavía: por grande que sea su arrepentimiento y aunque esté ya reconciliado con Dios por un acto de contrición perfecta, el precepto del Apóstol, interpretado por la costumbre de la Iglesia y sus definiciones conciliares[1], le prohibe el acceso a la Sagrada Mesa hasta que confiese su falta en el sacramento de la Penitencia.

El Gradual y el verso del Aleluya presentan un ejemplo de paralelismo entre los dos testamentos. El Salmista[2] exalta en él la bondad infinita del Señor, del que todo ser viviente espera su alimento; y el Salvador, se presenta aquí a nosotros, en San Juan[3], como verdadero alimento.

GRADUAL

Los ojos de todos están fijos en ti, Señor: y tú les das el sustento en tiempo oportuno. ℣. Abres tu mano: y llenas de bendición a todo viviente.

Aleluya, aleluya. ℣. Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Aleluya.

A continuación viene la Secuencia, obra del Doctor Angélico, donde la Iglesia, verdadera Sión, manifiesta su entusiasmo, desahoga su

---

[1] *Concilio de Trento* Ses XIII, c VII, can XI.
[2] *Ps.,* CXLIV, 15-16.
[3] *S. Juan,* VI, 56-57.

amor al Pan vivo y vivificador, en términos de una precisión escolástica que parecería habría de resistirse a toda forma poética. El misterio eucarístico se desenvuelve en ella con la plenitud concisa y la sencilla y grandiosa majestad, cuyo maravilloso secreto tuvo Santo Tomás. Esta exposición sustancial del objeto de la fiesta, sostenida por un canto en armonía con el pensamiento, justifica completamente el entusiasmo excitado en el alma por la sucesión de estas estrofas magistrales.

SECUENCIA

1. Alaba, Sión, al Salvador,
Alaba al Caudillo y al Pastor
Con himnos y cánticos.
2. Cuanto puedas, tanto osa:
Porque es mayor que toda loa,
Ni bastas para alabarle.
3. Tema especial de la loa
Que se propone este día,
Es un Pan vivo y vital.
4. El que en la Mesa sagrada,
A la turba de los Doce
Fué dado sin vacilar.
5. Sea plena, sea sonora la loa,
Sea agradable, sea graciosa
Del alma la exultación.
6. Porque es el solemne día
En que se celebra la primera
Institución de esta Mesa.
7. En esta mesa del nuevo Rey,
La nueva Pascua de la nueva Ley
Termina la Pascua antigua.

8. El nuevo rito anula al antiguo;
La verdad a la sombra pone en fuga,
La luz a la noche elimina.
9. Lo que en la Cena hizo Cristo,
Mandó también que se hiciera
En memoria y recuerdo suyo.
10. Los iniciados en los sagrados ritos
Consagramos el pan y el vino
En hostia de salvación.
11. Es enseñanza dada a los cristianos,
Que el pan se convierte en carne,
Y el vino en sangre se torna.
12. Lo que no entiendes ni ves,
Lo afirma la animosa fe,
Sobre el orden natural de las cosas.
13 Bajo distintas especies,
Que son signos y no cosas,
Yacen realidades excelsas.
14. La carne es comida, la sangre bebida:
Pero Cristo permanece todo
Debajo de cada especie.
15. No es cortado por el que lo toma,
Ni quebrado ni partido:
Es recibido íntegramente.
16. Lo toma uno, lo toman mil:
Cuanto éstos, tanto aquél:
Ni recibido se consume.
17. Lo toman buenos, lo toman malos:
Pero con suerte desigual,
Para vida o para muerte.
18. Es muerte para los malos, es vida para los buenos:
Mira de una misma recepción
Qué dispar es el efecto.
19. Dividido, en fin, el Sacramento,
No vaciles, sino piensa,
Que hay tanto bajo un fragmento
Cuanto se esconde en el todo.

20. Nada se rompe del sér:
Solo el signo es dividido:
Pero ni el estado ni la estatura
Del designado se disminuye.
21. Este es el Pan de los Angeles,
Hecho comida de los viandantes:
Es verdadero pan de los hijos,
Que no se debe echar a los perros.
22. En figuras fué anunciado:
Con Isaac es inmolado:
Cordero de Pascua es reputado:
Maná es dado a los padres.
23. Buen pastor, pan verdadero,
Jesús, de nosotros ten piedad:
Pástanos tú, y defiéndenos:
Y tus bienes haznos ver
En la tierra de los vivientes.
24. Tú, que todo lo sabes y puedes:
Que apacientas aquí a los mortales:
Haznos allá comensales,
Coherederos y compañeros
De los santos ciudadanos.
Amén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (VI, 56-59).

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: así, el que me coma a mí, también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No será como con vuestros padres, que comieron el maná y murieron. El que coma este pan, vivirá eternamente.

La Eucaristía, alimento de vida para el alma... El discípulo amado no podía pasar en silencio el misterio del amor. Sin embargo de eso, cuando escribió su Evangelio, la institución de este sacramento estaba suficientemente relatada por los tres Evangelistas que le habían precedido, y por el Apóstol de los gentiles. Sin repetir esta historia divina, completa su relato con el de la solemne promesa que hizo el Señor, un año antes de la Cena, a orillas del lago de Tiberiades.

A las numerosas muchedumbres que atrae en pos de Sí por el reciente milagro de la multiplicación de los panes y peces, Jesús se presenta como el verdadero Pan de vida venido del cielo y que preserva de la muerte, a la indiferencia del maná que dió Moisés a sus padres. La vida es el primero de los bienes, así como la muerte es el último de los males. La vida reside en Dios como en su origen [1]; solo El puede comunicarla a quien quiere, y devolverla a quien la perdió.

El Verbo de Dios vino a los hombres para que tuvieran la vida y la tuvieran abundantemente [2]. Y, como lo propio del alimento es aumentar, sostener la vida, El se hizo alimento, alimento vivo y vivificador descendido de los cielos. La carne del Verbo, participando ella misma de la vida eterna que toma directamente del seno del Padre, comunica esta vida a quien la come. Lo que

---

[1] *Salm.* XXXV, 10.
[2] *S. Juan,* X, 10.

es corruptible por su naturaleza, dice San Cirilo de Alejandría, no puede ser vivificado de otro modo que por la unión corporal al cuerpo del que es vida por naturaleza; ahora bien, del mismo modo que dos trozos de cera fundidos juntos por el fuego no son más que uno solo, así hace de nosotros y de Cristo la participación de su Cuerpo y de su Sangre preciosos. Esta vida, pues, que reside en la carne del Verbo, hecha nuestra en nosotros mismos, no será ya vencida por la muerte como tampoco lo será en El; sacudirá el día señalado las ligaduras del antiguo enemigo y triunfará de la corrupción en nuestros cuerpos inmortales [1].

... Y PARA EL CUERPO. — Era, pues, necesario que no sólo el alma fuese renovada por el contacto con el Verbo, sino que este mismo cuerpo terrestre y vil, participase en su medida de la *virtud vivificadora del Espíritu,* según la expresión del Señor [2]. "Los que han bebido veneno por asechanzas de sus enemigos, dice admirablemente San Gregorio de Nisa, extiguen en ellos el virus por un remedio opuesto; mas como sucede con el brevaje mortal, es necesario que la bebida saludable sea introducida hasta sus entrañas, a fin de que extienda por todo el organismo su virtud curativa. Los que hemos gustado del fruto dele-

[1] San Cirilo de Alenjandría *sobre San Juan*, l, X. c. II.
[2] *S. Juan*, VI, 64.

téreo, tenemos necesidad de un remedio saludable que nuevamente reúna y armonice los elementos disgregados y confundidos de nuestra naturaleza, y penetrando lo interior de nuestra sustancia, neutralice y haga salir el veneno por una fuerza contraria. ¿Cuál será ese contraveneno? Ningún otro que este Cuerpo que se mostró más poderoso que la muerte y asentó para nosotros el principio de la vida. Así como un poco de levadura, dice el Apóstol, asimila toda masa, así este Cuerpo, entrando en el nuestro, le transforma en el suyo. Mas nadie puede penetrar así en nuestra sustancia corporal, sino mediante la comida y bebida; y por este modo, conforme a su naturaleza, llega a nuestro cuerpo la virtud vivificadora[1].

El Ofertorio está formado por un pasaje del Levítico[2], donde el Señor recomienda la santidad a los sacerdotes de la antigua alianza, por razón de la ofrenda de incienso simbólico y panes de proposición que hacían a Dios. En tanto cuanto el sacerdocio del Nuevo Testamento sobrepasa el misterio de la ley de las figuras, en eso deben sobrepasar en santidad a las manos de Aarón, las que presentan a Dios Padre el verdadero pan de los cielos como incienso de perfecto olor.

---

[1] *S. Gregorio de Nisa, Catequesis,* XXXVII.
[2] *Levit.,* XXI, 6.

OFERTORIO

Los sacerdotes del Señor ofrecerán a Dios incienso y panes: y, por tanto, serán santos ante su Dios, y no mancharan su nombre, aleluya.

El sacerdote pide para la Iglesia, en la Secreta, la unidad y la paz, que son la gracia especial del divino Sacramento, como lo enseñan los Padres, conforme a la composición de los dones sagrados formados de numerosos granos de trigo o de la vid reunidos bajo la muela o la prensa.

A continuación viene el Prefacio, que es hoy y durante la octava, el mismo de la Navidad del Señor. Nos recuerda la íntima conexión de los dos misterios de Navidad y del Santísimo Sacramento. En Belén, *casa de Pan,* Jesús verdadero *pan de vida,* descendió de los cielos por el seno de la Virgen madre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, concedas propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, místicamente representados en estos presentes ofrecidos. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Porque, por el misterio del Verbo encarnado, ha brillado ante los ojos de nuestra alma una nueva luz de tu claridad: para que, mientras conocemos visiblemente a Dios, por El nos elevemos al amor de las cosas invisi-

bles. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

La Iglesia, fiel al mandato de Cristo notificado por el Apóstol en la Epístola de la fiesta, recuerda a sus hijos en la Antífona de la Comunión que, recibiendo el Cuerpo del Señor, *anuncian* su muerte y deben guardarse en santo temor de acercarse indignamente a los misterios de salvación.

COMUNION

Cuantas veces comáis este pan, y bebáis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga: por tanto, quien comiere el pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor, aleluya.

La Iglesia concluye los Misterios pidiendo para siempre la unión sin velos al Verbo divino, esa unión perfecta de la que la participación transitoria y oculta en la real sustancia del Cuerpo y de la Sangre preciosa, es aquí prenda y figura.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos llenemos de la sempiterna fruición de tu divinidad, que nos augura esta temporal recepción de tu precioso Cuerpo y Sangre. Tú, que vives.

LA PROCESION

¿Quién es ésta que viene embalsamando el desierto del mundo con una nube de incienso, de mirra y de toda suerte de perfumes? La Iglesia rodea la litera de oro en que aparece el Esposo en su gloria. Junto a El están ordenados los fuertes de Israel, sacerdotes y levitas del Señor poderosos ante Dios. Hijas de Sión, salid a su encuentro, contemplad al verdadero Salomón en el esplendor de la diadema que le puso su madre en el día de sus bodas y de la alegría de su corazón [1]. Esta diadema es la carne que recibió el Verbo de la purísima Virgen cuando tomó a la humanidad por Esposa [2]. Por este cuerpo perfectísimo y por esta carne sagrada, se perpetúa todos los días, en el altar, el inefable misterio de las bodas del hombre y la Sabiduría eterna. Para el verdadero Salomón, pues, cada día es también el día de la alegría del corazón y de goces nupciales. ¿Qué más natural que, una vez al año, la Iglesia dé libre curso a sus transportes hacia el Esposo oculto bajo los velos del Sacramento? Por esta razón el sacerdote consagra hoy dos hostias y después de consumir una, coloca la otra en la custodia, que respetuosamente llevada en sus manos, atravesará bajo palio, al canto de himnos, las filas de la muchedumbre prosternada.

---

[1] *Cant.,* III, 5-11.
[2] S. Gregrorio, *sobre el cántico.*

Resumen histórico. — Este solemne homenaje hacia la Eucaristía, como hemos dicho más arriba, es de origen más reciente que la fiesta del *Corpus*. Urbano IV no habla aún en su bula de institución, en 1264. Por el contrario, Martín V y Eugenio IV, en sus Constituciones citadas anteriormente, (26 de mayo 1429 y 26 de mayo 1433), prueban que estaba en uso en su tiempo, pues conceden indulgencias a los que la siguen. El milanés Donato Bossius refiere en su crónica, que "el Jueves 29 de Mayo de 1404, se llevó solemnemente por vez primera el Cuerpo de Cristo por las calles de Pavía, *como se ha usado después*." Algunos autores concluyeron que la procesión del Corpus no remontaba más allá de esta fecha y debía su primer origen a la Iglesia de Pavía. Pero esta conclusión va más allá del texto sobre el que se apoya, que acaso no expresa más que un hecho de la crónica local.

En efecto, encontramos mencionada la Procesión en un título manuscrito de la Iglesia de Chartres 1330, en un acta del capítulo de Tournai *1325*, en el concilio de París 1323, y en 1320 en el de Sens. Fueron concedidas indulgencias por estos dos concilios a la abstinencia y ayuno de la vigilia del Corpus, y se añade: "En cuanto a la Procesión solemne que se hace el Jueves de la fiesta llevando el Santísimo Sacramento, como parece que es por una inspiración divina por la que se ha introducido en nuestros días, no es-

tablecemos nada al presente, dejándolo todo a la devoción del clero y del pueblo"[1]. La iniciativa popular, pues, parece que tuvo gran parte en esta institución. Y así como Dios había escogido un Papa francés para establecer la fiesta, así también de Francia se extendió poco a poco por todo el Occidente este glorioso complemento de la solemnidad del Misterio de la fe[2].

Mas parece probable que, al principio, la Hostia no era en todos los lugares llevada al descubierto como hoy día en las procesiones, sino solamente velada o encerrada en una píxide o cajita preciosa. Así se llevaba desde el siglo XI en algunas Iglesias, en la procesión de Ramos y aun en la de Resurrección. En otro lugar hemos hablado de esas manifestaciones solemnes que, por lo demás, tenían menos por objeto honrar directamente al Santísimo sacramento, que hacer más palpable el misterio del día. De cualquier modo que sea, el uso de las custodias u ostensorios, como las llama el concilio de Colonia, año 1452, siguió de cerca el establecimiento de la nueva procesión.

DOCTRINA DEL CONCILIO DE TRENTO. — Con todo eso, la herejía protestante trató pronto de novedad, de superstición, de idolatría odiosa, estos

[1] Labbe, *Conc.*, T. XI, p. 1680, 1711.

[2] Luego del Concilio de 1311, en que definitivamente se promulgó la fiesta, Vienne adoptó por armas el olmo coronado de un cáliz y una hostia rodeada de estas palabras: *Vienna civitas sancta.*

desenvolvimientos naturales del culto católico inspirados por la fe y el amor. El concilio de Trento castigó con el anatema las recriminaciones de los sectarios [1], y en un capítulo especial, justificó a la Iglesia en términos que no podemos dejar de reproducir: "El santo Concilio declara piadosa y santísima la costumbre que se ha introducido en la Iglesia, de dedicar cada año una fiesta especial para celebrar, todo lo posible, el augusto Sacramento, así como llevarle en procesión por las calles y plazas públicas con pompa y honor. Es justo que se establezcan ciertos días en que los cristianos, con una manifestación solemne y particular, den testimonio de su gratitud y piadoso recuerdo hacia el Señor y Redentor, por el beneficio inefable y divino que pone ante nuestros ojos la victoria y triunfo de su muerte. Convenía además que la verdad victoriosa triunfase de la mentira y herejía, de tal suerte que sus adversarios, en medio de tal esplendor y tan grande alegría de toda la Iglesia, o pierdan ánimos, o, llenos de confusión, vengan, en fin, a arrepentimiento"[2].

BELLEZAS DEL CORPUS. — Mas nosotros católicos, fieles adoradores del Santísimo Sacramento, ¡"con qué alegría" exclama el elocuente Padre Fáber, "debemos contemplar esta resplandeciente e inmensa nube de gloria que la Iglesia hace

[1] *Ses.*, XIII, c., VI.
[2] *Ses.*, XIII, c., V.

hoy subir hacia Dios! ¡Sí, se diría que el mundo está aún en su estado de fervor e inocencia primitivas! Mirad estas gloriosas procesiones que con sus estandartes resplandecientes por el sol, se desarrollan en las plazas de las opulentas ciudades, por la calles de los pueblos cristianos cubiertas de flores, bajo las bóvedas venerables de las antiguas basílicas y a lo largo de los jardines de los Seminarios, asilos de piedad. En esta aglomeración de pueblos, el color del rostro y la diversidad de lenguas no son sino nuevas pruebas de la unidad de esta fe que todos se regocijan de profesar por la voz del magnífico ritual Romano. ¡En cuántos altares de distinta arquitectura, adornados con las flores más suaves y resplandecientes, en medio de nubes de incienso, al son de cantos sagrados y en presencia de una multitud prosternada y recogida, el Santísimo Sacramento es elevado sucesivamente para recibir las adoraciones de los fieles, y descendido para bendecirlos! ¡Cuántos actos inefables de fe y de amor, de triunfo y reparación, cada una de estas cosas nos representan! El mundo entero y el aire de la primavera se llenan de cantos de alegría. Los jardines se despojan de las bellas flores, que manos piadosas arrojan al paso de Dios, oculto en el Santísimo Sacramento. Las campanas tocan a lo lejos sus graciosos carrillones. El Papa en su trono y la doncella de su aldea, las religiosas claustradas y los

ermitaños solitarios, los obispos, los dignatarios y predicadores, los emperadores, los reyes y los príncipes, todos piensan hoy en el Santísimo Sacramento. Las ciudades se ven iluminadas, las moradas de los hombres se animan con trasportes de alegría. Es tal el gozo universal, que los hombres se entregan a él sin saber por qué, y que se comunica de rechazo a todos los corazones donde reina la tristeza, a los pobres, a todos los que lloran su libertad, su familia o su patria. Todos estos millones de almas que pertenecen al pueblo regio y al linaje espiritual de San Pedro, están hoy más o menos preocupados con la idea del Santísimo Sacramento; de suerte que la Iglesia militante entera salta de un gozo y de una emoción semejante al oleaje del mar agitado. El pecado parece olvidado; las lágrimas mismas parecen arrancadas más bien por la abundancia de felicidad que por la penitencia. Es una embriaguez semejante a la que transporta al alma a su entrada en el cielo; o bien se diría que la tierra se convierte en cielo, como podría suceder por efecto de la alegría de que la inunda el Santísimo Sacramento"[1].

Durante la procesión se cantan los himnos del oficio del día, el *Lauda Sion*, el *Te Deum*, y según la duración del trayecto, el *Benedictus*, el *Magnificat* u otras piezas litúrgicas, que tienen alguna relación con la fiesta, como los himnos

[1] *El Santísimo Sacramento*, T. I, p., 4.

de la Ascensión indicados en el Ritual. De vuelta a la Iglesia, la función se acaba como las exposiciones ordinarias, con el canto del *Tantum ergo*, del verso y la oración del Santísimo Sacramento. Mas después de la Bendición solemne, el Diácono expone la Sagrada Hostia sobre el trono, donde los fieles la formarán, durante ocho días, una guardia amorosa y solícita.

No debemos concluir esta festividad sin mencionar, aunque sea brevemente la gran devoción que en España se viene teniendo, ya de antiguo, al Santísimo Sacramento, y el esplendor con que en siglos pasados se celebró y sigue celebrándose hoy día la gran fiesta del *Corpus* y su Procesión. Esta veneración hacia Jesús Sacramentado la testimoniaron de consuno el arte y la literatura. El arte nos ha legado un tesoro inmenso de custodias que son verdaderas joyas, cuajadas de primores artísticos no menos que de materias preciosas. La literatura nos ofrece una riquísima copia de *Autos Sacramentales* en que el ingenio y la doctrina de nuestros dramaturgos clásicos, derrochó galanuras de elocuencia y poesía e hizo de nuestro pueblo un pueblo que podríamos llamar teólogo.

Esta devoción al Santísimo, junto con la de la Inmaculada Madre del Verbo hecho Hombre, la supieron inocular nuestros misioneros en toda la América Española, que, si tenía a gala en competir antiguamente con la Madre Patria en

rendir honores al Dios de la Hostia, hoy conserva todavía esa singular veneración al más augusto de los misterios del cristianismo. ¡Gloria a la España Católica, y gloria a las naciones por ella cristianizadas!

VIERNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

FIGURAS DE LA EUCARISTIA EN EL PARAISO TERRENAL

PREPARACIONES DIVINAS. — Consagraremos los dos primeros días de la Octava que comienza hoy, a esbozar brevemente la historia de la preparación eucarística. La viva luz que arrojará sobre el dogma mismo, dará a entender bastante su importancia. No se extrañe nadie al ver a la eterna Sabiduría prodigando en estos dos días sus divinas atenciones a nuestra naturaleza. Tomando a las Escrituras por guía en esta exposición, como en todo el resto de esta obra, hemos debido tomar también sus expresiones. Ahora bien, se expresan de este modo antes de la Encarnación: La segunda persona de la Trinidad augusta aparece claramente en ellas con el nombre de SABIDURÍA, y con título de *Esposa,* hasta que, realizada su unión con el hombre en grado más elevado que debió alcanzar en Cristo-Jesús, se

eclipsa, por decirlo así, ante el *Esposo,* y parece perder hasta su nombre. Aprendamos, a ejemplo de nuestros padres, a honrar a la Sabiduría divina y a reconocer el amor que la fuerza a unirse de modo inefable al hombre desde la eternidad.

FIGURAS SIMBÓLICAS: EL ÁRBOL DE LA VIDA. — Dice la Escritura que Dios había plantado desde el principio un jardín delicioso, para colocar allí al hombre. En medio del jardín crecía un árbol con significado misterioso: más hermoso que todos los demás, se llamaba el *árbol de la vida.* Un río, que se dividía en cuatro canales, regaba este lugar de delicias[1]; llamado asimismo *río de la vida,* San Juan nos lo muestra en el Apocalipsis, como saliendo del trono de Dios y brillante como el cristal[2]. Arbol y río cuyo símbolo no supone de ningún modo el pecado futuro; colocados por Dios en esta morada de inocencia, entran como elementos en la noción del plan divino primitivo, y no significan ni anuncian algo que de por sí no se refiera al estado de inocencia.

¿Cuál será el fruto, del árbol de la vida, cuyas hojas, nunca marchitas[3], son la salud de los pueblos[4], sino la misma Sabiduría divina en su sustancia? Alimento de los Angeles en su forma divina, lo será también del hombre en su doble

[1] *Génesis,* II, 8-10.
[2] *Apoc.,* XXII, 1.
[3] *Salm.,* I, 3.
[4] *Apoc.,* XXII, 2.

naturaleza, a fin de que, llegando por la carne al alma, la llene de su divinidad.

La Sabiduría divina se había, pues, anticipado al hombre en el Paraíso; aún no estaba él allí, cuando esta sabiduría, impaciente en su amor, habitaba ya en él para esperarle, y le esperaba en este árbol de la vida que por sí misma había plantado en unión con el Altísimo, como inspiradora de sus obras [1]. "Como manzano fecundo entre árboles estériles del bosque, dice la Esposa del Cántico, así es mi Amado entre los hombres; me senté a la sombra de aquel que deseaba, y su fruto es suave a mi paladar" [2]. ¡Era el fruto delicioso del árbol de la vida que simbolizaba a la Eucaristía!

LA REALIDAD: EL PAN DE VIDA. — Pero la Sabiduría nos invitaba ayer a comer en su casa del *pan*, no del *fruto* en el *jardín*. ¿De dónde viene en realidad esta transformación que no responde ya sino a la figura? Débese a que el hombre, soberbio, gustó del fruto prohibido, que le perdió por su desobediencia y que le echó del lugar de delicias. En lugar de los frutos del paraíso, tendrá en adelante al pan por alimento; pan que cuesta trabajo y sudor, pan que debe ser triturado por piedras y pasado por el fuego. Es la sentencia dada por Dios [3]. Mas ¡ay!, esta justiciera

---

1 *Sag.*, VIII, 4.
2 *Cant.*, II, 3.
3 *Génesis*, III, 19.

sentencia irá más lejos que el culpable; por encima del hombre, recaerá sobre la misma Sabiduría divina que se dió al hombre por alimento y por compañera. Porque, en la inmensidad de su amor, no despreciará a esta naturaleza caída; la abrazará para salvarla, hasta en las consecuencias de la caída, haciéndose, como el hombre, pasible y mortal. Para llegar hasta el hombre, deberá abrirse paso a través de las espinas y matorrales de su nueva habitación. Una *casa* levantada [1] con trabajo contra las intemperies de la tierra del destierro, acogerá el festín de las bodas, y el manjar de este festín no será el fruto del árbol de la vida, sino el trigo divino triturado por el dolor y tostado sobre el altar de la cruz.

SABADO DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

FIGURAS DE LA EUCARISTIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

EL PARAÍSO PERDIDO. — El hombre vió abrirse ante él los horizontes desolados de la tierra de destierro. El árbol de la vida no es más que un doloroso recuerdo. Le encontraremos más tarde; debe adornar la nueva tierra donde el Señor ha

[1] *Prov.*, IX, 1.

de introducir a sus elegidos, el día de la gran Pascua y del restablecimiento de todas las cosas[1]. Día feliz, dice el Apóstol, al que aspira ahora toda criatura, doliente y sometida, por una falta que no es suya, a la inconstancia de cambios sin fin. El que contra la voluntad de la creación la sometió a esta servidumbre de corrupción, la conserva en la esperanza de que, cuando sea rescatada, participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios[2]. Porque la gloria del nuevo Paraíso será mayor que la del primero. Porque no ha de obrarse, en efecto, la unión deificante bajo la sombra vacía de los símbolos, ni en un acercamiento fugaz, sino que la Sabiduría se dará substancialmente y sin velos a la humanidad en un abrazo eterno. Pero en el tiempo y sobre la tierra ha de pactarse esta unión, cuyo goce perfecto y estable será para la eternidad. Y ¿cuáles serán, después de la caída, las condiciones de la alianza de la que la eterna Sabiduría no ha desistido?

SACRIFICIOS DEL HOMBRE CAÍDO: "En este día, dice el Señor, seré propicio a los cielos y ellos serán propicios, a la tierra; la tierra será propicia al trigo, al vino y al aceite, y éstos serán propicios a Jezrahel, *la raza de Dios*"[3], dándole con el trigo y el vino la materia de los Miste-

[1] *Apoc.*, XXII, 2.
[2] *Rom.*, VIII, 19-22.
[3] *Oseas*, II, 21-22.

rios, y, con el aceite, sacerdocio que debe transformarlos en el dote de la alianza en el acto del Sacrificio. Porque por el Sacrificio y en la sangre debe consumarse esta alianza de justicia y amor. Los sacrificios sangrientos, establecidos en el umbral del Edén como expresión ritual de la religión de los primeros tiempos, se continuarán hasta en los abismos adonde el extravío del politeísmo arrastrará a la humanidad.

Incapaces de producir la gracia y demostrándolo bastante por su multiplicidad misma, estos sacrificios tendrán por fin conservar en la humanidad la conciencia de la caída y la esperanza del Salvador, manteniendo así, en el espíritu de todos, la base de los actos sobrenaturales necesarios para la justificación y la salvación. Pero los retoques añadidos al plan divino después de la caída, no serán los solos representados en este importante rito: la unión de Dios con su criatura, objeto primitivo y siempre principal en las intenciones del Creador, la unión del hombre y la Sabiduría en el banquete preparado por ella misma, hallará allí su expresión figurativa en la división de la víctima entre Dios y el hombre, entre la divinidad aplacada por el derramamiento de sangre y la humanidad rehabilitada, alimentada con esta carne inocente, llegada a ser para ella, alimento de una vida nueva y divina. La regla general de los sacrificios en todas las naciones será tal, que, a la vez que sube por el

fuego hacia el cielo la parte correspondiente a la divinidad, un ágape en común—verdadera señal de comunión entre el cielo y la tierra—deberá hacer una sola cosa de los mismos asistentes en la consumación de las partes restantes de la hostia.

¡Admirable armonía! ¡Profecía viviente, repetida en todos los tonos por los miles de víctimas degolladas cada día en todos los lugares! En ellas, el Cordero de Dios que anuncian, es inmolado desde el origen del mundo [1]: aplicada su sangre por la esperanza y la fe, corre con abundancia sobre las almas, borrando los pecados de las generaciones sucesivas; y la humanidad, mantenida alerta por las prescripciones inspiradas de su ritual misterioso, se prepara desde entonces al banquete de las bodas del Cordero [2].

LOS SACRIFICIOS DE LA ANTIGUA ALIANZA. — Al acercarse los tiempos mesiánicos, los símbolos se hacen cada vez más precisos. He aquí al rey-sacerdote Melquisidec, que después de la victoria de Abraham y la libertad de Lot, ofrece a Dios en sacrificio pan y vino. He aquí en el momento de la salida de Egipto, la institución de la Pascua, en que la sangre del cordero inmolado salva a los israelitas de la muerte, mientras que su

1 *Apoc.*, XIII, 8.
2 *Apoc.*, XIX, 7-9.

carne los alimenta. He aquí la ley que Moisés recibe sobre el Sinaí y ordena que cada mañana y tarde se ofrezca a Dios el holocausto de un cordero acompañado de una libación de vino y de la ofrenda de una medida de harina con un poco de aceite. En adelante no falta ya nada a las figuras; la realidad puede presentarse.

El cordero divino. —Por fin los tiempos se cumplen. El que es al mismo tiempo verdadero sacerdote y víctima, se encarna en la Virgen María. En este Sábado, saludemos a María, *Sede de la sabiduría* para los pueblos. En su seno tuvo lugar el bendito encuentro, objeto de la espera de los siglos. Su sangre purísima suministró la sustancia de este cuerpo sin tacha, en el esplendor del cual, el más hermoso de los hijos de los hombres, dió cima a la alianza indisoluble de nuestra naturaleza con la Sabiduría eterna; y su alma extasiada contempla el inefable misterio de las bodas divinas realizadas en su seno virginal. ¡María, jardín cerrado, donde la Sabiduría se goza en la luz y el amor; tálamo florido del Cántico [1], embalsamado por el Espíritu con perfumes suavísimos; tabernáculo augusto de la Virgen María, mil veces más santo que el de Moisés! Allí escondido en el velo inmaculado de esta carne virginal, el Espíritu Santo, por el inefable abrazo de dos naturalezas en la unidad

[1] *Cant.*, I, 15.

del Hijo único, derrama la unción que le hace a la vez Esposo y Pontífice para siempre, según el Orden de Melquisedec.

Ya el hombre puede descansar tranquilo; ya ha descendido a la tierra el pan del cielo, el pan de la alianza; y, si aun nos separan muchos meses de la noche que debe darle a luz a nuestros ojos en Belén, el Pontífice está ya obrando en su santo templo. "No quisiste víctimas y oblaciones, dice al Padre, pero me formaste un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no Te plugieron. Entonces dije: He aquí que vengo según está escrito en el principio del Libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad"[1].

DOMINGO DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA EUCARISTIA SACRIFICIO PERFECTO

Noción del sacrificio. — La Eucaristía tiene por objeto principal la aplicación incesante del Sacrificio del Calvario; es, pues, necesario considerar este sacrificio del Hombre-Dios en sí mismo, a fin de admirar mejor la maravillosa continuación que se hace en la Iglesia. Conviene para esto precisar primeramente la noción general de *Sacrificio*.

[1] *Hebr.*, X, 5-7.

Dios tiene derecho al *homenaje* de su criatura. Si los reyes y señores de la tierra tienen derecho a exigir de sus vasallos el reconocimiento solemne de su soberanía, el *dominio* supremo del primer Ser, causa primera y fin último de todas las cosas, lo impone con más justo título a los seres llamados de la nada por su omnipotente bondad. Y, del mismo modo que por el *censo* que le acompañaba, el homenaje de siervos y vasallos llevaba, con la confesión de su sujeción, la declaración *efectiva* de bienes y derechos que reconocían tener de su Señor; del mismo modo, el acto por el que la criatura se humilla ante su criador, deberá manifestar suficientemente, *por sí mismo,* que le reconoce como Señor de todas las cosas y *autor de la vida.*

Mas puede suceder que la criatura, por su propia acción, tenga dada contra ella, a la justicia de Dios, derechos de otro modo temibles que los de su omnipotencia y bondad. La misericordia divina puede entonces, es cierto, suspender o conmutar la ejecución de las venganzas del supremo Señor; pero el homenaje del ser creado, hecho pecador, no será ya completo sino con la condición de expresar en adelante, con su dependencia de criatura, la confesión de su falta y de la justicia del castigo incurrido por la transgresión de los preceptos divinos; la oblación suplicante del esclavo rebelado deberá mostrar,

por su naturaleza, que Dios no es solamente el autor de la vida sino el *árbitro de la muerte.*

Esta es la verdadera noción del *Sacrificio,* así llamado porque *separa* de la multitud de seres de igual naturaleza y *hace sagrada* la ofrenda por la que se expresa: oblación interior y puramente espiritual en los espíritus libres de lo material; oblación espiritual y sensible a la vez para el hombre, que, compuesto de alma y cuerpo, debe homenaje a Dios por uno y otro. El sacrificio no puede ofrecerse más que a Dios solo; y la religión, que tiene por objeto el culto debido al Señor, no encuentra más que en él su expresión última.

UNIDAD DE LA CREACIÓN EN DIOS. — Por el sacrificio Dios alcanza el fin que se propuso en la creación: su propia gloria[1]. Mas para que se elevase del mundo hacia su Creador un homenaje que representase la medida de sus dones, hacía falta un jefe que representase al mundo entero en su persona, y que, disponiendo de él como de bien propio, le ofreciese al Señor en toda su plenitud consigo mismo. Pero Dios dispone las cosas de modo más admirable aún: dándole por jefe a su Hijo revestido de nuestra naturaleza, hace que el homenaje de esta naturaleza inferior, revistiendo la dignidad de la persona, el

---

[1] *Prov.,* XVI, 4.

honor rendido sea verdaderamente digno de la Majestad suprema.

¡Maravillosa coronación de la obra creadora! La gloria inmensa que rinde al Padre el Verbo encarnado, ha unido a Dios y a la criatura, tan distantes uno de otro; y rebosa sobre el mundo en abundante gracia que acaba por llenar el abismo. El Sacrificio del Hijo del Hombre llega a ser la base y razón del orden sobrenatural, en el cielo y en la tierra. Como objeto primero y principal del decreto de la creación, salieron de la nada para Cristo, a la voz del Padre, los diversos grados del ser espiritual y material, llamados a formar su palacio y corte: así también en el orden de la gracia, él es verdaderamente el *hombre*, el Predilecto. El espíritu de amor se esparcirá de este único *predilecto*, de la Cabeza, sobre todos sus miembros, comunicando sin medida la verdadera vida y el ser sobrenatural a aquellos que Cristo llama a participar de su divina sustancia en el banquete del amor. Porque a continuación de la Cabeza vendrán los miembros, uniendo al suyo su homenaje; y este homenaje, que de por sí hubiera permanecido por debajo de la Majestad infinita, recibirá, por su incorporación al Verbo encarnado en el acto de su Sacrificio, la dignidad de Cristo mismo.

Asimismo, y no nos cansaremos de repetirlo contra el individualismo estrecho que tiende a dar a las prácticas de devoción privada la pre-

ponderancia sobre la solemnidad de los grandes actos litúrgicos, que forman la esencia de la religión: mediante el Sacrificio la creación entera se consuma en la unidad; y la verdadera vida social se funda en Dios por el Sacrificio. *Sean uno en nosotros como nosotros mismos*[1]; tal es la última intención del Creador, revelada al mundo por el Angel del gran Consejo, venido a la tierra para realizar este programa divino. Ahora bien, la religión es la que reúne ante Dios los distintos elementos del cuerpo social; y el Sacrificio, que es el acto fundamental de ella, es a la vez medio y fin de esta grandiosa unificación en Cristo, cuya terminación indicará la consumación del reino eterno del Padre, que por él habrá llegado a ser todo en todos[2].

CRISTO, SACERDOTE Y VÍCTIMA. — Mas este reinado de la eternidad, que prepara al Padre el reino terreno de Cristo[3], tiene enemigos que es necesario reducir. Los Principados, las Potestades y Virtudes del infierno se han coaligado contra ella. La envidia, al atacar al hombre, imagen de Dios, introdujo en el mundo la desobediencia y la muerte[4]; por el hombre hecho su esclavo, el pecado se sirve, como de un arma, de todos los preceptos divinos contra su Autor[5].

---

1 *S. Juan,* XVII, 21.
2 *I Cor.,* XV, 24-28.
3 *I Cor.,* XV, 24-25.
4 *Sag.,* II, 23-23.
5 *Rom.,* VII, II.

Por eso, antes de ser agradables al Padre, los futuros miembros de Cristo anhelan un sacrificio de propiciación y de redención. Es necesario que Cristo mismo viva la vida de expiación del pecador, padezca sus dolores y *muera de muerte* [1]. Pues tal era la pena impuesta como sanción desde el principio al precepto divino; pena suprema para el transgresor, que no puede sufrirla, mayor, pero sin proporción con la ofensa de la infinita majestad, a menos que una persona divina, tomando la espantosa responsabilidad de esta deuda infinita, padezca la pena del hombre y le devuelva a la inocencia.

¡Venga, pues, nuestro Pontífice, aparezca el divino Caudillo de nuestra raza y de todo el mundo! Porque amó la justicia y odió la iniquidad, Dios le ungió con el aceite de alegría entre todos sus hermanos [2]. Era *Cristo* por el sacerdocio destinado para El desde el seno del Padre; es *Jesús*, porque el Sacrificio que acaba de ofrecer, salvará a su pueblo del pecado [3]: JESU-CRISTO: tal debe ser el nombre del Pontífice eterno.

¡Qué poder y amor en su sacrificio! Sacerdote y víctima a la vez, para destruirla triunfa de la muerte y al mismo tiempo abate el pecado en su carne inocente; satisface hasta el último óbolo, y mucho más, a la justicia del Padre;

[1] *Gen.*, II, 17.
[2] *Sal.*, XLIV, 8.
[3] *S. Mateo*, I, 21.

arranca el decreto que nos era contrario a nosotros y le clava en la cruz, le borra con su sangre, y, despojando a los Principados enemigos de su tiránico imperio, los encadena a su carro triunfal [1]. Crucificado con él, nuestro hombre viejo perdió su cuerpo de pecado; renovado con la sangre redentora, sale con él de la tumba a una vida nueva [2]. "Vosotros estáis muertos, dice el Apóstol, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios [3]; cuando aparezca Cristo vuestra vida, también apareceréis con él en la gloria." Cristo, en efecto, padeció, como Cabeza; su Sacrificio abarca todo el cuerpo cuya cabeza es, y le transforma con él para el holocausto eterno cuyo suave olor embalsamará los cielos.

Penetrémonos, oh *Cristianos,* de estas grandes enseñanzas. Cuanto más comprendamos el Sacrificio del Hombre-Dios en su inconmensurable grandeza, más fácilmente dejaremos a la Iglesia, por medio de su Liturgia, levantar nuestras almas de las egoístas y mezquinas preocupaciones de una piedad frecuentemente replegada sobre sí misma. Miembros de Cristo-Pontífice, ensanchemos nuestros corazones y abrámoslos a los torrentes de luz y amor que brotan del Calvario.

---

1 *Col.,* II, 15.
2 *Rom.,* VI, 4, 10.
3 *Col.,* III, 3.

MISA[1]

El Introito está sacado de los Salmos. Canta los beneficios con que el Señor protege a su pueblo y le liberta de sus enemigos. Celebremos con amor a nuestro Dios, seguro refugio y firme apoyo nuestro.

INTROITO

El Señor se hizo protector mío, y me sacó a la llanura: me salvó porque me quiso. — *Salmo:* Amete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, pide en la Colecta, el temor y amor del nombre sagrado del Señor. El temor, en efecto, de que aquí se trata, es el temor del hijo a su padre; no excluye el amor, le asegura, al contrario, preservándole de la negligencia y extravíos a los que una falsa familiaridad arrastra frecuentemente a ciertas almas.

---

[1] En algunas Iglesias, menos afortunadas que en España, solamente hoy celebran la Solemnidad del *Corpus*. En ellas se canta la Misa de la fiesta misma con la conmemoración ordinaria del domingo. Pero donde la solemnidad se celebró el Jueves, sólo se hace su conmemoración en la Misa de este domingo, que es el segundo después de Pentecostés. Hoy muy generalmente se hace la gran Procesión del *Corpus,* y en las Iglesias de España suele celebrarse otra segunda casi tan solemne como la del mismo día.

COLECTA

Haz, Señor, que tengamos a la vez el perpetuo temor y amor de tu nombre: porque nunca privas de tu gobierno a los que educas en la firmeza de tu dilección. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Juan. (III, 13-18).
Carísimos: No os admiréis si os odia el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte: todo el que odia a su hermano, es homicida. Y sabéis que ningún homicida tiene en sí la vida eterna. En esto conocemos la caridad de Dios, en que El dió su vida por nosotros: y nosotros debemos darla por los hermanos. El que tuviere las riquezas de este mundo, y viere a su hermano padecer necesidad, y cerrare sus entrañas a él: ¿cómo permanecerá en él la caridad de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabra ni con la lengua, sino de obra, y de verdad.

MEMORIAL DEL AMOR DIVINO. — Estas palabras del discípulo amado no podían recordarse mejor al pueblo fiel que en la Octava que prosigue su curso. El amor de Dios para nosotros es el modelo como la razón del que debemos a nuestros semejantes; la caridad divina es el tipo de la nuestra. "Os he dado ejemplo, dice el Salvador, para que como yo he hecho con vosotros, lo hagáis vosotros mismos" [1]. Si pues El dió hasta su vida, es necesario saber dar la nuestra, cuando

[1] *S. Juan,* XIII, 15.

se presentare ocasión, para salvar a nuestros hermanos. Con mayor razón debemos socorrerlos, según nuestros medios, en sus necesidades, amarlos *no de palabra o con la lengua, sino efectiva y verdaderamente.*

Ahora bien, ¿qué es el *memorial* divino sino la elocuente demostración del amor infinito, el monumento real y la representación permanente de esa muerte de un Dios, a la que se refiere el Apóstol?

Por eso el Señor, para promulgar la ley del amor fraterno que venía a traer al mundo, aguarda a la institución del Sacramento, que debía dar a esta ley su sólido apoyo. Mas, apenas creó el augusto misterio, apenas se dió bajo las especies sagradas, dijo: "Os doy un mandamiento nuevo; mi mandamiento es que os améis los unos a los otros, como yo os he amado"[1]. Precepto nuevo, en efecto, para un pueblo en que el egoísmo era la única ley; signo distintivo que iba a hacer reconocer entre todos a los discípulos de Cristo[2], y destinarlos a la vez al *odio del género humano*[3] rebelde a esta ley del amor. Las palabras puestas por San Juan en su Epístola: "Carísimos, no os extrañéis de que os odie el mundo; porque sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida si amamos a nuestros hermanos; el que no

---

[1] *S. Juan,* XIII, 34; XV, 12.
[2] *S. Juan,* XIII, 35.
[3] *Tácito,* Ann, XV.

ama permanece en la muerte", se refieren a la acogida hostil que el mundo de entonces dispensó al nuevo pueblo.

El cristianismo existe, si existe la unión de los miembros entre sí mediante su divina Cabeza; la Eucaristía es el alimento sustancial de esta unión, el lazo poderoso del cuerpo místico del Salvador, que por él crece cada día en la caridad [1]. La caridad, la paz, la concordia, es, pues, con el amor de Dios, la más indispensable y mejor preparación para los sagrados misterios. Es lo que nos explica la recomendación del Señor en el Evangelio: "Cuando presentes tu ofrenda en el altar, si te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda cabe el altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y vuelve en seguida a presentar tu ofrenda" [2].

El Gradual, sacado de los Salmos, da gracias al Señor por su protección en el pasado, e implora contra los enemigos siempre implacables, la continuación de su poderoso socorro.

GRADUAL

En mi tribulación clamé al Señor, y me escuchó. ℣. Señor, libra mi alma de los labios inicuos, y de la lengua engañosa.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, Dios mío, en ti he esperado: sálvame de todos los que me persiguen y líbrame. Aleluya.

---

1 *Efes.*, VI, 16.
2 *S. Mateo,* V, 23-24.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XIV, 16-24).

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos. Y, a la hora de la cena, envió a su siervo a decir a los invitados que vinieran, porque ya estaba preparado todo. Y comenzaron a excusarse todos a la vez. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito salir y verla: ruégote me excuses. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: ruégote me excuses. Y otro dijo: He tomado esposa: y, por ello no puedo ir. Y, vuelto el siervo, anunció esto a su señor. Entonces el padre de familias, airado, dijo a su siervo: Sal pronto por las plazas y barrios de la ciudad: e introduce aquí a los pobres, y débiles, y ciegos, y cojos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y todavía hay sitio. Y dijo el señor al siervo: Sal por los caminos y cercados: y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena.

EL FESTÍN DE LAS BODAS DEL CORDERO. — Cuando aun no se había establecido la fiesta del Corpus Christi, este evangelio estaba señalado ya para este Domingo. El Espíritu divino que asiste a la Iglesia en la ordenación de su Liturgia, preparaba de este modo anticipadamente el complemento de las enseñanzas de esta gran solemnidad. La parábola que propone aquí el Señor, sentado a la mesa de un jefe de los fariseos, volverá a repetirla en el templo, en los días que

precedieron a su Pasión y Muerte[1]. Esta insistencia es significativa y nos revela suficientemente la importancia de la alegoría. ¿Cuál es, en efecto, este convite de numerosos invitados, este festín de las bodas, sino aquel mismo de quien hizo los preparativos la Sabiduría eterna desde el principio del mundo? Nada faltó a las magnificencias de estos divinos preparativos. Con todo eso, el pueblo amado, enriquecido con tantos beneficios, hizo muecas de desagrado al amor; por sus abandonos despectivos se propuso provocar la cólera del Dios su Salvador[2].

Mas, a pesar de ello, la Sabiduría eterna ofrece todavía a los hijos ingratos de Abraham, Isaac y Jacob, en recuerdo de su padres, el primer lugar en el banquete; a las ovejas perdidas de la casa de Israel fué a las que fueron enviados primeramente los Apóstoles[3]. "¡Inefables miramientos! exclama San Juan Crisóstomo. Cristo llama a los judíos antes de la cruz; lo hace también después de su inmolación y continúa llamándolos. Cuando debía, a nuestro juicio, aplastarlos con fuerte castigo, los invita a su alianza y los llena de honores. Mas los que asesinaron a sus profetas y Le mataron a El mismo, solicitados por el Esposo y convidados a las bodas por su propia víctima, no hacen ningún caso y po-

[1] *S. Mateo,* XXII, 1-14.
[2] *Deut.,* XXXII, 15-16.
[3] *S. Mat.,* X, 6; Act., XIII, 46.

nen como pretexto sus parejas de bueyes, sus mujeres o sus campos"[1]. Pronto estos pontífices, escribas y fariseos hipócritas perseguirán y matarán a los apóstoles unos tras otros; y el servidor de la parábola no llevará de Jerusalén al banquete del Padre de familias más que los pobres, humildes y enfermos de las calles y plazas de la ciudad, en los que la ambición, la avaricia o los placeres no encontraron obstáculo al advenimiento del reino de Dios.

Entonces se consumará la vocación de los gentiles y el gran misterio de la sustitución del nuevo pueblo por el antiguo en la alianza divina. "Las bodas de mi Hijo estaban preparadas, dirá Dios Padre a sus servidores; pero los que estaban invitados, no han sido dignos. Id, pues, dejad la ciudad maldita que desconoció el tiempo de su visita[2]; salid a las encrucijadas, recorred las calles, buscad en los campos de los gentiles y llamad a las bodas a todos los que encontréis"[3].

Gentiles, glorificad a Dios por su misericordia[4]. Invitados, sin méritos por vuestra parte, al festín preparado para otros, temed incurrir en los reproches que los excluyeron de los favores prometidos a sus padres. Ciego y cojo llamado de la encrucijada, ven presto a la mesa sagrada. Piensa también, por el honor de Aquel que te

---

[1] *Hom.*, 69 *sobre S. Mat.*
[2] *Luc.*, XIX, 44.
[3] *Mat.*, XXII, 8-14.
[4] *Rom.*, XV, 9.

llama, dejar los vestidos sucios del mendigo del camino. Vístete con diligencia el vestido nupcial[1]. Tu alma, en adelante, por el llamamiento a estas bodas sublimes, es reina: "Adórnala con púrpura, dice San Juan Crisóstomo; pónla la diadema y colócala sobre un trono. ¡Piensa en las bodas que te esperan, en las bodas del Señor! ¿De qué tisú de oro y variedad de ornamentos no debe resplandecer al alma llamada al franquear el umbral de la sala del festín y de esta cámara nupcial?"

El Ofertorio, como el gradual, es una apremiante demanda de socorro fundada en la divina misericordia.

OFERTORIO

Señor, vuélvete, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.

La Iglesia implora en la Secreta el doble efecto del divino Sacramento en la transformación de las almas: la purificación de los restos del pecado, y el progreso en las obras de la vida celestial.

SECRETA

Purifíquenos, Señor, la oblación que va a ser dedicada a tu nombre: y llévenos de día en día a la práctica de la vida celestial. Por nuestro Señor.

---

[1] *Hom., 69 sobre S. Mat.*

Durante la Comunión, la Iglesia, inundada de los favores del cielo, manifiesta su agradecimiento a Aquel que, siendo Señor Altísimo, es también su Esposo y la colma de estos bienes excelentes.

COMUNION

Cantaré al Señor, que me dió bienes: y salmearé al nombre del Altísimo.

En la Poscomunión pidamos con la Iglesia que la frecuentación del misterio sagrado no sea infructuoso en nuestras almas, sino que produzca frutos de Salvación cada vez más abundantes.

POSCOMUNION

Recibidos los sagrados dones, suplicámoste, Señor, hagas que, con la frecuentación del Misterio, crezca el efecto de nuestra salvación. Por nuestro Señor.

LUNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA CENA, EL CALVARIO, Y LA MISA

El Sacrificio permanente. — El Sacrificio de la cruz domina los siglos y llena la eternidad. Un solo día, no obstante eso, le vió ofrecer en la sucesión de los tiempos, como un solo lugar en el espacio. Y, a pesar de eso, en ningún

lugar, en ningún tiempo, el hombre no puede pasarse sin Sacrificio efectuado sin cesar, renovado continuamente ante sus ojos; porque, como hemos visto, el Sacrificio es el centro necesario de toda religión, y el hombre no puede pasarse sin la religión, que le une a Dios y forma el primero de los lazos sociales. Pues así como para corresponder a esta imperiosa necesidad, la Sabiduría estableció desde el principio esas ofrendas simbólicas que anunciaban el único Sacrificio y tomaban de él su valor, del mismo modo, la oblación de la gran víctima, una vez efectuada, debe también procurar socorrer las necesidades de las naciones y proveer al mundo de un Sacrificio permanente: memorial y no ya figura, verdadero Sacrificio, que, sin destruir la unidad del de la Cruz, aplica sus frutos cada día a los nuevos miembros de las generaciones venideras.

Institución de la Eucaristía. — No relataremos aquí la cena del Señor ni la institución del nuevo sacerdocio. En el Jueves Santo se describió detalladamente. Entonces la Sabiduría, en el término de sus aspiraciones eternas, *quum facta esset hora*[1], en esta hora tan diferida, se sienta al banquete de la alianza con aquellos doce hombres representantes de la humanidad entera. Cerrando el ciclo de las figuras en la última inmola-

[1] *S. Luc.*, XXII, 14.

ción del Cordero pascual: "Deseé con ansias comer esta Pascua con vosotros"[1], exclama como queriendo, en este momento supremo, aliviar su corazón de las largas vicisitudes que ha sufrido su amor. Y de pronto, anticipándose a los judíos, inmola su víctima, el Cordero divino significado por Abél, predicho por Isaías, señalado por Juan el Precursor[2]. Y, por una anticipación maravillosa, el cáliz sagrado contiene ya su Sangre que correrá mañana sobre el Calvario; y su divina mano presenta ya a sus discípulos el pan cambiado en su Cuerpo, convertido en rescate del mundo: "*Comed, bebed todos;* y del mismo modo que, en este momento, he anticipado para vosotros mi muerte, cuando haya desaparecido de este mundo, *haced esto en memoria mía*"[3]. La alianza en adelante está hecha. Sellado con la sangre, como el antiguo, el nuevo Testamento queda proclamado; y, si solamente tiene valor en previsión de la muerte real del testador[4], es porque Cristo, víctima entregada por todos a la suprema venganza, convino en un pacto sublime con el Padre[5] de no asociar la redención universal sino al drama del día siguiente. Cabeza de la humanidad pecadora, y responsable de los crímenes de su raza, quiere,

---

[1] *Ibid.*, 15.
[2] S. Gregorio; *Morales*, XXIX, 31.
[3] *I Cor.*, XI, 24-25.
[4] *Hebr.*, IX, 16-18.
[5] *Ibid.*, XII, 2.

para destruir el pecado, someterse a las leyes severas de la expiación, y manifestar en sus tormentos a la faz del mundo los derechos de la eterna justicia [1]. Mas la tierra ya está en posesión del cáliz que debe proclamar la muerte del *Señor hasta que venga* [2], comunicando [3] a cada miembro del género humano la verdadera sangre de Cristo derramada por sus pecados [4].

Y ciertamente convenía que nuestro Pontífice, lejos del aparato de violencia exterior, que pronto iba a desilusionar a sus discípulos, se ofreciese por sí mismo al Padre en verdadero sacrificio, con el fin de manifestar claramente la espontaneidad de su muerte [5] y descartar el pensamiento de que la traición, la violencia o la iniquidad de algunos hombres pudiese ser el principio y causa de la salvación común [6].

Por esto, elevando los ojos hacia su Padre y dando gracias, dijo en presente, según la fuerza del texto griego: "Este es mi Cuerpo entregado por vosotros; ésta es mi Sangre derramada por vosotros" [7]. Estas palabras, que transmite con su poder a los depositarios de su sacerdocio, obran lo que significan.

---

1 *Rom.*, III, 25-26.
2 *I Cor.*, XI, 26.
3 *Ibid.*, X, 16.
4 *S. Luc.*, XXII, 20.
5 *S. Juan*, X; 18.
6 S. Gregorio Nacianceno, *Orac. I sobre la resurrección de Cristo.*
7 *S. Luc.*, XXII, 19-20.

Cada vez, pues, que sobre el pan de trigo y el vino de vid caigan de la boca de un sacerdote estas palabras, comparables a aquellas que sacaron de la nada el universo, cualquiera que sea en el espacio o el tiempo la distancia que separa al mundo de la Cruz, la tierra poseerá la augusta Víctima. Una en la Cena y sobre la Cruz, permanece una en la oblación hecha al Padre en todos los lugares, por el único Pontífice que toma y hace suyas las manos y la voz de los sacerdotes escogidos por el Espíritu Santo para este sublime ministerio.

El nuevo sacerdocio. — ¡Cuán excelsos han de ser estos hombres, escogidos por la imposición de las manos de entre sus hermanos! Nuevos Cristos identificados con el Hijo de la Virgen purísima, serán los privilegiados de la divina Sabiduría, estrechamente unidos por el amor a su poder, asociados, como el mismo Jesús, a la gran obra que persigue durante los siglos: la inmolación de la víctima y *la mezcla del cáliz* [1], donde la humanidad, unida con su Cabeza en un mismo sacrificio, viene al mismo tiempo a beber y unirse íntimamente a su divinidad. Cristo confía la oblación que debe *ampliar* su Sacrificio inmortalizándole, a las manos aun débiles de los que se digna llamar sus amigos [2] y hermanos [3]. Su no-

[1] *Prov.*, IX, 2.
[2] *S. Juan*, XV, 15.
[3] *Ibíd.*, XX, 17.

ble mano se ha tendido ofreciendo en libación sangre de uvas; la derrama en la base del altar que ya se eleva, y el olor sube desde allí hasta el Altísimo. En este momento y desde el mismo Cenáculo, oyó los futuros cantos de triunfo que ensalzarían el divino memorial y la salmodia sagrada que llenaría a la Iglesia de incesante y suave armonía; vió a los pueblos postrados adorando al Señor su Dios en su presencia y rindiendo al Omnipotente un homenaje en adelante ya perfecto. Entonces se levantó de la mesa del festín; salió y renovó su oblación, consumado su Sacrificio con la sangre, queriendo manifestar por la Cruz la virtud de Dios [1].

El sacrificio de la Iglesia. — ¡Bendita hora la del Sacrificio, cuando el destierro parece menos pesado a la Esposa de Cristo! Todavía sobre la tierra, ya honra a Dios con digno homenaje, y ve afluir en su seno los tesoros del cielo. Porque la Misa es su bien, su dote de Esposa; a ella le toca regular la oblación, precisar las fórmulas y ritos y recibir sus frutos. El Sacerdote es su ministro; ella ruega; él inmola la Víctima y da a su oración un poder infinito. El carácter eterno del sacerdocio, impreso por Dios en la frente del sacerdote, le hace depositario del poder divino, y coloca por encima de toda fuerza humana *la va-*

[1] *Ecl.*, I, 15-23.

lidez del Sacrificio ofrecido por sus manos; mas no puede cumplir *legítimamente* esta oblación sino en la Iglesia y con ella.

¡Con qué fidelidad la Iglesia guarda el testamento que la legó en el Sacrificio la eterna y viva memoria de la muerte de Cristo en la última Cena! Si se da a ella todo entero en el misterio del amor, el estado de inmolación en que se presenta a sus ojos, la advierte que debe pensar menos en regocijarse de su dulce presencia, que en perfeccionar y continuar su obra inmolándose con él. La Iglesia coloca a los Mártires debajo del altar, porque sabe que la Pasión de Cristo pide un complemento en sus miembros [1]. Nacida en la Cruz de su costado abierto, la desposó en la muerte; y este primer abrazo que, desde su nacimiento, puso en sus brazos el Cuerpo ensangrentado de su Esposo, ha hecho pasar al alma de la nueva Eva el amor, en cuyo seno se durmió el Adán celestial en el Calvario.

Madre de los vivientes, la gran familia humana acude a ella con toda clase de miserias y sinnúmero de necesidades. La Iglesia sabrá valorizar el talento que le ha sido confiado: la Misa cumple todas las necesidades; la Iglesia satisface por ella sus deberes de Esposa y de Madre. Identificándose cada día más con la Víctima universal, que la reviste de su infinita dignidad,

[1] *Col.*, I, 24.

adora a la Majestad suprema y la da gracias, implora el perdón de las faltas antiguas y nuevas de sus hijos, y pide para ellos bienes temporales y espirituales. La sangre divina salta de su altar sobre las almas pacientes, templa la llama expiadora y las conduce al lugar de refrigerio, luz y paz[1].

El Calvario y la Misa. — Es tal la maravillosa virtud del sacrificio ofrecido en la Iglesia, que los cuatros fines en que se resume la religión entera, de adoración, acción de gracias, propiciación, impetración, los consigue, independientemente de las disposiciones del Sacerdote o de aquellos que le rodean. Porque la hostia es la que da el valor; y la hostia del altar es la misma que la del Calvario, hostia divina igual al Padre, que se ofrece ella misma como en la Cruz en una sola oblación por los mismos fines.

El Creador del espacio y del tiempo no es su esclavo; lo muestra en este misterio: "Del mismo modo que ofrece el Sacrificio en muchos lugares, y es un mismo Cuerpo y no muchos, dice San Juan Crisóstomo, así sucede con la unidad del Sacrificio en las diversas edades"[2]. Solo el modo es distinto en la Cruz y en el altar. Cruento en la Cruz, incruento en el altar, la oblación per-

1 Canon de la Misa.
2 Homilía XVIIª *sobre la Epístola a los Hebreos.*

manece una [1] en la aplicación, no obstante esta diversidad. La inmolación de la augusta Víctima apareció en la Cruz en su sublime horror; mas la violencia de los verdugos ocultaba a las miradas el Sacrificio ofrecido a Dios por el Verbo encarnado en la espontaneidad de su amor. La inmolación se oculta a los ojos en el altar; mas la religión del Sacrificio aquí se manifiesta y se desarrolla en todo su esplendor. La Sangre divina dejó sobre la tierra que la bebió, la maldición del deicidio; el cáliz de salvación que la Iglesia tiene entre sus manos, lleva consigo la bendición del mundo. ¿Por qué el mundo, que antiguamente se levantaba después de las tempestades, se lamenta ahora de una decadencia universal, donde la fuerza no existe sino en los castigos de Dios? Se agita en vano, sintiendo ceder con él, a cada paso, el brazo de carne que se ofrece a llevar su decrepitud. La Sangre del Cordero, su fortaleza antigua, no corre ya sobre la tierra con la misma abundancia. Y sin embargo de eso, el mundo permanece en pie todavía, y lo está gracias a este Sacrificio, que aunque despreciado y empequeñecido, se ofrece continuamente en muchísimos lugares; y subsistirá hasta que en un acceso de demencia furiosa haga cesar aquí en la tierra el Sacrificio eterno [2].

---

[1] *Hebr.*, X, 14.
[2] *Dan.*, X, 3-11.

MARTES DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA EUCARISTIA Y LA UNIDAD DEL CUERPO MISTICO

DOCTRINA DE DIONISIO EL AREOPAGITA.—"Sacramento de los sacramentos[1], ¡oh Santísimo! levantando los velos que te rodean de sus significados misteriosos, muéstrate de lejos en tu esplendor y llena nuestras almas de tu directa y purísima luz." Así exclama en su lenguaje incomparable el revelador de las divinas jerarquías.

El sacerdote acaba de realizar los sagrados Misterios; los pone ante los ojos bajo el velo de las especies. Este pan, oculto hasta ahora y que no formaba más que un todo, lo descubre, lo divide en muchas partes; da a todos del mismo cáliz: multiplica simbólicamente y distribuye la UNIDAD, consumando así el Sacrificio. Porque la unidad simple y oculta del Verbo que se desposa con la humanidad entera, ha penetrado desde las profundidades de Dios hasta el mundo visible y múltiple de los sentidos; y adaptándose al número sin cambiar de naturaleza, uniendo nuestra bajeza a sus grandezas, nuestra vida y su vida, su sustancia y nuestros miembros, no

[1] Dionisio, *La Jerarquía ecles.*, c. III, 1.

quiere hacer de todos sino un todo con ella[1]: del mismo modo el Sacramento divino, uno, simple, indivisible en su esencia, se multiplica amorosamente bajo el signo exterior de las especies, a fin de que, recogiéndose en su principio y volviendo a entrar de lo múltiple en su propia unidad, lleve consigo allí a los que han venido a él en la santidad[2].

Por eso el nombre que más le conviene, es EUCARISTÍA, *acción de gracias,* ya que contiene el objeto de toda alabanza y de todos los dones celestiales llegados a nosotros. Maravilloso sumario de las operaciones divinizantes, sostiene nuestra vida y restaura la semejanza divina de nuestras almas en el prototipo supremo de la eterna belleza; nos conduce en excelsas ascensiones por un camino sobrehumano; por él se reparan las ruinas del primer pecado; él pone fin a nuestra indigencia; y, tomando todo en nosotros, dándose por entero, nos hace participantes de Dios y de sus bienes[3].

DOCTRINA DE SAN AGUSTÍN. — "¡Oh Sacramento de amor! ¡Oh signo de la unidad! ¡Oh lazo de caridad", prosigue a su vez San Agustín[4]. Mas esta fuerza unitiva de la Eucaristía, magníficamente elogiada por el Areopagita en el acerca-

[1] Dionisio, *Ibid.*, XII, XIII.
[2] Dionisio: *La Jerarquía eclesiástica,* III.
[3] Dionisio, *Ibid.*, VII.
[4] *Sobre S. Juan,* Tratado XXVI, 13.

miento que obra entre Dios y su criatura, el obispo de Hipona se complace en verla edificando, en la paz, el cuerpo místico del Señor, y disponiéndole para el eterno Sacrificio y la comunión universal y perfecta de los cielos. Tal es la idea madre que le inspira acentos sublimes sobre el Santísimo Sacramento:

Yo Soy el pan vivo bajado del cielo, había dicho el Salvador; *si alguien comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo le daré, es mi carne para vida del mundo*[1]*: porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida*[2]. Esta comida y esta bebida que promete a los hombres, explica San Agustín, es sin duda y directamente su verdadera carne y la sangre de sus venas; es la misma hostia inmolada en la Cruz. Por consiguiente, establecida en su propia y real sustancia, inmolada con El como una sola hostia, en un mismo Sacrificio, "es la Iglesia con todos sus miembros, predestinados, llamados, justificados, glorificados, o también viadores." Solamente en el cielo se declarará en su plenitud y estabilidad el misterio eucarístico, inefable saciedad de las almas, que consistirá en la unión permanente y perfecta de todos en todos y en Dios por Jesucristo. "Como, en efecto, prosigue San Agustín, lo que los hombres desean al comer y beber, es saciar

---

[1] *S. Juan,* VI, 51-52.
[2] *Ibid.,* 50.

el hambre y apagar la sed, este resultado no se alcanza verdaderamente sino por la comida y bebida, que hace a los que la toman, inmortales e incorruptibles, a saber, la sociedad de los santos, donde reinará la paz con plena y perfecta unidad"[1]. ¡Festín único digno de los cielos! ¡Banquete espléndido, donde cada elegido, participando del cuerpo entero, le da a su vez crecimiento y plenitud!

Esta es la Pascua de la eternidad que anunciaba el Señor cuando, al fin de su vida, queriendo poner término a la Pascua de las figuras con la realidad aun velada del Sacramento, convida a los suyos a un festín nuevo en la patria sin figuras y sombras. *No comeré en adelante de esta Pascua, hasta su consumación en el reino de Dios*[2] dijo a los depositarios de la alianza; *no gustaré tampoco de este fruto de la vid hasta el día que le beba con vosotros, vino nuevo, en el reino de mi Padre*[3]. Día sin fin, día de luz resplandeciente, cantado por David: donde la Sabiduría, libre de velos, embriagada ella misma la primera de amor en su divino banquete, apretando para siempre en un solo abrazo a la Cabeza y a los miembros, inebriará al hombre con el torrente de sus divinos deleites y de la vida que ella bebe en el seno del Padre![4] Mas

[1] *Sobre S. Juan,* Tratado XXVI, 15-17.
[2] *S. Luc.,* XXII, 16.
[3] *S. Mat.,* XXVII, 29.
[4] *Salm.,* XXXV, 8-10.

Cristo, nuestro Cabeza, ha penetrado ya las nubes; inundada de delicias, apoyada en su Amado, la Iglesia sube incesantemente del desierto [1], el número de sus miembros, hermanos nuestros, admitidos al festín sagrado de los cielos, se completa cada día. Con razón exclama Cristo: *Ahora esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne* [2]; se le adhieren como la esposa al esposo, no formando más que un mismo cuerpo. La Eucaristía ha producido esta adaptación maravillosa, que no se se revelará sino en el día de la gloria; mas aquí abajo es adonde, a la sombra de la fe, transforma ella de este modo a los predestinados en Cristo.

El Cuerpo de Cristo. — Dios es amor, dijimos anteriormente; el amor exige unión y la unión exige semejantes. Ahora bien esta asemejanza del hombre a Dios, que no podía realizarse sino por el llamamiento del hombre a la participación de la naturaleza divina [3], es obra especial del Espíritu Santo, mediante la gracia; es el resultado de su permanencia personal [4] en el alma santificada, cuyas potencias y la misma sustancia penetra íntimamente. Así hizo en Cristo, al inundar el ser humano con su plenitud en el seno de la Virgen María, al mismo tiempo que

[1] *Cant.*, VII, 1-5.
[2] *Gen.*, II, 23.
[3] *II S. Pedro*, I, 4.
[4] *I Cor.*, III, 16.

la eterna Sabiduría se unió a esta naturaleza inferior y creada, pero desde entonces santa y perfecta por siempre en el Espíritu santificador. Así hace también al preparar a la Iglesia, la Ciudad Santa, al banquete de las bodas del Cordero. Así los hijos y miembros de la Esposa, identificados con Cristo, formando un solo cuerpo con El, quedan hechos participantes de sus bodas divinas con la Sabiduría eterna.

MIERCOLES DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA SAGRADA COMUNION

Unión con la Víctima inmolada. — ¡Gloria a Cristo Salvador, que nos da en su carne inmolada el pan de vida y entendimiento![1] ¡Cuerpo de Jesús, templo augusto edificado por la eterna Sabiduría! De su costado[2], abierto violentamente, sale el río sagrado cuyas olas traen el Verbo a nuestras bocas sedientas. Visitando Jesús la tierra, la embriaga; prepara su alimento a los hijos de los hombres. Mas la copa que presenta, es la del Sacrificio; la mesa que prepara, es un altar; porque tal es la preparación de este alimento[3]:

[1] *Ecl.*, XV, 3.
[2] *Ezeq.*, XLVIII, 2.
[3] *Salm.*, LXIV, 10.

una *víctima* es la que nos da su carne a comer y su sangre a beber; la inmolación es, pues, la preparación directa y necesaria del banquete en que se entrega a los convidados.

Pero ¿no son ellos mismos la comida de Cristo en esta sagrada mesa? Si da El todo lo que es, ¿no es para tomarlo todo a su vez? ¿Cuáles serán, pues, nuestros preparativos del festín, sino aquellos mismos por donde El pasa? No es *una* víctima, sino *víctimas,* las que inmola la Sabiduría, para el banquete misterioso de pan y vino que prepara en su casa [1].

¿No se nos quiere decir con esto que, para los miembros de Cristo, la verdadera preparación inmediata al banquete sagrado, no es otra que el mismo Sacrificio, *la Misa,* celebrada u oída en la unión más perfecta y posible con la máxima y principal Víctima?

La Liturgia eucarística. — ¿Podría hacer cosa mejor el cristiano en este momento, que dejarse conducir dócilmente por la Iglesia en su Liturgia? ¿Podrá temer abandonarse sin reserva a aquella a quien Cristo se confió enteramente, para la determinación de las reglas que deben presidir la administración del Sacramento de su amor, para la disposición, solemnidad, preparativos, y lo que acompaña al Sacrificio, del que la

[1] *Prov.,* IX, 2.

Comunión es a la vez el complemento y término glorioso?

La Comunión no es obra de devoción privada; la devoción privada no puede disponer al hombre convenientemente para esta visita del Señor, cuyo fin es estrechar cada vez más los lazos con Cristo y todos sus miembros, unificados ya en la inmolación del único y universal Sacrificio para la gloria del Padre. El acto sagrado bien comprendido y atentamente seguido, el desarrollo progresivo de las ceremonias y fórmulas santificadas, por sí solo es capaz de poner completamente al alma que siente el atractivo de Dios, en el grandioso punto de vista católico, que es el mismo del Señor. No tema el alma que ha de disminuir de este modo su recogimiento, o que se ha de entibiar el amor que con razón desea llevar a la sagrada mesa; se presentará a ella tanto más agradable y mejor adornada a las miradas del Esposo, cuanto el egoísmo inconsciente o el individualismo estrecho, frutos frecuentes de métodos particulares, queden más seguramente desterrados de su corazón en la gran escuela de la Iglesia y bajo la poderosa acción de la Liturgia.

Así lo comprendieron los Apóstoles y sus discípulos inmediatos, fundadores autorizados de la Liturgia de los primeros tiempos; no pensaron que exponían la piedad de los nuevos convertidos a una peligrosa tibieza, con todo el apa-

rato de pompas exteriores que desde el principio tendieron a hacerle como inseparable de la participación de los sagrados Misterios. Así lo practicaron nuestros abuelos los mártires en el glorioso seguro de las catacumbas, desarrollándose en estos estrechos subterráneos esplendores que nunca conoceremos; como Sixto II, inmolado en la cátedra en que presidía con majestad apostólica, rodeado de los numerosos ministros de las funciones sagradas, no temieron desafiar la cólera imperial bajo el fuego de la persecución, para salvaguardar la solemnidad de las asambleas cristianas, donde se estrechaba el vínculo de las almas y se animaba su valor con el banquete común del Pan de los fuertes. Así continuó haciendo, y todavía lo hizo con mayor solemnidad la Iglesia libre de las persecuciones, en el oro y esplendor de las basílicas que reemplazaron a las criptas de los cementerios en el siglo de triunfo. Los Padres y Doctores de la Iglesia, los santos de los tiempos antiguos, no conocieron otra preparación habitual para el Santísimo Sacramento que las magnificencias de la Liturgia, las solemnidades del Sacrificio ofrecido con el concurso de todos y la participación activa del pueblo cristiano.

UNA DESVIACIÓN DE LA PIEDAD. — Muchos fieles de nuestros días han perdido el sentido de la Liturgia no teniendo ni la noción del Sacrificio.

El augusto misterio eucarístico se resume para éstos en la presencia real del Señor, que quiere permanecer en medio de los suyos para recibir sus homenajes particulares. El toque de la campanilla que anuncia la elevación, no es para ellos más que la señal de la simple llegada del Señor: adoran, mas sin pensar unirse a la Víctima, sin inmolarse con la Iglesia en las grandes intenciones católicas, cuya fiel expresión rememora cada año la Liturgia. Si por casualidad van a comulgar ese día, tal vez dejen entonces a un lado el libro piadoso que los tenía santamente ocupados en su interior, para pasar el tiempo dulcemente en emociones más o menos estudiadas que sacaron de él: hasta el momento en que, admitidos a la sagrada mesa, Cristo deberá buscar en la gracia lejana de su bautismo, más bien que en sus afectos o pensamientos del presente, esta indispensable cualidad de miembro de la Iglesia, que la Comunión requiere sobre todos las otras y que principalmente viene a confirmar.

¿Es, pues, de admirar que en gran número de almas la Religión, cuyo fundamento verdadero es el Sacrificio, descanse más bien sobre un sentimentalismo vago, con cuya influencia se obscurecen siempre las nociones fundamentales del *dominio* divino, de la justicia suprema, del *culto* propiamente dicho mediante *la reparación, el servicio* y el *homenaje,* que son nuestros deberes primeros para con la suprema Majestad? ¿De dón-

resulta en tantos cristianos que se confiesan y comulgan, esta debilidad en la fe, esta ignorancia total de la noción práctica de la Iglesia, sino de que, habiendo perdido el culto para ellos, con las pompas de la Liturgia, que desconocen ya, su carácter social, la Comunión ha perdido también su verdadero sentido y deja en su aislamiento tranquilo a esos hombres para quienes no es ella el lazo de unidad, mediante Cristo-Cabeza, con todo el cuerpo cuyos miembros fueron hechos por el bautismo? Aun fuera de esos católicos de nombre, para quienes la Iglesia no parece otra cosa que un término de historia incomprendido, ¿cuántas almas hay de las admitidas a la Comunión frecuente o diaria, que comprendan hoy este axioma de San Agustín: La Eucaristía es nuestro pan cotidiano, porque la virtud que significa, es la UNIDAD, salud del cuerpo y de los miembros? [1]

DOCTRINA DEL CONCILIO DE TRENTO. — Resumiendo esta enseñanza tradicional, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo y con la autoridad del Espíritu Santo, los Padres de Trento se expresan así en la sesión XIII: "El Santo Concilio, con todo afecto paternal, advierte, exhorta, ruega y conjura por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios a todos los que llevan el nombre de cristianos y a cada uno de ellos, que se reú-

[1] *S. Agustín,* Sermón 57, 137.

nan unánimemente en este signo de la unidad, en este lazo de la caridad, en este símbolo de la concordia. Que se acuerden de la suprema majestad, del inefable amor de Jesucristo nuestro Señor, que entregando su preciosa vida en precio de nuestra salvación, nos dió su carne por alimento. Que crean y confiesen con tal constancia y firmeza estos sagrados Misterios de su Cuerpo y Sangre, que los honren y reverencien con tanta devoción y amor que puedan recibir con frecuencia este pan superior a toda sustancia. ¡Ojalá sea para ellos la verdadera vida, la salud perpetua del alma! Confortados por su fuerza, pasen de la peregrinación de esta tierra miserable a la patria celestial, para comer allí al descubierto ese pan de los ángeles que los alimenta aquí abajo oculto en los velos de las sagradas especies"[1].

JUEVES
OCTAVA DEL CORPUS CHRISTI

EL MISTERIO DE LA PRESENCIA REAL

¡Gloria al Cordero cuya inmolación triunfante plasmó esta presencia maravillosa en el Santísimo Sacramento! ¡A El la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la

[1] *Sesión XIII de la Eucaristía,* c. VIII.

bendición por los siglos![1] Por El descendió a nosotros la Sabiduría eterna, y por El habita ella con nosotros[2]. A su suave resplandor, al cerrar hoy esta Octava, contemplemos con el mayor respeto la naturaleza de la inefable permanencia, que nos conserva de este modo en su integridad el Misterio de la fe hasta el fin del mundo.

Secuencia de la Misa. — Del sur al septentrión, del levante al poniente, en todas partes, en este día, los hijos de la Iglesia repiten, en sus cantos, estas palabras que no son otra cosa que el eco rimado de la voz del Apóstol: "La carne de Cristo es comida, y su sangre es bebida; no obstante eso, permanece entero en cada una de las especies. Sin quebrarle, romperle o dividirle, le recibe entero aquel que le recibe. Si le recibe uno sólo o si mil, lo mismo reciben éstos que aquél; se da sin consumirse. Cuando se divide la forma misteriosa, no dudes un momento, sino ten presente que permanece tan entero en el fragmento, como en la forma completa. La sustancia no se divide de ningún modo, solamente se parte el signo; pero no disminuye por eso ni el estado ni la extensión de lo que ese signo encubre."

La Iglesia, en efecto, nos enseña, "que en cada una de las especies y en cada una de sus

[1] *Apoc.*, V, 12.
[2] *Ibid.*, XXI, 23.

partes, se halla contenido verdadera, real y sustancialmente, el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero"[1]. Es verdad que las palabras del Sacrificio por sí mismas, no obrando sino lo que significan, producen única y exclusivamente bajo la doble *especie* el Cuerpo y Sangre del Señor; pero Cristo, resucitado e inmortal. permanece indivisible. "Cristo salido del sepulcro, no morirá más, dice el Apóstol; muriendo por el pecado, ha muerto una vez por todas; viviendo ahora, vive para Dios"[2]. En todas partes, pues, donde se halla, en virtud de la Consagración, el santísimo Cuerpo o Sangre redentora, allí mismo, por vía de consecuencia natural y de necesaria *concomitancia,* reside en su totalidad la sagrada humanidad, unida al Verbo.

La transubstanciación. — Temerosa la Liturgia de no poder manifestar de otro modo un misterio tan profundo con la suficiente precisión y exactitud, se vale hoy de la terminología de la Escolástica. Ella misma nos enseña que la *conversión* del pan en Cuerpo y del vino en Sangre, se hace de sustancia a sustancia, sin que en este cambio maravilloso, llamado por esto *transubstanciación* [3], se afecten, alteren o destruyan los *accidentes* o modos de los dos términos de la con-

[1] Concilio de Trento. Ses., XIII, c. 1-3.
[2] *Rom.,* VI, 9-10.
[3] Concilio de Trento. Sos, XIII, c. III.

versión. Así es como, privados de su *sujeto* o sostén natural, las *especies* o apariencias de pan y vino, se hallan sustentadas inmediatamente por la virtud divina; produciendo y recibiendo las mismas impresiones que hubiera recibido y producido su propia sustancia, son el *signo* sacramental que sin *informar* el cuerpo de Cristo, ni prestarle sus cualidades y dimensiones, determina y mantiene su presencia mientras estas especies no son esencialmente modificadas. Por su parte, el Cuerpo de Cristo, habiendo sustituído directamente con su propia *sustancia* a la sola *sustancia* de pan y vino, se halla fuera, por la fórmula sagrada, de las leyes misteriosas de la extensión, cuyos secretos no ha podido penetrar todavía la ciencia humana; todo entero en toda la especie, y todo entero también en cada parte sensible, se asemeja en esto a las sustancias espirituales: de este modo también el alma humana se halla del mismo modo en todo el cuerpo y entera también en todos los miembros. Tal es, en fin, el misterio del *estado sacramental,* que, presente a nosotros en las dimensiones de la hostia y no más allá, por su sustancia, de este modo sustraída a las leyes de la extensión, Cristo permanece en Sí mismo, tal cual se halla en el cielo. "El Cuerpo de Cristo en el Sacramento, dice Santo Tomás, conserva todos sus *accidentes,* por consecuencia necesaria; y sus partes permanecen ordenadas entre sí del mismo modo que lo

son en la naturaleza de las cosas, aunque ellas no se hallen en relación y no se puedan comparar según este orden, con el espacio externo"[1].

JESÚS PRESENTE EN LA HOSTIA. — La noción de Sacrificio exigía en la Eucaristía esta apariencia pasiva de la víctima, así como la condición del banquete en que se consuma, determinaba la naturaleza especial de los elementos sacramentales elegidos por Cristo Jesús. Mas lejos de nosotros, en presencia de la sagrada Hostia, toda idea de penosa cautividad, de padecimiento actual, de virtud laboriosa para el huésped divino de las especies sagradas; a pesar de esta muerte exterior, allí palpitan la vida, el amor y la hermosura triunfal del Cordero, vencedor de la muerte, rey inmortal de los siglos. Permanece en la hostia inmaculada con toda su virtud y esplendor, el más bello de los hijos de los hombres[2], con la admirable proporción, la disposición armonioso de sus miembros divinos, formados de una carne virginal en el seno de María Inmaculada.

¡Sangre divina, precio de nuestro rescate, entrada para siempre en esas venas que te derramaron por el mundo! como en otro tiempo, llevas la vida en esos miembros gloriosos, bajo el impulso del Corazón sagrado a quien mañana rendiremos especial homenaje. ¡Alma santísima del Salvador, presente en el Sacramento como

---

[1] IIIª p. qu. LXXVI, art. 4.
[2] *Salm.*, XLIV, 3.

forma sustancial[1] de este cuerpo perfectísimo que es por ti el verdadero cuerpo del Hombre-Dios inmortal! En tus profundidades encierras todos los tesoros de Sabiduría eterna[2]. Recibisteis, como especial misión, plasmar en una vida humana, en un lenguaje múltiple y sensible, la inefable hermosura de la Sabiduría del Padre, enamorada de los hijos de los hombres, y quisiste conquistar su amor mediante una manifestación puesta a su alcance. Cada una de las palabras y de los pasos dados por Jesús, cada uno de los misterios de su vida pública o privada, nos revela por grados este divino esplendor. Verdaderamente delante de esos hombres que ella amaba, la Sabiduría y la gracia crecían en El juntamente con la edad[3]; hasta que, por fin, todas estas enseñanzas, ejemplos y misterios, maravillosas manifestaciones de sus hechizos íntimos, esa misma Sabiduría los dejó fijos para el porvenir, en el Sacramento divino, monumento perenne, luz de las almas, memorial vivo, desde donde el amor vela calladamente por nosotros. "La carne, la sangre de Cristo, es el Verbo manifestado, dice San Basilio; es la Sabiduría, hecha sensible por la Encarnación, y todo ese modo misterioso de vida en la carne que nos revela la perfección moral, la belleza natural

---

1 Concilio Vaticano.
2 *Col.*, II, 3.
3 *Luc.*, II, 52.

y divina. Allí se encuentra el alimento del alma y, por tanto, desde ahora la prepara para la contemplación de las divinas realidades [1].

PROCESIÓN DE LA OCTAVA.—La Octava durante la cual el Sacramento divino ha recibido los homenajes solícitos de nuestra adoración, termina como comenzó: por la procesión triunfal. Después de Vísperas, el Diácono baja la custodia del templete en que él mismo la colocó, y la deposita en manos del sacerdote. La sagrada Hostia atraviesa de nuevo los umbrales del templo, rodeada por la majestad de los mismos ritos, aclamada por los mismos cantos de alegría, acogida por las demostraciones entusiastas del pueblo fiel. Nuevamente ve postrada la naturaleza a sus pies, embalsama el ambiente a su paso, aleja los poderes enemigos [2], bendice el campo y el pueblo y esparce entre las mieses, que ondean ya en sazón, sus fecundos rayos. De nuevo en su templo, ya no volverá a salir más, sino para fortificar a los moribundos en su viaje a la eternidad, o para darse misericordiosamente a los enfermos que no pueden llegarse a su Dios por sus propias fuerzas. En este momento bendice por última vez al pueblo prosternado a sus pies y entra en el tabernáculo.

Abismados en profunda adoración, testimoniemos nuestros sentimientos a Dios, oculto en-

[1] *Carta*, VIII.
[2] *Efes.*, II, 2; VII, 12.

tre los velos sacramentales, repitiendo el himno celestial, muestra fiel de la ciencia del Doctor Angélico, sobrepasada por el humilde y ferviente amor que desbordan cada una de sus estrofas.

Una vez cerrada la puerta del tabernáculo, tras el Dios de la Hostia, nuestros corazones no abandonarán el augusto Misterio. Mejor comprendido por las gracias y luces que han descendido sobre nosotros durante esta Octava, será más amado de nuestras almas divinizadas, conquistadas por El con los sublimes atractivos de la Sabiduría eterna.

HIMNO

Adórote devotamente, oh Deidad oculta,
que yaces escondida bajo estos accidentes:
a ti se entrega todo mi corazón,
porque, al contemplarte, todo desfallece.

En ti se equivocan vista, tacto y gusto
sólo al oído se cree con seguridad:
creo cuanto dijo el Hijo de Dios,
nada más veraz que la palabra de la Verdad.

En la cruz estaba oculta sola la Deidad,
aquí, en cambio, yace escondida también la humanidad:
sin embargo, creo y confieso ambas a dos,
y pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

No contemplo, como Tomás, las llagas;
sin embargo, Te confieso por mi Dios:
haz que cada vez crea más en Ti,
en Ti espere y a Ti ame.

¡Oh memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo, que al hombre da la vida:

haz que mi alma viva siempre de Ti,
y goce de tu dulce sabor.

Piadoso pelícano, Señor, Jesús,
a mí, inmundo, límpiame con tu sangre,
de la que una sola gota es suficiente
para salvar al mundo de todo crimen.

¡Oh Jesús! a quien miro ahora velado:
suplícote se haga lo que tanto ansío:
para que, viéndote a cara descubierta,
sea feliz con la visión de tu gloria. Amén.

VIERNES

DESPUES DE LA OCTAVA DEL CORPUS

FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Ayer tarde se terminó, con la procesión triunfal, la Octava de plegarias y adoraciones a nuestro Señor Jesucristo, presente en la Eucaristía. Hoy la Iglesia nos exhorta a honrar de una manera especial, durante toda una nueva Octava, a su Corazón Sagrado, cuya inmensa ternura nos ha revelado ya el Sacramento. Y para animarnos a honrar a este divino Corazón con mayor devoción, Pío XI elevó esta fiesta al rito de doble de primera clase e igualó su Octava a las de Navidad y la Ascensión.

El culto del Sagrado Corazón, escribió el Cardenal Pie, es la quintaesencia del cristianismo; el compendio y sumario de toda la reli-

gión. El cristianismo, obra de amor en su principio, en su progreso y consumación, con ninguna otra devoción se identificará tan absolutamente como con la del Sagrado Corazón [1].

OBJETO DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN. — El objeto de la devoción al Sagrado Corazón, es este mismo Corazón, abrasado en amor hacia Dios y los hombres. Desde la Encarnación, efectivamente, Nuestro Señor Jesucristo es el objeto de la adoración y amor de toda creatura, no sólo como Dios, sino también como Hombre-Dios. Hallándose unidas la divinidad y la humanidad en la única persona del Verbo divino, merece todos los honores de nuestro culto, tanto en cuanto hombre, como en cuanto Dios; y así como en Dios son adorables todas las perfecciones, todo es adorable también en Cristo: su Cuerpo, su Sangre, sus Llagas, su Corazón; y por esto ha querido la Iglesia exponer a nuestra adoración, estos objetos sagrados.

EL CORAZÓN DE CARNE DEL HOMBRE-DIOS. — El día de hoy nos muestra de una manera especial el Corazón del Salvador y quiere que le honremos, ya lo consideremos en Sí mismo, o como el símbolo vivo de la caridad.

Es digno de nuestro culto por Sí mismo este Corazón de Jesús, aunque no sea nada más que un poco de carne. ¿No es el corazón en la vida

[1] *Obras*, t. III, p. 48.

natural del cuerpo humano, el órgano más noble y más necesario, el encargado de distribuir a todos los miembros, la sangre que los vivifica, que alimenta, regula y purifica? Adorar el Corazón de Jesús, es adorar, por decirlo así, en su principio, en su misma fuente, la vida de sacrificio y de inmolación de nuestro Salvador. Es adorar el precioso receptáculo donde quedaban las últimas gotas de sangre, esperando que llegara la lanzada de Longinos, para derramarse. Este Corazón traspasado, permanecerá así eternamente, testigo de una vida que se ha entregado toda entera por la salvación del mundo.

El corazón de carne ocupa también un lugar preferente en el orden moral. Siempre se le ha considerado como sede de la vida afectiva del hombre, porque es el órgano en que repercuten, de modo más perfecto todos los altos y bajos de la vida. Las pulsaciones laten en ritmo armonioso con nuestros sentimientos, emociones y pasiones. El lenguaje ha admitido esta manera de ver; el corazón es quien ama, quien se compadece, sufre, quien se consagra y se da. Y así como la bajeza del corazón es origen de todos los vicios, el corazón noble y distinguido, es fuente de donde fluyen con el amor, todas las demás virtudes. Jesús, verdadero hombre, habló así de sí mismo. Ha ofrecido su corazón humano a nuestra consideración, mostrándolo aureolado de llamas ardientes y diciendo: "¡He aquí el co-

razón que tanto ha amado a los hombres!", que le ha llevado a soportar todos los sufrimientos y miserias de la humanidad, que se ha compadecido de la inmensa multitud de las almas, que le ha inspirado la idea de multiplicar los milagros, y la de instituir la sagrada Eucaristía y fundar la Iglesia, de padecer y morir para rescatarnos.

Si el corazón es para nosotros el centro donde están reunidas, el foco de donde irradian las cualidades y virtudes, si acostumbramos a venerar los corazones especialmente bienhechores, ¡cuánto más debemos honrar el Corazón de Jesús, santuario y tabernáculo de todas las virtudes! Los Himnos y Letanías del Oficio las recuerdan con numerosas invocaciones que ponderaremos y meditaremos durante estos días. Y para persuadirnos más aún de la importancia y utilidad de la devoción al Sagrado Corazón, oigamos lo que decía un piadoso cartujo de Tréveris, muerto en 1461. Sus palabras nos indicarán todo lo que debemos hacer para penetrar y vivir conforme a las intenciones de la Iglesia, que son las mismas de su celestial Esposo:

"Si queréis purificaros de vuestros pecados fácil y perfectamente, libraros de vuestras pasiones y enriqueceros de todos los bienes, ingresad en la escuela de la caridad eterna... Volved de nuevo, sumergíos en espíritu..., todo vuestro corazón y alma, en el dulcísimo Corazón de Nues-

tro Señor Jesucristo clavado en la cruz. Este Corazón rebosa de amor... Por su mediación tenemos acceso ante el Padre, en unidad de espíritu; abraza en su inmenso amor a todos los elegidos... En este dulcísimo Corazón hállase toda virtud, la fuente de la vida, la consolación perfecta, la verdadera luz que ilumina a todo hombre, pero de una manera especial a aquel que acude a El devotamente en las necesidades y aflicciones de la vida. Todo bien deseable se encuentra en él en abundancia; toda salvación y gracia nos llega de ese Corazón dulcísimo, no de otra parte. Es el foco del amor divino, siempre encendido en el fuego vivo del Espíritu Santo, que purifica, consume y transforma en su propio ser a todos aquellos que se unen y desean juntarse a El. Así pues, como todo bien nos llega de este dulcísimo Corazón de Jesús, debéis también referirlo todo a El, sin apropiaros nada... Confesaréis vuestros pecados en este mismo Corazón, pediréis perdón y gracia, Le alabaréis y agradeceréis... Por esto mismo, besaréis frecuentemente, con reconocimiento, este piadosísimo Corazón de Jesús inseparablemente unido al Corazón divino donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, quiero decir una imagen de este Corazón, o el Crucifijo. Aspiraréis continuamente a contemplarlo frente a frente, confiándole vuestras penas; así atraeréis a vuestro corazón, su espíritu y su amor, sus gracias y sus virtudes; a

El deberéis acudir en los bienes y en los males, pondréis en El vuestra confianza, os acercaréis a El, habitaréis en su intimidad, a fin de que El, en cambio, se digne hacer su morada en vuestro corazón; allí descansaréis dulcemente y reposaréis en paz. Pues, aunque os abandonen los corazones de todos los mortales, este Corazón fidelísimo jamás os engañará, ni os abandonará. No descuidaréis tampoco honrar devotamente, e invocar a la gloriosa Madre de Dios y dulce Virgen María, para que ella se digne obteneros del dulcísimo Corazón de su Hijo todo lo que necesitéis. Como correspondencia, ofreceréis todo al Corazón de Jesús por sus manos benditas"[1].

MISA

El Introito canta los designios eternos de Dios con sus creaturas; designios llenos de bondad y de misericordia, de libertad y de vida; quiere librarlas de la muerte y las alimenta en tiempo de escasez. El Calvario y la Eucaristía, he ahí la manifestación del amor de Cristo hacia nosotros.

INTROITO

Los designios de su Corazón permanecen de generación en generación: para librar de la muerte sus al-

[1] Cf. *Études*, t. CXXVII, p. 605.

mas y alimentarlas en el hambre. — *Salmo:* Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta resume de un modo maravilloso, el objeto de la presente fiesta. En el Corazón de su Hijo, en ese Corazón *que nuestros pecados han hollado y herido,* Dios nos dispensa misericordiosamente los tesoros infinitos de su amor. Nuestro culto al Sagrado Corazón no debe ser pues solamente un culto de reconocimiento por todos los beneficios divinos de amor y piedad; debe ser también un culto de expiación, de satisfacción por nuestras ofensas, por las ingratitudes y crímenes de todo el género humano; hacia esta obligación reparatoria enfoca la Iglesia nuestra devoción y nuestra plegaria.

COLECTA

Oh Dios, que, en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te dignas darnos misericordiosamente los infinitos tesoros de tu amor: haz, te suplicamos, que, al presentarle el devoto obsequio de nuestra piedad, le ofrezcamos también el homenaje de una digna satisfacción. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Efesios. (III, 8-19).

Hermanos: A mí, el más pequeño de todos los santos, se me ha concedido esta gracia: la de anunciar a las gentes las inescrutables riquezas de Cristo: y la de revelar a todos cuál es la dispensación del misterio

escondido desde los siglos en el Dios que creó todas las cosas: para que la multiforme sabiduría de Dios sea notificada ahora por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme a la determinación eterna que hizo en Nuestro Señor Jesucristo, en el cual tenemos confianza y entrada segura por medio de su fe. Por esta causa, doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del cual procede toda paternidad en los cielos, y en la tierra, para que, conforme a las riquezas de su gloria, haga que seáis corroborados con vigor por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite, por la fe, en vuestros corazones: que estéis enraizados y cimentados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la sublimidad, y la hondura: que conozcáis también la caridad de Cristo, que sobrepuja toda ciencia, para que seáis henchidos de toda la plenitud de Dios.

El Misterio de Cristo. — Conviene retener en la memoria este pasaje luminoso en que San Pablo nos descubre en términos sublimes, el amor infinito de Dios hacia las criaturas. Eternamente, Dios tiene concebido su plan que es como la razón, la explicación, el motivo de la creación; y este plan es el de llamar a la humanidad entera a participar de la vida de Cristo. Tanto amó Dios a los hombres, que les entregó a su único Hijo, para que por él y en él fueran también los hombres, a su vez, hijos suyos para la eternidad. Cristo y sus tesoros de sabiduría y ciencia, Cristo, en quien todas las naciones son benditas y todos los hombres se salvan, identificados con él en la unidad del cuerpo místico;

Cristo, que mora en nosotros y que nos hace vivir de la fe y del amor, ¡he aquí el misterio que apenas vislumbraron los Patriarcas y Profetas, y que se nos revela, en el Nuevo Testamento, con una claridad incomparable! Mas el Misterio de Cristo no se completa verdaderamente sino en nosotros y con nuestra cooperación. Todas las riquezas puestas tan liberalmente por Dios a nuestra disposición, cuya fuente es Cristo: la Iglesia, los Sacramentos, la Eucaristía, tienen como único fin la santificación individual de cada una de nuestras almas. Por eso el Apóstol eleva a Dios una oración apremiante, rogándole que sus ansias de misericordia y de amor, no queden fallidas ante nuestra obstinada rebelión, que no se vean frustrados los esfuerzos realizados en el Calvario. Le hace una súplica solemne para que reine por completo en nosotros ese ser interior que se nos infundió en el bautismo, el hombre nuevo, el cristiano, el hijo de Dios, mediante la ruina del hombre viejo por una constante adhesión a Cristo, una real comunión de vida, que someta a El toda nuestra actividad. Entonces la caridad resplandecerá soberana en nosotros y la realización completa del plan divino será coronada por la felicidad eterna.

En el Gradual y Verso aleluyático, se ponen a nuestra consideración e imitación, el inmenso amor que llena el Corazón del Hombre-Dios y le ha llevado a abrazar dolores increíbles para sal-

varnos, la dulzura y humildad de ese Corazón divino, síntesis que caracteriza toda la vida del Salvador.

GRADUAL

Dulce y recto es el Señor, por eso aplicará la ley a los que se aparten del camino. ℣. Guiará con juicio a los pacíficos, enseñará a los mansos sus caminos.

Aleluya, aleluya. ℣. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (XIX, 31-37).

En aquel tiempo, los judíos, porque era la Parasceve, para que no permanecieran los cuerpos en la cruz el sábado, porque era un gran día aquel sábado, rogaron a Pilatos que fueran quebradas sus piernas y se quitasen. Fueron, pues, los soldados: y quebraron las piernas del primero y las del otro que habían sido crucificado con él. Mas, cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no quebraron sus piernas: sino que uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto brotó sangre, y agua. Y, el que lo vió, da testimonio de ello: y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Porque sucedió esto para que se cumpliera la Escritura: No le quebraréis un hueso. Y de nuevo otra Escritura dice: Verán al que traspasaron.

"¡Verán al que traspasaron!" Escuchemos este texto misterioso con el recogimiento emocionado de nuestra Madre la Iglesia. Veamos el origen de su nacimiento. Ha nacido ciertamente

del Corazón del Hombre-Dios. No puede tener otro origen, porque es la obra, por excelencia, de su amor, y todas las demás obras las ha hecho con miras a esta Esposa. Eva fué extraída del costado de Adán de un modo figurativo; pero la huella no debía permanecer allí, por temor de que no pareciese que la mujer había sido extraída del hombre sino sólo por un gran misterio, y para que no se quisiera ver en ello inferioridad de naturaleza para ella. Mas era conveniente que en el Salvador perdurasen las huellas gloriosas de esta procedencia, porque El verifica la realidad. Es necesario, que su Esposa, fundada en este origen, pueda tener acceso a su amor, y que los caminos se abran siempre ante su presencia, para que logre conquistar pronto y con seguridad su Corazón en todas las cosas.

El Domingo de Ramos, escuchamos ya en la antífona del Ofertorio, el llanto doloroso del Señor, al verse abandonado de todos sus amigos durante su Pasión. Al repetirla aquí, la Iglesia nos exhorta a consolar a este Corazón Sagrado tan frecuentemente vulnerado por los pecados de los ingratos, uniendo para esto nuestra oblación a la de Cristo. Mas, aunque el valor del sacrificio de Cristo es universal e inagotable, sin embargo de eso, la admirable disposición de la divina Sabiduría exige que la aplicación de sus frutos se halle en relación con nuestra colaboración, y que, según las palabras del Apóstol completemos en

nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su cuerpo místico. Para recibir los frutos de salvación, ministros y fieles deben unir su inmolación a la del Salvador, para que también ellos se muestren hostias vivas, santas y agradables a Dios[1].

OFERTORIO

Improperio y miseria soportó mi Corazón, y esperé a que alguien se contristara conmigo, y no lo hubo; busqué quien me consolara, y no lo hallé.

Tanto la Secreta como el Prefacio que la sigue, rememoran las ideas expresadas por la Colecta: gracia y misericordia, amor y reparación, son los grandes pensamientos que la Iglesia nos sugiere durante este día.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires a la inefable caridad del Corazón de tu amado Hijo: para que, lo que te ofrecemos, sea un don que te agrade a ti y sirva de expiación de nuestros pecados. Por el mismo Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que quisiste que tu Unigénito, pendiente de la cruz, fuera traspasado por la lanza de un soldado; para que el corazón abierto, sagrario de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de

[1] *Rom.*, XII, 6.

gracia, y, el que nunca cesó de arder en amor por nosotros, fuese descanso para los piadosos y para los penitentes patente asilo de salud. Y, por eso con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Al repetir la Comunión las palabras del Evangelio, nos invita a considerar el Corazón de Cristo, abierto, herido por nuestros pecados, de donde brotan torrentes de gracia vivificante.

COMUNION

Uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto salió sangre y agua.

POSCOMUNION

Dennos, Señor Jesús, tus santos Misterios un fervor divino con el que, experimentada la suavidad de tu dulcísimo Corazón, aprendamos a despreciar las cosas terrenas y a amar las celestiales. Tú que vives.

ACTO DE DESAGRAVIO
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Ordenado por el Papa Pío XI)

¡Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago de los ingratos más que olvido, negligencia y menosprecio! Vednos postrados ante vuestro altar, para reparar con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas, recordando que también nosotros alguna vez nos hemos manchado con tal indignidad, de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar, con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguiros como a Pastor y Guía, o, conculcando las promesas del Bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra Vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del Amor y, en fin, los públicos pecados de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por Vos fundada.

¡Ojalá nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas, entretanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen, vuestra Madre, con la de los Santos y la de las almas buenas, os ofrecemos la satisfacción que Vos mismo ofrecisteis un día sobre la cruz al Padre Eterno, y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible y mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la firmeza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la

caridad, mientras nos esforzamos además por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos, para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús! Por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación. Concedednos la gracia de ser fieles a vuestros mandamientos y a vuestro servicio hasta la muerte, y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual llegemos felizmente a la gloria, donde, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, vivís y reináis. Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SABADO DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

Si el Sagrado Corazón merece por Sí mismo nuestros homenajes, es todavía más digno de nuestro culto como símbolo vivo del inmenso amor que lo llena por completo.

Amor humano de Jesús. — Es primeramente símbolo del amor hacia su Padre Celestial: "Las principales virtudes que se pretenden honrar en él, escribía el Bienaventurado Claudio de la Colombière, son: en primer término, el ardentísimo amor hacia Dios, su Padre, unido al más profundo respeto y a la mayor intimidad que ha existido; en segundo lugar, una paciencia infinita en soportar los males, una contrición y un extremado dolor de los pecados que ha car-

gado sobre sus hombros; la confianza de un hijo tiernísimo, frente a la confusión de un gran pecador"[1].

Basta hojear los evangelios para encontrar la expresión de este amor, de esta intimidad, de esta confianza del Corazón de Jesús en su Padre. "¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre...? Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que me envió..."[2] ¡Qué efusión en las palabras: "Padre, te doy gracias porque te has revelado a los pequeñuelos"[3]! ¡Qué autoridad en estas otras: "Mi Padre y yo somos uno!"[4] ¡Qué confianza cuando le dice en el Cenáculo "¡Padre, glorifica a tu Hijo!"[5] y en el Calvario: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!"[6]. Estas citas, que pudieran multiplicarse, nos revelan aun más el amor del Corazón del Verbo Encarnado hacia su Padre, y son modelo del que debemos tenerle nosotros.

El Corazón de Jesús es también el símbolo de su amor a los hombres. "Las virtudes que se pretende honrar en El, prosigue el Bienaventurado Claudio de la Colombière, son, en tercer lugar, una compasión sensible de nuestras miserias; un inmenso amor, a pesar de estas mismas miserias. Y este Corazón abriga todavía en cuanto

---

1 *Retraite Spirituelle*, Lyon, p. 262.
2 *Luc.*, II, 49; *Juan*, IV, 34.
3 *Luc.*, X, 21.
4 *Juan*, X, 30.
5 *Juan*, XVII, 1.
6 *Luc.*, XXIII, 46.

es posible, los mismos sentimientos y, sobre todo, se abrasa de amor por los hombres, siempre abierto y dispuesto a derramar todo género de gracias y de bendiciones sobre ellos, cargando siempre con nuestros males."

El amor divino de Jesús. — Como símbolo vivo de la caridad, podemos preguntarnos con los teólogos, si el Corazón de Jesús nos recuerda su amor creado, o su amor eterno e increado. Nos lo dice la Iglesia en el Decreto del 4 de abril de 1900: "La fiesta del Sagrado Corazón es una solemnidad que no sólo tiene por objeto la adoración y glorificación del Hijo de Dios hecho hombre, sino la de renovar también simbólicamente la memoria del amor divino que ha compelido al Hijo de Dios a tomar la naturaleza humana"[1]. Si, pues, honramos al Sagrado Corazón como órgano principal de los afectos sensibles de Nuestro Señor Jesucristo, como principio y sede de estos mismos sentimientos y de todas las virtudes, "como su órgano vital, que ha vivido y sigue viviendo la vida de Jesús, que ha amado y ama todavía como hace diez y nueve siglos...", le honramos también como símbolo del amor que El nos tiene desde la eternidad. El antiguo Testamento nos había ya informado de este amor divino: "*In caritate perpetua dilexi te: ideo attraxi te miserans tui.*" Te

[1] Bainvel: *La dévotion au Sacré-Coeur,* 1921, p. 118.

amé con un amor eterno, y por eso te he atraído, compadecido de ti[1]. Y en los días del Evangelio Jesús subrayó: "Tanto amó Dios al mundo que le dió a su Hijo único" y que El, "vino al mundo a traer a la tierra el fuego" de la divina caridad. Esta caridad, dice muy bien el Cardenal Billot, "es la caridad increada que le hizo descender a la tierra, y es también la caridad creada, que resplandeciendo desde los primeros instantes de su concepción, le condujo a la cruz"[2]. Este es también el pensamiento del R. P. Vermeersch, cuando nos invita a incorporar el amor increado a la devoción al Sagrado Corazón. "Por su Corazón y por el amor humano de su Corazón, nuestro Señor nos revela con el mayor esplendor el amor infinito de Dios hacia los hombres. Por su corazón y por el amor humano de su Corazón nuestro Señor nos obliga del modo más persuasivo a pagar amor con amor. Por el Corazón de Jesús y por el amor humano de su Corazón recibimos más abundantes las divinas influencias del amor increado. La vida divina resulta en nosotros de la unión del Espíritu Santo con el alma, y la donación de este Espíritu divino se nos da únicamente por la comunicación del Corazón de Jesús"[3].

Al repetir en esta Octava las palabras del Señor a Santa Margarita María, la Iglesia nos

[1] *Jeremías*, XXXI, 3.
[2] *De Verbo Incarnato*, Roma, 1904, p. 348.
[3] *Practique et Doctrine...*, II, p. 94.

dice a todos: "¡He aquí este Corazón que tanto os ha amado... y que en recompensa no recibe de la mayor parte de los hombres, sino ingratitud!" En el himno de Laudes de la fiesta nos pregunta a cada uno de nosotros: "¿Quién no amará a quien tanto nos ama? ¿Qué rescatado no amará a su Redentor? ¿Quién rehusará establecer en este Corazón su perpetua morada?" No podemos menos de exclamar con el Apóstol San Pablo, después de cerciorarnos de tanto amor: "¡Sí, verdaderamente, la caridad de Cristo nos apremia!", y que nuestros corazones, que tanto tiempo han permanecido fríos e indiferentes, pecadores e ingratos, se decidan finalmente a dar a Cristo la respuesta que espera de ellos: la de su agradecimiento y amor.

Tomemos para esto las mismas palabras de la Santa Iglesia en el Himno de Laudes:

Corazón, arca donde se encierra la Ley,
No de la vieja servidumbre,
Sino de la gracia y del perdón,
Y de la dulce compasión.
Corazón, santuario inmaculado
Del nuevo y grato Testamento,
Templo más santo que el viejo
Y velo más útil que el roto.
Herido con rudo golpe
Te quiso la caridad,
Para que tu invisible amor
Honrásemos las heridas.
Bajo este amoroso símbolo

Cruenta y místicamente
Cristo Sacerdote padeció,
Ofreciendo un doble sacrificio.
¿Quién no amará a este tan fino amador?
¿Qué redimido no elegirá
Este sagrado Corazón
Para su eterna morada?
Gloria sea a ti, Señor,
Que por tu corazón viertes la gracia,
Con el Padre y el Espíritu Santo,
Por los siglos infinitos. Amén.

DOMINGO DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

TERCERO DESPUES DE PENTECOSTES

La Misa de este día es la del tercer Domingo después de Pentecostés que se halla íntimamente relacionada con las fiestas que hemos celebrado. Los últimos decretos romanos la han asignado al Domingo infraoctava del Sagrado Corazón; como segunda colecta se dice la de la fiesta.

Será fácil demostrar la adaptación fiel y natural de los textos de esta Misa del III Domingo después de Pentecostés a la Octava de la fiesta del Corazón sacratísimo de Jesús, de suerte que parecen estar compuestos para ella.

MISA

El alma fiel ha visto el desarrollo sucesivo de los Misterios del Salvador en la Liturgia. El Espíritu Santo ha descendido para sostenerla en esta otra etapa de la carrera, donde sólo se desarrollará la fecunda simplicidad de la vida cristiana. La instruye y la forma en las prescripciones del Maestro divino que ascendió a los cielos. Y lo primero la enseña a orar, porque la oración, decía el Señor, es obra de todos los días y de todos los instantes [1], y con todo eso, no sabemos qué es lo que hemos de pedir, ni cómo debemos hacerlo. Pero lo sabe quien nos ayuda en nuestra indigencia, y el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables [2].

En el Introito y en toda la Misa del Domingo infraoctava del Sagrado Corazón, se respira, pues, este aroma de oración, apoyada sobre el humilde arrepentimiento de las faltas pasadas, y de confianza en la misericordia infinita.

INTROITO

Mírame, y ten piedad de mí, Señor: porque estoy solo, y soy pobre: mira mi humillación, y mi trabajo: y perdona todos mis pecados, oh Dios mío. — *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío, no quede yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

---

[1] *S. Lucas,* XVIII, 1.
[2] *Rom.,* VIII, 26.

COLECTA

Oh Dios, protector de los que esperan en ti, sin el cual nada hay válido, nada santo: multiplica sobre nosotros tu misericordia; para que, siendo tú el Guía, el Caudillo, pasemos de tal modo por las cosas temporales, que no perdamos las eternas. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro. (I, V, 6-11).

Carísimos: Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que El os exalte en el tiempo de la visitación: poned en El toda vuestra preocupación, porque El se cuida de vosotros. Sed sobrios, y vigilad: porque vuestro adversario, el diablo, ronda en torno vuestro, como un león rugiente, buscando a quien devorar: resistidle fuertes en la fe, sabiendo que la misma tribulación aflige a vuestros hermanos que están en el mundo. Pero el Dios de toda gracia, que nos ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de haceros padecer un poco, El mismo os perfeccionará, os confirmará y os consolidará: a El sean la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Las pruebas y su mérito. — Las miserias de esta vida son las pruebas a que Dios somete a sus soldados para juzgarlos y clasificarlos en la otra según sus méritos. Todos, pues, en este mundo tienen su parte en el sufrimiento. El concurso está abierto, trabado el combate; el Arbitro de los juegos examina y compara; pronto dará su sentencia sobre los méritos de los diversos combatientes y los llamará, del ardor de

la arena, al reposo del trono en que se sienta El mismo.

¡Felices entonces aquellos que, viendo en la prueba la mano de Dios, se sometieron a esta mano poderosa con amor y confianza! Nada habrá podido contra estas almas fuertes en la fe el rugiente león. Sobrias y vigilantes en esta etapa de su peregrinación, sin reparar en su papel de víctimas, sabedoras de que todo se halla sometido al dolor en este mundo, unieron alegremente sus padecimientos a los de Cristo, y saltarán de gozo en la manifestación eterna de su gloria, que será su herencia eternamente.

El Gradual continúa excitando la confianza en el alma fiel: Arroje su ansiedad en el Señor: ¿no ha sido siempre quien la ha librado de los males angustiosos? El la hará justicia también, cuando llegue el tiempo, de todos sus enemigos.

GRADUAL

Arroja tu pensamiento en el Señor: y El te nutrirá. ℣. Cuando clamé al Señor, El escuchó mi voz, y me libró de los que me cercaban.

Aleluya, aleluya. ℣. Dios es un juez justo, fuerte y paciente: ¿acaso se enojará todos los días? Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XV, 1-10).

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los publicanos y los pecadores, para escucharle. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este hombre recibe

a los pecadores, y come con ellos. Entonces El les propuso esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja en el desierto las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, hasta que la encuentra? Y, cuando la ha encontrado, la pone gozoso sobre sus hombros y, tornando a su casa, convoca a los amigos y vecinos, diciendo: Felicitadme, porque he hallado la oveja que se había perdido. Yo os digo que más gozo habrá en el cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. ¿O qué mujer, que tiene diez dracmas, si perdiere una dracma, no enciende la linterna, y barre la casa, y busca con diligencia, hasta dar con ella? Y, cuando la ha encontrado, convoca a la amigas y vecinas, diciendo: Felicitadme, porque he hallado la dracma que había perdido. También yo os digo: Hay gran gozo entre los Angeles del cielo por un pecador que hace penitencia.

El precio de las almas. — Esta parábola de la oveja devuelta al redil en hombros del Pastor, era muy querida de los primeros cristianos; se la encuentra representada por todas partes en los monumentos de los primeros siglos. Nos recuerda a Nuestro Señor Jesucristo, que no ha mucho, entró triunfante en los cielos, llevando consigo la humanidad perdida y reconquistada. "Porque, ¿quién es el Pastor de nuestra parábola, exclama San Ambrosio, sino Cristo que te lleva en su cuerpo, y ha cargado con tus pecados? Esta oveja es una en su género, no en el número. ¡Pastor afortunado, de cuyo rebaño formamos nosotros la centésima parte! Porque se halla

compuesto de Angeles, Arcángeles, Dominaciones, Potestades, Tronos, etc., etc., innumerables rebaños que ha dejado en los montes para ir en busca de la oveja descarriada."[1]

La parábola de la dracma perdida y vuelta a encontrar, expone, en forma más familiar aún, y de un modo festivo, esta misma doctrina, que es verdaderamente el centro de la enseñanza del Salvador. Por los pecadores se encarnó el Verbo y quiso tomar un corazón de carne para testimoniarles su amor, y quiso también que se supiere que una de sus mayores glorias es encontrar un alma perdida; sus amigos del cielo participan de esta gloria, quiere que todos la experimenten. Nosotros también, sobre la tierra, tenemos derecho a esta participación. ¿Cómo podrían permanecer indiferentes a este bien, aquellos que aman al Sagrado Corazón y se unen íntimamente a todos sus sentimientos? Pero, reconcentrándonos en nosotros mismos, debemos añadir a la alegría y alabanza que hace renacer, un sentimiento de profunda gratitud, diciendo con San Juan Eudes: "¡Qué te devolveré, oh mi Salvador, y qué haré por tu amor, a Ti que me has librado de caer en los profundos abismos del infierno, tantas veces como yo me he expuesto con mis pecados, o que hubiera caído, si tu bondadosísimo Corazón no me hubiera preservado!"[2]

---

[1] *Com. sobre San Luc.* VII.
[2] *Coeur admirable,* l. XIII, p. 246.

El Ofertorio es un derrame de agradecimiento y amor a Dios, que habita en Sión; no abandona a los que le buscan con sinceridad, ni deja caer en olvido la oración del pobre.

OFERTORIO

Esperen en ti todos los que conocen tu nombre, Señor: porque no abandonas a los que te buscan: salmead al Señor, que habita en Sión: porque no se ha olvidado de la oración de los pobres.

SECRETA

Mira, Señor, los dones de la Iglesia suplicante, y haz que, consagrados con perpetua santificación, aprovechen a la salud de los creyentes. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios; que quisiste que tu Unigénito, pendiente de la cruz, fuera traspasado por la lanza de un soldado; para que el Corazón abierto, sagrario de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia, y él, que nunca cesó de arder en amor por nosotros, fuese descanso para los piadosos, y para los penitentes asilo abierto de salvación. Y por eso con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

La Antífona de la Comunión recuerda, no sin misterio, la enseñanza llena de misericordia del

Evangelio del día, en el momento en que la Sabiduría eterna entra en posesión plena de la dracma perdida, en el banquete preparado por Ella al pródigo arrepentido.

COMUNION

Yo os lo digo: Hay gran gozo entre los Angeles del cielo por un pecador que hace penitencia.

POSCOMUNION

Vivifíquennos, Señor, estos tus santos Misterios, que hemos recibido: y haz que, purificándonos, nos preparen la eterna misericordia. Por el Señor.

LUNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

LA CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON

IMPORTANCIA DE ESTA CONSAGRACIÓN. — Al amor creado y al amor increado del Sagrado Corazón de Jesús, no podemos responder sino con amor, con amor generoso, total, absoluto, cuya manifestación más expresiva será el consagrarnos por entero a Aquel que nos amó hasta el extremo de entregarse por nosotros. Así se expresa la Encíclica *Miserentissimus* del 8 de mayo de 1928: "Entre todos los honores propios del culto al Sagrado

Corazón, ocupa el primer lugar el de la Consagración. Reconocemos por ella que todo lo hemos recibido de la bondad eterna, y nos ofrecemos nosotros y todo lo que nos pertenece, al divino Corazón de Jesús."

Consagración del género humano. — Este acto que Pío XI recomendó a todos los fieles, lo había pedido León XIII a todo el mundo, cuando quiso consagrar al Sagrado Corazón el género humano en 1899. León XIII expuso los motivos de esta consagración en su Encíclica *Annum Sacrum:* "Jesucristo se merece absolutamente este testimonio general y solemne de sumisión y piedad, porque es el Rey y Maestro supremo, cuya autoridad se extiende a los católicos y aún a los mismos herejes e infieles. Se le debe también en virtud de la Redención, porque murió por todos y cada uno de los hombres en particular, y no ejerce su poder sino por la verdad, la justicia y, sobre todo, por la caridad."

En este sentido, la consagración es un reconocimiento de los derechos de Cristo sobre el mundo entero, en cuanto Creador y Redentor, derechos de su Realeza social, cuyos títulos nos recordará y detallará la fiesta de Cristo Rey.

Consagración individual. — Pero como esta consagración general y global hecha por el Sumo Pontífice, podría no movernos suficientemente,

nuestro Señor Jesucristo, por medio de su Vicario en la tierra, insiste en que a esa consagración general añadamos la consagración voluntaria personal, y nos da las razones: "Dios y Redentor al mismo tiempo, posee en su plenitud y modo perfecto, todo lo existente. En cuanto a nosotros, es tan grande nuestra desnudez e indigencia, que nada le podemos ofrecer que nos pertenezca. Sin embargo de eso, el amor y bondad que nos profesa, no rehusa el ofrecimiento y consagración que le hacemos de sus propios bienes como si fueran nuestros. No sólo no los rehusa; es más, los desea y los pide: "Hijo mío, entrégame tu corazón." Podemos, pues, serle agradables, por el ofrecimiento espontáneo de nuestros afectos. Consagrándonos a El, no sólo reconocemos y aceptamos su imperio abierta y gozosamente, pero además testimoniamos de hecho que, si lo que ofrecemos fuera nuestro, lo ofreceríamos con gusto. Le suplicamos que se digne recibir de nosotros lo que le pertenece..."

"Y puesto que el Sagrado Corazón es el símbolo y la imagen viva de la caridad infinita de Jesucristo que nos incita a amarle para siempre, es natural que nos consagremos a este Corazón Santísimo. *Esto significa consagrarse y adherirse* a Jesucristo, porque todo honor, todo homenaje o señal de devoción al divino Corazón, va dirigida verdadera y propiamente hacia el mismo Jesucristo."

Nos interesa comprender netamente el alcance de las palabras pontificias, que, a no dudarlo, son la expresión del pensamiento divino, cuyo mejor comentario lo hallaremos en los dos santos que han sido el prototipo más perfecto del acto que se nos exige. Cuando Santa Margarita María y el bienaventurado Claudio de la Colombière hicieron su consagración, quisieron entregarse totalmente al Sagrado Corazón y hacerle un ofrecimiento solemne y definitivo de su vida. ¡Qué otra cosa quiso decirnos la Santa, cuando en su acto de consagración declaró: "que se donaba y consagraba al Sagrado Corazón, para servirle con todas las partes de su ser, para amarle y glorificarle; que su voluntad suprema había de ser toda para El, y hacerlo todo por su amor"! Con qué conciencia de inmolación escribía el Bienaventurado Claudio de la Colombière: ¡"Me consagro a tu Sagrado Corazón, lo más perfecta y estrechamente posible... No, amado Salvador, nunca me apartaré de ti y no me apegaré sino a Ti"!

Sobre esto mismo escribía Santa Margarita María: "Haréis una cosa agradabilísima a Dios si os consagráis e inmoláis al Sagrado Corazón... haciéndole el sacrificio de vos mismo y consagrándole todo vuestro ser, para dedicaros a su servicio y procurarle toda la gloria, amor y alabanza que os sea posible. He ahí, yo así lo creo, lo que el divino Corazón exige para el perfec-

cionamiento y coronación de la obra de vuestra santificación."

EXIGENCIAS DE LA CONSAGRACIÓN. — Sería una triste ilusión creer que nuestra consagración se limita a la simple recitación, aun piadosa, de una fórmula compuesta por un Santo, aprobada por la Iglesia, pero sin ninguna influencia en la conducta de nuestra vida. Nuestro Señor no se contenta con meras palabras aun dichas con sinceridad. Exige de nosotros obras, y obras que empeñen a todo nuestro ser y transformen nuestra vida. Cuando un religioso se consagra a Dios por los votos de la religión, conoce bien a lo que le obligan los términos de la fórmula que pronuncia. Entonces se obra en su existencia un cambio radical; en adelante ya no se pertenece, se hace hombre de Dios, su vida está consagrada a El aun en los más mínimos detalles, se entrega sin reservas y para siempre tomando como testigos de su donación el cielo y la tierra. Exceptuado el voto, nuestra consagración al Sagrado Corazón debería ejercer en nuestra vida la misma influencia. Y éste era también el pensamiento de Santa Margarita María: "Si queréis ser del número de sus amigos—decía—Le ofreceréis este sacrificio de vos mismo..., y en adelante os consideraréis como propiedad y dependencia del adorable Corazón."

Quizá nuestro Señor exija del que se ha entregado a El, grandes sacrificios; mas no nos importe, pues El nos dará fuerza para sobrellevarlos, y no hay tristeza para el que ama. Le repetirá las palabras severas de otro tiempo: "Si alguno quiere ser mi discípulo, se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga." Es, en efecto, una obligación que se impone a todo cristiano, y de modo particular, a quien quiera seguir a Cristo más de cerca. ¿Mas quién no ve que este programa austero se hace más fácil e incluso atrayente cuando el corazón desborda en amor y confianza hacia un Dios a quien se ha dado todo y de quien uno se siente amado tiernamente?

EXCELENCIAS DE LA CONSAGRACIÓN. — Mas también, ¡qué grande será la recompensa de aquellos que pertenecieren al Sagrado Corazón! Si su profesión da a la vida del religioso un valor considerable al doblar el mérito de sus acciones, nos advierte Santa Margarita María que "para todos aquellos que se han consagrado al Sagrado Corazón y buscan más que su honra, esta sola intención dará un mayor mérito y aceptación a sus acciones delante de Dios, que todo lo que pudieran hacer sin ella"[1].

Promete también la Santa, que todos aquellos que se consagren al Sagrado Corazón, no

[1] *Vie et Oeuvres*, t. II, p. 279.

perecerán, y añade: "Este Sagrado Corazón me descubre los tesoros de amor y de gracias que guarda para aquellos que se consagren y sacrifiquen para darle y procurarle todo el honor, amor y gloria que se halle en su mano"[1]. "No puedo creer que las personas consagradas a este Sagrado Corazón, perezcan y caigan bajo el dominio de Satanás, por el pecado mortal", pero con tal que, "después de haberse dado enteramente a El, traten de honrarle, amarle y glorificarle con todas sus fuerzas ajustando su vida a sus santas máximas"[2].

Así entendida la consagración al Sagrado Corazón, producirá frutos abundantes y permanentes, y practicada en todo el mundo, contribuirá, según el sentir de los Romanos Pontífices, a la unión de todos los pueblos, mediante los lazos de la caridad cristiana y de un convenio de paz.

He aquí el texto de la Consagración que Santa Margarita María hizo de sí misma, dictado por el Sagrado Corazón, tal como lo escribió al P. Croiset.

"Yo, N... me entrego y consagro al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; mi persona y mi vida, mis acciones, penas y padecimientos, para no servirme de nada de mi ser, sino sólo para amarle, honrarle y glorificarle. Mi voluntad

[1] *Vie et Oeuvres*, p. 396.
[2] *Vie et Oeuvres*, p. 328.

irrevocable es ser todo para El y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a todo lo que no sea de su agrado. Te elijo, pues, Sagrado Corazón, como único objeto de mi amor, protector de mi vida, prenda de mi salvación, y remedio en mi fragilidad e inconstancia, reparador de todos los defectos de mi vida, y refugio seguro en la hora de mi muerte. Sé, oh Corazón bondadoso, mi justificación ante Dios, tu Padre, y no permitas que caigan sobre mí los rayos de su justa cólera: Corazón amante, en ti tengo puesta mi confianza, pues todo lo temo de mi malicia y fragilidad, pero lo espero todo de tu bondad. Haz desaparecer de mí todo aquello que te desagrade o se resista a ti. Tu purísimo amor arraigue tan íntimo en mi corazón, que nunca pueda olvidarte o separarme de ti: Te suplico, por todas tus bondades, que mi nombre se escriba en ti, puesto que he cifrado toda mi gloria y felicidad en vivir y morir como esclavo tuyo. Así sea."

MARTES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

EL DEBER DE LA REPARACION

UNA DEUDA DE JUSTICIA Y AMOR. — Al deber de la consagración va aneja, como consecuencia natural, otra obligación: la de ofrecer al amor

olvidado y despreciado de nuestro Dios, una compensación por las indiferencias, ofensas e injurias que le infiere el género humano. Esto es lo que se llama reparación.

Doble es el motivo, dice la Encíclica *Miserentissimus,* que nos obliga a la reparación: *uno de justicia,* con el fin de que la ofensa hecha a Dios con nuestros crímenes, sea expiada, y que el orden violado sea restablecido con la penitencia; *otro de amor* que nos inclina a participar en el sufrimiento de Cristo, doliente y saturado de oprobios, y procurarle, según nuestra pequeñez lo permita, algún consuelo."

Obligación de justicia y amor; ciertamente, el pecado no es sólo la violación de una ley que tiene a Dios por autor y custodio; es, además, una injuria personal contra El, y un desprecio práctico de su amor. Es, pues, natural que Dios, como requisito para alcanzar el perdón, exija una reparación que sea el reconocimiento de su grandeza y amor. Y el hombre, lejos de extrañarse de esta exigencia divina, debería adelantarse por sí mismo y persuadirse de la necesidad que tiene de hacer olvidar, en cierto sentido, a Dios, la ingratitud de que es culpable; y, fijos los ojos en el Crucifijo, en la llaga del costado del Salvador, viendo aquel Corazón traspasado, debía decidirse a reparar a la justicia divina todo el mal, por medio de obras exteriores de penitencia.

Ahora bien: todos hemos pecado, y a todos nos incumbe el deber de la expiación. Pero de nosotros mismos no podemos ofrecer a Dios una reparación suficiente. Criaturas con poderes muy limitados, somos incapaces de saldar una deuda en cierto sentido infinita. Y por eso el Verbo, en su misericordia, quiso tomar una naturaleza humana, para rescatar, por la virtud de su sacrificio, toda la raza humana: "Cargó con nuestras enfermedades y dolores; por nuestras iniquidades estuvo cubierto de llagas; sobrellevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz... para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia." Pero quiso El dejar voluntariamente su obra incompleta: habiéndonos rescatado sin nosotros, no quiso salvarnos sin nosotros, y debemos completar en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo."

Hacer penitencia. — ¿Qué hacer en consecuencia? Nos lo dice San Pedro como se lo dijo a los judíos de Jerusalén: "¡Haced penitencia!"; y ¿cuál es la primera penitencia que se nos impone? "La penitencia de que habla el Príncipe de los Apóstoles, no excluye seguramente las obras aflictivas de las que se sirve el hombre para castigar en su propia carne el pecado y evita el retorno; pero su pensamiento se extiende más lejos: tiende al cambio de vida, el renunciamiento a toda disposición y costumbre reproba-

das por Dios"[1]. Este es también el pensamiento de San Pablo cuando nos pide, "que llevemos en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús"[2] y "crucifiquemos nuestra carne con sus concupiscencias"[3] y "rechacemos la corrupción de la concupiscencia que reina en el mundo" Y ¿por qué esto? "Para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos"[4], y para que unidos a la inmolación de la única Víctima, hechos partícipes del sacerdocio eterno del Sumo Sacerdote, ofrezcamos a Dios, "dones y sacrificios por los pecados"[5]. Es también el pensamiento del Papa cuando nos dice: "Cuanto nuestra oblación y nuestro sacrificio respondan más perfectamente al sacrificio del Señor, es decir, cuanto la inmolación de nuestro amor propio y de nuestra concupiscencia sea más perfecta; cuanto mayor sea la crucifixión de nuestra carne, esa crucifixión mística de que nos habla el Apóstol, más abundantes serán los frutos propiciatorios y expiatorios que alcanzaremos para nosotros y para los demás. — He ahí, sin duda, la intención del misericordioso Jesús cuando nos descubrió su Corazón, aureolado con los emblemas de la Pasión y rodeado de llamas: quería que después de haber considerado la malicia in-

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de S. Paul,* I, 33.
[2] *II Cor.,* IV, 10.
[3] *Galat.,* V, 24.
[4] *II Cor.,* IV, 10.
[5] *Hebr.,* V, 1.

finita del pecado, y admirado el amor infinito del Redentor, detestáramos con energía el pecado, y le devolviéramos, con un fervor más ardiente, amor por amor."

ACTO DE DESAGRAVIO. — Animados de este espíritu, podemos hacerle este acto de desagravio redactado por el P. Croiset. Escribiéndole Santa Margarita María con respecto a esta oración, le decía: "Estoy segura que Jesucristo le ha ayudado en su trabajo, puesto que todo, si no me equivoco, es tan de su agrado, que no creo que haya que cambiar nada."

"Adorabilísimo y amantísimo Jesús, siempre lleno de amor hacia nosotros, siempre conmovido por nuestras miserias, siempre animado del deseo de hacernos partícipes de tus tesoros y de darte tú mismo a nosotros; Jesús, Señor y Dios uno, que por un exceso del más ardiente y prodigioso de los amores, has permanecido en estado de Víctima en la adorable Eucaristía, donde te ofreces por nosotros en sacrificio millones de veces al día. ¿Cuáles deben de ser tus sentimientos en este estado, cuando no hallas en los corazones de la mayor parte de los hombres sino frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No te bastó, Salvador mío, el haber escogido para salvarnos, el camino más espinoso, pudiéndonos testimoniar tu excesivo amor con menos coste tuyo? ¿No te bastó el haberte aban-

donado una vez a esta cruel agonía y a esta mortal postración que te causó el horrible espectáculo que ofrecían nuestros pecados, con los que habías cargado? ¿Por qué, pues, quieres exponerte aún diariamente, a todas las irreverencias de que es capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah! Dios mío y mi amabilísimo Redentor, ¿cuáles fueron los sentimientos de tu Sagrado Corazón al contemplar tanta ingratitud y pecado? ¿Cuál ha sido tu amargura, cuando tanto sacrilegio y ultraje ha sufrido tu Corazón?

"Arrepentido sinceramente de todas estas indignidades, héme aquí, Señor, prosternado y confundido ante tu divinidad, para hacer un acto de desagravio, a los ojos del cielo y de la tierra, por todas las irreverencias y ultrajes que has recibido en nuestros altares, desde que fué instituído este divino Sacramento. Con corazón humilde y contrito, te pido una y mil veces perdón por todas esas irreverencias. ¡Quién me diera, Dios mío, anegar con mis lágrimas y regar con mi propia sangre, todos los lugares en que tu Corazón ha sido tan horriblemente ultrajado, y las señales de tu amor divino recibidas con indiferencia tan desdeñosa! ¡Ojalá pudiera, por un nuevo género de homenaje, de humillación, de anonadamiento, expiar tanto sacrilegio y profanación! ¡Quién pudiera ser, nada más un momento, señor de todos los corazones humanos,

para compensar, en cierto modo, por el sacrificio que te ofrecería, el olvido y la indiferencia de todos aquellos que no han querido conocerte, o que, habiéndote conocido, no te han amado!

"Mas ¡oh amabilísimo Salvador! lo que más me llena de confusión y me hace llorar amargamente, es pensar que yo mismo he sido del número de esos ingratos. Dios mío, que ves el fondo de mi corazón, tú conoces el dolor que siento por mis ingratitudes, y la pena de verte tratado tan indignamente. Estoy dispuesto a sufrirlo todo para borrarlas. Héme aquí, Señor, con el corazón transido de dolor, humillado y prosternado, presto a aceptar de tu mano cuanto exijas de mí. Hiere, Señor, hiere; bendeciré y besaré cien veces la mano que ejerza sobre mí un castigo tan justo. ¡Ojalá fuera yo una víctima propia para reparar tantas injurias! ¡Sería feliz si pudiera, por toda clase de tormentos, indemnizarte de tanto desprecio e impiedad! Y si no merezco esta gracia, acepta por lo menos mi deseo.

"Recibe, Padre eterno, este acto de desagravio, en unión de aquel que este Sagrado Corazón te hizo en el Calvario y que te ofreció María al pie de la cruz de su Hijo; y por la oración que te dirije su Corazón, perdóname tanto número de irreverencias e indignidades cometidas, y haz eficaz, por tu gracia, mi deseo y resolución de no perdonar fatiga para amar ardientemente y honrar por todos los medios posibles a mi So-

berano, a mi Salvador y a mi Juez, que confieso realmente presente en la adorable Eucaristía, y en la que quiero mostrar en adelante, con mi conducta respetuosa ante su presencia y por mi asiduidad en visitarle, que lo creo realmente presente. Y así como hago profesión de honrar de un modo especial su Sacratísimo Corazón, en ese mismo Corazón quiero pasar el resto de mi vida. Concédeme la gracia que te pido, de exhalar mi último suspiro en ese mismo Corazón a la hora de mi muerte. Así sea."

MIERCOLES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

LA REPARACION EN EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

El espíritu de reparación o expiación ha ocupado siempre un lugar principal en el culto tributado al Sagrado Corazón de Jesús, y, al elevar el Papa Pío XI su fiesta al rito de primera clase, con octava, dotándola de una nueva Misa y Oficio, quiso hacerla la fiesta por excelencia de la reparación.

En sus apariciones a la Santa Salesa, Nuestro Señor le declaró la infinidad de su amor y se quejó suavemente de no recibir como respuesta por parte de los hombres, aun de los que le están consagrados, sino injurias e ingratitudes.

PARTICIPAR EN LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO. — Puede parecer inverosímil que Nuestro Señor Jesucristo, que se halla en los Cielos rodeado de las alabanzas de los Angeles y Bienaventurados, inaccesible al sufrimiento y al dolor, anhele todavía consuelos de sus criaturas terrenas. La Encíclica nos lo aclara: "Si por causa de nuestros pecados que se habían de cometer, y eran previstos, se entristeció el alma de Cristo hasta verse en trance de muerte, no hay duda que ya entonces recibió también algún otro consuelo de nuestra cooperación, asimismo prevista, cuando se le apareció un Angel del Cielo para consolar su Corazón oprimido por el tedio y la angustia." De nosotros depende, pues, de nuestra cobardía o generosidad, el que en la noche del Jueves al Viernes Santo, Cristo sufra o se halle confortado.

Este amor y esta reparación brotarán espontáneamente de nuestras almas, si consideramos atentamente todo lo que Nuestro Señor Jesucristo sufrió por nosotros durante su Pasión "pues fué triturado por nuestras iniquidades, para sanarnos con sus heridas [1]. "Su Corazón soportó la ingratitud e improperio, y esperó a que alguien se contristara con El y no lo hubo, y quien le consolase y no le halló" [2].

---

[1] *Isaías*, LIII, 5.
[2] *Salm.*, LXVIII, 21.

PARTICIPAR DE LOS SUFRIMIENTOS DE SU CUERPO MÍSTICO. — Pero esta Pasión que Cristo padeció en su cuerpo físico, continúa experimentándola en su Cuerpo místico que es la Iglesia. Todo el mal que se hace a la Iglesia, le hiere a El personalmente, pues la Iglesia es, en cierto sentido, El mismo, pues ha dicho: "Quien os desprecia, a mí me desprecia"[1]. Amó a la Iglesia y se entregó a la muerte por ella, con el fin de santificarla y de prepararse una Esposa bella en todos los sentidos, sin mancha, sin arruga, siempre joven[2]. La envió el Espíritu Santo, y después de Pentecostés, engendra ella, sin cesar, numerosos hijos a la vida de la gracia. Se comprende por lo mismo lo que ya había dicho a Saulo, y que podría repetir a todos aquellos que impiden a la Iglesia su obra de enseñanza y santificación de los hombres, que calumnian su doctrina, su jerarquía y sus miembros, que corrompen las almas por la prensa, la escuela y los espectáculos de todo género: "Yo soy Jesús, a quien vosotros perseguís"[3]; hacia mí van dirigidos vuestros crueles golpes. "Con mucha razón, pues, —concluye Pío XI—padeciendo como padece todavía Cristo en su Cuerpo místico, desea tenernos por compañeros de su expiación y esto exige también nuestra misma unión con El; pues como somos

---

[1] *S. Lucas,* X, 16.
[2] *Eph.,* V, 22.
[3] *Actos,* IX, 5.

"cuerpo de Cristo y miembros del miembro principal"[1], cualquier cosa que padezca la cabeza, es menester que padezcan con ella todos los miembros."

Nuestro Señor lo pidió muchas veces a la confidente de su Corazón. He aquí lo que ella misma nos cuenta "... Se presentó a mí en figura de *Ecce Homo,* cargado con su cruz, cubierto de espinas y de contusiones. Su sangre adorable corría de todas partes, y decía con voz dolorosa y triste: ¿No se encontrará una persona que se apiade de mí y que quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor en el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo los actuales? — Otro día Nuestro Señor me presentó cinco corazones que se habían segregado del suyo y se apartaban voluntariamente de su amor, y me dijo: "Toma tú esta carga y participa de las amarguras de mi Corazón; derrama lágrimas de sangre ante la insensibilidad de estos corazones que yo había elegido para consagrarlos a mi amor"[2].

QUEJA DEL SAGRADO CORAZÓN. — Este lamento del Señor, que partía de dolor el alma de Santa Margarita María, también se dirije a nosotros, tanto más, cuanto que quizás por nuestras faltas hayamos sido causa de mayores sufrimientos para nuestro Redentor. Escuchémosle al diri-

[1] *I Cor.,* XII, 27.
[2] *Vie et Œuvres,* II, p. 116; 181.

girse a nosotros como a la Santa: "Tú, al menos, proporcióname el placer de desquitarme de las ingratitudes de los hombres, en cuanto seas capaz... Primero me recibirás en el Smo. Sacramento, cuantas veces te lo permita la obediencia. Comulgarás, además, todos los primeros Viernes de mes; y todas las noches del Jueves al Viernes te haré partícipe de la tristeza mortal que quise sentir en el monte de los Olivos... y para que me acompañes en la humilde oración que hice entonces a mi Padre, en medio de mi angustia, te levantarás a las once de la noche para meditar una hora conmigo, rostro en tierra, para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, y para suavizar la amargura del abandono de mis Apóstoles"[1].

Tales son las prácticas que nos recomienda también la Encíclica y que ha aprobado y enriquecido la Iglesia, con abundantes indulgencias, para animarnos a responder al deseo del Sagrado Corazón de Jesús y a consolarle.

Terminaremos dando el texto de la consagración compuesta por el Beato Claudio de la Colombière.

"Oh adorable Redentor mío, me entrego y me consagro a tu Corazón lo más perfecta y ampliamente posible. Me he clavado a tu Cruz por los votos de mi profesión; los renuevo en este Corazón divino ante el cielo y la tierra; te doy

[1] *Vie et Œuvres*, II, p. 71-72.

gracias por habérmelos inspirado. Confieso que el yugo de tu santo servicio no es duro ni pesado, que no me hallo cohibido ni molesto por mis lazos. Quisiera, al contrario, multiplicarlos y apretar más los nudos.

"Me abrazo, pues, a la amable cruz de mi vocación hasta la muerte; en ella cifro todo mi placer, mi gloria y mis delicias. "Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo." No quiera Dios que yo me alegre, sino en la Cruz de Jesucristo.

"¡No quiera Dios que tenga otro tesoro que el de su pobreza, otras delicias que las de sus sufrimientos, otro amor que El mismo! No, no, amado Salvador mío, jamás me apartaré de Ti, y a Ti solo me uniré; no me aterran ya los estrechísimos senderos de la vida perfecta, a la que me siento llamado, porque Tú eres mi luz y mi fortaleza.

"Espero, pues, Señor, que Tú me harás inquebrantable en las tentaciones, victorioso frente a los esfuerzos de mis enemigos, y extenderás sobre mí esa mano que tantos favores me ha hecho, para que cada día sea más liberal conmigo.

"¡Te lo pido, mi adorable Jesús, por tu sangre, por tus llagas y por tu Corazón Sagrado: Haz, que por la consagración que te hago de todo mi ser, llegue a ser en este día una nueva manifestación de tu amor! Así sea."

JUEVES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

NECESIDAD MAS ACTUAL DE LA REPARACION

Al terminar la Encíclica *Miserentissimus,* Pío XI hacía resaltar la gran necesidad actual del deber de la reparación, más necesario ahora que nunca para nuestro pobre mundo, "anegado en el mal"[1]. Pasan los años y el llamamiento del Papa conserva su actualidad. Por todas partes se escuchan los gemidos de los pueblos y se puede decir con toda verdad "que los reyes y los príncipes se unen para ir contra Dios y su Iglesia"[2].

Males actuales de la Iglesia. — Hemos contemplado en Rusia, Méjico y España, y contemplamos en la actualidad en Europa Central y en Asia, el triste espectáculo que se nos ofrece: "Los templos son demolidos y destruídos; los religiosos y sagradas vírgenes son arrojados de sus casas y molestados con insultos, crueldades, hambre y cárceles; grupos de niños y doncellas son arrebatados del seno de la madre Iglesia, e inducidos a renegar y blasfemar de Cristo; toda la cristiandad, sobrecogida de espanto y dis-

[1] *S. Juan,* V, 19.
[2] *Ps.,* II, 2.

persa, se encuentra en continuo peligro de apostasía, o de atrocísima muerte", o por lo menos, de crueles vejaciones. Hemos visto a numerosas naciones hacerse guerra atroz y despiadada, durante largos años, sordas a la voz del Padre común de todos los fieles, que las invitaba a una paz justa y cristiana, que evitaría para el futuro males funestos. Los pueblos cierran sus ojos a las lecciones de pruebas tan terribles, rehusando su conversión, y se entregan ciegamente a sus ansias de goces, a sus egoísmos y a sus odios, en lugar de abrazar la ley de Cristo.

"Y es todavía más de lamentar que entre los mismos fieles aumente la despreocupación por la disciplina eclesiástica y por las antiguas instituciones, en que se apoya toda vida cristiana, y por las que se rige la familia y defiende la santidad del matrimonio. Se descuida totalmente o se falsea por una dulzura exagerada la educación de los hijos; a la misma Iglesia se la pone en la imposibilidad de educar a la juventud cristiana; es lamentable el olvido del pudor cristiano en la vida ordinaria..., es desenfrenada la codicia de los bienes pasajeros, y desenfrenado el modo de las luchas políticas, y no se conocen leyes en los esfuerzos hechos para ganar la opinión por la propaganda. Se desacredita a la autoridad legítima y se desprecia la palabra de Dios, tanto que la fe misma se derrumba o se pone en próximo peligro. Y así, y aun a su pesar,

el espíritu se siente dominado por la idea de que se acercan aprisa los tiempos de que vaticinó Nuestro Señor: "y puesto que abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos"[1].

La preocupación por la expiación. — Prosiguiendo este tema en su Encíclica: "Caritate Compulsi" del 3 de mayo de 1932, Pío XI deploraba que en nuestros días la idea y el nombre de expiación y de penitencia, para muchas almas hubiesen perdido, en gran parte, la virtud de excitar los entusiasmos del corazón y los heroísmos de sacrificios, que en tiempos pasados eran capaces de infundir, cuando, a los ojos de los hombres de fe, se presentaban como sellados con el carácter divino, que les dieron los ejemplos de Cristo y de sus santos. No faltan hoy quienes presumen dar de mano a las mortificaciones externas, motejándolas de antiguallas, sin hablar del "hombre moderno", que, invocando la autonomía de la voluntad, desprecia orgullosamente la penitencia, como un acto de índole servil.

"Y es cosa natural que, cuanto más se debilita la fe en Dios, tanto más se oscurece y desvanece la idea del pecado original y de la primitiva rebelión del hombre contra Dios, llegando, en consecuencia, hasta dejar de sentirse la necesidad de penitencia y de expiación. Mas nos-

[1] *Mat.*, XXIV, 12.

otros debemos mantener bien altos estos nombres y estos conceptos y conservarlos en su verdadera significación, en su genuina nobleza y aun más en su práctica y necesaria aplicación a la vida cristiana. A esto nos impele la misma defensa de Dios y de la religión que profesamos..." Y el Padre Santo pide que "este espíritu de oración y de desagravio se mantenga en todos los fieles vivo y en plena actividad, durante toda la Octava de la fiesta del Sagrado Corazón, para que sea ésta para todos los cristianos una Octava de reparación y de santa tristeza, días de mortificanción y de plegarias."

Obras de penitencia. — Termina el Papa indicándonos algunos medios de penitencia y reparación: "Absténganse los fieles de todo espectáculo y de toda otra diversión aunque sea lícita; los más acomodados, cercenen voluntariamente, con espíritu de cristiana austeridad, algo siquiera de su acostumbrada manera de vivir, dispensando a los pobres generosamente el fruto de sus voluntarias privaciones, ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina Justicia y atraer las divinas misericordias.

"Los pobres por su parte y todos los que en este tiempo están sometidos a la dura prueba de la falta de trabajo y escasez de pan, ofrezcan al Señor con igual espíritu de penitencia y la

mayor resignación, las privaciones que les imponen los tiempos difíciles actuales y la condición social que la divina Providencia con inescrutable, pero siempre amoroso designio, les ha asignado, y acepten con ánimo humilde y confiado, como venidos de la mano de Dios, los efectos de la pobreza, agravados hoy por la estrechez que aflige a toda la humanidad. Elévense más generosamente hasta la divina sublimidad de la Cruz de Cristo, pensando que si el trabajo es uno de los mayores valores de la vida, ha sido más bien el amor de Dios paciente el que ha salvado al mundo. Confórtelos, por fin, la certeza de que sus sacrificios y sus penas, cristianamente sufridas, concurrirán eficazmente a acelerar la hora de la misericordia y de la paz."

Oración. — Recitemos, para terminar, la consagración de una religiosa del Buen Pastor, la Madre María del Divino Corazón. Gustábala repetir "que sin el espíritu de sacrificio, la devoción al Sagrado Corazón no es más que pura imaginación." Pidió con insistencia a León XIII, que consagrara el género humano al Sagrado Corazón, y, satisfechos sus deseos, murió en Porto el 8 de junio de 1899.

"Amabilísimo Jesús mío: me consagro hoy nuevamente y sin reserva a tu divino Corazón: Te consagro mi cuerpo con todas sus facultades

y mi ser entero. Te consagro mis pensamientos, palabras y obras, todos mis padecimientos y penas, todas mis esperanzas, consuelos y alegrías, y de modo especial Te consagro mi pobre corazón, para que seas su único amor y se consuma como víctima en las llamas de tu caridad.

"Acepta, oh Jesús, mi amabilísimo Esposo, mi deseo de consolar a tu divino Corazón y pertenecerte para siempre.

"Toma posesión de mí, de suerte que, en adelante, mi única libertad sea amarte y mi única vida la de padecer y morir por Ti.

"En Ti pongo toda mi confianza, una confianza sin límites, y espero alcanzar de tu misericordia infinita, el perdón de todos mis pecados.

"En tus manos pongo mis cuidados, y sobre todo el de mi salvación eterna. Te prometo amarte y honrarte hasta el último momento de mi vida, y propongo propagar, por todos los medios posibles, el culto de tu Sagrado Corazón.

"Dispón de mí, oh Jesús mío, a tu gusto; no aspiro a otra recompensa fuera de tu mayor gloria y tu santo amor.

"Concédeme la gracia de hallar mi morada en tu divino Corazón; ahí quiero pasar todos los días de mi vida y exhalar mi último suspiro. Establece en mi corazón tu morada y el lugar de tu reposo, para que permanezcamos íntimamente unidos, para que un día pueda alabarte,

amarte y poseerte por toda la eternidad, allá arriba, en los cielos, donde cantaré eternamente las infinitas misericordias de tu Corazón. Así sea."

EL MISMO DIA

FIESTA DEL CORAZON EUCARISTICO DE JESUS

ORIGEN DE LA FIESTA. — Algunas diócesis y familias religiosas celebran hoy la fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús. Bastarán unas líneas para orientar a los fieles en esta devoción y señalar las características diferenciales que la distinguen de la devoción a la Sagrada Eucaristía y de la del Sagrado Corazón, que desde hace dos semanas vienen siendo objeto de nuestras meditaciones.

El 22 de Enero de 1854, una religiosa escuchó de labios de Jesús estas palabras: "¡Cuántas almas hay que me rodean y no me consuelan! Mi Corazón ansía amor, como el pobre pide pan. Es mi Corazón Eucarístico: ¡haz que se le conozca y se le ame! ¡Extiende esta devoción!": El deseo de Nuestro Señor llegó a realizarse. Aprobada por Pío IX y por sus sucesores, se halla hoy día extendida y se practica en todo el mundo católico. Benedicto XV aprobó el 9 de noviem-

bre de 1921 Misa y Oficio propios, y asignó la fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús, al Jueves siguiente a la Octava del Corpus [1].

OBJETO DE LA FIESTA. — La misma Iglesia nos indica el objeto de esta devoción: que "*es la de honrar el acto de suprema dilección, por el que Nuestro Señor, prodigando todas las riquezas de su Corazón, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía;* para permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos".

Mientras la devoción a la Sagrada Eucaristía se dirige al Hombre-Dios, verdaderamente presente en nuestros altares bajo los velos de las sagradas especies y tiene como objeto la misma Persona de Jesús, la devoción al Sagrado Corazón Eucarístico trata de rendir un culto de veneración y de amor agradecido a este *acto particular de Jesús,* que realiza y perpetúa el don de la Eucaristía. Es la devoción al amor inspirador, creador y continuador de la Eucaristía.

En tanto que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, honra, bajo el símbolo del corazón, toda la caridad del Salvador, de donde han brotado los torrentes de las gracias más preciosas, esta otra considera la caridad de Cristo sólo en la obra de amor por excelencia y rinde homenaje a *este acto* de amor, al cual debemos la institución de la Eucaristía, la presencia real y perma-

[1] *Acta Apostolicæ Sedis,* XIII, 545.

nente de Jesucristo en el tabernáculo, su inmolación en el Santo Sacrificio de la Misa, su donación a cada uno de nosotros en la sagrada comunión.

La devoción al Corazón Eucarístico. — Este acto de suprema dilección, olvidado por tantos cristianos, exigía un culto especial de acción de gracias, de adoración, de reparación y de súplicas.

El Sumo Pontífice, al fijar esta fiesta en estos días, ha querido mostrarnos que la devoción al Corazón Eucarístico encierra en sí lo que tienen de más excelente las devociones al Sagrado Corazón y a la Eucaristía. Tiene el secreto de unirlas en admirable armonía, porque en la Sagrada Eucaristía nos muestra a un Dios que se da, como nadie puede darse: víctima por los pecados en el Calvario, pan de vida en la hostia; compañero de destierro en el tabernáculo; ¡qué se da todo entero; con su cuerpo, sangre, alma, divinidad y su Corazón!... Y esta donación tan perfecta, al descubrirnos la esencia misma del Corazón de nuestro Dios, hace a nuestras almas cautivas del amor a Jesús, presente entre nosotros.

Porque el alma cristiana quiere responder a esta inenarrable ternura del Corazón de Jesús. Dios nos amó primero, y nos amó *usque in finem,* hasta el exceso; tiene una ardiente sed de ser honrado en el Santísimo Sacramento. El alma

se ve obligada a exclamar con San Pablo, "la caridad de Cristo nos apremia", y con San Juan: "Amemos a Dios, porque El se adelantó en el amor." Este es el fruto de la devoción y fiesta del Corazón Eucarístico: persuadirnos de que Jesús nos ama, que desea ardientemente nuestro amor, que el fin de su inmolación es nuestra unión con El; y, una vez convencidos de esto, obrar en consecuencia: amarle prácticamente, uniéndonos a El, inmolándonos con El y anonadándonos ante El, para que podamos decir con el Apóstol: "vivo yo, ya no yo, pues es Cristo quien vive en mí."

He aquí la oración compuesta por la confidente del Corazón Eucarístico de Jesús y aprobada por la Iglesia:

Corazón Eucarístico de Jesús, compañero en nuestro destierro, yo Te adoro.

Corazón Eucarístico de Jesús, yo Te adoro.

Corazón solitario, Corazón humillado, Corazón abandonado,

Corazón olvidado, Corazón despreciado, Corazón ultrajado,

Corazón desconocido de los hombres,

Corazón amante de nuestros corazones,

Corazón ansioso de amor,

Corazón paciente en escucharnos,

Corazón pronto a favorecernos,

Corazón deseoso de que se le ruegue,

Corazón fuente de nuevas gracias,
Corazón silencioso, que desea hablar a las almas,
Corazón, grato refugio de la vida escondida,
Corazón, maestro de los secretos de la unión divina,
Corazón del que duerme pero siempre está vigilante,
Corazón Eucarístico de Jesús, ten piedad de mí,
Jesús-Hostia, deseo consolarte,
Me uno a Ti y me inmolo contigo,
Me anonado en tu presencia,
Quiero olvidarme de mí mismo para pensar en Ti,
Ser ignorado y despreciado por tu amor,
No ser amado ni comprendido sino de Ti;
Callaré para escucharte, y saldre de mí para perderme en Ti.
Haz que temple así tu sed de mi salvación, tu sed ardiente de mi santidad, y que, purificado, Te consagre un amor puro y verdadero,
No quiero cansarte en esperarme; acógeme, a Ti me entrego.
Te confio todas mis obras; y mi espíritu, para que le ilumines; mi corazón, para que le dirijas; mi voluntad, para que la fijes; mi miseria, para que la remedies; mi alma y mi cuerpo, para que los alimentes.
Corazón Eucarístico de Jesús, cuya sangre es la vida de mi alma; ya no viva yo, sino vive Tú solo en mí. Así sea.

VIERNES
OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

LAS PROMESAS DEL SAGRADO CORAZON

Hemos llegado al fin de la Octava del Sagrado Corazón. Después de considerar lo que nos pide este divino Corazón: la consagración y reparación, fáltanos todavía escuchar las magníficas promesas que se ha dignado hacernos. El Señor nunca se deja ganar en generosidad; El mismo es quien ha puesto en nuestro corazón estas disposiciones de amor rendido que no pueden provenir mas que de El y que sólo El puede hacer efectivas y permanentes.

Recordamos bien las conmovedoras llamadas que hacía a los judíos: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón"[1].

Ya en el Antiguo Testamento se habían hecho al pueblo de Israel las más hermosas promesas para alentarle en su fidelidad: "Todos los que tenéis sed, venid a las aguas vivas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, venid y llevaos de balde vino y leche... Inclinad vuestro oído y venid a mí, escuchad y vuestra alma vivirá. Haré

[1] *Mateo,* XI, 28-29.

con vosotros un pacto eterno, que mostrará que son verdaderas las promesas de misericordia hechas a David"[1].

También con promesas admirables quiso el Señor alentar a todas las almas que en pos de Santa Margarita María se hicieren apóstoles de la devoción a su Sagrado Corazón. Suelen contarse doce. No son dogmas nuevos propuestos a la fe católica; pero la Iglesia, que ha establecido la fiesta del Sagrado Corazón inspirada en las revelaciones de Paray-le-Monial, las ha consagrado, por decirlo así, y sin definir nada sobre su propio valor, el mismo León XIII, en su Constitución "*Benignae*" del 28 de junio de 1889 no ha dudado en afirmar: "Con el fin de aumentar la diligencia de los hombres para corresponder a los deseos tan admirables y tan ardientes de su amor, Jesús los invita, los atrae a todos a Sí con la esperanza de magníficas promesas."

He aquí estas promesas:

1.ª Daré (a las personas seglares) todas las gracias necesarias a su estado

2.ª Daré paz a sus familias.

3.ª Las consolaré en todas sus penas.

4.ª Seré su refugio seguro durante la vida, y sobre todo en la hora de la muerte.

---

[1] *Isaías,* LV, 1-3.

5.ª Derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas.

6.ª Los pecadores encontrarán en mi Corazón el Océano infinito de la misericordia... El Sagrado Corazón quiere retirar a un gran número del camino de la perdición y destruir el imperio de Satanás en las almas para establecer en ellas el de su amor.

7.ª Las almas tibias se harán fervorosas. Las fervorosas se elevarán a más alta perfección.

8.ª Mi Corazón derramará la suave unción de su caridad sobre las comunidades que Le honren.

9.ª Bendeciré las casas en que sea honrada la imagen de mi Corazón.

10.ª Daré a los sacerdotes el don de tocar a los corazones más endurecidos.

11.ª Las personas que propaguen esta devoción, tendrán su nombre escrito en mi Corazón y no será nunca borrado de El.

12.ª Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en su desgracia, ni sin recibir los sacramentos, siendo su asilo seguro en este último momento.

No hay que entender las primeras promesas en un sentido puramente literal. En los trabajos y penas de esta vida, en las calamidades

públicas, la devoción al Sagrado Corazón aparece bien clara como el remedio supremo, y a este Corazón es a quien las almas acuden con diligencia y confianza. Pero nos es necesario recordar que estas promesas, como todas las promesas divinas, son ante todo espirituales. Santa Margarita María lo hizo notar: "No creo, hablándoos francamente, que las gracias que os promete, consistan en la abundancia de las cosas temporales, porque dice El que ésas son las que con frecuencia nos dejan pobres de su gracia y de su amor: y de esto es de lo que quiere enriquecer vuestras almas y vuestros corazones." También escribía: "No me dice que sus amigos no han de padecer nada, porque quiere El que hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras"[1]. Pero, si nuestro Señor permite la prueba, nos da los medios de aceptarla. Nos da su amor, se nos da El mismo. La santa lo repite instantemente: "El *Dador* vale más que todos sus dones"[2].

Terminemos con la recitación del himno: "*Auctor beate*" que la Iglesia ha recitado en el Oficio de Maitines durante toda la Octava:

¡Autor sagrado del mundo,
Cristo, universal Redentor,
Lumbre de la lumbre del Padre
Y verdadero Dios de Dios!

---

[1] *Vida y obras*, t. II, p. 303.
[2] *Ibid*, p. 251.

Tu santo amor te forzó
A tomar carne mortal,
Para, cual nuevo Adán, devolver
Lo que el viejo Adán perdió.

Aquel divino Amor, que creó,
La tierra, el mar, y los cielos,
Que se apiadó del yerro de nuestros padres,
Y quebrantó nuestras cadenas.

No amengüe en tu Corazón
La llama de tu amor eximio:
Beban en esta fuente los pueblos
La alegre gracia del perdón.

Para esto le hirió la lanza,
Y quedó así vulnerado,
Para lavarnos de nuestras manchas
En la sangre y agua que de él manaron.

Gloria sea a ti, oh Jesús,
Que por tu Corazón viertes la gracia,
Con el Padre y el Espíritu Santo,
Por los siglos infinitos. Amén.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Su nombre. — El cuarto Domingo después de Pentecostés fué llamado durante muchos años en Occidente, el Domingo *de la Misericordia,* porque se leía entonces en él el pasaje de San Lucas que comienza por estas palabras: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso." Pero como este Domingo fué trasla-

dado a la Misa del primer Domingo después de Pentecostés, se ha hecho del Evangelio de la quinta semana el de la cuarta; el de la sexta pasa a la quinta, así sucesivamente hasta la veintitrés. Este cambio de que hablamos, no tuvo lugar hasta bastante tarde en cierto número de Iglesias [1], y no fué aún recibida universalmente hasta el siglo XVI.

Mientras las lecturas evangélicas adelantaban así un puesto en casi todo el ciclo litúrgico, las Epístolas, Oraciones y partes cantadas de las antiguas Misas se conservaron, salvo raras excepciones, en sus lugares acostumbrados. La relación que los liturgistas de los siglos XI, XII y XIII habían creído encontrar, para cada Domingo, entre el Evangelio primitivo y el resto de la Liturgia, no podía, pues, sostenerse más como antes. Al descartar la Iglesia estas relaciones, muchas veces demasiado sutiles, no trató, sin embargo, de condenar a estos autores, ni de apartar a sus hijos de que buscasen en sus obras una edificación tanto más sana, cuanto está sacada con frecuencia de las fuentes auténticas de las antiguas Liturgias. Nos aprovecharemos de sus trabajos, sin olvidar que la armonía principal que hay que buscar en las Misas del *Tiempo después de Pentecostés,* no es más que la unidad del mismo Sacrificio.

---

[1] Honorius d'Autun: *Gemma animæ,* l. IV; Ruperto, *Des Divins Offices,* l. XII.

DIGNIDAD DEL DOMINGO. — Hemos recordado, en el tiempo Pascual, que la majestad del día octavo sustituyó al Sábado de los Judíos, y llegó a ser el día sagrado del pueblo nuevo. "La Santa Iglesia, decíamos [1], que es la Esposa, está asociada a la misma obra del Esposo. Deja que se deslice el Sábado, día que su Esposo pasó en el sepulcro; pero, iluminada por los resplandores de la Resurrección, consagra en adelante a la contemplación de la obra divina, el primer día de la Semana que vió sucesivamente salir de las sombras, tanto la luz material, primera manifestación de la vida sobre el caos, como a Aquel que, siendo el esplendor eterno del Padre, se ha dignado decirnos: "Yo soy la luz del mundo" [2].

Tal es la importancia de la Liturgia dominical, destinada a celebrar cada semana tan grandes recuerdos, que los Romanos Pontífices rehusaron, durante largo tiempo, multiplicar en el calendario las fiestas de grado superior al rito *semi-doble,* que es el del Domingo, a fin de conservarle su prerrogativa legítima y sus derechos seculares. Su reserva en este punto nunca quedó desmentida hasta mitad del siglo XVII. Al fin cedió ante la necesidad de responder con más eficacia a los ataques de que había sido objeto el culto de los Santos por parte de los Protestantes y de sus hermanos los Jansenistas. Urgía re-

---

[1] *Mística del Tiempo Pascual.*
[2] *S. Juan,* VIII, 12.

cordar a los fieles que el honor rendido a los servidores, no disminuye en nada la gloria de su Señor; que el culto de los Santos, miembros de Cristo, no es más que la continuación y el desarrollo del que se debe a Cristo, su Cabeza. La Iglesia debía a su Esposo una protesta contra las miras estrechas de esos innovadores, que no iban sino a truncar el dogma de la Encarnación, separándole de sus inefables consecuencias. No fué, pues, sino por una inspiración del Espíritu Santo, por lo que la Sede Apostólica consintió entonces declarar de rito *doble* la mayoría de las fiestas antiguas o nuevas; para apoyar la solemne condenación de los nuevos herejes, convenía, en efecto, hacer que se celebrasen con más frecuencia las virtudes de los Santos, en Domingo, reservado especialmente a las solemnes demostraciones de la fe católica y a las grandes reuniones de la familia cristiana [1].

MISA

La Iglesia, al día siguiente de la Santísima Trinidad, en el Oficio de Maitines inició la lectura del libro de los Reyes, comenzando esa noche la admirable narración del triunfo de David sobre Goliat. Ahora bien, ¿quién es para la Igle-

[1] Desde la reforma del Calendario de Pio X, el Domingo sólo puede ser suplantado por una fiesta del Señor de rito doble mayor, o por una fiesta de un Santo de doble rito de 2.ª clase. En tal caso se hace conmemoración del Domingo.

sia el verdadero David, sino el Caudillo Divino, que conduce desde hace mil novecientos años al ejército de los Santos, a la victoria? ¿No es ella misma con toda verdad la hija del Rey [1], prometida al vencedor de este singular combate entre Cristo y Santanás, que en el Calvario salvó al verdadero Israel y vengó la injuria hecha al Dios de los ejércitos? Completamente poseída aún de estos sentimientos, que ha despertado este episodio de la Historia Sagrada en su corazón de Esposa, toma las palabras de David [2] en el Introito para cantar las proezas del Esposo, y proclamar la confianza en que la ha establecido su triunfo para siempre.

INTROITO

El Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida; ¿de quién temblaré? Mis enemigos, que me atribulan, han flaqueado y caído. — *Salmo.* Aunque se enfrenten ejércitos contra mí, no temerá mi corazón. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, a pesar de su confianza en la ayuda de Dios para los días malos, pide siempre la paz del mundo al Dios altísimo. Si, a la vista del combate, la Esposa salta de gozo al poder probar su amor, la Madre teme por sus hijos, muchos de los cuales se hubieran salvado viviendo una vida tranquila, y van a perecer en el combate.

---

1 *Reyes,* XVII, 25-27.
2 *Salmo,* XXV, 1-3.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que el mundo siga, por orden tuya, un curso pacífico para nosotros; y que tu Iglesia se alegre con tranquila devoción. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VIII, 18-23).

Hermanos: Creo que las penas de este tiempo no son comparables con la futura gloria que se revelará en nosotros. En efecto, el anhelo de las criaturas espera la revelación de los hijos de Dios. Porque las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por causa de aquel que las sometió con la esperanza: pues también las mismas criaturas serán redimidas de la esclavitud de la corrupción, y alcanzarán la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen y están como de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, sino también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo: en Jesucristo, nuestro Señor.

La gloria eterna. — No hay comparación entre los padecimientos temporales y la gloria eterna. De esta gloria, tan sólo queda en perspectiva la manifestación, pues su realidad ya está constituída desde ahora y no hace más que aumentar en nuestros corazones de día en día. El archivo de nuestra virtud es nuestra propia alma. Nuestras obras quedan inscritas en él en forma de me-

recimiento y a manera de título interno a la posesión de Dios. Cuando venga la hora de la recompensa, no nos vendrá nuestra gloria del exterior, sino de nuestra propia alma, como manifestación de lo que la gracia de Dios ha creado en ella silenciosamente, mediante nuestra fidelidad.

"La creación entera espera con ansiedad ardiente y con deseo apasionado la hora de esta revelación. La creación material no permanece indiferente. A los elegidos se presta con gozo; en cambio, se indigna de tener que servir a las obras de los impíos; esto es para ella una servidumbre, una humillación, contra la cual protesta, y ella, criatura de Dios, gustosamente se sustraería a la corrupción que confisca y descamina sus energías hacia fines perversos. Invoca el día en que ha de manifestarse la gloria de los hijos de Dios, porque ese día será para ella también el día de la liberación y glorificación"[1].

El Gradual hace subir hasta Dios la voz de los cristianos que pecan con tanta frecuencia y que, sintiéndose indignos de recibir ayuda, imploran, sin embargo, su intercesión por su propia gloria; porque no son menos soldados del Dios de los ejércitos, y su causa es la suya. El Verso aleluyático nos muestra a la Iglesia,

---

[1] D. Delatte. "*Epîtres de Saint Paul*", I, 680.

pobre y perseguida aquí abajo, dirigiendo su oración confiada hacia el trono de justicia de su Esposo.

GRADUAL

Sé propicio, Señor, con nuestros pecados: para que nunca digan las gentes: ¿Donde está su Dios? ℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por el honor de tu nombre, líbranos, Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oh Dios, que te sientas sobre el trono, y juzgas con equidad: sé el refugio de los pobres en la tribulación. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (V, 1-11).

En aquel tiempo, las turbas irrumpieron sobre Jesús, para oír la palabra de Dios. Y El estaba junto al lago de Genesaret. Y vió dos naves, que estaban cerca del lago: y los pescadores habían bajado, y lavaban las redes. Y, subiendo a una de las naves, que era de Simón, rogó a éste que la apartara un poco de tierra. Y, sentándose, enseñó desde la nave a las turbas. Y, cuando cesó de hablar, dijo a Simón: Entra más adentro, y lanzad vuestras redes para pescar. Y, respondiendo Simón, le dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche, y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, lanzaré la red. Y, habiendo hecho esto, pescaron una gran cantidad de peces: y se rompía su red. E hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra nave, para que vinieran y los ayudaran. Y vinieron, y llenaron las dos naves de tal modo, que casi se sumergían. Viendo lo cual Simón Pedro, se arrojó a las rodillas de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador. Porque el temor se había apoderado de él, y de todos los

que estaban con él, por causa de la pesca de los peces que habían capturado: y también de Santiago y de Juan hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y dijo Jesús a Simón: No temas: desde hoy serás ya pescador de hombres. Y, conducidas a tierra las naves, dejándolo todo, le siguieron a El.

LAS DOS PESCAS MILAGROSAS. — Los Evangelistas nos han conservado el recuerdo de dos pescas milagrosas hechas por los Apóstoles en presencia de su Maestro: la una la descrita por San Lucas, y que acaba de recordársenos; la otra, aquella cuyo profundo simbolismo nos invitaba a escrutar el discípulo amado, el Miércoles de Pascua. En la primera, que se remonta a la vida mortal del Salvador, la red, lanzada al azar, se rompe por la multitud de peces cogidos, sin que el evangelista señale su número, ni otras cualidades; en la segunda, el Señor resucitado señala a sus discípulos la derecha de la barca y, sin romperse la red, ciento cincuenta y tres peces gruesos llegan a la orilla en que los aguarda Jesús. Ahora bien los Padres, todos de común acuerdo, explican estas dos pescas como figura de la Iglesia: la Iglesia en el tiempo primero, y más tarde en la eternidad. Ahora la Iglesia es multitud; reúne a todos, sin contar los buenos y malos; después de la Resurreción, sólo los buenos formarán la Iglesia, y su número será prefijado y señalado para siempre. "El reino de los cielos, dice el Salvador, es semejante a una red lanzada

al mar, rebosante de peces de todas las clases; cuando está llena se la retira para elegir los buenos y tirar los malos"[1].

SU SIGNIFICADO. — "Los pescadores de hombres han echado sus redes, dice San Agustín: han cogido esta multitud de cristianos que contemplamos con admiración; han llenado las dos barcas, figuras de los dos pueblos: el Judío y el Gentil. ¿Pero qué hemos oído? La multitud recarga las barcas y las pone en peligro de naufragio; del mismo modo, vemos que la turbamulta confusa de bautizados recarga hoy a la Iglesia. Muchos cristianos viven mal, vacilan y hacen retardarse a los buenos. Pero aún se portan peor los que rompen las redes con sus cismas y herejías, peces impacientes que no quieren someterse al yugo de la unidad, que no quieren venir al festín de Cristo, y se complacen en sí mismos, pretestando que no pueden vivir con los malvados, rompen las mallas que los retienen en la estela apostólica, y perecen lejos de la ribera. ¡En cuántos lugares han roto de este modo la inmensa red de la salvación! Los Donatistas en Africa, los Arrianos en Egipto, en Frigia Montano, Manes en Persia, y más tarde ¡cuántos otros han sobresalido en esta obra de ruptura! No imitemos su demencia orgullosa. Si la gracia nos hace buenos, llevemos con paciencia la compañía de

[1] *S. Mateo,* XIII, 47-48.

los malos en las aguas de este siglo. No nos arrastre su vista a vivir como ellos, ni a salir de la Iglesia; cercana está ya la ribera, donde sólo los de la derecha, sólo los buenos serán admitidos y de donde los malos serán arrojados al abismo"[1].

En el Ofertorio, el ejército de los cristianos pide la luz de aquella fe, que sola puede asegurar la victoria, descubriéndola al enemigo y sus emboscadas. Para el fiel la noche no tiene sombra, y la claridad de la antorcha celestial arroja de sus ojos el sueño funesto que ocasionaría rápidamente la derrota y la muerte.

OFERTORIO

Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte: para que nunca diga mi enemigo: He prevalecido contra él.

Los dones ofrecidos sobre el altar para la transustanciación, son la figura de los mismos fieles. Por eso la Iglesia, en la Secreta, ruega al Señor que atraiga y que cambie, al mismo tiempo que estos dones, nuestras voluntades indóciles. Recordemos que, de todos los peces cogidos en la red mística, sólo—nos dicen los Padres—serán elegidos en la ribera eterna "los que viven de modo que merezcan ser presentados por los pescadores de la Iglesia en el festín de Cristo"[2].

---

[1] *S. Agustín,* Sermones 248-256.
[2] Bruno d'Ast., *Expos. sur le Genèse,* c. I.

SECRETA

Aplácate, Señor, te lo suplicamos, con la aceptación de nuestras oblaciones: y compele propicio hacia ti nuestras rebeldes voluntades. Por nuestro Señor.

El Dios que hizo triunfar la debilidad de David sobre el gigante filisteo, se nos da en los Misterios. Cantemos, con el Salmo, su fuerza misericordiosa, que se hace nuestra en el Sacramento.

COMUNION

El Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador: mi Dios es mi ayudador.

San Agustín da el nombre de *Sacramento de la esperanza* al misterio divino en el cual, la Iglesia proclama y restaura cada día aquí abajo su unidad social. La unión real, aunque encubierta todavía, de la Cabeza y los miembros en el banquete de la Sabiduría eterna, aventaja, en efecto, y con mucho, como prenda de las glorias futuras de la humanidad regenerada, a esa espera dolorosa de que nos hablaba el Apóstol en la Epístola del día. En la Poscomunión pedimos que sean lavadas nuestras manchas y que no impidan en nada el que obre con toda su plenitud este Sacramento, cuya virtud nos puede conducir hasta la perfección consumada de la salvación.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que los Misterios recibidos nos purifiquen y nos protejan con su virtud. Por nuestro Señor.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Oficio. — La Iglesia ha comenzado esta noche la lectura del segundo libro de los Reyes, que principia por la narración de la muerte desgraciada de Saúl y el advenimiento de David al trono de Israel. La exaltación del hijo de Jesé marca el punto culminante de la vida profética del pueblo antiguo; en él encontró Dios su siervo fiel [1], e iba a mostrarle al mundo como la figura más completa del Mesías que había de venir. Un juramento divino garantizaba al nuevo Rey el porvenir de su descendencia; su trono debía ser eterno [2]; porque debía un día llegar a ser el trono del que sería llamado Hijo del Altísimo, sin dejar de tener por Padre a David [3].

Pero en el momento en que la tribu de Judá aclamaba en Hebrón al elegido del Señor, no era todo, ni mucho menos, alegría y esperanza. La Iglesia, ayer en Vísperas, tomaba una de las más bellas Antífonas de su Liturgia del canto fúnebre que inspiró a David la vista de la diadema recogida del polvo ensangrentado en el campo de batalla, donde acababan de sucumbir

---

1 Salmo LXXXVIII, 21.
2 *Ibid.*, 36-38.
3 *S. Luc.*, I, 32.

los príncipes de Israel: "Montes de Gelboé, ni lluvia ni rocío caiga sobre vosotros; porque allí fué abatido el escudo de los héroes, el escudo de Saúl, como si no hubiese recibido la unción. ¿Cómo han caído los héroes en la batalla? Jonatás ha sido muerto en las alturas; ¡Saúl y Jonatás, tan amables y tan hermosos en su vida, no se han separado ni en la muerte!"

Inspirada por la proximidad de la fiesta de los Santos Apóstoles del 29 de Junio, y de este día en que el Oficio del Tiempo trae cada año esta Antífona, la Iglesia aplica estas últimas palabras a San Pedro y San Pablo durante la Octava de su fiesta: "¡Gloriosos príncipes de la tierra, se amaron en vida—exclama—y no se han separado ni en la muerte!" Como el pueblo Hebreo en esta época de su historia, más de una vez el ejército cristiano no saludó el advenimiento de sus jefes, sino en una tierra tinta en la sangre de sus predecesores.

MISA

Como en el Domingo anterior, la Iglesia parece haberse complacido en relacionar con las lecturas de la noche el comienzo del Sacrificio. El Introito, en efecto, está sacado del Salmo XXVI, compuesto por David con ocasión de su coronación en Hebrón. Expresa la humilde y confiada súplica de uno a quien falta todo aquí

abajo, pero que tiene al Señor como luz y como fuerza. En las circunstancias que hemos recordado, no hacía falta nada menos que una fe ciega en las promesas divinas para sostener el valor del antiguo pastor de Belén y de la nación que llegaba a ser su pueblo. Mas comprendamos a la vez, que la realeza de David y su descendencia, en la antigua Jerusalén, es figura, para la Iglesia, de una realeza más sublime, de una dinastía más alta, esto es: de la realeza de Cristo y de la sucesión de los Pontífices.

INTROITO

Escucha, Señor, mi voz, con la que he clamado a ti: sé mi ayudador, no me dejes, ni me desprecies, oh Dios, Salvador mío. — *Salmo:* El Señor es mi luz, y mi salud: ¿a quién temeré? ℣. Gloria al Padre.

Los bienes prometidos a David como recompensa de sus combates, no eran más que una pálida imagen de los que aguardan en la patria a los vencedores del demonio, del mundo y de la carne. Reyes para siempre, gustarán, sentados en sus tronos, de la plenitud de las delicias, cuyas gotas deja caer aquí abajo el Esposo sobre las almas fieles. Amemos, pues, a quien recompensa de tal modo el amor; y como por nosotros mismos no podemos nada, pidamos por medio del Esposo al autor de todo don excelente [1], la perfección de la caridad divina.

---

[1] *Santiago*, I, 17.

COLECTA

Oh Dios, que has preparado bienes invisibles para los que te aman: infunde en nuestros corazones el afecto de tu amor; para que, amándote a ti en todo y sobre todo, consigamos tus promesas que superan todo anhelo. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro. (1.ª, III, 8-15).

Carísimos: Estad todos unánimes en la oración, sed compasivos, amantes de la fraternidad, misericordiosos, modestos, humildes: no devolváis mal por mal, ni maldición por maldición; sino, al contrario, bendecid: porque a esto habéis sido llamados, a poseer como herencia la bendición. Por tanto, el que quiera amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y no hablen engaño sus labios. Apártese del mal, y haga el bien: busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor miran a los justos, y sus oídos escuchan sus preces: pero el rostro del Señor está sobre los que hacen mal. Y, ¿quién es el que os dañará, si fuereis emuladores del bien? Pero, aunque padeciereis algo por la justicia, bienaventurados de vosotros. Mas no los temáis a ellos, y no os conturbéis; antes santificad al Señor, a Cristo, en vuestros corazones.

CARIDAD FRATERNA. — La unión de una verdadera caridad, la concordia y la paz, que, como condición necesaria de su felicidad presente y futura, se debe mantener a toda costa: tal es el objeto de las recomendaciones dirigidas por Simón (ahora Pedro) a esas otras piedras elegidas que se apoyan en él, y forman las hiladas del templo levantado por el Hijo del Hombre a gloria del Altísimo.

Comprendamos la importancia que tiene para todos los cristianos la unión mutua, *ese amor de hermanos,* tan frecuentemente, tan vivamente recomendado por los Apóstoles, cooperadores del Espíritu Santo en la construcción de la Iglesia. No basta la extinción del cisma y de la herejía, cuyos excesos desastrosos recordaba el Evangelio hace ocho días, ni la represión de las pasiones de ira o de los celos agrios; es necesario un amor efectivo, obsequioso, perseverante, que junte verdaderamente y armonice como conviene, las almas y los corazones; es necesaria esta caridad desbordante y única digna de tal nombre, que, mostrándonos al mismo Dios en nuestros hermanos, hace verdaderamente nuestras sus dichas y sus desdichas. Lejos de nosotros la somnolencia egoísta en que se complace el alma perezosa, con la que tan frecuentemente las almas falsarias creen satisfacer tanto mejor a la primera de las virtudes, cuanto más se desinteresan por completo de lo que las rodea. En tales almas no puede prender la argamasa divina; piedras impropias para toda construcción, que rechaza el celeste albañil, o que deja sin empleo al pie de las murallas, porque no se adaptan al conjunto, ni sabrían disponerse. ¡Desgraciadas de ellas, sin embargo, si el edificio se acaba sin que hayan merecido ocupar un lugar en sus muros! Comprenderán entonces, aunque demasiado tarde, que la caridad es una; que no

ama a Dios quien no ama a su hermano[1], y que quien no ama, *permanece en la muerte*[2]. Coloquemos, pues, con San Juan, la perfección de nuestro amor para con Dios, en el amor de nuestros hermanos[3]; sólo entonces poseeremos a Dios en nosotros[4]; sólo entonces podremos gozar de los inefables misterios de la unión divina con Aquel que se une a los suyos, para hacer de todos y de El mismo un templo augusto a la gloria del Padre.

El Gradual, en conformidad con las ideas que inspira el Introito del día, pide la protección divina para el pueblo colocado bajo el cetro del ungido del Señor. El Verso anuncia la victoria de Cristo-Rey, y la salvación que trae a la tierra.

GRADUAL

Mira, oh Dios, protector nuestro: y contempla a tus siervos. ℣. Señor, Dios de los ejércitos, escucha las preces de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, en tu fortaleza se alegrará el rey: y se gozará sobremanera en tu salud. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (V, 20-24).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis

---

[1] *I S. Juan,* IV, 21.
[2] *Ibíd.,* III, 14.
[3] *I S. Juan,* IV, 12.
[4] *Ibíd.*

oído que se dijo a los antiguos: No matarás: mas, el que matare, será reo de juicio. Pero yo os digo que, todo el que se enojare con su hermano, será reo de Juicio. Y el que le llamare a su hermano raca, será reo de concilio. Y el que le llamare fatuo, será reo del infierno del fuego. Por tanto, si ofrecieres tu presente en el altar, y te recordares allí de que tu hermano tiene algo contra ti: deja tu presente allí, ante el altar, y vete antes a reconciliarte con tu hermano: y, volviendo después, ofrecerás tu presente.

El Legislador. — El Verbo divino bajado para santificar a los hombres en la verdad, es decir, en El mismo [1], debía volver, ante todo, a su prístino esplendor, empañado por el tiempo, los inmutables principios de justicia y de derecho que reposan en El, como en su cetro. Es lo primero que hace y con una solemnidad incomparable, antes de llamar a sus discípulos y de elegir a los doce, en el pasaje del sermón de la montaña, de donde la Iglesia ha tomado el Evangelio de hoy. En esto no venía, declaraba El mismo, a condenar o destruir la ley [2], sino a restablecer, contra los escribas y fariseos, su verdadero sentido, y a darla la plenitud que los mismos ancianos del tiempo de Moisés no la habían podido dar.

El Juez. — En las pocas líneas que la Iglesia ha tomado, el pensamiento del Salvador es: que

[1] S. *Juan,* XVII, 17, 19.
[2] S. *Mateo,* V, 17.

no se debe juzgar con la medida de los tribunales terrenales el grado de justicia necesario para entrar en el reino de los cielos. La ley judía ponía al homicida en el tribunal criminal llamado *del juicio;* y El, el Maestro y autor de la ley, declara que la cólera, el primer paso para el homicidio, aunque esté oculta en los repliegues más recónditos de la conciencia, puede ella sola llevar consigo la muerte del alma, incurriendo así, en el orden espiritual, en la pena capital, reservada en el orden social de la vida presente al que ha perpetrado homicidio. Mas si, aun sin llegar a los golpes, se escapa esta cólera en palabras despectivas, como la expresión siríaca de *raca, hombre de nada,* la falta se hace tan grave, que, considerada en su valor real ante Dios, sobrepasaría la jurisdicción criminal ordinaria, para ser tan sólo encausada por el *consejo* supremo de la nación. Si del desprecio se pasa a la injuria, nada hay tan grave en los procesos humanos que pueda darnos una idea de la enormidad del pecado cometido. Pero los poderes del Juez supremo no se sujetan, como los de los hombres, a un límite dado; la caridad fraterna pisoteada, encontrará siempre, más allá del tiempo, su vengador. ¡Tan grande es el precepto del amor santo que une a las almas!; ¡tan directamente se opone a la obra divina, la falta que, de lejos o cerca, va a comprometer o turbar la armonía de las piedras vivas del edificio que se levanta

aquí abajo, en la concordia y el amor, a gloria de la indivisible y pacífica Trinidad!

A medida que avanzan los años para el pueblo elegido, comprende cada vez mejor la dicha que fué para él haber escogido los verdaderos bienes, como parte de su herencia. Con su Rey, en el Ofertorio, canta los favores celestiales y la presencia continua de Dios, que se ha constituído su sostén.

OFERTORIO

Bendeciré al Señor, que me dió entendimiento: tendré siempre al Señor en mi presencia: porque está a mi diestra, para que no vacile.

En la Secreta pedimos a Dios que se digne recibir favorablemente, al modo de las antiguas oblaciones, la ofrenda de nuestros corazones. Pero si queremos que esta oración tenga su efecto, recordemos la recomendación que acaba el Evangelio de hoy: sólo serán agradables al Altísimo, los corazones de aquellos que estén en paz, en cuanto depende de ellos, con todos sus hermanos.

SECRETA

Sé propicio, Señor, con nuestras súplicas, y acepta benigno estas oblaciones de tus siervos y siervas; para que, lo que te ha ofrecido cada cual en honor de tu nombre, aproveche a todos para su salud. Por nuestro Señor.

La presencia auxiliadora de Dios, que celebraba la Antífona del Ofertorio, no señalaba tér-

mino alguno a las condescendencias divinas. Conquistado por el amor infinito de Dios, en la inefable unión de los Misterios sagrados, el pueblo santo no desea ni pide otra cosa, que ser admitido a establecerse para siempre en la casa del Señor.

COMUNION

Una cosa he pedido al Señor, ésta buscaré: morar en la casa del Señor todos los días de mi vida.

El efecto de los sagrados misterios es múltiple: purifican hasta lo más recóndito del alma y nos protegen al exterior de las emboscadas que atentan contra nuestra salvación. Pues digamos, con la Iglesia, en la Poscomunión:

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, los que has saciado con tu celestial don, nos purifiquemos de nuestras manchas ocultas, y nos libremos de las asechanzas de los enemigos. Por nuestro Señor.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El pecado de David. — El Oficio del sexto Domingo después de Pentecostés, comenzaba ayer tarde con la exclamación punzante de un arrepentimiento inmenso. David, el Rey-Profeta,

el vencedor de Goliat, vencido a su vez por la incitación de los sentidos, y que pasó del adulterio al homicidio, gritaba bajo el peso de su doble crimen: ¡"Dios mío, te ruego, perdona la iniquidad de tu siervo, porque he obrado como un insensato"![1]

El pecado, cualquiera que sea el culpable y la falta, es siempre debilidad y locura. El orgullo del Angel rebelde o del hombre caído, por más que hagan, no podrán impedir que la ignominia de estas dos palabras se clave, como un estigma humillante, en la rebeldía contra Dios, en el olvido de la ley, en los actos insensatos de la creatura que, invitada a elevarse a las serenas regiones donde reside su autor, se sustrae y huye hacia la nada, para caer más bajo aún que la misma nada de donde había salido. Locura voluntaria, sin embargo, y debilidad sin excusa; porque, si el ser creado no posee por sí mismo sino tinieblas y miserias, la bondad suprema pone a su disposición, por medio de la gracia que nunca falta, la fuerza y la luz de Dios.

VIGILANCIA. — El último, el más oscuro pecador, no podría, pues, dar razones para justificar sus faltas; pero la ofensa es tanto más injuriosa a Dios, cuanto le viene de la creatura más colmada de sus gracias y situada, por su bondad,

[1] *Antífona de Vísperas.*

más alta que otras en el orden de la gracia. ¡No lo olviden esas almas para quiénes el Señor, lo mismo que para David, *ha multiplicado sus magnificencias!* [1] Conducidos por los caminos reservados de su amor, deberían haber llegado ya con facilidad a la cumbre de la unión divina; sólo una vigilancia sin fin puede guardar al que no ha dejado aún el peso de la carne; siempre y en todas partes es posible la caída; y ¡cuánto más espantosa es, si el pie se resbala desde las cumbres elevadas de esta tierra de destierro, que confinan ya con la patria y dan ingreso *a las potencias del Señor!* [2] Entonces, los precipicios abiertos, que el alma había evitado en la subida, parecen llamarla todos a la vez; va rodando de abismo en abismo, horrorizando a veces a los mismos malvados, por la violencia de las pasiones largo tiempo contenidas, que la arrastran.

CONFIANZA. — Desde el fondo de la sima en que la ha arrojado su lamentable caída, humíllese y llore su crimen; no tema levantar los ojos de nuevo a las alturas en que poco ha parecía ella misma formar parte de las falanges de los bienaventurados; clame sin tardanza, como David: "¡Pequé contra el Señor!"; y como a él se le responderá: "El Señor ha perdonado

---

[1] Salmo LXX, 21.
[2] *Ibid.*, 16.

tu pecado; no morirás"[1]; y como en David, Dios podrá obrar en ella todavía maravillas. David inocente había parecido la imagen fiel de Cristo, objeto divino de las complacencias de los cielos y de la tierra; David pecador, pero penitente, quedó como la figura más noble del Hombre-Dios, cargado de los crímenes del mundo, llevando sobre sí la venganza misericordiosa y justa de su Padre ofendido.

MISA

La Iglesia nos invita a buscar en el Introito un nuevo sentimiento sobre lo que puede la fuerza del cristiano: su fe en el poder del Señor, que no le puede faltar, y la conciencia de su miseria, que le guarda de toda presunción.

INTROITO

El señor es la fortaleza de su pueblo y el protector de la salud de su Ungido: salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu heredad, y rígelos para siempre. — *Salmo:* A ti, Señor, clamaré; Dios mío, no me desoigas: no sea que, callando tú, me asemeje a los que bajan al sepulcro. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta presenta un admirable resumen de la acción fuerte y suave de la gracia sobre toda la conducta de la vida cristiana. Está ins-

---

[1] *II Reyes,* XII, 13.

pirada en el texto de Santiago: "Todo don excelente, todo don perfecto, viene de lo alto y desciende del Padre de las luces"[1].

COLECTA

Oh Dios de las virtudes, de quien procede todo cuanto hay de mejor: infunde en nuestros pechos el amor de tu nombre, y aumenta en nosotros la religión; para que nutras lo que es bueno y, por medio de la piedad, custodies lo nutrido. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VI, 3-11).

Hermanos: Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo hemos sido en su muerte. Porque en el bautismo hemos quedado sepultados con El, muriendo al pecado: a fin de que así como Cristo resucitó de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros vivamos nueva vida. Porque si fuéremos injertados en El, imitando su muerte, lo seremos también en su resurrección. Sabiendo bien que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con El, para que sea destruído el cuerpo de pecado, y no sirvamos más al pecado. Y si estamos muertos con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo; sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, la muerte ya no le dominará. Porque habiendo muerto para el pecado, murió una sola vez: mas habiendo vuelto a la vida, vive para Dios. Así también vosotros, pensad que estáis realmente muertos al pecado, y vivos para Dios, en Jesucristo Señor nuestro.

---

[1] *Santiago,* I, 17.

El Apóstol de los gentiles. — Las Misas de los Domingos después de Pentecostés, no nos habían presentado más que una vez hasta ahora las Epístolas de San Pablo. San Pedro y San Juan tenían reservado un lugar de preferencia en la misión de enseñar a los fieles al principio de los sagrados Misterios. Parece que la Iglesia en estas semanas, que representan los primeros tiempos de la predicación apostólica, ha querido recordar de este modo el puesto predominante del Apóstol de la fe y del Apóstol del amor en esta promulgación de la nueva alianza que se hizo en el seno del pueblo Judío. Pablo, en efecto, no era todavía más que Saulo, el perseguidor, y se mostraba como el más violento enemigo de la palabra, que debía más tarde llevar con tanto esplendor hasta los confines del mundo. Si después su conversión hizo de él un apóstol ardiente y convencido, aun para los mismos Judíos, sin embargo, se vió en seguida que la casa de Jacob no era la parte de apostolado que le correspondía, no era la porción de su herencia [1]. Después de haber afirmado públicamente su creencia en Jesús, Hijo de Dios, y de haber confundido a la sinagoga con la autoridad de su testimonio [2], dejó que silenciosamente se llegase al fin de la tregua concedida a Judá para aceptar la alianza;

[1] *Gal.*, II, 9.
[2] *Hechos*, IX, 20-22.

aguardó en su retiro [1] a que el Vicario del Hombre-Dios, el Jefe del Colegio Apostólico, diese la señal de llamada a los Gentiles, y abriere él en persona las puertas de la Iglesia a estos nuevos hijos de Abraham [2].

Pero Israel abusó demasiado tiempo de la condescendencia divina; ya se acerca la hora del repudio para la ingrata Jerusalén [3]; ya se ha vuelto por fin el Esposo hacia las razas extranjeras. Ahora tiene la palabra el Doctor de los Gentiles, la conservará hasta el último día; no se callará hasta que, después de convertir a la gentilidad sublevada contra Dios, la afirme en la fe y en el amor.

Hoy se dirigen a los Romanos las instrucciones inspiradas del gran Apóstol. La Iglesia observará, en la lectura de estas admirables Epístolas, el mismo orden de su inscripción en el canon de las Escrituras: la Epístola a los Romanos, las dos a los Corintios, las dirigidas a los Gálatas, a los Efesios, Filipenses, Colosenses, pasarán sucesivamente ante nuestra vista. ¡Sublime correspondencia, en la que el alma de Pablo, entregándose por completo, da a la vez el precepto y el ejemplo del amor! "Os ruego—dice sin cesar—que seáis imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo" [4].

---

[1] *Gal*, I, 17-22.
[2] *Hechos*, X.
[3] *Isaías*, L, 1.
[4] *I Cor.*, IV, 16; XI.

La vida cristiana. — La santidad, los padecimientos, y luego la gloria de Jesús, su vida prolongada en sus miembros [1]: tal es para San Pablo la vida cristiana; simple y sublime noción que resume, a su parecer, el comienzo, el progreso y la consumación de la obra del Espíritu de amor en toda alma santificada. Más adelante le veremos desarrollar ampliamente esta verdad práctica, de la cual se contenta ahora con poner las bases en la Epístola que hoy nos hace leer la Iglesia. ¿Qué es el Bautismo, en efecto, ese primer paso en el camino que conduce al cielo, sino una *incorporación* del *neófito* al Hombre-Dios, muerto una vez al pecado para vivir eternamente en Dios su Padre? El Sábado Santo, al borde de la fuente sagrada, comprendimos, con la ayuda de un trozo semejante del Apóstol [2], las realidades divinas cumplidas bajo la onda misteriosa. La Iglesia no hace hoy más que recordarnos ese gran principio de los comienzos de la vida cristiana y establecerle como punto de partida para las instrucciones que se han de seguir. Si el primer acto de la santificación del fiel, sumergido con Jesucristo en su bautismo, tiene por objeto rehacerle completamente, crearle de nuevo en este Hombre-Dios [3], injertar su nueva vida sobre la vida misma de Jesús para producir en

---

[1] *II Cor.*, IV, 10-11.
[2] *Col.*, III, 1-4.
[3] *Efes.*, II, 10.

ella sus frutos, no nos admiraremos de que el Apóstol no trace al cristiano otro procedimiento de contemplación, otra regla de conducta que el estudio y la imitación del Salvador. La perfección del hombre [1] y su recompensa [2] están sólo en El: *así pues, según el conocimiento que habéis recibido de él, caminad en El* [3], *porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* [4]. El Doctor de las naciones lo declara: no conoce, ni podría predicar otra cosa [5]. En su escuela, apropiándonos los sentimientos que tenía Jesucristo [6], llegaremos a ser otros Cristos, o mejor, un solo Cristo con el Hombre-Dios, por la unión de los pensamientos y la conformidad de las virtudes, bajo el impulso del mismo Espíritu Santificador.

La lectura de la Epístola y la del Evangelio, el Gradual y el Verso, vienen todos a reavivar en nuestros corazones la humilde y confiada oración que debe elevarse sin cesar del alma del cristiano a su Dios.

GRADUAL

Vuélvete un poco, Señor, y aplácate con tus siervos. ℣. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

---

[1] *Col.*, I, 28.
[2] *Ibid.*, II, 10.
[3] *Ibid.*, 6.
[4] *Gal.*, III, 27.
[5] *I Cor.*, II, 2.
[6] *Filip.*, II, 5.

Aleluya, aleluya. ℣. En ti, Señor, he esperado, no sea confundido para siempre: en tu justicia líbrame, y sálvame: inclina a mí tu oído, apresúrate a librarme. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Marcos. (VIII, 1-9).

En aquel tiempo, como hubiera con Jesús una gran muchedumbre, y no tuvieran qué comer, convocando a los discípulos, les dijo: Tengo compasión de la multitud: porque he aquí que ya me han seguido tres días, y no tienen qué comer: y, si los despido en ayunas para sus casas, desfallecerán en el camino: porque algunos de ellos han venido de lejos. Y respondiéronle sus discípulos: ¿Quién podrá saciarlos de pan aquí, en la soledad? Y los preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Y mandó a la multitud que se sentara sobre la tierra. Y, tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y se los dió a sus discípulos, para que los sirvieran. Y los sirvieron a la multitud. Y tenían también unos pocos pececillos: y también los bendijo, y los mandó servir. Y comieron, y se saciaron, y recogieron, de los fragmentos que sobraron, siete cestos. Y eran, los que habían comido, casi cuatro mil: y los despidió.

"El Señor nos llama, decía el pueblo antiguo al salir de Egipto tras de Moisés; iremos a tres jornadas de camino al desierto para sacrificar allí al Señor, nuestro Dios"[1]. Los discípulos de Jesucristo, en nuestro Evangelio, le han seguido igualmente al desierto; después de tres días han sido alimentados con un pan milagroso

[1] *Exod.,* III, 18.

que presagiaba la víctima del gran Sacrificio figurado por el de Israel. Pronto el presagio y la figura van a ceder lugar, sobre el altar que está ante nosotros, a la más sublime de las realidades. Abandonemos la tierra de servidumbre en que nos retienen nuestros vicios; todos los días nos llama misericordiosamente el Señor; pongamos para siempre nuestras almas lejos de las frivolidades mundanas, en el retiro de un recogimiento profundo. Roguemos al Señor, al cantar el Ofertorio, que se digne asegurar nuestros pasos en los senderos de este desierto interior, en que nos escuchará siempre favorablemente y multiplicará en favor nuestro las maravillas de su gracia.

OFERTORIO

Afirma mis pies en tus caminos, para que no se extravíen mis pasos: inclina tu oído, y oye mis palabras: glorifica tus misericordias, tú, que salvas a los que esperan en ti, Señor.

La eficacia de nuestras oraciones sólo está asegurada en cuanto la fe anima e inspira su objeto. Al recibir la Iglesia los dones de sus hijos para el sacrificio, pide en la Secreta que sea así para con todos ellos.

SECRETA

Sé propicio, Señor, con nuestras súplicas, y acepta benigno las oblaciones de tu pueblo: y, para que no sea

inútil el voto, ni vana la petición de nadie, haz que, lo que pedimos fielmente, lo consigamos eficazmente. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión, sacada del Salmo XXVI, canta la dicha del alma que ha recobrado la paz y que ya siempre morará en la casa del Señor.

COMUNION

Andaré en torno de tu tabernáculo, e inmolaré en él la hostia de alabanza: cantaré y diré un salmo al Señor.

Los sagrados Misterios son el verdadero fuego que purifica al que se abandona a sus ardores divinos, le desligan por completo de los restos del pecado y le afirman en el camino de la perfección. Digamos, pues, con la Iglesia:

POSCOMUNION

Hemos sido llenos, Señor, de tus dones: suplicámoste hagas que seamos purificados por su efecto y protegidos con su auxilio. Por nuestro Señor.

SEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El ciclo dominical del tiempo después de Pentecostés completa hoy su primer septenario. Antes del traslado general que tuvieron que su-

frir las lecturas evangélicas en esta parte del año, el Evangelio *de la mutiplicación de los siete panes* correspondía al séptimo Domingo, y el misterio que encierra, inspira en más de una ocasión aún a la liturgia de hoy día.

LA SABIDURÍA DIVINA. — Ahora bien, este misterio es el de la consumación de los perfectos en la paz fecunda de la unión divina. Salomón, el *Pacífico* por excelencia, acaba de exaltar hoy a la Sabiduría divina y revelar sus caminos a los hijos de los hombres. Los años en que la Pascua alcanza su límite extremo en abril, el séptimo Domingo después de Pentecostés es, en efecto, el primero del mes de Agosto, y la Iglesia comienza en él, durante el Oficio de la noche, la lectura de los libros Sapienciales. De lo contrario, continúa la de los libros históricos, que puede proseguirse aún durante cinco semanas; pero aun entonces la Sabiduría eterna guarda sus derechos sobre este Domingo, que el número séptimo la consagraba ya de una manera tan especial. Porque, a falta de instrucciones inspiradas en el libro de los Proverbios, vemos a Salomón en persona predicar con su ejemplo en el libro tercero de los Reyes, y preferir la Sabiduría a todos los tesoros, y hacerla sentar con él, como su inspiradora y su más noble Esposa, en el trono de David, su padre.

David mismo—nos dice San Jerónimo, interpretando la Escritura de este día en nombre de la misma Iglesia—[1] David, al fin de su vida guerrera y atormentada, conoció las dulzuras de esta incomparable Esposa de los pacíficos; y sus castas caricias, que no encienden el fuego de la concupiscencia, triunfaron en él divinamente sobre los hielos de la edad.

"Sea, pues, mía también—dice un poco más adelante el solitario de Belén—; repose en mi seno esta Sabiduría siempre pura. Sin envejecer nunca, siempre fecunda en su eterna virginidad, con los ardores de su llama se enciende en el cristiano el *fervor del espíritu,* pedido por el Apóstol [2]; y por la disminución de su imperio se enfriará la caridad de muchos, al fin de los tiempos."

MISA

La Iglesia, dejando a la sinagoga en sus ciudades condenadas a perecer, ha seguido a Jesús al desierto. Mientras los Judíos infieles asisten, sin darse cuenta, a esta trasmigración tan fatal para ellos, Cristo convoca a los pueblos y los conduce en líneas apretadas por las huellas de la Iglesia. De Oriente y de Occidente, del Norte y del Mediodía llegan los gentiles y toman lugar

---

1 *II Nocturno.*
2 *Rom.*, XII, II.

con Abraham, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos[1]. Mezclemos nuestras voces en el Introito a sus cantos de alegría.

INTROITO

Gentes todas, aplaudid: cantad a Dios con voz de exultación. —*Salmo:* Porque el Señor es excelso, terrible: es el Rey grande sobre toda la tierra. ℣. Gloria al Padre.

Nada impide a la Sabiduría llegar al fin de sus planes. El pueblo judío reniega de su rey; pero la gentilidad se levanta a aclamar al Hijo de David[2]. Como cantábamos en el Introito, su reino se extiende por toda la tierra. La Iglesia pide en la Colecta, que aleje los males y que venga la abundancia de los bienes que deben afirmar en la paz el poder del verdadero Salomón.

COLECTA

Oh Dios, cuya providencia no se engaña en sus disposiciones: suplicámoste humildemente apartes todo lo dañoso, y nos concedas cuanto pueda aprovecharnos. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VI, 19-23).

Hermanos: Lo digo humanamente, por la flaqueza de vuestra carne: que, así como pusisteis vuestros miembros al servicio de la inmundicia y de la iniqui-

---

[1] *S. Mateo,* VIII, II.
[2] *Vivat rex in aeternum:* Antífona de ayer al Magnificat.

dad, para la iniquidad, así pongáis ahora vuestros miembros al servicio de la justicia, para la santificación. Porque, cuando erais siervos del pecado, estabais libres de la justicia. Y ¿qué fruto sacasteis entonces de aquellas cosas de que ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es la muerte. Pero ahora, libertados del pecado, y hechos siervos de Dios, tenéis por fruto vuestro la santificación, y por fin la vida eterna. Porque el pago del pecado es la muerte. En cambio, la gracia de Dios es la vida eterna, en Jesucristo, nuestro Señor.

La verdadera libertad. — "La vida del bautizado, que le viene de su unión con Nuestro Señor Jesucristo por la fe, es la paz con Dios, la alegría y la libertad. Es dos veces libertad: por razón de lo que el bautismo destruye, y por razón de lo que edifica en nosotros. Para comprender esto, importa definir bien lo que es la libertad, y su contraria la servidumbre. Vivo en servidumbre cuando estoy sujeto bajo la dependencia de quien no debo; cuando el tirano ejerce en mis miembros exteriores violencia; cuando me asocia, a pesar mío, a sus obras malvadas, mientras una parte de mí, la más alta, protesta contra las bajezas que ejecuta su poder despótico. Entonces verdaderamente sí que es servidumbre.

"Pero cuando vivo bajo la dependencia de quien debo; cuando el poder que se ejerce sobre mí, obra íntimamente, se dirige a la inteligencia y a la voluntad; cuando me hace trabajar con él en obras nobles y dignas; cuando me

asocia al trabajo de Dios mismo, y bajo su influencia interior, me hace colaborar en un programa de sana moralidad; cuando estoy persuadido que no sólo Dios, sino todo lo más elevado de mi alma aplaude la obra que juntos ejecutamos Dios y yo, llamadlo servidumbre si queréis, pero para mí es la suprema libertad, una liberación absoluta. Ser dócil a la inteligencia, es libertad; ser dócil a la inteligencia de Dios, es la más absoluta libertad que existe"[1].

La Iglesia en el Gradual continúa expresando el pensamiento dominante del séptimo Domingo; invita a sus hijos a que vengan a recibir de ella la ciencia del temor del Señor: porque *el temor del Señor es el principio de la Sabiduría*[2]. El Verso llama de nuevo a las naciones, herederas de Jacob, a celebrar con alegría el don de Dios.

GRADUAL

Venid, hijos, oídme: os enseñaré el temor del Señor. ℣. Acercaos a El, y seréis iluminados: y vuestras caras no serán confundidas.

Aleluya, aleluya. ℣. Gentes todas, aplaudid: cantad a Dios con voz de exultación. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (VII, 15-21).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con

[1] Dom Delatte, *Epîtres de Saint Paul,* I, 643.
[2] *Psalm.,* CX, 10.

vestidos de ovejas, pero interiormente son lobos rapaces: por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen de las espinas uvas, o de los abrojos higos? Así, todo árbol bueno da buenos frutos: y todo árbol malo da malos frutos. No puede el árbol bueno dar malos frutos: ni el árbol malo puede dar buenos frutos. Todo árbol, que no dé buen fruto, será arrancado y arrojado al fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos.

LOS DISCÍPULOS DE LA SABIDURÍA. — "Los conoceréis por sus frutos", dice el Evangelio; y la historia confirma la palabra del Señor. Bajo la piel de oveja con que quieren engañar a los sencillos, los apóstoles del error exhalaban siempre un hedor letal. Sus palabras habilidosas, sus lisonjas interesadas no pueden disimular el vacío de sus obras. No tengáis nada común con ellos. Los frutos podridos e impuros de las tinieblas y *los árboles de otoño y dos veces muertos* que los sostienen en sus ramas secas, tendrán el fuego por herencia. Si habéis sido también vosotros anteriormente tinieblas, ahora que habéis llegado a ser luz en el Señor por el bautismo, o por el retorno de una conversión sincera, mostraos como tales: producid los frutos de la luz, en toda bondad, justicia y verdad [1]. Sólo con esta condición podéis esperar el reino de los cielos y

[1] *Ef.*, V, 8-9.

llamaros ya en este mundo los discípulos de esa Sabiduría del Padre que reclama para sí hoy nuestro amor.

En efecto, dice el Apóstol Santiago, como comentando el Evangelio de hoy, "¿acaso la higuera puede dar uvas, o la vid producir higos? ¿acaso la fuente pueda dar agua amarga y dulce a la vez? y ahora, ¿quién de nosotros pretende pasar por sabio? Pruébelo que lo es, mostrando en todas sus obras y en toda su vida la dulzura de la Sabiduría. Porque hay una sabiduría amarga y engañosa, que no es de lo alto, sino terrena e infernal. La Sabiduría que viene de arriba, es primeramente casta y pura y además amiga de la paz, modesta, sin apegarse a su parecer, siempre concorde con los buenos, llena de misericordia y de frutos de buenas obras, que no juzga a los demás, ni tiene segundas intenciones. Los frutos de la justicia que produce, se siembran en la paz, en el seno de los pacíficos"[1].

La Antífona del Ofertorio está escogida, según Honorio d'Autun, para recordarnos el sacrificio de mil víctimas ofrecido en Gabaón por Salomón, los primeros días de su reinado; después de este sacrificio, habiendo de pedir al Señor lo que deseaba, anheló y obtuvo la Sabiduría, con las riquezas y la gloria que no había buscado. Ahora, de nosotros depende que el Sacrificio que se prepara, sea igual y aún más acepto todavía. Porque la

[1] *Santiago,* III, 11-18.

Sabiduría encarnada es quien aquí se ofrece en persona al Dios Altísimo, deseando merecernos todos los dones del Padre y dársenos ella misma.

OFERTORIO

Como los holocaustos de carneros y toros, y como los miles de gordos corderos, así aparezca hoy en tu presencia nuestro sacrificio, para que te agrade: porque no hay confusión para los que esperan en ti, Señor.

Un nuevo rasgo, que confirma lo que hemos dicho del carácter misterioso de este Domingo séptimo consagrado especialísimamente a la Sabiduría eterna: el Verso de la Escritura que antes acompañaba a la Antífona del Ofertorio, es el mismo con que comienza, en el Pontifical romano, la función espléndida de la Consagración de las Vírgenes: *Y ahora te seguimos de todo corazón, te tememos y buscamos tu faz; no nos rechaces; sino más bien muestra en nosotras tu dulzura, según la multitud de tus misericordias*[1]. Al cantar estas palabras, a la llamada del Pontífice, las elegidas del Señor avanzan hacia el altar en que se va a consumar su alianza.

La Secreta recuerda a Dios, cómo la múltiple variedad de víctimas legales, recordadas en el Ofertorio, han encontrado su unidad en la oblación del Gran Sacrificio.

[1] *Daniel*, III, 40-42.

SECRETA

Oh Dios, que pusiste fin a la diferencia de las hostias legales con la perfección de un solo sacrificio: acepta el sacrificio ofrecido por tus devotos siervos, y santifícalo con la misma bendición con que santificaste los presentes de Abel: para que, lo que te ha ofrecido cada cual en honor de tu majestad, aproveche a todos para su salud. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión, según Honorio d'Autun, que no hay que separar del Salmo XXX de donde está tomada, expresa la oración del hijo de David, por la que pidió a Dios la Sabiduría y la obtuvo inmediatamente. Si alguno de vosotros—dice el Apóstol Santiago—desea la Sabiduría, pídala a Dios, que da a todos sin cuento y no desdeña a nadie; y le será dada [1].

COMUNION

Inclina tu oído; apresúrate a librarme.

La primera falta vició al hombre de tal modo, tan alejado se halla de la unión divina al entrar en esta vida, que no puede por sí mismo ni lavar sus manchas, ni encaminarse por la senda que lleva a Dios. Es necesario que el Señor, como un médico generoso y paciente, tome a su cargo todos los gastos de su curación, y, aun después de levantado, le sostenga y le conduzca. Digamos con la Iglesia en la Poscomunión:

[1] *Santiago*, I, 5.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tu medicinal operación nos libre clemente de nuestras perversidades, y nos lleve a las cosas rectas. Por nuestro Señor.

OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Oficio. — Este Domingo era llamado en la Edad Media, el *sexto y último Domingo después del natalicio de los Apóstoles,* o fiesta de San Pedro, en los años en que la Pascua alcanzaba su último límite en Abril. Por el contrario, cuando la Pascua seguía inmediatamente al equinocio de primavera, era el primero de la serie dominical llamada de ese modo.

Hemos visto que por razón de este mismo movimiento tan variable, transmitido a toda la última parte del ciclo litúrgico por la fecha de la Pascua, esta semana podía ser ya la segunda de la lectura de los libros Sapienciales, aunque con más frencuencia se deba continuar aún en ella la de los libros de los Reyes. En este último caso, lo que hoy llama la atención de la Santa Iglesia, es el antiguo templo levantado por Salomón para gloria de Dios; y entonces los cantos de la Misa, como veremos, están en perfecta armonía con las lecturas del Oficio de la noche.

MISA

El Introito recuerda la gloria del antiguo templo y del monte santo. Pero mayor aún es la majestad de la Iglesia que, en este momento, lleva el Nombre y la alabanza del Altísimo hasta los confines de la tierra, mucho mejor de lo que lo había hecho aquel templo que era su figura.

INTROITO

Hemos recibido, oh Dios tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así tu alabanza llega hasta el fin de la tierra, tu diestra está llena de justicia. — *Salmo:* Grande es el Señor, y muy laudable: en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. ℣. Gloria al Padre.

De nosotros mismos somos incapaces, no sólo de toda obra buena, sino que ni siquiera se puede producir en nosotros un solo pensamiento del bien sobrenatural sin ayuda de la gracia. Pues bien, el medio más seguro para obtener una ayuda tan necesaria, es reconocer humildemente ante Dios, la necesidad absoluta que tenemos de El, como lo hace la Iglesia en la Colecta.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos concedas propicio el espíritu de pensar y hacer siempre lo que es recto: para que, los que no podemos existir sin ti, podamos vivir conforme a ti. Por nuestro Señor,

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VIII, 12-17).

Hermanos: No somos deudores de la carne, para que vivamos según la carne. Porque, si viviereis según la carne, moriréis: mas, si mortificareis con el espíritu las obras de la carne, viviréis. Porque, todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre, para que viváis todavía en el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción de hijos, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre! Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, somos también herederos: herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo.

PROGRAMA DE VIDA SOBRENATURAL. — "Si el Espíritu de Dios es el lazo de unión con nuestro Señor Jesucristo, si es el alma de nuestra vida, el hálito y el inspirador de todas nuestras obras, de él proviene todo impulso. A despecho de esta parte de concupiscencia que el bautismo ha dejado en mis miembros para obligarme a combatir, no tengo ya más que ver con la carne y con la vida de antes. ¡No quiera Dios que vuelva hacia atrás y que, engañado por el egoísmo, me sustraiga al Espíritu de Dios para pertenecer de nuevo a las obras de muerte! No. Después de haber entrado en la intimidad de Dios, sería insensato volverme de espaldas a la Ternura, a la Belleza, a la Pureza; y, ¿por quién y por qué? En adelante, la carne nada tendrá que recla-

mar de mí. Viene demasiado tarde. Con el fin de vivir eternamente, reduciré de día en día y domeñaré hasta su completa eliminación, si es posible, todo lo que en mí se levanta contra la vida de Dios: Aquéllos, dice el Apóstol en una fórmula incomparable, aquéllos son verdaderos hijos de Dios; que se dejan conducir por el Espíritu de Dios. Toda la vida sobrenatural que ha comenzado por la fe y el bautismo, se reduce a la dolicidad, a la flexibilidad y al abandono a las influencias del Espíritu de Dios"[1].

El Gradual parece expresar los sentimientos de los cristianos judíos, obligados a abandonar sus ciudades, y que piden a Dios que sea en adelante El mismo su protector y el lugar de su refugio. El Verso canta de nuevo la antigua grandeza del Señor en Jerusalén y en el monte en que estuvo su templo.

GRADUAL

Sé para mí un Dios protector, y un lugar de refugio, para que me salves. ℣. Oh Dios, en ti he esperado: Señor, no sea yo confundido eternamente.

Aleluya, aleluya. ℣. Grande es el Señor, y muy laudable, en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XVI, 1-9).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico, que tenía un mayor-

---

[1] Dom Delatte, *Epitres de Saint Paul,* I, 668.

domo: y éste fué acusado ante aquél de que disipaba sus bienes. Y le llamó, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da razón de tu administración; porque ya no podrás administrar más. Dijo entonces para sí el mayordomo: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la administración. Cavar no puedo, de pedir me avergüenzo. Ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea privado de la administración encuentre quienes me reciban en sus casas. Llamando, pues, a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Y él respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu recibo, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? El dijo: Cien cargas de trigo. Díjole: Toma tu escritura, y pon ochenta. Y alabó el amo al mayordomo de iniquidad, porque había obrado prudentemente, porque los hijos de este mundo son más prudentes en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo: Haceos amigos de las riquezas de iniquidad, para que, cuando muráis, os reciban en las eternas moradas.

PARA ADQUIRIR LAS VERDADERAS RIQUEZAS. — "Las diversas expresiones de la parábola que se nos ha propuesto, son fáciles de entender y encierran una doctrina profunda. El Señor quiere enseñarnos el uso que debemos hacer de las riquezas de este mundo. Cuenta lo que sucedió a un mayordomo poco escrupuloso, y luego, en los versículos 8 y 9 del Capítulo XVI de San Lucas nos da la aplicación moral: "Sucede que los hijos de este siglo—dice—son más hábiles en sus relaciones con los de su generación y con las gentes y en los negocios de este mundo, que los hijos de la luz." ¡Qué floreciente estaría, en

efecto, el Reino de Dios, si los buenos fuesen tan prudentes en sus negocios espirituales y en las cosas de la vida futura, como los mundanos en sus intereses perecederos! Si el amo de casa, aunque lesionado en sus intereses, alabó la sagacidad de su mayordomo ¿cómo no va a aplaudir Dios, que no puede perder nada, la prudencia sobrenatural de los suyos? En estos bienes terrenos de que acaba de hablar, tienen especialmente el material de una industria para la eternidad. A los que debéis estar bien enterados, a los que sois hijos, no de este mundo tenebroso, sino de la luz, mirad lo que os digo, prosigue el Señor: imitad en una cosa al mayordomo infiel. Con esos tesoros injustos, con esa riqueza con que el intendente y tantos otros como él, pisotean la equidad, vosotros podéis granjearos amigos; cuando la riqueza material se os quite con la vida, os acogerán, no en sus moradas terrenas, sino en los eternos tabernáculos. La oración del pobre, en efecto, pone en movimiento la mano del que gobierna el mundo"[1].

APLICACIÓN A LOS JUDÍOS. — Tal es el sentido obvio y directo de la parábola que se nos ha propuesto. Pero, si queremos comprender completamente la intención por la que eligió la Iglesia hoy este trozo del Evangelio, nos es necesario acudir a San Jerónimo, que se hace intérprete

[1] Dom Delatte; *Evangelio de N. S. J. C*, II, 74.

oficial de ella en la Homilía del Oficio de la Noche. Sigamos con él la lectura evangélica: *El que es fiel en las cosas pequeñas,* continúa el texto sagrado, *lo es también en las grandes, y el que es injusto en las cosas pequeñas, también lo será en las grandes; pues si no habéis sido fieles en las riquezas inicuas y engañosas, ¿quién os confiará los bienes verdaderos?*[1] Jesús hablaba de este modo—nota San Jerónimo—ante los escribas y los fariseos, que lo tomaron a chanza, viendo claramente que la parábola iba contra ellos. El infiel en las cosas pequeñas, es en efecto, el Judío celoso, que en el dominio restringido de la vida presente, niega a sus hermanos el uso de los bienes creados para todos. Pues, si en las gestiones de estas riquezas frágiles y pasajeras, dice a esos escribas avaros, sois convictos de malversación, ¿quién os va confiar las verdaderas, las eternas riquezas de la palabra divina y de enseñar a las naciones? Pregunta terrible que el Señor deja hoy suspensa sobre la cabeza de los infieles depositarios de la ley de los símbolos. Pero ¡qué horrible será la respuesta dentro de poco!

Entretanto, la humilde grey de los elegidos de Judá, dejando a estos empedernidos en la venganza a que los precipita su demencia orgullosa, prosigue su camino con la segura con-

---

[1] *S. Luc.*, XVI, 10-11.

fianza de que guarda en su seno las promesas de Sión. La Antífona del Ofertorio canta su fe y su esperanza.

OFERTORIO

Salvarás, Señor, al pueblo humilde, y humillarás los ojos de los soberbios: porque, ¿qué Dios hay fuera de ti, Señor?

De Dios mismo es de quien hemos recibido los dones que El mismo, en su bondad, se digna aceptar de nuestras manos; como dice la Secreta, los Misterios sagrados que transforman la oblación, no nos obtienen menos, por su gracia, que la santificación de la vida presente y los goces de la eternidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes los dones que te ofrecemos de tu largueza: para que estos sacrosantos Misterios, mediante la virtud de tu gracia, nos santifiquen en la presente vida y nos lleven a los sempiternos gozos. Por nuestro Señor.

La esperanza que el hombre pone en Dios no puede ser engañada; tiene como prenda la suavidad del banquete divino.

COMUNION

Gustad y ved cuán suave es el Señor: feliz el varón que espera en él.

El alimento celestial tiene la virtud de renovar nuestras almas y nuestros cuerpos; tratemos de experimentar sus efectos divinos en toda su plenitud.

POSCOMUNION

Sírvanos, Señor, este celestial Misterio de reparación del alma y del cuerpo: para que sintamos el efecto de aquello cuyo culto hemos celebrado. Por nuestro Señor.

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

LAS DESDICHAS DE JERUSALÉN. — *El llanto de las desdichas de Jerusalén* forma en Occidente el objeto del Evangelio de hoy; desde hace mucho tiempo ha dado su nombre, entre los Latinos, al Domingo nono después de Pentecostés.

Es fácil encontrar aun hoy día en la Liturgia, huellas de la preocupación de la Iglesia naciente por el próximo cumplimiento de las profecías contra la ciudad ingrata, que fué objeto de las primeras predilecciones del Señor. Ha llegado por fin el término impuesto por la misericordia a la justicia divina. Al hablar Jesucristo del derrumbamiento de Sión y del templo, había predicho que la generación que oía sus palabras no pasaría sin que ocurriese todo lo que

anunciaba [1]. Casi cuarenta años concedidos a Judea para desviar la cólera del cielo, no han conseguido sino afirmar en su obstinación renegada al pueblo deicida. Como torrente largo tiempo contenido que rompe sus diques, la venganza se abalanza sobre el antiguo Israel; el año 70 vió ejecutar la sentencia que él mismo se había firmado, al gritar cuando entregó a los gentiles [2] a su Rey y a su Dios: *¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* [3]

MISA

Israel se había hecho enemigo de la Iglesia; Dios, como había anunciado [4], le castiga y dispersa sus restos. La Iglesia toma ocasión de la ejecución de los juicios del Señor, para poner de manifiesto la humilde confianza que deposita en la ayuda de su Esposo.

INTROITO

He aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el defensor de mi vida: torna los males contra mis enemigos, y dispérsalos con tu poder, Señor, protector mío. — *Salmo:* Oh Dios, sálvame en tu nombre: y líbrame con tu poder. ℣. Gloria al Padre.

---

[1] *S. Luc.*, XXI, 32.
[2] *S. Mateo*, XX, 19.
[3] *Ibid.*, XXVII, 25.
[4] *Deut.*, XXVIII, 15-68.

Los judíos gritan al cielo y los oídos del Señor quedan cerrados a sus súplicas, porque no han sabido pedir lo que agrada al Señor. La Iglesia pide, en la Colecta, que no ocurra así con sus hijos.

COLECTA

Abre, Señor, los oídos de tu misericordia a las preces de los que Te suplican: y, para que puedas satisfacer los deseos de los que Te ruegan, haz que Te pidan lo que a Ti Te es grato. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª X, 6-13).

Hermanos: No deseéis cosas malas, como las desearon los Hebreos en el desierto. Ni adoréis los ídolos, como algunos de ellos, según está escrito: "Sentóse el pueblo a comer y a beber, y luego se levantaron a retozar." Ni forniquemos como algunos de ellos fornicaron, y murieron 23.000 en un día. Ni tentemos a Cristo, como hicieron algunos de ellos, y perecieron mordidos de las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y fueron muertos por el Angel exterminador. Todas estas cosas que les acontecían eran figuras de lo venidero, y están escritas para escarmiento de nosotros, que hemos venido al fin de los siglos. Y así, el que piensa estar firme cuide, no caiga. Que no os vengan sino tentaciones humanas fácilmente superables. Pero fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes hará que saquéis provecho de la misma tentación, para que podáis perseverar en el bien.

UNA LECCIÓN PROFÉTICA. — "Todos los judíos— dice San Pablo—han sido honrados con las fine-

zas de Dios. Nada les ha faltado. Sin embargo de eso, la benevolencia del Señor se ha alejado definitivamente de ellos. Es que el amor de Dios nos crea una responsabilidad ante él, y sus beneficios no aprovechan sino a los que, habiéndolos recibido con humildad, los hacen valer mediante la fidelidad absoluta de su vida. Que no diga nadie que todo esto es un viejo cuento que no toca más que a los Judíos. No; en la persona del pueblo judío recibimos nosotros una lección profética: se nos advierte que nos apartemos de la grosera codicia que los perdió y que nos perdería también a nosotros mismos... El pueblo judío ha hecho, y casi siempre a costa suya, experiencias que han de servir al mundo entero. Todos los acontecimientos de su historia han sucedido, se han escrito, y han llegado hasta nosotros como una lección destinada en el pensamiento de Dios, a esclarecernos a nosotros, los que íbamos a venir al cabo de los siglos, los que pertenecemos a la nueva alianza, la última, la eterna.

"Vemos por esto cómo se puede caer, aun después de haber recogido beneficios de Dios. Así pues, lejos de nosotros toda presunción y toda falsa seguridad. Puede ser que sobrevengan pruebas más pesadas que las que hemos soportado hasta ahora y que Dios ha medido conforme a nuestra debilidad. Sin duda ninguna que el Señor, que es fiel, no ha de permitir nunca que la prueba

sobrepase por completo nuestras fuerzas: a medida que crezca la tentación, dará Dios la fuerza sobrenatural para resistir; pero no es en nosotros en quien debemos confiar, y este aumento de fuerza no nos vendrá sino de El"[1].

El Gradual, expresión ardiente de alabanza al Señor Dios nuestro, viene a dar refrigerio a nuestras almas fatigadas por el espectáculo de ingratitudes del pueblo judío y de los castigos que merecieron. Aun en los días más tristes, no falta la alabanza en la Iglesia, pues no hay ningún acontecimiento aquí abajo que pueda hacer olvidar a la Esposa los esplendores del Esposo o impedirla que exalte sus magnificencias. En el Verso hay rasgos de súplica y angustia:

GRADUAL

Señor, Señor nuestro: ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! ℣. Porque tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos.

Aleluya, aleluya. ℣. Sálvame de mis enemigos, Dios mío: y líbrame de los que se levantan contra mí. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XIX, 41-46).

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén, cuando vió la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si conocieses tú también, al menos en este tu día, lo que sería tu paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti: y te rodearán tus

---

[1] Dom Delatte, *Epitres de Saint Paul*, I, 337.

enemigos de trincheras, y te asediarán: y te apretarán por todas partes: y te prosternarán por tierra a ti, y a los hijos que están en ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por no haber conocido el tiempo de tu visitación. Y, entrando en el templo, comenzó a expulsar a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración. Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y estaba enseñando todos los días en el templo.

LAS LÁGRIMAS DE JESÚS. — El pasaje que se acaba de leer en el Santo Evangelio, se refiere al día de la entrada triunfante del Salvador en Jerusalén. El triunfo que Dios Padre preparaba a su Cristo antes de los días de su Pasión, no era desgraciadamente, pronto se vió, el reconocimiento del Hombre-Dios por la sinagoga. Ni la dulzura de este rey que venía a la hija de Sión montado en una asna[1], ni su severidad misericordiosa contra los que profanaban el templo, ni sus últimas enseñanzas en la casa de su Padre, podrían abrir aquellos ojos obstinadamente cerrados a la luz de la salvación y de la paz. Los mismos lloros del Hijo del Hombre no podían, pues, alejar la venganza divina: fué necesario que llegase por fin el turno a la justicia.

Conviene que contemplemos por unos instantes las lágrimas de Jesús. "El Señor volvió su mirada a la gran ciudad, hacia la mole del Templo, y una tristeza infinita embargó su alma... Lloró sobre su patria; fueron verdaderos sollo-

[1] *Zach.*, IX, 9.

zos, y las palabras que pronunció tenían, en efecto, un acento como entrecortado, en que se descubría la violencia de la emoción. No perdamos nunca de vista que el Señor ha pertenecido a nuestra humanidad. Amaba a Jerusalén como judío, como Hijo del Hombre, como Hijo de Dios. Jerusalén era el corazón de Israel y de todo el mundo religioso, la ciudad que Dios se había escogido. Habría podido llegar a ser la capital del mundo mesiánico destinado a abrazar a todas las naciones. En el pasado, nunca la faltaron las advertencias y los castigos saludables: y, durante tres años, el Señor mismo ¡la había iluminado tan abundantemente! Hasta en el Calvario, y más allá, por el ministerio de sus Apóstoles, debía tender los brazos a su pueblo. Pero todo sería inútil, y por fin, sería necesario que interviniese la justicia. Y nosotros podemos leer en el historiador Josefo (libros V y VI de la *Guerra de los Judíos)* con qué rigurosa exactitud se realizó la profecía del Señor, concerniente al castigo de Jerusalén, que es la más impresionante lección de la Historia"[1].

La Iglesia en el Ofertorio, se felicita por sus hijos del cuidado que emplean, por la gracia del Esposo, en observar los mandamientos del Señor. Su obediencia es lo que hace que los juicios de Dios, tan terribles para la Sinagoga, no sean para ella sino gozo y dulzura.

[1] Dom Delatte, *Evangelio de N. S. J. C.*, II, 148.

OFERTORIO

Las justicias del Señor son rectas, y alegran los corazones, y sus juicios son más dulces que la miel y el panal: por eso tu siervo los observa.

La Secreta implora de Dios, para los hijos de la Iglesia, la gracia de asistir dignamente al Sacrificio, que cada vez renueva realmente la obra de salvación de todos.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que frecuentemos dignamente estos Misterios: porque, cada vez que se celebra la conmemoración de esta hostia, se renueva la obra de nuestra redención. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión formula el misterio de la unión divina realizada en el Sacramento.

COMUNION

El que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él, dice el Señor.

La santificación de los individuos y la unidad del cuerpo social son dos frutos de los santos Misterios. La Iglesia los pide a Dios en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que la comunión de tu Sacramento nos consiga la pureza y la unidad. Por nuestro Señor.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

RUINA DEL CULTO ANTIGUO. — La ruina de Jerusalén ha clausurado el ciclo profético en su parte consagrada a las instituciones y a la historia del tiempo de los símbolos. El altar del verdadero Dios, fijado por Salomón en el monte Moria, era para el mundo antiguo el título auténtico de la verdadera religión. Aún después de la promulgación del nuevo Testamento, la existencia permanente de este altar, reconocido antes por el Altísimo[1] como el sólo legítimo, podía, hasta cierto punto, disculpar a los partidarios retrasados del antiguo orden de cosas. Después de su destrucción definitiva, no hay excusa alguna; hasta los más ciegos se ven obligados a reconocer la abrogación completa de una religión, reducida por el Señor a la imposibilidad de ofrecer nunca jamás los sacrificios que constituían su esencia.

Las atenciones que la delicadeza de la Iglesia guardaba hasta ahora con la sinagoga que expiraba, ya no tienen razón de ser. Con plena libertad irá a las naciones para someter con el poder del Espíritu Santo, sus indómitos instintos, para unificarlas en Jesucristo, y ponerlas

[1] *Deut.*, XII, 13-14

por medio de la fe en la posesión sustancial, aunque no visible todavía [1], de las eternas realidades que anunciaba la ley de las figuras.

El nuevo culto. — El Sacrificio nuevo, que no es sino el de la Cruz y el de la eternidad, aparece cada vez más como el centro único en donde su vida se afirma en Dios con Cristo su Esposo [2], y de donde surge la actividad que desarrolla para convertir y santificar a los hombres de las sucesivas generaciones. La Iglesia, cada vez más fecunda, permanece estabilizada más que nunca en la vida de unión, de donde la viene esta admirable fecundidad.

Las enseñanzas de la Liturgia. — No hemos, pues, de admirarnos si la Liturgia, que es la expresión de la vida íntima de la Iglesia, refleja ahora mejor que nunca esta estabilidad de la unión divina. En la serie de semanas que se van a seguir, desaparece toda gradación en las fórmulas preparatorias del Sacrificio. Entre las mismas lecturas del Oficio de la noche, a partir del mes de Agosto, los libros históricos han cedido o van a ceder su lugar a las enseñanzas de la divina Sabiduría, que pronto irán seguidas de los libros de Job, Tobías, Judit, Ester, sin otra unión entre ellos que la santidad en precepto o

---

[1] *Hebr.*, XI, 1.
[2] *Col.*, III, 3.

en obra. Ni se advierte, como hasta aquí, la conexión entre las lecturas y la composición de las Misas del *Tiempo después de Pentecostés*.

Por tanto, nos limitaremos en adelante a comentar la Epístola y el Evangelio de cada Domingo, confiando como la Iglesia, al Espíritu divino el cuidado de hacer nacer y desarrollarse *en cada uno como le plazca*[1], la doctrina de formas tan variadas que ella sembrará de acuerdo con él. Este comentario resalta en la Epístola del día.

El gran suceso que debía señalar el cumplimiento de las profecías derribando las fronteras judías, acaba de afirmar de una manera admirable la universalidad del reino del Espíritu santificador; en efecto, desde el glorioso día de Pentecostés ha conquistado la tierra[2]; y la Iglesia, sin inquietarse en adelante por seguir un orden lógico en las enseñanzas de su Liturgia, se propone confiar menos en un método cualquiera para reformar las almas, que en la virtud conjunta del Sacrificio y de la palabra santa, puesta divinamente en movimiento por la espontaneidad del Espíritu de amor[3].

Este Domingo puede ser el segundo de la serie dominical que en otros tiempos tenía su punto de partida en la fiesta de San Lorenzo, y llevaba

---

[1] *I Cor.*, XII, 11.
[2] *Sabid.*, I, 7.
[3] *S. Juan*, III, 8.

su nombre *(Post Sancti Laurentii)*, de la solemnidad del gran diácono mártir. Llámasele por otro nombre el Domingo *de la humildad* o *del Fariseo y del Publicano*, por el Evangelio del día. Los griegos lo cuentan por el *décimo de San Mateo;* leen en él el episodio *del Lunático*, sacado del Capítulo XVII de este Evangelista.

MISA

La confianza humilde y suplicante que la Iglesia pone en el socorro de su Esposo, la preservará siempre de las bajezas a que ha descendido la envidia perseguidora y el orgullo de la sinagoga. Exhorta a sus hijos a imitarla en sus solicitudes, y no cesa de hacer subir hacia el cielo los suspiros de su oración.

INTROITO

Cuando clamé al Señor, escuchó mi voz, y me libró de los que me perseguían: y los humilló el que es antes de los siglos, y permanece para siempre: deposita tu pensamiento en el Señor, y El te sustentará. — *Salmo:* Escucha, oh Dios, mi oración, y no despreciéis mi súplica: atiéndeme, y oyéme. ℣. Gloria al Padre.

Siempre con la emoción de la justicia admirable ejercida contra el pueblo judío, la Madre común recuerda a Dios que las maravillas de la misericordia y de la gracia muestran aun más su omnipotencia; en la Colecta pide una efusión

abundante de esta gracia sobre el pueblo cristiano. Mas ¡qué grandeza la suya! ¡de qué sublimidad dió muestras la actitud de la Iglesia, antiguamente sobre todo, por estar más cerca de los acontecimientos, cuando, en respuesta al relato que le hizo su Esposo de la venganza tan terrible que, como nunca, ejerció la justa cólera de su Padre, ella, verdadera Esposa y Madre, se atreve a comenzar por estas palabras: *Deus qui omnipotentiam tuam* PARCENDO MAXIME ET MISERANDO *manifestas!*

COLECTA

Oh Dios, que manifiestas tu omnipotencia, sobre todo perdonando y teniendo piedad: multiplica sobre nosotros tu misericordia; para que, corriendo hacia tus promesas, nos hagas partícipes de los bienes celestiales. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª XII, 2-11).

Hermanos: Sabéis que, cuando erais gentiles, ibais, como erais llevados, a los ídolos. Por tanto, os hago saber que nadie, que habla inspirado de Dios, maldice de Jesús. Y nadie puede decir: Señor, Jesús, si no es en el Espíritu Santo. Hay ciertamente diversidad de gracias, pero el Espíritu es uno mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es el Dios que obra todo en todos. Y a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para utilidad (de los demás). A uno se le da por el Espíritu la palabra de la sabiduría: y a otro, la palabra de la ciencia, según el mismo Espíritu: a otro, la fe en el mismo Es-

píritu: a otro, la gracia de sanar en un solo Espíritu: a otro, la realización de milagros; a otro, la profecía; a otro, la discreción de espíritus; a otro, el don de lenguas; a otro, la interpretación de palabras. Pero todas estas cosas las obra un solo e idéntico Espíritu, repartiéndolas en cada cual según quiere.

VIRTUDES Y CARISMAS. — "Los Capítulos XII, XIII y XIV de la primera Epístola a los Corintios, tratan del uso de los dones del Espíritu Santo. La Iglesia y las almas que la componen, son animadas por el Espíritu de Dios; mas la influencia del Espíritu de Dios se ejerce a la vez con miras a nuestra santificación personal y a la edificación del prójimo. Por esto *existen los dones del Espíritu Santo, que son el coronamiento de las virtudes,* los cuales constituyen en el alma un tesoro de flexibilidad, de docilidad interior al impulso del Espíritu de Dios, en vista de la oración, del pensamiento y de la obra, cuando oración, pensamiento y obra se elevan por encima de la capacidad humana. Mas también *existen dones espirituales, que son en nosotros los frutos de una actividad superior a la nuestra, y que directamente se ordenan a la edificación del prójimo.* La efusión de estos últimos, los dones carismáticos, fué abundante en los comienzos de la Iglesia, porque la Iglesia no tenía historia; actualmente es menos frecuente, porque la historia y la actividad de la Iglesia la aventajan con mucho. Estos dones

espirituales constituían así la dote exterior de la Iglesia hasta el día que no la necesitase; y servían de señal a los más distraídos, de que el Espíritu del Señor estaba en ella y guiaba sus miembros.

"En la *Secunda Secundae,* cuestión CLXXI, el Doctor Angélico habla de estas gracias *gratis datae,* y distingue: las que esclarecen la inteligencia, a las que da el nombre genérico de profecía; las que tienen por objeto la palabra y comunicación de la verdad, como el don de lenguas; y, por fin, las que se refieren a la obra, las cuales designa con término común: de don de milagros. Estos carismas son diversos, mas todos proceden de una misma fuente y de un mismo Espíritu; los ministerios son distintos, pero, con todo eso, no existe más que un solo Señor; las funciones son diferentes, mas, sin embargo de eso, no hay sino un solo Dios, que lo hace todo en cada uno de nosotros; y cada uno recibe de un mismo centro, su energía sobrenatural especial para la edificación común.

"Síguese a continuación la enumeración de los dones espirituales: a uno da el Espíritu de Dios, mirando la utilidad interna y externa de la Iglesia, el poder de hablar sabiamente y de exponer los misterios más ocultos de Dios y de sus obras; a otro el poder o la facultad de demostrar la ciencia y de enseñar la doctrina, pero según el mismo Espíritu. Un tercero recibirá, más

siempre del mismo Espíritu, esa fe vigorosa que produce los milagros y traslada las montañas; y consistirá para algunos, siempre en el mismo Espíritu, en curaciones milagrosas, prodigios, profecías, discernimiento de espíritus, don de lenguas y su interpretación, en una palabra, todos los dones carismáticos. Cualquiera que sea el número, proceden de un solo y mismo Espíritu, que reparte a cada cual lo que le place" [1].

Como conclusión práctica, citaremos estas palabras que resumen la doctrina del Apóstol: Estimad en sí mismos todos estos dones como obra del Espíritu Santo, que con ellos enriquece el cuerpo social de modo tan diverso [2]; no despreciéis ninguno [3]; mas, cuando os encontréis con ellos, estimad como mejores [4] aquellos que más sirven para la edificación de la Iglesia y de las almas [5].

En fin, y sobre todo, prestemos atención a lo que a continuación nos dice San Pablo: "¡Os mostraré un camino aun más excelente! [6] Aunque hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y todas las ciencias, aunque tuviese tal fe que trasladase los

---

[1] D. Delatte, *Epístolas de S. Pablo*, I, p. 352-354.
[2] *I Cor.*, XII, 11-30.
[3] *Ibid.*, XIV, 39.
[4] *Ibid.*, XII, 31.
[5] *Ibid.*, XIV, 12.
[6] *Ibid.*, XII, 31.

montes; si no tuviera caridad, no sería ni me serviría de nada. La profecía desaparecerá, cesarán las lenguas, la ciencia se desvanecerá ante la luz; la caridad en cambio no desaparecerá, pues es la más excelente de ellas"[1].

En el Gradual, la Iglesia menciona de nuevo la confianza de Esposa que tiene en la ayuda de su Dios; fortalecida con el amor que la profesa y que la dirige a través de los caminos de la equidad, no tiene miedo alguno a sus juicios. El Versículo exalta la gloria del Esposo en Sión; mas aquí, y desde ahora para siempre, no se trata sino de la verdadera Sión, de la nueva Jerusalén.

GRADUAL

Guárdame, Señor, como la pupila del ojo: protégeme bajo la sombra de tus alas. ℣. Salga de tu boca mi juicio: vean tus ojos la equidad.

Aleluya, aleluya. ℣. A Ti, oh Dios, conviene el himno en Sión: y a Ti se harán votos en Jerusalén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XVIII, 9-14).

En aquel tiempo, dijo Jesús a unos que se creían justos, y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo, a orar: uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba para sí de este modo: Oh Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la sema-

[1] *I Cor.*, XIII, 1-13.

na; doy los diezmos de todo lo que poseo. Y el publicano, estando lejos, no quería ni levantar los ojos al cielo: sino que golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Yo os digo: Este es el que volvió a su casa justificado, en vez del otro: porque, todo el que se ensalza, será humillado: y, todo el que se humilla, será ensalzado.

Judíos y Gentiles. — El Venerable Beda, en su comentario sobre este pasaje de San Lucas, explica el misterio de este modo: "*El Fariseo,* representa al pueblo judío, que, ufano de la ley, ensalza sus méritos; *el publicano* representa al pueblo gentil, que, alejado de Dios, confiesa sus pecados. El orgullo del primero hace que sea humillado; el otro, levantado por sus gemidos, merece ser alabado. Por esto se halla escrito en otro lugar de estos dos pueblos, como de todo humilde y de todo soberbio: "*La exaltación del corazón precede a la ruina, y la humillación del hombre a su gloriosa exaltación*"[1].

No podría, pues, elegirse en el sagrado Evangelio una enseñanza que conviniere mejor que ésta después del relato de la ruina de Jerusalén. Los fieles de la Iglesia que la vieron, en sus primeros días, humillada en Sión ante la arrogancia de la sinagoga, comprenden ahora estas palabras del Sabio: *Más vale ser humillado con los humildes, que tomar parte en el reparto de los despojos con los soberbios* [2]. Según otra expresión de

[1] *Prov.,* XVIII, 12.
[2] *Prov.,* XVI, 19.

los Proverbios, la lengua del judío, aquella lengua que difamaba al publicano y condenaba al gentil, se convirtió en su boca como en *una vara de orgullo*[1], que le ha castigado a su vez atrayendo sobre él la ruina. Mas la gentilidad, adorando la justicia vengadora del Señor y ensalzando sus bondades, debe evitar tomar el camino por el que se ha extraviado el pueblo infortunado, cuyo puesto ocupa ella. La culpa de Israel ha originado la salvación de las naciones, dice San Pablo[2], pero su orgullo sería causa de su perdición; y, mientras a Israel le aseguran sus profecías un retorno a la gracia, al fin de los tiempos, nada promete a las naciones vueltas a los crímenes después de su bautismo, una nueva llamada de la misericordia[3]. Si ahora el poder de la eterna Sabiduría hace que los gentiles produzcan frutos de gloria y honor[4], no por eso se olviden de su anterior esterilidad; entonces la humildad, que sólo puede conservarlos, como poco ha, atrajo sobre ellos las miradas del Altísimo, les será cosa fácil, y a la vez comprenderán la benevolencia de que, a pesar de sus pecados, debe ser rodeado el pueblo antiguo.

La humildad. — La humildad, que produce en nosotros saludable temor, es una virtud que co-

[1] *Prov.*, XIV, 3.
[2] *Rom.*, XI, 11.
[3] *Ibid.*, 25-27.
[4] *Eccli.*, XXIV, 23.

loca al hombre en su verdadero lugar, en su propia estima, ya con relación a Dios, ya con relación a sus semejantes. Se basa en el conocimiento íntimo, causado por la gracia en nuestro corazón, de que Dios lo es todo en el hombre, y de la vacuidad de nuestra naturaleza, puesta por el pecado por debajo de la nada. La sola razón basta para dar a quien reflexione un instante, la convicción de la nada de toda criatura; mas en forma de conclusión puramente teórica, esta convicción no constituye la humildad, pues se impone al demonio en el infierno, y el despecho que le inspira, es el elemento más activo que excita la rabia de este príncipe de los orgullosos. No menos que la fe, que nos revela lo que es Dios en el orden del fin sobrenatural, la humildad, que nos enseña lo que somos en presencia de Dios, tampoco procede de la pura razón ni reside en sola la inteligencia; para que sea una virtud verdadera, debe recibir su luz de lo alto y mover nuestras voluntades en el Espíritu Santo. A la vez que hace penetrar en nuestras almas la noción de su pequeñez, el Espíritu divino las inclina suavemente a aceptarla, al amor de esta verdad, que la sola razón estaría tentada de considerar como algo importuno.

Meditemos estos pensamientos; de este modo comprenderemos mejor cómo los mayores santos han sido aquí abajo los más humildes de los hombres, puesto que sucede lo mismo en el cielo,

ya que la luz en los elegidos crece en proporción a su gloria. Junto al trono de su divino Hijo, como en Nazaret, Nuestra Señora es la más humilde de las criaturas, puesto que es la más iluminada y comprende mejor que los querubines y serafines, la grandeza de Dios y la nada de la criatura.

La humildad es la que da a la Iglesia la confianza de que da pruebas en el Ofertorio. Esta virtud, en efecto, hace sentir al hombre su debilidad, a la vez que le muestra el poder de Dios, que tan presto está siempre a salvar a los que le invocan.

OFERTORIO

A Ti, Señor, elevo mi alma: en Ti confío, Dios mío, no sea yo avergonzado: ni se burlen de mí mis enemigos: porque, todos los que esperan en Ti, no seran confundidos.

La Misa es a la vez el sumo honor que puede rendirse a la divina Majestad, y el remedio supremo de nuestras miserias. Esto es lo que expresa la Secreta.

SECRETA

Acepta, Señor, estos sacrificios a Ti dedicados, los cuales hiciste que fueran ofrecidos de tal modo en honor de tu nombre, que sirviesen al mismo tiempo de remedio nuestro. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión canta la oblación pura, justa, que ha reemplazado a las víctimas de la ley mosaica en el altar del Señor.

COMUNION

Aceptarás, Señor, sobre tu altar el sacrificio de justicia, las oblaciones, y los holocaustos.

La incesante reparación que hallamos para nuestras miserias en el augusto Sacramento, sería de poco provecho si la divina bondad no nos prestase continuamente su ayuda con las gracias actuales, que conservan y acrecientan sin fin los tesoros del alma. Pidamos en la poscomunión este socorro que nos es tan necesario.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, no prives benigno de tus auxilios a los que no cesas de reparar con tus divinos sacramentos. Por nuestro Señor.

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Este Domingo, *el undécimo de San Mateo,* recibe el nombre entre los Griegos *de la parábola del rey* que hizo rendir cuentas a sus servidores [1]. En Occidente se le llama Domingo del *Sordomudo* desde que el Evangelio del Fariseo y del Publicano se trasladó al Domingo anterior. La Misa

[1] *S. Mateo,* XVIII, 23-35.

actual conserva aún, como será fácil comprobar, más de un recuerdo de la antigua disposición.

En los años en que la Pascua se aproxima lo más cerca posible al 21 de Marzo, la lectura de los libros de los Reyes se prosigue hasta esta semana, que nunca llega a pasarla. En el Oficio de la noche son tema de las primeras lecciones: la enfermedad de Ezequías y la curación milagrosa obtenida por las oraciones del santo rey [1].

MISA

El sabio y piadoso Abad Ruperto, escribiendo antes del cambio verificado en el orden de las lecturas evangélicas, explica en estos términos la elección del Introito del día hecha por la Iglesia "El publicano en el Evangelio se acusa y dice: *Soy indigno de elevar los ojos al cielo.* Pablo en la Epístola le imita diciendo: *Soy el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios.* Así pues, como esta humildad que se nos presenta como ejemplo, es la guardiana de la unión entre los servidores de Dios, haciendo que el uno no se levante contra el otro [2]; del mismo modo es muy natural que se cante al principio el Introito, en

[1] *IV Reyes,* XX.
[2] *I Cor.,* IV, 6.

el cual habla del Dios que hace que habiten los hombres en su casa con un solo espíritu"[1].

INTROITO

Dios está en su lugar santo: Dios nos hace habitar unánimes en su casa: El mismo dará vigor y fortaleza a su pueblo. — *Salmo:* Levántese Dios, y disípense sus enemigos: y huyan de su presencia los que Le odian. ℣. Gloria al Padre.

Nada tan conmovedor como la Colecta de este día cuando se relaciona con el Evangelio que primitivamente la acompañaba. Con ser menos inmediata hoy esta aproximación, esta conexión no ha desaparecido aún, puesto que la Epístola, como diremos en su lugar, continúa, con el ejemplo de San Pablo, la lección de humildad que nos daba el publicano arrepentido. Ante el espectáculo que ofrece siempre a sus ojos maternales este publicano despreciado del judío, mientras golpea su pecho y sin apenas poder, por su profundo dolor, pronunciar una palabra, la Santa Iglesia, conmovida hasta lo más profundo de sus entrañas, viene a completar y ayudar su oración. Con inefable delicadeza pide a Dios Todopoderoso que, por su misericordia infinita, haga recobrar la paz a las conciencias intranquilas, perdonando los pecados, y que otorgue lo que la misma oración de los pobres pecadores no osa pedir en su reservado temor.

---

[1] *Libro de los Oficios divinos,* XII, 11.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que, con la abundancia de tu piedad, excedes los méritos y deseos de los suplicantes: derrama sobre nosotros tu misericordia; para que perdones lo que la conciencia teme, y añadas lo que la oración no se atreve a pedir. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª XV, 1-10).

Hermanos: Os recuerdo el Evangelio que ya os prediqué, el que ya recibisteis, y en el cual permanecéis, y por el cual os salvaréis, si retenéis la palabra que os prediqué, y no creéis en vano. Porque os enseñé, en primer lugar, lo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras: y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras: y que fué visto por Cefas y después de él, por los Once. Después fué visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven todavía, otros, en cambio, ya murieron. Después fué visto por Santiago, después por todos los Apóstoles: y, al último de todos, como a un abortivo, se apareció también a mí. Porque yo soy el mínimo de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí.

CONTRICCIÓN Y CARIDAD. — El Domingo pasado el Publicano nos recordaba la humildad que conviene al pecador. Hoy, el Doctor de las gentes nos muestra en su propia persona, que esta virtud cae bien asimismo al hombre justificado, que recuerda las ofensas que en otro tiempo hizo al

Altísimo. El pecado del justo, aunque perdonado ya hace mucho, permanece sin cesar ante sus ojos [1]; siempre dispuesto a acusarse a sí mismo [2], no ve en el perdón y en el olvido de la ofensa por parte de Dios [3], sino un nuevo motivo para no olvidar jamás sus faltas. Los favores celestiales que vienen a recompensar la sinceridad de su arrepentimiento, conduciéndole más adelante en el conocimiento de los derechos de la justicia infinita [4], le revelan más aún la enormidad de los crímenes voluntarios que han venido a juntarse a la mancha original [5]. Una vez entrado en este camino, la humildad no es para él solamente una satisfacción dada a la justicia y a la verdad por su inteligencia esclarecida de lo alto; sino que, a medida que vive con Dios en unión cada vez más estrecha, y conforme va elevándose por la contemplación en la inteligencia y en el amor, la caridad divina, que le apremia cada vez más de todos los modos [6], es causa del mismo recuerdo de sus faltas. Sondea el abismo de donde la ha sacado la gracia, para lanzarse desde estas profundidades del infierno, más vehemente, dominante y activa. Entonces el pecador de otros tiempos no se contenta con el re-

---

[1] *Salmo*, L, 5.
[2] *Prov.*, XVIII, 17.
[3] *Ezeq.*, XVIII, 22.
[4] *Salmo*, LXX, 16.
[5] *Salmo*, I, 6-7.
[6] *II Cor.*, V, 14.

conocimiento de las riquezas sin número que obtiene hoy de la divina liberalidad, sino que la confesión de sus miserias pasadas sale de su alma arrebatada como un himno al Señor.

NUESTRA COLABORACIÓN A LA GRACIA. — *Por la gracia de Dios soy lo que soy,* debe decir, en efecto, el justo con el Apóstol; y cuando esta verdad fundamental arraigue en su alma, puede con él añadir sin temor: *Su gracia no ha sido en mí estéril.* Pues la humildad descansa sobre la verdad: se faltaría a la verdad imputando al hombre, lo que en el hombre viene del Ser supremo; sería también ir contra ella, el no reconocer con los santos las obras de la gracia que Dios ha puesto en ellos. En el primer caso se iría contra la justicia tanto como contra la verdad; en el segundo contra la gratitud. La humildad, cuyo fin directo es evitar estos daños causados a la gloria debida a Dios refrenando las ansias de la soberbia, viene a ser por otra parte el más seguro auxilio del agradecimiento, noble virtud, que, en los caminos de aquí abajo, no tiene mayor enemigo que el orgullo.

GLORIARSE EN DIOS. — Cuando la Virgen proclamaba que todas las generaciones la llamarían bienaventurada, el entusiasmo divino que la animaba, no consistía menos en el éxtasis de su humildad que de su amor. La vida de las al-

mas escogidas presenta a cada paso transportes sublimes de esta clase, en que, aplicándose a sí el cántico de su Reina, *magnifican* al Señor cantando las cosas grandes que hace por ellas con su poder. Cuando San Pablo, después del bajo aprecio que siente de sí, al compararse con los otros Apóstoles, añade que la gracia ha sido en él productiva y que ha trabajado más que todos ellos, no creamos que cambia de tema, o que el Espíritu que le dirige quiere corregir de este modo sus primeras expresiones; una sola necesidad, un mismo y único deseo le inspira estas palabras aparentemente diversas y contrarias: el deseo y la nenesidad de no frustrar a Dios la gloria en sus dones, ya sea por la apropiación del orgullo, ya por el silencio de la ingratitud.

El Gradual ha sido puesto, según las obras de los piadosos intérpretes de la Liturgia, como la acción de gracias de los humildes, curados por Dios en conformidad con la esperanza que tenían puesta en El.

GRADUAL

En Dios esperó mi corazón, y he sido ayudado: y ha reflorecido mi carne, y le alabaré con toda mi voluntad. ℣. A Ti, Señor, he clamado: Dios mío, no calles: no Te apartes de mí.

Aleluya, aleluya. ℣. Ensalzad a Dios, nuestro ayudador, cantad jubilosos al Dios de Jacob: cantad un salmo alegre con la cítara. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Marcos. (VII, 31-37).

En aquel tiempo, saliendo Jesús de los límites de Tiro, fué, por Sidón, al mar de Galilea, por medio de los confines de la Decápolis. Y le presentaron un sordomudo, y le rogaron que le impusiera las manos. Y, tomándole aparte de la turba, metió sus dedos en las orejas de él: y, escupiendo, tocó su lengua: y, mirando al cielo, suspiró, y díjole: *Ephphetha,* que significa: ¡Abríos! Y al punto se abrieron sus oídos, y se soltó el nudo de su lengua, y habló bien. Y les ordenó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo prohibió El, más lo divulgaron ellos: y tanto más se admiraron, diciendo: Todo lo ha hecho bien: ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos.

EL GÉNERO HUMANO ENFERMO. — Los santos Doctores nos enseñan que este hombre representa a todo el género humano, excepción hecha del pueblo judío. Abandonado desde tantísimo tiempo en las regiones del aquilón, donde solamente reinaba el príncipe del mundo, experimentó los efectos desastrosos del olvido en que parece le tenía su Creador y Padre, como consecuencia del pecado original. Satanás, cuya pérfida astucia le hizo salir del paraíso, apoderándose de él, se excedió a sí mismo en la elección del medio que puso para salvaguardar su conquista. Con ladina tiranía redujo a su víctima a un estado de mutismo y de sordera, con que le tiene bajo su imperio más seguro que amarrado con cade-

nas de diamante; mudo para implorar a Dios, sordo para oír su voz; los dos medios de que podía servirse para libertarse, los tiene impedidos. *Satanás, el adversario* de Dios y del hombre, puede felicitarse. ¡Se ha dado al traste, a lo que puede creerse, con la última de las creaciones del Todopoderoso, se ha dado al traste con el género humano sin distinción de familias y de pueblos; pues hasta la misma nación conservada por el Altísimo como su parte escogida en medio de la defección de los pueblos [1], se ha aprovechado de sus ventajas para renegar con más crueldad que todos los demás, de su Señor y su Rey!

EL MILAGRO. — El Hombre-Dios gimió al ver una miseria tan extrema. Y ¿cómo no lo iba a hacer considerando los estragos ocasionados por el enemigo en este ser escogido? Así pues, levantando los ojos siempre misericordiosos de su santa humanidad [2], ve el consentimiento del Padre a las intenciones de su misericordiosa compasión; y, usando de aquel poder creador que en el principio *hizo perfectas todas las cosas,* pronuncia como Dios y como Verbo [3] la palabra omnipotente de restauración: *¡Ephphetha!* La nada, o más bien, en este caso, la ruina, que es peor que la nada, obedece a esta voz tan conocida;

---

[1] *Deuter.,* XXXII, 9.
[2] *S. Juan,* XI, 42.
[3] *Ibid.,* I, 3.

el oído del infortunado se despierta; se abre con placer a las enseñanzas que le prodiga la triunfadora ternura de la Iglesia, cuyas oraciones maternales han obtenido esta liberación; y, penetrando en él la fe y obrando al mismo instante sus efectos, su hasta aquí trabada lengua vuelve a tomar el cántico de alabanza al Señor, interrumpido por el pecado desde hacía siglos[1].

La enseñanza. — Con todo eso, el Hombre-Dios quiere más, con esta curación, instruir a los suyos, que manifestar el poder de su palabra divina; quiere revelarles simbólicamente las realidades invisibles producidas por su gracia en lo secreto de los sacramentos. Por esto, conduce *aparte* al hombre que le presentan, lo lleva lejos de esa turba tumultuosa de pasiones y de vanos pensamientos que le habían hecho sordo a las cosas del cielo: ¿de qué serviría, en efecto, curarle si tiene el peligro de volver a caer nuevamente por no hallarse alejadas las causas de su enfermedad? Jesús, asegurando el futuro, mete en los oídos del cuerpo del enfermo sus dedos sagrados, que llevan el Espíritu Santo y hacen penetrar hasta los oídos de su corazón la virtud reparadora de este Espíritu de amor. Finalmente, con mayor misterio aún, puesto que la verdad que se trata de expresar es más profunda, toca con saliva de su boca divina esta lengua que se

[1] *Salmo*, L, 17

había hecho impotente para la confesión y la alabanza; y la Sabiduría, pues ella es la que se significa aquí místicamente, la Sabiduría *que sale de la boca del Altísimo* y, cual onda embriagadora, fluye sobre nosotros de la carne del Salvador, *abre la boca del mundo* del mismo modo que *hace elocuente la lengua de los niños* que aún no sabían hablar[1].

RITOS DEL BAUTISMO. — También la Iglesia, para hacernos ver que el relato evangélico se refiere en figura, no a un hombre aislado sino a todos nosotros, ha querido que los ritos del bautismo de cada uno de sus hijos recuerden las circunstancias de la curación que se nos acaba de relatar. Su ministro, antes de sumergir en el baño sagrado al escogido que le presenta, debe depositar en su lengua *la sal de la Sabiduría,* y tocar los oídos del neófito, repitiendo la palabra que Cristo dijo al sordomudo: *Ephphetha,* que significa: *abríos.*

En el Ofertorio se deja oír el canto de los humildes, libertados, curados y ensalzados por Dios.

OFERTORIO

Te exaltaré, Señor, porque me has socorrido, y no consentiste que se riesen de mí mis enemigos: Señor, clamé a Ti, y me has sanado.

---

[1] *Sabid.,* X, 21.

La asamblea de los siervos de Dios, le suplica en la Secreta que acepte sus dones, y que haga del Sacrificio el homenaje de su servidumbre y el sostén de su debilidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio nuestra servidumbre: para que lo que te ofrecemos, sea un don grato a Ti, y sirva de ayuda a nuestra flaqueza. Por nuestro Señor.

La Antífona elegida para la Comunión no puede venir mejor, en un tiempo en que los trabajos de la siega y de la recolección están en todas partes en plena actividad. Debemos, en efecto, tratar de ofrecer al Señor, por intermedio de su Iglesia y de sus pobres, las primicias de estos bienes que recibimos de sus manos. Mas si queremos en verdad *honrar con ello a Dios,* guardémonos de imitar la jactancia del Fariseo en el cumplimiento del deber tan sencillo y tan provechoso a quien lo cumple.

COMUNION

Honra al Señor con tu riqueza, y con las primicias de tus frutos: y se llenarán tus graneros plenamente y tus lagares rebosarán de vino.

El sagrado remedio de los Misterios obra en el cuerpo y en el alma; produciendo de este modo la salvación del uno y de la otra, es la ver-

dadera gloria del cristiano. En la Poscomunión, la Iglesia implora para sus hijos esta plenitud efectiva del Sacramento.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, con la recepción de tu Sacramento, sintamos su ayuda en el alma y en el cuerpo: para que salvados ambos, nos gloriemos de la plenitud de tu celestial remedio. Por nuestro Señor.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El Introito comienza por el bello versículo del Salmo 69: *¡Oh Dios, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!* Casiano, en su conferencia décima, enseña cómo este grito del alma conviene a todos los estados, y responde a todos los sentimientos [1]. Durando de Mende lo aplica a Job en la presente circunstancia, puesto que las lecturas del Oficio de la noche, sacadas del libro en que se narran sus pruebas y padecimientos, coinciden, aunque raramente, con este Domingo [2]. Ruperto ve en él con preferencia, los acentos del sordomudo, cuya misteriosa curación

[1] *Colac.*, X, 10.
[2] *Racional*, VI, 126.

fué, hace ocho días, objeto de nuestras meditaciones. "El género humano, dice, se hizo en la persona de nuestros primeros padres sordo a los mandatos de su Creador, y mudo para cantar sus alabanzas; el primer movimiento de su lengua desatada por el Señor, es para invocar a Dios[1]. Ese es también el primer grito de la Iglesia por la mañana, y su primera expresión en las horas del día y de la noche.

INTROITO

Oh Dios, ven en mi ayuda: señor, apresúrate a socorrerme: sean confundidos y avergonzados mis enemigos, los que buscan mi vida. — *Salmo:* Sean derrotados, y cubiertos de afrenta: los que quieren mi mal. ℣. Gloria al Padre.

Ya hemos dado la razón por la que, con frecuencia, la Colecta de las Misas del Tiempo después de Pentecostés tiene alguna relación con el Evangelio del Domingo precedente. La oración que sigue se presta a esa conexión. Hace ocho días, el Evangelio nos recordaba que el hombre, inhábil desde poco ha, para el servicio de su Creador, habiendo recobrado por la divina bondad sus aptitudes sobrenaturales, se expresa *correctamente* desde entonces en el lenguaje de la alabanza: *loquebatur recte.* La Iglesia, partiendo de esta conclusión del sagrado relato, dice:

[1] *De los divinos Oficios,* XII, 12.

COLECTA

Omnipotente y misericordioso Dios, de cuyo don procede el que tus fieles te sirvan digna y laudablemente: suplicámoste hagas que corramos sin tropiezo a la consecución de tus promesas. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (2.ª III, 4-8).

Hermanos: Tenemos tal confianza con Dios por Cristo: no porque podamos pensar algo por nosotros como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios, el cual nos ha hecho idóneos ministros del Nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu: porque la letra mata, pero el espíritu vivifica. Si, pues, el ministerio de la muerte, grabado con letras sobre piedras, fué glorioso, de tal modo que los hijos de Israel no podían mirar el rostro de Moisés, por la gloria de su cara, que había de acabar: ¿cuánto más glorioso será el ministerio del Espíritu? Porque, si el ministerio de la condenación fué tan glorioso, mucho más glorioso aún es el ministerio de la justicia.

EL MINISTERIO NUEVO ESTÁ SOBRE EL ANTIGUO. — Cuando San Pablo hizo la apología del ministerio cristiano, sus enemigos le acusaron en seguida de haber hecho orgullosamente su propia apología. El se defiende. No reivindica para sí otro mérito sino el de haber sido el dócil instrumento de Dios. Esto es lo que deberán ser siempre los predicadores y misioneros del Evangelio. Saben bien que el éxito de su apostolado depende de la humilde obediencia con que de-

jen a Dios obrar en ellos y por ellos. No van en busca de su propia gloria, sino de la de Dios.

El haber sido proclamada de este modo su humildad, no obsta absolutamente nada para que el ministerio con que Dios ha investido a los Apóstoles, sea tenido por ellos a grandísima honra. Pues este ministerio, a pesar de lo que digan ciertos fieles de Corinto muy impresionados por las argucias de los judíos, es mayor y más glorioso que el del mismo Moisés. El, en efecto, trae la nueva ley, completamente llena del Espíritu de Cristo, de este Espíritu Santo vivificador y santificador, que procura que cada fiel se adentre en la familia de las tres Personas divinas. El mensaje de Moisés, por el contrario, aunque trajo al mundo una grandísima esperanza, no era, con todo eso, sino letra muerta. Moisés no promulgó sino ritos materiales, prohibiciones y condenaciones que no podían abrir a nadie el cielo.

Sin duda alguna, Moisés fué asimismo un fiel instrumento de Dios. Y para dar crédito a la autoridad divina de su ministerio, Dios no le dejó nunca sin un signo visible: siempre que Moisés entraba en el tabernáculo para conversar cara a cara con Dios y recibir las órdenes de la ley antigua, salía con el semblante resplandeciente de luz, de suerte que después de haber transmitido el mensaje divino, debía cu-

brirse con el velo para no deslumbrar al pueblo [1]. Mas, fundándose en este milagro, no podría tomarse ningún argumento para ensalzar el ministerio de Moisés sobre el ministerio de los Apóstoles. Pues no se pueden medir estas dos Alianzas con la misma medida: la nueva Alianza sobrepasa infinitamente a la antigua, y, si bien es cierto que la gloria del ministerio apostólico es diferente de la del ministerio mosaico, con todo eso, necesariamente es mucho mayor.

La gloria de ambos ministerios. — Por lo demás, la gloria que resplandecía en la faz de Moisés, era de tal naturaleza que, lejos de probar la superioridad de su ministerio sobre el de los Apóstoles, por el contrario demostraba su irremediable inferioridad. San Pablo tiene empeño en decirlo para no dejar asidero a ninguna objeción. Y esto lo hace en los versículos que siguen inmediatamente a los de la Epístola de este Domingo doce.

Ciertamente que el ministerio de Moisés estaba aureolado con una luz divina tan poderosa, que debía cubrirse con un velo para no deslumbrar los ojos del pueblo. Mas este velo, recuerda San Pablo, tiene otro significado. Moisés cubríase el rostro con él, "¡para que los hijos de Israel no viesen desaparecer este resplandor pasajero!" Así como la misma ley que promulgaba, era pa-

[1] Según el Exodo, XXXIV, 29-35.

sajera, del mismo modo lo era la gloria que tenía por fin darla crédito: este era un resplandor precario, momentáneo. No era sino una figura de la gloria, verdadera, durable, sustancial y eterna de aquellos que habían de anunciar una alianza que no terminará, una ley de caridad que nunca pasará. El ministerio cristiano no goza en este mundo de un resplandor visible; pero imita y prosigue el ministerio de Cristo en las pruebas, persecuciones y humillaciones, con el fin de conseguir la salvación del mundo. ¿No es suficiente esto, aun a pesar de las apariencias, para demostrar que es sobreabundante y eternamente glorioso?

He aquí una gran lección para los fieles, los cuales no deben olvidarse de rodear de respeto y de honor a quienes Dios ha escogido para que les anuncien, en su nombre, las palabras de salvación. Con frecuencia, son poco conocidos del mundo. Mas a los ojos de la fe están rodeados de resplandor mayor aún que el del rostro mismo de Moisés.

La contemplación. — Se podría sacar otra lección de esta bella Epístola. Moisés es, en el caso, imagen de la oración contemplativa y de sus maravillosos efectos. El privilegio de que sólo él fué dotado en la antigua alianza, de poder conversar con Dios cara a cara y de verse inundado de su resplandor, puede obtenerlo todos

los días el simple fiel en la nueva alianza. Si queremos, seremos, en efecto, "como Moisés cuando conversaba con el Señor y vivía junto a El. Todos nosotros leemos con libertad, en el espejo del Evangelio, la gloria y perfecciones del Señor. Podemos mantener por completo nuestra alma en la asidua contemplación de esta belleza. ¡Oh dulce maravilla! Presupuesto nuestro consentimiento en las renuncias previas, esa belleza sobrenatural del Señor, ya de suyo atrayente, resulta también activa; y con la asiduidad de nuestras miradas interiores, llega a invadirnos y transfigurarnos. Dícese de ciertos mármoles, que con el tiempo, fijan en sí la luz y se hacen fosforescentes bajo la acción del sol. Nuestra alma no es tan dura como el mármol; y en efecto, mientras la ley es impotente, he aquí que a fuerza de mirar al Señor, nuestra vida se une a El más estrechamente; se baña en su resplandor y sufre su acción secreta; de día en día y de escalón en escalón, se acerca cada vez más a su belleza, como llevada hacia Cristo por el soplo del Espíritu de Cristo"[1].

El género humano, sacado de su mutismo secular y colmado al mismo tiempo con los dones divinos, canta en el Gradual el agradecimiento que de su corazón rebosa.

---

[1] D. Delatte, *Epístolas de S. Pablo,* I, p. 422-424.

GRADUAL

Bendeciré al Señor en todo: tiempo su alabanza estará siempre en mi boca. ℣. En el Señor se gloriará mi alma: óiganlo los mansos, y alégrense.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, Dios de mi salud, de día y de noche clamo a Ti. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (X, 23-37).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros véis. Porque os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: y quisieron oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron. Y he aquí que un legisperito se levantó, tentándole y diciendo: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Entonces El le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lo lees? El, respondiendo, dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento: y al prójimo como a ti mismo. Y díjole: Bien has respondido: haz eso, y vivirás. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Y, respondiendo Jesús, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de los ladrones, los cuales le despojaron: y, habiéndole herido, se marcharon, dejándole medio muerto. Y sucedió que un sacerdote bajó por el mismo camino: y, habiéndole visto, pasó de largo. E igualmente un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Mas un samaritano que viajaba, pasó cerca de él: y, habiéndole visto, se movió a compasión. Y, acercándose, vendó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino: y, poniéndole en su jumento, le llevó a una posada, y tuvo cuidado de él.

Y, al día siguiente, sacó dos denarios y se los dió al hospedero, y le dijo: Cuida de él: y, todo cuanto gastares, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece a ti que fué el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Y él dijo: El que tuvo compasión de él. Y díjole Jesús: Vete y haz tú lo mismo.

EL MANDAMIENTO DEL AMOR. — *"Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo."* La Iglesia, en la Homilía que hoy presenta, como de costumbre, a sus fieles, sobre el texto sagrado [1], no extiende su interpretación más allá de la pregunta de aquel doctor de la ley: basta con demostrar que, según su modo de pensar, la última parte del Evangelio, aunque más larga, no es sino una conclusión práctica de la primera, según esta expresión del Apóstol: *La fe obra por medio de la caridad* [2]. Y, efectivamente, la parábola del buen Samaritano, que por otro lado, tiene tantas aplicaciones del más elevado simbolismo, no fué expuesta por los labios del Señor, en su sentido literal, sino para destruir perentoriamente las restricciones que habían hecho los judíos en el gran precepto del amor.

Si toda perfección se halla condensada en el amor, si ninguna virtud produce sin él su fruto para la vida eterna, el amor mismo no es

---

[1] Oficio de la noche.
[2] *Gal.*, V, 6.

perfecto si no se extiende también al prójimo; y en este último sentido, sobre todo, dice San Pablo que el amor es *el cumplimiento de la ley* [1], y que es la plenitud de toda ella [2]. Porque la mayoría de los preceptos del Decálogo, se refieren directamente al prójimo [3], y la caridad debida a Dios, no es perfecta sino cuando se ama juntamente con Dios a lo que El ama, es decir, aquello que hizo a su imagen y semejanza [4]. De suerte que el Apóstol, no distingue, como lo hace el Evangelio, entre los dos preceptos del amor, pues osa decir: "Toda la ley está contenida en estas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*" [5].

EL PRÓJIMO. — Pero cuanto mayor es la importancia de este amor, tanto mayor es también la necesidad de no equivocarse acerca del significado y extensión de la palabra *prójimo*. Los judíos no consideraban como tales sino a los de su raza, siguiendo en ello las costumbres de las naciones paganas, para quienes los extranjeros eran enemigos. Mas he aquí que interrogado por un representante de esta ley mutilada, el Verbo divino, autor de la ley, la restablece por entero. Pone en escena a un hombre que sale de la ciu-

[1] *Rom.*, XIII, 8.
[2] *Rom.*, XIII, 10.
[3] *Ibíd.*, 9.
[4] *S. Juan*, IV, 20.
[5] *Gal.*, V, 14.

dad santa, y a un Samaritano, el más despreciado de los extranjeros enemigos y el más odioso para un habitante jerosolimitano[1]. Y, con todo eso, por la confesión del doctor que le interroga, como indudablemente de todos los que le escuchan, el *prójimo,* para el desdichado caído en manos de los ladrones, no lo es tanto en este caso el sacerdote o el levita de su raza, como el extranjero Samaritano, que, olvidando los resentimientos nacionales, ante su miseria, no ve en él sino a su semejante. Convenía decir que ninguna excepción podía prevalecer contra la ley suprema del amor, tanto aquí abajo como en el cielo; y que todo hombre es nuestro prójimo, a quien podemos hacer o desear el bien, y que es nuestro prójimo todo aquél que practica la misericordia, aunque sea Samaritano.

El Ofertorio está sacado de un pasaje del Exodo en que Moisés aparece luchando con Dios para salvar a su pueblo después de la erección del becerro de oro, y triunfando de la cólera del Altísimo. Es posible que este Domingo caiga en el día en que la Iglesia hace memoria en el Martirologio del Caudillo hebreo (4 de septiembre); y esta es la razón, según Honorio d'Autun[2], de la mención reiterada que se hace hoy de este glorioso legislador de Israel.

---

[1] S. *Juan,* IV, 9.
[2] *Gemm., anim.,* IV, 69.

OFERTORIO

Oró Moisés delante del Señor, su Dios, y dijo: ¿Por qué te enfureces, Señor, con tu pueblo? Mitiga la ira de tu alma: acuérdate de Abraham, de Isaac, y de Jacob, a quienes juraste dar una tierra que mana leche y miel. Y se aplacó el Señor, y se arrepintió del mal que dijo iba a hacer a su pueblo.

En la Secreta se pide al Señor que acepte las ofrendas del Sacrificio, que nos merecerán perdón y darán gloria a su nombre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio las hostias que presentamos en los santos altares: para que, alcanzándonos a nosotros el perdón, den honor a tu nombre. Por nuestro Señor.

Lo mismo que hace ocho días, la Antífona de la Comunión alude evidentemente al tiempo de la siega y de la vendimia. El pan, el vino y el aceite, no solamente son el sostén de nuestra vida material, sino que también son la materia de los más augustos sacramentos; en ninguna ocasión podría caer mejor su alabanza, en la boca del hombre, que al terminar el banquete sagrado.

COMUNION

Del fruto de tus obras, Señor, se saciará la tierra: para que saques pan de la tierra, y el vino alegre el corazón del hombre: para que brille el rostro con el óleo, y el pan conforte el corazón del hombre.

La vida que nos viene de los sagrados Misterios, encuentra en ellos, por la desaparición, cada vez más señalada, de las reliquias del mal que causó nuestra muerte, su perfección y defensa. Esto es lo que expresa la oración de la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos vivifique la santa participación de este Misterio, y nos sirva a la vez de expiación y defensa. Por nuestro Señor.

La vida que nos viene de los sagrados Misterios, encuentra en ellos, por la desaparición, cada vez más señalada, de las reliquias del mal que causó nuestra muerte, su perfección y defensa. Esto es lo que expresa la oración de la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos vivifique la santa participación de este Misterio, y nos sirva a la vez de expiación y defensa. Por nuestro Señor...

[illegible]

... Señor ... en los santos ... honor ...

[illegible]

... más augustos sacramentos ... mejor su enseñanza, ... del hombre, que al ...

Dentro de tus ... Señor, se sacan ... pan de la tierra, y el vino ... corazón del hombre ... para que brille el ... óleo, y el pan ... el corazón del h...

PROPIO DE LOS SANTOS

2 DE JUNIO

SANTOS MARCELINO, PEDRO Y ERASMO, MARTIRES

(Siglo IV)

GLORIA DE ESTE DÍA. — La gloria del martirio ilumina este día con profusión raras veces vista en el Ciclo Litúrgico; podemos ya presagiar en el mes que comienza, la más importante de todas: la gloriosa confesión que Pedro y Pablo sellaron con su sangre. Italia, Francia y España contribuyen a formar para el cielo una legión de héroes. Dentro de poco admiraremos a los mártires de Lyon y a las falanges de mártires de la Iglesia española; mas hay que rendir los primeros honores a la Iglesia Madre. Saludamos en primer lugar a Marcelino, que con su sacerdocio formó numerosos reclutas a quienes el Espíritu Santo hizo dignos partícipes de su triunfo; honremos al exorcista Pedro, que condujo a la fuente sagrada a tantos paganos conquistados para Cristo al ver la debilidad de los demonios.

LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO. — S. Marcelino y S. Pedro fueron decapitados por la fe, en la persecución de Diocleciano, el año 304, en el lugar llamado *silva nigra*, en la vía *Cornelia*, cerca de Roma. El Papa S. Dámaso escuchó el relato de su martirio del mismo verdugo que les había dado muerte, y adornó su tumba con bella inscripción. Sus nombres están puestos en el Canon de la Misa, y en Roma se les dedicó una basílica.

SAN ERASMO. — A la memoria de los santos Marcelino y Pedro, va unida, en este día la de un santo Obispo martirizado en Formies, (Campania), a principios del siglo IV. Si los hechos que nos quedan de su vida, no están libres de todo reproche a los ojos de la crítica, los favores obtenidos por intercesión de Erasmo o San Telmo, divulgaron su nombre por toda la cristiandad, como lo atestiguan las numerosas formas que adopta este nombre en la Edad Media, en las diversas comarcas de Occidente. Es uno del grupo de los santos *auxiliadores* o protectores, cuyo culto se extendió sobre todo por Alemania e Italia. Los marinos lo han tomado por patrono, y a causa de uno de los tormentos que tuvo que sufrir, se le invoca contra los dolores de vientre.

PLEGARIA. — Oh santos mártires, vosotros tres confesasteis a Jesucristo en la más espantosa tempestad que le fué permitido al demonio sus-

citar contra la Iglesia. Sed compasivos ante los males que atormentan al género humano en este valle de lágrimas y de pruebas. Su gran miseria moral le ha hecho olvidarse, en la necesidad, hasta de sus poderosos protectores. Haced que se reavive en él vuestro recuerdo con nuevas gracias.

...A San Erasmo. — Tú en otro tiempo protegido por el cielo, protege ahora, oh Erasmo, a aquellos que luchan sobre las olas contra la furia de la tempestad desencadenada. Con valentía de espíritu entregaste a los verdugos hasta tus mismas entrañas; protege a quienes te invocan en los padecimientos que recuerdan, en cierto modo, los tormentos que por Cristo soportaste.

...A los santos Marcelino y Pedro. — ¡Oh Pedro y Marcelino, unidos en los trabajos y en la gloria! dirigid vuestros ojos hacia nosotros: una sola de vuestras miradas hace temblar al infierno, y alejará de nosotros sus falanges tenebrosas. ¡Cuánta necesidad tienen de vuestra ayuda la sociedad civil y el mundo visible! El enemigo, a cuya reclusión en los abismos tan poderosamente habéis contribuído, vuelve a constituirse señor. ¿Estamos acaso en el tiempo en que, volviendo a encender la guerra a los santos, le será permitido cantar victoria? Ya, ni disimula ahora, apenas se encubre. No sólo dirige al mundo, valiéndose de mil medios que las so-

ciedades secretas han puesto en sus manos de un modo ostensible, sino que se ha visto que quiere introducirse en toda clase de reuniones, en el seno de las familias como huésped de la casa, y como compañero de sus diversiones y de sus negocios, incitando siempre al mayor goce y a la disolución moral. El Anticristo, que aparecerá al final de los tiempos, poderoso por un poder usurpado y falso prestigio; ¿no se prepara ya precursores en las logias políticas de las sociedades secretas, en los conventículos de la teosofía o del espiritismo, donde aparecen en forma nueva algunos misterios antiguos del paganismo? Soldados valientes de la Iglesia, hacednos dignos de vuestros padres. Si el ejército cristiano disminuye en número, acreciéntase en él la fe; no desfallezcan sus fuerzas ni se dispersen; hállesele siempre haciendo frente al enemigo en la hora suprema en que Jesús exterminará de un soplo al hombre de pecado [1], y arrojará para siempre las hordas de Satanás en los pozos profundos del abismo.

EL MISMO DIA

LOS MARTIRES DE LYON

Es un episodio de la ciudad de Lyon, en la Galia, narrado por un testigo a los cristianos del

[1] *Al Tesalon.*, IX, 8.

Asia Menor. El año 177 se celebraban en la populosa urbe las fiestas de primeros de agosto, con mercados, juegos y orgías y bacanales. Las autoridades del lugar, los duunviros, sin autorización de los monstruos coronados de Roma, mandan encarcelar a los cristianos, a quienes la chusma llenaba de injurias, apedreaba, cazaba por las calles y por las casas, en las termas y en el foro; pues se negaban a tomar parte en los juegos y regocijos en honor de Isis, en los ritos del Tauróbolo y de las teogonías de los cultos orientales.

Se llenan las cárceles. Los juicios son tumultos de un pueblo ebrio de orgía y de placeres. Los cristianos son impíos, en sus banquetes comen carne humana, en sus conventículos traman contra la autoridad del Estado. A tan burdas acusaciones responde una joven esclava, Blandina: "Yo soy cristiana y no se hace ningún mal entre nosotros". El potro, los garfios, el calabozo, el hambre y la sed; y los esclavos, Maturo, Santos, Atalo y Blandina son condenados a las fieras. Se acercan éstas, los lamen, los acarician, se les postran a sus plantas.

Se consulta al emperador Marco Aurelio, y, mientras tanto, siguen los suplicios. Se distinguen por su valor los más, algunos ceden y renuncian a la fe cristiana. Entre éstos el anciano obispo Fotino y otros muchos. Pero los alienta un médico de Frigia, Alejandro, y cuando llega

el perdón del César, no quieren aprovecharlo, y el primero el obispo relapso. La gracia ha triunfado en sus corazones. Alejandro atrae las iras del populacho. Atalo va gritando "soy cristiano". Estos dos fueron las víctimas del furor del pueblo. Subieron a la silla enrojecida al fuego. El olor de sus carnes invadía ya el ambiente, y Atalo exclamó: "He aquí lo que se puede llamar comer carne humana. Nosotros no la comemos, no hacemos mal alguno".

Blandina y un joven de 15 años fueron llevados varios días consecutivos a presenciar los tormentos y la muerte de sus compañeros. El niño y la esclava no se arredraron nunca. "No juro" decía el joven, "ni yo tampoco", la mujer. Después de haber sufrido los azotes, las fieras, la parrilla rusiente, fué envuelta en una red y arrojada a un toro. Lanzada al aire una y otra vez, parecía no darse cuenta: estaba absorta en la contemplación de los bienes eternos que la aguardaban. Fué la última víctima, la que presenció la muerte gloriosa de un grupo de héroes y confesores de Cristo que llevó a las moradas del cielo el furor de un pueblo enloquecido en las fiestas anuales con que el paganismo moribundo aturdía a toda una ciudad y su región.

SÚPLICA. — Aplaca, Señor, por intercesión de éstas y tantas otras víctimas de los pueblos engañados, tu justa cólera por nuestros muchos

pecados; y a las naciones, así purificadas tantas veces en su historia secular, líbralas de estos azotes; y, enseñadas con estos admirables ejemplos, se aprovechen de los méritos de sus gloriosos confesores.

3 DE JUNIO

SAN ISAAC Y COMPAÑEROS MARTIRES

Ayer fueron Roma y Lyon las que ofrecieron al mundo el espectáculo de dos grupos de mártires de Jesucristo. Hoy toca a España presentarnos el ejemplo de otro grupo de testigos de la fe, tanto más admirables cuanto su testimonio fué espontáneo, inspirado por el ardor que distingue a los hijos de la nación evangelizada por uno de los *Hijos del Trueno.*

En plena Cuaresma hicimos ya conmemoración de San Eulogio, al que podíamos llamar el Apóstol de los mártires cordobeses. Justo es que hoy completemos su memoria con la de un grupo de aquellos valientes a quienes había lanzado a la conquista heroica del Reino de Dios.

LOS MOZÁRABES. — Era el año 851. El obispo de Córdoba, Recaredo, hechura del emir Abderrhamán II, estaba satisfecho porque "la mozarabía de *Al-Andalus* no se quejaba de su suerte". La tolerancia había firmado las paces. Los wi-

ticianos, los acomodaticios y transigentes con los hombres y las costumbres y los tiempos, habían triunfado. Estaba establecida la coexistencia entre dos pueblos de religión y costumbres distintas: mahometanos y cristianos.

PRINCIPIO DE LA PERSECUCIÓN. — Pero el año anterior ya había insultado al falso profeta Mahoma, en plena plaza pública, Perfecto, un cristiano ferviente. El no transigía con los matrimonios mixtos, con la entrada en la mezquita a la oración pública, con las fiestas de Ramadán, obligatorias para todos, con los tributos para levantar mezquitas, con recluirse en los templos cristianos y con aprender en las escuelas del estado junto con el árabe, la letra del Corán y sus doctrinas. Y la chusma del pueblo le acusó ante el Cadí, se mofó de él llenándole de injurias, y acabó por quitarle la vida y arrojar su cadáver al Guadalquivir. Aprobaron esta muerte de un cristiano Nasr, el eunuco y ministro omnipotente de Abderrhamán y la sultana Tarub, y empezó a correr la sangre entre la mozarabía de Córdoba y otras ciudades.

SAN EULOGIO. — Dios suscitó entonces a un hombre providencial, una voluntad férrea que organizó la resistencia al poder del Islam, un revolucionario pacífico que aspiró osadamente a sacudir el yugo invasor, empezando su obra evan-

gelizadora en el manso campo de las ideas. Este apóstol fué San Eulogio. Removió la masa amorfa de la comunidad mozárabe en la capital del Emirato y en la Sierra donde se habían retirado los verdaderos cristianos; los monjes de Tábanos, Peñamelaria y Cuteclara y otros monasterios dúplices, algunos de la serranía. Les predicó que ellos "no debían estar dispuestos a perder sino a padecer; que no querían matar sino morir" por las leyes patrias y la religión de Jesucristo.

Y un día "sintieron la vocación al martirio" "se creyeron escogidos desde el principio por el Espíritu Santo para morir por la verdad". Presentáronse al Cadí de la ciudad, los días 3, 5 y 7 de junio, ocho valientes desafiando los tormentos: *Isaac, Sancho, Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio* y *Jeremías.*

San Isaac. — Un joven, a los 26 años de edad, era de los más asiduos a la predicación de Eulogio. Su madre le había dicho que, antes de nacer, había visto en él presagios del martirio; una religiosa se lo anunció también. Sintióse llamado al sacrificio. El 3 de junio se presentó al juez musulmán Said Ben Soleimán El Cafequí. Era éste fervoroso mahometano; todos los días el primero en la mezquita, el más ayunador, el discípulo aprovechado del profeta de la Meca.

—Quisiera hacerme discípulo de Mahoma, si alguien me explica su doctrina, dijo Isaac. El Cafequí "ahuecó la garganta, infló los carrillos y empezó a sacar engaños de las cavernas de su pecho. Expuso los orígenes del Islam, la vida de Mahoma, sus relaciones con el ángel Gabriel, la doctrina del Corán y los placeres de un paraíso poblado de huríes".

—Mentiras, patrañas, exclamó Isaac.

El juez airado, lloroso, frenético, le descargó una fuerte bofetada en la mejilla.

—¿Te atreves a herir así la imagen de Dios?

—¿Estas loco, ebrio, para insultar de este modo al Enviado?

—Ni lo uno ni lo otro. Si me condenas a muerte, no me importa. No he olvidado aquello de que son "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos".

El caso era nuevo. Había que pasar aviso al Emir y a la sultana Tabur y al eunuco Nasr. Los tres decretaron la muerte del antiguo oficial del ejército: "Sea degollado y su cadáver sepultado en las aguas del Guadalquivir". Así murió el monje Isaac, que tres años había vestido el hábito monacal y aprendido la virtud del abad Martín en Tábanos. "Así quedó abierto el camino glorioso."

San Sancho le siguió el 5 de junio. Había nacido en el Pirineo francés, se había hecho oyen-

te asiduo de Eulogio cuando todavía era esclavo en la guardia del Sultán, en Córdoba. Al presentarse al Cadí, insultando a Mahoma, le dijo el juez que hallaba en él delito de traición, además de ser impío. Por eso le echaron en tierra, metiéronle por el cuerpo una larga estaca y, levantándole al aire, le entregaron a los espasmos de los tormentos. Murió empalado este Confesor de Cristo.

San Pedro natural de Ecija, hízose monje en Cuteclara con

San Walabonso, procedente de Niebla; los dos fueron discípulos aprovechados del abad Frugelo;

San Sabiniano era del pueblo de Froniano, en las montañas de Córdoba;

San Witresmundo, de Ecija también, profesó la vida monástica en San Zoilo de Armelata;

San Jeremías, el fundador del monasterio Tabanense. Llevó a la vida claustral a su sobrino San Isaac. Su ejemplo le dió bríos. Jeremías había encanecido en la penitencia y en la virtud cuando Dios le inspiró los deseos del martirio;

San Habencio, era conocido en Córdoba por sus austeridades. Vivió muchos años recluso en su celda, atado con cadenas su cuerpo y oprimido con cilicios y hierros.

"Estos seis bajaron a la arena, dice Eulogio, el día 7 de junio. Ante el juez dijeron a una

voz: También nosotros, oh juez, tenemos y profesamos la misma fe por la que han padecido nuestros santísimos cohermanos Isaac y Sancho; puedes ejecutar la sentencia; no perdones la crueldad y venga con toda saña en nosotros a tu profeta ultrajado. Pues amén de que confesamos que Cristo es Dios, proclamamos muy alto que vuestro profeta es el precursor del Anticristo y autor de una falsa doctrina. Dolémonos asimismo de vosotros, atosigados con el mortal veneno de sus enseñanzas y embriagados con la ponzoñosa bebida del demonio; porque sabemos que habréis de padecer eternos tormentos y nos dolemos de vuestra orfandad e ignorancia".

"Al instante los degollaron; sin embargo, no sé por qué razón, azotaron antes al anciano Jeremías, y dicen que, medio muerto ya por los azotes, apenas pudieron sacarle por sus propios pies al sacrificio. Aquellos mártires, mientras caminaban al lugar de la decapitación, se animaban unos a otros, cual si fuesen a un festín. Y en primer término cayeron los Reverendísimos ministros Pedro y Walabonso, y luego degollaron a la vez a los demás, el 7 de junio, domingo. Sus cuerpos los ataron a unos palos, y, días después, los quemaron en una hoguera y sus cenizas las arrojaron al río para que desapareciesen".

ORACIÓN DE SAN EULOGIO. — "Oh Señor, mi Dios, Alfa y Omega, principio y fin, nuestro verdadero Emmanuel, origen de mi vida, plenitud de mi alma, perfecta salvación mía... limpia la sembradura de este mi librito (de los Mártires) de la cizaña del mal espíritu, si se depositó algo de pulgón de malas consecuencias que pueden seguirse de esta obra. Ella me alcance tu gracia, la bendición de los Santos y la paz a las Iglesias; ella presente ante Ti *esta edad* y *te haga el recuento de las calamidades de tu pueblo.* Tú, volviéndote propicio a mirar el calabozo en que esto escribo, dame perdón de todo el mal que en mí depositó la astucia del tentador, con su vieja arte o cediendo yo por fragilidad. Sea mi obra el custodio de mi corona, la defensa de mi vida, el portador que lleve a los eternos premios por la intercesión de los Santos de quienes he escrito, y Tú me pongas en el Libro de los elegidos".

PLEGARIA A LOS MÁRTIRES. — ¡Oh gloriosos confesores de la fe! Inflamados por aquel fuego que Cristo y el Espíritu Santo trajeron al mundo, comprendísteis bien la palabra del divino Maestro, que dice: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos", y el vuestro fué tan grande que no aguardó a que los infieles vinieran a buscaros para llevaros al suplicio. Vosotros mismos os lanzásteis espontáneamente al

peligro, porque veíais que era necesario para salvar los valores espirituales de vuestro pueblo, amenazados por el peligro mayor de una tolerancia enervadora. Rogad por las regiones que os vieron nacer, y más todavía por aquella que ilustrasteis con los fulgores de vuestras virtudes y engalanasteis con la púrpura de vuestro martirio; y rogad también por la conversión de aquel pueblo que, engañado por su falso profeta, os dió a vosotros la ocasión para alcanzar el puesto distinguido que tenéis en el cielo. Vuestro ejemplo sirva para mantener despierta siempre y alerta la fe de España y de todo el mundo cristiano, de modo que, si fuere necesario, sepamos adelantarnos a confesarla sin miedo a perder la vida temporal a trueque de conseguir la eterna.

4 DE JUNIO

SAN FRANCISCO CARACCIOLO, CONFESOR

La fe de los santos. —Los bienes traídos al mundo por el Espíritu Santo, siguen revelándose en la Liturgia. Francisco Carácciolo se nos presenta como un nuevo tipo de esta fecundidad sublime que el cristianismo ha comunicado a la tierra. La fe de los santos es en ellos el principio de la fecundidad sobrenatural, como lo fué en el

padre de los creyentes; ella engendra para la Iglesia miembros aislados o naciones enteras; de ella proceden igualmente las múltiples familias de órdenes religiosas, que, en su fidelidad en seguir los caminos diferentes en que los han puesto sus fundadores, son el elemento principal del regio aderezo de la Iglesia. Este pensamiento expresaba el Sumo Pontífice Pío VII el día de la canonización de San Francisco Carácciolo, intentando, decía, "enderezar de este modo el juicio de aquellos que consideren la vida religiosa según las vanas y engañosas miras de este mundo, y no según la ciencia de Jesucristo".

LAS ORDENES RELIGIOSAS EN EL SIGLO XVI. — El siglo XVI escuchó en sus comienzos la más horrenda blasfemia que se profirió contra la Esposa de Cristo. La llamada prostituta de Babilonia, dió entonces pruebas de su legitimidad frente a la herejía, incapaz de hacer germinar una virtud en el mundo, con el admirable florecimiento de las nuevas órdenes que salieron de su seno en algunos años, para responder a las exigencias de la nueva situación que había planteado la rebelión de Lutero. El retorno de las órdenes antiguas a su prístino fervor, la institución de la Compañía de Jesús, de los Teatinos, de los Hermanos de San Juan de Dios, del Oratorio de San Felipe Neri, de los clérigos regulares de San Jerónimo Emiliano y de San Camilo de Le-

lis, no bastan el espíritu divino; sino que suscita, a fines del mismo siglo, otra familia cuyo objeto especial será la organización en sus miembros de la mortificación y oración continuas, valiéndose para ello del uso incesante de los medios de mortificación cristiana y de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento.

Los Clérigos Regulares y los hijos de San Francisco. — Sixto V, recibió con alegría a estos nuevos combatientes de la gran lucha. Para distinguirlos de las otras órdenes, ya numerosas, de Clérigos, que añadían a las obligaciones de su santo estado la práctica de los consejos, y en prueba de su afecto sinceramente paternal, el ilustre Pontífice dado al mundo por la familia franciscana, puso a estos últimos el nombre de Clérigos regulares *Menores*.

Con el mismo pensamiento de acercarse más y más a la Orden Seráfica, el santo cuya fiesta celebramos hoy, que llegará a ser el primer General del nuevo instituto, cambia el nombre de Ascanio, que tuvo hasta entonces, por el de Francisco. Dios mismo parece que se complacía en asemejar a Francisco Carácciolo con el patriarca de Asís, al conceder a ambos cuarenta y cuatro años de vida.

Como su glorioso antecesor y patrón, el fundador de los Clérigos Regulares Menores, fué uno de esos hombres que, como dice la Sagrada Escri-

tura, aunque vivieron pocos años, recorrieron una larga carrera [1]. Numerosos prodigios revelaron al mundo durante su vida la virtud que él hubiera querido esconder por su profunda humildad. Apenas su alma abandonó la tierra y enterrado su cuerpo, una multitud inmensa corrió al sepulcro, que todos los días atestiguaba con algún prodigio el favor de que gozaba ante Dios aquel cuyos despojos mortales encerraba.

VIDA. — Ascanio Carácciolo nació en 1563 en los Abruzos. Su devoción a la Eucaristía y a la Sma. Virgen se demostró desde su infancia. A los 22 años, después de grave enfermedad, abandonó el mundo para entrar en la Congregación de los *Bianchi*, cuyo objeto era asistir a los prisioneros, a los condenados a galeras y a los ajusticiados. En 1588, fundó con otros dos compañeros una nueva congregación: la de los Clérigos Regulares Menores. Juntaría los ejercicios de la vida activa, como la educación de la juventud, a los de la contemplación, como, por ejemplo, la adoración perpetua del Santísimo Sacramento: Los clérigos se obligaban a no procurar ninguna dignidad eclesiástica.

Después de haber fundado numerosos conventos en Italia y España, S. Francisco murió en Agnone el año 1609: su cuerpo fué trasladado a Nápoles, donde aún reposa. Fué beatificado por Clemente XIV en 1769 y canonizado en 1807 por Pío VII, el cual extendió su culto a toda la Iglesia.

SAN FRANCISCO Y LA EUCARISTÍA. — Tu amor al Sacramento del altar fué muy bien recompen-

[1] *Sab.*, IV, 13.

sado, oh Francisco. Fuiste llamado al banquete de la patria eterna cuando la Iglesia entonaba las alabanzas de la Sagrada Hostia, en las primeras Vísperas de la fiesta que todos los años la dedica. Siempre próximo a la fiesta del Santísimo Cuerpo de Cristo, tu aniversario continua invitando a los hombres, como lo hacías durante la vida, a penetrar en la adoración los profundos misterios del Sacramento del amor. La divina Sabiduría es la que dispone misteriosamente la armonía del Ciclo Litúrgico, coronando a sus santos en el tiempo prefijado por su divina Providencia; tú merecías el lugar que ella te ha preparado en el santuario cerca de la Sagrada Hostia.

Oración y penitencia. — Cuando estabas en la tierra repetías sin cesar al Señor aquellas palabras del Salmista: *El celo de tu casa me ha devorado*. Estas palabras, que no eran propiamente del Salmista sino del Hombre-Dios, de quien era figura [1], llenaban realmente tu corazón; después de muerto, se encontraron escritas en la carne de ese corazón inanimado, como habiendo sido la única regla de sus latidos, y de sus aspiraciones. De aquí la necesidad de oración, junto con el ardor siempre igual por la penitencia, que te devoraba, y que diste como distintivo a tu instituto, y que habrías deseado comu-

[1] *Juan,* II, 17.

nicar a todos. Oración y penitencia, es lo único que puede colocar al hombre en el puesto que le corresponde ante Dios. Conserva este precioso depósito en tus hijos espirituales, oh Francisco, y, con su celo, por propagar el espíritu de su padre, hagan, si es posible, de este sagrado depósito, el único tesoro de toda la tierra.

5 DE JUNIO

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR

Después de encomiar las excelsas virtudes del Patriarca de Occidente, y de describir los rasgos esenciales de su Regla, S. S. Pío XII, con su encíclica "Fulgens radiatur", dada con ocasión del XIV centenario de la muerte de S. Benito, pone de relieve la extraordinaria influencia de la Orden que fundó únicamente para el servicio de Dios.

INFLUENCIA DE LA ORDEN BENEDICTINA. — La historia lo atestigua. "En el curso de aquella época de tinieblas, en que reinaba la ignorancia en los hombres y el desorden en las cosas, los hijos de San Benito fueron casi los únicos que se ocuparon en conservar los monumentos doctrinales y literarios, en transmitirlos con todo cuidado, y comentarlos. Fueron los primeros que cultivaron las artes, las ciencias, la enseñanza, y las difundieron de todos los modos posibles.

"Ellos fueron los enviados por los Sumos Pontífices a extender con fruto por los confines del mundo el reino de Cristo, no con la espada, ni con la violencia, ni con el exterminio, sino con la Cruz y el arado, por medio de la verdad y la caridad. Donde quiera que fuesen estas tropas sin armas, compuestas de predicadores de la religión cristiana, de artesanos, de labradores, de maestros en las ciencias divinas y humanas, la tierra hasta entonces dejada en baldío, comenzaba a ser cultivada; las artes plásticas y las bellas artes se desarrollaban; los habitantes, abandonando su vida salvaje y brutal, eran instruídos en las costumbres sociales y en la civilización. Porque ante ellos, resplandecía, como rayo luminoso, la doctrina y las virtudes evangélicas.

"Multitud de apóstoles, ardiendo en celeste caridad, recorrieron todas las regiones inexploradas y bárbaras de toda Europa. Las regaron con sus sudores y su sangre generosa, y después de pacificar a los pueblos, les llevaron la luz de la doctrina católica y de la santidad...

"De hecho, no sólo Gran Bretaña, Francia, Holanda y Frigia, Dinamarca, Alemania, Pannonia y los países Escandinavos, sino también una multitud inmensa de pueblos eslavos se glorían de haber tenido como apóstoles a los monjes, a los cuales consideran como el honor de su historia y los ilustres fundadores de su civilización."

San Bonifacio. — Uno de estos monjes es el santo que la Iglesia propone hoy a nuestra admiración, a nuestro culto y a nuestro agradecimiento. Monje celoso y sabio, pronto se reveló su vocación de misionero, y fueron tales sus éxitos apostólicos, que los Papas y los Reyes acudieron a él, no sólo para convertir a los pueblos paganos, sino para fundar y reformar las iglesias. Fué obispo, legado y diplomático. Con razón el Papa Gregorio II cambió su nombre de Winfrido por el de Bonifacio, esto es, Bienhechor. Fué uno de los personajes más ilustres del siglo VIII, y quizás el santo más glorioso. Acabó su brillante carrera con el martirio, demostrando así que, siempre y en todas partes, no le había guiado más que un purísimo amor de Dios, y de los hombres.

Vida. — S. Bonifacio nació hacia el 680 en el reino anglosajón de Wesse. A los 7 años entró en la Abadía de Exeter. Enviado a la de Nursling para que continuase sus estudios y después enseñar, se distinguió por su fidelidad a todas las observaciones de la Regla y por su celo en predicar a los grandes y pequeños de los alrededores.

Su deseo de llevar la verdad a los paganos, le obligó a partir, con tres compañeros para Frisia, donde permaneció algún tiempo. Volvió a su monasterio y partió otra vez para ir a Roma en el año 718. El Papa Gregorio II le entregó una carta de investidura autorizándole para que predicase la fe a los idólatras de Alemania. San Bonifacio se dirigió hacia Baviera, Tu-

ringia, y finalmente se estableció en Frisia, que acababan de conquistar los francos, y donde se hallaba ya San Willibrordo. Después de tres años, se internó en el país y evangelizó la región de Hesse. En el 722, Gregorio II le consagró Obispo, pero no le dió una diócesis fija. En el 724 estaba en Turingia, luego pasó a Baviera, donde estableció numerosos obispados, de modo que al cabo de 20 años fueron evangelizadas todas las regiones de Alemania, sometidas a los francos. Después de la muerte de Carlos Martel, emprendió, con ayuda de su hijo Pipino, la reforma de la Iglesia franca, convocó concilios para extinguir la simonía e hizo que todos los obispos se sometiesen a la jurisdicción del vicario de Cristo. Puso su sede en Maguncia en el año 747, pero, cuando quiso volver a Frisia, fué martirizado en Dokkum el 5 de Junio de 754. Su cuerpo fué trasladado al Monasterio de Fulda, en el cual es venerado de toda Alemania católica, de la que es el Patrón.

PLEGARIA. — Ante el celo de tu alma, la grandeza de tus obras y la gloria de tu martirio, la admiración iguala en nosotros al reconocimiento, oh tú, a quien tantos pueblos te son deudores. Sin ti no hubiera sido posible la formación del Sacro Imperio; sin ti hubiera perecido la Iglesia franca a causa de la simonía de sus obispos; sin ti varias naciones, desde Holanda hasta el Tirol, habrían permanecido bárbaras e idólatras: Por lo cual también nosotros nos regocijamos por la gloria que el Señor te ha concedido en el cielo.

"Me alegraré en Jerusalén y me gozaré en mi pueblo; y no se oirá el grito de los llantos ni la

voz de la angustia. Mis elegidos no trabajarán en vano ni engendrarán en la tribulación; porque son raza bendecida por el Señor y sus hijos son benditos con ellos."[1] Ojalá estas palabras se verifiquen más y más. La herejía ha manchado el campo de tu apostolado, y después de guerras sangrientas, las naciones quieren reconstituir en Europa la unidad y la paz que tanto procuraste establecer. Dios quiera que los príncipes comprendan que no se encontrará esta unidad y esta paz, sino en el retorno a la fe que predicaste, en la obediencia a la Iglesia y al Papa como nos lo enseñaste con tu ejemplo.

Ruega por nosotros: pide a Dios que suscite en nuestro mundo moderno apóstoles poderosos en obras y en palabras, como tú lo fuiste. Ven de nuevo a salvar a Europa de la anarquía, destruyendo el reino de Satanás y devolviéndonos la fe.

6 DE JUNIO

SAN NORBERTO, OBISPO Y CONFESOR

La Iglesia alaba a San Norberto como "elocuente predicador de la palabra divina y fundador de una nueva familia religiosa"[2]. Estos son, en efecto, los dos rasgos principales de este gran

---

[1] *Isaías,* LXV, 19-23. Introito de la Misa.
[2] Colecta de la Misa.

siervo de Dios, que continuó en el siglo XII la obra que ayer mirábamos en S. Bonifacio.

San Norberto y San Bonifacio. — Este último, para asegurar los frutos de su apostolado, fundaba monasterios benedictinos en las regiones que evangelizaba. Norberto, para extender y continuar el suyo, fundó una familia de Canónigos Regulares y luego otra de religiosas, que tendrían, en el interior del claustro, todos los ejercicios de la vida contemplativa.

Ambos comenzaron su ministerio después de retiros, oraciones y penitencias. Pero con la diferencia de que, mientras el futuro apóstol de Alemania entró en el monasterio a los siete años de edad, San Norberto no lo hizo sino a la edad de 33, después de haberse entregado a las vanidades del mundo, hasta que, tocado por una gracia especial, se dió a Dios, y se desquitó con su fervor y celo, de los años que había pasado entregado a una vida mundana.

Los Premonstratenses. — San Norberto quiso que sus hijos uniesen la vida activa a la comtemplativa. A las obligaciones del Oficio divino, a las austeridades de una penitencia ininterrumpida, debían añadir la salvación de las almas por medio de la predicación y de la administración de los Sacramentos.

Faltaba en la Iglesia de Dios este complemento a la obra de los monjes, que habían refor-

mado el episcopado, pero no podían, en la medida que era necesario, abandonar los claustros y tomar sobre sí el cuidado de las almas, a las que tanto mal hacían en aquel tiempo los pastores indignos, por la simonía y la inmoralidad. Unicamente la vida religiosa era capaz de exaltar la dignidad del sacerdocio. San Norberto fué escogido por Dios para realizar en parte esta reforma, y Dios bendijo de tal modo su obra, que pudo fundar monasterios en casi todos los países de Europa y aún de Oriente.

León XIII dividió a los Premonstratenses en cinco provincias, que cuentan entre todas unos 1.000 religiosos, y cuya cabeza es la Abadía austríaca de Stravov. Las religiosas Norbertinas poseen unos diez monasterios.

VIDA. — Norberto nació en 1082 en Xanten, en Renania. Hecho canónigo de esta ciudad y luego capellán del emperador Enrique V, vivió primero en el lujo y en los placeres. Pero pronto se convirtió y abandonó la corte, renunció a su beneficio de canónigo, distribuyó sus bienes a los pobres, para consagrarse completamente a la predicación. Tuvo el gozo de convertir a muchos herejes y pecadores. En 1120 se estableció en Prémontré, en la diócesis de Laón. En esta soledad, se le juntaron varios compañeros, y allí fué donde fundó su Orden, que tomó el nombre del lugar, y, aprobada por Honorio II, se propagó de un modo admirable. En 1126 fué elegido, contra su voluntad, Obispo de Magdeburgo: allí salió a la defensa de la disciplina eclesiástica, reformó el clero, vivió en la mayor pobreza y dió el más admirable ejemplo de

virtudes. Después de haber asistido a los concilios de Lieja y de Reims en 1131, en los cuales se encontró con Inocencio II, acompañó al Papa a Roma, reprimió el cisma de Pedro Leonis y murió en Magdeburgo en 1134.

ALABANZA. — Supiste, oh Norberto, como convenía, *recuperar sabiamente el tiempo* [1], en aquellos días malos en que tú mismo por tanto tiempo hubiste defraudado a Dios en los designios de su amor. Los años desaprovechados por ti en el servicio del Maestro, se los devolviste multiplicados al infinito; aumentados con todos aquellos que le han dado tus hijos. En veinte años tus mismas obras llenaron al mundo. El cisma vencido, la herejía abatida para gloria del Sacramento de la Eucaristía, los derechos de la Iglesia reivindicados contra los poderosos del mundo, el sacerdocio restaurado a su pureza primitiva, la vida cristiana reconstruída sobre sus verdaderos fundamentos, que son la oración y la penitencia: todo esto se debe a la generosidad con que respondiste a la gracia del Espíritu Santo. Haz que también nosotros comprendamos que nunca es tarde para comenzar a servir a Dios, e imitándote, conozcamos que aun en el atardecer de la vida, el tiempo que resta, basta para hacernos santos si nos damos completamente a Dios.

---

[1] *Eph.*, V, 16.

PLEGARIA. — La fe, la devoción al Sacramento del Altar y a la Inmaculada Madre de Dios fueron tus principales virtudes: hazlas brotar en nuestro escéptico siglo, que va encaminándose hacia el abismo. No olvides desde el cielo las regiones que evangelizaste: Magdeburgo, que ha perdido la fe; Praga, que conserva tus reliquias, y Francia, que hace alarde de tu gloria. Para la salvación de nuestro tiempo, alcánzanos de Dios que tu Orden recobre su antiguo esplendor; y bendice a todos aquellos de tus hijos que trabajan por hacer revivir en nosotros tus beneficios.

9 DE JUNIO

SANTOS PRIMO Y FELICIANO, MARTIRES

DIVERSIDAD DE SANTOS. — En este mundo todas las cosas tienen un solo fin: procurar ya desde aquí abajo a la Iglesia las galas del cielo, disponer su aderezo para la eternidad; aderezo sublime, constituído por las virtudes de los santos, que han de hacer a la elegida del Verbo, digna de sentarse a la diestra del Esposo en lo más alto de los cielos[1]. El Ciclo sagrado, en su curso anual, nos proporciona la imagen del trabajo incesante por el cual, el Espíritu Santo, haciendo diversos entre si los méritos de los san-

[1] *Apoc.*, XIX, 7-8; *Ps.*, XLIX, 10.

tos, prepara para las nupcias eternas la admirable variedad de adornos de la Iglesia, cuyos miembros son los santos. Dos mártires, purpurados por su sangre, vienen hoy a hacer resaltar la resplandeciente blancura de las obras de Norberto. Se mostraron como intrépidos apoyos de los confesores de Cristo, en medio de atroces persecuciones que se encontraron contra la Iglesia. Y un mismo combate debía también poner término a su vida en la tierra, y hacerlos nacer para el cielo.

Vida. — De estos santos no sabemos nada de su vida ni de su muerte. Las Actas de su martirio—si fuesen auténticas—nos permitirían colocarle en la persecución de Diocleciano. La tradición nos atestigua que eran ya entrados en años cuando se convirtieron. Su santidad nos la certifica el culto de que fueron objeto desde la más remota antigüedad. Sus cuerpos reposaron en Nomentanum, hoy Mentana; mas el Papa Teodoro I (642-649) los trasladó a Roma y mandó colocarlos en la rotonda de S. Esteban en el monte Celio. Un mosaico los representa con el rollo de la ley divina.

Plegaria. — Veteranos de los combates del Señor, enseñadnos cuál es la fuerza que hay que desplegar en toda edad para servir a Dios. Menos favorecidos que nosotros, conocisteis tarde el Evangelio y las riquezas sin cuento que confiere al cristiano. Pero vuestra juventud se renovó, como la del águila[1], en el santo bautismo, y el Espí-

[1] *Ps.*, CII, 5.

ritu Santo produjo en vosotros abundantísimos frutos. Cuando por fin sonó la hora del triunfo final, vuestro valor igualó al de los combatientes más heroicos. Despertad en nosotros la fe en la palabra de Dios; sus promesas nos harán, como a vosotros, despreciar la vida presente, Haced volver la piedad a las fuentes verdaderas que fortifican al alma, al conocimiento, al uso diario de las fórmulas sagradas, que tan admirablemente unen la tierra con el cielo, del cual descendieron.

10 DE JUNIO

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA

MADRE Y PATRONA DE ESCOCIA. — Antes del cristianismo, achicado el hombre, por su pecado, en su persona y en su vida social, no conocía la grandeza de las intenciones divinas sobre la misión de la mujer en el nacimiento de los pueblos; la filosofía y la historia no sabían que la maternidad pudiese elevarse a tal altura. Pero el Espíritu Santo, dado a los hombres para instruirlos en toda verdad, multiplica después de su venida los ejemplos, con el fin de revelarnos la grandeza del pan divino, siendo la fortaleza y la suavidad las que en esto, como en todo lo demás, presiden los consejos de la Sabiduría eterna. Escocia era ya cristiana hacía tiempo, cuando le fué dada Santa Margarita, no para

conducirla al bautismo, sino para establecer entre sus diversas regiones, con frecuencia enemigas entre sí, la unidad que constituye la nación.

En el exacto cumplimiento de sus deberes de reina, encontró la santidad. De este modo nos ha enseñado que la verdadera y única misión de los príncipes cristianos, consiste en afianzar la paz y la unión de los ciudadanos, para que pueda florecer la caridad en la sociedad y en las almas.

VIDA. — Margarita nació en el destierro en 1045 y no conoció a Inglaterra, su patria, hasta 1054. Pronto tuvo que huir con su familia a Escocia. Allí la pidió por esposa el rey Malcon III en 1070. Tuvo seis hijos, dos de los cuales son honrados como santos.

Margarita hizo uso de su influencia para reunir a la nación en torno al rey. Reprimió los abusos e indujo al pueblo a que cumpliese los mandamientos y usos de la Iglesia. Empleó sus riquezas en construir iglesias y aliviar a los pobres.

Al morir el rey el 13 de Noviembre de 1093, ella misma le siguió tres días más tarde. Sus reliquias desaparecieron en el siglo XVIII. Inocencio XI extendió su fiesta a la Iglesia universal en el año 1693.

LA INTERCESIÓN DE UNA REINA. — "Señor, que inspiraste a la bienaventurada reina Margarita un tierno amor a los pobres: haz que por su intercesión y ejemplo se acreciente continuamente tu caridad en nuestros corazones"[1].

Bendita seas, pues, por el ejemplo que nos has dado. Siendo Reina, quisiste, según el con-

[1] Oración del día.

sejo y el ejemplo del Maestro, hacerte la más pequeña de todos, lavando los pies a los pobres y sirviéndoles humildemente. Rica en bienes de la tierra, los distribuíste con liberalidad a los desgraciados y a las iglesias de tu reino. Pide a Dios que tengamos la dicha de comprender lo que es la humildad de corazón y practicar la caridad fraterna. Desde lo alto del cielo donde reinas, no te olvides de Inglaterra, tu patria, ni de Escocia, cuya protección te ha confiado la Iglesia. Con San Andrés, que participa de este patronato, conserva para Dios las almas fieles, multiplica el número de las conversiones a la fe verdadera, y haz que pronto el rebaño completo se acoja gozoso bajo la protección del único Pastor [1].

11 DE JUNIO

SAN BERNABE, APOSTOL

El sentido cristiano de la historia. — La promulgación de la nueva alianza vino a convidar a todos los pueblos a tomar asiento en el banquete del reino de Dios; desde entonces, en el curso de los siglos, como lo hemos hecho notar, el Espíritu santificador produjo los Santos, en momentos que corresponden frecuentemente a los más profundos designios de la eterna Sabiduría sobre la historia de las naciones. No nos

[1] *S. Juan,* X, 16.

admiremos: las naciones cristianas, como tales, tienen que desempeñar su misión en el progreso del reino de Dios. Esta misión las confiere obligaciones y derechos que están sobre las leyes de la naturaleza; el orden sobrenatural las concede toda clase de poderes, y el Espíritu Santo preside por sus elegidos a su desarrollo como a su nacimiento. Con razón admiramos en la historia esta providencia maravillosa, que, sin saberlo los pueblos, los transforma, y a la vez, por la influencia oculta de la santidad de los pequeños y humildes, domina la actividad de los poderosos que parece quieren arrollarlo todo a su capricho.

AGRADECIMIENTO A LOS APÓSTOLES. — Pero, entre los Santos que nos parecen como el canal de las gracias destinadas a las naciones, hay algunos a quienes el agradecimiento universal debe tener menos olvidados que a los demás: éstos son los Apóstoles, colocados como base del edificio social cristiano [1], cuya fuente es el Evangelio. La Iglesia procura cuidadosamente alejar de sus hijos el daño de un tan funesto olvido; ninguna estación litúrgica se ve privada del recuerdo de estos gloriosos testigos de Cristo. Pero, desde que se acaba el tiempo Pascual, sus nombres se encuentran con más frecuencia en el calendario, y cada mes recibe en gran parte su esplendor del triunfo de alguno de ellos.

[1] *Ephes.*, II, 20.

... Y A SAN BERNABÉ. — El mes de Junio, abrasado por los fuegos recientes de Pentecostés, vió al Espíritu Santo colocar los primeros sillares de la Iglesia sobre los fundamentos predestinados; merecía, pues, el honor de ser escogido para recordar al mundo los nombres de Pedro y Pablo, que resumen, ellos solos, los servicios y glorias de todo el Colegio Apostólico. Pedro proclamó la admisión del pueblo gentil, a la fe de Jesucristo; Pablo fué elegido su Apóstol; pero aun antes de proclamar, como es debido, la gloria de estos dos príncipes del pueblo cristiano, el homenaje de las naciones se dirige en este día al guía de Pablo en los comienzos de su apostolado, al *hijo del consuelo* [1] que presentó al convertido de Damasco a la Iglesia, zarandeada por las violencias de Saulo su perseguidor. El 29 de Junio recibirá todo su esplendor de la confesión simultánea de los dos príncipes de los Apóstoles, *unidos en la muerte como en la vida.* ¡Honor, pues, al que sirvió de lazo de unión para esta amistad fecunda, conduciendo al Príncipe de la Iglesia naciente, al futuro apóstol de los gentiles! [2]. Bernabé se presenta a nosotros como un precursor; la fiesta que le dedica la Iglesia, es como el preludio de las alegrías que nos esperan al fin de este mes, tan rico en luz y frutos de santidad.

---

[1] *Act.*, IV, 36.
[2] *Act.*, IX, 27.

VIDA. — S. Bernabé, judío y levita, nació en Chipre. Partió muy pronto a Jerusalén y fué uno de los primeros cristianos. Muy afecto a la Iglesia, vendió un campo cuyo valor se lo entregó a los Apóstoles. Estos le cambiaron el nombre de José por el de Bernabé o "hijo del Consuelo", lo que significa que tenía el don de exhortar y consolar. El les presentó a Saulo después de su conversión en el camino de Damasco, y luego, haciéndole compañero suyo en la misión de Antioquía, le inició en la vida apostólica entre los gentiles. Pronto los designó a los dos el Espíritu Santo para que llevasen el Evangelio a Chipre, a Galicia meridional, a Antioquía de Pisidia, Iconio y Listria. Volvieron a Jerusalén, donde tomaron parte muy importante en el primer concilio, y luego tornaron a Antioquía: allí se separaron, y S. Bernabé volvió solo a Chipre. Un escrito del siglo v nos dice que allí padeció el martirio, lapidado y quemado por los judíos que fueron de Siria a Salamina [1].

BAJO LA MOCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO. — El mismo Espíritu Santo hizo tu elogio llamándote en el libro de los *Hechos* [2] "varón perfecto, lleno del Espíritu Santo y de fe". El mismo fué quien te inspiró que abandonaras todos los bienes para entregarte libremente a la predicación del Evangelio. Fué también quien te señaló a los ancianos de Antioquía para que te enviasen con Pablo como nuevo apóstol de los Gentiles. Fué quien quiso que presentases al Colegio Apostólico al

---

[1] La familia religiosa que en el siglo XVI tomó el nombre de Bernabitas, lo hizo por la proximidad de la Iglesia de San Bernabé en Milán.

[2] *Act.*, XI, 24.

convertido de Damasco, que le sacases de la soledad y le acompañases en su primera misión.

Recordar tales hechos, es la mayor de las alabanzas que podemos tributarte. Nos gozamos en volverlas a la memoria, y al nombrarte todos los días con la Iglesia en el Canon de la Misa, nos damos más cuenta del papel protector que Dios te confió para con nosotros.

Puesto que estás presente en todas nuestras Misas, une tu oración a la nuestra para que, conforme lo desea la Iglesia en este día, "obtengamos de la gracia del Señor los beneficios que por tu intercesión Le pedimos *(Colecta)* para que el santo Sacrificio nos limpie de las manchas de nuestros pecados *(Secreta)*; y que, alimentada con la Eucaristía, nuestra vida se consagre por completo al servicio de Dios y le sea agradable". *(Poscomunión)*. Y si sucediere que nos desalentasen las pruebas de la vida presente y nos llenasen de tristeza, acuérdate de los dones que tan abundantes derramó el Espíritu Santo sobre tu corazón de Apóstol: anima nuestra confianza y sé nuestro consolador.

12 DE JUNIO

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR

LA PAZ DE CRISTO. — El reino que los Apóstoles deben establecer en el mundo, es el reino de la

paz. Esta fué prometida, por los cielos a la tierra en la noche de Navidad; y en el curso de aquella noche que presenció la despedida del Señor, en la Cena, el Hombre-Dios fundó el nuevo Testamento sobre el doble legado que confió a la Iglesia de su sagrado Cuerpo y de la paz que habían anunciado los ángeles[1]: paz que hasta entonces no había conocido el mundo, dice el Salvador: paz completamente suya porque de solo El procede, don sustancial y divino, que no es otro sino el Espíritu Santo en persona. Los días de Pentecostés derramaron esta paz, como levadura sagrada, por todo el mundo. Hombres y pueblos sintieron su influencia. El hombre, en lucha con el cielo y dividido contra sí, justamente castigado por su insumisión a Dios con el triunfo de los sentidos en su carne sublevada, ha visto que entraba de nuevo en su ser la admirable armonía. Además Dios se complace en tratar como a hijo al obstinado rebelde de los tiempos pasados. Los hijos del Altísimo formarán en el mundo un pueblo nuevo, el pueblo de Dios, que se extenderá hasta los confines de la tierra[1].

La Iglesia y la paz. — Antiguamente las naciones, empeñadas siempre en disputas y atroces combates que terminaban con la exterminación del vencido, una vez convertidas al cristianismo,

---

[1] *S. Juan,* XIV, 27.
[2] *Isaías,* XXXII, 18.

se tratarán en adelante como hermanas en la filiación del Padre común, que está en los cielos. Súbditas fieles del Rey pacífico, dejarán que el Espíritu Santo modere sus costumbres; y si la guerra, consecuencia del pecado, hace, y con harta frecuencia, su aparición en el mundo para recordarle los desastres que siguieron al primer pecado, el azote inevitable reconocerá al menos otras leyes que la fuerza. El derecho de gentes, derecho completamente cristiano que no admitió la antigüedad pagana, la fidelidad en los tratados, el arbitraje del Papa, moderador supremo de la conciencia de los reyes, alejarán las ocasiones de conflictos sangrientos. En algunos siglos, la *paz de Dios* y *la tregua de Dios*, juntamente con otras mil industrias de la Iglesia, determinarán los días y años en que podrá desenvainarse la espada que mata el cuerpo; si traspasa los límites señalados, será quebrantada por el poderío de la espada espiritual, más temible que la del guerrero. De tal magnitud será la fuerza del Evangelio, que, incluso en nuestros tiempos de decadencia general, el respeto al enemigo desarmado detendrá a sus adversarios más enconados, y después del combate, vencedores y vencidos, como hermanos, prodigarán los mismos cuidados del cuerpo y del alma a los heridos de ambos campos: ¡energía vital del fermento del Evangelio, que transforma continuamente a la humanidad desde hace diez y ocho siglos, y que

trasciende asimismo a los que se empeñan en negar su poder!

Un ministro de la paz. — Ahora bien, uno de los ministros de esta conducta admirable de la Providencia, y ciertamente uno de los más gloriosos, es el santo cuya fiesta celebramos hoy. La paz mezcla sus divinos destellos con la aureola que corona su frente. Noble hijo de la católica España, preparó las grandezas de su patria con no menor ardor que el que desplegaban los héroes que luchaban contra el moro, que sin remedio agonizaba. Cuando se acababa la cruzada, ocho veces secular, que arrojó a la Media Luna del suelo ibérico, y cuando los reinos de esta tierra magnánima se unían bajo un solo cetro, el humilde ermitaño de S. Agustín sembraba en los corazones esta poderosa unidad con que se inauguraban ya las glorias del siglo xvi. Cuando él apareció, las rivalidades que un honor mal entendido puede suscitar tan fácilmente en una nación armada, manchaban a España con la sangre de sus propios hijos, derramada por manos cristianas; la discordia, vencida por sus manos desarmadas, forma de pedestal glorioso en el cual recibe ahora los homenajes de la Iglesia.

Vida. — Juan de Castrillo nació en Sahagún (León) hacia 1430. Ordenado sacerdote, estuvo primero al servicio del Obispo de Burgos, luego en 1450, fué a

Salamanca, donde, después de cursados sus estudios en la Universidad, comenzó a enseñar y predicar. Después de una grave enfermedad, entró en los Agustinos, donde profesó el 28 de Agosto de 1464 y fué nombrado, al año siguiente, definidor de la provincia. La ciudad de Salamanca estaba entonces dividida en algunos partidos. Juan procuró devolverles la paz, lo que consiguió gracias a sus sermones y a su paciencia. Leía en los corazones, tenía el don de profecía, y, celebrando la Santa Misa, veía al Señor en su gloria. Murió el 11 de Junio de 1479. En 1601 el Papa Clemente VIII permitió celebrar la misa en su honor y Benedicto XIII extendió su fiesta a la Iglesia Universal.

La bienaventuranza de los pacíficos. — Eres digno, glorioso santo, de aparecer en el cielo de la Iglesia en estas semanas que siguen inmediatamente a los días de Pentecostés. Con muchos siglos de anticipación, Isaías, al contemplar el mundo después de la venida del Espíritu Paráclito, describía en estos términos el espectáculo que en visión profética tenía ante sus ojos: "¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies de los que anuncian la paz, de los que llevan la salvación, clamando a Sión: *Tu Dios va a reinar!*"[1] A los que admiraba el Profeta, eran los Apóstoles que tomaban posesión del mundo para Dios; ¿pero no fué también tu misión la que tan entusiastamente proclama el Profeta? El mismo Espíritu que los animaba, dirigía tus pasos; el

[1] *Isaías,* LII, 7.

Rey pacífico vió que por tu trabajo se aseguraba su cetro en una de sus más ilustres naciones que forman parte de su imperio. En el cielo donde tú reinas con él, la paz, que fué el objeto de tus fatigas, constituye ahora tu corona. Tú experimentas la verdad de aquellas palabras que profirió el Maestro pensando en los que se parecen a ti, y a todos aquellos que, apóstoles o no, establecen la paz, al menos en el terreno de su propio corazón: "Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios"[1]. Estás en posesión de la herencia del Padre; el beatífico descanso de la Santísima Trinidad llena tu alma; y se derrama en estos días hasta nuestras heladas regiones.

PLEGARIA POR ESPAÑA. — Concede a España, tu patria, la ayuda que la fué tan provechosa. No ocupa ahora en la cristiandad el lugar eminente que ocupó después de tu muerte. Ha padecido rudos asaltos de parte de los enemigos de la Iglesia, pero ha guardado intacta la fe católica. Haz que se acuerde siempre que, el servicio de Cristo constituyó su gloria, y el apego a la verdad, su tesoro; no olvide nunca que únicamente la verdad revelada da al hombre la verdadera libertad[2] y que sólo ella puede guardar indisolublemente unidas en una nación las inteligencias y

[1] *S. Mat.*, V, 9.
[2] *S. Juan*, VIII, 32.

las voluntades: lazo poderoso que asegura la fuerza de sus fronteras y la paz en el interior de la nación. Apóstol de la paz, protege a tu pueblo, y para confirmar su fe, recuérdale y enseña a los pueblos que lo han olvidado, que la fidelidad absoluta a las enseñanzas de la Iglesia es el único terreno en que los cristianos pueden buscar y hallar la concordia.

EL MISMO DIA

SAN BASILIDES Y SUS COMPAÑEROS, MARTIRES

LA GUERRA Y LA PAZ. — Junto a S. Juan de Sahagún aparece hoy un grupo de mártires; siguiendo al apóstol de la paz, se presentan cuatro guerreros de los ejércitos del Señor. Es que la guerra y la paz se dan la mano y forman una sola cosa en el reino del Hijo de Dios. La paz que Cristo predicó, la paz del hombre con Dios, consigo mismo, con sus hermanos de la ciudad santa, se consigue por medio de la lucha sin cuartel contra Satanás, contra la carne, el mundo y la ciudad maldita. Juntemos, como lo hace la Iglesia, en un solo homenaje al glorioso confesor del siglo XV y a los atletas del tiempo de las persecuciones.

VIDA. — A pesar de que la Iglesia los festeja el mismo día, estos cuatro mártires no vivieron ni padecieron juntos.

San Basílides es un romano que fué sepultado en la vía Aurelia. La Iglesia que se dedicó a su nombre en Roma, en la vía Merulana, fué sin duda su propia casa. San Cirino era Obispo de Sisseck, en Iliria. Sus reliquias fueron trasladadas a Roma, a las Catacumbas.

San Nabor y San Nazario son los dos célebres mártires de Milán cuyas reliquias encontró S. Ambrosio. Hoy se celebra la invención.

Como estas fiestas estaban muy próximas en el calendario, se los juntó para formar una sola y de ahí que hagiógrafos posteriores creyeran que habían recibido juntamente la palma del martirio.

EL PRECIO DE LA PAZ DE CRISTO. — Soldados de Cristo, nos hacéis comprender cuál es la naturaleza de la paz que El vino a traer a la tierra a los hombres de buena voluntad. Su precio es el mismo Dios, que se comunica a quien es digno de El, por ella y con ella. Su fortificante suavidad sobrepasa todo sentimiento, aun el de las torturas, que todo cristiano debe, como vosotros, estar dispuesto a padecer por guardar este único tesoro. Ella fué quien durante vuestros tormentos y en el trance de la muerte, levantaba en alto, libres y desembarazados, vuestra inteligencia y vuestro corazón [1]; ella es también la que, en presencia de la indivisible y pacífica Trinidad, constituye ahora vuestra dicha. Cualesquiera

[1] *Filip.*, IV, 7.

que puedan ser las condiciones variadas de nuestra vida sobre la tierra, conducidnos, santos mártires, por la senda de esta paz llena de valor y de amor, al descanso de la eterna felicidad.

13 DE JUNIO

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

El canónigo regular. — De los hijos de San Francisco de Asís, el más conocido, el más poderoso ante los hombres y ante Dios, es S. Antonio, cuya fiesta celebramos hoy.

Su vida fué corta: a los treinta y cinco años volaba al cielo. Pero este corto número de años no impidió al Señor preparar a su elegido para la alta misión que debía cumplir: tan verdad es que, en los hombres apostólicos, lo que importa a Dios, que debe hacer de ellos el instrumento de salvación de muchas almas, no es tanto el tiempo que podrían dedicar a las obras exteriores, cuanto su propia santificación y su abandono absoluto a los designios de la Providencia. Se diría que la Sabiduría eterna se complacía en destruir hasta los últimos momentos todos los planes de S. Antonio. De sus veinte años de vida religiosa, pasó diez con los canónigos regulares, adonde el divino llamamiento dirigió los pasos de su graciosa inocencia cuando contaba quince

años. Allí su alma seráfica se eleva a las alturas, que la retienen para siempre, al parecer, en el secreto de la paz de Dios, cautivada por los esplendores de la Liturgia, el estudio de las Sagradas Escrituras y el silencio del claustro.

El fraile menor. — De pronto el Espíritu divino le invita al martirio: y le vemos abandonar su claustro amado y seguir a los Frailes Menores a playas en las cuales muchos han recibido ya la palma gloriosa. Pero el martirio que le espera, es el del amor; enfermo, reducido a la impotencia antes que su celo haya podido trabajar en el suelo africano, la obediencia le llama a España, y he aquí que una tempestad le arroja a las costas de Italia. Por entonces S. Francisco de Asís reunía por tercera vez, después de su fundación, a toda su admirable familia. Antonio apareció allí, tan humilde, tan modesto, que nadie se preocupó de él. El ministro de la provincia de Bolonia fué quien le recogió, y, no encontrando en él ninguna capacidad para el apostolado, le señaló como residencia la ermita del monte de S. Pablo. Su cargo fué el de ayudar al cocinero y barrer la casa. Durante este tiempo, los canónigos de S. Agustín lloraban a aquel que poco antes había sido la gloria de su orden por su nobleza, su ciencia y su santidad.

El predicador. — Pero luego sonó la hora que la Providencia se había reservado para mani-

festar al mundo a su siervo Antonio. Una alocución que inopinadamente tuvo que dirigir a sus hermanos jóvenes, revela tan maravillosa elocuencia, que sus superiores, reconociendo su yerro, en seguida le hacen predicador. Los prodigios continuos, en el orden natural y de la gracia, aureolan los púlpitos en que predica el humilde fraile. En Roma, mereció el glorioso título de *arca del Testamento*. En Bolonia y en el norte de Italia convirtió a multitudes de herejes, y en la última cuaresma que predicó en Lombardía, introdujo profundas reformas sociales en favor de los pobres y desgraciados. En Padua, en Verona, le pidieron frecuentemente su intervención en los negocios temporales. Nos es imposible seguir en todos sus pasos su estela luminosa; pero no podemos olvidar que pertenece a Francia una gran parte de los años de su poderoso ministerio.

San Antonio y Francia. — San Francisco había deseado ardientemente evangelizar personalmente a Francia infestada en gran parte por la herejía; pero, al menos, envió a su hijo más querido, a su imagen viviente. Lo que había sido Santo Domingo en la primera cruzada contra los albigenses, lo fué Antonio en la segunda; y entonces fué cuando mereció el apelativo de *martillo de la herejía*. Desde la Provenza a Berry, todas las provincias se ven removidas por su ar-

diente palabra. Predica en Bourges, en Limoges y Arlés. Fué guardián en Lemousín. Fundó el convento de Brive, en el cual se muestran aún las grutas que habitó. De todas partes acudían las multitudes a oírle. En medio de sus triunfos y sus fatigas, el cielo fortalece con deliciosos favores su alma, que ha permanecido como la de un niño. En una casa solitaria del Limousín, el Niño Jesús, radiante con una admirable belleza, descendió un día a sus brazos, le prodigó sus caricias y le pidió las suyas. Un día de la Asunción, que estaba muy triste con ocasión de cierto pasaje del Oficio de aquella época, poco favorable a la subida de Nuestra Señora al cielo en cuerpo y alma, la Virgen fué a consolarle en su pobre celda, le aseguró la verdadera doctrina y le dejó extasiado por el encanto de su rostro y de su voz melodiosa.

Los objetos perdidos. — Se cuenta que en la ciudad de Montpellier, donde enseñaba teología a los Frailes, como desapareciese su Comentario a los Salmos, el mismo Satanás obligó al ladrón a devolver el libro cuya pérdida tanta pena causaba al santo. Muchos ven en este hecho el origen de la devoción que reconoce a S. Antonio como el patrón de los objetos perdidos: devoción que se apoya desde su origen en los milagros más resonantes y que se halla confirmada hasta nuestros días por gracias incontables.

VIDA. — Antonio nació en Lisboa hacia 1195. Admitido a la edad de quince años en los Canónigos Regulares de San Vicente de Fora en esta misma ciudad, fué enviado dos años más tarde al Monasterio de Sta. Cruz de Coimbra para cursar sus estudios. En 1220, anhelando el martirio, entró en los Frailes Menores, que le mudaron su nombre de Fernando por el de Fray Antonio de Olivares. Aquel mismo año partió a Marruecos, pero, al cabo de algunas semanas, una enfermedad le forzó a reembarcar. Arrojado por una tempestad a Sicilia, tuvo que quedarse en Italia. En 1221, asistió al capítulo general, del cual le enviaron a la ermita de San Pablo cerca de Forli. Poco después comenzó su carrera de predicador en Italia del Norte y de 1223 a 1226 en Francia. Fijóse finalmente en Padua, donde murió el 13 de Junio de 1231. Al año siguiente le canonizó Gregorio IX; y, como las obras que nos dejó, manifiestan sus dones de teólogo, apologista, exégeta y moralista, Pío XII en 1946 le proclamó Doctor de la Iglesia.

EL ESPÍRITU DE INFANCIA. — La sencillez de tu alma, glorioso S. Antonio, hizo de ti el dócil instrumento del Espíritu del amor. La infancia evangélica es el tema del primero de los discursos que dedica a tu alabanza el Doctor seráfico; la Sabiduría, que fué en ti el fruto de esta infancia bendita, forma el tema del segundo. Fuiste prudente, oh Antonio, porque desde tus primeros años procuraste alcanzar la Sabiduría eterna, y, no queriendo que se alejase de ti, tuviste gran cuidado de encerrar tu amor en el claustro, en presencia de Dios, para saborear sus delicias. No ambicionabas más que el silencio y la obscuridad

en su divino trato; y, aún aquí en la tierra, tuvo ella sus delicias en adornarte con toda clase de resplandores. Iba ante ti; tú la seguías gozoso, únicamente por ella sola, sin saber que encontrarías todos los bienes con su compañía [1]. ¡Feliz infancia, a la cual ahora, como en tu tiempo, ha reservado Dios la Sabiduría y el amor!

El defensor de la fe. — Como recompensa a tu sumisión amorosa al Padre celestial, los pueblos te obedecieron, los tiranos más feroces temblaron a tu voz [2]. Sólo la herejía se negó una vez a escuchar tu palabra, pero los peces salieron a tu defensa, pues, vinieron en masa, ante las miradas de toda una ciudad, a escuchar la palabra que no quisieron recibir los sectarios. Mas ¡ay!, el error, que no acudía a oír tu voz, no se contenta ahora con eso; quiere hablar solo. Cambiando de forma, renaciendo siempre, intrigando en todos los países por medio del comunismo ateo y la masonería, todo el mundo aspira ese veneno. Oh tú, que todos los días socorres a tus devotos en sus necesidades privadas, tú que tienes ahora en el cielo el mismo poder que tuviste sobre la tierra, socorre a la Iglesia, al pueblo de Dios y a la sociedad, más universal y profundamente perseguida que nunca. Oh *Arca del Testamento,* vuelve al estudio de la Sa-

---

[1] *Sap.,* VII.
[2] *Sap.,* VIII, 14-15.

grada Escritura a nuestra generación sin fe y sin amor; *martillo de la herejía,* hiere con esos golpes que regocijan a los ángeles y hacen temblar al infierno.

14 DE JUNIO

SAN BASILIO EL GRANDE, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

LA PERSECUCIÓN ARRIANA. — Después de la muerte trágica de Juliano el Apóstata, perseguidor de los cristianos en nombre de sus ídolos, Valente logró hacerse emperador de Oriente el año 364. Era cristiano, pero hereje, y no tardó en desencadenar una persecución tan cruel como la de los emperadores paganos. Valente exigió del clero y de los monjes la firma del símbolo arriano escogido por él, so pena del destierro, de la confiscación de bienes o de la muerte. Uno de sus ministros más fanáticos, el prefecto de Oriente Modesto, encargado de la aplicación del edicto, era especialmente temido, pues un día había hecho quemar vivos a 80 eclesiásticos en un buque cabe Constantinopla. Recorrió el Asia Menor, obligando a todos a que firmasen, y provocando desgraciadamente gran número de apostasías. Se presentó finalmente, en la gran metrópoli de Cesárea de Capadocia, cuyo Arzobispo era S. Basilio desde el año 370. San Basilio se negó a fir-

mar el formulario, por lo que se siguió el dramático diálogo:

INDOMABLE VALENTÍA CRISTIANA.

—¿Cómo?—preguntó Modesto, enojado—, ¿no temes mi poder?

—No. ¿Qué es lo que puedo perder?, ¿qué puedo padecer?

—Sábete que tengo en mi mano numerosos suplicios.

—¿Cuáles? Veamos, dámelos a conocer.

—La confiscación, el destierro, las torturas y, en fin, la muerte.

—¿Eso es todo? Si dispones de otros, no dudes en amenazarme con ellos, porque ninguno de los anteriores me conmueve.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Claro que sí, porque ¿cómo quieres que me asuste la confiscación si no poseo ningún bien? a no ser que te quieras llevar estos harapos y estos pocos libros; esto es lo único que poseo. En cuanto al destierro, no puedo experimentarlo porque no estoy fijo a ninguna mansión. La que ahora habito no es mía, y consideraría como mía cualquier casa a que me relegen. Mas bien, considero toda la tierra como posesión de Dios, y me considero como extraño en todos los lugares en que me encuentro. En lo referente a las torturas, ¿en dónde las aplicarás? Mi cuerpo es muy débil para soportarlas, a no ser que llames tor-

tura al primer golpe que me des: es el único de que puedes disponer. En lo tocante a la muerte, me será muy grata, porque me conducirá antes a Dios, por quien vivo, por quien trabajo, por quien estoy ya medio muerto y a quien deseo unirme desde hace ya mucho tiempo.

—¡Ah! ¡Nadie me ha hablado hasta ahora con tal lenguaje, ni con tanta libertad!

—Quizás sea porque no has encontrado aún ningún Obispo verdadero; porque seguramente te habría hablado con el mismo lenguaje si hubiese tenido que defender esta misma causa. Ciertamente soy más complaciente y humilde que nadie: nuestra ley así me lo manda. Y no sólo ante las autoridades, sino también ante los recién venidos me guardo de fruncir el ceño. Mas, cuando el honor de Dios se encuentra comprometido, nadie me asusta: no considero sino sólo a El. El fuego, la espada, las bestias feroces, los garfios, que destrozan la carne, constituyen más bien mis delicias que mi espanto. Así pues, en lugar de injuriarme, de amenazarme, de desplegar tus fuerzas, lo que puedes hacer, desde ahora, es decir a tu emperador que no conseguirás hacerme sectario de la impiedad ni por la violencia ni por persuasión [1].

De este modo llegó a ser San Basilio el modelo de todos los tiempos de persecución. Como

[1] Según S. Gregorio Nacianceno, *Orat.*, XLIII, 49-50. P. G. XXXVI, 560-561.

suele suceder en las crisis violentas, todo el hombre, todo el santo es el que se revela en estas valerosas palabras. Brillan en ellas con vivo resplandor el desinterés absoluto de un monje, la autoridad a la vez dulce e inflexible del Obispo y la fe purísima del Doctor.

EL ABAD DE CENOBITAS. — Es verdad que sólo fué monje algunos años. Pero esto le bastó para ser el legislador de los monjes de Oriente, y una de las más gloriosas lumbreras de la orden monástica. Después de haber estudiado la obra de los fundadores de principios del siglo IV, como S. Antonio, S. Macario, S. Pacomio, practicó la ascesis monástica en el monasterio que había fundado a las orillas del Iris. Y, lleno de ciencia y de experiencia, compuso sus admirables reglas y los escritos ascéticos tan copiosos en doctrina: el mismo S. Benito, patriarca de los monjes de Occidente, se inspiró en gran parte en el que llama con veneración "nuestro bienaventurado Padre S. Basilio". El gran Abad de Capadocia parece a veces muy austero; presenta, sin embargo, con gran sabiduría, el ideal monástico como el mismo ideal cristiano practicado en el espíritu del Evangelio según las exigencias de los preceptos y los consejos. La vida religiosa para él no es sino el desarrollo completo de la gracia bautismal en un alma.

EL ARZOBISPO DE CESAREA. — El episcopado de San Basilio ha dejado igualmente una huella profunda en la historia de la Iglesia. Reguló las funciones de las diversas órdenes clericales; es digna de encomio su obra canónica, sobre todo en lo referente a la penitencia pública, de la que muchos de los elementos los ha tomado el actual derecho canónico oriental. Más importante aún es su obra litúrgica, porque a él hay que atribuir gran parte del Canon de la misa griega, llamada con razón "Liturgia de San Basilio". En el gobierno de su diócesis fué un jefe y un organizador incomparable. Creó y desenvolvió magníficas obras sociales: escuelas, orfelinatos, casas benéficas, leproserías, casas de retiro, escuelas de artes y oficios, comunidades religiosas activas. De salud muy débil, no cuidaba demasiado de ella, presente en todas partes, obraba con autoridad indiscutible y caridad inagotable. Su autoridad se extendió fuera de su diócesis y su prestigio fué tal, que Valente, desistiendo de perseguirle, prefirió recurrir a él, por su ascendiente y su experiencia, para arreglar algunas cuestiones espinosas en Armenia.

EL DOCTOR DE LA IGLESIA. — En todas partes, tanto en su cátedra abacial como en su trono episcopal, prodiga una enseñanza teológica tan profunda, tan clara, tan ortodoxa, que se le juzga como uno de los primeros Padres de la Igle-

sia griega, y el único a quien los griegos han dado el título de Grande. Sus homilías morales son aún hoy obras de predicación popular muy eficaces. Sus obras dogmáticas le colocan entre uno de los triunfadores de la herejía arriana. Combatiendo victoriosamente a los enemigos de Cristo, desarrolló la doctrina trinitaria: él expuso por primera vez, de un modo completo, la teología del Espíritu Santo. Enseñó que procedía del Padre y del Hijo, sus apropiaciones, su acción santificadora, ya en la vida individual de las almas, ya también en la vida comunitaria de los monasterios e iglesias.

Ya que la liturgia después de Pentecostés tiene por objeto extender esta acción santificadora del Espíritu Santo, escuchemos con atención al menos algunas palabras del Santo Doctor sobre este punto: "Si alguno, nos dice, se libra de la deformidad que proviene del vicio, si vuelve a la belleza que le dió su Criador, y restaura en él los rasgos primitivos de su forma real y divina, entonces, y solamente entonces, puede acercarse al Espíritu Santo. Pero entonces también, como el sol ilumina un ojo puro, así el Espíritu Santo le revela la imagen de Aquel a quien no puede ver; y en la dichosa contemplación de esta imagen percibe la inefable belleza del principio de todas las cosas. El Espíritu Santo asimismo es quien, en el esfuerzo de los corazones para levantarse, ayuda a los débiles como con la mano,

y conduce a los fuertes a la perfección. El es también quien hace espirituales a los que están purificados de todo pecado, en virtud de la participación que les concede de Sí mismo. Y, así como un cristal puro y transparente tocado por el rayo del sol, resplandece y derrama a su alrededor la luz, del mismo modo las almas que llevan al Espíritu Santo, resplandecen por El, y, haciéndose ellas mismas espíritus, derraman sobre los demás la gracia. De ahí proviene su conocimiento del futuro, su inteligencia de los misterios, su penetración de las cosas ocultas, la irradiación de su caridad, su conversación celestial, su unión al coro de los Angeles. De ahí su gozo sin fin, su fidelidad a Dios. De ahí su semejanza con el mismo Dios, sobre la cual no se puede desear nada, y que es tal, que con razón se puede decir, oh sublimidad: ¡Has llegado a ser Dios!"[1]

VIDA. — Basilio nació hacia 329 ó 330 en Cesarea de Capadocia, de familia rica, noble y profundamente cristiana. Su padre, su abuela y su madre, su hermana mayor y uno de sus hermanos, se hallan inscritos en el Martirologio. Gustó al principio de las ciencias profanas. Se estableció con este fin en Atenas, donde se hizo el amigo de San Gregorio Nacianceno, y adquirió una vasta cultura en las ciencias, las artes y la filosofía antigua. El año 357, por influencia de su hermana Macrina, ya monja, se resolvió a consagrarse a Dios. Vi-

[1] S. Basilio. *Tratado del Espíritu Santo*, IX, P. G. XXXII, 109.

sitó los centros monásticos de Egipto y Siria, después de lo cual se retiró a una posesión suya y fundó un monasterio. Mas desde 360 su obispo comenzó a recurrir a pedirle consejo. Tuvo en consecuencia que establecerse en Cesarea, donde ejerció un ministerio muy fecundo. Finalmente, en el 370, fué elegido obispo. Organizó las obras diocesanas, defendió los derechos de su metrópoli contra las pretensiones de algunos prelados, combatió el arrianismo y sobre todo trabajó ardorosamente en restablecer la buena concordia entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, que habían perturbado las controversias arrianas y otras cuestiones personales. Agotado por el trabajo, S. Basilio murió el 1 de Enero del 379. Los orientales le celebran ese día; los occidentales el 14 de Junio, fecha de su consagración episcopal.

ORACIÓN AL OBISPO. — ¿No es bastante alabanza, gran Pontífice, el haber ensalzado tus obras? ¡Ojalá estas mismas obras tengan imitadores en nuestros tiempos! porque claramente lo enseña la historia, que son los santos de tu talla los que constituyen la salvación y la grandeza de una época. El pueblo más probado y más abandonado en apariencia, únicamente necesita de un jefe, dócil en todo, dócil hasta el heroísmo, a las inspiraciones del Espíritu Santo, que gobierna continuamente a la Iglesia, y este pueblo soportará la tempestad y finalmente vencerá; mientras que, *si la sal se vuelve sosa* [1], la sociedad se disuelve, sin que sea necesario un Juliano o un Valente para conducirla al desastre. Al-

[1] *S. Mat.*, V, 13.

canza, pues, oh Basilio, para nuestra sociedad tan enferma, jefes como tú; repítase en nuestros días la admiración de Modesto; los sucesores de los prefectos de Valente encuentren en todos los lugares *un Obispo* al frente de las Iglesias; y su admiración será para nosotros el signo inequívoco del triunfo; porque un *obispo* no es vencido nunca aunque tenga que pasar por el destierro o la muerte.

ORACIÓN AL DOCTOR DE LA IGLESIA. — A la vez que debes mantener a los pastores de las Iglesias a la altura del estado de perfección que les exige la sagrada unción, eleva también al rebaño hasta la sendas de la santidad a la que debe aspirar en virtud de la religión que profesa. No sólo a los monjes se dijo: *El reino de Dios está dentro de vosotros* [1]. Nos enseñas [2] que ese reino de los cielos, esa bienaventuranza que ya puede ser la nuestra, es la contemplación de las realidades eternas que podemos alcanzar en la tierra, no por la visión clara y distinta, sino en el espejo de que habla el Apóstol. ¿No se lanza el espíritu por sí mismo a las regiones para las cuales fué creado? Si su elevación resulta penosa, es porque los sentidos han prevalecido contra él. Enséñanos a curarlo por la fe y el amor. Repite a los hombres de nuestro tiempo, porque quizás

[1] *S. Luc.*, XVII, 21.
[2] Carta 8, al 111.

lo podrían olvidar, que el cuidado por mantener una fe pura, es tan necesario para este fin, como la rectitud de la vida. Desgraciadamente gran parte de tus hijos han olvidado que todo monje verdadero y todo cristiano debe detestar la herejía. Bendice mucho más a todos los que no han podido conmover tantas y tan continuas pruebas; multiplica las conversiones; apresura el día feliz en que el Oriente, sacudiendo el doble yugo del Cisma y del Islam, vuelva a tomar, en el aprisco único del único pastor, un lugar que fué tan glorioso para él.

Haz en favor de los que ahora estamos prosternados a tus pies, oh Doctor del Espíritu Santo, defensor de la consustancialidad del Verbo con el Padre, que vivamos como tú, únicamente para gloria de la Santísima Trinidad. Tú lo expresaste en una magnífica fórmula: "Ser bautizado en la Trinidad, creer conforme a su bautismo, glorificar a Dios según su fe", era para ti el constitutivo esencial de lo que debe ser el monje; pero ¿no conviene esto a todo cristiano? Haz que todos lo comprendamos y bendícenos.

15 DE JUNIO

SANTOS VITO, MODESTO Y CRESCENCIA, MARTIRES

"SERÉIS MIS TESTIGOS". — El Espíritu divino, que reina en el tiempo después de Pentecostés,

es ante todo el testigo del Verbo [1]. El Hombre-Dios le anunció con este título al mundo que él tenía que abandonar para volver al Padre, después de haber dado él mismo testimonio de la verdad suprema [2]. Formados por el Espíritu Santo conforme a la figura del Hijo del Hombre, los fieles son también *testigos*, cuyo oficio es destruir la mentira, enemiga de Dios, expresando la verdad en sus palabras y con sus actos. Pero el supremo testimonio, que no a todos se les concede dar, es el de la sangre; los mártires son los privilegiados en esta lucha incesante entre lo verdadero y lo falso, en la cual se halla resumida toda la historia. Era necesario que también ellos brillasen estos días en el cielo. Pronto se regocijará la Iglesia con motivo del nacimiento de Juan el Precursor, el hombre más grande entre los nacidos de mujer [3], cuya grandeza consistió precisamente en *ser enviado por Dios para servir de testigo y dar testimonio de la luz* [4]. Entonces tendremos ocasión de meditar más detenidamente estos pensamientos, a los cuales parece que quieren prepararnos los alegres grupos de mártires que se van a suceder, como para anunciar la próxima llegada del amigo del Esposo [5].

---

[1] *S. Juan*, XV, 26.
[2] *S. Juan*, XVIII, 37.
[3] *S. Mat.*, XI, 11.
[4] *S. Juan*, I, 6-8.
[5] *S. Juan*, III, 29.

UN SANTO AUXILIADOR. — Hoy, acompañado de Modesto y Crescencia, San Vito viene a enseñarnos cuál es el precio del bautismo y la fidelidad que debemos al Padre que está en los cielos. Su gloria es grande tanto en el cielo como en la tierra; los demonios, que temblaban ante él, siguen temiéndole; su nombre permanece inscrito en la memoria del pueblo cristiano, como el de uno de sus más poderosos *auxiliadores,* junto con San Erasmo, San Vito o San Guido, conserva el poder de librar a los que acuden a él del mal que lleva su nombre. Hace inofensivas las mordeduras de los perros rabiosos y de las serpientes, y se muestra compasivo incluso con los mismos animales. Se le invoca también contra el letargo o sueño muy prolongado; el gallo que le acompaña en algunas representaciones, recuerda esta costumbre, así como también la de invocar al Santo para despertarse a una hora determinada. Es también patrón de los danzantes y comediantes.

VIDA. — El culto de San Vito o Guido se remonta a la antigüedad más remota, pero sus *Actas* han sufrido numerosas interpolaciones y es difícil discernir la verdad de la leyenda. Se cuenta en ellas que padeció el martirio de muy niño en compañía de Modesto, su preceptor, y de Crescencia, su nodriza. El Papa Gelasio dedicó en Roma una Iglesia a San Vito, y en París el Monasterio de San Dionisio se gloriaba de poseer

algunas de sus reliquias. Se las cedió después el Monasterio de Corbey, en Sajonia, y desde entonces se hizo muy popular su culto en toda Alemania.

SÚPLICA PARA LA CURACIÓN DE LOS HOMBRES. — Noble mártir, que preferiste el Padre del cielo al de la tierra; ¿quién podrá expresar el afecto con que te trata Aquel a quien tan valerosamente confesaste ante los hombres? Quiere que aquí en la tierra brillen en torno tuyo las señales de su munificencia, pues te tiene confiada una gran parte en el ejercicio de su poder misericordioso. En recompensa a la santa libertad que reinó en tu alma y sometió en completa obediencia tu cuerpo al alma, posees sobre la naturaleza caída un poder maravilloso: los desgraciados, cuyos miembros, agitados desordenadamente por una cruel enfermedad, no conocen la dirección del imperio de la voluntad, los mismos hombres a quienes un sueño muy prolongado los hace casi inconscientes en sus actos, encuentran a tus pies la armonía perfecta del cuerpo y del alma, permitiendo al primero, por su docilidad al alma, vacar a los deberes que tiene para con Dios y la sociedad. Ilustre santo, sé cada día más generoso en el ejercicio de tu don precioso, para bien de la humanidad doliente y mayor gloria de Dios que te ha coronado. Te pedimos para todos con la Iglesia, y por tu intercesión pedimos a Dios "que aleje de nosotros todo movimiento de orgullo, que ten-

gamos la humildad, que nos hace agradables a Dios, para que, despreciando lo malo, practiquemos el bien con amor y libertad"[1].

16 DE JUNIO

SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MARTIRES

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES. — De cualquier naturaleza que sean los pormenores legendarios que se hayan introducido en sus *Actas,* acordémosnos, sin embargo que eso, que únicamente es digno de honrar a los Santos, quien sigue la enseñanza que dieron al mundo. Las persecuciones que se han sucedido desde la antigüedad hasta nuestros días, deben enseñarnos que el heroísmo de Julita no es simplemente objeto de admiración estéril, sino que puede servirnos de ejemplo. El deber no cambia de un siglo a otro; la dificultad de cumplirle puede variar según las circunstancias de tiempo y lugar: pero no por eso desaparecen sus inflexibles exigencias.

SACRIFICIO DE ALEGRÍA. — No olvidemos, por otra parte, que la Iglesia es nuestra madre y, como tal tiene el derecho y la obligación de alimentar a sus hijos. No ha cesado de protestar contra todas las tiranías que han procurado separar de ella a sus hijos; pero si por fuerza se

[1] Colecta de la Misa.

pretende arrancar de sus brazos a uno de sus pequeñuelos, éstos han de saber que tienen obligación de imitar al joven San Quirico, de permanecerla fieles, guardar su palabra y tender hacia ella con tanto mayor fuerza, cuanto más se los quiera separar de su seno, de rechazar los halagos y las comodidades que le ofrecen, y preferir la muerte al pecado y a la infidelidad.

VIDA. — Desde la antigüedad San Quirico fué objeto de un culto muy extendido y célebre. Más tarde se juntó a su nombre el de Sta. Julita que, según el martirologio de San Jerónimo, fué su madre. Se han publicado numerosos relatos de su martirio. Si hemos de dar fe al más conocido de todos, Julita habitaba en Iconio con un hijo de tres años. La persecución la obligó a trasladarse a Seleucia, cerca de Tarso. Allí debería sufrir su cruel martirio. Quirico, al ver padecer a su madre, también él se declaró cristiano, y, no queriendo separarse de ella, sufrió el martirio juntamente. Sus reliquias fueron conducidas a Francia, donde se levantaron numerosos santuarios en su honor. Carlomagno, librado por San Quirico de un jabalí misterioso que iba a matarle, quiso patentizar su reconocimiento decidiendo que la Catedral de Nevers, reconstruída por su munificencia, le adoptase por patrón. Desde entonces los artistas cristianos representan al santo niño con un jabalí a sus pies.

SÚPLICA. — ¡Oh santos Mártires! ya no os acordáis, según la palabra del Señor, de los padecimientos pasados. El sacrificio de madre e hijo, comenzando en una confesión dolorosa, es hoy un sacrificio de alegría y alabanza. Porque vues-

tro sacrificio común se continúa en el cielo: es la base de las relaciones tan poderosas y tan dulces en las cuales Dios se complace; es la fuente de bendiciones que el Señor gusta derramar por vuestra intercesión sobre la tierra. Haced que cuanto antes amanezca el día del retorno a la verdadera luz en el Oriente, que os dió la vida y que regasteis con vuestra sangre preciosa. Bendecid a Occidente, en el cual tantas iglesias celebran hoy vuestra fiesta.

Los derechos de la madre. — Conserva la fe de las madres, oh Julita; eleva su cristianismo a la altura de las enseñanzas contenidas en tus gloriosos combates. Ante la tiranía que se apodera de la educación para perder el alma de los pobres niños, deben imitar todos a San Quirico. Se ha visto algunos que, ante la odiosa presión de maestros impíos que les querían enseñar doctrinas condenadas por la Iglesia, no sabían escribir sino sólo el *Credo* que les habían enseñado sus madres. ¡Benditos sean! Sin duda tú, oh Quirico, te regocijaste a la vista de tan hermoso espectáculo, y tu mirada se ha posado con amor sobre estos émulos que te presenta nuestro siglo. Con tu madre, desarrolla más y más en los hijos de la Iglesia, este sentimiento de la santa libertad que les fué otorgada en el bautismo: ella es quien, sumisa a todos los poderes que vienen de Dios, triunfó de los Césares. De su noble inde-

pendencia ante los abusos que la autoridad comete, depende aun hoy la salvación de la sociedad.

18 DE JUNIO

SAN EFREN, DIACONO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

GLORIA DE ORIENTE. — "Los Padres orientales consideraron siempre a S. Efrén como mensajero de Dios, maestro de la verdad y doctor de la Iglesia Católica." Estos eran los títulos con que Benedicto XV presentaba a S. Efrén y le declaraba Doctor de la Iglesia universal por la Encíclica *Principi Apostolorum* del 5 de Octubre de 1920. Tanto en Oriente como en Occidente, se acogió la encíclica con entusiasmo. Sin duda, la vida de aquel a quien S. Gregorio de Nisa alababa "por estar en labios de todos los cristianos e iluminar el universo entero con el brillo de sus virtudes y de su doctrina", se conoce muy poco en Occidente. Permanece envuelto en el silencio que él tanto amó, y que le hizo escoger desde muy joven la existencia retirada y laboriosa de los monjes para servir a solo Dios. Pero sus obras hablan en su lugar y revelan sus virtudes.

EL EXÉGETA. — San Efrén, en efecto, escribió mucho. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros una parte considerable de sus obras, y

particularmente de sus famosos comentarios sobre la Biblia, que interpretó completamente, no se conocen más que los del Génesis, del Exodo, de los Evangelios y de las Epístolas de S. Pablo. Esto basta para hacernos conocer hasta dónde la pureza de su corazón le abría el sentido de las Escrituras. Por eso Benedicto XV le propone como modelo a los que tienen como misión el enseñar las ciencias sagradas, para que, a ejemplo suyo, no desfiguren el sentido de las Sagradas Escrituras según el capricho de sus ideas personales, y que, en sus comentarios, no se aparten ni un solo ápice del sentido tradicional de la Iglesia "columna y fundamento de la verdad", la única intérprete y guardiana de la Revelación.

El teólogo. — Apoyándose de este modo en la Escritura y la Tradición, S. Efrén enseñó una teología elevadísima y sumamente pura. Expuso con claridad la doctrina del pecado original, de la gracia, de las virtudes y de los vicios. Recuerda a menudo el dogma de la presencia de Dios y la cuenta que hemos de dar de todas nuestras acciones al sumo Juez. Hasta parecía que estaba como completamente obsesionado por el pensamiento del juicio. Con todo eso, su testamento refleja una confianza emocionante: "Oh Jesús, juzga Tú mismo a Efrén y no permitas que le juzgue otro. Por que aquél a quien Dios juzga, conseguirá misericordia en su tribunal. Yo no te

pido, Hijo de Dios, bueno y misericordioso, que pongas en la misma línea a los buenos y a los malos, pero Te pido tu misericordia para mí, mis iguales y mis semejantes. Si Tú no tienes misericordia, nadie verá el reino de los cielos."

Entre los teólogos de su tiempo, nadie expuso con tanta precisión el misterio de la Iglesia, Esposa mística de Cristo, Madre y maestra de los fieles. Comprendió de modo notable el papel de la Liturgia. Recordó también las prerrogativas y los deberes de la jerarquía, la excelencia del sacerdocio y, sobre todo, la primacía de Pedro y sus sucesores en la sede de Roma.

El poeta.—Para hacer penetrar mejor sus enseñanzas en el alma y en el corazón de los fieles, S. Efrén escribió mucho en verso. Adelantándose a S. Ambrosio, pensó que el ritmo podía ayudar mucho a retener en la memoria una doctrina. Juzgó además que la Liturgia sería más atractiva y uniría mejor las almas si se multiplicasen los cantos en común. Por esta razón compuso varias homilías en verso e himnos, que causan y causarán siempre la admiración de los que las estudian, por la belleza de su forma literaria, por la firmeza y la profundidad de sus enseñanzas, y por la claridad de la exposición doctrinal. Instruye por medio de la belleza, levanta los espíritus y mueve los corazones. "Nadie como él, se ha dicho con razón, tuvo el don

de hacer derramar lágrimas"[1]. Su éxito fué espléndido; su himnos se cantaban en vida de él por todas partes. S. Efrén es el poeta más insigne de Siria. Se le ha llamado la *Lira del Espíritu Santo.*

El cantor de la Virgen. — Pero, añade Benedicto XV, "nunca sonó mejor esta lira que cuando cantaba las glorias de María, ya loando su virginidad y su divina maternidad, ya celebrando su misericordiosa protección sobre los hombres". S. Efrén es uno de los primeros Padres de la Iglesia que desarrolló los dogmas marianos. Se esforzó, sobre todo, en hacer resaltar dos de sus privilegios: su perpetua virginidad y su eminente santidad, que no duda en comparar a la del mismo Cristo. De este modo dejó en la tradición primitiva un magnífico testimonio de la Inmaculada Concepción: "Tú, Señor, escribía, y tu Madre, sois los únicos completamente hermosos y puros en todo; porque en Ti, Señor, no hay mancha, ni en tu Madre impureza."

El santo. — A pesar de la considerable influencia de que gozaba, y que le hacía acreedor a los mayores honores, S. Efrén no quiso, por humildad, ordenarse de sacerdote. Muy a su pesar le sacaron de su ermita para obligarle a que

[1] Lamy. *S. Efrén,* IV, p. 165.

recibiese al menos la orden del diaconado. Pero entonces se sometió dócilmente a las obligaciones de su nueva vocación, "mostrándose en todo émulo perfectísimo de S. Esteban: enseñando a todos la Sagrada Escritura, predicando la divina palabra, instruyendo en los Salmos a las vírgenes sagradas, siendo siempre la providencia del pobre, y practicando primeramente él con toda perfección lo que enseñaba a los demás".

De natural ardiente y fogoso consiguió, con la ayuda de Dios, dominarse completamente y llegar a hacerse suave y afable. Mostraba su dulzura aún con los herejes, aunque no por eso dejaba de declarar guerra implacable a sus doctrinas.

Su caridad se mostró palmariamente en las invasiones del imperio romano por los Persas. En Nísibe, cuando se hallaba asediada y hambrienta, organizó colectas para los necesitados, sostuvo la moral de todos, de modo que se pudiera decir que la Providencia le puso a la cabeza de su patria chica. Por eso, Benedicto XV; "al fin de una guerra, decía, en que muchas naciones orientales han conseguido su libertad y quieren organizar su vida política, piensa hacer una obra oportuna proponiendo a su imitación y también a su culto, un modelo tan completo de santidad, de ciencia y del patriotismo"[1].

---

[1] Encíclica citada.

VIDA. — S. Efrén nació hacia el año 306 en Nísibe, cerca de la frontera que separaba el imperio persa del romano. Siendo anacoreta, el Obispo Santiago de Nísibe, que le tenía en gran estima, le puso al frente de una escuela, y, sin duda, en ésta época fué cuando San Efrén se ordenó de diácono. Se atribuyó a sus oraciones la derrota de los persas en 338; su intervención fué grande también en la resistencia victoriosa de Nísibe en los asedios de 346 y 350. Pero en 363 fué tomada Nísibe, y Efrén se acogió con los demás cristianos a Edesa. Allí tomó de nuevo la vida de anacoreta; tenía muchos discípulos, y se cree que él fué quien, en colaboración con otros doctores, fundó la célebre escuela de Edesa, cuya influencia fué muy considerable. En Edesa compuso S. Efrén la mayor parte de sus obras. Murió en 373.

PLEGARIA. — Bendecimos a Dios, que "exalta a los humildes, por haberte coronado, bienaventurado Efrén, con purísima gloria, y por haberte propuesto a nuestro siglo como doctor de la sabiduría divina y modelo de las más excelsas virtudes.

Con S. Juan Crisóstomo te decimos: "Despertador de almas dormidas, consuelo de afligidos, maestro, guía y apoyo de la juventud, espejo de monjes, modelo de penitentes, martillo y dardo terrible para los herejes, tesoro de virtudes, templo y morada del Espíritu Santo", ruega por nosotros.

... POR EL PAPA. — Ruega por el Papa, "sucesor de Pedro, y como él, puerta de los pecadores,

lengua de los discípulos, voz de los misioneros y ojo de los apóstoles".

... POR LAS IGLESIAS DE ORIENTE. — Ruega para que las iglesias orientales, tan justamente orgullosas de ti, pero separadas, para su desgracia, desde hace tanto tiempo, de la silla de Pedro, vuelvan a la unidad, a la cual fuiste tan adicto y que fué el deseo más vivo de Cristo, y que continúa siendo el de su Vicario. "Caigan, con el auxilio divino y tu protección, las barreras que detienen a una porción tan hermosa del rebaño cristiano, separada de la Piedra mística sobre la cual Cristo edificó su Iglesia." Amanezca cuanto antes el día entre todos feliz, en que penetren en la unanimidad de los corazones las palabras de la verdad evangélica "que ha transmitido un solo pastor por el consejo de los sabios".

... POR LOS MONJES. — Ruega por los monjes cuya gloria eres. "Dedicados a la perfección evangélica, no cesen nunca de fijar sus miradas en ti para seguir tu ejemplo. El monje, en efecto, será tanto más útil a la Iglesia, cuanto mejor realice, ante Dios y ante los hombres, lo que significa su hábito, siendo, según la definición de S. Nilo el Joven, el Angel cuya misión es anunciar la misericordia y la paz y ofrecer el sacrificio de alabanza."

... POR TODOS. — Danos ese gusto de la verdad, esa diligencia en escuchar de boca de los Santos el pensamiento de Dios, que te hizo acudir a S. Basilio, oráculo de la Iglesia, para que, como tú, "bebamos de la copa de la doctrina". ¿No eres tú, según el testimonio de S. Gregorio de Nisa, "la viña del Señor, cargada, como de dulces racimos, de frutos de doctrina, que constituyen las delicias de los hijos de la Iglesia y los sacian con el amor de Dios? ¿No eres tú el bueno y sabio ecónomo de la gracia, que distribuye a sus compañeros, según sus necesidades, la enseñanza de la virtud, y que administra perfectamente la casa de su señor?" Ojalá no olvidemos estas últimas palabras de tu testamento, en el cual nos amonestabas "que permaneciésemos firmes en la fe, que nos guardásemos de los que obran la iniquidad, de los mercaderes de vanas palabras y de los seductores".

En fin, haciendo nuestras las palabras que tú mismo dirigiste a S. Basilio poco antes de la muerte, te decimos también nosotros: "Enséñanos por qué obras buenas podemos granjearnos la bondad del Señor; cómo debemos evitar los asaltos del pecado; cómo cerrar las puertas a las pasiones; cómo adquirir la virtud apostólica; cómo doblegar al Juez insobornable. A ti, Padre santo, te toca iluminarnos, tener cuidado de nosotros, dirigirnos por el recto camino, ablandar nuestro corazón de piedra. Tú tienes que

curar nuestra alma enferma, y llevarla hasta el fin sobre las olas de la vida y del descanso."

EL MISMO DIA

SANTOS MARCO Y MARCELIANO, MARTIRES

EL GOZO DE LOS MÁRTIRES. — Cuando vemos que los mártires corren alegremente al suplicio, nos preguntamos: ¿de dónde les viene ese valor que no es de la tierra? S. Pablo, en el pasaje de su Epístola a los Romanos (v, 1-5) que la Iglesia nos hace leer en la Misa de hoy, nos da la respuesta.

"La esperanza de los bienes futuros eleva el alma sobre el tiempo y las circunstancias, aun penosas, de la vida presente. Lo propio de los que son de Dios, es el verse libres de toda tristeza y alimentar su alegría con las asperezas y dolores de la tierra, que constituyen la enseñanza principal de nuestra educación sobrenatural. El padecimiento produce la paciencia, hace arraigar en nosotros y nos hace amar más y más el bien por el cual nos decidimos a padecer. La firmeza en el padecer, aumenta en el alma la esperanza sabiendo bien que Dios no deja nada sin recompensa y que toma en cuenta, por su ciencia infinita, tales sufrimientos, aun aquellos de los cuales no se acuerda nuestra alma. La esperanza nunca defrauda, no engaña al cristiano:

nadie puede imaginar que queden defraudadas las esperanzas de quien está asegurado del amor tierno de Dios"[1].

VIDA. — La historia de los santos Marco y Marceliano la conocemos únicamente por las *Actas*, en gran parte legendarias, de S. Sebastián. Estas nos cuentan que, mientras estaban ellos en medio de los suplicios con que los hizo atormentar el prefecto Fabiano, confesaban que nunca habían experimentado delicias tan delicadas como aquéllas. Al aconsejarles sus ancianos padres que renegasen de Cristo, confirmó su valor San Sebastián declarándose a sí mismo cristiano, y nuestros mártires tuvieron el consuelo incomparable de ver cómo sus mismos padres confesaban la religión por la cual estaban padeciendo. Sus cuerpos fueron depositados en el cementerio de Balbina y después, en el siglo IX, en la Basílica de S. Cosme y S. Damián.

SÚPLICA. — El Espíritu Santo os colmaba de fortaleza, gloriosos mártires; y el amor que derramó sobre vuestros corazones, mudó en delicias los tormentos que espantan a nuestro débil ánimo. Mas ¡cuán poco caso hacíais vosotros de los padecimientos de este cuerpo perecedero, después de haber triunfado en las torturas del alma! La desolación de aquellos a quienes vosotros amábais más que la vida, y a los que teníais que dejar en una desesperación en apariencia sin consuelo, fué sin duda el punto culminante de vuestro martirio. Unicamente será incapaz de comprenderlo, quien merezca el reproche de S. Pablo

[1] Dom Delatte. *Epître de saint Paul,* I, 621.

a los paganos de su tiempo, de vivir sin amor [1]. Pues bien, cuando el mundo ostente de nuevo esta nota odiosa, será la señal de que se acercan los últimos tiempos, dice el Apóstol [2]; y, con todo eso, el más puro amor humano debe doblegarse ante el amor de Dios: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, dice el Señor, no es digno de mí"[3]. Vosotros lo comprendísteis, santos mártires; vuestros familiares, que querían separaros del Señor, iban a convertirse para vosotros en enemigos [4]. Pero en el mismo instante el Señor, que no se deja ganar en generosidad, os devolvió esos seres tan queridos, tomándolos, por un milagro de la gracia, con vosotros y como vosotros para Sí. Completad así vosotros las enseñanzas que pocos días ha, nos daban Julita y S. Quirico, S. Vito y sus gloriosos compañeros. Haced, vencedores de tan rudos combates, que el valor y el amor crezcan en nosotros en la misma medida que la luz y el conocimiento de nuestros deberes para con Dios.

19 DE JUNIO

SANTA JULIANA FALCONIERI, VIRGEN

SANTA JULIANA Y LOS SERVITAS. — A principios del siglo XIII, Florencia, ciudad rica y pertur-

[1] *Rom.*, I, 31.
[2] *II Tim.*, III, 1-3.
[3] *S. Mat.*, X, 37.
[4] *S. Mat.*, X, 36.

bada con mil pasiones, conoció un despertar magnífico de piedad. Entre las familias que fueron objeto de la complacencia divina, sobresalió la de los Falconieri. Dos de sus miembros, dos hermanos, se convirtieron ruidosamente. El primero, San Alejo, fué uno de lo siete gloriosos fundadores de la Orden de los Servitas de María, que se consagraron a Nuestra Señora el día de la Asunción de 1233. El otro, Carísimo, casado, quedó en el mundo; pero, temiendo no haber ganado siempre honestamente su inmensa fortuna, resolvió emplearla en servicio de la Iglesia y de los pobres. Fué gran bienhechor de los Servitas y los ayudó en la construcción de su iglesia, la Annunziata. Su caridad y piedad fueron bien recompensadas: al fin de su vida, Recordata, su esposa, estéril hasta entonces, tuvo una hija, Juliana, la Santa que hoy celebra la Iglesia.

La niña Juliana no conoció a su padre. La educó su tío San Alejo, quien la inculcó el espíritu de la Orden de los Servitas, enseñándola la devoción a la Virgen y la práctica de la penitencia; muy pronto consideró a la Orden como a su segunda familia. Hecha religiosa, los Superiores de los Servitas la tuvieron en tal consideración, que solicitaron con frecuencia sus oraciones por los intereses de la Orden y sobre todo para triunfar de los graves obstáculos que ponían en Roma a la aprobación de sus Constituciones. Santa Juliana vivió y murió a la som-

bra de la Annunziata, que guardará más tarde sus reliquias, y se la puede honrar igual que a los Siete Fundadores, porque su gran obra será la organización de la *Tercera Orden* Femenina *de los Servitas,* las Mantelatas de María.

SANTA JULIANA Y LAS MANTELATAS. — Aun no tenía 15 años, cuando solicitó y recibió el hábito de los Servitas de manos del General de la Orden San Felipe Benizi, en la Iglesia de la Annunziata. Fué la primera que llevó el gran manto de la Orden, que dará a las Terciarias Servitas el nombre de Mantelatas. Hasta entonces las otras terciarias no tenían hábitos religiosos y vivían con sus familias. Santa Juliana también permaneció con su madre para cuidarla en su vejez y administrar sus bienes.

Hasta después de la muerte de su madre no pudo consagrarse enteramente a la vida religiosa. Habiendo comprado una casa, la convirtió en convento, en el que, invitadas por ella, se reunieron numerosas terciarias, recibieron el manto de la Orden y comenzaron a practicar la vida común. Sólo entonces Santa Juliana se presentó descalza y con una soga a la garganta, pidiendo ser admitida entre ellas. Ansiaba ser siempre la última y como la criada de sus hermanas. Pero su vida fué allí tan edificante, que, al cabo de dos años, la comunidad, teniendo que elegir supe-

riora, unánimente nombró a Santa Juliana, que siguió en este cargo hasta su muerte.

Compuso, aconsejada por los Superiores de los Servitas, el reglamento de la nueva Congregación. En general su organización era la misma que la de los religiosos. Vida de oración y de mortificación al mismo tiempo que de caridad y apostolado entre los pobres y enfermos. Santa Juliana en todo daba ejemplo haciendo patente su ardiente celo por la conversión de los pecadores, la liberación de las almas del purgatorio y la reconciliación de los enemigos. Apaciguó discordias civiles y curó milagrosamente a multitud de enfermos. Su influencia bienhechora fué considerable en Florencia.

Los siete dolores de Nuestra Señora. — Su más notable devoción fué la de todos los Servitas: los Siete Dolores de Nuestra Señora. Quizá alguno piense que abandonó lo esencial de la religión para adherirse a una devoción secundaria; mas el culto tributado a Nuestra Señora, Corredentora y Mediadora de todas las gracias, y en particular la asidua meditación de los Siete Dolores, no pueden ser considerados como devociones secundarias de la piedad cristiana, porque no se las puede separar del culto tributado a Jesús. Los dolores del Corazón de Nuestra Señora son inseparables de los dolores del Corazón de Jesús, y se encuentra en el centro del miste-

rio de nuestra Redención. En su vocación de reparadora, Santa Juliana permaneció constantemente unida a Jesús crucificado, uniéndose a la Virgen al pie de la Cruz, y enseñando a sus hijas a ser imitadoras perfectas de la "Virgen Dolorosa, Reina de los Mártires".

Su vida era de gran austeridad: no tomaba alimento los miércoles y viernes, llevaba áspero cilicio, se disciplinaba hasta derramar sangre y con frecuencia hasta perder el sentido. Sin embargo, tenía que luchar constantemente contra terribles tentaciones de impureza, de las que no salía victoriosa sino mediante la rigurosa guarda de los sentidos y especialmente de la vista. Dios la ayudaba en estos combates con gracias de alta contemplación, y con frecuencia en sus largas oraciones, que se prolongaban hasta medio día, era arrebatada en éxtasis.

He aquí a la Santa que Nuestro Señor y Nuestra Señora suscitaron en otro tiempo para convertir la inquieta y voluptuosa ciudad de Florencia. Con razón, pues, nos invita hoy la Iglesia a dirigirnos a Santa Juliana, a tributarla el homenaje debido, a seguir su ejemplo y a pedirla la salvación de la sociedad, que se desmorona a causa de las guerras y de las costumbres corrompidas.

VIDA. — Juliana nació en Florencia en 1270. Manifestó desde su tierna infancia una piedad ardiente: sus primeras palabras fueron Jesús y María. En 1284,

después de rehusar un matrimonio ventajoso, recibió el hábito de los Servitas de María y comenzó una vida de caridad, oración y austera penitencia. En 1306, fundó el primer monasterio de las Mantelatas del que pronto fué superiora. Dió a esta Orden terciaria una vida inspirada completamente en los misterios de la Pasión del Señor y en los Dolores de Nuestra Señora. No pudiendo durante su última enfermedad comulgar, pidió que depositasen el santo Viático sobre su pecho. La Hostia penetró entonces en él invisiblemente, y después de su muerte se vió su figura grabada sobre el corazón. En memoria de este milagro las Mantelatas llevan la imagen de una hostia en su escapulario. Juliana murió el 19 de Junio de 1341. Fué beatificada en 1678 por Inocencio XI y canonizada por Clemente XIII en 1737.

Servir a María. — Servir a María era el único título de nobleza, ¡oh Juliana! que ocupaba tus pensamientos; compartir sus dolores, la única recompensa que ambicionaba tu humilde y generosa alma. Tus deseos quedaron satisfechos. Pero la que ahora reina en excelso trono sobre los hombres y los ángeles, aquella que se proclamó esclava del Señor y cuya esclavitud atrajo la mirada divina [1], quiso también ensalzarte a ti por encima de los poderosos. Saliendo de la silenciosa oscuridad en que quisiste ocultar el esclarecido linaje de tu famila, tu gloria eclipsó pronto el brillo que iba unido al nombre de tus padres haciéndole más puro; por tí, humilde terciaria, sierva de las siervas de Nuestra Señora,

[1] *S. Luc.*, I, 48, 52.

el nombre de los Falconieri es conocido hoy por todo el mundo. Aún más; en el país de las verdaderas grandezas, en la ciudad celestial en donde el Cordero, al distribuir desigualmente sus destellos sobre la frente de los elegidos, constituye las categorías de la nobleza eterna, brillas tú con una aureola que es una participación de la gloria de María. Pues como ella lo fué para la Iglesia después de la Ascensión del Señor, así tú, por lo que se refiere a la Orden gloriosa de las Servitas, dejando a otros la acción exterior y la autoridad que rige las almas, fuiste también, en tu humildad la madre de la nueva familia que Dios se había escogido, y no solamente de las Mantelatas sino también de toda la Orden de los Servitas de María. Tu esmerada solicitud se extendía a todos y en el laborioso desenvolvimiento de la Orden recurrieron con frecuencia a tu poderosa intercesión Superiores aun tan santos como Felipe Benicio.

PLEGARIA. — Sigue prestando tu ayuda a la piadosa familia de los Servitas de María. Extiende tu benéfica influencia sobre todas las Ordenes religiosas tan probadas en nuestros días. Cuida de que Florencia conserve, como el más preciado recuerdo, el de los favores de Nuestra Señora y de los Santos, que produjo en ella la fe de antiguas edades; cante siempre la Iglesia por los nuevos beneficios recibidos, el poder que

el Esposo divino te otorgó sobre su Corazón. En retorno del insigne favor con que El coronó tu vida y consumó en ti su amor, apiádate de nosotros en nuestro último combate. Alcánzanos la gracia de no morir sin antes haber sido fortalecidos por el santo Viático. Haz que la sagrada Hostia sea el amor de toda nuestra vida; y que nos fortalezca en la hora suprema. ¡Ojalá nuestra muerte sea también el paso dichoso del banquete divino de aquí abajo a las delicias de la unión eterna!

EL MISMO DIA

SANTOS GERVASIO Y PROTASIO, MARTIRES

Dos santos pacificadores. — Aunque sólo se haga una simple memoria, en este día, de los gloriosos hermanos cuyo nombre fué antiguamente tan célebre en Occidente, sin embargo su mérito no debe disminuir ante nosotros. Gervasio y Protasio no son ahora honrados con fiesta solemne, precedida de vigilia, como nos lo presenta el Sacramentario Gelasiano; pero se ha conservado el lugar que ocupaban en las Letanías de la Iglesia Romana como representantes del ejército de los mártires.

Los historiadores de los ritos sagrados nos enseñan que el Introito de la Misa de ambos mártires "*El Señor dará la paz a su pueblo*", es un

monumento erigido por la confianza de San Gregorio Magno en su poderosa intercesión. Reconocedor de los felices resultados obtenidos anteriormente, les encomendó, al elegir esta antífona, la pacificación total de la Iglesia, expuesta a la invasión de los Lombardos y a las reivindicaciones de la corte de Bizancio.

DESCUBRIMIENTOS DE SUS RELIQUIAS. — Dos siglos antes, ya San Ambrosio había experimentado la especial virtud pacificadora que Nuestro Señor parecía haber puesto en los huesos de estos gloriosos mártires en premio de su muerte. Por segunda vez la emperatriz Justina y el arriano Auxencio pretendieron dar el asalto definitivo contra el Obispo de Milán con las fuerzas coaligadas de la tierra y del infierno; pero por segunda vez había contestado Ambrosio a los que le intimaban que abandonase su Iglesia: "No es propio de un sacerdote hacer entrega del templo"[1] y amenazó con la excomunión a los soldados enviados para ayudar a los asaltantes del sagrado recinto, si llevaban a cabo su cometido; y, como sabía, que estaban ligados por el bautismo a Dios antes que al príncipe, los soldados no hicieron caso de la consigna sacrílega. Poco tiempo después dijo a la corte, atemorizada a causa de la indignación universal, cuando le suplicaba que apaciguase al pueblo sublevado ante me-

[1] Carta XX.

didas tan odiosas: "Está en mi poder no excitarle; mas su apaciguamiento pertenece a Dios." En fin, cuando, venidas las tropas arrianas, cercaron la basílica en que se hallaba San Ambrosio, se vió cómo, en el nombre indivisible y pacífico de la Santísima Trinidad, se encerraba todo el pueblo con su Obispo en la iglesia y sostenía solamente con la fuerza de la divina salmodia y de himnos sagrados este nuevo asedio. Pero el postrer acto de esta lucha de dos años contra un hombre sin armas, el suceso que puso fin, a la herejía, fué el hallazgo de las preciosas reliquias de Gervasio y Protasio, que poseía Milán sin saberlo, y que fueron reveladas al pontífice por inspiración divina.

Escuchemos la sencilla y amena narración que del hecho nos hace el santo Obispo en carta a su hermana Marcelina:

"El hermano a su señora y hermana más querida que la niña de sus ojos y su vida: Tengo por costumbre participar a tu santidad todo lo que aquí sucediere mientras tu ausencia; sábete, pues, que hemos encontrado cuerpos de mártires. En efecto, mientras estaba consagrando la basílica que conoces, la multitud me interpela a una diciendo: "dedícala como la Basílica Romana". Yo respondo: "Lo haré si encontrare reliquias de mártires. Y al momento me invade la emoción de cierto presagio. ¿Qué más? El Señor dió su gracia. A pesar de los reparos de

los mismos clérigos, mandé cavar delante del lugar que ocupa la balaustrada de los santos Félix y Nabor. Encontré las señales deseadas: al punto se llevaron posesos a los que teníamos que exorcizar; y sucedió que, al aparecer los santos mártires, bajo el más profundo silencio, una posesa fué echada por tierra ante la santa tumba. Allí encontramos dos hombres de estatura prócer, como los de los tiempos antiguos, el esqueleto completo y cierta cantidad de sangre. El lugar fué muy concurrido durante dos días. ¿Para qué más detalles? Los cuerpos santos, dispuestos como era conveniente, los trasladamos íntegramente por la tarde a la basílica de Fausta; allí tuvimos la vigilia toda la noche y la imposición de las manos. Al día siguiente, traslación a la basílica que llaman Ambrosiana; durante el trayecto, fué curado un ciego"[1].

TUMBAS DE LA AMBROSIANA. — Diez años más tarde Ambrosio ocupará a su vez un lugar junto a ellos bajo el altar de la basílica Ambrosiana. Fué colocado al lado de la Espístola, dejando el del Evangelio para los dos mártires. En el siglo IX uno de sus sucesores, Angilberto, reunió en un mismo sarcófago de pórfido los tres cuerpos santos y se les colocó en sentido longitudinal con el altar y sobre las tumbas primitivas. Allí fué donde, pasados mil años y gracias a los tra-

[1] Carta XXII.

bajos de reparación de la basílica, reaparecieron el 8 de agosto de 1871 no en la sangre que había hecho reconocer a los mártires en el siglo IV, sino en una capa de agua profunda y límpida: imagen encantadora del *agua de la Sabiduría*[1] que había brotado con tanta abundancia de los labios de Ambrosio, principal personaje de la sepultura. Allí, no lejos de la tumba de Marcelina convertida en altar, el peregrino actual, enchida su alma de recuerdos de antiguas edades, venera todavía estos piadosos restos; pues permanecen aún juntos en la urna de cristal en donde, sometidos a la tutela inmediata del Romano Pontífice[2], esperan todavía la resurrección.

San Agustín y San Ambrosio no escribieron nada sobre la historia de los santos Gervasio y Protasio. Quizá no sabían nada acerca de su vida y martirio. Se limitaron solamente a cantar los milagros que se obraban en su tumba y a ensalzar su valimiento ante Dios. Así fué como su culto se extendió en pocos años por Italia, Francia y el resto de Occidente.

EL TESTIMONIO DE LA SANGRE. — Oh santos mártires, aunque las enseñanzas de vuestra vida, no han llegado a nuestros oídos, con todo eso, exclamaremos con Ambrosio cuando os presentaba al pueblo: "La mejor elocuencia es la de la sangre; pues la sangre tiene un sonido atro-

---

[1] *Prov.*, XVIII, 4; XX, 5. *Eccli.*, XV, 3; etc.
[2] Constitución "*Qui attingit*" de Pío IX.

nador, que resuena en la tierra y en el cielo"[1]. Hacednos comprender su poderoso lenguaje. Los cristianos deben estar siempre prestos a dar testimonio del Dios Redentor. ¿Será quizás que nuestras generaciones no tienen ya sangre en sus empobrecidas venas? Sanad su incurable decaimiento; lo que no pueden los médicos de las almas, siempre lo puede Cristo.

Levantaos, pues, gloriosos hermanos; enseñadnos el camino regio de la abnegación y del sufrimiento. No puede ser en vano el que nuestros ojos hayan podido, en estos últimos tiempos, contemplaros como os contempló Ambrosio; si Dios os revela de nuevo a la tierra después de tantos siglos, es que tiene en vista el mismo fin que antiguamente, esto es: levantar por medio de vosotros al hombre y a la sociedad de una esclavitud funesta, deshacer el error, salvar a la Iglesia, que no puede perecer, pero que El quiere liberar por medio de sus santos. Vosotros, que en otro tiempo obtuvísteis por vuestras oraciones la paz para Italia asolada por larga guerra, alcanzadnos del cielo la paz para el mundo entero. Reconoced mediante dignos y nuevos servicios, la protección con que Pedro ha custodiado vuestros restos. Haced que Milán sea digna de vosotros y de Ambrosio. Proteged las comarcas próximas o lejanas, a las que enriqueció en otro tiempo la sangre encontrada en vuestro sepulcro.

[1] Carta XXII.

20 DE JUNIO

SAN SILVERIO, PAPA Y MARTIR

LEGITIMIDAD DE LOS PAPAS.—La sucesión de los Papas es uno de los principales sucesos en que se ve mejor la acción del Espíritu Santo desde que descendió a este mundo. Su legitimidad como sucesores de Pedro, está efectivamente en íntima unión con la legitimidad de la Iglesia como de Esposa del Hijo de Dios; he aquí por qué el Espíritu no permite que se extravíe siguiendo a intrusos. El papel inevitable que ejercen las pasiones humanas al intervenir en la elección del Vicario de Cristo, puede muchas veces hacer dudosa la transmisión del poder espiritual; pero desde el momento que se comprueba que la Iglesia está en posesión de su libertad, conservada o reconquistada, y que un Papa hasta entonces dudoso, es reconocido como Sumo Pontífice, este reconocimiento prueba que, a partir del mismo instante, el ocupante de la Sede Apostólica está investido por Dios mismo. El Espíritu Santo confirma esta doctrina consagrándola con el martirio del Pontífice que hoy celebramos.

LA ELECCIÓN DE SILVERIO. — Al morir San Agapito I en Constantinopla el 22 de abril de 536, el rey godo arriano Teodato, que todavía reinaba en Italia, temiendo ocupase el solio pontificio un

Papa que le fuese desfavorable, impuso a Silverio como sucesor del Pontífice difunto. Dos meses después la justicia divina hería al tirano y dejaba en libertad a la Iglesia. No cabe duda que Roma habría estado en su derecho si hubiese rechazado al Pastor que se le había impuesto por la fuerza: pues el Señor no confió la elección de su Vicario en la tierra a los príncipes. Mas Silverio, ajeno a las violencias de que su persona había sido objeto, era por otra parte absolutamente digno del Sumo Pontificado; el clero romano, libre de nuevo, no juzgó conveniente retirarle la obediencia hasta entonces discutible; y desde este momento, cabeza incontestable de la Iglesia, el sucesor de Agapito apareció como el verdadero elegido del Señor. Mas Bizancio, vuelta de nuevo a ser señora de Italia, notificó al Papa por medio de la Emperatriz Teodora que vería con gusto su asentimiento al monofisitismo. Silverio mostró entonces que era digno de la tiara, rehusando noblemente la propuesta, lo que fué causa de su glorioso martirio.

VIDA. — Silverio no era más que subdiácono de la curia cuando le elevaron al Sumo Pontificado. Reinó desde junio de 536 hasta noviembre de 537. Rehusando apoyar el monofisitismo, fué depuesto con el falso pretexto de intentar libertar a Roma de los godos. Reducido al estado de simple monje, fué primeramente desterrado a Pátara de Licia, después cruelmente trasladado a la isla Palmaria junto a Gaeta. Allí murió probablemente el 2 de diciembre de 537.

Oración. — Mira aplacado, oh Pastor eterno, a tu grey: y guárdala con perpetua protección, por tu santo Mártir y Sumo Pontífice Silverio a quien concediste ser pastor de toda la Iglesia. Por nuestro Señor [1].

EL MISMO DÍA

SANTA FLORENTINA, VIRGEN

El nombre de Santa Florentina va unido al de sus hermanos los santos Leandro, Isidoro y Fulgencio. Entregóse al servicio de Cristo con la misma generosidad que ellos, encerrándose en un monasterio de los alrededores de Sevilla, donde vivió hasta su muerte, dedicada al estudio de las Sagradas Escrituras y a su vida espiritual. Se cree que su monasterio estaba edificado en Ecija, de la que era obispo su hermano San Fulgencio, que llevaba su dirección espiritual. A ruegos de Florentina sus hermanos escribieron algunos libros que la dedicaron, siendo el más famoso el que compuso San Leandro con el nombre de *Institución de las Vírgenes*. "No te olvides, hermana carísima, la decía, de este tu pobre hermano en las plegarias que diariamente ofreces a tu divino Esposo. Estoy completamente convencido de que tu oración tendrá una eficacia

[1] Oración Común de los Sumos Pontífices.

irresistible para inclinar en mi favor la misericordia divina. Tú eres mi defensa y mi asilo para con Nuestro Señor Jesucristo; tú la prenda de mi salvación; tú mi hostia sacratísima con la cual no dudo salir ileso en medio del aluvión horroroso de la iniquidad que me circunda. ¿Quién podrá alcanzar indulgencia y perdón para un hermano pecador, mejor que tú, esposa predilecta del Cordero inmaculado, que has conquistado su corazón con la suave fragancia de la virginidad? Tu amor ardentísimo será para mí el fundamento de toda mi esperanza y la fuente perenne de mi felicidad." (S. Leandro: De *Regula Virginum*).

En las plazas andaluzas se sorprenden los forasteros al ver en sus cuatro ángulos estatuas de cuatro santos hermanos: Leandro, Isidoro, Fulgencio y Florentina. Son ellos la gloria de la bella Andalucía. Siempre hay alguna Santa junto a los héroes que han dejado tras sí brillante estela de santidad o de influencia social. Con San Benito, Santa Escolástica su hermana; con San Francisco, Santa Clara, etc. Del mismo modo al *Padre* de las Españas, al *Doctor* y al *Prelado* abnegado acompaña la virgen Florentina para dar su encanto al hermoso cuadro.

PLEGARIA. — Oh Florentina, segura ya de tu salvación, ruega por las vírgenes consagradas a Dios para las que tú fuiste maestra y modelo.

Muchas son las que han seguido tu ejemplo en tu patria. Haz que busquen ante todo la gloria de su Esposo y que se consagren a establecer su reino aquí en la tierra. Haz que se multiplique el número de las consagradas a Jesús para que sepan consolar su soledad y apartar los rayos de su cólera contra este mundo pecador.

21 DE JUNIO

SAN LUIS GONZAGA, CONFESOR

El valor de la vida. — ¡"Cuán grande es la gloria de Luis, hijo de Ignacio! Nunca lo hubiera creído si Jesús no me lo hubiese mostrado. Nunca pude imaginar que tuviese tanta gloria en el cielo". Así se expresaba Santa Magdalena de Pazzis en uno de sus admirables éxtasis. Sin embargo, a los ojos disipados de muchos la vida tan corta de San Luis no ofreció más que los preludios de una vida, por decirlo así, marchitada en flor antes de dar fruto. Pero los cálculos de Dios no son como los de los hombres y las apreciaciones de éstos no pesan en sus juicios. A sus divinos ojos, aun tratándose de los santos, es de menos perfección una vida larga y llena de acciones admirables, que otra llena de amor. En efecto, ¿no debe estimarse la existencia humana por lo que produce de duradero? Ahora bien, en la eternidad la caridad es la única que perma-

necerá, fijada por siempre en el grado que adquirió en esta vida pasajera. Importa poco, pues, que en breve y sin obras ruidosas, el elegido de Dios desarrolle en sí mismo el amor tanto o más que otro con trabajos, por muy santos que sean, ejecutados durante una larga vida admirada de los hombres.

Fecundidad de la Compañía de Jesús. — La ilustre Compañía que dió a la Iglesia a Luis Gonzaga, debe la santidad de sus miembros y la bendición con que van acompañadas sus obras, a la fidelidad que siempre mostró a esta importante verdad donde debe buscar su luz toda vida cristiana. Desde su institución parece que Nuestro Señor, no contento con dejarla tomar su bendito nombre, tuvo a pechos obrar de suerte que no pudiese nunca olvidar de dónde la venía su verdadera fuerza para la carrera militante, y más activa que todas, que debía emprender. Las refulgentes obras de su fundador, Ignacio, del apóstol de las Indias, Francisco Javier, la noble conquista de la humildad de Cristo en Francisco de Borja, manifestaron a todo el mundo una santidad maravillosa; pero no tuvieron otra base que las virtudes ocultas de estos otros tres Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga, y Juan Berchmans, quienes bajo la mirada divina y únicamente con la fuerza de la oración contemplativa, se elevaron en aquel mismo siglo

hasta el amor y, en consecuencia, hasta la santidad de sus heroicos padres.

EL AMOR, MOTOR DE LA ACCIÓN. — Otra vez Magdalena de Pazzis, depositaria de los secretos divinos, nos revelará este misterio. En el éxtasis en que contempla la gloria de Luis, exclama bajo el influjo del Espíritu Divino: "¿Quién podrá explicar el valor y el poder de los actos internos? La gloria de Luis es tan grande porque obró interiormente. No se puede establecer comparación entre lo visible y lo interno. Luis, cuanto más se venció en la tierra, tanto más estuvo atento a la mirada del Verbo y he aquí la razón de su grandeza. Luis fué un mártir oculto: todo el que te ama, Dios mío, te reconoce tan grande, tan infinitamente amable, que le es un verdadero martirio el reconocer que no te ama como desea amarte, y que no eres amado por tus criaturas, sino ofendido. Por eso él mismo consumó su martirio. ¡Oh, cuánto amó sobre la tierra! He aquí por qué ahora, en el cielo, posee a Dios con soberana plenitud de amor. Siendo mortal, dirigió su flecha al corazón del Verbo; ahora que está en el cielo, sus dardos descansan en su propio corazón. Pues la comunicación con la divinidad que mereció con esas flechas de actos de amor y de unión con Dios, ahora la posee ciertamente y se abraza con ella."

Amar a Dios, dejar que su gracia vuelva nuestro corazón hacia la bondad infinita, que solamente es capaz de saciarle, he aquí el secreto de la más alta perfección.

MÉRITOS DEL DEBER DE ESTADO. — Siendo todavía jovencito, y en una ciudad en que las tentaciones eran grandes, Luis consagró su virginidad a la Santísima Virgen. Luego renunció a los más altos cargos y dignidades de este mundo a que estaba llamado. Pero habiéndole obstinadamente rehusado su padre el permiso para abandonar el mundo, obedeció y siguió la vida seglar practicando todas las virtudes de su estado.

En él, como en las almas totalmente dóciles al Espíritu Santo, nunca la piedad perjudicó a los deberes de la tierra. Por esto es el verdadero modelo de la juventud estudiosa, de la que Luis mereció el título de patrono. Inteligencia escogida, fiel tanto al trabajo como a la oración en medio de la agitación mundana, dominó todas las ciencias exigidas entonces en personas de su condición. Negocios espinosos, referentes a intereses del siglo, le fueron confiados más de una vez; vióse entonces cómo hubiera sobresalido en el gobierno de los hombres y en el manejo de los negocios. También en ello debía servir de ejemplo a muchos a quienes sus allegados o falsos amigos pretenden detener en el umbral de

la vida religiosa por la consideración del bien que son capaces de hacer y del mal que podrían evitar: como si para las órdenes religiosas, porción escogida de su rebaño, debiera Dios contentarse con incapaces nulidades; como si las aptitudes de la naturaleza mejor dotada no pudiesen siempre tornarse a Dios, su principio, tanto mejor y más completamente cuanto más perfectas sean. Ni el Estado, ni la Iglesia pierden nunca nada en este retiro por Dios, en este abandono aparente de los mejores sujetos: si en el Antiguo Testamento Dios se mostraba celoso de que se le ofreciese en el altar lo mejor de toda clase de bienes, no era para empobrecer a su pueblo; se lo reconozca o no, la fuerza principal de la sociedad, la fuente de las bendiciones que están destinadas al mundo, tendrá siempre su manantial en estos holocaustos amados del Señor.

Vida. — Luis nació cerca de Mantua el 9 de marzo de 1568. Destinado por su padre a la carrera de las armas, habitó con él desde niño en el castillo de Casale, y después en la corte del duque Francisco I en Florencia. Recibió la primera comunión de manos de San Carlos Borromeo. Ocupándose más en el estudio y en la piedad, que en las vanidades mundanas y en la profesión militar pasaba largas horas en oración. Paje del príncipe Diego en la corte de Madrid, al morir éste, se fortaleció su deseo de consagrarse a Dios. En julio de 1585, hizo los Ejercicios de San Ignacio, firmó la renuncia al principado heredado de sus antepasados, y el 4

de noviembre entraba en Roma, en la Compañía, en la que profesó el 25 de noviembre de 1587. Hizo los estudios de Teología, recibió las Ordenes Menores y no se distinguió más que por su humildad, obediencia y fervor en la oración. En 1590-91, cuidando a los enfermos del hospital de San Sixto, después a los de Santa María della Consolazione, contrajo su enfermedad, de la que murió el 20 de junio de 1591. El primer milagro fué para su madre. Fué beatificado en 1605, y canonizado en 1726. Es patrono de la juventud.

UNA GLORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. — "La prudencia equivale en el hombre a las canas, dice el Sabio; la vejez digna de veneración no se aprecia por el número de los años"[1]. Por eso, oh Luis, ocupas un sitio honroso entre los antepasados de tu pueblo. Gloria de la Compañía en donde en breve tiempo llenaste el curso de una larga existencia, alcanza el que siga guardando esmeradamente para sí y para los demás el ejemplo que irradia de tu vida llena de inocencia y de amor.

LA ORACIÓN Y LA SANTIDAD. — Al fin de la jornada de esta vida el verdadero éxito del hombre es la santidad; ésta se adquiere interiormente; las obras externas no cuentan para Dios sino en la medida de la pureza y del ardor interno que las inspira; si falta la ocasión para estas acciones, el hombre puede suplirla acercándose

[1] *Sab.*, IV, 8.

ma absorto en inenarrables delicias, vino a hacer tu mérito semejante al de los mártires. ¡De qué precio fué a tus ojos este tesoro celestial de la oración, siempre tan a nuestro alcance como lo estuvo al tuyo! Pero para encontrar en ella, como tú, *compendiado el camino de toda perfección,* según tus propias palabras, es necesaria la perseverancia y el cuidado de alejar del alma, por medio de generosa mortificación de la naturaleza, toda moción que no sea de Dios. ¿Cómo podría reproducir el agua turbia o agitada por el viento, la imagen del que está a su orilla? Así el alma impura y la que, sin ser esclava de sus pasiones, no es señora de toda agitación que provenga del mundo, no puede llegar a reproducir en sí la imagen tranquila de Dios, que es el fin de la oración.

SOLO DIOS. — Tú has reproducido perfectamente al Señor; y se puede constatar cómo la naturaleza en lo que tiene de bueno, lejos de sufrir y perder, gana en la refundición operada en este divino crisol. Aun en lo referente a las más legítimas satisfacciones, nunca tuviste mi-

abrasarte el Espíritu Santo con el fuego del amor divino, encendía a la vez en ti un inmenso amor hacia el prójimo, pues la caridad es una; y se vió bien al sacrificar tu vida por los desgraciados apestados.

PLEGARIA POR LA JUVENTUD. — Ayúdanos en nuestras miserias; sé propicio a todos nosotros. La juventud especialmente reclama tu poderoso patrocinio, conducida por el sucesor de Pedro a los pies de tu altar. Dirige sus pasos solicitados por inclinaciones tan contrarias; sean la oración y el trabajo por Dios, su salvaguardia; hazla sobre todo ver claro cuando haya de escoger estado. Derrama generosamente sobre ella en los críticos años de la adolescencia tu hermoso privilegio y protege la virtud angélica en tus devotos. En fin, oh Luis, haz que los que no supieron imitarte en la inocencia, te sigan al menos en la penitencia, como lo pide la Iglesia al Señor en tu festividad.

22 DE JUNIO

SAN PAULINO, OBISPO Y CONFESOR

regocijar nuestros ojos con el espectáculo de su santidad triunfante y tan humilde, que nos revela uno de los aspectos más apacibles del poder del Emmanuel. Iluminado con los resplandores de Pentecostés, aparece Paulino en la misma ciudad de Nola, tributando el homenaje de su gloria a Aquel por quien fué conquistado.

SENADOR Y CÓNSUL. — Heredero de cuantiosa fortuna, prefecto de Roma a los 25 años, senador y cónsul, Paulino no pensaba que habría carrera más honrosa para él, más provechosa al mundo, que aquella a la que le inclinaban las tradiciones de su ilustre familia. Y en verdad a las miradas de los sabios del mundo, era la suya una vida completa, si es que ha habido alguna, llena de las más nobles amistades, rodeada por la merecida estima de pequeños y grandes, y que encontraba descanso en el culto de las letras que, desde adolescente, le había valido los honores de la brillante Aquitania, donde vió la primera luz en Burdeos. ¿Cuántos, que no le igualaban en méritos, son propuestos hoy día como modelos de vida laboriosa y fecunda?

LA CONVERSIÓN. — Un día, sin embargo, esas existencias que parecen tan colmadas, no ofrecen al mismo Paulino más que el espectáculo de individuos "que se dan vueltas en medio de días vacíos y, como trama de su vida, tejen con sus

obras vanas una tela de araña"[1]. ¿Qué ha pasado pues? Un día los rayos de una nueva luz han inundado su alma; Roma y su poder se han sumido en las tinieblas al aparecer "los grandes derechos del Dios temible"[2]. Con corazón generoso, el ascendiente de las antiguas razas que sometieron al mundo, entrega prontamente su fe a Dios; Cristo, al revelársele, conquistó su corazón. Habiendo inquirido mucho y corrido en vano, halló; por fin, algo; descubrió que *nada hay mejor que creer en Jesucristo* [3].

En la rectitud de su gran alma, llegará hasta las últimas consecuencias de este nuevo principio, que para él reemplaza a todos los demás. Jesucristo dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees y dáselo a los pobres; y después ven y sígueme"[4]. Paulino no duda. No será él quien descuidará lo mejor y preferirá lo más despreciable [5]; perfecto hasta entonces para el mundo, ¿podría ahora dejar de serlo para Dios? ¡Manos a la obra! Ya se ha despojado de aquellas inmensas posesiones que llamaban reinos [6]. Paulino vende todo para comprar la Cruz y seguir con ella a su Dios [7]. Porque sabe que el abandono de los bienes de este mundo no es otra cosa

[1] *S. Paulino,* carta XXXVI, 3.ª *a Amandus.*
[2] *Poema XXII, a Jovius,* vers. 83-85.
[3] *Ultimo poema,* V, 1, 3.
[4] *Mateo,* XIX, 21.
[5] Carta XXXV, *a Delfín.*
[6] *Ausona,* carta XXIII, a *Paulino,* v. 116.
[7] *Poema* XXI, XIII, v. 426-427.

que la primera etapa y no la carrera completa; el atleta no queda vencedor con sólo despojarse de sus vestidos, sino que se despoja de ellos para iniciar el combate; ¿acaso ha pasado el río el nadador con estarse desnudo a la orilla del mismo?[1].

Retiro. — Paulino, decidido a todo, más que desatar el cable que detenía su barquilla en la ribera, lo ha cortado[2]. Cristo es su piloto[3]. Contando con el aplauso de su noble esposa Teresa, que no será en adelante más que su hermana y su émula, boga al puerto seguro de la vida monástica, pensando solamente en salvar su alma[4]. Una sola cosa le retiene suspenso todavía; ¿se retirará a Jerusalén, donde tantos recuerdos parecen atraer al discípulo de Cristo? Pero con la franqueza de su fuerte amistad le responde San Jerónimo, a quien había consultado: "Para los clérigos la ciudad, para los monjes la soledad. Sería el colmo de la locura retirarse del mundo para vivir en medio de una turba todavía mayor. Si quieres ser lo que se te llama, es decir, monje, o lo que es lo mismo, solo, ¿qué haces en la ciudad que, a buen seguro, no es morada de solitarios sino de muchedumbres? Cada vida tiene su modelo. Nuestros capitanes son Pablo y An-

[1] Carta XXIV, 7, *a Severo*.
[2] *San Jer.*, carta LIII, 10, *a Paulino*.
[3] *Ultimo poema*, v. 158.
[4] Carta, XXVI, 8, *a Jovius*.

tonio, Hilarión y Macario; nuestros guías Elías y Eliseo, todos los hijos de los profetas que habitan los montes y los desiertos y construyen sus tiendas a orilla del Jordán"[1].

Paulino siguió los consejos del solitario Betleemita; prefiriendo el título de monje a la morada en la ciudad santa, buscó el *pequeño campo* de que le hablaba Jerónimo, en el territorio de Nola, pero retirado de la ciudad, cercano a la tumba de San Félix. No cuente ya el mundo con él para realzar sus fiestas o confiarle empleos: absorbido por la penitencia y la humillación voluntaria, el antiguo cónsul se ha convertido en el último siervo de Cristo y guardián de un sepulcro[2].

El escándalo. — Ante la novedad de semejante renuncia, cuyo espectáculo contemplaba el mundo, exultaron los santos del cielo y de la tierra; pero no menos se manifestó la indignación unida al escándalo[3] de los prudentes del siglo, de tantos hombres para los que el Evangelio no tiene valor alguno sino en la medida que no va contra los miopes prejuicios de su sabiduría mundana. "¿Qué dirán los grandes?" escribía San Ambrosio. "Abandonar el senado, cortar la línea de sucesión de tales antepasados, un hombre de semejante familia y raza, con tan

[1] Carta LVIII, 4-5, *a Paulino*.
[2] *Poema XII*, I, v. 31. 38.
[3] *I Cor.*, I, 23.

buen carácter y dotado de tanta elocuencia esto es intolerable. Y he aquí que esos hombres, cuando se trata de sus fantasías, no dudan en operar en sí mismos las transformaciones más ridículas; cuando sucede que un cristiano, preocupado de su perfección, cambia de tenor de vida, exclaman que es una acción indigna"[1].

Paulino no se conmovió ante estos ataques como tampoco contó con que su ejemplo sería seguido de muchos otros. Sabía que Dios manifiesta a algunos lo que sería provechoso a muchos, si lo quisiesen, y que esto basta para justificar su Providencia[2]. Así como el viajero no se desvía del camino a causa de los ladridos de los perros que le ven pasar, aquellos—decía—que toman la sendas estrechas del Señor, deben despreciar los pensamientos profanos y ridículos y felicitarse de desagradar al que ofende a Dios; la Sagrada Escritura nos basta para juzgar entre ellos y nosotros[3].

Irradiación. — Con todo eso, nuestro santo, que sólo quería imitar y aprender, apareció pronto como uno de los mayores luminares de la Iglesia. El humilde retiro en donde pretendía ocultarse vino a ser como el lugar de cita de patricios y patricias, el centro de atracción de

[1] Carta LVIII, 3, *a Sabino*.
[2] *San Paulino*, carta XXXVIII, 7, *a Apro*.
[3] Carta 1.ª, 2, 6, *a Severo*.

todas las grandes almas de aquel siglo. Desde los más diversos puntos. Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Martín, y sus discípulos le alababan con voz unánime diríamos, si Dios, para mayor santidad de su siervo, no hubiese permitido al principio una excepción dolorosa. Algunos miembros del clero romano, movidos en el sentido contrario, de que no convenían signos de veneración para con este monje, se esforzaron, no sin éxito, en engañar, con un pretexto especioso al Sumo Pontífice. Siricio llegó casi a excomulgar a Paulino [1]. La mansedumbre y longanimidad del Siervo de Dios no tardaron en hacer ver a Siricio el error en que le habían puesto sus consejeros, y la envidia tuvo que dirigir hacia otra parte sus mordeduras.

San Paulino y la liturgia. — Nos falta espacio para diseñar más largamente esta noble existencia. Pero terminaremos recordando que la liturgia es grandemente deudora a San Paulino por los preciosos detalles que encierran sus cartas y poemas, especialmente sobre la arquitectura cristiana y el simbolismo de sus diversas partes, sobre el culto de las imágenes y el honor tributado a los santos y a sus sagradas reliquias. Una tradición, por desgracia insuficiente para aclarar todas las dudas, hace remontar hasta en el uso litúrgico de las campanas; al hacer ma-

[1] Carta V, 13-14, *a Severo.*

yores las dimensiones de la antigua campanilla, la habría él transformado en instrumento majestuoso, digno de ser el portador de la misma Iglesia, y al que la Campania y Nola dieron su nombre *(nolae, campanae)*.

VIDA. — Paulino nació en Burdeos hacia 353, de ilustre familia patricia. Su educación fué esmerada. Cónsul en 378, se casó poco después, fijó su morada en España y recibió el bautismo hacia 389 en Burdeos. Al año siguiente distribuyó todos sus bienes a los pobres. Fué ordenado sacerdote en Barcelona en 393 y, desde entonces, trasladó su residencia a Nola junto a la tumba del mártir San Félix, con su mujer y algunos discípulos. Había hecho de su casa un monasterio y regulaba su vida como los monjes. Compuso numerosos poemas en honor de San Félix, que, juntamente con sus cartas, adquirieron lugar distinguido en la literatura cristiana de su tiempo. En 409 fué elegido obispo de Nola. Al morir en 431 su cuerpo fué colocado junto al de San Félix. Después fué trasladado a Roma. Pero Pío X le restituyó al obispado de Nola en 1908.

POBREZA VOLUNTARIA. — ¡Tus bienes ahora te son devueltos a ti, que creíste en la palabra del Señor! Cuando tantos buscaban en vano guardar su tesoro de manos de los bárbaros, el tuyo estaba seguro. ¡Qué de lamentos llegaban a tus oídos ante el tremendo derrumbamiento de aquel imperio, del que fuiste uno de los primeros magistrados! ¡Aquellos colegas tuyos en los honores, aquellos compañeros de la opulencia que no imitaron tu voluntaria renuncia, no fueron culpables por ello de falta alguna; pero, cuando

sonó la hora terrible en que el poder no era más que un título para mayores males, en que la riqueza no servía a sus posesores más que de angustia y desesperación, cuánto más acertada apareció entonces tu prudencia aun para este mundo! Te dijiste que *el reino de los cielos padece violencia, y que sólo los que se hacen violencia lo alcanzan*[1]; pero la violencia que te impusiste al romper para mejores empresas los lazos terrenos, ¿sería comparable con la que más de uno de tus detractores tuvo que padecer, sin provecho ni en esta vida ni en la otra? Así sucede frecuentemente, aun cuando no imperen los tiempos calamitosos en que la ruina parece abatirse sobre el universo. Las privaciones que Dios pide a los suyos para conducirlos por las sendas de la perfección, no igualan los padecimientos que con frecuencia salen al paso de los mundanos en el camino de sus caprichos.

El amor a la verdad y a la palabra divina. — Gloria a ti, que escuchaste con oído atento el Evangelio[2], y, fuerte en la fe, triunfaste del príncipe de este mundo. Devuelve a nuestros tiempos, tan semejantes a los tuyos en la ruina, aquel amor sincero a la verdad, y aquella sencillez en la fe que, en los siglos IV y V, salvó del naufragio a la sociedad cristiana. La luz no es

[1] *Mateo*, XI, 12.
[2] Carta, V, 6, *a Severo*.

menor hoy que en aquellos tiempos; es más, la supera al ser constantemente acrecentada por el trabajo de los doctores y las definiciones pontificias. Mas la verdad, siempre igualmente poderosa para la salvación del hombre [1], sólo libra a los que viven de ella; y he ahí por qué, ¡ay! el dogma, cada vez más y más plenamente definido, no levanta al mundo de hoy. Es que no debería ser letra muerta; Jesucristo no la transmitió a la Iglesia como simple teoría especulativa, ni la Iglesia, cuando la expone a sus hijos, pretende solamente deleitar con la amplitud de sus explicaciones los oídos de los que la escuchan. La palabra de Dios es la simiente [2] que se arroja a la tierra, no para ocultarla en ella, sino para que germine y sazone y domine a los gérmenés que la rodean [3]. ¡Ojalá que esta divina semilla, oh Paulino, produzca todo su efecto en los que ahora te admiran y suplican! Sin restringir el sentido de la Escritura, sin pretender interpretar a favor de nuestras inclinaciones terrenas, lo que el Señor decía, tú, en tu lealtad, tomaste a la letra lo que debía tomarse, y por eso ahora eres santo; permanezca, pues, igualmente inalterable para nosotros todo lo que Dios dijo, y sea la regla suprema de nuestros actos y pensamientos.

---

[1] *Juan,* VIII, 32.
[2] *Lucas,* VIII, 1.
[3] *Marcos,* IV, 22.

23 DE JUNIO

VIGILIA DE SAN JUAN BAUTISTA

EL RELATO EVANGÉLICO. — "Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, y su mujer de las hijas de Aarón, y su nombre era Isabel. Y ambos eran justos ante Dios, caminando sin tacha en todos los mandatos y preceptos del Señor, y no tenían hijo, porque Isabel era estéril, y ambos eran ya ancianos. Y sucedió que, al ejercer el sacerdocio ante Dios en el orden de su turno, según la costumbre del sacerdocio, le tocó por suerte entrar a poner el incienso en el templo del Señor; y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando, a la hora del incienso. Y se le apareció el Angel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Y Zacarías se turbó, al verlo, y cayó sobre él el temor. Mas díjole el Angel: no temas, Zacarías, porque ha sido oída tu súplica: y tu mujer Isabel te dará un hijo, y llamarás su nombre Juan: y tendrás alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento: porque será grande delante del Señor, y no beberá vino, ni sidra, y será henchido del Espíritu Santo desde el mismo vientre de su madre: y convertirá a muchos hijos de Israel al Señor, su Dios: y caminará delante de El con el espíritu y el poder de Elías:

para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto [1].

El futuro Mesías. — Esta página que hoy nos hace leer la Iglesia, es preciosa entre todas aquellas en que se han consignado los anales de la humanidad; porque éste es el comienzo del Evangelio, la primera palabra de la buena nueva de nuestra salvación. No es que el hombre no hubiese tenido noticia hasta entonces de los designios del cielo para levantarle de su caída y darle el Salvador. Pero la espera había sido larga desde el día en que la sentencia dada contra la serpiente mostró a nuestro primer padre el futuro hijo de la Mujer, que sanaría al hombre y daría satisfacción a Dios. Es cierto que, de edad en edad, se había ido revelando la promesa; cada generación, podríamos decir, había visto al Señor, por medio de los profetas, ir añadiendo un nuevo rasgo al perfil de este hermano de nuestra raza, tan grande por sí mismo, que el Altísimo le llamaría su Hijo [2], tan celoso de la justicia que, para saldar la deuda del mundo, vertiría hasta la última gota de su sangre [3]. Cordero por su inmolación, dominaría la tierra con su dul-

---

[1] *Lucas,* I, 5-17
[2] Salmo, II, 7.
[3] *Isaías,* LIII, 7.

zura [1]; deseado de los pueblos aunque nacido de Jessé [2], más magnífico que Salomón [3], acogería el ardiente anhelo de las pobres almas redimidas: adelantándose a sus deseos, se hará anunciar como Esposo descendido de los collados eternos [4]. Cordero cargado con los pecados del mundo. Esposo deseado por la Esposa: éste era el Hijo del Hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios, el Cristo, el Mesías prometido al mundo. Mas, ¿cuándo debía venir este deseado de las naciones? ¿Quién señalaría al mundo a su Salvador? ¿Quién conduciría la Esposa al Esposo?

Larga espera. — Al salir llorando el género humano del Edén, había quedado con la mirada fija en el futuro. Jacob, al morir, saludaba de lejos a ese hijo querido cuya fuerza sería como la del león y cuyos encantos celestiales eran objeto de sus inspiradas contemplaciones [5] en su lecho de muerte. La humanidad, ansiosa a causa de su mal y por el ardor de sus aspiraciones, contemplaba un siglo y otro, sin que la muerte que la consumía, suspendiese sus estragos, sin que el ansia del Dios esperado cesase de aumentar en su corazón. Así pues ¡qué reiteración de plegarias se sucedía de generación en generación, y

[1] *Ibid.*, XVI, 1.
[2] *Ibid.*, XI, 10.
[3] Salmo, XLIV.
[4] *Oseas*, II, 19; *Génesis*, XLIX, 26.
[5] *Gén.*, XLIX, 9-12, 18.

qué creciente impaciencia en las súplicas! *Ojalá rompieras las barreras de los cielos y bajaras*[1]. Basta de promesas, exclaman refiriéndose a la Iglesia de aquellos tiempos el piadoso San Bernardo y los Santos Padres, al comentar el primer versículo del Cantar de los Cantares: basta de figuras y de sombras, basta de hablar por medio de otros. No escucharé más a Moisés; los profetas están mudos para mí; la ley cuyos portavoces eran, no es capaz de dar vida a mis muertos[2] ¿y qué me importarán a mí, a quien está anunciado el Verbo de Dios, los balbuceos de sus profanos labios?[3]. Nada valen los perfumes de Aarón en comparación del óleo de alegría que el Padre derramó sobre el que yo espero[4]. No más enviados ni servidores: después de tantos mensajes, venga ya El mismo.

EL PRECURSOR. — Y la Iglesia de la espera, postrada en la persona de los más dignos de sus hijos sobre la cima del Carmelo, no se levantará hasta que aparezca inminente la señal de la lluvia salvadora en el cielo[5]. Entonces, olvidando el agotamiento de los años, se arguirá con el vigor de su primera juventud; llena de la alegría anunciada por el ángel, seguirá con gozo al nue-

[1] *Isaías,* XLIV, 1.
[2] *IV Reyes,* IV, 31.
[3] *Exodo,* IV, 10; *Isaías,* VI, 5.
[4] Salmo, XLIV, 8,
[5] *III Reyes,* XVIII, 42, 46.

vo Elías, *Precursor* predestinado cuyo nacimiento para mañana nos promete la vigilia de hoy; irá en pos del que corre como el antiguo Elías [1], pero con más verdad que él, delante del carro del rey de Israel.

Oración. — Entresaquemos las dos Oraciones siguientes del Sacramentario Gelasiano; ellas nos introducirán en el espíritu de la fiesta:

"La oración del bienaventurado Juan Bautista nos obtenga, Señor, comprender y merecer el misterio de tu Cristo."

"Dios Omnipotente y eterno, que en los días del bienaventurado Juan Bautista cumpliste lo que anunciaron las prescripciones legales y los oráculos de los santos profetas; concede, te rogamos, que cese toda figura y se manifieste y hable la misma Verdad, Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

24 de junio

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

I. GLORIA DE SAN JUAN BAUTISTA

El Mesías oculto. — ¡"Voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor; he aquí a vuestro Dios"![2] ¡Oh! ¿Quién compren-

[1] *III Reyes*, XVIII, 44-46.
[2] *Isaías*, XL, 3, 9.

derá, en este siglo resfriado, los transportes de la tierra ante anuncio tan largo tiempo esperado? El Dios prometido no se ha manifestado todavía; pero ya los cielos se han humillado para darle libre paso[1]. ¿Quién descubrirá al Emmanuel bajo los velos de la humildad, en que antes como después de su nacimiento, se ocultará a los hombres su divinidad? ¿Quién, sobre todo, habiéndole reconocido en su misericordioso abatimiento, será capaz de hacer que le acepte un mundo perdido por el orgullo, y quién podrá decir, al mostrar a las turbas al hijo del carpintero[2]: He aquí al que esperaron nuestros padres?

Pues éste es el orden establecido por el Altísimo para la manifestación del Mesías: el Dios Hombre no se lanzará por sí mismo a las obras de la vida pública; sino que para la inauguración de su divino ministerio, esperará a que un miembro de la raza que ha llegado a ser suya, a que un hombre, nacido antes que él y dotado para ello de crédito suficiente, le presente a su pueblo.

CONVENIENCIA DE UN PRECURSOR. — ¡Oficio sublime, que hará de una criatura el fiador de Dios, el testigo del Verbo! La grandeza del que había de llenar esta misión, estaba señalada, como la

---

[1] Salmo, XVII, 10.
[2] *Mateo,* XIII, 55.

del Mesías, mucho tiempo antes de su nacimiento. Cristo, ciertamente, no tuvo necesidad de ayuda ajena para alumbrar sus pasos; pero durante la noche de espera, habían engañado a la humanidad tantos falsos resplandores, que la luz verdadera no habría sido comprendida si hubiese surgido de súbito, o habría cegado los ojos, incapaces de resistir su fulgor, a causa de las tinieblas precedentes. La Sabiduría eterna había, pues, decretado que, así como el astro del día se anuncia por la estrella matutina, del mismo modo Cristo-luz fuese precedido por un astro precursor y señalado por el brillo de que El mismo revestiría a este fiel mensajero de su venida. Cuando en otro tiempo el Altísimo se dignaba iluminar el porvenir por medio de sus profetas, la luz que a intervalos rasgaba el cielo del Antiguo Testamento, se extinguía sin lograr traer el día; pero el astro cantado por el Salmo, no tendrá ocaso: no siendo por sí mismo, como toda criatura, más que nada y tinieblas, reflejará, sin embargo, tan de cerca la claridad del Mesías, que muchos le tomarán por el mismo Cristo[1].

El anuncio profético. — La misteriosa conformidad de Cristo y su Precursor, la incomparable proximidad que los unió, está bien indicada en múltiples lugares de los Libros Santos. Si Cristo es el Verbo, la Palabra Eterna del Padre,

[1] *Lucas*, III, 15.

Juan será la voz portadora de esta Palabra hasta donde deba llegar. Cristo es el *Angel de la alianza;* pero en el texto en que el Espíritu Santo le da este título tan alentador de nuestra esperanza, aparece que también lleva este nombre de ángel el fiel embajador por quien el mundo conocerá al Esposo: "He aquí que yo envío a mi ángel que preparará el camino ante mí, y luego vendrá a su templo el dominador a quien vosotros buscáis y el Angel del Testamento a quien vosotros deseáis. He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos"[1]. Y para dar fin al ministerio profético, de que es el último representante, Malaquías termina sus oráculos por las palabras que hemos oído a Gabriel dirigir a Zacarías al hacerle saber el próximo nacimiento del Precursor[2].

El anuncio angélico. — La presencia de Gabriel en tal ocasión, mostraba como el niño prometido había de ser el íntimo del Hijo de Dios; pues el mismo príncipe de los ejércitos celestiales había de ir en breve a anunciar al Emmanuel. Muchos son los fieles mensajeros que asisten al trono de la Santísima Trinidad, y en la elección de estos augustos enviados se toma en cuenta ordinariamente la grandeza de las instrucciones que por ellos va a transmitir al mundo el Altí-

[1] *Malaquías,* III, 1.
[2] *Ib.* IV, 5, 6.

simo. Pero convenía que el Arcángel encargado de consumar las sagradas nupcias del Verbo con la humanidad, diese comienzo a esta gran misión preparando la venida de aquel a quien los decretos eternos habían designado como el *Amigo del Esposo* [1]. Seis meses más tarde, enviado a María, apoyaba su mensaje revelando a la Virgen purísima el prodigio que desde entonces hacía madre a la estéril Isabel: primer paso del Todopoderoso hacia una maravilla mayor. Juan no ha nacido todavía; pero sin más tardar inagurará su oficio, confirmando las promesas del ángel. ¡Inefable garantía la de este niño, oculto aún en el seno materno y testigo de Dios en la negociación sublime que tiene en suspenso el cielo y la tierra! Iluminada por el cielo, María recibe el testimonio y no duda: "He aquí la esclava del Señor, dice al ángel; hágase en mi según tu palabra"[2].

LA SANTIFICACIÓN DEL PRECURSOR. — Gabriel se retiró llevando consigo el secreto divino, que no tenía orden de comunicar al resto del mundo. La Virgen prudentísima tampoco hablará de ello; el mismo José, su virginal esposo, no tendrá noticia del misterio por ella. No importa. Hay uno para quien el Emmanuel no tendrá ni secretos ni retrasos; y sabrá cómo ha de comunicarle la

---

[1] *Juan*, III, 29.
[2] *Lucas*, *I*.

maravilla. Apenas el Verbo tomó posesión del santuario inmaculado en que habitaría los nueve primeros meses entre los hombres. Nuestra Señora, instruída interiormente del deseo de su Hijo, marcha presurosa a la montaña de Judea [1]. La primera visita es para el amigo del Esposo, para Juan su primera gracia. Una festividad distinta nos permitirá honrar especialmente el fausto día en que el Niño-Dios, al santificar al Precursor, se revela a Juan por boca de María, y en que la Virgen, revelada por Juan que salta de gozo en el seno materno, proclama las grandezas que el Todopoderoso obró en ella, *según la promesa misericordiosa que hizo en otro tiempo a nuestros padres, a Abraham y a su posteridad hasta el fin de los siglos* [2].

NACIMIENTO DEL PRECURSOR. — Por fin ha llegado el tiempo en que, de los niños y de las madres la noticia se extenderá en la comarca, hasta que sea hora de esparcirse por todo el mundo. Juan nace, y, como no puede hablar aún, desatará la lengua de su padre. Hará cesar el mutismo con que había castigado el ángel al anciano sacerdote, imagen de la antigua ley; y Zacarías, lleno del Espíritu Santo, publicará con un nuevo cántico la *dichosa visita del Señor Dios de Israel* [3].

[1] *Lucas*, I, 39.
[2] *S. Lucas*, I, 55.
[3] *Ibíd.*, I, 68.

II. LITURGIA DE LA FIESTA

LA PIEDAD ANTIGUA. — Todo nos muestra en esta fiesta una de las solemnidades más queridas de la Esposa. ¿Qué sería, si, remontándonos a tiempos mejores, nos fuese dado tomar parte en las antiguas manifestaciones del instinto católico en este día? En los tiempos dichosos en que la piedad de los pueblos seguía dócilmente las inspiraciones de la Iglesia, el espectáculo de las demostraciones que a la fe de todos sugería la vuelta de aniversarios amados, mantenían en cada uno la inteligencia de la obra divina y de las grandes armonías que el Ciclo antiguo sabía reproducir. Hoy, que en la mayoría se ha perdido el espíritu litúrgico, el movimiento tan católico que imprimía en las muchedumbres, no se encuentra, y la falta de guías expertos se deja sentir en la devoción de no pocos. Abandonada ésta y sin la luz de los faros luminosos que la Iglesia dispuso en las encrucijadas de su camino, con frecuencia aparece más sensible a los vientos de las novedades que al soplo del Espíritu Santo; se ve privada del espíritu exquisito que tanto los miembros pequeños como los mayores de la familia cristiana, sacaban de la escuela común del Ciclo sagrado; sin una vista de conjunto, con mucha frecuencia carece de proporciones, y la falta de equilibrio la expone

a mil falsos movimientos peligrosos o al menos sin más resultado que una inútil fatiga. Con todo eso, los sobresaltos y extravíos producidos por la insuficiencia de algunos, no hacen zozobrar el navío de la verdadera piedad, porque, contra viento y marea, y en medio mismo de las pérdidas en que se ve obligado a consentir, la mano firme del piloto supremo mantiene constante e idéntica la dirección primera. Están lejos los tiempos en que dos ejércitos enemigos, al encontrarse cara a cara el día de la vigilia de S. Juan, dejaban el combate para el día siguiente a la fiesta [1]. A pesar de todo, la Natividad de S. Juan Bautista aparece en el Calendario como doble de primera clase con Octava, y sigue presentándose al fiel instruído, revestida de caracteres que la designan como uno de los más importantes días del año.

La fiesta del 29 de agosto. — Otra nueva fiesta reclamará, a fines de agosto, nuestros homenajes al hijo de Zacarías e Isabel: la festividad de su glorioso martirio y nacimiento para el cielo. Pero, aunque *veneranda* para nosotros, según expresión de la misma Iglesia en el día de la degollación de S. Juan Bautista, no gozará del esplendor de ésta. Es porque, en realidad, la solemnidad de este día se dirige menos a Juan que a Jesús, a quien aquél anuncia; mientras que la

[1] Batalla de Fontenay en Francia (sábado 25 de Junio 841).

Degollación, más personal para nuestro Santo, no presenta en el plan divino la importancia que tenía su nacimiento, preludio del del Hijo de Dios.

LA NAVIDAD DE VERANO. — Jesús es *la luz*, la luz sin la que este mundo permanecería en la muerte; y Juan no es otra cosa que *el hombre enviado por Dios*, sin el que la luz quedaría desconocida [1]. Mas, siendo Jesús inseparable de Juan como el día de su aurora, no hay que extrañarse de que la alegría del mundo en el nacimiento de Juan participe de la que excitará a su tiempo la venida del Salvador. Es la Navidad de verano. Desde el principio Dios y la Iglesia tuvieron cuidado, como lo veremos, de señalar por mil concomitancias la dependencia y parecido de ambas solemnidades.

PRECURSOR DE LOS MÁRTIRES. — Dios, cuya providencia procura siempre la glorificación del Verbo hecho carne, juzga a los hombres y a los siglos en la medida en que éstos dieron testimonio de Cristo. Y he aquí por qué Juan es tan grande. Pues de Aquel de quien los profetas anunciaron que vendría, de quien los apóstoles predicaron como venido ya, solamente él, profeta y apóstol al mismo tiempo, dijo señalándole: ¡Héle aquí! Juan, pues, siendo el *testigo* por antonomasia [2],

[1] *S. Juan*, 4-10.
[2] *S. Juan*, I, 7.

convenía que presidiese al período glorioso en que, durante tres siglos, la Iglesia tributaría al Esposo el testimonio de la sangre, que da el primer lugar en su reconocimiento a los mártires después de los Apóstoles y profetas, sobre cuyos cimientos está edificada [1]. Diez veces se abrieron en la inmensidad del imperio romano las venas de la Esposa; y la Sabiduría eterna quiso que la décima y última persecución acabara el 25 de Diciembre de 303, en Nicomedia [2], uniéndose así al nacimiento del Hijo de Dios cuyo triunfo aseguraba. Pero, si la Natividad del Emmanuel señala en los fastos sagrados el fin de las grandes tribulaciones, la de Juan convenía señalase los principios. En el año 64 fué cuando la Roma pagana abrió por vez primera sus arenas a los soldados de Cristo; y el 24 de Junio es cuando la Iglesia hace majestuosa mención de ello en su Martirologio por la memoria que sigue al anuncio de la Natividad del Precursor; "En Roma, la conmemoración de muchísimos santos mártires, los cuales en tiempo del emperador Nerón, acusados falsamente de haber puesto fuego a la ciudad, fueron cruelmente martirizados con diversos suplicios: unos, cubiertos con pieles de fieras, fueron echados a los perros para que los despedazasen; otros crucificados; otros prendidos a modo de antorchas para que sirviesen de

[1] *Eph.*, II, 20.
[2] Año Litúrgico, t. I, p. 225.

luces durante la noche. Todos estos, discípulos de los Apóstoles, fueron las primicias escogidas que la Iglesia Romana, campo fértil en mártires, ofreció al cielo antes de la muerte de los Apóstoles del Señor."

PRECURSOR DE LOS MONJES. — La solemnidad del 24 de Junio esclarece, pues, doblemente los orígenes del cristianismo. Por muy turbulentos que fuesen los días de la Iglesia no hubo un solo año en que no se cumpliese la predicción del ángel: *Muchos se alegrarán en el nacimiento de Juan*[1]; con la alegría, su palabra, sus ejemplos, su intercesión daban ánimo a los mártires. Después del triunfo alcanzado por el Hijo de Dios sobre la negación pagana, cuando al testimonio de sangre sucedió el de la confesión en obras y alabanzas, Juan conservó su oficio de Precursor de Cristo en las almas. Guía de monjes, los conduce lejos del mundo y los fortifica en los combates de la soledad; amigo del Esposo, continúa formando a la Esposa, *preparando al Señor un pueblo perfecto*[2].

PRECURSOR DE LOS FIELES. — En todos los estados, en todos los grados de la vida cristiana se hace sentir su benéfica y necesaria influencia. "Precursor en su nacimiento, precursor en su muerte, S. Juan, dice S. Ambrosio, continúa yen-

[1] *S. Luc.*, I, 14.
[2] *Ibid.*, 17.

do delante del Señor. Y acaso más de lo que nosotros pensamos, su acción misteriosa tiene su parte en nuestra vida presente en el día de hoy. Cuando comenzamos a creer en Cristo, hay como cierta virtud de Juan que nos atrae; él dirige hacia la fe los caminos de nuestra alma; endereza los caminos torturosos de esta vida, hace así derecha la vía de nuestra peregrinación para que no caigamos en los abismos del error; hace que todos nuestros valles se llenen de frutos de virtudes, y que todo respeto humano se humille ante el Señor"[1].

Patrono de los bautisterios. — Pero si el Precursor tiene parte en cada progreso de la fe acercando las almas a Cristo, mucho más interviene en todo bautismo que hace crecer a la Iglesia. Los bautisterios le están dedicados. El bautismo que derramaba sobre las turbas a orillas del Jordán, nunca tuvo, es cierto, el poder del bautismo cristiano; pero, al sumergir al Hombre-Dios en las aguas, dotó a éstas de la virtud fecundante que, salida de ese Hombre-Dios, completaría hasta el fin de los tiempos, con la incorporación de nuevos miembros, el cuerpo de la Iglesia unida a Cristo.

Patrono de pueblos e Iglesias. — La fe de nuestros antepasados conocía los grandes bienes de que eran deudores a Juan los pueblos y los

[1] *Coment., sobre S. Lucas,* I, 38.

particulares. Tantos neófitos recibían su nombre en el bautismo, y tan eficaz era para conducir a la santidad la ayuda que prestaba a sus fieles devotos, que no hay día en el calendario, en que no se pudiese celebrar el nacimiento de algunos de ellos para el cielo. Patrono en otro tiempo de Lombardía, lo es hoy del Canadá francés. Pero así en Oriente como en Occidente ¡quién podrá contar las comarcas, las ciudades, las abadías, las iglesias puestas bajo su poderoso patrocinio! ¡Desde el templo que, reinando Teodosio, reemplazó en Alejandría al antiguo Serapeon, famoso por sus misterios, hasta el santuario erigido sobre las ruinas del altar de Apolo, en el Monte Casino por el Patriarca de los monjes! ¡desde las quince iglesias que Bizancio tenía consagradas dentro de sus muros al Precursor, hasta la majestuosa basílica de Letrán, que en la capital del universo católico es la madre y maestra de todas las iglesias de la Ciudad y del mundo! Dedicada primitivamente al Salvador, muy pronto a este sagrado vocablo asoció, como inseparable, el del Amigo del Esposo.

Solemnidad de la vigilia. — La Vigilia de San Juan no es ahora de precepto; antes, sin embargo, no sólo era de ayuno obligatorio el día próximo a la Natividad del Precursor, sino que una cuaresma entera evocaba, en su duración y prescripciones, el Adviento del Señor. De este

modo, cuanto más severas habían sido las exigencias de la preparación, tanto más estimada y mejor se comprendía la fiesta. Después de haber igualado la penitencia de la cuaresma de Juan a las austeridades de la de Navidad, nadie se admiraba de que la Iglesia asemejase en su Liturgia ambas Natividades.

HOGUERAS DE SAN JUAN.—Tres misas solemnizaban la Natividad de Juan, como la de Aquel a quien él dió a conocer a la Esposa: La primera, por la noche, recordaba su título de Precursor; la segunda, al alba, honraba su bautismo; la tercera, a la hora de Tercia, exaltaba su santidad [1]. Así como antiguamente hubo dos Maitines en la noche de Navidad, Durando de Mende dice, siguiendo a Honorio de Autun, que muchos celebraban en la festividad de S. Juan doble Oficio [2]. El primero se iniciaba al caer la tarde; no tenía *alleluia,* para significar el tiempo *de la Ley y de los Profetas, que duró hasta Juan* [3]. El segundo comenzaba a media noche y finalizaba a la aurora; se cantaba con *Alleluia,* para hacer resaltar la llegada del tiempo de la gracia y *del Reino de Dios* [4].

La alegría, carácter propio de esta fiesta, se desbordaba fuera de los sagrados lugares y lle-

[1] *Sacram., Greg., Amal.,* Pseudo-Alcuino, Ord., rom.
[2] *Ration.,* VII, 14.
[3] *S. Luc.,* XVI, 16.
[4] *Ibid.,*

gaba hasta los mismos infieles musulmanes. Si en Navidad el rigor de la estación hacía recluirse en sus hogares las tiernas expansiones de la piedad privada, la nitidez de la noches de estío de S. Juan ofrecía ocasión de desquite a la fe viva de los pueblos. Por eso completaba lo que la parecía insuficiencia en las demostraciones hacia el Niño-Dios, con los honores tributados al Precursor en su cuna. Apenas se habían extinguido los últimos rayos del sol, cuando, desde Oriente hasta Occidente, sobre la haz del mundo entero, inmensas llamaradas surgían de las montañas, e iluminábanse súbitamente las ciudades, las aldeas y aun los más pequeños caseríos. Eran las hogueras de S. Juan, testimonio auténtico, constantemente renovado, de la verdad de las palabras del ángel y de la profecía, que anunciaba la alegría universal que saludaría el nacimiento del hijo de Isabel. Como una *lámpara ardiente y luciente,* según la expresión del Señor, había aparecido en la noche interminable, y la sinagoga *había querido gozarse en sus destellos por algún tiempo* [1]*;* mas, desconcertada por su fidelidad, que le impedía hacerse pasar por Cristo y por la luz verdadera [2], irritada a la vista del Cordero a quien aquél indicó como salud del mundo y no solamente de Israel [3], la sinagoga pronto volvió a las tinieblas, y ella misma se tapó los

[1] *S. Juan,* V. 35.
[2] *Ibid.,* I, 20.
[3] *Ibid.,* 29.

ojos con la venda que la hace permanecer en las tinieblas hasta nuestros días. La gentilidad, agradecida a aquel que no quiso ni rebajar, ni engañar a la Esposa, le exaltó tanto más cuanto más se abatió él; recogió los sentimientos que debía haber conservado la repudiada sinagoga, y manifestó por todos los medios de que era capaz, que, sin confundir el resplandor propio del Sol de justicia con la luz recibida del Precursor, saludaba con no menor entusiasmo aquella luz que fué para la humanidad la aurora de las alegrías nupciales.

ANTIGÜEDAD DE LAS HOGUERAS DE SAN JUAN. — Podría decirse de las hogueras de S. Juan que se remontan casi a los orígenes del cristianismo. Al menos aparecen desde los primeros años de la paz, como fruto de la iniciativa popular, y no sin excitar la atención de los Padres y los concilios, cuidadosos de desterrar toda idea supersticiosa en las manifestaciones que reemplazaban, por otra parte felizmente, las fiestas paganas de los solsticios. Pero la necesidad de combatir algunos abusos, tan posibles hoy como entonces, no impidió a la Iglesia fomentar tal género de demostraciones, que también respondía al carácter de la fiesta [1]. Las hogueras de San

[1] Los paganos celebraban, desde hacía tiempo, el solsticio de verano, el 24 de Junio, con alegres fogatas en honor del sol. Los cristianos adoptaron esta costumbre en honor de aquel que, antorcha ardiente, fué, el precursor de la verdadera luz. (DAC, V, c. 1468).

Juan completaban felizmente la solemnidad litúrgica; mostraban unidas en un mismo pensamiento a la Iglesia y a la ciudad terrena. Pues la organización de estos regocijos estaban a cargo de los ayuntamientos, y los municipios cargaban con todos los gastos. Por eso, el privilegio de encender las hogueras quedó reservado, ordinariamente, a las autoridades civiles. Los mismos reyes, tomando parte en las alegrías comunes, tenían a gala dar esta señal de alegría a sus pueblos.

LA RUEDA ARDIENTE. — En ciertos lugares la *rueda ardiente,* disco inflamado que rodaba sobre sí mismo y recorría las calles de las ciudades o descendía de las cimas de las montañas, representaba el movimiento del sol que se remonta a lo más alto de su curso para pronto volver a descender; evocaba la palabra del Precursor respecto del Mesías: *Es necesario que El crezca y yo disminuya* [1]. El simbolismo se completaba con el uso de quemar los despojos y restos de toda clase en este día, que anunció el final de la antigua ley y el principio de los nuevos tiempos, según las palabras de la Escritura: *Rechazaréis lo que sea viejo, cuando alcancéis los nuevos bienes* [2].

¡Dichosos los pueblos que conservan todavía algo de las costumbres, de las que nuestros pa-

[1] *S. Juan,* III, 30.
[2] *Levit.,* XXVI, 10.

dres, en su sencillez, sacaban una alegría sin duda más verdadera y más pura que las deseadas por sus descendientes en las fiestas en que el alma no toma parte alguna!

III. LA MISA

La Misa está compuesta de diversos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento. La Iglesia, dicen los liturgistas, quiere con ello indicarnos que Juan es el lazo de unión de ambas alianzas y participa de cada una. Es el broche de oro que une el doble manto de la ley y de la gracia [1] en el pecho del Pontífice eterno.

El Introito es de Isaías; en la Espístola encontraremos entero el texto de donde está tomado. El salmo que antiguamente se cantaba con él, es el XCI, del que solamente queda en uso el primer versículo, aunque la razón por la que primitivamente se le escogió, está en el verso siguiente y en el trece: *Es bueno anunciar tu misericordia por la mañana y manifestar tu verdad por la noche... El justo florecerá como la palma; y se multiplicará como el cedro del Líbano.*

INTROITO

Desde el vientre de mi madre me llamó el Señor con mi nombre: y puso mi boca como espada aguda: me protegió bajo la sombra de su mano, y me puso como

[1] *S. Pedro Cris.*, Sermón 91.

una saeta escogida. — *Salmo:* Es bueno alabar al Señor: y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Gloria al Padre.

La colecta recoge los votos del pueblo cristiano, en este día tan grande a causa del nacimiento del Precursor. Implora la abundancia de las alegrías espirituales, gracia propia de esta festividad como lo anunció Gabriel; y, aludiendo a la misión del hijo de Zacarías, que consiste en enderezar los caminos de salvación, suplica que ningún cristiano se descarríe de los senderos de la vida eterna.

COLECTA

Oh Dios, que nos hiciste venerable este día con la natividad de San Juan: da a tus pueblos la gracia de los gozos espirituales; y dirige las almas de todos los fieles por la senda de la eterna salvación. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (XLIX, 1-3, 5-7).

Oíd, islas, y atended, pueblos, de lejos: el Señor me llamó desde el seno materno, desde el vientre de mi madre se recordó de mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda: me protegió bajo la sombra de su mano, y me puso como una saeta escogida: me escondió en su aljaba. Y díjome: Tú eres mi siervo, Israel, porque me gloriaré de ti. Y ahora me dice el Señor, haciéndome siervo suyo desde el vientre materno: Mira, te he dado como luz de las gentes, para que seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán por el Señor y por el Santo de Israel, que te eligió.

GRATITUD DE LOS GENTILES. — Hijos de la Iglesia, entremos en sus pensamientos; comprendamos qué agradecimiento debe ser el nuestro, de nosotros gentiles, hacia aquel a quien *toda carne* deberá el haber conocido al Salvador [1]. Desde el desierto, donde su voz zahería el orgullo de los descendientes de los patriarcas, nos veía suceder a la soberbia sinagoga; sin aminorar en nada las exigencias divinas, su austera predicación tenía, para los futuros privilegiados del Esposo acentos que nunca conocieron los judíos: "Raza de víboras, decía a éstos: ¿quién os enseña a huir de la ira que ha de venir? Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no digáis: Tenemos por Padre a Abraham. Porque os digo que puede Dios de estas piedras hacer nacer hijos de Abraham. Porque ya está puesta la segur a la raíz, y el árbol que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego"[2]. Mas a los despreciados publicanos, a los soldados detestados, a todos los corazones estériles de la gentilidad, comparables ciertamente a las rocas del desierto, Juan Bautista anunciaba la gracia, que refrescaría y fecundaría con la justicia sus almas secas. "Publicanos, no exijáis más de lo que os está ordenado; soldados, contentaos con vuestro sueldo [3]. Moisés dió la ley; pero mejor es la gra-

[1] *Isaías*, XL, 5.
[2] *S. Lucas*, III, 7-9.
[3] *S. Luc.*, III, 12-14.

cia, obra de aquel a quien yo anuncio [1], he aquí el que quita los pecados del mundo [2] y nos da a todos de su plenitud"[3].

INGRATITUD DE LOS JUDÍOS. — ¡Qué nuevos horizontes para estos despreciados, a los que el desdén de Israel había considerado por tanto tiempo como vitandos! Mas, para la sinagoga, semejante golpe al pretendido privilegio de Judá, era un crimen. Había soportado las invectivas lacerantes del hijo de Zacarías; se había mostrado pronta a aclamarle como a Cristo [4]; mas invitarla a marchar a una con la impura gentilidad, a ella que se decía tan pura, era demasiado: Juan, desde este momento, fué juzgado como lo sería su Señor. Jesús, insistirá más tarde sobre la diferente acogida que dispensaron a su Precursor los distintos oyentes; de ello sacará la base de la sentencia de reprobación contra los judíos. "En verdad os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios; pues Juan vino a vosotros en camino de justicia y no le creísteis, y los publicanos y la rameras le creyeron, y vosotros, viéndole, ni aún hicisteis penitencia después"[5].

Después que Isaías ha profetizado la venida de Juan y del Salvador, Jeremías, figura de am-

[1] S. *Juan*, I, 15-17.
[2] *Ibid.*, 29.
[3] *Ibid.*, 16.
[4] *Juan*, I, 19.
[5] S. *Mat.*, XXI, 31-32.

bos, aparece en el Gradual; él también fué santificado en el vientre materno y preparado desde entonces para el ministerio que debía cumplir. El Verso deja en suspenso el anuncio de la palabra del Señor; según el rito usado antiguamente, se completaba repitiendo el Gradual. El Verso aleluyático está tomado del Evangelio, del *Benedictus*.

GRADUAL

Antes que te formara en el seno, te conocí: y, antes que salieras de vientre, te santifiqué. ℣. Extendió el Señor su mano, y tocó mi boca, y díjome.

Aleluya, aleluya. ℣. Tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo: irás delante del Señor, para preparar sus caminos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (I, 56-68).

Cumpliósela a Isabel el tiempo del parto y dió a luz un hijo. Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había glorificado su misericordia con ella, y la felicitaron. Y sucedió en el octavo día que vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban Zacarías, con el nombre de su padre. Y, respondiendo su madre, dijo: De ningún modo, sino que se llamará Juan. Y dijéronle: No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre. Y le indicaron a su padre cómo quería que se llamase. Y, pidiendo una tablilla, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y se extrañaron todos. Y se abrió al punto su boca, y se soltó su lengua, y habló bendiciendo a Dios. Y se apoderó el temor de todos sus vecinos: y se divulgaron todas estas cosas por todas las montañas de Judea: y se preguntaban to-

dos los que las oían, diciendo: ¿Quién crees que será ese niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que ha visitado y obrado la redención de su pueblo.

LOS SANTUARIOS DE AIN-KARIM. — Después de los lugares santificados por el paso en este mundo del Verbo hecho carne, no hay otro, en Palestina, que pueda interesar tanto al alma cristiana como aquel donde se cumplieron los sucesos que cuenta este Evangelio. La ciudad que ilustró el nacimiento del Precursor, se encuentra dos leguas al Oeste de Jerusalén, así como Belén donde nació el Salvador está dos leguas al Sur de la Ciudad Santa. El peregrino que se dirige a S. Juan-de-la-Montaña, saliendo por la puerta de Jaffa, encuentra primeramente el Monasterio griego de Santa Cruz. Después, continuando su marcha a través del macizo de los montes de Judá, escala una cumbre desde donde se divisa el Mediterráneo. La casa de Obed-Edom, en la que habitó tres meses el arca santa, se elevaba en este lugar, de donde un rápido sendero conduce al lugar en que María, la verdadera arca de la alianza, pasó tres meses de bendición en casa de su prima Isabel. Dos santuarios, distantes uno de otro aproximadamente unos mil pasos, consagran los grandes recuerdos que acaba de relatarnos S. Lucas: En el uno fué concebido y nació Juan Bautista; en el otro tuvo

lugar la circuncisión del Precursor, ocho días después de su nacimiento. El primero reemplaza a la casa urbana de Zacarías; en su forma actual se remonta a una época anterior a las cruzadas. Es una hermosa Iglesia con tres naves y cúpula. El altar mayor está dedicado a San Zacarías; el de la derecha a Sta. Isabel. A la izquierda, siete gradas de mármol conducen a una cripta cavada en la roca y que no es sino el aposento más retirado de la casa primitiva: es el santuario de la Natividad de S. Juan. Cuatro lámparas amortiguan la oscuridad de esta cripta veneranda, mientras que otras seis, suspendidas de la mesa del altar, alumbran esta inscripción grabada en el mármol del pavimento: HIC PRAECURSOR DOMINI NATUS EST: Unámonos en este día a los hijos de S. Francisco, guardianes de tan inefables recuerdos.

Las tradiciones locales colocan a alguna distancia de este primer santuario, como ya hemos dicho, el recuerdo de la circuncisión del Precursor. Además de la casa urbana, Zacarías poseía otra más aislada. Isabel se había retirado a ella durante los primeros meses de su embarazo, para gustar en el silencio el don de Dios [1]. Allí la encontró la Virgen al venir de Nazaret, allí se produjo el sublime salto de gozo de los niños y de las madres, allí el *Magnificat* probó al cielo que en adelante la tierra le sobrepujaba

[1] *S. Luc.*, I, 24-25.

en la alabanza y el amor. Convenía que el cántico de Zacarías, el cántico de la mañana, resonase por primera vez en el lugar donde el de la tarde se había elevado como columna de incienso de suave olor.

Urbano V, en 1368, ordenó se cantase el *Credo* el día de la Natividad de San Juan Bautista y durante su Octava, para que el Precursor no pareciese inferior a los Apóstoles. La antigua costumbre de suprimir el Símbolo en esta fiesta ha prevalecido sin embargo: no como señal de inferioridad respecto de aquel que se eleva por encima de todos los que anunciaron el reino de Dios, sino para indicar que acabó su curso antes de la promulgación del Evangelio.

El Ofertorio está sacado del salmo del Introito: es el verso que antiguamente formaba el Introito de la 2.ª Misa del Santo, al alba.

OFERTORIO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro del Líbano.

La Secreta pone de relieve el doble carácter de Profeta y Apóstol, constitutivo de la grandeza de San Juan; el sacrificio que se ofrece en su honor, aumentará su gloria al poner de nuevo ante nuestros ojos al cordero de Dios que anunció y que mostró al mundo.

SECRETA

Llenamos, Señor, tus altares de dones, celebrando con el debido honor la natividad de aquel que predijo había de venir y que mostró ya presente al Salvador, a nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina.

El Esposo toma posesión de la Esposa, y Juan Bautista le preparó el camino, como lo indica la Antífona de la Comunión. El momento de los Misterios es aquel en que, cada día, repite: "*El que tiene la Esposa, ése es el Esposo; mas el amigo del Esposo, que está con él y le oye, se llena de gozo con la voz del Esposo. Así, pues, este mi gozo ha quedado cumplido*"[1].

COMUNION

Tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo: porqué irás delante del Señor, para preparar sus caminos.

Si la alegría se desborda en el amigo del Esposo, ¿cómo la Esposa, en este bendito momento de Misterios, no será toda ella alegría y agradecimiento? Exalte, pues, en la Poscomunión a aquel que la hizo conocer a su Salvador y Señor.

POSCOMUNION

Alégrese, oh Dios, tu Iglesia con la generación de San Juan Bautista, por quien conoció al autor de su regeneración, a nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina.

[1] *Juan*, III, 29.

OFICIO PERMANENTE DEL PRECURSOR. — También nosotros, oh Precursor del Mesías, tomamos parte en la alegría que trae al mundo tu nacimiento. Este anunciaba la propia venida del Hijo de Dios. Ahora bien, cada año el Emmanuel vuelve a nacer de nuevo en la Iglesia y en las almas; y así hoy, como hace veinte siglos, no quiere venir a este mundo sin que tú, como entonces, hayas preparado los caminos de este nacimiento por el que se nos da a cada uno el Salvador. Apenas finalizó la serie de misterios que dieron cumplimiento a la glorificación del Hombre-Dios y fundación de la Iglesia, cuando ya alborea en el horizonte Navidad; ya, en su cuna, Juan salta de gozo y revela la proximidad del Niño-Dios. Amable profeta del Altísimo, que, sin poder hablar aún, ya sobrepasas a todos los grandes profetas: muy pronto parecerá que el desierto te ha arrebatado para siempre del trato de los hombres. Mas en los días de Adviento, la Iglesia te encontrará de nuevo; y ella nos volverá sin cesar a tus sublimes enseñanzas, al testimonio que tú mismo darás de Aquel a quien ella espera. Comienza desde ahora a preparar nuestras almas; vuelto de nuevo a este mundo en este alegre día, venido como mensajero de la cercana llegada del Señor, ¿podrías permanecer inerte por un momento ante la obra inmensa que te incumbe respecto de nosotros?

DIGNOS FRUTOS DE PENITENCIA. — Desterrar el pecado, domar las pasiones, enderezar los instintos descarriados de la pobre naturaleza caída: todo esto sin duda se habría ya practicado, todo esto se habría ejecutado hace tiempo, si hubiésemos correspondido a tus pasadas fatigas. Sin embargo de eso, es muy cierto que apenas en muchos se ha comenzado a roturar esas tierras rebeldes, en donde las piedras y las zarzas han desafiado tus cuidados desde hace años. Lo reconocemos, confundidos al confesarnos culpables: te descubrimos *a ti y a Dios Todopoderoso* nuestras faltas, como nos enseña la Iglesia a hacerlo al principio del Santo Sacrificio; mas al mismo tiempo te pedimos con ella *intercedas por nosotros ante Dios nuestro Señor.* Así lo proclamabas en el desierto: de estas mismas piedras Dios puede sacar hijos de Abraham.

PRESENCIA DE SAN JUAN EN LA MISA. — Diariamente las solemnes fórmulas oblacionales, preparatorias de la inmolación renovada del Salvador, nos muestran la parte *honrosa* y poderosa que te corresponde en este augusto Sacrificio; tu nombre, vuelto a pronunciar cuando la víctima sagrada está sobre el altar, ruega entonces *por nosotros, pecadores,* al Dios misericordioso. ¡Ojalá nos sea propicio, en atención a tus méritos y a nuestra miseria, y a la súplica perseverante de la Iglesia, trocando nuestros corazones

y reemplazando sus malas inclinaciones por los atractivos de la virtud, que nos alcanzarán la visita del Emmanuel! En este momento sagrado de los Misterios, invocado tres veces según la fórmula que tú nos enseñaste, *el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo,* se apiadará de nosotros y nos concederá la paz: esta paz preciosa con el cielo, con la tierra y con nosotros mismos, que nos preparará para el Esposo haciéndonos *Hijos de Dios* [1], según tú mismo atestiguas cada día por boca del sacerdote al finalizar el Santo Sacrificio. Entonces ¡oh Precursor! será completa nuestra alegría como la tuya; dará comienzo la unión sagrada, de la que este día de tu nacimiento encierra para nosotros una esperanza tan lisonjera, y, desde este mundo y bajo el velo de la fe, será una realidad sublime, en espera de la clara visión de la eternidad.

25 DE JUNIO

SAN GUILLERMO, ABAD

En la Octava de San Juan aparecerán numerosos mártires. Juan y Pablo, Ireneo y los dos príncipes de los Apóstoles confirmarán también con su sangre el testimonio de aquel que manifestó la venida al mundo del Dios desde tanto tiempo esperado. ¿Dónde hallar nombres más

[1] *S. Juan,* I, 12; *S. Mat.,* V, 9.

ilustres en miras de la grandeza humana, de la ciencia sagrada y de la jerarquía santa?

LOS MONJES, TESTIGOS DE CRISTO. — Mas no sólo el Emmanuel hace resplandecer el poder de su gracia y la fuerza victoriosa de los ejemplos dados por su Precursor al mundo, en la gloria incomparable del martirio. Hoy se ofrece a nuestros homenajes precisamente uno de los innumerables atletas en la penitencia que siguieron a Juan en el desierto; huyendo, como él, desde la niñez, de una sociedad en la que su alma presentía no habría de encontrar más que tropezones y peligros, consagrando su vida al triunfo completo de Cristo en sí mismos sobre la triple concupiscencia, dan testimonio del Señor por medio de sus obras, ocultas al mundo, pero que alegran a los ángeles y hacen temblar al infierno.

Guillermo fué uno de los jefes de esta santa milicia. La Orden de Montevérgine, fundada por él, ha sido benemérita para la Orden monástica y para la Iglesia en las regiones de Italia meridional, en que Dios quiso, repetidas veces, oponer, a modo de dique, al desvarío de los sentidos el espectáculo de las más austeras virtudes.

MISIÓN DE SAN GUILLERMO.—Personalmente y por medio de sus discípulos, Guillermo tuvo como misión infundir en el reino de Sicilia, que se estaba fundando entonces, la santidad que

todo pueblo cristiano reclama en su base. Lo mismo en el Mediodía como en el Norte de Europa, la raza normanda acababa de ser providencialmente llamada a promover el reino de Jesucristo. Era cuando Bizancio, incapaz de sostener sus últimas posesiones de Occidente contra la invasión sarracena, pretendía retener las iglesias de estas comarcas en los lazos del cisma, en los que las había encadenado poco hacía, la intrigante ambición de Miguel Cerulario. La Media Luna se había visto obligada a retroceder ante los hijos de Tancredo de Hauteville; y la diplomacia griega fracasó a su vez ante la ruda simplicidad de estos hombres que aprendieron en seguida a no oponer a las argucias bizantinas otro argumento que el de su espada. El papado, vacilante al principio, comprendió pronto qué ayuda le podían prestar los recién llegados en las luchas feudales que se agitaban a su alrededor desde hacía dos siglos, y preparaban la larga lucha del Sacerdocio y del Imperio.

El Espíritu Santo era el que, como siempre, a partir de Pentecostés, regía ahora los acontecimientos para el mayor bien de la Iglesia. El inspiraba a los Normandos asegurar sus conquistas en la firmeza de la Piedra apostólica, reconociéndose vasallos de la Santa Sede. Pero al mismo tiempo, para recompensar la fidelidad de los comienzos, para hacerlos más dignos de la misión que habría aumentado su honor y fuer-

za, si hubiesen seguido comprendiéndola, ponía a su disposición hombres santos. Rogerio I vió a San Bruno rogar por su pueblo en las soledades de Calabria y salvarle milagrosamente a él mismo de los lazos tendidos por la traición; Rogerio II tuvo el ejemplo y las exhortaciones del fundador de Montevérgine para volver a los caminos de la justicia, de los que se apartaba con frecuencia.

VIDA. — Guillermo nació en Vercelli en 1085. Huérfano a los pocos años, realizó varias peregrinaciones y se retiró después, en 1108 al monte Solicoli, donde llevó una vida penitente durante un año. Habiendo sido descubierto por un milagro, huyó y fué a vivir a Campania, en el monte llamado Virgiliano en recuerdo de Virgilio y que recibirá más tarde el nombre de Montevérgine en honor de la Santísima Virgen. Pronto se le unieron varios discípulos y todos juntos comenzaron a vivir la vida monástica. Guillermo fundó muchos monasterios y fué consejero de Rogerio II, rey de Nápoles. Murió en 1142 en el Monasterio de San Salvador, y Pío VI, en 1785, extendió su culto a toda la Iglesia. Como no dejó escritas Constituciones, su tercer sucesor adoptó en 1157 la Regla benedictina. En 1879, como la orden estuviese a punto de desaparecer, fué unida a la Congregación Benedictina de Subiaco.

PODER DE LA VIDA MONÁSTICA. — Imitando a Juan, oh Guillermo, comprendiste las delicias del desierto, y Dios quiso enseñar por tu mediación la utilidad de ese vivir, que, en su huída del mundo, parece desinteresarse de las preocupa-

ciones humanas. El desapego completo de los sentidos, dejando libre al alma, la acerca al Ser supremo; la soledad, apagando los ruídos de la tierra, deja oír la voz del Creador. De este modo, el hombre, ilustrado por el Autor mismo del mundo sobre los grandes intereses puestos en juego en su obra, se hace un instrumento tan poderoso como dócil para el alcance de estos intereses, que no son otros sino los de la criatura misma y los de las naciones. Así fuiste tú, oh ilustre santo, protector de un pueblo grande, que halló en tu palabra la regla de la justicia, en tus ejemplos el estímulo de las más bellas virtudes, en tu rigurosa penitencia una reparación a Dios por los extravíos de sus reyes. Para este pueblo naciente, en quien las victorias de sus armas excitaban la violencia e ímpetu de las pasiones, también la multitud de milagros que acompañaban a tus exhortaciones, tenían su elocuencia; así lo atestiguan aquel lobo que, después de devorar al asno del monasterio, fué condenado a sustituirle en su humilde servicio, y aquella infeliz pecadora que, el día en que te acostaste en un lecho de fuego desafiando el furor de las llamas, dejó su vida criminal y fué conducida por ti a la santidad.

Plegaria por Italia. — Muchas guerras han sobrevenido desde entonces a este país en el que padeciste y oraste, enseñándonos la poca firmeza

de aquellos reinos y gobiernos que no buscan ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia. A pesar de la mucha frecuencia con que se han olvidado tus enseñanzas y ejemplos después que dejaste la tierra, protege al país en que Dios te concedió tan grandes gracias, y se dignó confiarlo a tu intercesión poderosa. Aun permanece la fe viva en estos pueblos; consérvala, a pesar de los esfuerzos de sus enemigos; hazla producir frutos en el campo de las virtudes. Nuestra Señora, de quien tan benemérito eres, está pronta a secundar tus esfuerzos: desde el santuario cuyo nombre ha prevalecido al recuerdo del poeta que, sin saberlo, cantó sus grandezas [1], sonreirá siempre a las muchedumbres que cada año suben a la santa montaña, celebrando el triunfo de su virginidad; y a nosotros, que solamente con el corazón podemos realizar esta sagrada peregrinación, nos agradecerá el deseo y homenaje que le presentamos por tus manos.

26 DE JUNIO

SAN JUAN Y SAN PABLO, MARTIRES

El título de los santos Juan y Pablo. — La antigua basílica de los santos Juan y Pablo, en el monte Celio, es por lo menos desde el siglo

[1] Virgilio, *Egl.*, IV.

tercero, basílica "titular". Tuvo sucesivamente varios nombres: su primer título fué *Vizans*, luego *Pammachius*, y desde el siglo VI se la conoce con el de *los santos Juan y Pablo*. Antiguamente este edificio era la casa de Vizans, un cristiano rico que, en tiempo de las persecuciones, la puso a disposición de los fieles. Excavaciones hechas en 1887, por el P. Germán, Pasionista, permitieron explorar el subsuelo de esta Iglesia, reconocer las diversas partes de la antigua casa romana, la "confesión", el ábside añadido por Pammachius al fin del siglo IV, y los frescos que datan de León el Grande. En 1588 se trasladaron las reliquias de San Juan y San Pablo, de la cripta a la Iglesia superior, y el cardenal Paolucci, en 1725, las encerró en una urna de pórfido.

ACTAS DEL MARTIRIO DE LOS SANTOS JUAN Y PABLO.— Las *Actas* nos cuentan que Juan y Pablo, eunucos de Constantino, convirtieron durante una guerra, a su general Gallicano. Este se retiró a Ostia al lado de un hombre santo, Hilarino, con el cual fundó un hospital para los extranjeros. Intimado a sacrificar a los dioses, huyó a Egipto, donde padeció el martirio. Juan y Pablo, llamados al palacio de Juliano el Apóstata rehusaron ir y sacrificar a los dioses. Irritado el emperador, los hizo decapitar en su propia casa y propagó la noticia de que habían sido desterrados. Los energúmenos revelaron el lugar de su sepultura.

La crítica no puede, por desgracia, dar crédito a estas actas, que contradicen a la historia. Juliano no estuvo nunca en Roma; bajo su reinado no hubo nin-

guna persecución en Occidente; los contemporáneos: San Dámaso, San Jerónimo, San Agustín, no hacen alusión a este martirio, y los hagiógrafos solamente nos han dejado las Actas de dos mártires auténticos del Apóstata, en Oriente: Juventino y Maximino.

¿Quiénes son, pues, estos misteriosos Juan y Pablo? Los historiadores no están acordes: Unos dicen que a pesar de los detalles erróneos, el fondo de las Actas es verídico; otros, como el P. Delehaye, creen que se trata del Apóstol S. Pablo y de S. Juan, el apóstol o el Bautista, cuyas reliquias habrían sido traídas a este lugar; otros juzgan que se trata de mártires que sufrieron bajo Diocleciano y que su descubrimiento los hizo célebres. Es difícil actualmente hablar con certeza sobre estos santos mártires.

ALABANZA A LOS MÁRTIRES. — Unámonos, a pesar de la obscuridad que envuelve la historia de estos mártires, a la alegría de la Iglesia y a la oración que dirige a Dios en este día. La basílica que les está dedicada, es un lugar de peregrinación, frecuentado por gran multitud de fieles en el transcurso de los años. San Pablo de la Cruz y el Bienaventurado Strambi fijaron su morada aquí, y debemos dar gracias a Dios por los beneficios que ha concedido a las almas en este santo lugar.

Las Antífonas del Oficio y los textos de la Misa contienen una gran enseñanza. La Colecta nos recuerda que por encima del parentesco según la carne y la sangre, está el que viene "de la fe y del martirio". La fe es la que nos hace mi-

rar como hermanos a los que la profesan; la que nos hace dulce y agradable su compañía (Gradual); la que nos hace vencer los crímenes del mundo, seguir a Cristo y llegar al reino celestial (Alleluia).

Pidamos a S. Juan y a S. Pablo que nos obtengan de Dios esta misma fe y amor de que nos dan ejemplo, y recitemos en su honor las hermosas Antífonas que les consagra la Liturgia:

En Laudes: "He aquí a los Santos que por amor de Cristo, despreciaron las amenazas de los hombres; santos mártires, gozan con los ángeles en el reino de los cielos; ¡oh! ¡qué preciosa la muerte de los santos, que caminan siempre en presencia del Señor!: no han sido separados uno de otro."

Al Magnificat: "Estos son los dos olivos, y las dos lumbreras que brillan delante del Señor; pueden cerrar el cielo a las nubes y abrir sus puertas, porque sus lenguas se han hecho llaves del cielo".

EL MISMO DIA

SAN PELAYO, MARTIR

Mala época empezó para España cristiana con la pérdida de la batalla del Guadalete. Los árabes, esos hijos del desierto, como aluvión, la cubrieron por completo. Todo desapareció a su

paso: monarquía, sociedad, instituciones, leyes, fortunas..., sólo quedó en pie la Iglesia. Sus califas fundaron un imperio brillante, edificaron ciudades suntuosas, levantaron palacios magníficos y mezquitas que rivalizaron con las de Damasco, Babilonia y Jerusalén. Más trajeron también sus vicios y fanatismo.

Pasados los primeros tiempos de desconcierto, los españoles, refugiados en las montañas del norte de la Península y gracias a su fe cristiana —esencialmente espiritualista en contraposición a la sensualista de los mahometanos—, empezaron a sacudir el yugo del invasor y a reconquistar, palmo a palmo, todo el terreno, en una cruzada heroica que había de durar ocho siglos. ¡Cuántos combates, cuántas guerras, cuántas lágrimas y cuántas ruinas habría de costar hasta arrojar el moro a Africa!

Precisamente en los primeros años de siglo x los Reyes de León y Navarra, en su empeño de ir desalojando al árabe de sus posiciones, se atrevieron a desafiar al inmenso poderío del Califa de Córdoba, Abderrahmán III. Pero fueron derrotados, y bastantes de sus soldados y de su séquito cautivos y llevados a Córdoba. Entre estos se encontró Hermogio, obispo de Túy, cuya sustitución por un sobrino suyo llamado Pelayo, niño de 10 años, fué consentida por el Califa. La cárcel, las cadenas y el látigo le esperaban allí, pero también la firmeza en la fe y el amor

a la castidad, que había aprendido en su hermosa tierra, y que los clérigos concautivos afianzaron.

Cinco años pasó cumpliendo penosos y viles trabajos, hasta que un día el sensual Califa puso los ojos en su belleza para nombrarle su copero y agruparle a la muchedumbre de efebos que eran objeto de sus infames pasiones. Presentado al Califa cordobés, le dijo éste: "Niño, grandes honores te aguardan; ya ves mi riqueza y mi poder: pues una gran parte de todo ello será para ti. Tendrás oro, plata, vestidos, alhajas, caballos. Pero es preciso que te hagas musulmán, como yo, porque he oído que eres cristiano, y que empiezas ya a discutir en defensa de tu religión". Con serenidad y energía contestó el muchacho; Si, oh rey, soy cristiano; lo he sido y lo seré. Todas tus riquezas no valen nada. "Es posible que Abderrahmán no comprendiera toda la decisión que había en esta respuesta; la gracia del muchacho y el encanto de su voz le cegaban. Llevado de su instinto brutal se adelantó hácia él y le tocó la túnica con las manos. Lleno de ira, el santo adolescente retrocedió diciendo; "¡Atrás, perro!" ¿Crees acaso que soy como esos jóvenes que te acompañan?" Y al mismo tiempo hizo añicos su túnica de seda. "Llevadle de aquí, dijo el príncipe, y educadle mejor, si podéis; de lo contrario, ya sabéis lo que merece." Vinieron después los ruegos y las amenazas, pero nada

pudo vencer el amor heroico del mártir. Pelayo decía sin cesar: "Señor líbrame de las garras de mis enemigos." Colocado en una máquina de guerra, fué lanzado desde un patio del alcázar hasta el lado opuesto del río, y, como todavía diese muestras de vida, un negro de la guardia le segó la cabeza [1]. Recogidas sus reliquias por los cristianos, fueron llevadas a Oviedo y puestas en un arca por Fernando I, que entregó a un monasterio de benedictinas, que todavía subsiste.

Súplica por España. — Oh Pelayo, ¡cuán grande es tu gloria en el cielo! Con Justo y Pastor, con Dominguito del Val, con Eulalia y Julia y con Flora formas un manojito de encendidos claveles y de blancas azucenas digno de presentarse al Rey de la gloria. Ni la brillante corte del Califa de Córdoba, ni sus deslumbrantes promesas engañaron tus ojos. Preferiste a esos engañosos y caducos placeres la incomparable gloria prometida por Jesucristo a los que dan su vida por él. Acuérdate de pedir por España, libre ya de musulmanes pero no de marxistas, para que conserve su fe. Sobre todo ruega por la juventud, cuya fe trata de pervertirse con doctrinas de perversas filosofías, y cuya castidad se encuentra amenazada por un sensualismo pagano.

---

[1] J. Pérez de Urbel. *Año Cristiano*. 26 de junio.

27 DE JUNIO

DIA CUARTO DE LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA

CRISTO Y SAN JUAN. — La Octava del Precursor nos reservaba un suplemento luminoso. Imitemos a la Iglesia que, de nuevo, fija hoy su pensamiento en el Amigo del Esposo, porque sabe que así conocerá mejor al Esposo mismo: "Pues, como dice Bourdaloue, hay una unión tan estrecha entre Jesucristo y Juan Bautista que no se puede conocer a uno sin conocer al otro; y si la vida eterna consiste en conocer a Jesucristo, una parte de nuestra salvación consiste en conocer a San Juan"[1].

MISIÓN Y SANTIDAD DE SAN JUAN. — La sola misión del Precursor le ponía, como hemos visto, por encima de todos los apóstoles y profetas. Mas, ¿cuál era en su persona el heraldo cuya grandeza nos fué manifestada en el día de la fiesta, por la dignidad del mensaje que traía al mundo? Sus cualidades particulares, su propia santidad, ¿responderían a la gran misión que venía a cumplir?

La suprema armonía que inspira los decretos eternos y preside su ejecución, no da lugar a duda. Cuando el Altísimo resolvió unir su Ver-

[1] Sermón de la fiesta de S. Juan Bautista.

bo a la naturaleza humana, se comprometió a revestir esta naturaleza creada de cualidades divinas que la permitiesen tratar con el nuevo Adán como de igual a igual y llamarle Hijo. Cuando a este Hijo de sus complacencias, a quien quería al mismo tiempo Hijo del Hombre, tuvo que darle una madre, el don de una pureza enteramente digna de su título augusto, quedó asegurado desde entonces a la Madre de Dios. Destinado desde todos los tiempos al más alto servicio del Hijo y de la Madre, encargado por el Padre de revelar al Verbo en el seno de Nuestra Señora, de dar testimonio del Hombre-Dios, de desposarle con la Esposa, ¿se podría dudar de que la santidad de Juan fuese, en los designios de Dios o por su propia culpa, menos incomparable que lo fué su misión? La Sabiduría eterna no se engaña a sí misma; y el elogio sin igual que Jesús hizo de su Precursor cuando éste moría [1], nos muestra claramente que las gracias especiales reservadas para esta alma, fructificaron en toda su plenitud.

PLENITUD DE LA SANTIDAD. — ¡Y qué gracias ésas cuyos comienzos nos muestra Juan, tres meses antes de su nacimiento, puesto ya en cumbres que apenas escalan en toda la vida los más santos personajes! Muy por encima de los sentidos y de la razón, de los que aún no había em-

[1] *S. Mat.*, XI.

pezado a usar, toma su vuelo; con esa mirada intelectual que no alcanza sino la clara visión de los elegidos, conoce la presencia real de Dios, y, en un éxtasis de adoración y de amor, su primer acto le hace émulo de los Serafines. *La plenitud del Espíritu Santo* fué, desde este momento, la herencia del hijo de Zacarías e Isabel: plenitud tan desbordante que, primero la madre y en seguida el padre, quedaron *llenos* con la superabundancia de su hijo [1].

SAN JUAN, CANTOR DE NUESTRA SEÑORA. — Fué, pues, el primero que después de Nuestra Señora reconoció al Cordero de Dios y ofreció su amor al Esposo bajado de los collados eternos; el primero que, penetrando en el misterio de la divina y virginal maternidad, sin separar al hijo de la Madre, adoró a Jesús, ensalzando al mismo tiempo a María, sobre toda criatura. *¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tus entrañas!* [2] La tradición unánime dice que Isabel, al pronunciar estas palabras, no fué sino el órgano y *portavoz* de su hijo. Los comienzos de Juan, como *testigo de la luz,* tienen por objeto a María; para ella es, en su admiración y alabanza, la primera expresión de los sentimientos que le animan; Angel también él, como le llamaban los profetas, repite y completa el salu-

[1] *S. Luc.,* I, 15, 41-67.
[2] *S. Lucas,* I, 42.

do de Gabriel a la dulce Soberana de los cielos y de la tierra [1]. Era el arranque de su agradecimiento, plenamente iluminado sobre la intervención de María en la santificación de los elegidos, el grito de su alma, con el que se despertaba a sí mismo a la santidad, al oír las primeras palabras de la Virgen Madre.

María, educadora de San Juan. — Por él, en efecto, había atravesado apresuradamente las montañas después de la visita del Angel; pero Nuestra Señora reserva a Juan otros favores. Silenciosa hasta entonces, delante de este Serafín de quien está segura de ser comprendida, María entona su cántico divino, glorificando a Dios y dando a Juan la entera comprensión del misterio inefable. Así como ha santificado al Precursor de su Hijo, la Madre de Dios debe también ahora formarle e instruirle. El *Magnificat* es la primera lección del hijo de Isabel: lección incomparable de alabanza divina: lección que da a Juan la comprensión de las Escrituras, la sabiduría del plan divino en toda la sucesión de los tiempos. Durante tres meses, en el angélico secreto de comunicaciones más íntimas aún, continúa esta maravillosa educación.

María, mediadora para San Juan. — ¡Oh! sí, podemos decir a nuestra vez, y mejor que los judíos: *¿qué pensáis que será este niño?* la dispen-

---

[1] *S. Lucas*, I, 28.

sadora de los tesoros celestiales guardaba para Juan la primera efusión de estos ríos de gracia, de los que ella había llegado a ser el depósito divino. El río que sale de la ciudad santa [1] no se parará nunca, llevando sus incontables arroyos a toda alma hasta el fin de los tiempos; pero su choque impetuoso, en su primer empuje, se ha encontrado con Juan; sin dividirse aún, pasa y vuelve a pasar por esta alma durante tres meses, como si existiese para ella sola. ¿Quién medirá estos torrentes? ¿Quién dirá sus efectos? La Iglesia no lo hace; pero en la admiración que le causa el misterioso crecimiento de Juan a vista de los ángeles, olvidando la debilidad de este cuerpecito ante la madurez del alma que lo habita, exclama el día de la gloriosa Natividad del Precursor: ¡es grande el hombre que Isabel ha dado al mundo! *Isabel, la esposa de Zacarías, le ha dado a luz un gran varón: a Juan Bautista, el Precursor del Señor* [2].

28 DE JUNIO

VIGILIA DE LOS SANTOS APOSTOLES, PEDRO Y PABLO

TESTIMONIO DE JUAN Y DE LOS APÓSTOLES. — Juan Bautista, puesto en el límite de los dos

[1] Salmo, XLV.
[2] Antífona del Oficio.

Testamentos, cierra la era profética en que reinaba la esperanza, y comienza la era de la fe que posee, sin verle en su divinidad, al Dios por tanto tiempo esperado. Por eso, antes de que termine la Octava en la que celebramos a S. Juan, la confesión apostólica se va a unir con el testimonio dado por el Precursor del Verbo luz. Mañana, todos los ecos de los cielos repetirán la palabra que Cesarea de Filipo oyó la primera: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo;* y Simón, hijo de Juan, por haber pronunciado el oráculo, será puesto como base de la Iglesia. Mañana morirá, sellando con su sangre su declaración gloriosa; pero sobrevivirá en los Pontífices romanos, para guardar íntegramente el precioso testimonio, hasta el día en que la fe dé lugar a la visión eterna. Asociado a los trabajos de Pedro, el Doctor de los gentiles compartirá su triunfo; y Roma, más deudora a sus dos príncipes que a los guerreros que sojuzgaron el mundo, verá que su doble victoria afirma para siempre sobre su augusta cabeza la diadema de la realeza de las almas.

PREPARACIÓN A LA FIESTA DE MAÑANA. — Regocijémonos y, juntamente con la Iglesia, preparemos nuestros corazones mediante la celebración litúrgica de esta Vigilia, procurando suplir con el espíritu las austeridades de otros tiempos, que la Santa Iglesia, piadosa Madre, no ha creído oportuno exigirnos a nosotros. Pensemos que el

rigor que sabe imponerse un pueblo en determinados días de preparación, es una señal de que conserva la fe; con ello manifiesta que comprende la grandeza del objeto que la Liturgia propone a su culto. Nosotros, cristianos de Occidente, cuya gloria delante de Dios y de los hombres son Pedro y Pablo, fijémonos en la Cuaresma que los griegos cismáticos comienzan al día siguiente de las solemnidades pascuales, en honor *de los Apóstoles,* y que no termina hasta hoy. El contraste será tal, que nos hará dominar las inclinaciones de una molicie, en la que la ingratitud tendría no poca parte. Por lo menos, procuremos compensar con fervor, con acciones de gracias y amor, las privaciones que tantas Iglesias han conservado, a pesar de su separación de Roma.

EL MISMO DIA

SAN IRENEO, OBISPO Y MARTIR

IRENEO Y LA PRIMACÍA ROMANA. — La Iglesia de Lyon presenta en este día a la admiración del mundo, a su gran doctor, el pacífico y valiente Ireneo, lumbrera de Occidente [1]. Conviene escucharle dando a la Iglesia madre el célebre testimonio que, hasta nuestros tiempos, ha vivamente

[1] Teodoreto, *Haeretic, fab.*, I, 5.

contrariado a la herejía y conturbado al infierno; y la eterna Sabiduría ha querido fijar para hoy su triunfo, porque encierra una instrucción muy propia para preparar nuestros corazones para mañana. Oigamos al discípulo de Policarpo, al celoso oyente de los discípulos de los Apóstoles, a aquel a quien su ciencia y sus peregrinaciones, desde la brillante Jonia hasta el país de los Celtas, hicieron el más autorizado testigo de la fe de las Iglesias en el siglo segundo. Todas estas Iglesias, dice el Obispo de Lyon, se inclinan ante Roma, la señora y la madre. "Porque con ella, a causa de la autoridad de su origen, deben concordar las demás; en ella, los fieles que existen en todas partes, guardan siempre pura la fe que se les predicó. Grande y digna de veneración por su antigüedad sobre todas, reconocida por todos, fundada por los dos más gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, sus Obispos son, por su sucesión, el canal por donde viene hasta nosotros íntegra la tradición apostólica: de tal manera que todo el que difiere de ella en su creencia, por solo este hecho es condenado."[1]

LA HEREJÍA GNÓSTICA. — La piedra que sostiene a la Iglesia, era por lo mismo inconmovible a los esfuerzos de la falsa *ciencia*. Y, sin embargo de eso, no era un ataque innocuo el de la *Gnosis*, herejía múltiple, con sus tramas urdidas en dis-

[1] Contra las herejías, III, III, 2.

forme mezcla por los poderes más opuestos del abismo. Diríase que Cristo, para probar el fundamento que había puesto, permitió ensayar contra él el asalto simultáneo de todos los errores que dividían entonces el mundo, o lo destrozarían más tarde. Simón el Mago, envuelto por Satanás en los lazos de las ciencias ocultas, fué elegido por lugarteniente del príncipe de las tinieblas para esta empresa. Desenmascarado en Samaria por Simón Pedro, comenzó contra él una lucha envidiosa, que desgraciadamente no había de terminar a la muerte del padre de las herejías, sino que continuaría más viva en los siglos sucesivos. Saturnino, Basílides, Valentín, inventaron los más torturosos y extravagantes sistemas, dejando libre curso a los instintos que en torno suyo hacía germinar la corrupción del espíritu y del corazón. En sus sistemas se encierra la reunión de las filosofías, religiones y aspiraciones más contradictorias de la humanidad. No hay aberración, desde el dualismo persa y el idealismo indostánico, hasta la cábala judía y el politeísmo griego, que no se haya dado la mano en el santuario reservado de la gnosis. Allí se elaboraban ya fórmulas que anuncian las futuras herejías de Arrio y Eutiques. Allí anticipadamente tomaban movimiento y vida, en un extraño cuento panteístico, los más peregrinos sueños vacíos de las metafísicas modernas. Un dios abismo, que rodaba de caída en caída

hasta la materia, para tener conciencia de sí mismo en la humanidad y volver por el aniquilamiento al silencio eterno: tal era uno de los dogmas de la gnosis sobre el que se apoyaba una moral, unas veces rigorista hasta el punto de incitar al suicidio cósmico, y otras mezclando una mística que incitaba a las más impuras prácticas, o abandonaba al hombre a sus pasiones.

El defensor del dogma. — San Ireneo fué escogido por Dios para oponer a la Gnosis los argumentos de su poderosa lógica y restablecer contra ella el sentido verdadero de las Escrituras; sobresalió más aún cuando, frente a mil sectas que llevaban abiertamente la señal del padre de la división y de la mentira, hizo ver que la Iglesia guarda piadosamente en todo el mundo la tradición recibida de los Apóstoles. La fe en la Santísima Trinidad que gobierna este mundo, obra suya, y el misterio de justicia y misericordia, que abandonando a los ángeles caídos, ha levantado, incluso a nuestra carne, en Jesús. Tal era el depósito que Pedro y Pablo, los Apóstoles y sus discípulos legaron al mundo[1]. "La Iglesia, pues, atestigua San Ireneo, habiendo recibido esta fe, la guarda diligentemente haciendo como una casa única de la tierra en donde vive dispersa: cree juntamente, con una sola alma y con un solo corazón; con una misma voz predica, enseña,

[1] Contra las herejías, I, X, 1.

transmite la doctrina, como si tuviese una sola boca. Porque, aun cuando en el mundo son muy diversas las lenguas, esto no impide que la tradición sea una en su savia[1]."

Fe y amor. — Unidad santa, fe preciosa depositada como fermento de eterna juventud en nuestros corazones, no te conocen los que se apartan de la Iglesia. Alejándose de ella, pierden a Jesús y sus dones. "Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia. Desgraciados los que se separan de ella, no sacan la vida de los pechos nutritivos a los que les invitaba su madre, no apagan su sed en la purísima fuente del cuerpo del Salvador; sino que, lejos de la piedra única, van a beber en el barro de las cisternas cavadas en el lodo fétido, donde no se halla el agua de la verdad[2]." Sofistas repletos de fórmulas y vacíos de la verdad, ¿de qué les servirá su ciencia? "¡Oh! exclama el Obispo de Lyon, en un arrebato en el que parece se inspirará más tarde[3] el autor de la Imitación, ¡cuánto mejor es ser ignorante o de poca ciencia, y acercarse a Dios por el amor! ¿Qué utilidad reporta el saber y pasar por erudito y ser enemigo del Señor? Por eso decía S. Pablo: *La cien-*

---

[1] *Ibíd.*, 2.
[2] Contra las herejías, III, XXIV, 1-2.
[3] *LI.*, cap. 1-5.

cia infla, pero la caridad edifica[1]. No reprobaba él la verdadera ciencia de Dios, porque entonces se habría condenado a sí mismo el primero; sino que veía que algunos, vanagloriándose con el pretexto de la ciencia, no sabían amar. Sí, ciertamente: más vale no saber nada, ignorar las razones de las cosas, y creer en Dios y tener caridad. Evitemos la vanagloria que nos arrebataría el amor, vida de nuestras almas; Jesucristo, Hijo de Dios, crucificado por nosotros, sea toda nuestra ciencia[2]."

VIDA. — Ireneo nació en Asia Menor, tal vez en Esmirna, entre 130 y 135. Allí conoció a San Policarpo, de quien se hizo discípulo. S. Policarpo le contó las relaciones que había tenido con S. Juan y otros muchos que habían visto al Señor. Por esto, es uno de los testigos más dignos de veneración y más seguros de la tradición, y debió ser, gracias a su inteligencia, uno de los más competentes para refutar el gnosticismo. Habiendo venido a las Galias, fué agregado como sacerdote a la Iglesia de Lyon por el Obispo S. Potino. Durante la persecución de 177 sostuvo a los mártires. Los fieles le enviaron a los Papas Eleuterio y Víctor, para tratar de la paz de las iglesias de Oriente, perturbadas por la controversia sobre la fecha de Pascua y por la herejía montanista. Debió de suceder al Obispo S. Potino, y, según algunos, murió mártir, probablemente en 208.

LA CRISTIANDAD DE LYON. — ¡Qué corona la tuya, ilustre Pontífice! Los hombres son incapaces

[1] *I Cor.*, VIII, 1.
[2] Contra las herejías II, XXVI, 1.

de contar las incalculables perlas de que está adornada. Porque, en la palestra donde la conquistaste, un pueblo entero luchaba contigo; cada mártir, al subir al cielo, proclamaba que te debía su gloria. Derramada la sangre de Blandina y sus cuarenta y seis compañeros treinta y un años antes, ha producido, gracias a ti, más del céntuplo. Tu trabajo hizo brotar del suelo teñido de púrpura, la semilla fecunda recibida en los primeros días, y muy pronto el reducido número de cristianos perdidos por la ciudad, la absorbieron por completo. Antes había bastado el anfiteatro para el derrame de la sangre de los mártires; hoy el torrente generoso anega calles y plazas: ¡día sagrado que hace de Lyon la émula de Roma, y la ciudad santa de las Galias!

ROMA Y LYON. — Roma y Lyon, la madre y la hija, conservaron grato recuerdo de la enseñanza que preparó este triunfo: de las doctrinas que tú asentaste sobre la firmeza de la piedra apostólica, es de las que, tanto el pastor como el rebaño, dan ahora el mayor de los testimonios. Tiempo llegará en que una asamblea de obispos cortesanos querrá persuadir al mundo que la antigua región de las Galias no recibió tus dogmas; pero la sangre vertida confundirá la pretenciosa cobardía de esos falsos testigos. Dios suscitará la tempestad, y ésta dará vuelta

al celemín bajo el cual, no pudiendo extinguirla, habían ocultado por un tiempo la luz; y esta luz, que tu habías puesto sobre el candelero, *iluminará a todos los que moran en la casa*[1].

Oración por Francia. — Los hijos de los mártires han permanecido fieles a Jesucristo; juntamente con María, cuya misión tan plenamente expusiste tú a sus padres[2], y con el Precursor del Dios humanado, que tiene asimismo parte en su amor, protégelos contra toda plaga de cuerpo y de alma. Mira por Francia, y rechaza otra vez lejos de ella la invasión de la falsa filosofía, que en nuestros días ha pretendido rejuvenecer los principios de la Gnosis. Haz que de nuevo brille la verdad a los ojos de tantos hombres a quienes la herejía, debajo de múltiples formas, retiene alejados del único aprisco de salvación. Mantén a los cristianos en la única paz digna de este nombre; guarda puras las inteligencias y los corazones de aquellos a quienes aun no ha mancillado el error. Y ahora, en fin, prepáranos a todos a celebrar cual conviene, a los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, y juntamente la poderosa primacía de la madre de todas las iglesias.

---

1 *S. Mat.*, V, 15.
2 Contra las herejías, V, XIX.

29 DE JUNIO

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APOSTOLES

LA RESPUESTA DE AMOR. — "¿Simón, hijo de Juan; me amas?" He aquí el momento en que se escucha la respuesta que el Hijo del Hombre exigía del pescador de Galilea. Pedro no teme la triple interrogación del Señor. Desde aquella noche en que el gallo fué menos solícito para cantar que el primero de los Apóstoles para renegar de su Maestro, continuas lágrimas cavaron dos surcos en sus mejillas; ha luído el día en que cesen estas lágrimas. Desde el patíbulo en que el humilde discípulo ha pedido le claven cabeza abajo, su corazón generoso repite, por fin sin miedo, la protesta que, desde la escena de las orillas del lago de Tiberíades, ha consumido silenciosamente su vida: "¡Sí, Señor, tú sabes que te amo!"[1]

EL AMOR, CARACTERÍSTICA DEL SACERDOCIO NUEVO. — El amor es la característica que distingue el sacerdocio de los tiempos nuevos del ministerio de la ley de servidumbre. El sacerdote judío, impotente, temeroso, no sabía sino derramar sangre de víctimas simbólicas sobre un altar simbólico también. Jesús, Sacerdote y Víctima a

[1] *S. Juan*, XXI, 17.

la vez, exige más de aquellos a quienes llama a participar de la prerrogativa que le hace Pontífice eterno según el orden de Melquisedec [1]. "No os llamaré en adelante siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; sino que os he llamado mis amigos porque os he comunicado todo lo que he recibido del Padre [2]. Como mi Padre me ha amado, así os amo yo; permaneced en mi amor" [3].

Ahora bien, para el sacerdote admitido de esta manera a la unión con el Pontífice eterno, el amor no es completo, si no se extiende a la humanidad rescatada en el gran Sacrificio. Y nótese que para él es más estricta la obligación, común a los cristianos, de amarse como miembros de una misma Cabeza; pues por su sacerdocio se hace partícipe de la Cabeza, y con esta participación, la caridad debe tener en él algo del carácter y grandeza del amor que esa Cabeza tiene a sus miembros. Y ¿cuánto mayor será, si, al poder que tiene de inmolar a Cristo mismo, y al deber que le obliga a ofrecerse con él en el secreto de los Misterios, la plenitud del Pontificado le añade la misión pública de dar a la Iglesia el apoyo que necesita y la fecundidad que el Esposo celestial espera de ella? Entonces es cuando, según la doctrina sostenida siempre por los Papas, por los Concilios y por los Padres, el

[1] *Ps.*, CIX, 4.
[2] *S. Juan*, XV, 15.
[3] *Ibid.*, 9.

Espíritu Santo le adapta a su misión sublime, identificando enteramente su amor con el del Esposo cuyas obligaciones asume y cuyos derechos ejerce.

EL AMOR DE SAN PEDRO. — Al confiar a Simón hijo de Juan la humanidad redimida, el primer cuidado del Hombre-Dios fué asegurarse de que sería fiel *vicario de su amor*[1]; de que, habiendo recibido más que los otros, le amaría *más que todos*[2]; de que, siendo heredero del amor de Jesús para los suyos que estaban en el mundo, los debía amar, como El, hasta el fin[3]. Por esto, la exaltación de Pedro a las cumbres de la Jerarquía sagrada, concuerda en el Evangelio con el anuncio de su martirio[4]; siendo Sumo Pontífice, tenía que *seguir* hasta la cruz al Jerarca supremo[5].

Ahora bien, la santidad de la criatura y, a la vez, la gloria de Dios Creador y Salvador, tienen su completa realización en el Sacrificio, que junta al pastor y al rebaño en un mismo holocausto.

Por este fin último de todo pontificado y de toda jerarquía, Pedro recorrió toda la tierra, después de la Ascensión de Jesús. En Joppe, cuando estaba aún al principio de sus correrías apos-

---

[1] S. Ambrosio. *Com. sobre S. Lucas,* X.
[2] S. *Luc.,* VII, 47; S. *Juan,* XXI, 15.
[3] S. *Juan,* XIII, 1.
[4] *Ibid.,* XXI, 18.
[5] *Ibid.,* 19-22.

tólicas, se apoderó de él un hambre misteriosa: "Levántate, Pedro; mata y come", le dijo el Espíritu; y al mismo tiempo una visión simbólica ponía ante sus ojos los animales de la tierra y las aves del cielo [1]. Eran los gentiles que debía reunir, en la mesa del banquete divino, con los fieles de Israel. Vicario del Verbo, se haría participante de su inmensa hambre; su caridad, como fuego devorador, se asimilaría los pueblos; y, ejerciendo su título de jefe, llegaría un día en que, verdadera cabeza del mundo, haría de esta humanidad, ofrecida como presa a su avidez, el cuerpo de Cristo en su propia persona. Entonces, nuevo Isaac, o más bien verdadero Cristo, verá levantarse delante de él la montaña *en donde Dios mira,* esperando el sacrificio [2].

El martirio de San Pedro. — Miremos también nosotros, pues ha llegado a ser presente ese futuro, y, como en el Viernes Santo, participamos en el desenlace que se anuncia. Participación dichosa, toda triunfal: aquí, el deicida no mezcla su nota lúgubre al homenaje del mundo, y el perfume de inmolación que ahora sube de la tierra, no llena los cielos sino de suave alegría. Se diría que la tierra, divinizada por la virtud de la hostia adorable del Calvario, se basta

---

[1] *Actos,* X, 9-16.
[2] *Génesis,* XXII, 14.

a sí misma. Pedro, simple hijo de Adán, y, con todo eso, verdadero Sumo Pontífice, avanza llevando el mundo: su sacrificio va a completar el de Jesucristo, que le invistió con su grandeza [1]; la Iglesia, inseparable de su Cabeza visible, le reviste también con su gloria [2]. Por la virtud de esta nueva cruz que se levanta, Roma se hace hoy la ciudad santa. Mientras Sión queda maldita por haber crucificado un día a su Salvador, Roma podrá rechazar al Hombre-Dios, derramar su sangre en sus mártires: ningún crimen de Roma prevalecerá sobre el gran hecho que ahora se realiza; la cruz de Pedro le ha traspasado todos los derechos de la de Jesús, dejando a los judíos la maldición; ahora Roma es la verdadera Jerusalén.

El martirio de San Pablo. — Siendo tal la significación de este día, no es de maravillar que el Señor la haya querido aumentar aun más, añadiendo el martirio del Apóstol Pablo al sacrificio de Simón Pedro. Pablo, más que nadie, había prometido con sus predicaciones *la edificación del cuerpo de Cristo* [3]; si hoy la Iglesia ha llegado a este completo desenvolvimiento que la permite ofrecerse en su Cabeza como hostia de suavísimo olor, ¿quién mejor que él merecía

[1] *Col.*, I, 24.
[2] *I Cor.*, XI, 7.
[3] *Eph.*, IV, 12.

completar la oblación?[1] Habiendo llegado la edad perfecta de la Esposa[2], ha acabado también su obra[3]. Inseparable de Pedro en los trabajos por la fe y el amor, le acompaña del mismo modo en la muerte[4]; los dos dejan a la tierra alegrarse en las bodas divinas selladas con su sangre, y suben juntos a la mansión eterna, donde se completa la unión[5].

VIDA DIVINA. — San Pedro después de Pentecostés organizó con los otros apóstoles la Iglesia de Jerusalén, luego las de Samaria y Judea, y recibió en la Iglesia al centurión Cornelio, el primer pagano convertido. Habiendo escapado milagrosamente de la muerte que le tenía preparada el Rey Herodes Agripa, dejó Jerusalén y se dirigió a Roma donde fundó, alrededor del año 42, la Iglesia que sería más tarde el centro de la Catolicidad. Desde Roma emprendió varias excursiones apostólicas. Hacia el año 50 se encuentra en Jerusalén para el concilio que decidió la admisión de los gentiles en la Iglesia, sin obligarlos a las observancias de la ley mosaica. Partió luego a Antioquía, al Ponto, Galacia, Capadocia, Bitinia, y a la provincia de Asia. Un incendio destruyó Roma hacia el año 64, y acusando Nerón a los cristianos de tal catástrofe, los hizo encarcelar en masa. Muchos cientos, quizá millares, fueron condenados a muerte con diversos tormentos: unos crucificados, otros quemados vivos, otros fueron entregados a las bestias en el anfiteatro, otros decapitados. San

[1] *Col.*, I, 24; *II Cor.*, XII, 15.
[2] *Eph.*, IV, 13.
[3] *II Cor.*, XI, 2.
[4] Antífona del Oficio.
[5] *II Cor.*, V.

Pedro, encarcelado, según antigua tradición, en la cárcel Mamertina, fué crucificado con la cabeza abajo en los jardines de Nerón, sobre la colina del Vaticano, y allí mismo fué enterrado. No se conoce la fecha exacta de su martirio: se debe colocar entre el año 64 y el 67.

La fiesta del 29 de Junio. — Después de las grandes solemnidades del año Litúrgico y de la fiesta de San Juan Bautista, no hay otra más antigua y universal en la Iglesia que la de los dos príncipes de los Apóstoles. Muy pronto Roma celebró su triunfo en la fecha misma del 29 de Junio, que los viera subir al cielo. Este uso prevaleció luego sobre el de algunos lugares, que habían puesto la fiesta de los Apóstoles en los últimos días de Diciembre. Fué ciertamente un hermoso pensamiento el hacer así de los padres del pueblo cristiano el cortejo del Emmanuel, a su venida al mundo. Pero, como ya hemos visto, las enseñanzas de este día tienen ellas solas, una importancia preponderante en la economía del dogma cristiano; son el complemento de toda la obra del Hijo de Dios; la cruz de Pedro da estabilidad a la Iglesia, y señala al espíritu de Dios el centro inmovible de sus operaciones. Roma estuvo inspirada cuando, reservando al discípulo amado el honor de velar por sus hermanos cerca del pesebre del Niño Jesús, guardaba el solemne recuerdo de los príncipes del apostolado en el día escogido por Dios para consu-

mar sus trabajos y coronar juntamente con su vida el ciclo de los misterios.

EL RECUERDO DE LOS DOCE APÓSTOLES. — Pero no debemos olvidar en tan gran día a los otros operarios del padre de familia, que también regaron con sus sudores y su sangre todos los caminos del mundo, para acelerar el triunfo y reunir a los convidados al festín de las bodas [1]. Gracias a ellos se predicó entonces definitivamente la ley de gracia por todas las naciones, y la buena nueva resonó en todos los idiomas y en todos los confines de la tierra [2]. Por eso, la fiesta de San Pedro, completada de un modo especial por el recuerdo de su compañero de martirio, Pablo, fué considerada desde muy antiguo como la del colegio entero de los Apóstoles. Se creyó antiguamente que no se podía separar de su glorioso jefe a aquellos a quienes el Señor había unido tan estrechamente en la solidaridad de su obra común. Sin embargo de eso, con el tiempo se fueron consagrando sucesivamente fiestas a cada uno de ellos, y la del 29 de Junio quedó dedicada exclusivamente a los dos príncipes cuyo martirio ilustró este día. Y muy pronto la Iglesia romana, creyendo que no podía celebrarlos con-

---

[1] *S. Mat.*, XXII, 8-10.
[2] *Ps.*, XVIII, 4-5.

venientemente a los dos en un mismo día, dejó para el día siguiente el honrar más explícitamente al Doctor de las naciones.

MISA

Mientras el Pontífice se dirige al altar rodeado de los diversos Ordenes de la Iglesia, los cantores entonan el Introito, alternándolo con los versos del Salmo CXXXVIII. Este Salmo está elegido principalmente para honrar a los santos Apóstoles, por razón de las palabras del versículo diecisiete: "Por mí, tus amigos, oh Dios, son honrados hasta el exceso; su poder sobrepasa todo límite."

INTROITO

Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su Angel, y me libró de la mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos. — *Salmo:* Señor, me probaste y me conociste: tú conociste mi caída y mi resurrección. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta que termina cada una de las Horas del Oficio Divino, es la fórmula principal de oración que emplea la Iglesia todos los días. En ella se debe buscar su idea. La que sigue, nos indica que la Iglesia quiere celebrar hoy juntamente a los dos Apóstoles y no separarlos en su piedad agradecida.

COLECTA

Oh Dios, que consagraste el día de hoy con el martirio de tus Apóstoles Pedro y Pablo: da a tu Iglesia el seguir en todo el precepto de aquellos de quienes recibió el principio de la religión. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles. (XII, 1-11).

En aquellos días comenzó el rey Herodes a perseguir a algunos de la Iglesia. Y mató con la espada a Santiago, el hermano de Juan. Y, viendo que agradaba a los judíos, se propuso prender también a Pedro. Y eran los días de los Acimos. Habiéndole, pues, prendido, le metió en la cárcel, entregándolo a cuatro piquetes de guardas para custodiarlo, queriendo entregárselo al pueblo después de Pascua. Así que Pedro era guardado en la cárcel. Y la Iglesia hacía sin descanso oración a Dios por él. Y, cuando Herodes había de entregarlo, en aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas: y los guardias, delante de la puerta, guardaban la cárcel. Y he aquí que se apareció el Angel del Señor: y brilló la luz en la habitación: y, tocándole en el costado a Pedro, le despertó, diciendo: Levántate veloz. Y cayeron las cadenas de sus manos. Y díjole el Angel: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y así lo hizo. Y díjole: Ponte tu vestido, y sígueme. Y, saliendo, le siguió: y no sabía que era verdad lo que hacía el Angel, antes creía ver una visión. Y, habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad: la cual se les abrió al punto. Y, habiendo salido, atravesaron un barrio: y, acto continuo, se apartó el Angel de él. Y Pedro, vuelto en

sí, dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su Angel, y me libró de la mano de Herodes y de toda expectación del pueblo de los judíos.

PARTIDA A ROMA. — Es difícil recordar con la insistencia con que lo hace la Liturgia de este día, el relato de la cautividad de S. Pedro en Jerusalén. Varias Antífonas y todos los Capítulos del Oficio están sacados de él; el Introito lo cantaba poco ha; y la Epístola relata enteramente ese episodio, que tanto le interesa hoy a la Iglesia. Es fácil descubrir el secreto de esta preferencia. En esta fiesta, la muerte de Pedro confirma a la Iglesia en sus augustas prerrogativas de Soberana, de Madre y de Esposa; pero ¿cuál fué el principio de estas grandezas, sino el momento, solemne entre todos, en que el Vicario de Jesucristo, sacudiendo sobre Jerusalén el polvo de sus pies [1], volvió hacia Occidente su vista, y trasladó a Roma los derechos de la sinagoga repudiada? Ahora bien, este gran acontecimiento tuvo lugar a la salida de Pedro de la prisión de Herodes. *Y saliendo de la ciudad,* dicen los Hechos, *se fué de allí, a otro lugar* [2]. Este *otro lugar,* según el testimonio de la historia y de la tradición, era la ciudad que había de llamarse la nueva Sión; era Roma, a donde llegaba Simón Pedro algunas semanas después. Por eso la gentilidad, haciendo suya la palabra del ángel,

[1] *S. Lucas,* X, 2.
[2] *Hechos,* XII, 17.

cantaba esta noche en uno de los responsos de Maitines: "Levántate, Pedro y ponte tus vestidos: ármate de fortaleza *para salvar a las naciones,* porque han caído de tus manos las cadenas."

EL SUEÑO DE PEDRO. — Pedro, la víspera del día en que tenía que morir, dormía tranquilamente, del mismo modo que, en otro tiempo, lo hacía Jesús en la barca a punto de sucumbir. La tempestad y toda clase de peligros no dejarán de amenazar siempre a los sucesores de Pedro. Pero no se verá nunca, en la nave de la Iglesia, el pavor que se apoderó de los compañeros del Señor, en la barca que agitaba el huracán. Faltaba entonces a los discípulos la fe, y su ausencia era la causa de sus miedos [1]. Pero desde la venida del Espíritu Santo, esta fe preciosa, de donde dimanan todos los dones, no puede faltar a la Iglesia, Ella da a los jefes la tranquilidad del Maestro; mantiene en el corazón del pueblo fiel la oración ininterrumpida, cuya humilde confianza triunfa silenciosamente del mundo, de los elementos y de Dios mismo. Si sucede que, cuando la nave de Pedro bordea los abismos, parece que el piloto duerme, la Iglesia no imitará a los discípulos cuando estaban en la tormenta del lago de Genesaret. No se hará juez del tiempo y de los medios de la Providencia, ni se creerá con

[1] *S. Marcos,* IV, 40.

derecho a reprender al que debe vigilar por todos, acordándose que, para salvar sin alboroto las más peligrosas situaciones, posee un medio mejor y más seguro, y no ignorando que, si la intercesión no falta, el ángel del Señor vendrá cuando se necesite, a despertar a Pedro y romper sus cadenas.

PODER DE LA ORACIÓN. — ¡Oh! ¡Cuántas almas, sabiendo orar, son más poderosas, con su sencillez ignorada, que la política y los soldados de todos los Herodes del mundo! La comunidad reunida en la casa de María, madre de Marcos [1], era muy poco numerosa; pero oraba día y noche; por dicha no se conocía allí el naturalismo fatal, que con engañoso pretexto de no tentar a Dios, rehusa pedirle lo imposible, cuando está en juego el interés de su Iglesia. Ciertamente, las precauciones de Herodes Agripa para no dejar escapar a su prisionero, honraban a su prudencia, y por cierto que la Iglesia pedía lo imposible pidiendo la libertad de Pedro, hasta el punto que los que rogaban entonces, siendo escuchados, no daban crédito a lo que veían. Pero su fortaleza fué precisamente esperar contra toda esperanza [2] lo que ellos mismos miraban como locura [3], y someter, en su oración, el juicio de la razón a las solas miras de la fe.

---

[1] *Hechos*, XII, 12.
[2] *Rom.*, IV, 18.
[3] *Hechos*, XII, 14-15.

El Gradual canta el poder prometido a los compañeros e hijos del Esposo; también ellos vieron que numerosos hijos reemplazaban a los padres que dejaron para seguir a Jesús[1]; el Verso del Alleluia celebra la *piedra* que sostiene a la Iglesia, en este día en que la ve afirmarse para siempre en su lugar predestinado.

GRADUAL

Los constituirás príncipes sobre toda la tierra: se acordarán de tu nombre, Señor. ℣. Por tus padres te han nacido hijos: por eso te alabarán los pueblos.

Aleluya, aleluya. ℣. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (XVI, 13-19).

En aquel tiempo fué Jesús a la región de Cesarea de Filipo, y preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que Jeremías o uno de los Profetas. Díjoles Jesús: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y, respondiendo Jesús, díjole: Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás: porque no te ha revelado esto la carne y la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo a ti, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré a ti las llaves del reino de los cielos. Y todo cuanto

---

[1] *Ps.*, XLIV.

atares sobre la tierra, será atado también en los cielos: y todo cuanto desatares sobre la tierra, será desatado también en los cielos.

CONFESIÓN DE SAN PEDRO. — La alegría hace recordar a Roma aquel momento dichoso en que, por primera vez, la humanidad dió al Esposo su título divino: *¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo!* El amor y la fe hacen a Pedro en este momento *la mayor y la más antigua lumbrera de los teólogos,* como le llama San Dionisio en su libro de los "Nombres divinos." El primero, efectivamente, tanto con relación al tiempo como por la plenitud del dogma, solucionó el problema cuya insoluble resolución fué el esfuerzo supremo de la teología de los siglos proféticos.

DIGNIDAD DE SAN PEDRO. — ¿Eres, oh Pedro, más sabio que Salomón? Y lo que el Espíritu Santo declaró sobre toda ciencia, ¿será el secreto de un pobre pescador? Así es. Nadie conoce al Hijo sino el Padre [1]; pero el Padre mismo reveló a Simón el misterio de su Hijo, y la palabra que da testimonio de El, no puede admitir réplica. Porque no es una añadidura falsa a los dogmas divinos: oráculo de los cielos salido de los labios humanos, eleva a su dichoso intérprete por encima de la carne y de la sangre. Como Cristo, de quien le alcanza ser Vicario, esa pa-

---

[1] *S. Mat.,* XI, 27.

labra tendrá como única misión ser aquí abajo un eco fiel del cielo [1], dando a los hombres lo que recibe [2]; la palabra del Padre [3]. Es todo el misterio de la Iglesia, de la tierra y de la del cielo, y contra ella nunca prevalecerá el infierno.

Continúan los ritos del Sacrificio. Mientras los ecos de la Basílica repiten las palabras del *Credo* que predicaron los Apóstoles y que se apoya en Pedro, la Iglesia se ha levantado para llevar sus ofrendas al altar. A la vista de este largo desfilar de pueblos y de sus reyes que se suceden durante los siglos, ofreciendo sus dones y rindiendo homenaje al pescador crucificado, el coro canta con nueva melodía el versículo del Salmo que, en el Gradual, ha ensalzado la supereminencia de este principado creado por Cristo en favor de los mensajeros de su amor.

OFERTORIO

Los constituirás príncipes sobre toda la tierra: se acordarán de tu nombre, Señor, en toda progenie y generación.

Los frutos de la tierra no tienen, en sí mismos, nada que los haga aceptos al cielo. Por eso, la Iglesia en la Secreta, pide la intervención de la oración apostólica para hacer aceptable su ofrenda; esta oración de los Apóstoles es, hoy y

---

[1] *S. Juan,* XV, 15.
[2] *Ibid.,* XVII, 18.
[3] *Ibid.,* 14.

siempre, nuestro refugio seguro y el remedio de nuestras miserias.

Esto mismo manifiesta el Prefacio que sigue. El Pastor eterno no puede abandonar a su rebaño, sino que continúa guardándole por medio de los santos Apóstoles, pastores también, y siempre guías, en lugar suyo, del pueblo cristiano.

SECRETA

Apoye, Señor, estas hostias, que te ofrecemos para ser consagradas a tu nombre, la oración apostólica, por la cual nos concedas ser purificados y protegidos. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, el suplicarte humildemente, Señor, que no dejes, Pastor eterno, a tu rebaño: sino que, por tus santos Apóstoles, lo guardes con continua protección: para que sea gobernado por los mismos rectores que elegiste para pastores suyos y vicarios de tu obra. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, santo, santo...

La Iglesia experimenta, en el santo banquete, la estrecha relación del misterio de amor y de la gran unidad católica fundada sobre la piedra. Así canta de nuevo:

COMUNION

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

La Poscomunión vuelve a tratar sobre el poder de la oración apostólica, como salvaguardia de los cristianos a los que nutre el alimento celestial.

POSCOMUNION

A los que has saciado, Señor, con este celestial alimento, guárdalos, por la intercesión apostólica, de toda adversidad. Por nuestro Señor.

FUNDAMENTO DE LA IGLESIA. — ¡Oh Pedro, saludamos el glorioso sepulcro donde descansas! A nosotros, hijos de este Occidente, que quisiste elegir, a nosotros toca, antes que a todos, celebrar con amor y fe las glorias de este día. Sobre ti debemos edificar; porque queremos ser los habitantes de la ciudad santa. Seguiremos el consejo del Señor [1] edificando sobre roca nuestras construcciones terrenas, para que resistan a la tempestad y puedan ser mansión eterna. ¡Cuán grande es para contigo, que te dignas sostenernos así, nuestro agradecimiento, sobre todo en este siglo insensato, que, pretendiendo construir de nuevo el edificio social, ha querido edificarlo sobre la arena inconsistente de las opiniones humanas, y no ha hecho sino multiplicar las miserias y las ruinas! ¿Acaso no es la piedra angular la que han desechado los arquitectos modernos? ¿Y no se revela su virtud en que, al desecharla, chocan contra ella y se estrellan? [2].

[1] *S. Mat.,* VII, 24-27.
[2] *S. Pedro,* II, 6-8.

Devoción a San Pedro. — Ya que la eterna Sabiduría, oh Pedro, edifica su casa sobre ti, ¿en qué otra parte podremos hallarla? De Jesús, subido a los cielos, es de quien tienes palabras de vida eterna [1]. En ti se continúa el misterio de Dios hecho hombre y que vive entre nosotros. Nuestra religión, nuestro amor al Emmanuel, son incompletos si no llegan hasta ti. Y, habiendo tú mismo vuelto a juntarte con el Hijo del hombre a la derecha del Padre, el culto que te tributamos por tus divinas prerrogativas, se extiende al Pontífice sucesor tuyo, en quien, por ellas, continúas viviendo; culto real, que se tributa a Cristo en su Vicario, y que, por tanto, no puede avenirse con la distinción, demasiado sútil, entre la Sede de Pedro y el que la ocupa. En el Pontífice romano, tú eres siempre el único pastor y sostén del mundo. Si el Señor dijo: "Nadie va al Padre, sino por Mí[2]", sabemos que nadie llega al Señor, sino por ti. ¿Cómo los derechos del Hijo de Dios, Pastor y Obispo de nuestras almas [3], pueden padecer menoscabo en estos homenajes de la tierra agradecida? No podemos celebrar tus grandezas, sin que al momento, dirigiendo nuestros pensamientos a Aquel de quien tú eres como el signo sensible, como un augusto sacramento, tú no nos digas, así como a nuestros padres, por la

[1] *S. Juan*, VI, 69.
[2] *S. Juan*, XIV, 6.
[3] *I S. Pedro*, II, 25.

inscripción de tu antigua estatua: *Contemplad al Dios Verbo, piedra divinamente tallada en oro, sobre la cual estando asentado, no soy conmovido.*

30 DE JUNIO

CONMEMORACION DE SAN PABLO, APOSTOL

Los griegos unen hoy en una misma solemnidad el recuerdo *de los ilustres santos, los doce Apóstoles, dignos de toda alabanza* [1]. Roma, ocupada ayer completamente por el triunfo que el Vicario de Jesucristo alcazaba dentro de sus muros, ve hoy al sucesor de Pedro acudir con su noble corte a tributar al Doctor de las naciones, el homenaje agradecido de la Urbe y del mundo. Unámonos con el pensamiento al fiel pueblo romano que acompaña al Pontífice y hace resonar con sus cánticos de victoria la espléndida Basílica de la Vía Ostiense.

CONVERSIÓN. — El veinticinco de Enero, vimos al Niño-Jesús conducir a su pesebre, domado y abatido al *lobo de Benjamín* [2], que en la mañana de su fogosa juventud, había llenado de lágrimas y sangre a la Iglesia de Dios. Había llegado la tarde, como lo había previsto Jacob, en que Saulo el perseguidor iba a aumentar la grey y alimentar el rebaño con el alimento de su doc-

---

[1] *Ménées*, 30 de Junio.
[2] *Gén.*, XLIX, 27.

trina celestial, más que todos sus predecesores en Cristo.

Visita a "Pedro". — Por un privilegio que no ha tenido igual, el Salvador, sentado ya a la derecha del Padre en los cielos, se dignó instruir directamente a este neófito, para que un día fuese del número de sus Apóstoles; pero, como los caminos del Señor no son nunca opuestos entre sí, esta creación de un nuevo Apóstol no podía contradecir a la constitución divina dada a la Iglesia cristiana por el Hijo de Dios. Pablo, al salir de las contemplaciones sublimes, durante las cuales fué infundido en su alma el dogma cristiano, debió volver hacia el año 39 a Jerusalén para "ver a Pedro", como dijo él mismo a sus discípulos de Galacia. Según expresión de Bossuet, debió "comunicar su propio Evangelio con el del príncipe de los Apóstoles"[1]. Admitido en seguida a predicar el Evangelio, le vemos en el libro de los Hechos, junto con Bernabé, presentarse en Antioquía después de la conversión de Cornelio y de la apertura de la Iglesia a los gentiles. Después de la prisión de Pedro en Jerusalén, un aviso del cielo manifiesta a los ministros de las cosas santas que presidían la Iglesia de Antioquía, que ha llegado el momento de imponer las manos a los dos misioneros, y de conferirles el carácter sagrado de la ordenación (año 45).

[1] Sermón sobre la unidad.

PRIMERA EXCURSIÓN APOSTÓLICA A CHIPRE. — A partir de este momento, Pablo se agranda con toda la dignidad de un Apóstol y se le juzga preparado para la misión a que había sido destinado. De pronto, en el relato de S. Lucas, Bernabé desaparece y no desempeña sino un papel secundario. El nuevo Apóstol tiene sus discípulos propios y emprende, desde ahora como jefe, una serie de peregrinaciones jalonadas por otras tantas conquistas. Su primer paso lo da en Chipre, y allí firma con la antigua Roma una alianza que es como la hermana de la que había contraído Pedro en Cesarea. En el año 45, cuando llegó Pablo a Chipre, la isla tenía por procónsul a Sergio Paulo, recomendable por sus antepasados, pero más digno de estima por la sabiduría de su gobierno. Deseó oír a Pablo y Bernabé. Un milagro de Pablo, obrado ante sus ojos, le convenció de la verdad de la enseñanza de los dos Apóstoles, y la Iglesia cristiana recibió este día en su seno, un nuevo heredero del nombre y de la gloria de las más ilustres familias romanas. Un cambio tuvo lugar en este momento: el patricio romano fué libertado del yugo de la gentilidad por el judío, y en pago, el judío, que hasta entonces se llamaba Saulo, recibió y adoptó en adelante el nombre de *Paulo* o Pablo, como trofeo digno del Apóstol de los gentiles.

CONCILIO DE JERUSALÉN. — De Chipre, Pablo recorrió sucesivamente Cilicia, Panfilia, Pisidia y Licaonia. Por todas partes evangeliza, y por todas partes funda comunidades de cristianos. Vuelve en seguida a Antioquía en el año 49, y encuentra revuelta la Iglesia de esta ciudad. Un partido de los judíos salidos de las filas de los fariseos, consentía en la admisión de los gentiles en la Iglesia, pero solamente con la condición de que se sujetasen a las prácticas mosaicas, es decir, a la circuncisión, a la distinción de alimentos, etc. Los cristianos salidos de la gentilidad rehusaban esta servidumbre a la que Pedro no les había obligado, y la controversia se hizo tan viva, que Pablo juzgó necesario emprender el viaje a Jerusalén, a donde Pedro acababa de llegar huyendo de Roma. Partió, pues, con Bernabé, llevando la cuestión para que la resolviesen los representantes de la ley nueva reunidos en la ciudad de David. Además de Santiago, que residía habitualmente en Jerusalén como Obispo, Pedro, como ya hemos dicho, y Juan representaron allí a todo el colegio Apostólico en esta ocasión. Se formuló un decreto por el que se anulaba todo lo que se pretendía exigir de los gentiles respecto a los ritos judaicos, y esta disposición se tomó en nombre y bajo la inspiración del Espíritu Santo. En esta reunión de Jerusalén fué cuando los tres grandes Apóstoles acogieron a Pablo como especialmente destinado a la evan-

gelización de los gentiles. Recibió de parte de los que él llama *las columnas*, una confirmación de este apostolado sobreañadido al de los doce. Por este ministerio extraordinario, que surgía en favor de los que habían sido llamados los últimos, el cristianismo afirmaba definitivamente su independencia del judaísmo, y la gentilidad iba a entrar en masa en la Iglesia.

SEGUNDA EXCURSIÓN APOSTÓLICA (49-54). — Pablo volvió a emprender sus excursiones apostólicas por las provincias que ya había evangelizado, para afianzar las Iglesias. De allí, atravesando Frigia, pasó a Macedonia, se detuvo un momento en Atenas, desde donde partió a Corinto, y aquí permaneció año y medio. A su partida, dejaba en esta ciudad una Iglesia floreciente, no sin haber excitado contra él el furor de los judíos. De Corinto, Pablo fué a Efeso, donde permaneció más de dos años. Convirtió aquí tantos gentiles, que el culto de Diana disminuyó notablemente. Levantóse una revuelta violenta, y Pablo, juzgó que había llegado el momento de salir de Efeso. Durante su estancia en esta ciudad, reveló a sus discípulos el pensamiento que le preocupaba desde hacía tiempo: "Es necesario, les dijo, que yo visite Roma." La capital de la gentilidad reclamaba al Apóstol de los gentiles.

EPÍSTOLA A LOS ROMANOS. — El crecimiento rápido del cristianismo en la capital del Imperio, mostraba, de una manera más palpable que en otras partes, los dos elementos heterogéneos de que estaba formada la Iglesia de entonces. La unidad de fe reunía en un mismo aprisco a los antiguos judíos y a los antiguos paganos. Se encontraron algunos entre ambas razas, que, olvidando muy pronto que su vocación común había sido gratuita, menospreciaban a sus hermanos, considerándolos menos dignos que ellos del bautismo, que los hacía a todos iguales en Cristo. Algunos judíos menospreciaban a los gentiles, recordando el politeísmo que había mancillado su vida, con todos los vicios que lleva consigo. Algunos gentiles miraban despectivamente a los judíos, como descendientes de un pueblo ingrato y ciego, que, abusando de los dones que Dios les había prodigado, no hizo sino crucificar al Mesías.

En el año 57, Pablo, que conoció estas discusiones, se aprovechó de su segunda estancia en Corinto para escribir a los fieles de la Iglesia romana la célebre Epístola, en la que trata de probar que el don de la fe se concede gratuitamente, siendo Judíos y Gentiles indignos de la adopción divina, y no habiendo sido llamados sino por pura misericordia; Judíos y Gentiles, olvidando su pasado, debían abrazarse fraternalmente en una misma fe y testimoniar su agra-

decimiento a Dios, que se les había anticipado con su gracia a unos y a otros. Su reconocida cualidad de Apóstol daba a Pablo derecho a intervenir de esta manera en el seno mismo de una cristiandad que no había fundado.

ULTIMO VIAJE A JERUSALÉN. — Mientras aguardaba el tiempo en que podría contemplar con sus ojos la Iglesia reina que Pedro había fundado, el Apóstol quiso cumplir una vez más la peregrinación a la ciudad de David. Pero la rabia de los judíos de Jerusalén llegó en esta ocasión hasta el último exceso. Su orgullo odiaba sobre todo a este antiguo discípulo de Gamaliel, a este cómplice del asesinato de Esteban, que ahora convidaba a los gentiles a unirse con los hijos de Abraham bajo la ley de Jesús de Nazaret. El tribuno Lisias le arrancó de las manos de estos furiosos que iban a hacerle pedazos. La noche siguiente, Cristo se apareció a Pablo y le dijo: "Sé firme; porque el testimonio que das en este momento de mí en Jerusalén, lo darás en Roma."

ESTANCIA EN ROMA. — Después de una cautividad en Cesarea de más de dos años, Pablo, habiendo apelado al emperador, llegó a Italia a principio del año 61. Por fin el Apóstol de los gentiles entraba en Roma. No le rodeaba el cortejo de un triunfador; era un humilde prisionero judío, a quien se conducía al lugar en que

se amontonaban los que apelaban al César. Pero Pablo era el judío aquel a quien el mismo Cristo había conquistado en el camino de Damasco; se presentaba con el nombre romano de Pablo, y este nombre no era un latrocinio en aquel que, después de Pedro, sería la segunda gloria de Roma, y la segunda prenda de su inmortalidad. No llevaba consigo, como Pedro, la primacía que Cristo había confiado a uno solo; pero venía a comunicar al centro mismo de la evangelización de los gentiles la delegación divina que había recibido en favor de éstos. Pablo no tendría sucesor en su misión extraordinaria; pero el elemento que acababa de depositar en la Iglesia madre y maestra, tenía un valor tan grande, que por todos los siglos se oirá a los Pontífices romanos, herederos del poder monárquico de Pedro, evocar este recuerdo y mandar en nombre de los "bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo".

En vez de aguardar en prisión el día en que se viese su causa, Pablo tuvo la libertad de escogerse alojamiento en la ciudad, obligado solamente a estar custodiado día y noche por un soldado representante de la fuerza pública, y a quien, según era costumbre en parecidos casos, estaba atado con una cadena que le impedía huir, pero le dejaba libre en sus movimientos. El Apóstol podía continuar así predicando la palabra de Dios. Hacia el año 62, se concedió a Pablo la audiencia a la que le daba derecho la

apelación que había interpuesto al César. Compareció en el pretorio, y su defensa tuvo por resultado la libertad.

ULTIMA EXCURSIÓN EVANGÉLICA. — Pablo libre, vino probablemente a España. De aquí, queriendo volver a ver Oriente, visitó de nuevo Efeso, de donde nombró Obispo a su discípulo Timoteo. Evangelizó Creta, donde dejó como pastor a Tito. Pero no abandonó para siempre esta Iglesia romana, a la que ilustró por su presencia, y acrecentó y fortificó por su predicación; habrá de volver para iluminarla con los últimos rayos de su apostolado, y teñirla de púrpura con su sangre gloriosa.

El Apóstol había terminado sus excursiones evangélicas en Oriente (66); había consolidado las Iglesias fundadas por su palabra, y las pruebas, lo mismo que las consolaciones, no faltaron en su camino. Al acercarse el invierno fué arrestado, conducido a Roma y puesto en prisión.

MARTIRIO. — Un día del año 67, quizá el 29 de Junio, Pablo, conducido a lo largo de la vía Ostiense, era seguido de un grupo de fieles incorporados a la escolta del prisionero. La sentencia dada contra él, declaraba que se le cortaría la cabeza junto a las aguas Salvias. Después de andar unas dos millas por la vía Ostiense, los soldados condujeron a Pablo por un sendero que se dirigía hacia Oriente, y en seguida llegaron al

lugar indicado para el martirio del Doctor de los gentiles. Pablo se puso de rodillas y dirigió a Dios su última oración; luego aguardó el golpe. Un soldado blandió su espada y la cabeza del Apóstol, separada del cuerpo, dió tres saltos en el suelo. Tres fuentes manaron inmediatamente en los lugares tocados por ella. Esta es la tradición conservada del lugar del martirio, en el que hay tres fuentes, y sobre cada una se levanta un altar.

EL APÓSTOL DE LOS GENTILES. — Ayer, oh Pablo, se consumó tu obra; habiéndolo dado todo, te diste por añadidura a ti mismo [1]. La espada, al cortar tu cabeza, completa, como lo predijiste, el triunfo de Cristo [2]. ¡Gloria a ti, oh Apóstol, ahora y siempre! La eternidad no podrá extinguir en nosotros, las naciones, los sentimientos de gratitud. Acaba tu obra en cada uno de nosotros por estos siglos sin fin; no permitas que por deserción de ninguno de los que el Señor llamó para completar su cuerpo místico, la Iglesia se vea privada de uno solo de los acrecentamientos que podía esperar. Sostén el ánimo de todos aquellos predicadores de la palabra divina, que, con la pluma o con un título cualquiera, continúan tu obra de luz. Danos apóstoles valientes, que arrojen sin tregua de nuestra tierra las ti-

[1] *II Cor.*, XII, 15.
[2] *Filip.*, I, 20.

nieblas. Prometiste permanecer con nosotros, velar siempre por el progreso de la fe en nuestras almas: haz germinar en ellas las purísimas delicias de la unión divina[1]. Cumple tu promesa. Al ir a Jesús, no retires tu palabra empeñada de aquellos que, como nosotros, no te conocieron en esta tierra[2]. Porque a ellos en una de tus Epístolas inmortales les prometiste "consolar sus corazones, uniéndolos con el amor, infundiendo en ellos con su plenitud y sus riquezas inmensas el conocimiento del misterio de Dios-Padre y de Jesucristo, en el que se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia"[3].

1 DE JUNIO

FIESTA DE LA PRECIOSA SANGRE DE N. S. JESUCRISTO

OBJETO DE LA FIESTA. — La Iglesia ha revelado ya a los hijos de la nueva Alianza, el precio de la Sangre con que fueron rescatados, su virtud fortificante, y la honra y adoración que merece. El Viernes Santo, la tierra y los cielos contemplaron todos los crímenes anegados en la ola de salvación, cuyos diques eternos habíanse roto, por fin, con el esfuerzo unido de la violencia de los hombres y del amor del Corazón divino. La

[1] *Filip.*, I, 25-26.
[2] *Col.*, II, 1.
[3] *Col.*, II, 2-3.

fiesta del Santísimo Sacramento nos ha visto postrados ante los altares en los que se perpetúa la inmolación del Calvario y el derramamiento de la Sangre preciosa, convertida en bebida de humildes y en objeto de los honores de los poderosos de este mundo.

Con todo eso, he aquí que la Iglesia nos invita de nuevo a los cristianos a celebrar los torrentes que fluyen de la fuente sagrada. Quiere decir con esto que las solemnidades precedentes no han agotado el misterio. La paz traída por esta Sangre, la corriente de sus ondas que saca de los abismos a los hijos de Adán purificados, la sagrada mesa dispuesta para ellos, y este cáliz de donde procede el licor embriagador, todos estos preparativos quedarían sin objeto, todas estas magnificencias serían incomprendidas si el hombre no viese en ellas los efectos de un amor cuyas pretensiones no pueden ser sobrepujadas por ningún otro amor. La Sangre de Jesús debe ser ahora para nosotros *la Sangre del Testamento*, la prenda de la alianza que *Dios nos propone* [1], la dote ofrecida por la eterna Sabiduría al llamar a los hombres a la unión divina, cuya consumación en nuestras almas prosigue sin cesar el Espíritu santificador.

VIRTUD DE LA SANGRE DE JESÚS. — "Confiemos, hermanos míos, nos dice el Apóstol; y por la

[1] *Exod.*, XXIV, 8; *Hebr.*, IX, 20.

Sangre de Cristo entremos en el Santo de los Santos; sigamos el camino nuevo cuyo secreto conocemos, el camino vivo que nos ha trazado a través del velo, es decir, de su carne. Acerquémonos con corazón sincero, con fe plena, enteramente limpios, con esperanza inquebrantable; porque el que está comprometido con nosotros, es fiel. Exhortémonos cada uno con el ejemplo al acrecentamiento del amor [1]. Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos en virtud de la Sangre de la Alianza eterna, al gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo, os dé perfección cabal en todo bien, a fin de que cumpláis su voluntad, haciendo El en vosotros lo que es agradable a sus ojos, por Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos"[2].

HISTORIA DE LA FIESTA. — No debemos dejar de recordar aquí que esta fiesta es el memorial de una de las más brillantes victorias de la Iglesia. Pío IX fué expulsado de Roma en 1848 por la revolución triunfante; por estos mismos días, al año siguiente, volvió al poder. El 28, 29 y 30, con la protección de los Apóstoles, la hija primogénita de la Iglesia, fiel a su pasado glorioso, arrojó a sus enemigos de las murallas de la Ciudad Eterna; el 2 de Julio, fiesta de María, terminaba la conquista. En seguida un doble decreto noti-

[1] *Hebr.*, X, 19-24.
[2] *Hebr.*, XIII, 20-21.

ficaba a la Ciudad y al mundo el agradecimiento del Pontífice y la manera con que quería perpetuar por la sagrada Liturgia el recuerdo de estos sucesos. El 10 de Agosto, desde Gaeta, lugar de su refugio durante la lucha, Pío IX, antes de volver a tomar el mando de sus Estados, se dirigió al Jefe invisible de la Iglesia y se la confiaba por la institución de la fiesta de este día, recordándole que, por esta Iglesia, había derramado toda su Sangre.

Poco después, de nuevo en su capital, se dirigía a María, como lo hicieron en otras circunstancias S. Pío V y Pío VII; el Vicario de Jesucristo devolvía a la que es Socorro de los cristianos, el honor de la victoria ganada el día de su gloriosa Visitación, y disponía que la fiesta del 2 de Julio se elevase del rito de doble mayor al de segunda clase para todas las Iglesias: preludio de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, que el inmortal Pontífice proyectaba desde entonces, y que acabaría de aplastar la cabeza de la serpiente.

Durante el Jubileo que instituyó en 1933 para celebrar el 19 centenario de la Redención, Pío XI elevó la fiesta de la Preciosa Sangre al rito doble de primera clase, con el fin de inculcar más en el alma de los fieles el recuerdo y la estima de la Sangre del Cordero de Dios, y de alcanzar frutos más copiosos para nuestras almas.

MISA

La Iglesia, que los Apóstoles han formado con todas las naciones que hay bajo el cielo, se dirige al altar del Esposo que la ha rescatado con su Sangre, y canta en el Introito su amor misericordioso. Ella es en adelante el reino de Dios, la depositaria de la verdad.

INTROITO

Nos redimiste, Señor, con tu Sangre de toda tribu y lengua y nación: y nos hiciste un reino para nuestro Dios. — *Salmo:* Cantaré eternamente las misericordias del Señor: anunciaré con mi boca tu verdad de generación en generación. ℣. Gloria al Padre.

Prenda de paz entre el cielo y la tierra, objeto de los más solemnes honores y centro de toda la Liturgia, protección segura contra los males de esta vida, la Sangre de Jesucristo derrama desde ahora en las almas y cuerpos de los que ha rescatado, el germen de las alegrías eternas. La Iglesia en la Colecta, pide, al Padre que nos dió a su único Hijo, que este germen divino no sea estéril en nosotros, y que alcance su máximo desarrollo en los cielos.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que constituiste a tu unigénito Hijo Redentor del mundo, y quisiste aplacarte con su Sangre: haz, te suplicamos, que veneremos con solemne culto el precio de nuestra salud, y

que, por su virtud, seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, para que gocemos de su perpetuo fruto en los cielos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Hebreos. (IX, 11-15).

Hermanos: Cristo, el Pontífice de los futuros bienes, penetró una vez en el Santuario por un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho a mano, es decir, no de creación humana: ni tampoco por medio de la sangre de cabritos y becerros, sino por medio de su propia Sangre, efectuada la redención eterna. Porque, si la sangre de cabritos y toros, y la aspersión con ceniza de becerra santificaba con la purificación de la carne a los manchados: ¿cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios por el Espíritu Santo, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo? Y, por eso, es el Mediador del Nuevo Testamento: para que, mediando su muerte, en redención de aquellas prevaricaciones que había bajo el primer Testamento, reciban, los que han sido llamados, la promesa de la eterna herencia: en Jesucristo, nuestro Señor.

La sangre del Pontífice. — Es ley establecida por Dios desde el principio, que no puede haber perdón de los pecados ni redención completa, sin sacrificio que expíe y repare; y que este sacrificio exija derramamiento de sangre. En la antigua alianza la sangre exigida era la de animales inmolados ante el Tabernáculo del Templo. Pero solamente valía para limpiar el ex-

terior y no podía ni santificar a las almas, ni darles derecho para entrar en el tabernáculo celestial.

Pero, el día fijado por la Sabiduría eterna, vino Cristo, nuestro verdadero y único Pontífice. Derramó en sacrificio su preciosísima Sangre. Nos purificó, y, en virtud de esta sangre derramada, entra y nos hace entrar en el santuario del cielo. Desde entonces "su expiación y nuestra redención son cosas adquiridas definitivamente para la eternidad". Su sangre, transmisora de su vida, purifica no sólo nuestro cuerpo sino nuestra alma, centro de nuestra vida; borra en nosotros las huellas del pecado, expía, reconcilia, sella y consagra la alianza nueva, y una vez purificados y reconciliados, nos hace adorar y servir a Dios con culto digno de él.

El servicio de Dios vivo. — "Porque el fin de la vida es adorar a Dios. La pureza de conciencia y la santidad tienen por fin último y por término el culto que debemos a Dios. No es uno bueno por ser bueno y contentarse con eso. No es uno puro por ser puro y no ir más lejos. Toda bondad sobrenatural tiene por fin la adoración. Esto es lo que quiere el Padre celestial: adoradores en espíritu y en verdad; y nuestra adoración crece ante Dios con nuestra santidad y nuestra dignidad sobrenatural. Por eso el fin de

nuestra vida sobrenatural no somos nosotros, sino Dios. Dios es el que, en último término, recoge el beneficio de lo que hacemos nosotros con su gracia y con su ayuda. Dios, en nosotros, trabaja para él. Toda nuestra vida, temporal y eterna, es litúrgica y ordenada hacia Dios"[1].

El Gradual nos recuerda el gran testimonio del amor del Hijo de Dios, confiado al Espíritu Santo con la Sangre y agua de los Misterios; testestimonio que se une desde aquí abajo al que da en los cielos la Santísima Trinidad. Si nosotros recibimos el testimonio de los hombres, dice el verso, mayor es el de Dios. ¿No es esto decir una vez más que debemos ceder a las repetidas invitaciones del amor? Nadie puede excusarse pretextando ignorancia, o falta de vocación para cosas más altas que aquellas por las que se arrastra nuestra tibieza.

GRADUAL

Este es Jesucristo, el cual vino por el agua y la sangre: no sólo por el agua, sino por el agua y la sangre. ℣. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una sola cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son una sola cosa.

Aleluya, aleluya. ℣. Si aceptamos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor. Aleluya.

---

[1] D. Delatte, *Epist. de S. Pablo,* II, 388.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (XIX, 30-35).

En aquel tiempo, habiendo tomado Jesús el vinagre, dijo: Se ha terminado. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos, pues (porque era la Parasceve), para que no permanecieran los cuerpos en la cruz el sábado (porque era un gran día aquel sábado), rogaron a Pilatos que fueran quebradas sus piernas y se quitaran. Fueron, pues, los soldados: y quebraron ciertamente las piernas del primero, y las del otro que había sido crucificado con El. Mas, cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no quebraron sus piernas, sino que uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto salió sangre y agua. Y, el que lo vió, da testimonio de ello: y su testimonio es verdadero.

La sangre del Corazón de Jesús. — El Viernes Santo escuchamos ya por vez primera este pasaje del discípulo amado. La Iglesia dolorida al pie de la Cruz, donde acababa de expirar su Señor, no tenía entonces lágrimas y lamentaciones suficientes. Hoy se conmueve con otros sentimientos, y el mismo pasaje que causaba sus lágrimas, la hace desbordarse ahora en antífonas de alegría y en cantos triunfales. Si queremos saber su causa, preguntémosla a los autorizados intérpretes a quienes ella misma quiso encargar nos diesen a conocer su pensamiento en este día. Nos dirán que la nueva Eva celebra hoy su

nacimiento del costado del Esposo dormido [1]; que, a partir del momento solemne en que el nuevo Adán permitió que la lanza del soldado abriese su Corazón, somos verdaderamente hueso de sus huesos y carne de su carne [2]. No nos admiremos de que la Iglesia no vea en esta Sangre que se derrama, sino amor y vida. Y tú, oh alma, rebelde tanto tiempo a los llamamientos secretos de las gracias de elección, no te desconsueles; no digas: "¡El amor no es para mí!" Por muy lejos que haya podido llevarte el antiguo enemigo con sus funestas astucias, ¿no es verdad que no hay ningún lugar oculto, ni abismo siquiera, a donde no te hayan seguido los arroyos nacidos de la fuente sagrada? ¿Crees acaso que el largo trayecto que has querido imponer a su perseguimiento misericordioso, haya agotado su virtud? Haz la prueba; lo primero y báñate en estas ondas purificadoras; después haz beber a grandes tragos en el río de la vida a esa tu pobre alma fatigada; en fin, armándote de fe remonta el curso del río divino. Porque, si es verdad que, para llegar hasta ti, no se ha separado de su punto de partida, también es verdad que, haciendo esto, hallarás la fuente misma.

La Iglesia, al presentar los dones para el Sacrificio, recuerda en sus cantos que el cáliz presentado por ella a la bendición de los sacerdotes,

---

[1] S. Agustín, *Tratado 30 sobre S. Juan.*
[2] Sermón del 2.º Nocturno.

se convierte, por virtud de las palabras sagradas, en el inagotable depósito del cual se derrama sobre el mundo la Sangre del Señor.

OFERTORIO

El cáliz de bendición, que bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Cristo? Y el pan, que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo del Señor?

La Secreta pide el pleno efecto de la divina Alianza, de la que es medio y prenda la Sangre de Jesús, desde que su derramamiento hizo cesar el grito de venganza, que, como el de Abel, subía de la tierra al cielo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que, por estos divinos Misterios, nos acerquemos a Jesús, Mediador del Nuevo Testamento, y que renovemos sobre tus altares la aspersión de una Sangre más elocuente que la de Abel. Por el mismo Señor nuestro.

La Antífona de la Comunión canta el amor misericordioso que el Señor nos demostró con su venida, sin dejarse apartar de sus proyectos divinos por el cúmulo de crímenes que habría de borrar con su propia Sangre para purificar a la Iglesia. Gracias al adorable Misterio de la fe, que obra en el secreto de los corazones, cuando venga visiblemente, no quedará de este pasado doloroso sino un recuerdo de triunfo.

COMUNION

Cristo se ofreció una vez para redimir los pecados de muchos: aparecerá segunda vez sin pecado para salud de los que le esperan.

Saciados de alegría en las fuentes del Señor, que son sus sagradas llagas, pidamos que la Sangre preciosa que enrojece nuestros labios, sea, hasta en la eternidad, la fuente viva en que poseamos la felicidad y la vida.

POSCOMUNION

Admitidos, Señor, a esta sagrada Mesa, hemos bebido con gozo las aguas en las fuentes del Salvador: haz, te suplicamos, que su Sangre sea para nosotros una fuente de agua que salte hasta la vida eterna. Por El, que vive contigo.

2 DE JULIO

LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

HISTORIA DE LA FIESTA. — En los días que precedieron al nacimiento del Salvador, la visita de María a su prima Isabel fué ya objeto de nuestras meditaciones. Pero convenía volver sobre una circunstancia tan importante de la vida de Nuestra Señora, para hacer resaltar lo que este misterio contiene de enseñanza profunda y de alegría santa. La sagrada Liturgia completándose con los años, explotará esta mina preciosa

en honor de la Virgen-Madre. La Orden de San Francisco y algunas iglesias particulares, como la de Reims y París, ya se habían adelantado, cuando Urbano VI, en el año 1389 instituyó la solemnidad de este día. El Papa aconsejaba el ayuno en la vigilia de la fiesta, y que además tuviese Octava; concedió en su celebración las mismas indulgencias que había otorgado Urbano VI, en el siglo anterior a la fiesta del *Corpus Christi*. La bula de promulgación, retrasada por la muerte del Pontífice, fué publicada por Bonifacio IX que le sucedió en la Silla de S. Pedro.

Por las lecciones del Oficio primitivamente compuesto para esta fiesta, sabemos que el fin de su institución fué, según el pensamiento de Urbano, obtener que cesase el cisma que dividía a la Iglesia. Nunca se había visto la Esposa del Hijo de Dios en situación tan dolorosa. Pero Nuestra Señora, a quien se había dirigido el verdadero Pontífice al comienzo de la tormenta, no dejó fallida la esperanza de la Iglesia. Durante los años que la insondable justicia del Altísimo dejó obrar a los poderes del infierno, vino en su defensa, sujetando tan fuertemente bajo su pie vencedor la cabeza de la serpiente antigua, que a pesar de la espantosa confusión que había levantado, su baba ponzoñosa no pudo manchar la fe de los pueblos, que permaneció firmemente adherida a la unidad de la Cátedra romana, cualquiera que en esta incertidumbre

fuese su ocupante verdadero. Así, el Occidente separado de hecho, pero unido en sus principios, se volvía a unir en el tiempo escogido por Dios para devolver la luz.

MARÍA, ARCA DE ALIANZA. — Si se pregunta por qué quiso Dios que el Misterio de la Visitación y no otro, fuese al establecerse esta solemnidad, el trofeo de la paz reconquistada, es fácil hallar la razón en la naturaleza misma de este misterio y en las circunstancias en que se realizó.

En él especialmente aparece María como verdadera arca de Alianza: llevando al Emmanuel, testimonio vivo de una reconciliación definitiva entre la tierra y el cielo. Por ella, mejor que en Adán, todos los hombres han de ser hermanos; porque el que lleva escondido en su seno, será el primogénito de la gran familia de los hijos de Dios. Apenas concebido, comienza para El la obra de la propiciación universal.

¡Dichosa la casa del sacerdote Zacarías, que durante tres meses acogió a la Sabiduría eterna, bajada recientemente al seno purísimo en que se acaba de consumar la unión que ambicionaba su amor! Por el pecado original, el enemigo de Dios y de los hombres tenía cautivo, en esta bendita casa, a aquel que sería el hornato en los siglos infinitos; la embajada del ángel que anunció el nacimiento de Juan, su concepción milagrosa, no habían eximido al hijo de la es-

téril del tributo vergonzoso que todos los hijos de Adán tienen que pagar al príncipe de la muerte, a su entrada en la vida. Pero apareció María, y Satanás vencido sufrió en el alma de Juan su más completa derrota, que no será la última; porque el arca de alianza no detendrá sus triunfos hasta reconciliar al último de los elegidos.

Alegría de la Iglesia. — Celebremos este día con cantos de alegría; porque en este misterio están, como en germen, todas las victorias que alcanzarán la Iglesia y sus hijos; desde hoy el Arca santa preside los combates del nuevo Israel. Basta ya de división entre el hombre y Dios, el cristiano y sus hermanos; si la antigua arca no logró impedir la escisión de las tribus, el cisma y la herejía conseguirán hacer frente a María unos cuantos años o algunos siglos, pero al fin resplandecerá más su gloria. De ella, como en este día glorioso y a la vista del enemigo humillado, brotarán siempre la alegría de los pequeños, la perfección de los pontífices [1], y la bendición de todos. Unamos el tributo de nuestras voces a los saltos gozosos de Juan, a la repentina exclamación de Isabel, al cántico de Zacarías; todo el mundo lo repita. Así se saludaba antiguamente la llegada del arca al campamento de los Hebreos; los Filisteos, al oírlo, por ahí comprendían que había bajado el auxilio del Señor;

[1] *Ps.*, CXXXI, 8-9; 14-18.

y sobrecogidos de espanto, gemían, diciendo: "¡Desgraciados de nosotros! no reinaba aquí ayer una alegría tan grande; ¡desgraciados de nosotros[1]." Por cierto que hoy el género humano salta de gozo y canta con Juan; y hoy también, y con razón, se lamenta el enemigo; hoy la mujer[2] descarga el primer golpe del calcañal en su cabeza altanera, y Juan, ya librado, es en esto precursor de todos nosotros. El nuevo Israel, más afortunado que el viejo, tiene seguridad de que no le arrebatarán ya su gloria nunca jamás; nunca le quitarán el Arca santa que le permite pasar las aguas[3], y derrumba ante él las fortalezas[4].

El canto de María. — ¿No es, pues, muy justo que este día, en que termina la serie de las derrotas que comenzaron en el Paraíso, sea también el día de los cánticos nuevos del nuevo pueblo? Pero ¿a quién toca entonar el himno del triunfo, sino al que gana la victoria? Por eso canta María en este día de triunfo, recordando todos los cantos de victoria que, a lo largo de los siglos de espera, fueron como preludios, a su divino Cántico. Pero las victorias pasadas del pueblo elegido no eran más que la figura de la que consigue ella, en esta fiesta de su manifes-

[1] *I Rey*, IV, 5, 8.
[2] *Gén.*, III, 15.
[3] *Jos.*, III, IV.
[4] *Ibid.*, VI.

tación, como soberana gloriosa, que, mejor que Débora, Judit o Ester, ha comenzado a libertar a su pueblo; en su boca los acentos de sus ilustres predecesoras han evolucionado de la aspiración inflamada de los tiempos de la profecía, al éxtasis sereno, que denota la posesión del Dios que por tanto tiempo esperado. Una era nueva comienza parar los cantos sagrados: la alabanza divina toma de María el carácter que no perderá en este mundo y que subsistirá aún en la eternidad. Y en este día también, inagurando su ministerio de Corredentora y de Mediadora, recibió María por vez primera en la tierra, de boca de Santa Isabel, la alabanza que sin fin merece la Madre de Dios y de los hombres.

El motivo especial que tuvo la Iglesia, en el siglo XIV, para instituir esta fiesta, nos ha inspirado las anteriores consideraciones. María ha demostrado otra vez, al devolver a Roma al desterrado Pío IX, el 2 de Julio de 1849, que consideraba esta fecha como un día de victoria.

MISA

El Introito es el mismo de las Misas votivas de Nuestra Señora en este tiempo del año. Está tomado de Sedulio[1], el poeta cristiano del si-

[1] Salve, Sancta Parens, enixa puerpera Regem.
Qui coelum terramque tenet per saecula. Cuius

[1] Salve, Madre santa, que diste a luz al Rey que rige cielos y tierra por los siglos de los siglos. Su poder es

glo v, del cual hizo la Sagrada Liturgia otros extractos muy bien apropiados, los días de Navidad y Epifanía. La *palabra excelente* (Verbum bonum) que se ensalza en el Versículo, la obra que dedica al Rey la Virgen-madre, todos declaran hoy que es el *Magnificat*, riqueza y gloria de este día.

INTROITO

Salve, Madre Santa, que diste a luz al Rey que rige cielos y tierra por los siglos de los siglos. Ps. Mi corazón ha proferido una excelente palabra; digo: Mis obras son para el Rey. Gloria al Padre. Salve.

La paz es el don precioso que imploraba la tierra incesantemente desde el pecado original. Congratulémonos, pues; en este día se revela, por medio de María, el Príncipe de la Paz. La solemne conmemoración del ministerio que celebramos, va a desarrollar en nosotros la obra de salvación, que comenzó en el de Navidad. Esta gracia la pedimos con la Santa Madre Iglesia en la Colecta.

Numen, et aeterno complectens omnia gyro,
Imperium sine fine manet; quae ventre beato.
Gaudia matris habens cum virginitatis honore,
Nec primam similem visa es, nec habere sequentem;
Sola sine exemplo placuisti femina Christo.

eterno, lo mismo que su imperio que abarca a todas las cosas en un círculo infinito. En ti se juntan, en un seno santo, las alegrías de la madre y el honor de la virgen; ni antes ni después de ti, se vió cosa semejante; la única entre todas y sin precedente agradaste a Jesucristo.

Carmen Paschale, l. II, V. 63-69.

ORACION

Rogámoste Señor, que concedas a tus siervos el don de la gracia celestial, para que los que hemos recibido las primicias de la salvación en el parto de la Virgen, alcancemos aumento de paz en la Solemnidad de su Visitación. Por Jesucristo nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Libro de la Sabiduría (Cantar de los Cantares, II, 8, 15).

Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados. Mi amado semeja al gamo ligero y al cervatillo. Vedle, está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías. Me habla mi amado y dice: Levántate y apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues ya pasó el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; han aparecido las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestro campo; la higuera dió sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. ¡Levántate pues, amiga mía, hermosa mía, y ven paloma mía que anidas en las quiebras de las peñas, en las concavidades del muro, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu cara hermosa!

La visita del Amado. — La Iglesia nos introduce en la profundidad del misterio. La lectura que antecede, se reduce a la explicación de esta palabra de Isabel, en que se resume la fiesta: "Al oír tu voz, mi niño saltó de gozo en mi seno." Voz de María, voz de la tórtola, que expulsa al invierno y anuncia la primavera, los perfumes y las

flores. A esta invitación tan dulce, el alma de Juan, cautiva en la noche del pecado, se despoja de las libreas del esclavo y, desarrollando rápidamente los gérmenes de las más altas virtudes, se nos presenta bella como la esposa, con todos los aderezos del día de la boda. Y también ¡qué ansias tiene Jesús de llegarse a esta alma amada! ¡Qué efusiones inefables entre Juan y el Esposo! ¡Qué diálogo sublime desde el seno de Isabel al de María! ¡Madres admirables, pero más admirables todavía los hijos! En aquel encuentro feliz, el oído, los ojos, la voz de las madres las pertenecen menos a ellas que a los frutos benditos de sus entrañas; sus sentidos son la celosía por la que el Esposo y el amigo del Esposo se ven, se entienden y se hablan.

El alma de Juan prevenida por el Amigo Divino que la buscó, se despierta en pleno éxtasis. Por otra parte, para Jesús es la primera conquista; dirigidos a Juan, es cuando por vez primera, excepción hecha de María, se formulan en el alma del Verbo hecho carne, los acentos del epitalamio divino y hacen palpitar su corazón. En este día pues, y nos lo enseña la Epístola, a la vez que el *Magnificat,* se inaugura también el divino *Cantar de los Cantares* con el verdadero y completo sentido que el Espíritu Santo quiso darle. Nunca habrá motivos tan justificados como en este día feliz, para el alborozo del Esposo; ni tampoco será jamás tan fielmente

correspondido. Unamos nuestro entusiasmo al de la eterna Sabiduría, que hoy da el primer paso en favor de toda la humanidad.

En el Gradual ensalcemos con Isabel a la Santísima Virgen, que nos gana todas estas alegrías, y en quien el amor tiene encerrado al que no podía contener el mundo. El dístico que se canta en el versículo, hacía las delicias de la piedad medieval; se encuentra en varias liturgias, ya como principio de himno [1], ya en forma de Antífona en la composición de Misas u Oficios.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, Virgen María; pues sin el más leve menoscabo de tu integridad virginal, te hallaste Madre del Salvador. ℣. Virgen, Madre de Dios, El que no cabe en los cielos, hecho hombre se encarnó en tu seno.

---

[1] Virgo Dei Genitrix, quem totus non capit orbis,
In tua se clausit viscera factus homo.
Vera fides Geniti, purgavit crimina mundi:
Et tibi virginitas inviolata manet.
Te matrem pietatis, opem te clamitat orbis:
Subvenias famulis, oh benedicta, tuis.
Gloria magna Patri, compar tibi gloria, Nate:
Spiritui Sancto gloria magna Deo.
Amen.

[1] Virgen Madre de Dios, el que no cabe en el mundo, se ha encerrado en tus entrañas, haciéndose hombre.
La fe en tu Hijo ha borrado los crímenes del mundo; y tu virginidad sigue inviolada.
El universo te saluda como a Madre del amor; el universo te pide ayuda: socorre a tus siervos, oh bendita.
Gloria, inmensa para el Padre; y a Ti, oh Hijo, gloria igual; al Espíritu Santo, Dios también, gloria infinita. Amén.

Aleluya, aleluya. ℣. Feliz y digna de toda alabanza, eres, sagrada Virgen María, porque de ti nació el Sol de justicia, Cristo nuestro Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (I, 39-46).

En aquel tiempo: Partió María presurosa por las serranías, a una ciudad de Judá; y, entrando en casa de Zacarías, saludó a Isabel. Al oír Isabel el saludo de María, el niño (Juan) saltó de gozo en su vientre, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo, y, exclamando en alta voz, dijo: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a mí? Pues lo mismo fué llegar la voz de tu saludo a mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi seno. ¡Bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor. Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu salta de gozo al pensar en Dios, mi Salvador.

CARIDAD FRATERNA... —María supo por el Arcángel que Isabel iba a ser pronto madre. Sólo pensar los servicios que necesitan la anciana prima y el niño que va a nacer, la pone inmediatamente en camino hacia las montañas en donde esta situada la casa de Zacarías. Así camina, así *corre,* si es verdadera, *la caridad de Cristo* [1]. No hay situación de alma en la que pueda el cristiano olvidar a sus hermanos, con el pretexto de una perfección más encumbrada.

[1] *II Cor.,* V, 14.

Acaba María de contraer con Dios la unión más alta que podemos pensar; y con gusto se la figuraría nuestra imaginación incapaz de hacer nada, abismada en el éxtasis, precisamente en estos días en que el Verbo, al tomar carne de su carne, en pago la inunda en mares de su divinidad. Pero el Evangelio lo dice expresamente: *en estos mismos días* [1], la Virgen sencilla, pendiente hasta ahora del secreto de la presencia del Señor [2], *se levanta* para dedicarse a todas las necesidades del prójimo en su cuerpo y en su alma.

... Y CONTEMPLACIÓN. — ¿Quiere significarse con esto que las obras están por encima de la oración y que la contemplación ha dejado de ser la mejor parte? De ninguna manera; y Nuestra Señora nunca estuvo con todo su ser tan directa y tan plenamente unida con Dios como en estos días. Pero la criatura que ha llegado a las cumbres de la vida unitiva, se siente tan apta para las obras exteriores, que no existe de por sí ocupación alguna que la pueda distraer del centro inmutable en que ya se ha fijado.

LA PERFECCIÓN. — Privilegio insigne, resultado de esta *división del espíritu y del alma* [3], a la que no todos llegan y que es uno de los pasos más decisivos en las vías del *espíritu;* pues su-

---

[1] *Luc.*, I, 39.
[2] *Salmo*, XXX, 21.
[3] *Hebr.*, IV, 12.

pone una purificación tan perfecta del ser humano, que en realidad forma un solo espíritu con el Señor [1]; lleva consigo una sumisión tan total de las potencias, que sin chocar entre sí, obedecen simultaneamente, en sus diversas esferas, al soplo divino.

Mientras el cristiano no conquiste esta santa libertad de los hijos de Dios [2], no puede en efecto, ir al hombre, sin abandonar a Dios en algo. Y no decimos con eso que tenga que descuidar sus obligaciones con el prójimo, en quien Dios ha querido que le veamos a El mismo; ¡dichoso, sin embargo, el que no pierde nada de la mejor parte, como María, cuando se dedica a los quehaceres de esta vida! Pero ¡qué pocos son estos privilegiados, y cuán grande ilusión sería persuadirnos de lo contrario!

MARÍA, NUESTRO MODELO. — Nuestra Señora, es Virgen y Madre. En ella se realiza el ideal de la vida contemplativa y de la vida activa: la Liturgia nos lo recuerda a menudo. En esta fiesta de la Visitación, la Iglesia la invoca de modo más especial como modelo de todos los que se dedican a las obras de misericordia; si no a todos les es dado tener, como ella, al mismo tiempo, abismado más que nunca en Dios su espíritu, no obstante eso, todos tienen que esforzarse de continuo por irse acercando, mediante la prác-

[1] *I Cor.*, VI. 17.
[2] *Rom.*, VIII. 21: *II Cor.*, III. 17.

tica del recogimiento y de la alabanza divina, a las alturas luminosas donde hoy se muestra su Reina en la plenitud de sus inefables perfecciones.

El Ofertorio, canta el glorioso privilegio de María, Madre y Virgen, dando a luz al que la hizo.

OFERTORIO

Bienaventurada eres, Virgen María, que engendraste a quien te creó y llevaste en tu seno al Creador de todas las cosas, permaneciendo siempre Virgen.

El Hijo de Dios, al nacer de María, consagró su integridad virginal. Pedimos en la Secreta de este día, que, en recuerdo de su Madre, nos conceda el purificarnos de nuestras manchas y hacer de esa manera nuestra ofrenda acepta al Dios altísimo.

SECRETA

Socórranos, Señor, la humanidad de tu Unigénito, y así como, al nacer de la Virgen Madre, no mermó su integridad, sino que la hizo más santa, así, purificándonos de nuestras culpas en la solemnidad de su Visitación, te haga aceptable nuestra oblación Cristo Nuestro Señor, que contigo vive y reina...

La Iglesia tiene consigo, en los Misterios, al mismo Hijo del Padre eterno que María llevó en su vientre nueve meses. En ese santo seno tomó un cuerpo para llegarse a todos nosotros. En la antífona de la comunión cantemos al Hijo y a la Madre.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del eterno Padre.

La celebración de cada uno de los misterios de la salvación mediante la participación del Sacramento que los contiene todos, es un medio para obtener el alejamiento del mal en este mundo y para la eternidad. Es lo que expresa la Poscomunión, por lo que se refiere al misterio de este día.

POSCOMUNION

Habiendo recibido los sacramentos en la celebración de esta fiesta anual, suplicámoste, Señor, que nos sirvan de remedio para la vida presente y la futura. Por Jesucristo nuestro Señor.

ELOGIO. — ¿Quién es ésta que *avanza hermosa como la aurora cuando sale, terrible como un ejército puesto en orden de batalla?*[1]. Hoy es, oh María, la primera vez que alegra a la tierra tu dulce claridad. Llevas contigo al Sol de justicia; y su luz naciente, al tocar en la cumbre de los montes—el llano sigue aún en la oscuridad—, al primero que alcanza, es al Precursor, de quien se ha dicho que no hay otro mayor entre los nacidos de mujer. El astro divino, subiendo, siempre subiendo, inundará pronto con sus luces los valles más hondos. Pero ¡cuánta gracia en es-

[1] Cantar de los Cantares, VI, 9.

tos primeros rayos que se desprenden de la nube en que todavía se oculta! Porque tú eres, María, la *nube tenue,* esperanza del mundo, terror del infierno[1].

Plegaria por todos. — Date prisa, por tanto, ¡oh María! Llégate hasta todos nosotros; baja hasta las regiones sin gloria, donde la mayor parte del género humano vegeta, incapaz de subir a las alturas; tu visita consiga introducir la luz de la salvación aun en los abismos de perversidad que más se aproximan a la sima infernal. ¡Oh! ¡quiera Dios que desde las prisiones del pecado, desde el llano en que el vulgo se agita, seamos arrastrados a seguir tus pasos! ¡Son tan hermosas tus huellas en nuestros pobres caminos[2], y tan suaves los perfumes con que hoy embriagas la tierra![3]

... por la Orden de la Visitación. — Bendice, oh María, a los que atrae y seduce la mejor parte. Protege a la Orden venerable que se gloría de honrar de modo especial el misterio de tu Visitación; fiel al espíritu de sus ilustres fundadores, no cesa un momento de hacer justicia a su título, embalsamando a la Iglesia de la tierra con aquellos mismos perfumes de humildad, de

[1] *III Reyes,* XVIII, 44; *Is.,* XIX, 1.
[2] *Cant.,* VII, 1.
[3] *Ibid.,* I, 5.

dulzura, de oración escondida que hace diecinueve siglos, fueron el principal atractivo de los ángeles en este gran día.

... POR LOS QUE AYUDAN A LOS DESGRACIADOS. — Finalmente, oh Señora nuestra, no olvides las filas compactas de los que suscita la gracia para seguirte en la búsqueda misericordiosa de todas las miserias, y que hoy son más numerosos que nunca; enséñalos cómo se pueden dedicar al prójimo, sin dejar a Dios; para la mayor gloria de ese Dios altísimo, y felicidad del hombre, multiplica en la tierra tus fieles modelos. Y por fin, todos, después de seguirte en la medida y a la manera que quiere Aquel que divide sus dones a cada cual según su beneplácito [1], nos volvamos a encontrar en la patria para cantar contigo a una voz el eterno *Magnificat.*

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS PROCESO Y MARTINIANO

DOS CONVERTIDOS POR SAN PEDRO.—En este día en que por vez primera el diablo ve a su tropa infernal retroceder ante el arca santa, hacen corte a su Reina dos combatientes del ejército

---

[1] *I Cor.*, XII, 11.

de los elegidos. Enviados a María por el mismo San Pedro en su octava gloriosa, merecieron este honor por la fe con que reconocieron al condenado por Nerón como cabeza del pueblo de Dios.

Nos dicen sus "Actas" (de época tardía y por desgracia dudosas) que el príncipe de los Apóstoles estaba esperando de un momento a otro su martirio en el fondo de la prisión Mamertina, cuando la misericordia de Dios condujo junto a él a dos soldados romanos. El uno se llamaba Proceso, y Martiniano el otro. Quedaron admirados de la dignidad de ese anciano confiado, por unas cuantas horas, a su custodia y que solo saldría fuera para morir en un patíbulo. Pedro les habló de la vida eterna y del Hijo de Dios, que amó a los hombres hasta dar su sangre por su rescate. Proceso y Martiniano oyeron con ánimo dócil esta doctrina inesperada, la aceptaron con fe sencilla, pidieron la gracia de la regeneración y recibieron el bautismo. No tardaron en pagar con su vida el honor de haber sido iniciados en la fe cristiana por el Príncipe de los Apóstoles, y son honrados entre los mártires.

LAS RELIQUIAS DE LOS DOS SANTOS. — Su culto es tan antiguo como el de San Pedro. Pasada la era de las persecuciones, sobre su tumba se erigió una basílica. San Gregorio pronunció en ella su homilía 32 sobre el Evangelio al llegar el ani-

versario de su martirio; el gran Papa da fe de los milagros que se obraban en ese santo lugar, y particularmente celebra el poder que tienen los dos santos mártires para proteger a sus devotos en el día de su muerte. En el siglo IX San Pascual I colocó sus cuerpos en la basílica vaticana junto al del Príncipe de los Apóstoles. Hoy ocupan el lugar de honor, al fondo del transepto derecho, que lleva su nombre. Allí tuvo lugar el Concilio Vaticano. No echemos en olvido a estos ilustres protectores de la Iglesia. Si su gloria se confunde ahora con la de Nuestra Señora, su poder se ha tenido que aumentar con este acercamiento a la graciosa reina de la tierra y de los cielos.

3 DE JULIO

SAN LEON II, PAPA Y CONFESOR

El honor de la Santa Sede. — El Papa San León II tuvo un gobierno muy corto: de 682 a 683; pero la Providencia le había cargado con la tremenda responsabilidad de aprobar las Actas del Concilio VI Ecuménico, que condenaba la memoria del Papa Honorio, uno de sus predecesores, fallecido próximamente hacía medio siglo. Se comprende que no se llevó a cabo esto sin motivos gravísimos: y como los había, en efecto, el Santo Papa no dió un paso atrás ante su doloroso deber. Iba en ello el honor mismo de

la Santa Sede, y acerca de un punto sobre el cual es particularmente sensible: su infalibilidad doctrinal. San León II aprobó el Concilio que había censurado en Honorio, su gran debilidad en la vigilancia, y le condenó por dar paso libre a una herejía sutil y capciosa que se había librado de su censura.

La herejía monotelita. — Esta herejía nació del celo mal entendido de Sergio, patriarca de Constantinopla. Quiso ganar otra vez para la verdadera fe a los monofisitas, numerosísimos en Oriente, que no querían reconocer en el Verbo Encarnado más que una sola naturaleza, negando de ese modo que fuese verdadero hombre a la vez que verdadero Dios. Hacia 620 pensó Sergio obligarlos a suscribir una fórmula que afirmaba las dos naturalezas, pero que autorizaba creer en la unidad de voluntad en Nuestro Señor. Así se presentaba esta nueva herejía, el monotelismo, o doctrina de la única voluntad, que, al negar la existencia de una voluntad humana en Cristo, echaba por tierra la integridad de su naturaleza humana, y, por consiguiente, caía otra vez en el monofisismo, al que se quería combatir.

La inadvertencia de Honorio. — Esta herejía encontró al momento adversarios perspicaces en dos monjes: San Máximo de Constantinopla,

que murió mártir con el Papa San Martín I en defensa de la fe, y San Sofronio, que pronto llegará a ser Patriarca de Jerusalén. Por desgracia los patriarcas de Antioquía y de Alejandría apoyaban a Sergio; y sólo la autoridad de Roma podía detener los progresos de la herejía. Pero en esta lucha, en que debería haberse hallado el Sumo Pontífice en primera fila, el Papa Honorio falló.

Sergio le supo engañar con habilidad. Le presentó su fórmula como muy conforme a la doctrina de las dos naturalezas y además muy a propósito para reconciliar a los monofisitas. Honorio, ajeno hasta entonces a las discusiones que dividían a los orientales, estaba mal preparado para tratar esta cuestión desde el punto de vista doctrinal. No tuvo en cuenta más que el fin a que había que llegar: la vuelta de los disidentes. Mostró confianza a Sergio, le animó en su tentativa y le envió una carta de aprobación, que redactó su secretario Juan, carta llena de equívocos. En ella se afirmaba claramente que el Verbo encarnado obra divinamente las obras divinas, y de modo humano las cosas humanas; pero se afirmaba también que en Cristo no podía haber voluntades de sentido diverso o contrario. El Papa ciertamente no se ponía en el punto de vista de la composición de las dos naturalezas en Cristo, sino tan sólo de sus virtudes morales, y de ese modo creía el manifestar su per-

fecta obediencia. Sin embargo, al conservar ciertas expresiones reprensibles de Sergio, se diría que las aprobaba. Poco después, San Sofronio, publicó sobre esta materia su primera carta sinodal. Este tratado magnífico de teología dió luces a Honorio, el cual se apresuró a escribir por sí mismo a Sergio una segunda carta, en la que, sin retirar sus alientos para trabajar en la reconciliación de los herejes, fijaba de un modo neto el límite de lo permitido por las concesiones. Pero el mal estaba hecho, y Sergio, apoyado por el mismo emperador, había ya abusado de la libertad concedida por la primera carta del Papa.

La condenación de Honorio. — Además, cincuenta años más tarde, cuando triunfó la ortodoxia, el VI Concilio Ecuménico, que tuvo lugar en Constantinopla en 680-681, después de condenar la herejía monotelita, anatematizó a Sergio y a sus partidarios, entre los cuales juzgó que podía citar a Honorio. Eso era ir demasiado lejos; se imponía una distinción. Y el Papa San León II, al recibir las actas del Concilio, no las sancionó hasta haber especificado la falta de Honorio, al que no hay que confundir con los herejes. "En vez de purificar a esta Iglesia apostólica, escribe, ha permitido que la Inmaculada fuese manchada por una traición profana"[1]. Es-

[1] Héfèle Leclercq, *Hist. des Conc.*, III, 514.

te juicio severo nunca lo revocó Papa alguno. Por lo demás, desde el principio, el error de Honorio fué considerado como una falta personal, sin comprometer en lo más mínimo la autoridad de la Santa Sede [1]. Pero un Papa, aun cuando no enseñe *ex cátedra* y como doctor infalible, tiene, a pesar de ello, responsabilidades inmensas en su enseñanza ordinaria. Honorio no fué hereje. Los Papas San Martín y San Agatón, le tuvieron incluso en gran veneración. La Iglesia de Occidente fué sabiamente gobernada por él. Pero el VI Concilio Ecuménico hizo ver que en Oriente había faltado a su deber. Y San León II hizo justicia.

Vida. — San León II, siciliano de origen, fué elegido Papa el 681, pero no fué consagrado hasta que el emperador expresó su aceptación en agosto de 682. Tuvo fin su pontificado algo antes de hacer el año, pues murió en Julio del 683. Era muy letrado y gustaba de la música. Reedificó la iglesia de San Jorge in Velabro y dedicó a San Pablo una iglesia que enriqueció con reliquias sacadas de las Catacumbas. Era doctor, predicador, amigo de la pobreza y de los pobres. Defendió los derechos de la Silla de Roma contra las pretensiones del obispo de Rávena, ciudad donde residía el emperador. Finalmente, sancionó las Actas del VI Concilio Ecuménico. Fué sepultado en San Pedro del Vaticano.

---

[1] L. Bréhier, en *l'Hist. de l'Eglise de Fliche et Martin, V*, 190.

CRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE. Glorioso Pontífice, tuyo fué el privilegio de completar la confesión apostólica, dando su última ampliación al testimonio que Pedro tributó a ese Hijo del Dios vivo, que a la vez era hijo del hombre. Fuiste digno de terminar la obra de los Concilios de Nicea, de Efeso y de Calcedonia, que habían defendido en el Emmanuel su divinidad consustancial al Padre, y la unidad de persona que hacía de María su verdadera Madre, y esta dualidad de naturaleza sin la cual no hubiera sido nuestro hermano. Ahora bien, Satanás, que se había dejado vencer más fácilmente en los dos puntos primeros, atacaba con rabia al tercero: es que su insubordinación el día de la gran batalla que le arrojó de los cielos, consistió en negarse a adorar a Dios bajo semejanzas humanas; la Iglesia le obligó a doblegarse, pero su envidia quería al menos que este Dios no hubiese tomado del hombre más que una naturaleza mutilada. Que el Verbo se haga hombre, pero que no tenga en esta carne otros impulsos ni otras energías que las de la misma divinidad; y esta naturaleza inerte, sin la corona de la voluntad, ya no será la humanidad, aunque conserve todo lo demás; y así Lucifer será menos humillado en su orgullo. Pues el hombre, objeto de su envidia infernal, no tendrá nada más de común con el Verbo divino que una vana apariencia. Gracias te sean dadas, San León II, gracias en nombre

de toda la humanidad. Ante el cielo, la tierra y el infierno promulgaste auténticamente el título que, sin restricción alguna, sienta a nuestra naturaleza a la derecha del Padre, en lo más alto del cielo; por ti, nuestra Señora termina de aplastar la cabeza de la odiosa serpiente.

PLEGARIA POR LOS SUMOS PÓNTIFICES. — ¡Pero qué habilidad hubo en esta campaña del diablo! Y en los abismos ¡qué aplausos el día en que el representante del que es la luz, se creyó que estaba complicado con los poderes de las tinieblas para introducir la oscuridad y la confusión! Evita, oh León, que se repitan situaciones tan dolorosas. Mantén al pastor por encima de la región de las nieblas traidoras que suben de la tierra; conserva en el rebaño esta oración *de la Iglesia que debe hacerse continuamente a Dios por él:* [1] y Pedro, aunque haya sido enterrado en el fondo de las cárceles más oscuras, no cesará de contemplar el brillo claro del Sol de justicia; y todo el cuerpo de la Santa Iglesia estará en la luz. Porque dice Cristo: el ojo ilumina el cuerpo; si el ojo es sencillo, todo el cuerpo resplandecerá [2].

EL MAGISTERIO INFALIBLE. — Aleccionados por ti sobre el valor del beneficio que el Señor confirió al mundo al apoyarle en la enseñanza infa-

---

[1] *Act.*, XII, 5.
[2] *S. Mat.*, VI, 22.

lible de los sucesores de Pedro, estaremos mejor preparados para celebrar mañana la solemnidad que se anuncia. Ahora ya conocemos la consistencia de la roca que sostiene a la Iglesia; sabemos que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella[1]. Porque jamás el esfuerzo de estos poderes del abismo llegó tan allá como en la triste crisis a la cual tú pusiste fin; ahora bien, su éxito, por doloroso que fuese, no estaba en contra de las promesas divinas: la asistencia infalible del Espíritu de verdad no se prometió al *silencio* de Pedro, sino a su *enseñanza.* Pontífice bondadosísimo, consíguenos con la rectitud de la fe el celestial entusiasmo que necesitamos para cantar a Pedro y al Hombre-Dios en la unidad que el mismo Jesús estableció entre ambos. Mucho te debe la Sagrada Liturgia; haz que saboreemos cada vez más el maná que contiene; y ¡ojalá que nuestros corazones y nuestras voces interpreten de modo digno las melodías sagradas!

4 DE JULIO

DIA SEXTO DE OCTAVA DE LOS SANTOS APOSTOLES PEDRO Y PABLO

CONFIANZA EN LA ORACIÓN DE PEDRO. — Pedro y Pablo no cesan de oír en todo el mundo la

[1] *S. Mat.,* XVI, 18.

oración de sus devotos clientes. No perdieron nada de su poder con el tiempo; y lo mismo en el cielo que antes en la tierra, la magnitud de los intereses generales de la Santa Madre Iglesia no les absorbe de modo que desatiendan la petición del más insignificante de los habitantes de esta gloriosa ciudad de Dios, de la que fueron y siguen siendo los príncipes. Y por ser uno de los triunfos del infierno en nuestra época el haber dejado adormecer la fe, aun de los justos, tenemos que insistir en que se sacuda este sueño funesto, que nos llevaría nada menos que a olvidar la parte más admirable de lo que quiso hacer el Señor, al confiar a los hombres el cuidado de continuar su obra y de representarle visiblemente en la tierra.

EL AMOR DE PEDRO PARA CADA UNO DE NOSOTROS. El error que separaba al mundo de Pedro sólo podrá vivir indudablemente hasta que el mundo vea en él no únicamente la firmeza de la roca que resiste a los asaltos de las puertas de infierno, sino también la bondad del corazón, la paternal solicitud que hacen de él *para nosotros el Vicario del amor de Cristo* [1]. La Iglesia en efecto, es algo más que un edificio, cuya duración tiene que ser eterna; es también una familia y un redil; por eso el Señor, al abandonar este mundo y querer dejar a su obra una triple garantía, exi-

[1] S. Ambrosio, *Comm. sobre S. Lucas*, X.

gió del elegido de su confianza, una afirmación triple de amor, y sólo entonces le dió la investidura de su ministerio sublime, diciendo: *Apacienta mis ovejas* [1].

La enseñanza de San León. — Ahora bien, exclama San León, lejos de nosotros la duda, que Pedro no ejerza ya este ministerio de pastor, que no siga fiel a aquel compromiso de un amor eterno, que no continúe observando con una delicadeza infinita el mandato del Señor, confirmándonos en el bien con sus exhortaciones, pidiendo, sin cesar para que no prevalezca en nosotros tentación alguna [2]. Y este afecto, que abraza a todo el pueblo de Dios [3], es más extenso y más fuerte ahora que cuando era todavía mortal, porque todas las obligaciones y las solicitudes múltiples de su paternidad inmensa, son un agasajo para Aquel y con Aquel que le glorificó [4].

"Si en todas partes, continúa San León, recibieron los mártires en pago de su muerte y para manifestar sus méritos, el poder de ayudar a los que se hallan en peligros, de curar enfermedades y arrojar espíritus inmundos y remediar otros innumerables males, ¿quién puede haber, pues, tan ignorante o envidioso de la gloria del bienaventurado Pedro, que piense que

[1] *Juan*, XXI, 16.
[2] Sermón 4.° para el 29 de Junio.
[3] *Ibid.*
[4] Sermón 3.° para el 29 de Junio.

cierta parte de la Iglesia cae fuera de su solicitud y no le merezca acrecentamiento? Ese amor de Dios y de los hombres, que no dominaron ni la estrechez ni los hierros de las cárceles, ni los furores de las turbas, ni la cólera de los reyes, arde siempre en el príncipe de los Apóstoles y nunca muere; la victoria no pudo amenguar lo que la lucha no supo reducir. Hoy día que las tristezas dan paso a la alegría, el trabajo al descanso, la discordia a la paz, reconocemos en estos caritativos efectos los méritos y la oración de nuestro jefe. Experimentamos con mucha frecuencia que preside los consejos saludables, los juicios justos; nosotros ejercemos el derecho de atar y desatar, pero la influencia del bienaventurado Pedro es la que lleva al condenado a la penitencia, al perdonado a la gracia [1]. Y esta experiencia que no es personal, nuestros padres la tuvieron también; de modo que creemos y la tenemos por cierto, que en todos los trabajos de esta vida la oración del Apóstol debe sernos una ayuda y salvaguardia especial ante la misericordia de Dios." [2]

OFICIO DE LOS APÓSTOLES EN NUESTRA SANTIFICACIÓN. — San Ambrosio, Obispo de Milán, ensalza también la acción apóstólica, que es incesante, eficaz y viva en la Iglesia, y expresa con

[1] Sermón 5.
[2] Sermón 1.°

delicadeza y profundidad el oficio de Pedro y de Pablo en la santificación de los elegidos. "La Iglesia, dice, es una nave en la que tiene que pescar Pedro; y en esta pesca tiene órdenes de usar unas veces las redes y otras el anzuelo. ¡Grande misterio! pues esta pesca es enteramente espiritual. La red aprisiona, el anzuelo hiere; pero a la red va el montón, al anzuelo el pez solitario [1]. No temas, pez bueno, el anzuelo de Pedro; no mata, sino que bendice; preciosa herida la suya, que en la sangre permite encontrar la moneda de buena ley que es necesaria para pagar el tributo del Apóstol y del Maestro [2]. Por tanto, no te creas tan poca cosa, porque tu cuerpo sea débil: en tu boca tienes con qué pagar por Cristo y por Pedro [3]. Pues hay un tesoro en nosotros, el Verbo de Dios; la confesión de Jesús le pone en nuestros labios. Por eso se dice a Simón: *Anda mar adentro* [4] es decir, al corazón del hombre; pues *el corazón del hombre, en sus consejos,* es como las aguas profundas [5]. *Anda mar adentro,* es decir, a Cristo; pues Cristo es el depósito profundo de las *aguas vivas* [6], en

---

[1] *De la virginidad,* XVIII.

[2] Alusión al pez que fué a pescar Pedro por orden del Señor un día que se le exigía el tributo a su Maestro, y en cuya boca se halló con qué pagar el impuesto por Jesús y por Pedro.

[3] *Hexameron,* V.

[4] *Luc.,* V, 4.

[5] *Prov.,* XVIII, 4.

[6] *Joan.,* IV, 11.

el cual están los tesoros de la sabiduría y de la ciencia [1]. Pedro sigue pescando continuamente; y todos los días le dice el Señor: *Entra mar adentro.* Pero me parece oír a Pedro: *Señor, hemos trabajado toda la noche y nada hemos cogido* [2]. Pedro sufre en nosotros, cuando nuestra devoción es trabajosa. También Pablo en esos casos tiene su trabajo; le habéis oído hoy que decía: *¿Quién está enfermo,* y *que no enferme yo?* [3]. Obrad de modo que los Apóstoles no tengan que sufrir por vosotros [4].

5 DE JULIO

SAN ANTONIO MARIA ZACARIA, CONFESOR

EL FUNDADOR. — Después de Cayetano de Tienna y antes que Ignacio de Loyola, Antonio María mereció ser padre de una de las muchas familias religiosas que en el siglo XVI fueron llamadas a restaurar las ruinas de la casa de Dios. Lombardía estaba agotada, desmoralizada por las guerras que motivaron la posesión del ducado de

[1] *Rom.,* XI, 33.
[2] *Lc.,* V, 5, 1.
[3] *II Cor.,* XI, 29
[4] *De la Virginidad,* XVIII, XIX. Esta parte del libro de la Virginidad está compuesta de un discurso que se pronunció el día de la solemnidad de los Santos Apóstoles. En la Liturgia Ambrosiana, se lee hoy todavía, como Epístola de la fiesta, el pasaje de la segunda carta a los Corintios donde se encuentra el texto citado por San Ambrosio.

Milán; pero ante el espectáculo de las heroicas virtudes de Zacarías, volvió de nuevo a creer, a esperar y a amar. Prestó atención a sus sermones inflamados, que la llamaban a la penitencia, a la meditación de la Pasión del Salvador, a un culto más asiduo y a la adoración más solemne de la Sagrada Eucaristía. Fué también el precursor de San Carlos Borromeo, que en la reforma del clero, del pueblo y de los monasterios del Milanesado, tuvo en sus hijos e hijas los auxiliares más valiosos: los Clérigos regulares y las Angélicas de San Pablo.

El desarrollo de su obra. — El oratorio de la *Sabiduría Eterna* fué testigo en Milán de los principios de la nueva Congregación; la iglesia de San Bernabé, donde se estableció poco después de la muerte de Zacarías y que custodia hoy su cuerpo, dió el nombre de Barnabitas a estos nuevos discípulos del Doctor de las naciones. A la larga se propagarían por Italia, Francia, Austria, Suecia y hasta China y Birmania, dedicándose a las misiones, a la enseñanza de la juventud, a todas las obras que interesan al culto divino y a la santificación de las almas. En cuanto al santo fundador, en el año 1539 voló al cielo a los 36 de edad, desde la casa donde había nacido y de los brazos de su madre que le había criado para Dios, y que poco después se juntó con él.

VIDA. — Antonio nació en Cremona en 1502. Estudió filosofía y medicina y después teología. Doctor a los 22 años, reunía a los niños para enseñarles el catecismo; iban también sus padres y les dirigía homilías sencillas y persuasivas. A los 26 fué ordenado de sacerdote. En 1530, estando en Milán, se encontró con dos sacerdotes, miembros de la sociedad de la *Sabiduría Eterna,* los cuales trabaron con él amistad íntima. Fundó con ellos una nueva sociedad de Clérigos Regulares dedicados a predicar y a administrar los sacramentos. Ya en 1533, el Papa Clemente VII firmó el breve de aprobación del nuevo Instituto, y el año siguiente una bula de Paulo III los llamaba Clérigos Regulares de San Pablo. El mismo Paulo III había también aprobado poco antes el Instituto de las "Angélicas" o grupo de señoritas y señoras que reunió Luisa Torelli para llevar una vida pobre y penitente y ayudar así a la reforma religiosa que había emprendido Antonio, y contrarrestar los esfuerzos de la pretendida Reforma de Lutero. Estas dos fundaciones fueron origen de muchos sufrimientos para Antonio, que murió el 5 de Julio de 1539. Su Congregación sigue siempre floreciente en Italia.

PLEGARIA. — En esta Octava de los santos Apóstoles, te nos presentas como una piedra de gran valor, que realza su corona. Desde ese puesto de honor a donde la Iglesia te dirige sus homenajes, dígnate bendecir a los que, como tú, prosiguen en la tierra la obra apostólica sin cansarse de los continuos comienzos que el trabajo de zapa y mina infernal impone a los obreros de la salvación. Hoy, lo mismo que en tu tiempo, basta para salvar al mundo la enseñanza de los

Apóstoles, apoyada en el ejemplo y en la oración de los Santos. Discípulo de San Pablo y fiel imitador suyo, la ciencia de Cristo que aprendiste en su escuela, fué la que, de médico de los cuerpos, te convirtió en salvador de las almas; el amor que está por encima de todas las ciencias [1], fué el que hizo fecunda más allá del sepulcro tu vida, tan breve y, con todo eso, tan llena. Quiera Dios que se suscite entre nosotros, como lo pide la Iglesia [2] por tu intercesión, este espíritu salvador y de reparación; y ojalá sean tus hijos e hijas, cobijados bajo la bandera apostólica, los primeros en honrar siempre el gran nombre del Doctor de las naciones.

6 DE JULIO

OCTAVA DE LOS SANTOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO

A DIOS POR JESÚS Y A JESÚS POR LA IGLESIA. — Apoyada firmemente en Pedro, la Iglesia, se dirige hacia el que Jesucristo la dió por jefe, y le tributa obediencia y fe, veneración y amor. Es que siente la necesidad de ser agradecida. Por otra parte, no ignora, que, según el dicho de San Pedro Damiano, "nadie puede pretender la intimidad con el Señor, sin ser a la vez íntimo de

[1] *Efes.*, III, 19.
[2] Colecta de la fiesta.

Pedro". ¡Admirable unidad de los pasos de Dios hacia su criatura! Pero al mismo tiempo, ley absoluta del avance de ésta hacia la vida divina: a Dios sólo se le encuentra en Jesús, lo mismo que a Jesús en la Iglesia y a la Iglesia con Pedro. *Si me conocieseis*, decía el Señor, *acaso conoceríais también a mi Padre*[2]; pero los Judíos buscaban a Dios fuera de Jesús y sus esfuerzos resultaban inútiles. Después vinieron otros que pretendieron hallar a Jesús prescindiendo de su Iglesia, *pero lo que Dios ha unido, ¿lo va a separar el hombre?*[3]. Y esos hombres, en seguimiento del Cristo que imaginaron, no hallaron ni a Jesús ni a su Iglesia. Finalmente, otros son hijos de la Iglesia, pero están convencidos de que no tienen que buscar sino al Divino Pastor que reside en el cielo; y no obstante eso, Jesús ciertamente no quiso que las cosas fuesen así, al encomendar a otro el cuidado de *apacentar los corderos y ovejas*[4]: por estas palabras se ve, que el Pastor celestial confiaba a Simón, hijo de Juan el alimento, la dirección, el aumento y la conservación, no sólo de algunos, sino de todos, pequeños y grandes.

JESÚS PRESENTE EN EL PAPA. — Alma que estás hambrienta de Dios, aprende pues a ir a Pedro;

[1] Sermón sobre San Pedro.
[2] *Juan*, XIV, 7.
[3] *Mt.*, XIX, 6; *Eph.*, V, 32.
[4] *San Juan*, XXI, 15-17.

no creas que vas a llegar por otro camino a saciar el hambre que te acosa. Formada en la escuela de la sagrada Liturgia, ciertamente no eres de las que se desentienden de la humanidad en el Hijo de María, para llegar más pronto, dicen, y de un modo más seguro al Verbo; pero tampoco pretendas soslayar al Vicario de Dios. No menos está Jesús deseoso que tú del encuentro; ten, pues, por seguro que lo que pone en el camino, entre ti y El, no es dilación, sino ayuda. Como en la Sagrada Eucaristía, las sagradas especies tienen la finalidad de indicarte dónde te espera al que tú no sabrías buscar por ti mismo en la tierra, de igual manera el misterio de Pedro no tiene otro objeto que el señalarte de un modo cierto dónde está para ti, con su autoridad y con su infalible dirección, el que reside para ti en el Divino Sacramento en su propia sustancia. Los dos misterios se completan; van a la par y cesarán a la vez, cuando nuestros ojos puedan contemplar directamente a Jesús; pero desde este mundo, la Iglesia ve en ello no tanto un intermediario o un velo, como el signo mil veces precioso del Esposo invisible. Por eso no te debe asombrar que los honores que a Pedro tributa, rivalicen con los que prodiga a la Hostia; en esas genuflexiones tan repetidas por ambas partes, la Iglesia en efecto, reverencia y adora lo mismo: no ciertamente al hombre que se ve sentado en el trono apostólico, ni tampoco a las

especies que los sentidos perciben en el altar; sino, en una y otra parte, al mismo Jesús, que guarda silencio en el Sacramento y que habla y manda en su Vicario.

EL PAPA, CABEZA DE LA IGLESIA. — Por lo demás, la Iglesia sabe que sólo Pedro puede poner en sus manos la Hostia. El bautismo que nos hace hijos de Dios y todos los Sacramentos que multiplican en nosotros las energías divinas, son un tesoro del cual sólo él puede disponer legítimamente por si o por otros. Su palabra es la que, en todo el mundo y en todos los grados de la enseñanza autorizada, hace nacer en el fondo de las almas la fe, principio de la salvación, y la desarrolla en ellos, desde estos modestos principios, hasta las cimas más luminosas de la santidad. Y como, por estar en las alturas, la vida de los consejos evangélicos es el jardín que de un modo más particular se reserva el Esposo, Pedro también se reserva el gobierno y protección más especial de las familias religiosas, deseando poder siempre ofrecer directamente él mismo a Jesús las flores más bellas de esta santidad de la que es el principio y sostén su alto ministerio. Y santificada de esa manera, la Iglesia sigue dirigiéndose a Pedro para aprender de él el modo de ir al Esposo, en sus homenajes y en su culto: le repite, como los discípulos antiguamente al Sal-

vador: *Enséñanos a orar* [1]; y Pedro, inspirándose en lo que sabe de la Liturgia del cielo, determina para este mundo los ritos sagrados y dicta a la Esposa el tema de sus cantos. Y finalmente ¿quién, sino Pedro, es el que a su Santidad añade los caracteres de unidad, de catolicidad, de apostolicidad, que para ella son, ante el mundo, el título irrefragable de sus derechos al trono y al amor del Hijo de Dios?

Devoción al Papa. — Si somos de veras hijos de la Iglesia, si vivimos de los sentimientos del corazón de nuestra Madre, comprendamos cuál debe ser el agradecimiento, el respeto lleno de amor, la tierna confianza, la entrega absoluta y rendimiento de todo nuestro ser al hombre, de quien, por la amabilísima voluntad de Dios, nos vienen todos estos bienes. Pedro debe ser el objeto constante de nuestro culto filial en su persona y en sus sucesores, y sobre todo en el que hoy lleva el peso del mundo y nuestras propias cargas. Nuestros deben ser sus sufrimientos, sus glorias, sus intenciones. No olvidemos que Aquel de quien es representante visible el Romano Pontífice, quiso que todos sus miembros tuviesen parte de un modo invisible en el gobierno de su Iglesia: la responsabilidad que a cada cual incumbe en un punto de tan gran importancia, se da claramente a entender por el deber de la ora-

[1] *Lc.*, XI, 1.

ción, que ante Dios vale más que la acción, y a la que el amor hace más fuerte que el infierno [1].

La gloria de Roma. — En este último día de la Octava dedicada al triunfo de los dos príncipes de los Apóstoles, saludemos una vez más a la ciudad que fué testigo de sus postreras luchas. Ella conserva sus sepulcros y allí permanece la Silla del sucesor de Pedro; por este doble motivo es el vestíbulo de los cielos y la capital del imperio de las almas. El pensamiento de los trofeos augustos que se levantan a un lado y otro de su río, y de los recuerdos gloriosos que abundan en su alrededor, estremecía a San Juan Crisóstomo, bajo el cielo de Oriente. "No, exclamaba en una homilía a su pueblo; el cielo, cuando el sol le ilumina con todos sus rayos, no se puede comparar en nada al esplendor de Roma que proyecta sobre el mundo la luz de estas dos lumbreras. De allí se levantará Pablo y de allí Pedro. Reflexionad y estremeceos al pensar en el espectáculo que presenciará Roma cuando Pablo juntamente con Pedro se levanten de sus sepulcros y sean llevados al encuentro del Señor. ¡Espléndida rosa la que Roma presenta a Cristo! ¡Qué coronas más brillantes ciñen a esta ciudad! ¡De qué cadenas de oro está rodeada! ¡Qué fuentes las suyas! Admiro a esta famosa ciudad, no por el oro que en ella abunda, ni por sus pórti-

[1] *Cant.*, VIII, 6.

cos fastuosos, sino porque conserva en su recinto estas dos columnas de la Iglesia"[1]. Y el ilustre predicador expresaba en términos encendidos el deseo que tuvo de visitar los famosos sepulcros, tesoro del mundo y muro seguro de la ciudad-reina.

La peregrinación a Roma. — Hoy día, de todas las diócesis del mundo tienen que acudir los Obispos, a intervalos que señala el derecho, a visitar las basílicas que se construyeron sobre los restos preciosos de los dos grandes Apóstoles. Lo mismo que San Pablo durante su vida mortal, tienen ellos también que venir *a ver a Pedro*[2], que vive siempre en el Pontífice heredero de su primacía. Si los simples cristianos no están sometidos a una obligación, que para sus Obispos es el objeto de un juramento solemne, no obstante eso, todo verdadero católico dirigirá con frecuencia su pensamiento hacia las cumbres gloriosas de donde brotan para el mundo entero las fuentes de la salvación. Una de las señales más consoladoras en nuestros malhadados tiempos es el movimiento que agita a las turbas y las arrastra en número cada vez más creciente, a la Ciudad eterna; es la continuación de una de las tradiciones más antiguas y más sanas de nuestros padres.

---

[1] *Homilía* 32 sobre la Epístola a los romanos.
[2] *Gal.*, I, 18.

Eso no obstante, si no todos pueden apropiarse en este sentido la palabra del Salmo: "Me regocijé cuando me dijeron: Iremos a la casa del Señor", sepan todos, al menos, tan bien o mejor que el Judío, repetir estos acentos del verdadero patriotismo de las almas: "¡Todos los bienes sean para los que te aman, oh Jerusalén verdadera! Reine la paz en tus defensas y la abundancia en tus fortificaciones. Por amor de mis hermanos que en ti moran, te deseo la paz; por amor de la casa de Yavé, nuestro Dios, te deseo todo bien"[1].

7 DE JULIO

SAN CIRILO Y SAN METODIO, OBISPOS Y CONFESORES, APOSTOLES DE LOS ESLAVOS

EL BAUTISMO DE EUROPA. — A la expansión rápida y espléndida de la Buena Nueva que distinguió al primer siglo de nuestra era, siguió el trabajo del segundo apostolado, encomendado al Espíritu Santo, para llevar al Hijo de Dios las nuevas razas que la Sabiduría divina llamaba a reemplazar al mundo antiguo. Bajo la influencia misteriosa de la Ciudad eterna, que se asimiló con un nuevo triunfo a los que la habían vencido, se había formado ya otra raza latina de los

[1] Salmo, CXXI.

mismos bárbaros, cuya invasión parecía haber sepultado para siempre al Imperio. El ingreso de los Francos en el bautismo, la conversión de los Godos arrianos y de sus muchos compañeros de armas, apenas habían terminado esta transformación maravillosa, cuando vinieron también a llamar a las puertas de la Iglesia los Anglosajones, luego los Germanos y poco después los Escandinavos, guiados por los monjes Agustín, Bonifacio y Anscario. A la voz creadora de los nuevos Apóstoles, Europa se presentaba saliendo de las aguas de la fuente sagrada.

La conversión de los Eslavos. — Mas el movimiento continuo de la gran emigración de los pueblos, había arrastrado hasta las orillas del Danubio a una familia, cuyo nombre comenzaba ya en el siglo IX a llamar la atención del mundo.

Entre el Oriente y el Occidente, los Eslavos, aprovechándose de la debilidad de los descendientes de Carlomagno y de las revoluciones de la corte de Bizancio, aspiraban a erigir sus tribus en principados independientes de uno y otro imperio. Era el momento que había escogido la Providencia para ganar al cristianismo y a la civilización a una raza sin historia hasta entonces. El Espíritu de Pentecostés moraba en los dos santos hermanos que hoy celebramos. Preparados por la vida monástica a todos los sacrificios, a todos los sufrimientos, a estos pueblos que bus-

caban salir de su oscuridad pasada, les llevaban los primeros elementos de las letras y el conocimiento de los nobles destinos a los que el Dios Salvador convidaba a los hombres y a las naciones. De ese modo la raza Eslava se hacía digna de completar a la gran familia europea; y Dios la concedía, en esta Europa objeto de eternas predilecciones, mayor extensión que tuvieron sus antepasados.

VIDA. — Cirilo y Metodio eran hijos de un alto funcionario de Tesalónica. Metodio obtuvo el gobierno de una colonia eslava en Macedonia. Cirilo, después de estudiar y enseñar, recibió las Ordenes y se hizo monje en Olimpo de Bitinia. Más tarde se le encomendó una misión entre los Cázaros, en la Rusia meridional, y allí, tenía que ejercer con su hermano una acción político-religiosa. El 862, el Príncipe de Moravia, habiendo pedido a Bizancio misioneros que hablasen la lengua del país, Focio le envió en 863 a los dos hermanos. Enseñaron a escribir a los Moravos, componiendo para ellos un alfabeto nuevo, llamado cirílico, que usan todavía los rusos. Luego tradujeron la Biblia y la Liturgia al eslavo y organizaron numerosas cristiandades en Bohemia y Hungría. En 868 vinieron a a Roma; Adriano II les trató con gran consideración, les autorizó para celebrar la Misa en lengua eslava y les hizo consagrar Obispos. Pero Cirilo murió el 869 en Roma a los 42 años. Metodio volvió solo. Nombrado arzobispo de Sirmio, en Servia, se encontró en una situación muy apurada. Se declaró una oposición contra él y sus enemigos le hicieron encerrar en una prisión. El Papa intervino muchas veces en su favor. Al fin triunfó de sus adversarios. Murió el 6 de abril del 885,

llorado por todos. Sus grandiosos funerales se celebraron en griego, en latín y en eslavo. Pío IX autorizó en 1863 el culto de los santos Cirilo y Metodio.

LOS MENSAJEROS DE ROMA. — Queremos, oh santos hermanos, cantar vuestras alabanzas, y recomendaros la inmensa porción de la herencia de Cristo en la cual vuestros sudores hicieron germinar, en vez de cardos, flores de santidad. Preparados en la soledad para toda obra buena y útil al Señor, respondísteis a la llamada del Espíritu Santo que de vosotros hacía apóstoles, y como los apóstoles, recibida la orden de enseñar a todas las naciones [1], marchasteis con la sencillez de vuestra obediencia, a pueblos bárbaros que vivían en regiones todavía salvajes. Esta obediencia quiso Roma pasarla por el crisol y reconoció que no tenía aleación. El diablo también advirtió lo mismo para su mal, pues la Escritura había dicho: "El hombre obediente cantará victoria"[2]. Otra fuerza que tuvisteis y que nos revela también la Escritura, diciendo: "El hermano ayudado por el hermano es como una ciudad fuerte, y sus consejos son como las cadenas de las puertas de las ciudades"[3]. Arrojado por otro más fuerte que él, *el fuerte armado* ve, pues, con rabia que pasa a Cristo el dominio que creía poseer en paz [4].

[1] *Mt.*, XXVII, 19.
[2] *Prov.*, XXI, 28.
[3] *Ibid.*, XVIII, 19.
[4] *Lc.*, XI, 21-22.

El desastre del cisma. — Pero en medio de los himnos santos que canta la Iglesia en vuestro honor, oh santos Cirilo y Metodio, el Papa León XIII quiso que se os dirigiese una ardiente oración: "¡Conservad para Dios los pueblos eslavos! ¡Apresuraos a proteger vuestros dones!" Desde lo alto del cielo echad una mirada sobre el campo de vuestro apostolado y ved las penalidades de las iglesias que fundasteis. El príncipe de este mundo ha sabido desquitarse por demás de su derrota; por sus mañas vuestros favores se han convertido en un arma de muerte para estos pueblos a los cuales vosotros trajisteis la vida. Se ha roto la unidad santa que ligaba a los pueblos eslavos con el centro mismo de la cristiandad. De entre ellos un grandísimo número ha vuelto a caer bajo el yugo de las potencias del mal, y, haciendo traición a su vocación, pone a su servicio la civilización que vosotros llevasteis. Entre Bizancio minada ya por el cisma en vuestros días y el Occidente latino, al cual la herejía protestante iba más tarde a debilitar y desmembrar, los eslavos habrían podido ser un apoyo para la Iglesia y una esperanza de salvación para el mundo. Maravillosas perspectivas que vuestro corazón sin duda había soñado, pero por desgracia han ido a pique con las persecuciones atroces que son el escándalo de nuestros días y la vergüenza del mundo.

PLEGARIA POR LA UNIDAD. — Conseguid, oh poderosos Santos, que estos indecibles sufrimientos no queden sin fruto sino que logren la vuelta de nuestros hermanos. Dad fortaleza a los desterrados; sostened a los mártires. Luzca para todos por fin el día de las justicias del Señor, o más bien, el de la misericordia, que sea bastante para convertir a los verdugos y hacer de esta conversión un título de gloria para sus víctimas. ¿Estará decretado que el peso de los crímenes de un gran imperio había de hacer inclinar demasiado la balanza del lado de la reprobación, para que sus jefes no pudiesen en lo sucesivo abrir más sus ojos ni comprender el magnífico papel que estarían llamados a desempeñar en la actual situación del mundo, si Pedro, que les tiende los brazos viese que vuelve a él esta multitud inmensa que tiene subyugada el odio a Roma? Apóstoles de los Eslavos y ciudadanos de esta Roma que bendijo vuestra obra y en donde vuestras reliquias descansan [1]. Sed favorables a los esfuerzos del Soberano Pontífice que trata de poner otra vez sobre la base que vosotros le colocasteis, el edificio que fué gloria vuestra.

[1] Las reliquias de San Cirilo descansan en la iglesia de San Clemente de Roma, y las de San Metodio en la Iglesia de Nuestra Señora de Velehrad, en Checoeslovaquia.

8 DE JULIO

SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL

Reina, Madre y Religiosa.—Por tercera vez en un mes, celebra hoy la Liturgia a una reina. España que la vió nacer y Portugal donde reinó, con razón se sienten ufanos de su santidad, y de su protección. Pero la Iglesia que sabe que fué un modelo de virtudes para todos, la propone hoy al culto de todas las naciones. Como reina, Santa Isabel, demostró al lado del rey su marido, y más todavía en la administración de Torres Vedras, ciudad de la que fué gobernadora queridísima, las cualidades y las virtudes que deseamos a todos los que tienen la responsabilidad de los negocios públicos. En su vida privada, fué una perfecta madre de familia por el tierno afecto y la sumisión de que dió pruebas a su indigno y además perseguidor esposo, y para el cual consiguió con sus oraciones la gracia de una muerte santa; y también por el cuidado que puso en educar cristianamente a los hijos naturalmente rebeldes. Y por fin, después de enviudar, dió ejemplo en la orden tercera de San Francisco, de las virtudes religiosas más altas de humildad, pobreza, espíritu de oración y de penitencia, caridad con los pobres y los enfermos.

Un Ángel de paz. — Pero no son éstos los únicos títulos de su gloria. Santa Isabel había recibido de Dios una misión especial que la valió el hermoso epíteto de "Madre de la paz." En efecto, durante casi toda su vida se dedicó a poner coto a las enemistades que dividían a su familia y a su patria. Consiguió por dos veces reconciliar a su esposo con su hijo, uno y otro en guerra. Y un día se la vió también ponerse en medio de los combatientes que habían llegado a las manos e hicieron las paces. Intervino además, y con éxito, en otras luchas en que se debilitaba el rey, ya contra su hermano Alfonso, ya también contra el rey de Castilla. Por fin Santa Isabel murió cuando estaba en camino para hacer cesar la guerra que se habían declarado su hijo y su nieto.

La razón profunda de sus éxitos de pacificadora, no lo dudemos, no se debe tanto a sus dotes de política o de diplomacia, como a su perfecta unión con Dios mediante la práctica de las virtudes. Fué poderosa no por sus hechos sino por su oración; y aquí tenemos la gran lección de esta regia viuda. En el orden de la Providencia, las bendiciones que con más ansia desean los pueblos, el cese de las discordias, la felicidad que se apoya en el orden, la paz y la prosperidad, con frecuencia provienen de renunciamientos, de sacrificios y de una intercesión que ellos desconocen. ¡Cuántas victorias inesperadas y bene-

ficiosas se deben a misteriosos combates que se libraron en presencia de Dios, en un punto cualquiera de ese mundo sobrenatural en el que los santos andan luchando con todo el infierno y a veces con la justicia del mismo Dios! ¡Cuántos tratados de paz se arreglaron antes en el interior de una sola alma, entre el cielo y la tierra, como premio a estas luchas enteramente espirituales que desconocen o desprecian los hombres! Parece que los políticos gobiernan el mundo. Se pondera a los hombres de negocios, se ensalza a los guerreros. Pero cuando haya pasado la figura de este mundo [1], se verá que no eran ellos los verdaderos artífices de las obras, por las que se les tributaba elogios, sino simples instrumentos de que Dios se sirvió un día, por la oración de un alma santa a la que no podía negar nada.

VIDA. — Isabel nació en Zaragoza en 1271. Era hija del rey Pedro III de Aragón y de la reina Constanza. Su venturoso nacimiento reconcilió a Pedro III con su padre Jaime I. Se casó de muy joven con el rey Dionisio de Portugal, de quien tuvo mucho que sufrir, pero se supo santificar ejercitando la paciencia y la caridad perfecta. Su caridad con los pobres, su piedad, sus austeridades causaban admiración. Muchas veces restableció la paz entre príncipes que estaban distanciados. Al quedarse viuda deseó abandonar el mundo para no pensar más que en servir a Dios. Prudentes consejos se lo disuadieron, pero desde ese momento se dedicó, con hábito ya de las Terciarias de San

[1] *I Cor.*, VII, 31.

Francisco, a las obras piadosas y al servicio de los pobres y de los enfermos. En una de las capillas que fundó en Lisboa, se tributó culto público por primera vez a la Inmaculada Concepción. Atacada de fiebre se durmió en la paz del Señor el 4 de julio de 1336, después de ser confortada con la aparición de la Virgen María. Su culto no se concedió hasta 1516 a la diócesis de Coimbra, donde murió y se proclamó su canonización en 1626.

El ejemplo de una reina. — Gustosos seguimos el consejo de la Iglesia que nos exhorta desde el invitatorio de los maitines a "alabar a Dios por nuestras obras santas". Así lo hizo la santa reina de Portugal, y el himno que cantamos en su honor nos lo recuerda: "Dominar los movimientos de su corazón y servir a Dios en la pobreza, ¡eso es lo que la heroica Isabel prefirió a todo su reino!"

Este elogio que de todo corazón hacemos llegar hasta ti, oh Isabel, nos inspira la primera oración que te debemos dirigir: Enséñanos cuáles son los verdaderos bienes y la verdadera realeza, para que las vanidades de la tierra no puedan seducirnos y detenernos en el camino que conduce a Dios.

Pero nos acordamos también del ejemplo que tu caridad inflamada hoy da, y que en otro tiempo se empleó sin descanso en reconciliar a los que el odio lanzaba a unos contra otros. Te rogamos que nos defiendas contra las sugestiones del espíritu del mal, que respira odio; y so-

bre todo contra nuestras pasiones, nuestro egoísmo, nuestro orgullo que ahogan en nosotros el amor del prójimo.

Finalmente permítenos invocarte, madre de la paz; para que tu oración consiga la paz al mundo entero. Junta tu súplica con la de la Iglesia, madre de los pueblos, que pide a Dios en este día de tu fiesta que cesen los amagos de guerra y que nuestra vida mortal sea el camino tranquilo que nos lleve a todos a las alegrías de la eternidad [1].

10 DE JULIO

LOS SIETE MARTIRES Y LAS SANTAS RUFINA Y SEGUNDA, VIRGENES Y MARTIRES

Los siete mártires. — Este día era antiguamente célebre en Roma. Se le llamaba *dies martyrum:* el día de los mártires, sin más, y a su solemnidad precedía una vigilia, como a las de San Lorenzo o de los Apóstoles. Se celebraba, en efecto, en dicho día, a los siete mártires cuyos nombres nos les da el Calendario filocaliano del año 336: Félix y Felipe en el cementerio de Priscila; Vidal, Marcial y Alejandro en el de Jordani; Silvano en el de Máximo y Jenaro en

[1] Colecta de la Misa.

el Cementerio de Pretextato. En su honor el pueblo se trasladaba a estos varios cementerios y en cada uno de ellos se celebraba una misa, cuyos textos nos ha conservado el Sacramentario Leonino.

Parece que hasta el siglo v no se empezó a llamarles los Siete Hermanos, y se les consideró como hijos de una santa Felicidad, que no conocemos. Las Actas que nos refieren su heroica muerte, fueron compuestas en esta época tardía y no se las tiene por verídicas. Su autor se ve claramente que pretendió dar al Nuevo Testamento una réplica del martirio de los Siete Hermanos, que refiere con grandes elogios en el Antiguo Testamento el libro II de los Macabeos.

El Oficio y la Misa. — Las Lecciones del Oficio y los textos de la Misa están inspirados en la Leyenda, pero no por eso pierden su interés. El Introito con razón alaba al Señor que concede a la Iglesia, "pues es madre", tantos hijos que son su orgullo. La muerte cruenta de los mejores de entre ellos, lejos de ser para la Iglesia un empobrecimiento, la asegurará una mies más rica de fieles. Con qué alegría cantan desde lo alto del cielo donde recibieron su recompensa: "Nuestra alma, como un pájaro se ha visto libre del lazo de los cazadores; se rompió el lazo y hemos quedado libres." Les ha hecho hermanos, no tanto la sangre como la misma fe y el sufri-

miento, y nos recuerdan con insistencia a todos nosotros en qué consiste la verdadera fraternidad: "Es la que triunfa de los crímenes del mundo, la que sigue a Cristo y que al fin, toma posesión del glorioso reino del cielo." ¿No es la voluntad del Padre Celestial que todos los hombres, que son hijos suyos, sepan que son entre sí hermanos y lo manifiesten amándose los unos a los otros? Esto les servirá como primera recompensa para hacerse hermanos del mismo Cristo: "El que hace la voluntad de mi Padre, dice el Señor, ese es de veras, mi hermano, mi hermana, mi madre."

LAS DOS VÍRGENES MÁRTIRES. — A los Siete Mártires, la Iglesia añade hoy en su culto dos Vírgenes Mártires: Santa Rufina y Santa Segunda. Debieron ser martirizadas en un lugar cercano a Roma, que se llamaba entonces *Silva nigra,* el Bosque Negro, y después recibió el nombre de *Silva Candida,* el Bosque Blanco. No lejos de sus sepulcros en la vía Cornelia, se formó un barrio, que a partir del siglo VI fué la sede de un Obispado. Actualmente es el título cardenalicio de Porto y Santa Rufina.

PLEGARIA. — La Misa celebra a la vez a los dos grupos de mártires y en su honor recitaremos la Colecta: "Haz, oh Dios Omnipotente, que los gloriosos mártires a quienes hemos visto tan

fuertes en su confesión, los veamos también piadosos al interceder por nosotros ante Ti. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

11 DE JULIO

SAN PIO I, PAPA Y MARTIR

De la larga serie de Pontífices que hasta nosotros hicieron ilustre el nombre de Pío, celebra hoy la Iglesia al Papa primero. Pocos datos nos ha conservado la historia de este santo, que fué obispo de Roma, probabilísimamente entre el 140 y 155, siendo emperador Antonino Pío. Su pontificado tuvo días tristes, al ver que se propagaban diversas herejías: las de Cerdón, Valentín, y sobre todo del rico Marción, que a pesar de las liberalidades que había hecho a la Iglesia, no por eso dejó de ser juzgado, condenado y excomulgado. Al ver que mostraban menos furor en la persecución los paganos, el santo Papa se aprovechó de la paz relativa, de que gozaba la Iglesia, para determinar muchos puntos de disciplina, señalar lugares de culto y celebrar ordenaciones. Tuvo la alegría de ver llegar a Roma al filósofo y apologista San Justino, y que por su valentía llegaría a ser mártir. *El Liber Pontificalis* nos dice que San Pio I fué enterrado en el Vaticano un 11 de julio. Baronio asegura que murió mártir. Pidámosle que asista siempre

con su intercesión a sus sucesores sobre la Sede de Pedro, y recitemos la Colecta de la Misa de los Soberanos Pontífices, que la Iglesia celebra en el día de su fiesta: "Eterno pastor, vela con cariño sobre tu rebaño, y guárdale bajo tu perpetuo amparo, por la intercesión del Bienaventurado Pío, tu Mártir y Soberano Pontífice, que Tú estableciste pastor de toda la Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

12 DE JULIO

SAN JUAN GUALBERTO, ABAD

EL TRIUNFADOR DE LA SIMONÍA. — Una de las plagas de que más tuvo que sufrir la Iglesia en la alta Edad Media, fué la simonía. Los príncipes se habían arrogado el derecho de distribuir las dignidades y los bienes de la Iglesia, y no a aquellos de sus súbditos que lo merecían, sino a los que querían recompensar, o también a los que se las compraban con dinero, haciendo burla del Derecho eclesiástico. Fácilmente podemos imaginarnos cual sería el desinterés, la virtud y el celo de semejantes Pontífices en sus diócesis o de los Abades en sus monasterios. En lugar de ocuparse del bien de las almas y de la gloria de Dios, sólo pensaban en disfrutar de su fortuna, llevando una vida aseglarada y a menudo escandalosa. Los fieles no tenían más que aguantar

tal estado de cosas, contra lo cual los mismos Soberanos Pontífices se veían casi desarmados.

Dios que nunca deja a su Iglesia sin las ayudas que necesita, al correr del siglo XI suscitó muchos santos que tomaron a pecho el reaccionar contra estos abusos. Uno de ellos, San Juan Gualberto, abandonó precisamente la abadía de su profesión, para no vivir bajo la autoridad de un abad irregularmente elegido. Se retiró a un valle salvaje, cubierto de bosque, que se llamó Valumbrosa, y allí fundó un nuevo monasterio que se pobló rápidamente de muchos discípulos, deseosos todos de una vida perfecta que bien pocos monasterios podían ofrecérsela entonces.

San Juan puso, pues, manos a su obra de reformador, primero con el ejemplo de una vida pobre, austera, conforme en todo a la Regla de San Benito. Por humildad, aunque era abad, no quiso recibir las Ordenes. Gustaba acoger para hacer penitencia a los clérigos pecadores, que arrepentidos venían a buscar junto a él el perdón de Dios, y cumplir bajo su autoridad las largas expiaciones que les imponía. A veces San Juan, abandonaba Valumbrosa al tener noticia de algún escándalo enorme que exigía una reparación rápida y ruidosa. Así ocurrió un día que se marchó a Florencia, donde el Obispo Pedro, simoníaco y despreciado de todos, se negaba a renunciar a su Sede. Juan después de exhortarle inútilmente, le convirtió con una milagrosa

prueba del fuego. Por mandato suyo, uno de sus monjes pasó a través de las llamas sin el menor daño, y el Obispo se sometió.

El buen combate que sostuvo San Juan Gualberto lo continuaron en aquel siglo otros santos. Y si es cierto que no vió el triunfo completo de sus esfuerzos, al menos preparó el camino a San Gregorio VII, cuyo reinado victorioso comenzó en 1073, al mismo tiempo que San Juan penetraba en los cielos para recibir la recompensa de sus trabajos y de sus méritos.

La caridad con los enemigos. — Hoy día la simonía ha desaparecido de la Iglesia. Esta es demasiado pobre para tentar a los que gustan del dinero y ha adquirido una grandísima independencia frente a los poderes del mundo, para que puedan renacer tales abusos. Pero hay un punto en el cual el ejemplo de San Juan Gualberto tiene siempre actualidad: el de la caridad. Juan, efectivamente, inauguró su vida, con un acto de caridad perfecta que decidió todo su porvenir. A los 18 años aproximadamente, encontró en un camino estrecho y desierto, al hombre que había matado a un pariente suyo. En este tiempo, cuando se daba fácilmente curso a la violencia de las pasiones, este hombre sin armas no podía huir de la muerte que le esperaba por una inevitable venganza. Pero el asesino, como para implorar la clemencia de Juan en nombre de

Dios, o morir entonces unido con Cristo y expiar de ese modo su falta, se tiró del caballo, bajó la cabeza y puso los brazos en cruz delante del joven caballero. Juan, hondamente impresionado y tocado por una gracia interior, tanto como por la vista de la cruz, se bajó también del caballo y tuvo la valentía de perdonar a su enemigo. Poco después entró en una iglesia, y mientras rezaba ante el crucifijo, Juan vió de repente que Jesucristo se inclinaba hacia él para darle las gracias por su acto heroico.

VIDA. — Juan nació hacia el 985 en Florencia, de la ilustre familia de los Gualberto. En un principio fué monje cluniacense en San Miniato, cerca de Florencia: buscó después una vida más perfecta entre los ermitaños de la Camáldula, en Camaldoli. Pero la vida cenobítica era la preferida y fundó en Valumbrosa un monasterio donde hizo observar la Regla de San Benito con gran austeridad. Allí admitió, al lado de los monjes de coro, laicos piadosos a los que dió un reglamento de vida religiosa en el cual el trabajo manual ocupaba la mayor parte del día; así nació el orden de los Conversos, que en lo sucesivo se fué adoptando generalmente. San Juan combatió con éxito la plaga de la Simonía. Murió el 12 de Julio de 1073 siendo canonizado por Celestino III, en 1193. La Congregación de Valumbrosa forma hoy todavía una rama de la Orden Benedictina.

EL PERDÓN DE LAS INJURIAS. — Fuiste un verdadero discípulo de la nueva ley, oh tú que supiste perdonar a un enemigo en consideración a

la Santa Cruz. Enséñanos a conformar como tú nuestros actos con las lecciones que nos da el instrumento de la salvación; y se convertirá para nosotros, como lo fué para ti, en una arma siempre victoriosa contra el demonio. ¿Seríamos capaces, a su vista, de no olvidar una injuria que viene de nuestros hermanos, cuando un Dios no se contenta con olvidar nuestras ofensas mucho más graves, sino que se sacrifica sobre ese madero para expiarlas El mismo? Por generoso que sea siempre, el perdón de la criatura no es más que una sombra lejana del que nos concede todos los días el Padre que está en los cielos. Con razón, no obstante, el Evangelio que canta la Iglesia en tu honor nos demuestra que en el amor a los enemigos, radica el carácter de semejanza que más nos acerca a la perfección de ese Padre celestial, y es la señal además de la filiación divina en nuestras almas [1].

CELO POR LA IGLESIA. — El Hijo de Dios, al ver tus disposiciones conformes a los sentimientos de su corazón sagrado, derramó en el tuyo su amor celoso por la Ciudad santa en cuyo rescate entregó toda su sangre. Oh celador de la hermosura de la Esposa, vela siempre por ella; aleja de ella a los mercenarios que pretendan conseguir del hombre el derecho de representar al Esposo al frente de las iglesias. Que la venalidad

[1] *Mt.*, V, 45, 48.

detestable de tu tiempo no se transforme en los nuestros en compromisos de ninguna clase con respecto a los poderes de la tierra. La simonía más peligrosa no es la que se paga a precio de oro; hay obsequiosidades, hay reverencias, hay insinuaciones, hay componendas implícitas, que caen también, como las transacciones pecuniarias, bajo el anatema de los sagrados cánones: y de hecho, ¿qué importaría el objeto o la forma suavizada del contrato simoníaco, si la complicidad comprada del cargo pastoral, permitiese a los príncipes cargar otra vez a la Iglesia con las cadenas que tanto tú contribuiste a romper? No permitas, oh Juan Gualberto, tamaña desgracia, que sería el anuncio de desastres terribles. Que la Iglesia siga sintiendo el apoyo de tu brazo poderoso. Salva segunda vez a tu patria de la tierra. Ampara en nuestros días lamentables a la Orden santa de que eres padre y gloria. Alcanza a toda clase de cristianos la valentía necesaria para continuar la lucha que todo hombre tiene en este mundo.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS NABOR Y FELIX, MARTIRES

En toda la Iglesia resuena el eco del solemne homenaje que hoy tributa Milán, desde hace

dieciséis siglos, a dos valientes testigos de Cristo. "Nuestros mártires Félix y Nabor, dice San Ambrosio [1], son el grano de mostaza del Evangelio. Poseían el buen olor de la fe, pero sin que se exteriorizase; llegó la persecución, depusieron las armas, inclinaron la cabeza, y muertos por la espada, hicieron llegar hasta los confines del mundo la gracia que se ocultaba en ellos, de forma que ahora se puede decir con toda justicia *que sus voces han resonado por toda la tierra*"[2].

Venerémosles pues y merezcamos sus votos por la oración que hoy dirige la Iglesia a Dios en memoria de sus gloriosos combates.

ORACIÓN. — "Haz, Señor, te suplicamos, que así como el nacimiento de tus santos mártires Nabor y Félix no nos priva de su glorioso aniversario, que nos acompañe siempre con su poderosa ayuda. Por Jesucristo nuestro Señor." Amén.

13 DE JUNIO

SAN ANACLETO, PAPA Y MARTIR

En la célebre lista de los Soberanos Pontífices, que se admira en San Pablo Extramuros, al medallón de San Clemente antecede el de San Cleto y sigue el de San Anacleto. San Anacleto

[1] Coment., sobre San Lucas, XIII, 19.
[2] *Ps.*, XVIII, 5.

sería el primer Papa del siglo II. Sin embargo, las listas más antiguas de Papas que han llegado hasta nosotros, principalmente la de San Ireneo, desconocen a este sucesor de San Clemente. Los historiadores modernos están de acuerdo al pensar que Cleto y Anacleto son uno solo y mismo Papa: Cleto es la forma abreviada de su nombre. San Cleto, pensando de ese modo, debe ser el titular de las dos fiestas que hay en el curso del año litúrgico, y pueden verse en el día 26 de abril los pocos datos históricos que merecen la pena conservarse sobre esta materia.

14 DE JULIO

SAN BUENAVENTURA

TOMÁS Y BUENAVENTURA. — La pintura ha ilustrado la célebre visión en la cual Nuestra Señora presentó a su Hijo a sus dos servidores Domingo y Francisco que tenían que devolverle la humanidad, víctima de profunda corrupción. También ilustró el encuentro de los dos santos echándose en los brazos el uno del otro y prometiéndose estar unidos en la acción apostólica que ambos inauguraban casi al mismo tiempo. Dos de sus hijos más insignes que deberían parecerse también por el resplandor de su doctrina, e ir juntos en la admiración y el agradecimiento de la Santa Iglesia: Tomás y Buenaven-

tura, cuya obra intelectual tenía un solo fin, el de llevar a los hombres por la ciencia y el amor a esta vida eterna, que consiste en conocer al solo Dios verdadero y a Jesucristo que fué enviado [1]. Los dos fueron esas lámparas encendidas [2] que iluminaron su siglo y caldearon las almas. Pero quiso el Señor que sacase la Iglesia principalmente su luz de Santo Tomás y su caridad inflamada de San Buenaventura. En el curso de la Cuaresma celebramos ya al Doctor Angélico, hoy, en cambio, la Iglesia orienta nuestros corazones hacia el Doctor Seráfico para tributarle nuestra alabanza y nuestra oración y recibir la lección de su vida.

El estudiante. — Era muy joven aún, cuando al salir de sus primeros años de vida religiosa, fué enviado a la célebre Universidad de París, para estudiar en ella Teología. Entre aquella multitud de estudiantes, con frecuencia pendencieros, y ligeros, conservó su alma tan pura, tan sencilla y desasida, que su maestro Alejandro de Halés decía admirado: "Se diría que no pecó Adán en él." Alejandro de Halés, según expresión del Papa Alejandro IV parecía entonces que "encerraba en sí la fuente viva del paraíso, de donde el río de la ciencia de la salvación se desbordaba en rápidas olas a través de la tierra".

---

[1] *Juan*, XVIII, 3.
[2] *Juan*, V, 35.

El Doctor. — Bajo su dirección, Buenaventura hacía maravillosos prodigios en la ciencia y en la santidad. Estudia en primer lugar la Sagrada Escritura, copiando muchas veces de su propia mano los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento; resume y analiza a los Padres de la Iglesia y de tal modo ahonda en todas las ciencias sagradas que, a pesar de las leyes de la Universidad, a los 27 años se le llama a ocupar una cátedra. A la extrañeza que causó por su juventud, sucedió en seguida la admiración. Investido de la herencia de Alejandro de Halés, a quien se llamaba el "Doctor irreprochable, el Doctor de los Doctores", Buenaventura podía decir de la Sabiduría divina: "Ella me enseñó todo; me enseñó la justicia y las virtudes, las sutilezas del discurso y el nudo de los argumentos más fuertes"[1].

Tal es el objeto de los Comentarios sobre los cuatro libros de las Sentencias que nos han conservado las lecciones de Buenaventura en esta cátedra de la Sorbona, donde su palabra, amable, animada de un soplo divino, tenía cautivas a las inteligencias más nobles.

El joven maestro respondía ya a su título predestinado de Doctor Seráfico, no viendo en la ciencia más que un medio de amar más, y repitiendo sin cesar que la luz que ilumina a la inteligencia resulta estéril y vana si no penetra

[1] *Sap.*, VII, 21; 4; 7-8.

en el corazón, donde únicamente descansa y se agasaja a la Sabiduría [1]. Nos dice también San Antonino que toda verdad que percibía, se convertía en afectos, haciéndose por lo mismo oración y alabanza divina [2]. Su fin era, dice otro historiador, llegar al incendio del amor, abrasarse él mismo en el foco divino e inflamar después a los demás. Indiferente a las alabanzas, como a la fama, únicamente se preocupaba de ordenar sus costumbres y su vida; quería arder en primer lugar y no sólo lucir; ser fuego para de esa manera acercarse más a Dios, siendo más conforme al que es fuego; sin embargo, como al fuego acompaña siempre la luz, así fué él, a la vez una antorcha luciente en la casa de Dios; pero su título especial de alabanza consiste en que toda la luz que pudo reunir, la convirtió en alimento de su llama y de la caridad divina [3].

Supo a qué atenerse con respecto a esta dirección única de sus pensamientos cuando, al inaugurar su enseñanza pública, tuvo que tomar un partido sobre la cuestión que dividía a la Escuela en lo tocante al fin de la Teología: ciencia especulativa para unos y práctica a juicio de los otros, según llamaba la atención a cada parte el carácter teórico o moral de las nociones sobre que versa. Buenaventura buscando unir los dos

---

1 *Exp., in lib., Sap.,* VIII, 9, 16
2 Antonin, Chronic., p. III, tit., XXIV, cap. 8.
3 H. Sedulius, *Histo., Seraph.*

sentimientos en el principio, que a su parecer era la ley única y universal, concluía que "la Teología es una ciencia afectiva, cuyo conocimiento procede por contemplación especulativa, pero tiende principalmente a hacernos buenos". La Sabiduría de la doctrina, en efecto, decía él, tiene que ser como lo indica su nombre[1]: sabrosa al alma.

EL SANTO. — Pero como lo advirtió más tarde el Papa Sixto V, no sólo sobresalía por la fuerza del raciocinio, por la facilidad de su enseñanza y la claridad de sus definiciones, sino que por encima de todo prevalecía por una virtud enteramente divina para mover a las almas. A la vez que iluminaba las inteligencias, predicaba a los corazones, y los conquistaba al amor de Dios. Sus mismos amigos se admiraban, y Santo Tomás preguntándole un día, en un arranque de admiración fraterna, en qué libro había podido beber esta ciencia sagrada, Buenaventura, mostrándole su crucifijo, respondió humildemente: "Esta es la fuente de donde yo saco todo lo que sé; estudio a Jesús y a Jesús crucificado."

Este es el secreto de la composición de toda esta serie de admirables opúsculos, donde sin plan preconcebido, simplemente para satisfacer los deseos de sus discípulos o para desahogar su alma, vemos que Buenaventura trató de todo a

[1] *Ecle.*, VI; *I Sentencias*, 9, 3.

la vez: de los primeros elementos de la ascesis y de los escritos más elevados de la vida mística, con una plenitud, una seguridad, una claridad, una fuerza divina de persuasión, que hacen decir al Soberano Pontífice Sixto IV que parece que el Espíritu Santo habla por él [1]. Escrito en la cumbre del Alverna, y como bajo la influencia más inmediata de los Serafines del cielo, el *Itinerario del alma a Dios* arrebataba de tal modo al canciller Gersón, que declaraba a "este opúsculo, o más bien, a esta obra inmensa, por encima de la alabanza de una boca mortal"[2]; el Santo hubiese querido que juntándole con el *Breviloquium,* maravilloso resumen de la ciencia sagrada, se impusiese como manual indispensable a los teólogos [3]. Y es que en efecto, dice para la Orden Benedictina el Abad Tritemio, aquel que considera el espíritu de amor divino que se echa de ver en Buenaventura reconocerá con facilidad que está por encima de todos los doctores de su tiempo por la fuerza persuasiva de sus obras. Buenaventura sobrepasa este mayor y menor número, porque en él la ciencia origina la devoción y la devoción la ciencia. Si, pues, quieres ser sabio y piadoso, vive como él [4].

Pero, más que su persona, Buenaventura nos revelará con qué disposiciones conviene leerle

---

[1] *Litt., Superna., caelestis.*
[2] Gersón, *Epist., cuid., Fratri Minori,* Lugduni an. 1426.
[3] *Tract. de examinat., doctrinarum.*
[4] *De Scriptor., Eccl.*

para sacar fruto. Al comienzo de su *Incendium amoris,* donde enseña el triple camino que conduce a la verdadera sabiduría por la purificación, la iluminación y la unión, dice: "No ofrezco, este libro, a los filósofos, a los sabios del mundo, a los grandes teólogos embebidos en cuestiones interminables; sino a los sencillos, a los ignorantes que se preocupan más de amar a Dios que de saber. No discutiendo sino obrando, es como se aprende a amar. Creo que no comprenderán el contenido de este libro, esos hombres llenos de ideas propias, superiores en todas las ciencias pero inferiores en el amor de Cristo. Al menos que dejando a un lado la vana ostentación del saber se den con profundo renunciamiento en la oración y meditación, a hacer resplandecer en ellos la llama divina, que, calentando el corazón y disipando toda oscuridad, les guiará por encima de las cosas temporales al trono de la paz. Porque por lo mismo que saben más, son más aptos, o lo debían ser, para amar, si se desprecian a sí mismos y tienen la alegría de ser despreciados por otros"[1].

MINISTRO GENERAL DE LOS FRAILES MENORES. — San Buenaventura no debía permanecer mucho tiempo en la cátedra de la Sorbona. A los 35 años fué elegido Ministro general de los Frailes Menores. Obligado a abandonar la enseñanza de

[1] *Incendium amoris. Prologus.*

la escolástica, dejó la cátedra a un amigo joven, Fr. Tomás de Aquino, cuya ciencia y santidad iban a ilustrar a la universidad de París y a la Iglesia entera.

San Francisco había muerto hacía 31 años. Había puesto las bases de su Orden. La savia seráfica había brotado de su corazón, pero su obra necesitaba ser organizada: esta fué la labor de San Buenaventura. Sin abandonar el espíritu de San Francisco, se propuso coordinar todas las energías y dar a la Orden su forma definitiva y las sabias y admirables Constituciones, que habían de ser el armazón de este admirable edificio. Le vemos recorrer todas las provincias de su Orden: está sucesivamente en París, en Narbona, en Pisa y después de estos viajes agotadores, se retira a una celda del monte Albernia, donde Francisco, recibió los sagrados estigmas. Escribe la vida de su seráfico Padre para imbuir a todos sus hijos de su espíritu.

CARDENAL DE ALBANO. — Por la profundidad de su ciencia, por la santidad de su vida, por la fuerza de su palabra puso la Iglesia sus miradas en él. Cuando en Perusa el Papa Clemente IV quiso nombrarle arzobispo de York, él se puso a sus pies y le suplicó que le apartara de esta dignidad. Mas tuvo que ceder a las instancias de San Gregorio X y acatar sus órdenes "que le nombraban cardenal y arzobispo de Albano y

ordenaban reunirse con el Papa humilde y sumisamente, sin réplica ni tardanza". Los enviados del Papa portadores de este importante Mensaje, encontraron al santo ocupado en lavar la vajilla. Partió para preparar el Concilio que debía celebrarse en Lyon en 1274 y en esta ciudad, después de muchos trabajos y discursos, entregó su hermosa alma a Dios a los 53 años de edad, cuatro años después de la muerte de Santo Tomás.

VIDA. — Juan Fidanza nació en 1221 en Bagnera, villa situada entre Viterbo y Orbieto. Enfermo de gravedad su madre, le llevó a San Francisco de Asís, que le tomó en sus brazos, le bendijo, le acarició, le sanó y se le devolvió, diciéndole: "Oh buena ventura". "Oh la buena ventura"; de aquí su nombre. A los 17 años entró en los Frailes Menores, donde su fervor enfureció al demonio que buscó ocasión para estrangularle. Enviado a la Sorbona muy pronto, para estudiar allí la Teología, recibió en el mismo lugar una cátedra a la edad de 27 años. A los 35 fué general de los Frailes Menores y promulgó las Constituciones en el Capítulo de Narbona en 1270. Creado Cardenal, recibió la consagración episcopal en noviembre de 1273 y durante el segundo Concilio Ecuménico de Lyon, falleció en esta villa el 14 de julio de 1274.

Sus principales tratados espirituales son el "Breviloquium" dado a luz en 1256; el "Itinerario del alma a Dios" que es sin duda la más bella de las obras místicas del siglo XIII, la "Triple vía"; "el Arbol de la vida"; "las cinco fiestas del Niño Jesús" y finalmente "la Apología de los pobres."

PLEGARIA. — Gozas de la gloria de tu Señor, oh Buenaventura [1], y cuán grandes son ahora tus alegrías, puesto que conforme a tus enseñanzas "tanto se regocija uno en el cielo, cuanto amó a Dios en la tierra"[2]. Si como afirma el gran San Anselmo de quien tomaste esta idea, el amor se mide por el conocimiento, tú que fuiste príncipe de la ciencia teológica y a la vez Doctor del amor, muéstranos que toda luz, en el orden de la gracia y de la naturaleza, tiene como fin único llevarnos al amor.

Doctor seráfico, condúcenos por las alturas sublimes, cuyos secretos, trabajos, hermosuras y peligros nos manifiestan cada línea de tus escritos. El hombre queda como enajenado cuando trata de escudriñar esta Sabiduría divina aunque no sea más que en sus lejanos reflejos; líbranos del error en que podríamos caer al tomar como fin el goce encontrado en algunos rayos perdidos, llegados hasta nosotros para sacarnos de los límites de la nada hasta ella. Porque estos rayos, que de suyo proceden de la eterna hermosura, separados de su centro, apartados de su fin, no serán más que ilusión, decepción, ocasión de ciencia huera o de engañosos placeres. Cuanto más elevada es la ciencia, cuanto más se aproxima a Dios como objeto de teoría especulativa, tanto más, en cierto sentido, hay que

---

[1] S. *Mat.*, XXV, 21.
[2] Buenaventura. *De perfectione vitae, ad Sorores*, VIII.

temer el extravío; si aparta al hombre en sus elevaciones hacia la Sabiduría poseída y gustada por ella sola, si le retiene en sus propios encantos, no temáis compararla a la vil seductora que suplanta en el afecto de un príncipe a la muy noble desposada que le espera [1]. Y tal afrenta sea por parte de la esclava o de la dama de honor, ¿es menos hiriente y bochornosa para su augusta soberana? Por eso afirmas tú que "es peligroso el paso de la ciencia a la Sabiduría, si no se la junta a la santidad". Ayúdanos a franquear ese peligroso desfiladero; haz que toda ciencia sea para nosotros un medio de la santidad para llegar a mayor amor.

Tus pensamientos, oh Buenaventura, están siempre penetrados de la luz divina. Tus seráficas predilecciones las conocemos bien por ser manifestadas en nuestros tiempos en los medios en que la contemplación divina es considerada aún como la mejor parte, como el fin indiscutible y único de todo conocimiento, a pesar de la fiebre de la acción a la que se encaminan todas las fuerzas vivas de este siglo. Protege a tus devotos. Defiende, como en otros tiempos a las órdenes religiosas, que ahora son combatidas en sus prerrogativas y en su vida. Que la orden franciscana crezca aún más en santidad y en número. Bendice sus trabajos tan laudablemente

[1] Illuminationes, *Eccl.*, II.

emprendidos para dar a conocer sus obras e historia. Por tercera y última vez atrae a Oriente a la unidad y a la paz. Que la Iglesia entera se abrase con tus fuegos, que el amor divino tan fuertemente alimentado por ti consuma de nuevo a la tierra.

15 DE JULIO

SAN ENRIQUE, EMPERADOR

MISIÓN DEL EMPERADOR. — El Espíritu Santo que distribuye sus bienes como le place, llamaba a Germania a los más altos destinos, a esa Germania donde había hecho brillar su poder divino en la transformación de sus pueblos. Conquistada al cristianismo por San Bonifacio y sus sucesores, la extensa comarca que se extiende desde el Rhin hasta el Danubio había llegado a ser el baluarte de Occidente, en donde tantos años había sembrado la desolación y la ruina. Roma pagana, en el cénit de su poder, no pensó nunca someter a su dominio a las tribus feroces que allí habitaban, sino que se contentó con levantar entre su Imperio y ellas un muro de eterna separación; la Roma cristiana, en cambio, más señora del mundo que la pagana, colocó en estas regiones la sede misma del sacro Imperio Romano, vuelto a fundar por sus Pontífices. A este

nuevo Imperio corresponderá defender los nuevos derechos de la Iglesia, protegerla de los nuevos bárbaros, conquistar para el Evangelio o aniquilar las hordas húngaras, eslavas, mongolas, tártaras y otomanas que sucesivamente vendrán a chocar contra sus fronteras. ¡Cuántos bienes habrían venido a Alemania, si hubiera siempre comprendido dónde se encontraba su verdadera gloria, y sobre todo si la fidelidad de sus príncipes al Vicario de Jesucristo hubiera estado al nivel de la fe de sus pueblos!

VOCACIÓN DE LOS PUEBLOS. — Dios mantuvo espléndidamente los ofrecimientos que hizo a Germania. La fiesta de hoy señala el remate del período de gestación fecunda en que el Espíritu Santo, habiéndola como creado de nuevo en las aguas regeneradoras del bautismo, quiso llevarla al pleno desarrollo de la edad madura, propia de las naciones. El historiador debe especialmente ocuparse de estudiar la vida de los pueblos en este período de su formación verdaderamente creadora, si desea conocer lo que espera de ellos la Providencia. En efecto, cuando Dios hace una nueva creación, ya sea en el orden de la vocación sobrenatural de los hombres o de las sociedades, ya sea en el mismo orden de la naturaleza, deposita, desde su origen, el principio de vida más o menos perfecto que debe corresponderle: germen precioso con cuyo desarrollo,

si no le pone impedimento, deberá llegar a conseguir su fin; con cuyo conocimiento, el que sabe observarle antes de toda desviación, llega a conocer con claridad el pensamiento divino en el momento crucial. Ahora bien el germen vital de las naciones cristianas es la santidad de sus orígenes; santidad de varias facetas y tan diversas para cada una de ellas, según sean los destinos decretados por la *multiforme* Sabiduría de Dios de la que deben ser instrumentos; santidad que con frecuencia descenderá del trono, y dotada por eso mismo, del carácter social que, por desgracia, gozarán también los crímenes de sus emperadores, por causa de ese mismo título de emperador que les hace ante Dios representantes de sus pueblos.

MISIÓN DE LAS REINAS. — Hemos visto que, a semejanza de María constituída en canal de toda vida para el mundo por su maternidad divina, del mismo modo ha sido confiada a la mujer la misión de engendrar para Dios *las familias de las naciones* que serán objeto de sus más caros destinos; mientras los príncipes son considerados como fundadores exteriores de los imperios y gozan por sus gestas el primer plano en la historia, las reinas, con su vida oculta, pasada en oraciones y lágrimas, hacen fecundas sus obras, levantan sus miras por encima de la tierra y las alcanzan la duración.

El Espíritu Santo no teme prodigarse en la exaltación de la Madre de Dios; a las Clotildes y Radegundis, que en tiempos difíciles engendraron a los francos para la Iglesia, corresponden en diferentes cielos, pero siempre en honor de la Sma. Trinidad; las Isabelas en España, Portugal y Hungría, las Adelaidas y Cunegundas en Germania. En el caos del siglo x, del que debía salir Alemania, se cierne sin interrupción su dulce silueta, proyectando su luz en la noche de los tiempos sobre la Iglesia y sobre el mundo, más eficaz contra la anarquía que la espada de los Otones.

San Enrique. — Unase la tierra al cielo para celebrar hoy al hombre que dió, que llevó a cabo los designios de la Sabiduría eterna, en esta época de la historia; resume en sí todo el heroísmo y la santidad de la raza ilustre cuya principal gloria es el tenerla preparada durante todo un siglo para los hombres y para Dios. Fué grande ante los hombres que, durante un largo reinado, no se cansaron de admirar la bravura y actividad enérgica, gracias a los cuales, presente a la vez en todos los puntos del imperio, siempre victorioso, supo reprimir las revueltas del interior, contener a los eslavos en las fronteras del Norte, castigar las acometidas griegas en el mediodía de Italia; mientras que como político sagaz, ayudaba a Hungría a sacudir el yugo de

la barbarie por el Cristianismo y tendía una mano amiga a Roberto el Piadoso, que quiso firmar un pacto eterno para dicha de los siglos venideros, entre el Imperio y la Primogénita de la Iglesia.

Enrique, esposo virgen de la virgen Cunegunda, fué grande además para Dios, que no tuvo nunca un representante más fiel sobre la tierra. A sus ojos el único Rey es Dios en Cristo; el móvil de los intereses de Cristo y de su Iglesia y su sola ambición el servir al Hombre-Dios lo más perfectamente posible. Comprendía que la verdadera nobleza, lo mismo que la salvación del mundo, se ocultaba en los claustros donde las almas selectas se cobijaban para huir de la ignominia universal y evitar tantas ruinas. Este pensamiento le condujo a Cluny, al día siguiente de su coronación imperial, para poner en manos de su abad, para su custodia, la bola de oro, imagen del mundo, cuya defensa se le había confiado como soldado del Vicario de Dios. Lejos de querer dominar, no pensaba sino servir y permanecerá fiel hasta el fin en este ideal, como verdadero discípulo de Cristo.

VIDA. — Enrique vino al mundo hacia el año 973. Al cumplir los 22 años, fué elegido duque de Baviera, y en 1007 emperador de los romanos. Ocupó su vida en conquistar y mantenerse en paz a todo su inmenso imperio y en 1024 murió en Bamberg. Más que los acontecimientos políticos que caracterizan su reinado, debe

hacerse resaltar la virtud de este emperador, que jamás se dejó llevar de sus propios intereses; su celo por ayudar a los papas en las asambleas sinodales o en la reforma de la Iglesia; su cuidado en la elección de obispos dignos de su ministerio; su caridad para los pobres y monasterios; sus admirables triunfos sobre naciones bárbaras, debidos más a la oración que a las armas. Su cuerpo fué sepultado en la catedral de Bamberga, construída por él, Dios le glorificó con numerosos milagros que movieron al Papa Eugenio III a cononizarle un siglo después. Su esposa, Santa Cunegunda, fué también elevada a los altares por Inocencio III.

ELOGIO. — *Por mí los reyes reinan y por mí los príncipes imperan* [1]. ¡Oh Enrique! comprendiste esta palabra bajada del cielo. En aquellos tiempos turbulentos supiste donde encontrar el consejo y la fuerza [2]. Como Salomón, sólo deseaste la Sabiduría y como él experimentaste que con ella se alcanzan también las riquezas, la gloria y la magnificencia [3]. Pero más afortunado que el hijo de David, no te dejaste desviar de la sabiduría viviente por estos dones inferiores, que, en los designios divinos, eran más la prueba de tu amor, que la manifestación del que Dios te tenía. Oh Enrique, la prueba fué decisiva: llegaste a la meta del buen camino, sin excluir de tu alma magnánima ninguna consecuencia de

[1] *Prov.*, VIII, 15-16.
[2] *Prov.*, VIII, 14.
[3] *Prov.*, VIII, 18.

los preceptos divinos; satisfecho de haber elegido, al contrario de tantos otros, la áspera vereda que conduce al cielo, en compañía de los santos caminaste, por medio de los senderos de la justicia [1], siguiendo más de cerca a la divina Sabiduría.

PLEGARIA POR LA PAZ. — Buscando en primer lugar para ti el reino de Dios y su justicia [2], estuviste lejos de defraudar a tu patria de origen y al pueblo que te había llamado a ser su guía. Nos regocijamos que a ti entre todos, deba Alemania la consolidación de su imperio que fué su gloria entre todos los pueblos, hasta que cayó en nuestros días para no volverse a levantar. Mira benigno desde el trono que ocupas en el cielo, a esta vasta región del Santo Imperio que te debe su desarrollo y al cual la herejía parece haberlo descompuesto para siempre. Ven, oh emperador de tiempos mejores, ven a combatir por la Iglesia; junta las fuerzas dispersas de la cristiandad al campo tradicional de los intereses comunes a toda nación católica; y que la alianza que tu profundo sentido político realizó en otro tiempo, traiga al mundo la tranquilidad, la paz, la prosperidad, que no le dará el inestable equilibrio con el que queda a merced de la fuerza.

---

[1] *Prov.*, VIII, 20.
[2] *Mat.*, VI, 20.

16 DE JULIO

CONMEMORACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA DEL MONTE CARMELO

El monte Carmelo. — A los que han tenido la dicha de hacer la peregrinación a los Santos Lugares de Palestina, nunca se les borrará de la memoria su paso por el monte Carmelo. Esta montaña que domina desde 170 metros de altura a la ciudad de Caiffa y al Mediterráneo, es una de las más hermosas de toda Palestina. Es, sin duda, una de las más célebres y su paisaje encantador ha excitado el entusiasmo de Oriente, e inspirado numerosas comparaciones poéticas de la Sagrada Escritura.

Cuando el Esposo del Cantar de los Cantares desea poner más de relieve la hermosura de su Esposa, no encuentra expresión más adecuada que comparar su cabeza con el monte Carmelo: "*Caput tuum ut Carmelus*." Cuando Isaías nos presenta el esplendor y gloria del futuro Mesías, le pinta coronado con la gloria del Líbano y revestido de todas las bellezas del Carmelo: "*Gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.*" Y nos muestra la gran estima que debemos tener a este santo monte cuando dice que la justicia habitará en la soledad y la santidad tendrá su lugar sobre el Carmelo: "*Habitabit in solitudine iudicium, et iustitia in Carmelo sedebit.*"

Finalmente Dios mismo por boca de otro Profeta le colma de elogios, llamando al Carmelo, su tierra, su herencia: "*Terram meam et hereditatem meam*", y a Jerusalén le prometió: "*En el día de mi amor, te saqué de Egipto a la tierra del Carmelo*", como si este nombre encerrara en sí todos los bienes con los que quería enriquecer a su pueblo, es decir a la Iglesia y a cada uno en particular.

La Montaña mariana. — Lo que da más realce a este santo monte es, además de la morada de Elías y la victoria que alcanzó sobre los profetas de Baál, es la célebre visión que nos describe el primer libro de los reyes. Hacía tiempo que una gran sequía asolaba la tierra de Israel. Elías, conmovido por los sufrimientos de su pueblo, "subió a la cumbre del Carmelo y postrándose en tierra y poniendo el rostro entre las rodillas, dijo a su siervo: Sube y mira hacia el mar. Subió, miró y dijo: No se ve nada. Elías le dijo: Vuelve hacerlo siete veces. La séptima vez dijo el siervo: Veo una nubecilla como la palma de la mano de un hombre". Poco después el cielo se oscureció, se levantó fuerte vendaval y cayó agua en abundancia.

Todos los exegetas y místicos ven en esta "nubecilla, *nubecula parva*", una imagen profética de la Virgen María, que por la encarnación dió la vida y fecundidad al mundo. El primer

Responsorio de la fiesta de los Santos del Carmelo lo dice expresamente; "Elías oraba sobre la cumbre del Carmelo y en el símbolo de una nubecilla vió a la insigne Virgen. A los que Elías se revela así la amarán a causa de todas las maravillas que les manifestará esta visión." De hecho la Iglesia ha aprobado esta interpretación, añadiendo a los títulos gloriosos de la Santísima Virgen el de Nuestra Señora del Carmen y nos invita ella también a nosotros como el profeta con estas palabras: "Sube y mira."

La Orden del Carmen. — La tradición de la Orden del Carmen sostiene que los solitarios que moraron en esta santa cumbre, aun antes del cristianismo, honraron con verdadero culto a la que debía engendrar al Mesías. Aseguran también que muchos recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, teniendo después la dicha de gozar del trato y familiaridad con la Sma. Virgen. De esta entrevista se llevaron una veneración y amor tan particulares, que tuvieron la alegría de ser los primeros que edificaron una capilla en su honor, en el mismo lugar donde Elías la había visto en figura de una nubecilla.

Desde sus comienzos el Carmen vuelve sus ojos a la Sma. Virgen y el libro titulado "La Institución de los primeros monjes" nos muestra a través de inexactitudes históricas, a la Orden dominada por las grandes figuras que encarna

su ideal, cada una según su rango: Elías y la Virgen María: Siendo María para ellos la plenitud deslumbradora de la vida contemplativa, el modelo del servicio perfecto debido al Señor y la entrega total a su voluntad.

El escapulario. — A mediados del siglo XIII San Simón Estok, General de la Orden del Carmen, recibió de manos de la Santísima Virgen, el sagrado escapulario como testimonio de su amor y protección para todos aquellos que lo llevaran. Aseguró que "todo el que muriera con este hábito no caería en el fuego eterno". Un siglo después se apareció a Santiago de Euze, futuro Juan XXII, para anunciarle su próxima elevación al Sumo Pontificado mandándole publicar el privilegio de una pronta salida del purgatorio, que había obtenido de su Hijo, para los hijos del Carmen: "Yo, su Madre, le dice, por una gracia especial descenderé a ellos el sábado siguiente a su muerte, y a todos los que hallare en el purgatorio, los libraré y los llevaré a la vida eterna."

La autoridad de los Soberanos Pontífices, hicieron pronto asequibles estas gracias espirituales a los fieles con la institución de la cofradía del Santo Escapulario, al participar sus miembros de todos los méritos y privilegios de la Orden del Carmen. Hoy son pocos los verdaderos cristianos que no lleven este escapulario o la

medalla llamada del "Monte Carmelo" y he aquí por qué la fiesta de hoy, no es sólo la de una ilustre familia religiosa, sino también de toda la Iglesia entera, puesto que toda ella es deudora a la Virgen del Carmen de innumerables beneficios y de una protección constante [1].

LA NUBE MÍSTICA. — Reina del Carmelo, recibe hoy los votos de la Iglesia terrestre. Fuiste la única esperanza del mundo cuando gemía en una angustiosa espera sin fin. Impotente para penetrar aún tus grandezas, quiso a pesar de eso, adornarte con los más preciosos símbolos bajo este mundo de figuras; el reconocimiento anticipado mezclado de admiración, sirvió para crearte como una aureola sobrehumana de todas perfecciones de belleza, de fuerza y gracia que sugiere la vista de los lugares tan encantadores, de campiñas en flor, de cumbres pobladas de árboles, de valles fértiles, de este *Carmelo* principalmente que significa *jardín de Dios*. En su cumbre nuestros padres, que sabían que la Sabiduría tiene su trono en la nube [2] adelantaron sus ardientes deseos al signo salvador [3]; y allí, debido a sus plegarias, se les dió lo que la Escritura llama ciencia perfecta y que designa como *el conocimiento de los grandes caminos de*

[1] Cf. *P. Melchior de Sainte Marie, Dict d'Hist. et de Géographie ecclés.*, 1949, art. Carmel, c. 1095.
[2] *Eccli.*, XXIV, 7.
[3] *Eccli.*, XLIII, 24.

las nubes[1]. Y cuando Aquel que hace su carroza[2] y su palacio[3] de la oscuridad de la nube, se manifestó por ella en un recuerdo no lejano a la vista penetrante del Padre de los Profetas, se vió unirse a los más altos personajes de la humanidad en un grupo selecto en las soledades de la montaña bendita, como antiguamente Israel en el desierto, para observar los menores movimientos de la nube misteriosa[4], recibir de ella la única dirección en las veredas de esta vida, su única luz en la larga noche de espera[5].

Oh María, que desde entonces presides las velas de los soldados de Cristo y nunca les has faltado un solo día desde que Dios descendió verdaderamente por ti, no sólo cubres la región de Judea sino a toda la tierra con una nube cargada de un sinnúmero de bendiciones[6]. Los hijos de los profetas lo experimentaron cuando la tierra de los profetas se hizo infiel, y tuvieron que llevar un día a otros lugares sus costumbres y tradiciones; comprobaron que el rocío fecundador de la nube del Carmelo llegaría hasta Occidente, que su protección se dejaría sentir en todas partes. Esta fiesta, oh Madre divina, es el momento auténtico de su reconocimiento,

---

[1] *Job.*, XXXVII, 16.
[2] *Ps.*, CIII, 3.
[3] *I Reg.*, VIII, 12.
[4] *Núm.*, IX, 15-23.
[5] *Ps.*, CIV, 39.
[6] *Exod.*, XIII, 22.

acrecentado después con nuevas bendiciones, cuya munificencia acompañó a este otro éxodo de los últimos restos de Israel. Y nosotros los hijos de la vieja Europa con razón transmitimos el eco de su piadosa alegría; porque desde que las tiendas fueron levantadas alrededor de las colinas donde la nueva Sión fué edificada sobre Pedro, se ha esparcido por todas partes su lluvia llena de bendiciones [1], lanzando al abismo las llamas eternas, y apagando los ardores del lugar de la expiación.

PLEGARIA POR LA ORDEN DEL CARMEN. — Oh Madre de la divina gracia, dígnate pagar a esta Orden la deuda de nuestro agradecimiento puesto que estamos unidos en el mutuo agradecimiento hacia ti. Protégela y consérvala en estos desgraciados tiempos. Qué no sólo el viejo tronco mantenga la sabia escondida en sus profundas raices, sino que también las vetustas ramas vean gozosas el advenimiento de las nuevas que llevan en sí las flores y los frutos como los llevaron sus antecesores. Conserva en sus hijos el espíritu de soledad y contemplación que tuvieron sus padres a la sombra de la nube; haz que sus hijos sean también fieles a las tradiciones de sus predecesores en todos los lugares que el Espíritu Santo les ha esparcido para conjurar al huracán y atraer las bendiciones de la

[1] *Ezequiel*, XXXIV, 26.

nube misteriosa. Ojalá los austeros perfumes de la montaña santa continúen purificando a su alrededor el aire corrompido por tantas miasmas; y por fin que el Carmelo ofrezca a su Esposo sus almas virginales, sus corazones puros, sus bellas flores que tiene la satisfacción de plantar en el jardín del Señor.

17 DE JULIO

SAN ALEJO, CONFESOR

EXIGENCIAS DEL AMOR INFINITO. — "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" esta es la orden del Señor. Significa que, en nuestros esfuerzos por alcanzar la perfección, no debemos buscar otro fin fuera de él. Es preciso subir siempre; y para ayudarnos en esta subida y remontarnos a estas alturas inaccesibles a nuestra naturaleza, Dios nos da su gracia y su vida, nos hace partícipes de su naturaleza, hace de nosotros miembros vivos de su Hijo y desde el Bautismo, poseemos algo de la perfección del Padre celestial: ahora es necesario hacerla crecer siempre.

Todo esto exige docilidad absoluta a las inspiraciones del espíritu divino; una colaboración continua a la gracia. Es preciso aniquilar en nosotros por nuestros sacrificios, esa falsa perfección en la cual tiene sus complacencias nues-

tro egoísmo y nuestro orgullo; es necesario hacer morir al hombre viejo y separarse de todo lo que él desea y sustenta su vida. Dios lo pide; y las exigencias de su amor infinito que quiere poseernos para hacernos perfectos y completamente dichosos en él, son inexorables. Nos lo ha enseñado por las Sagradas Escrituras. Nos lo ha dicho también por las instructivas lecciones de las cosas, consignadas en las vidas de los mártires y en la vida de aquellos santos, cuyas circunstancias extraordinarias llaman la atención y ponen más de relieve la soberana autoridad, con la cual Dios puede exigir a un alma un completo sacrificio por él hasta en los afectos más legítimos y queridos.

Así sucedió en la Antigua Alianza con Abraán a quien Dios mandó le inmolase su hijo único; así también en la Nueva San Alejo hizo sacrificio de su esposa por amor de Dios.

San Alejo, esposo fugitivo. — Pocos santos fueron tan populares en la Edad Media en Oriente como en Occidente y su vida solitaria de eremita y peregrino ha sido frecuentemente imitada en la Iglesia hasta nuestros días. La Iglesia con todo eso no garantiza la veracidad de todos los detalles de su vida. Muchos de sus rasgos legendarios, cuyo origen se podía señalar, han sido introducidos después de muchos años en esta extraña historia. La Iglesia a pesar de eso encuentra en este relato, tal como nos lo pre-

senta la tradición, saludables enseñanzas que ofrece a la consideración de los fieles.

El joven Alejo se había consagrado desde su juventud a Dios y le había ofrecido el don absoluto de su persona. Pero su padre, noble romano, decidió casarle, y, en esta época, la autoridad del padre no tenía réplica. Alejo se casó, pues, por obediencia, pero en el momento que pudo encontrarse solo con su esposa, es decir la misma noche de sus bodas, tuvo una conversación completamente celestial con ella. La mostró el valor de la virginidad, la llenó su corazón de amor de Dios y ganándola para una vida más perfecta, se pusieron de acuerdo para separarse inmediatamente. Alejo abandonando a su esposa, familia, amigos, honores y riquezas partió de Roma durante la noche de sus bodas, desobedeciendo a su padre de la tierra para obedecer a su padre celestial, que le quería todo entero para él. He aquí hasta donde puede llevar el amor de Dios.

VIDA. — Alejo vivió en el siglo v. Hijo de nobles romanos, por seguir el llamamiento de Dios, abandonó a su esposa y vestido de mendigo y pidiendo limosna, recorrió toda la cristiandad, yendo de santuario, en santuario. Habiendo dado su santidad célebre popularidad a Edesa, volvió a Roma después de 17 años de ausencia, continuó, hasta su muerte su vida de mendigo, frecuentando las basílicas y rezando sin cesar. Encontró asilo debajo de un escalera de la casa de sus padres que no le reconocieron. No se descubrió su identidad hasta que entregó el último suspiro. El pueblo romano le consideró desde este momento

como santo. Construyó en su honor un monasterio en el monte Aventino y desde el cual San Adalberto partió para evangelizar los pueblos del Norte de Europa.

PLEGARIA. — Dejaste todo, oh Alejo, para servir y hacerte amigo de Dios. Quisiste pasar por necio a los ojos de los sabios de este mundo. Haz que sepamos aprovecharnos de las lecciones de tu abnegación para alcanzar el ardor de tu caridad. Enseña a los esposos a guardarse mutua fidelidad aun en las separaciones más dolorosas. Enseña a los padres a respetar la voluntad de Dios sobre sus hijos. Enseña a los religiosos la práctica de la pobreza y el deseo de las humillaciones para mayor gloria de Dios. Protege a Roma que fué tu patria y que te colma de honores, que no lo hubiera hecho, si no hubieras tenido otra ambición que la de continuar dentro de sus muros las tradiciones de tus ilustres abuelos. Ojalá el pueblo cristiano, a ejemplo de tu profundo desprecio de los bienes de este mundo, no se deje llevar de la sed de riquezas que corrompen nuestra civilización y te siga por el camino recto del despego a la mansión del Padre celestial.

EL MISMO DIA

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

La lucha sostenida por los españoles durante ocho siglos contra los árabes venidos de Africa

tuvo sus altos y bajos. En los tres primeros siglos dominaron éstos por completo, en los dos siguientes tanto árabes como cristianos tuvieron equilibradas sus fuerzas, y en los tres siguientes la cruz tuvo preponderancia sobre la Media Luna.

Hoy celebra la Iglesia de España el *triunfo de la Santa Cruz* para conmemorar la victoria obtenida en las Navas de Tolosa (Jaén) por las huestes combinadas de algunos reinos cristianos de la Península sobre musulmanes y almohades de Africa, que se propusieron hacer el último esfuerzo serio para volver a imponer su supremacía en España.

Mahomet, emperador de Marruecos, pasó el Estrecho con poderosísimo ejército. Temeroso el Rey de Castilla, Alfonso VIII, de los peligros que le amenazaban y tanto más cuanto que había sido derrotado años antes, se coaligó con los reyes de León y de Navarra, que gustosos le prestaron apoyo con sus fuerzas. Fué una verdadera cruzada la que se predicó por toda España y aun por Europa por mandato del papa Inocencio III, en la que llevó la parte principal el Arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Jiménez de Rada. Los extranjeros que acudieron a la llamada se volvieron pronto a sus respectivos países pretextando los excesivos calores de Andalucía y quedando de este modo solos los españoles, al frente de Alfonso VIII de Castilla, Alfonso IX de León, y Sancho el Fuerte de Navarra para comba-

tir al mucho más numeroso ejército enemigo. El encuentro tuvo lugar en las Navas de Tolosa el 16 de Julio de 1212. Los cristianos con gran espíritu de fe y valor se lanzaron a la lucha y gracias a una visible ayuda de Dios, que tenía destinada a España para grandes cosas, alcanzaron una victoria completa. Esto debilitó al moro para siempre y preparó las grandes conquistas de San Fernando en los años siguientes, y con ellas andando el tiempo la expulsión completa de los árabes a Africa.

18 DE JULIO

SAN CAMILO DE LELLIS, CONFESOR

DIGNIDAD DEL CUERPO. — No pensemos que el Espíritu Santo, en su deseo de elevar nuestras almas por encima de la tierra, tenga en poco nuestros cuerpos. Ha recibido la misión de conducir a la eterna bienaventuranza al hombre entero, como el hombre entero es su criatura y su templo [1].

En el orden de la creación material el cuerpo del Hombre-Dios fué su obra maestra y la complacencia divina que tuvo en este cuerpo perfectísimo del jefe de nuestra raza se desborda sobre los nuestros, cuyo mismo cuerpo formado

[1] *I Cor.*, VI, 19, 20.

por él en el seno de la Purísima Virgen, sirvió desde el principio de modelo.

En la rehabilitación que sigue a la caída, el cuerpo del Hombre-Dios suministró el rescate del mundo: y tal es la economía de la salvación que el poder de la sangre redentora no obre en nuestras almas sino por medio de nuestros cuerpos con los divinos sacramentos, que se dirigen a los sentidos para pedirles la entrada. Admirable armonía de la naturaleza y de la gracia que hace que éste honre al elemento material de nuestro ser hasta no querer elevar nuestra alma sin él a la gracia y a los cielos. Porque en este admirable misterio de la santificación los sentidos no sólo son un tránsito: ellos mismos experimentan los efectos del sacramento como la facultades superiores cuyos canales son; y el alma santificada ve asociado desde este mundo al humilde compañero de su destierro a esta dignidad de la filiación divina, cuyo resplandor después de la resurrección no será sino su desarrollo.

CUIDADOS PRODIGADOS A LOS ENFERMOS. — Por esta razón eleva a la divina nobleza de la santa caridad los cuidados dados al prójimo en su cuerpo; porque inspirados por este motivo, no son otros que la admisión en la participación del amor que el Padre prodiga a sus miembros, que son para él miembros de otros tantos hijos muy

queridos. *Estuve enfermo y me visitasteis* [1], ha de decir el Señor en el último día mostrando que aun en las enfermedades mismas del destierro, participa el cuerpo de los que llama sus hermanos [2] de la dignidad del Hijo único engendrado en el seno del Padre antes de todos los tiempos. Por eso el Espíritu, encargado de recordar las palabras del Salvador a la Iglesia [3] no ha olvidado esta; caída en la buena tierra de almas escogidas [4], ha producido el ciento por uno en frutos de gracia y de heroicas abnegaciones. Camilo de Lellis la recogió amoroso, y con sus cuidados la semilla divina ha llegado a formar un gran árbol [5]. La Orden de los Clérigos regulares Ministros de los enfermos, o *del bien morir*, merecen el agradecimiento del mundo; desde hace tiempo el aplauso de los cielos le ha sido prodigado y los ángeles se han asociado, como se ha comprobado algunas veces apareciéndose a la cabecera de los moribundos.

VIDA. — Camilo de Lellis nació en Bucchiano, en el reino de Nápoles en 1550. Siendo soldado se dejó dominar por el amor al mundo y por la pasión del juego. Comprendió a los 25 años, con las luces de una gracia particular, la vanidad de tal vida y se resolvió a entregarse al servicio divino. Ingresó en la orden de

---

1 *S. Mat.*, XXV, 36.
2 *Hebreos*, II, 11-17.
3 *S. Juan*, XIV, 26.
4 *S. Lucas*, VIII, 8, 15.
5 *S. Lucas*, XIII, 19.

los Frailes Menores, que abandonó muy pronto, para entrar en el hospital de Santiago de los Incurables de Roma, y cuidar los enfermos. Durante 30 años fué su abnegado servidor, curó sus llagas y les ayudó a bien morir. Ordenado de Sacerdote, tuvo la idea de fundar una Congregación de Clérigos Regulares que habían de comprometerse con voto a asistir a los enfermos, aun los apestados. Gregorio XIV la aprobó por bula de 21 de septiembre de 1591. Pero para tener más facilidad de remediar toda clase de miserias, abandonó el gobierno de su Orden. Su caridad para con los enfermos no se detuvo ante ninguna miseria ni trabajo; estuvo dotado del don de hacer milagros y de conocer los secretos de los corazones. Agotado, por fin con tantas fatigas, ayunos y sufrimientos de todo género, se durmió en la paz del Señor el lunes 14 de julio de 1614. Le beatificó Benedicto XI en 1742 y León XIII le nombró patrono de los enfermos y hospitales en todo el mundo.

La pasión del juego. — Angel de la caridad; ¡cuán grandes fueron tus caminos guiados por el Espíritu Santo! Antes de ponerte la insignia de la Cruz y de reunir compañeros adornados con ella, conociste la tiranía de un amo odioso que quiere esclavos para su bandera y la pasión de juego estuvo a punto de perderte. Oh Camilo, al recordar el peligro que corriste entonces, ten piedad de los desgraciados que son víctimas de esta terrible pasión; apártales de esa furia nefasta que lanza, al caprichoso azar, sus bienes, su honor y su paz de este mundo y del otro. Tu historia es palpable ejemplo de cómo no hay lazos

que la gracia no rompa y costumbres inveteradas que no modifiquen. ¡Ojalá puedan como tú volver a Dios su malas inclinaciones y olvidar con los trabajos que lleva consigo la caridad los que conducen al infierno! Porque la caridad tiene también sus riesgos, sus gloriosos peligros que llevan hasta exponer su vida como el Señor ha dado por nosotros la suya: fué este un juego sublime, en el que fuiste campeón y al que aplaudieron con frecuencia los espíritus celestiales. Pero, ¿qué vale la puesta de esta vida terrena comparada con el precio reservado al vencedor?

Caridad con los enfermos. — ¡Ojalá lleguemos amar a nuestros semejantes imitando tu ejemplo como Cristo nos amó, según nos lo recomienda el Evangelio que hoy leemos en tu honor![1] Muy pocos dice San Agustín tienen este amor que abarca a toda la ley; por que muy pocos se aman para que Dios esté todo en todos[2]. Oh Camilo, tuviste este amor, que manifestaste con preferencia a los miembros doloridos del cuerpo místico del Hombre-Dios, en los que Cristo se esconde. Por este motivo la Iglesia te ha escogido con San Juan de Dios para velar sobre los Asilos del dolor, que ha fundado con los cuidados, que sólo una madre sabe dar por sus hijos enfermos. Corresponde a su confianza.

1 S. *Juan*, XV, 12.
2 Tratado 83 sobre S. Juan.

Protege a los hospitales católicos frente a una laicización total, cuyos únicos propósitos son curar los cuerpos y perder las almas. Aumenta el número de tus hijos para cubrir nuestras necesidades; que sean dignos por su conducta de ser acompañados por los ángeles. En cualquier lugar de este destierro donde viniere a sonar para nosotros la hora del último combate, haz uso de la preciosa prerrogativa que celebra hoy la Liturgia, ayudándonos por el espíritu de la santa dilección a vencer el enemigo y a alcanzar la corona celestial[1].

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SANTA SINFOROSA Y DE SUS SIETE HIJOS, MARTIRES

DEFINICIÓN DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA. — Dios para quien mil años son como un día y que combina los tiempos en su Verbo eterno[2], destinaba para una gran gloria al 18 de Julio. En este día, en efecto, del año 1870, el Concilio Ecuménico del Vaticano, presidido por Pío IX, definió en su Constitución *Pastor aeternus* la plena, suprema e inmediata autoridad del Romano Pontífice sobre todas las Iglesias, y pronunciaba por lo mismo el anatema contra quien

---

[1] Colecta del día.
[2] *Hebreos*, XI, 3.

no reconociese la infalibilidad personal del Pontífice mismo Romano al hablar *ex Cathedra,* es decir, al definir la doctrina como Pastor universal en materia de fe y costumbres. Débese notar que en estos días, (domingo de mediados de julio) celebran los griegos la memoria conjunta de los seis primeros concilios generales de Nicea, de Constantinopla, Efeso, Calcedonia, segundo y tercero de Constantinopla. Vivimos pues en este período del año litúrgico fiestas esplendorosas.

LOS MÁRTIRES. — En este mundo, no lo olvidemos, el martirio es sobre todo el acto supremo de la fe, que merece y produce la luz. No dudemos de que la Sabiduría divina haya juntado los dos hechos que la Iglesia nos recuerda en este día, ella para quien, desde el trono de su eternidad es como un juego el peso, la medida y los números de este mundo. Estimemos en su justo valor, como hijos de la luz, los rayos que llegan hasta nosotros desde las colinas eternas. Son la gracia excelente que el apóstol Santiago, hermano del Señor, nos muestra que desciende del cielo, a quien llama, en cuanto fuente de todo bien perfecto, *Padre de las luces;* son el precio de la sangre que nuestros padres han derramado para defender y desembarazar siempre más, en su amplitud divina, la palabra confiada por el Verbo a la Iglesia.

Los siete mártires y su madre. — Hoy se hace conmemoración de santa Sinforosa y de sus siete hijos mártires. Los historiadores modernos, por ser Sinforosa la traducción griega de Felicidad, se preguntan si no sería este el grupo de mártires celebrados el 10 de julio. Las *Actas* del martirio casi no merecen crédito, mas con todo ello su culto en Tívoli es bastante antiguo, y son honrados de modo particular en Roma en la diaconía de San Miguel. Unámonos a este culto y a estos honores al repetir la Colecta de Misa; "Oh Dios que nos concedes celebrar el aniversario de tus santos mártires Sinforosa y de sus hijos; concédenos gozar de su compañía en la felicidad eterna." Por Jesucristo Nuestro Señor.

19 de julio

SAN VICENTE DE PAUL, CONFESOR

Desgracias de la Iglesia y de Francia. — Vicente fué el *hombre de la fe que obra por la caridad*. Nacido al fin del siglo en que vivió Calvino, encontró a la Iglesia de luto porque el error había apartado de la catolicidad a varias naciones. El Turco, enemigo siempre del hombre cristiano, renovaba sus piraterías por todas las costas del Mediterráneo. Agotada Francia por cuarenta años de guerras de religión, se quedó libre del dominio de la herejía, aunque fuera de

sus fronteras la favoreció, con todo su poder, un poco más tarde. En el Este y el Norte el pillaje sembraba la desolación, que había de correrse a las provincias del Oeste y del Centro debido a las luchas intestinas originadas por la anarquía. Pero era aún más lamentable en toda esta confusión el estado de las almas que la parte material. Las solas ciudades podían disfrutar de cierta libertad para orar con relativa tranquilidad. Los campesinos, olvidados, sacrificados y en trance de muerte por tantas calamidades, tenían un clero para sacarle de tanta miseria, las más de las veces abandonado también por sus jefes, en muchas partes indigno y casi tan ignorante como él.

La fe que sana mediante la caridad. — Para alejar tantos males, suscitó entonces el Espíritu Santo a Vicente con inmensa sencillez de fe, fundamento único de una caridad que el mundo, desconocedor del papel de la fe, no puede comprender. Admira el mundo y ve con sorpresa las obras llevadas a cabo durante su vida por el antiguo pastor de Blugose; pero se le escapa el secreto que alimentaba esta vida. Quisiera también él reproducir estas obras; pero para realizarlas cree que debe contar más sobre la justicia que sobre el amor. La solidaridad que predica, procede también de Dios, aunque se diga lo que se quiera, y no es más que una pálida

y con frecuencia menguada imagen de la caridad. Encadena más bien que une. El socialismo sin fe o el comunismo ateo no podrán nunca suplantar a la fe del catolicismo ni a las obras de la caridad que sólo ellas satisfacen las exigencias de la humanidad doliente. Sólo la fe comprende el misterio del sufrimiento y puede sondear sus profundos secretos, cuyos abismos recorrió el Hijo de Dios y por fin ella sola puede, asociando al hombre a los pensamientos del Altísimo, unirle con su fuerza y su amor. De ahí les viene a las obras hechas con fe su poder y su duración.

AMOR A LOS POBRES. — Vicente amó a los pobres con predilección porque amaba a Dios y porque la fe le descubría en ellos al Señor. "¡Oh Dios, decía, qué hermoso es tratar a los pobres, si les consideramos en Dios y en el aprecio que Jesucristo tuvo de ellos! A menudo no tienen ni aspecto ni juicio de personas racionales por sus modales groseros y terrenos. Pero volved la medalla y veréis con las luces de la fe, que el Hijo de Dios, que quiso ser pobre, nos es representado por esos pobres; que casi no tuvo el aspecto de hombre en su pasión, que pasó por loco ante los Gentiles y por piedra de escándalo ante los Judíos; y a pesar de eso se da a sí mismo el nombre de Evangelista de los pobres, *evangelizare pauperibus missit me*."

El título de *evangelista de los pobres* fué el único que Vicente ambicionó para sí, siendo el punto de partida y la explicación de todo lo que realizará en la Iglesia. Su programa consistió en asegurar el cielo a los desdichados, en trabajar por la salvación de los abandonados de este mundo comenzando por los campesinos más desamparados. Todo lo demás "era accesorio" para él. Y añadía hablando a sus hijos los Paúles. "Nunca me habría ocupado de los ordenandos ni de los seminarios eclesiásticos, si no hubiera creído que era necesario para conservar a los pueblos en buen estado y para conservar el fruto de las misiones procurarles un buen clero." Para afianzar su obra en todos los grados puso Dios al apóstol de los humildes como director de la conciencia regia, de modo que Ana de Austria colocó en sus manos la extirpación de los abusos del clero alto y la elección de los jefes de la Iglesia de Francia. Para poner fin a los males acusados por el abandono tan funesto de los pueblos era preciso poner al frente del rebaño pastores que considerasen, como dichas a sí mismos las palabras del jefe celestial: "conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí".

A LA CONQUISTA DE LAS ALMAS. — Es evidente que no podemos contar en tan pocas páginas la vida del hombre en quien estuvo como personificada la caridad más universal. Por lo demás no

tuvo otro móvil que el apostolado en esas inmortales campañas, donde, desde el calabozo de Túnez, en que estuvo como esclavo, hasta las provincias devastadas, para las que procuró millones, se le vió socorrer toda clase de sufrimientos físicos y alejar lo más posible la miseria; deseó, mediante los cuidados prodigados a los cuerpos, llegar a conquistar el alma por las que Cristo quiso, también él, tener amargura y angustia.

HUMILDAD. — Vicente procuró, según su expresión, *ir al lado de la Providencia,* y no tuvo otro deseo que el de no adelantarse a ella. Así lo hizo durante siete años antes de aceptar los ofrecimientos del General de Gondi y fundar su instituto de los Paúles o de la Misión. Del mismo modo sometió a continuas pruebas a su fiel auxiliadora la Señorita Le Gras, cuando se creyó llamada a consagrarse al servicio espiritual de las primeras Hijas de la Caridad.

¡Gran lección dada por este hombre, cuya vida fué tan fecunda al celo febril de un siglo como el nuestro! ¡Cuantas veces, en lo que hoy se llaman *obras,* las pretensiones humanas amortiguan la gracia, contrariando al Espíritu Santo! Mientras que Vicente de Paúl, "pobre gusano que se arrastra por la tierra, no sabiendo a dónde va y que busca sólo esconderse en Ti, ¡oh Dios mío!, que eres todo su deseo", ve la inercia

aparente de su humildad fecundada más que la iniciativa de mil otros, sin que por decirlo así tuviera conocimiento de ello.

Valor y confianza. — Pero en la medida que su incomparable delicadeza, con respecto a Dios, le imponía como un deber no adelantarse más de lo que un instrumento se adelanta a la mano que le mueve; en esa misma medida, una vez recibido el impulso divino, San Vicente no podía soportar que se vacilase en seguirle o que se diese lugar en el alma a otro sentimiento que no fuese el de la más rendida confianza. Escribía con esa sencillez llena de encantos, a la cooperadora que Dios le había dado: "Te veo un poco dominada por sentimientos humanos, pensando que todo está perdido desde que me ves enfermo. ¡Oh mujer de poca fe!, ¡no tienes ya confianza y docilidad en la dirección y ejemplo de Jesucristo! Este Salvador del mundo se atenía a las disposiciones de Dios, su Padre, tocante el estado de toda la Iglesia, y tú, por un puñado de hijas, que su Providencia ha suscitado y reunido, piensas que te faltará. Ve, señorita, humíllate profundamente delante de Dios."

La verdadera fe. — ¿Habrá que extrañarse que la fe, único móvil de tal vida, inquebrantable fundamento de lo que era para el prójimo y para sí mismo, fué para los ojos de Vicente de

Paúl el principal tesoro? El, a quien ningún sufrimiento aún merecido, deja indiferente, se muestra sin entrañas contra la herejía, y no descansa hasta obtener el destierro de los sectarios o su castigo. Este testimonio le hallamos en la Bula de su canonización de Clemente XII, hablando de este funesto error del jansenismo, que nuestro santo fué uno de los primeros que lo desenmascaró y del que fué principal impugnador. Jamás puede hallarse una ocasión como esta, en que se verifique mejor el dicho de la Sagrada Escritura: *La sencillez de los justos les guiará con seguridad y la astucia de los perversos será su perdición*[1]. La secta que más tarde demostrará inmenso desprecio hacia *San Vicente,* no pensó siempre de ese modo. "Estoy, declaraba en la intimidad, particularmente obligado a bendecir a Dios y a agradecerle porque permitió que los primeros y más considerados de los que profesaron esta doctrina, a quienes conocí particularmente y eran mis amigos, no hubieran podido convencerme de participar de sus sentimientos. No sé cómo expresaros los trabajos que se tomaron y las razones que me propusieron para ello; mas por mi parte les objetaba, entre otras cosas, la autoridad del Concilio de Trento, que les era contrario a ojos vistas; y viendo que continuaban inmutables, en vez de responderles, rezaba en voz baja el *Credo;* y mi-

[1] *Prov.,* XI, 3.

ra por qué he permanecido siempre firme en la fe católica."

VIDA. — Vicente nació de padres pobres en Pouy, en las Landas, el 24 de abril de 1581. En sus primeros años guardó ganado, pero viendo su padre su precoz inteligencia, determinó enviarle a estudiar a los franciscanos de Dax. De allí partió para Tolouse a graduarse de doctor y en 1600 fué ordenado de sacerdote. Terminado su cautiverio en Túnez, se agregó en 1510 al cuerpo de capellanes de Margarita de Valois. Acusado de robo, calló, y este silencio heroico fué para él el principio de su ascensión hacia la santidad (1611). Fué párroco de Clichy durante algún tiempo y después de Chatillon en Dombes. Pero casi todo su porvenir se le creó en el servicio de la poderosa familia de los Gondi. Evangeliza a las 8000 almas que viven en sus tierras y se da cuenta entonces de la ingente multitud de ruinas y miserias producidas por las guerras civiles o extranjeras. Predica, consuela, reconcilia con Dios, funda obras de caridad, se ocupa de los encarcelados y de los condenados a galeras, enseña a los ricos a ser caritativos y reforma el clero. La reina primero y después el rey, admirados de su vida, le ayudaron poderosamente en sus esfuerzos. En 1625 fundó el colegio de los "Niños buenos" en París, los primeros compañeros de una nueva Congregación de la Misión o de los futuros Paúles, cuyas constituciones se escribirán en 1642. En 1629 santa Luisa de Marillac le ayuda a desarrollar las "caridades", donde piadosas damas cuidaban los pobres, enfermos y niños abandonados. Este es el principio del Instituto de "Hijas de la Caridad" o "Hermanas de San Vicente de Paúl". Estos dos institutos se desarrollarán rápidamente y no tardarán en extenderse por toda Europa y en países de Misiones. Agotado por la fatiga, San Vicente de

Paúl murió el 27 de septiembre de 1660. Fué beatificado en 1720 y canonizado en 1737 y León XIII le declaró en 1883 Patrono de todas las obras de Caridad.

ELOGIO. — ¡Qué gavilla, oh Vicente, llevas al cielo![1] ¡Qué de bendiciones te acompañan al ascender de esta tierra a la verdadera patria[2]. Oh tú, el más sencillo de los hombres que hubo en un siglo tan celebrado por sus grandezas, sobrepasas ahora las celebridades, cuyo fulgor fascinaba a tus contemporáneos. La verdadera gloria de este siglo, la única que no perecerá de él, *cuando no haya más tiempo*[3], será el haber tenido en su primera parte santos tan grandes en fe y en amor, que fueron capaces de detener los triunfos de Satanás, y de devolver al suelo de Francia, convertido en herial por la herejía, la fecundidad de sus buenos días. Y he aquí que más de dos siglos después de tus trabajos, la mies no ha dejado de producir, por los contínuos cuidados de tus hijos e hijas, ayudado de nuevos auxiliares que también te reconocen por su inspirador y padre. En ese reino de los cielos en que no se conocen ya el dolor y las lágrimas[4] contínuamente ve subir hacia ti la acción de gracias de los que sufren y lloran.

[1] *Ps.*, CXXV, 6.
[2] *Prov.*, XXII, 9. *et Eccli.*, XXXI, 28.
[3] *Apoc.*, X, 6.
[4] *Apoc.*, XXI, 4.

SÚPLICA POR LOS POBRES. — Muéstranos con nuevos favores la confianza que los hombres tienen en ti. Ningún nombre, en estos tiempos blasfemos, impone tanto en la Iglesia como el tuyo. Ojalá que por tu intercesión veamos la vuelta a Cristo de esas muchedumbres de obreros y campesinos, que son los primeros en sufrir las calamidades de los tiempos y a quienes falsos profetas engañan con el espejismo de un próximo paraíso en la tierra. Ojalá los desheredados de este mundo aprendan conducidos por tus hijos y tus hijas a encontrar el camino de la Iglesia, el camino que lleva al Padre de todos los consuelos, a la felicidad eterna. A los ricos, a los poderosos, a los hombres de Estado, a los soberanos, recuérdales que son responsables del destino temporal y eterno de los necesitados, con la obligación de estudiar la cuestión social a la luz de las enseñanzas evangélicas a fin de zanjar los problemas con justicia y caridad.

... POR LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. — Eleva a tus hijas a la altura de las circunstancias actuales, en que se querría secularizar su caridad abnegada, renegando de su origen u ocultando su santo hábito; si la fuerza bruta del enemigo del pobre arranca de su cabecera el crucifijo, no hay ordenanzas ni leyes, ni poderes de este mundo ni del otro, que puedan expulsar a Jesucristo del alma de una Hermana de la Caridad, ni im-

pedirla pasar de su corazón a sus labios; ni la muerte, ni el infierno, ni el fuego, ni las inundaciones dice el Cántico, podrán detenerla [1].

... POR LA CONGREGACIÓN DE LOS PAÚLES. — También tus hijos prosiguen tu obra evangelizadora; su apostolado se ve también ahora coronado con la diadema de la santidad y del martirio. Conserva su celo; comunícales tu inalterable abnegación en el servicio de la Iglesia y de sumisión al Pastor supremo. Anima a todas esas obras de caridad que han procedido de ti en nuestros días y de las que por este motivo Roma te da su patronato; que se alimenten siempre en el fuego auténtico que has reanimado sobre la tierra [2]; que busquen ante todo el reino de Dios y su justicia [3], no apartándose nunca en la elección de los medios del principio que les distes de "juzgar, hablar y obrar como la eterna Sabiduría de Dios, revestida de nuestra débil carne, juzgó, habló y obró".

20 DE JULIO

SAN JERONIMO EMILIANO, CONFESOR

LECCIÓN DE CARIDAD. — Hemos admirado la caridad para con los enfermos y de los moribun-

[1] *Cant.*, VIII, 6-7.
[2] *S. Luc.*, XII, 49.
[3] *S. Mat.*, VI, 33.

dos en San Camilo de Lellis; para con campesinos, encarcelados y niños abandonados en San Vicente de Paúl; la consideraremos hoy en San Jerónimo Emiliano para con los huérfanos. ¿No quiere darnos con ello la Iglesia una gran lección de caridad y de abnegación para con nuestros hermanos, por los ejemplos que pone ante nuestros ojos en estos tres días seguidos? Es más: en San Jerónimo Emiliano nos recuerda la dignidad del niño cuya inocencia atrae las miradas del Señor y hace habitar en su alma a la Santísima Trinidad. La Iglesia nos recuerda todo el encanto al hacernos leer en el oficio de maitines la Homilía 62 de San Juan Crisóstomo. Nos invita también a seguir el consejo de Jesús que nos insiste que nos volvamos niños para poder entrar en el reino de los cielos.

Homilía de San Juan Crisóstomo. — "Si queremos ser herederos de los cielos, busquemos la sencillez de la infancia con mucho empeño. La cumbre de la filosofía es ser sencillo con prudencia, es la vida angelical. El alma del niño no tiene ningún vicio en el alma; no se le quedan grabadas en la memoria las injurias, sino que, como si no hubiese sucedido nada, olvidándose se junta de nuevo con los amigos. Y aunque sea castigado por su madre, siempre la busca y la antepone a todos. Si le muestras una reina adornada con piedras preciosas, no la pre-

fiere a su madre vestida de harapos; y prefiere verla a ella, sencilla en su pobreza, mas que a la reina magnificamente compuesta. Pues acostumbra a juzgar lo que le interesa o no le importa, no sobre la pobreza o las riquezas, sino sobre el amor. Toda su preocupación es lo necesario y nada más; así harto de la leche que saborea, suelta el pecho de la madre. No sufre las mismas tristezas que nosotros: ni la pérdida de los bienes, ni cosas parecidas; la pérdida de los bienes ni cosa igual le turban, sus gustos no son los nuestros, ni la hermosura corporal le atrae. Por esto decía el Señor: "De tales es el reino de los cielos", para que nosotros por virtud hagamos lo que los niños hacen naturalmente [1]."

Sus ángeles custodios aun cuando pongan sus miradas en seres tan puros, como dice nuestro Señor, no se distraen de la contemplación del Padre Celestial [2]. Benditos sean San Jerónimo Emiliano y los que como él se dedican a la educación cristiana de los niños, por haber sido elegidos por Dios para participar de los cuidados de los ángeles terrenos, en espera de ser asociados a felicidad en el cielo.

VIDA. — San Jerónimo nació en Venecia en 1481, de familia noble. Como soldado tomó parte en la toma de Castelnovo donde fué hecho prisionero por los Im-

[1] *Hom.*, 62 sobre S. Mateo.
[2] *S. Mat.*, XVIII, 10.

periales y aherrojado en un calabozo. Al verse privado de todo auxilio humano acudió a la Santísima Virgen, que se le apareció y le puso en libertad. En agradecimiento fué a Treviso a presentarla sus cadenas como homenaje y a consagrarse por entero al servicio de Dios. Vuelto a Venecia, su patria, se preparó a recibir el sacerdocio y se empleó en obras de caridad. Le dió ocasión para ello la epidemia de 1528, vendió todos sus muebles para socorrer a los pobres y acudió a remediar todas las miserias. Ocupóse después, en 1531, en el cuidado de los niños que recogía para curarlos, alimentarlos, enseñarlos el catecismo y formarlos en las costumbres cristianas. Allegó colaboradores y puso los fundamentos de una Congregación cuyo centro estuvo en Somasca (Junto a Bérgamo) y de ahí el apelativo de Somascos que se dió a sus religiosos. Murió en esta ciudad en 1537, víctima del mal que contrajo a la cabecera de los apestados. Al no dejar sucesor alguno de su obra, los Somascos se unieron a los Teatinos, fundados por San Cayetano de Tiena, pero recobraron su independencia en 1568. Ahora no poseen más que una docena de casas en Italia. Fué canonizado por Clemente XIII en 1767 y proclamado por Pío XI, en 1928, Patrono de los huérfanos y jóvenes abandonados.

La verdadera caridad. — Oh Jerónimo, formas en estos días con Vicente de Paúl, y Camilo de Lellis el triunvirato de la caridad. De este modo el Espíritu divino, cuyo reino avanza, encuentra sus complacencias en poner la impronta de la Santísima Trinidad sobre los tiempos; quiere manifestar que el amor de Dios, que trae al mundo no va unido sino con el de los hermanos. A la vez que nos daba por ti esta prueba en la

tierra, el espíritu malo daba la suya, haciéndonos ver que el amor verdadero a nuestros semejantes se desvanece donde no está el del Señor, el cual a su vez se apaga donde no hay fe: la humanidad puede escoger entre las ruinas de la falsa reforma y la fecundidad siempre nueva del Espíritu de santidad. Su elección, por desgracia, no fué siempre y en todas partes conforme a sus verdaderos intereses del tiempo y de la eternidad. Con cuánto mayor motivo deberíamos repetir nosotros la oración que enseñaste a tu huerfanitos: "Jesucristo Señor nuestro, y amado Padre, te suplicamos por tu bondad infinita, que resucites la cristiandad y vuélvela a la rectitud santa de los tiempos apostólicos".

PLEGARIA. — Trabajaste mucho y bien en la obra grande de restauración. La Madre de la divina gracia, al romper tus cadenas en la cárcel, devolvía a tu alma, más presa aún, el vigor del bautismo y de tus primeros años; tu juventud como la del águila se renovó; el valor que te hizo célebre en las milicias terrenas, multiplicó tus conquistas sobre la muerte y el demonio. Jesús, Rey del ejército cristiano, te comunicó sus preferencias por los pequeñuelos: quien podrá contar los que inocentes reservastes a sus cariños divinos, los que estaban ya perdidos y te deberán la corona en el cielo. Aumenta el número de tus hijos desde el trono en que te

ves rodeado de esas simpáticas falanjes infantiles, fortifica a los que continúan tu obra sobre la tierra; ojalá tu espíritu se difunda más y más en esta malhadada época en que la envidia nefasta de Satanás disputa la juventud a Dios. Felices los que en su postrer aliento hayan cumplido la obra de misericordia por excelencia en nuestros días, la de conservar la fe de los niños y su bautismo intacto. Aunque hubiesen merecido como tú en otro tiempo la cólera divina, podrán decir con confianza estas palabras para ti tan queridas: "Oh mi dulce Jesús, sé mi Salvador y mi juez."

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SANTA MARGARITA, VIRGEN Y MARTIR

Además de San Jerónimo Emiliano conmemora hoy la Iglesia a Santa Margarita Virgen y mártir, cuyo hermoso nombre significa perla preciosa. Los griegos la denominan *megalomártir*, o la gran mártir; los latinos la han puesto entre los santos *auxiliadores* por causa de los bienes temporales que consigue a los que la invocan con confianza. Santa Francisca Romana la tenía gran devoción. A Santa Gertrudis la enseñó, en una revelación, el infinito valor del sufrimiento llevado con Jesús. Fué también una de las "voces" que condujeron a santa Juana de Arco en su milagrosa misión.

No conocemos su historia. La leyenda la coloca en el siglo III. Según ella se convirtió siendo hija de un sacerdote pagano de Antioquía y para conservar su virginidad sufrió toda clase de tormentos y por fin la decapitación. La iconografía la representa con un dragón junto a ella (símbolo del demonio de quien triunfó) y teniendo en la mano una crucecita que fué el instrumento de su victoria.

Recemos en su honor la colecta de la misa: "Oh Dios que llevaste a los cielos por la palma del martirio a tu bienaventurada virgen Margarita; haz te suplicamos que siguiendo su ejemplo, merezcamos llegar hasta ti."

21 DE JULIO

SANTA PRAXEDES, VIRGEN

Se dirigen hoy los romanos hacia el "titulus Praxedis" o iglesia de Santa Praxedis para honrar allí a una virgen, que una antigua leyenda, hace hija del senador Pudens. Este "titulus Praxedis" fué primero una casa rica de un privado que servía de lugar de reunión a los cristianos durante los cuatro primeros siglos. Durante el siglo quinto esta casa fué reemplazada por una basílica, que Pascual I (817-824) reconstruyó por completo cambiándola de lugar.

La riqueza y hermosura de esta basílica no se debió sólo a sus frescos y arquitectura carolingia, que con razón admiran artistas y arqueólogos: con el recuerdo y las reliquias de Santa Práxedes, los peregrinos veneran allí también las reliquias de innumerables mártires (quizás 2300) que Pascual hizo sacar de las catacumbas suburbanas y colocarlas en ella: pontífices de la cripta papal del cementerio de Calixto, mártires del cementerio de Priscila, de las vías Cornelia, Tiburtina, Apia y Latina. Todos descansan bajo el ábside de la basílica que desde entonces es uno de los santuarios más venerables de la Ciudad Eterna.

A las reliquias de los mártires se juntan los recuerdos y reliquias de la pasión del Salvador. En el siglo XIII, en efecto, el Cardenal Colonna trajo de Tierra Santa una columna que la tradición afirmaba había servido a Cristo para su flagelación. Allí se expone también a la veneración de los fieles el lunes santo una reliquia importante de la Cruz y tres espinas de la sagrada Corona donación de San Luis.

Este lugar fué santificado así mismo por el cardenal Borromeo que llevó el título de Santa Práxedes; en sus permanencias en Roma pasaba junto a las reliquias de los mártires muchas horas durante el día y hasta noches enteras en oración.

Por fin se venera en el fondo de una capilla una Virgen conocida con el título de "Sancta Maria-liberanos-a- poenis-inferni": —Santa María líbranos de las penas del infierno—. Dirigiremos también hacia ella nuestro pensamiento para pedirla en el interior de su santuario, que, tanto Ella como todos los Santos, que forman su corte en este lugar, intercedan por nosotros al Señor, para que nos alcancen vernos libres de las penas del infierno y del pecado que las merece.

22 DE JULIO

SANTA MARIA MAGDALENA

Santa María Magdalena ha escogido la mejor parte. Es patrona y modelo de almas contemplativas. Los santos, los místicos, los pecadores tocados por la gracia, gustan leer las páginas del Evangelio que revelan su amor a Jesús y el amor de Jesús hacia ella. Entre los autores espirituales que han calado más hondo en el misterio de esta divina intimidad se distingue el piadoso y sabio cardenal Berulle. Entreguémosle hoy nuestro corazón y nuestro espíritu para unirlos a los suyos en esta elevación [1].

---

[1] El texto de Berulle ha sido modernizado y resumido.

ELEVACIÓN A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE LA CONDUCTA DE SU ESPÍRITU Y DE SU GRACIA PARA CON SANTA MAGDALENA

ELECCIÓN DIVINA. — En tu morada sobre la tierra, oh Jesús, Señor mío, y en la dichosa vida que tuviste en el mundo por espacio de tres años, como Mesías de la Judea y como Salvador del mundo, obraste muchos milagros, concediste muchas gracias y elegiste muchas almas para atraerlas en pos de ti. Pero la elección más rara de tu amor, el más digno objeto de tus favores, la obra maestra de tus gracias, el mayor de tus milagros le obraste en ella.

CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA. — Cuando caminabas por la tierra realizando tus obras maravillosas, oh Señor, miraste a muchas almas, pero tus más dulces miradas, oh sol de justicia, y tus rayos más poderosos fueron para esta alma. La sacaste de la muerte a la vida; de la vanidad a la verdad; de la creatura al Creador y de ella a ti mismo. Transportaste tu espíritu al suyo y en un momento derramaste en su corazón un torrente de lágrimas que caen a tus pies y los riegan, y hacen un baño saludable que lava santa y suavemente a esta alma pecadora que las derrama. La diste en un instante una gracia tan abundante que comienza donde las otras a penas acaban, de modo que, desde el primer paso

de su conversión, se encuentra en la cumbre de la perfección, gozando de amor tan profundo, que fué digna de recibir la alabanza de tu sagrada boca, cuando te dignaste defenderla de sus émulos y terminar su justificación con estas dulces palabras: "Amó mucho."

He aquí los primeros homenajes rendidos a esos santos pies, y manantial de santidad desde que caminan sobre la tierra para la salvación del mundo y gloria del Padre. Y he aquí también las primeras gracias y favores emanados de esos divinos pies. Estos pies son sagrados y divinos, son suaves y adorables, son también divinos; y no obstante se emplearon, se fatigaron por los pecadores y serán un día taladrados para derramar la sangre que lavará al mundo.

De estos sagrados pies mana ahora una fuente de gracia y pureza para esta alma privilegiada, una de las más principales en seguir y amar a Jesús. Y de este Corazón humillado, o mejor dicho, clavado a sus pies divinos, sale una fuente de agua viva que lava la pureza misma al lavar los pies de Jesús. Dos manantiales y admirables arroyos: una de estas fuentes sale de los pies de Jesús y corre hasta la Magdalena y la otra sale del corazón de la Magdalena y va hasta los pies de Jesús; dos fuentes vivas y celestiales, y celestiales en la tierra, porque la tierra es también un cielo, puesto que Jesús está en la tierra. Este corazón pues de Magdalena, impuro en

otro tiempo, es ahora un corazón puro y celestial y de él sale agua viva adecuada para lavar a Jesús. Y por eso Jesús se complace en este baño como en un baño que le es querido y delicioso, que enaltece a la Magdalena y reprocha al fariseo.

La unción en Betania. — El tiempo de tu muerte se acerca, abandonas Galilea por última vez, vas a Jerusalén para subir a la cruz, quisiste dedicar la última semana de tu vida para vivir en Betania, donde moraban estas santas mujeres Marta y María Magdalena, para emplear tus últimas horas en conversar con estas almas santas. Allí se concentra y se renueva el amor de Magdalena; de nuevo allí se postra a tus pies, allí te cubre y te anega con sus aguas perfumadas y mientras Judas no tiene otros pensamientos que de odio, ella piensa en amarte y entregarte su corazón y sus perfumes; allí, como lo afirmas tú mismo, anticipa con esta unción tu sepultura; allí te entierra vivo, ignorante de lo que haces; pero tú lo sabías en su lugar y tú nos lo enseñabas en tu evangelio, era su amor más activo que reflexivo; y por su humilde y santa ignorancia, nos enseña a seguir con docilidad los movimientos del Espíritu Santo, sin ver, sin examinar las causas y los fines con que se nos dan.

Mas tu espíritu, oh Jesús, me descubre otro misterio encerrado en éste; hay como una lucha secreta entre Ti y Magdalena, una lucha de honor y de amor, pugilato feliz entre dos personas tan desiguales, es cierto, pero que están tan unidas en el amor como en los mismos fines e intenciones. Cuando estés muerto en el sepulcro de José, querrá ungirte Magdalena, pero entonces tú te adelantarás resucitando antes que llegue. Su amor es sutil, no quiere dejarse engañar, pero tu amor es más fuerte y no puede ser vencido; se adelanta ella ahora con la fuerza de su amor lo mismo que entonces le tomarás tú la delantera con el poder de tu vida resucitada y de tu gloria; te quiere ungir y sepultar, mas como no quieres ser ungido por ella cuando mueras, te quiere ungir y sepultar desde ahora, quiere enterrarte vivo en vida tuya, enterrarte en este banquete, y tú cedes a sus deseos, a sepultarte en sus perfumes y sepultarte aún más en su corazón y en su alma, sepulcro para ti delicioso y vivo.

AL PIE DE LA CRUZ. — Pero dejemos este banquete y vayamos al pie de la cruz, que está tan cerca de él y encontraremos allí a Magdalena pegada a ella, mientras Jesús está crucificado en ella. No tiene vida allá más que en la cruz y no siente otra cosa que los dolores de su Salvador. Este es su vida, y, puesto que está en la cruz, su

vida está en la cruz. No le han puesto allí los judíos, sino que es su amor quien le pone y con lazos más fuertes y más santos que los que se hallan en manos de estos bárbaros.

Al pie de esta cruz eleva sus ojos y su alma a Jesús; no pueden las tinieblas que cubren la tierra quitar su vista de allí. El sol, por cierto, se halla como temeroso de comunicar sus rayos, al ver al Padre de la luz ensombrecido con tantas desgracias. La tierra se ha cubierto con su infidelidad; pero estas tinieblas no pueden cubrir a Jesús ni a la Magdalena. El sol se ha eclipsado no es el sol de esta alma; tiene otra luz distinta de la suya y Jesús es sol de la Magdalena, que nunca se eclipsa en su corazón. Es más brillante en ella que lo fué nunca; la ilumina en sus tinieblas y moribundo en la cruz permanece vivo para ella; vive y obra en ella, aun en su muerte.

Bástenos decir que cuanto más digno es el objeto de nuestro amor, mayor será nuestro amor, mayor también nuestro dolor, ya viendo sufrir, ya estando separado de aquél que amamos. Pues todo esto se encuentra en Magdalena al pie de la cruz y aún con exceso y con toda perfección. Porque nunca se podrá encontrar un objeto más digno de amor que Jesús, y Jesús paciente y sufriendo penas inauditas, y sufriéndolas por amor. Y lo que aumenta aún más el amor y el dolor, es que este sufrimiento, por fin, nos

arrebata a Jesús. Entre todos los discípulos de Jesús, no hubo allí un alma más fiel y constante en el amor que la Magdalena, ni entre los pecadores de la tierra, un corazón más noble y mejor dispuesto a recibir el sello del amor celestial.

La muerte de Jesús. — Pero Jesús muere en esta cruz y Magdalena no muere; porque al morir le da la vida y queda impreso en su corazón, como en cera derretida por el calor de sus rayos. Graba en ella, en los estertores de la agonía de esta vida moribunda, de esta muerte viviente, su vida, su cruz, su muerte y su amor; y este amor es siempre vivo y vivificante en ella. Porque Jesús es vida y amor a la vez; pero amor vivo y vivo en la misma muerte. Pues aún cuando Jesús muere, el amor que está en Jesús no muere; este amor, que hace morir a Jesús, no muere de ningún modo; este amor, que hace morir a Jesús, no puede morir, antes por el contrario, es viviente, dominante y triunfante en la muerte misma de Jesús. Esta muerte es la vida y el triunfo de este amor que vive y reina en las llamas. Se ha dicho que el amor es fuerte como la muerte; digamos más bien que el amor, que dominaba en Jesús, es más fuerte que la vida de Jesús y que la muerte misma de Jesús; porque el amor hace morir a Jesús y la muerte de Jesús no hace morir al amor de Jesús. Este amor es

viviente y triunfante en Jesús muerto, y hace vivir a la Magdalena; es su vida, es su amor y por eso no muere en la muerte de Jesús; al no morir, ella es crucificada, porque su amor es crucificado y él la crucifica también y la crucificará treinta años seguidos de otro modo y en otra montaña distinta del Calvario [1]. Al entregar su corazón a Jesús, a su cruz, a su amor, ella adora la orden rigurosa del Padre Eterno, que acaba la vida de su Hijo único en los tormentos de la cruz.

MAGDALENA BUSCA A JESÚS. — Durante tu vida pública en Judea, es la primera que te ha buscado por amor. Tú buscaste a los unos, y los otros te buscaban por sus necesidades particulares y sus grandes necesidades, buscando más tus milagros que a ti mismo. Pero Magdalena no te busca más que a ti, y no busca sino el milagro de tu amor; y por eso le haces a ella un milagro de amor en la tierra, y ahora quieres que sea ella la primera que te vea inmortal y glorioso. Los discípulos y apóstoles te siguieron fielmente; pero ellos han sido llamados, y llamados sin que pensasen en ti. Esta te busca, te sigue, sin ser llamada por ti, por palabra alguna que la atraiga y que vaya dirigida a ella, como sucedió a otras; es más, está ella a tus pies, y no parece

[1] Sante Baume, en Provenza.

que tu la conocieses y que la mirases, ni que pensases en ella, pues tan grande es el poder secreto que la atrae y que la une a ti. Y ahora quieres que sea la primera que oiga tu voz, la que escuche la primera palabra salida de tu boca sagrada, y que reciba el encargo tan honroso de anunciar tu gloria a los apóstoles. Por eso quieres, oh rey de la gloria, honrar en la tierra y en el cielo a la que te amó tanto y que se puso a tus pies para adorarte.

MAGDALENA VE A JESÚS. — Pero un amor tan grande no puede sufrir dilaciones. Dichas estas dos palabras[1], se manifiesta, descubre su gloria, la devuelve su juicio, la abre los ojos y ve vivo al que busca muerto y se vuelve loca de alegría, de amor y de luz en presencia de Jesús, en presencia de este sol vivo.

De este modo la primera obra de Jesús en su resurrección es poner en un nuevo estado de gracia en Magdalena, es una vida nueva en esta alma a los ojos de Jesús. El ha resucitado y por eso crea como una resurrección de estado de vida y de amor en ella.

Bendito seas, oh Jesús, de haber enjugado así sus lágrimas y convertido su dolor en alegría, y de haber empleado ese hermoso nombre de María, el solo nombre de María para tal abun-

---

[1] *Juan,* XX, 15.

dancia de amor y de luz. Empleaste tu persona, tu voz y tus palabras al decirla: Mujer, ¿porqué lloras? ¿A quién buscas? Mas todo fué en vano; porque a pesar de ello, no conocía a quien buscaba, al que estaba presente a ella y que la dirigía estas amables frases. Pero cuando pronuncias el dulce nombre de María, el solo nombre de María, se abren sus ojos como a los discípulos del Emaús en la misteriosa fracción del pan. Este nombre tenía demasiada simpatía para Jesús por su santa Madre y también por la persona de esta discípula santa, para no juntar al punto dos corazones y almas tan próximos y tan preparados al amor santo y mutuo del uno para con el otro. Favorece a Magdalena el tener ese hermoso nombre de María; y el Dios bendito, que bendice todo en sus santos, quiere bendecir este nombre santo y venerable y quiere emplearle en la primera obra de su vida resucitada, y mediante él dar a conocer su nueva vida y su gloria.

MAGDALENA, APÓSTOL DE LOS APÓSTOLES. — La primera misión que das, y, si me es permitido hablar así, la primera bula y patente que expides en tu estado glorioso y de poder, se la confías a ella, haciendo de ella un apóstol, pero apóstol de vida, de gloria y de amor; y apóstol de tus apóstoles. Hace tiempo que les hiciste apóstoles, Señor, mas fué durante tu vida mor-

tal; escogiste a doce pero haciéndoles tus apóstoles para el mundo, para anunciar tu cruz y tu muerte; haces aquí a Magdalena apóstol en tu estado de gloria, y en ese estado la escoges a ella sola como apóstol y apóstol de tu sola vida, porque sólo anuncia y pregona tu vida, tu poder y tu gloria. Y la haces apóstol no para el mundo sino para los apóstoles mismos del mundo y para los pastores universales de tu Iglesia, pues tanto te complaces en proclamar el honor y el amor de esta alma.

Dirijamos nuestras súplicas a la que el Señor amó tanto y honró. Pidamósla con fervor que nos descubra los secretos del amor divino.

Plegaria a Santa María Magdalena. — ¡Quién pudiera estar en presencia de Jesús y tener entrada en su amor por tu mediación, oh Magdalena! Ojalá borremos nuestras faltas y lavemos nuestras manchas como tú lo hiciste, recibiendo indulgencia plenaria de su boca y escuchando aquellas palabras: ¡Tus pecados te son perdonados! Ojalá me hiera con su amor como te hirió a ti y me diga un día estas consoladoras palabras: ¡Has amado mucho!

Sea yo, pues, amigo del retiro, alejado de los cuidados y diversiones humanas, haciendo mía la mejor parte. Sea separado yo de todo y de mí mismo más que de nadie, para pertenecerle todo

a él, para imitar tu silencio, tu olvido de ti mismo y tus elevaciones divinas.

Sea yo pronto en escuchar la voz de Jesús y sus inspiraciones. No se acerque a mí el espíritu del error y de la ilusión, como no osaron los espíritus malos acercarse a ti desde que te acercaste a Jesús, obligados a alejarse y a respetar la presencia, el poder, la santidad del espíritu de Jesús que residía en ti.

Participe yo de esa pureza de corazón y de alma, pureza incomparable que recibiste del Hijo de Dios cuando estabas a sus pies; pureza no humana ni angélica sino divina y salida también del hombre Dios en honor de su humanidad viviente en la pureza, en la santidad, en la divinidad del ser increado. Seamos fieles y constantes en su amor, inseparables de él, como nada ni su cruz, ni su muerte, ni el furor de sus enemigos ni el de los demonios pudieron apartarte un ápice de él; porque si pudieron separar el alma de Jesús de su precioso cuerpo no lograron separar el alma de Magdalena del cuerpo, del alma y del espíritu de Jesús; y siempre está ella a su lado ya vivo y sufriendo en la cruz, ya muerto, ya enterrado en el sepulcro. El cielo sólo es quien te arrebata a Jesús y el poder del Padre Eterno quien lleva consigo y a la gloria a su Hijo; pero arrebatándotele te le devuelve secretamente, y te le devuelve para siempre jamás en la plenitud y en la claridad de la gloria.

¡Oh humilde penitencia! ¡Oh alma solitaria! Oh divina amante y amada de Jesús, haz por tus oraciones y por tu poder en su amor, que sea yo herido de este amor, que mi corazón no descanse sino en su corazón; que su espíritu no viva más que en su espíritu, y que seamos todos para él libres y cautivos a la vez, libres en su gracia y cautivos en el triunfo de su amor y de su gloria.

Amémosle, sirvámosle, adorémosle y sigámosle con todas nuestras fuerzas y que, en fin, estemos contigo y con él para siempre.

Nota sobre María Magdalena. — El Martirologio al anunciar la fiesta de Santa Magdalena dice "que el Señor arrojó de ella siete demonios y que mereció ver la primera al Salvador resucitado". El Evangelio incluye su presencia en el Calvario en el grupo de las Santas Mujeres. Su nombre indica que era originaria de Mágdala, pueblecito situado al norte de Tiberiades, en la ribera oeste del lago del mismo nombre. Después de haber sido libre de los demonios, formó parte del grupo que acompañaba al Señor y le servía.

La liturgia Romana la identifica con María, hermana de Lázaro (véase la Colecta) y de Marta. Era la que escuchaba al Señor mientras que su hermana se ocupaba de los trabajos de la cocina y la que, la víspera del Domingo de Ramos, ungió la cabeza y los pies de Cristo con óleo balsámico.

La identifica también ella con la pecadora anónima cuya conversión nos cuenta San Lucas, en el capítulo séptimo de su Evangelio durante el convite en casa de Simón el fariseo.

Los Padres han dudado bastante si se debían reconocer en el Evangelio[1] tres Marías: María de Betania, María de Mágdala y una pecadora anónima, o si era preciso no ver en él más que una santa: María Magdalena. Las liturgias orientales distinguen, los mismo que los Evangelios, tres personas: San Gregorio el Grande les confunde y su opinión ha llegado a ser universalmente aceptada en Occidente desde el siglo VII, en Oriente desde el IX. Los modernos exegetas tienden a admitir tres personas diferentes. Los que prefieren esta opinión en manera alguna sentirán embarazada su devoción con los textos que la Liturgia de este día les ofrece (Misal y Breviario); encontrarán en la pecadora anónima la manisfestación del amor contrito, en la Magdalena el amor que busca, y en María de Betania el amor que posee y que goza.

Debemos abandonar la leyenda que hace ir a Santa Magdalena a Francia, aunque hay que advertir que se la ha honrado mucho en esa nación. La Iglesia abacial de Vezelay le está dedicada y se cree que posee sus reliquias desde el siglo XI. A partir del siglo XIII se va en peregrinación en su honor al santuario de la Sainte-Baume. Por último, en San Maximino (Var) se encuentra un sarcófago antiguo acompañado de una inscripción fechada en 710, donde se asegura que el cuerpo de María Magdalena fué escondido en este lugar para sustraerle a las pesquisas de los sarracenos.

---

[1] Los tres grupos de textos evangélicos relativos a cada una de las tres Marías son los siguientes:

María de Betania: *Mat.,* XXVI, 6-13; *Marc.,* XIV, 3-9; *Luc.,* X, 38-42; *Juan,* XI, 1-45; XII, 3-8.

María de Mágdala: *Mat.,* XXVII, 56, 61; XXVIII, 1-10; *Marc.,* XV, 40-41, 47; XVI, 1-11; *Luc.,* VIII, 2; XXIV, 1-11; *Juan,* XIX, 25; XX, 1-18.

La pecadora anónima: *Luc.,* VII, 36-50.

23 DE JULIO

SAN APOLINAR, OBISPO Y MARTIR

RAVENA. — Es una noble ciudad hoy venida a menos, pero que, recordando su glorioso pasado, festeja a San Apolinar, su primer apóstol. Transformada en el siglo VI en la residencia de los Emperadores de Occidente, Ravena tuvo, aún desde el punto de vista religioso la pretensión de rivalizar con Roma, y muchos de sus obispos intentaron sustraerse a la obediencia de los Papas.

LECCIÓN DE HUMILDAD. — La Misa de este día parece que fué compuesta teniendo en vista estas ambiciones. A nadie le extrañará escuchar en la Epístola a San Pedro recordando los deberes de los obispos, y en el Evangelio al propio Señor explicando a los discípulos, todavía ignorantes, en qué consiste la verdadera grandeza y cuál es la naturaleza de la autoridad espiritual.

El pasaje escogido de San Lucas, trata del debate que se originó entre los discípulos para averiguar quién era entre todos ellos el mayor. El Señor en su respuesta, ciertamente, "no niega la existencia de una autoridad espiritual, ni en manera alguna supone que la investidura venga como premio a la humildad; sino que

afirma que la autoridad espiritual, al contrario de la autoridad civil y política, es una obligación de ser más modesto y una servidumbre en bien de las almas. Por tanto, quien fuese mayor, se considerará como el menor, y el que gobierna y preside, como quien sirve a todos los demás. La verdadera nobleza no consiste en buscar honores ni en exigir servicios"[1].

Esta es la lección que da San Apolinar no solamente a aquellos de sus sucesores de cuyos manejos ambiciosos nos habla la historia, sino a todos los fieles en general, y esta lección siempre es oportuna.

VIDA. Tenemos pocos datos sobre la vida de S. Apolinar. Su leyenda fué forjada en el siglo VII, cuando Ravena era rival de Roma: se pretendió entonces que había sido envíado por San Pedro. En realidad, San Apolinar vivió siglo y medio después que el Apóstol. Tal vez vino de Antioquía. Un sermón de San Pedro Crisólogo nos demuestra que fué el primer sacerdote u Obispo de Ravena y que, si no llegó a verter su sangre en los suplicios, sus trabajos y rudo apostolado en esta ciudad y en su comarca le obtuvieron con razón el título de mártir. Su culto fué popularísimo en la alta Edad Media; numerosas iglesias le estaban consagradas en Roma; y en Alsacia y en Renania se acudía a él como auxiliador en las enfermedades.

ELOGIO Y PLEGARIA. — Desde lejos saludamos tu glorioso sepulcro, ¡oh santo obispo! Respón-

[1] *Luc.*, XXII, 24-30; Dom Delatte, *L'Evangile*, II, 237.

denos por medio del deseo que formulabas en los días de tu vida mortal: "La paz de nuestro Señor y Dios Jesucristo, descanse sobre vosotros." En este día poniéndole por nuestro intercesor imploramos la paz, don perfecto, primer saludo del apóstol [1], y consumación de toda gracia [2], suplicando a Dios nos conceda el perdón de nuestros pecados (Colecta.) Recuerda que tal es para siempre tu misión: reconciliar a todo el rebaño con el divino Pastor y socorrer a los fieles.

Ruega por tu ciudad episcopal. Procura mantener en ella el amor a la Iglesia y a la Santa Sede. Tu intercesión hizo fracasar antiguamente las pretenciosas ambiciones de algunos Obispos: obténnos el que todos se muestren dignos de ti y de San Pedro Crisólogo, a quien personalmente elegiste como sucesor. Ruega por la Orden monástica puesto que te apareciste por dos veces a San Romualdo instándole a abandonar el mundo para ir la soledad del desierto. Ruega, finalmente, por todas las iglesias, para que todos, pastores y rebaño, podamos sentarnos en el eterno banquete donde el Señor agasajará a los suyos junto a Pedro y a ti en su reinado. Amén.

---

[1] *S. Luc.*, X, 5.
[2] *Cant.*, VIII, 10.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN LIBORIO, OBISPO DE MANS

La iglesia de Mans celebra también en este día a su segundo o tercer obispo. Sabemos que fué amigo de San Martín y que gobernó la Iglesia de Mans por espacio de unos cuarenta años. Sus reliquias fueron trasladadas a Paderborn, en Westfalia, en el año 836. Fué en otro tiempo célebre por los prodigios que obró en favor de los enfermos del mal de piedra: Clemente XI, que padecía de esta enfermedad fué curado por su mediación y, como agradecimiento, le hizo inscribir en el calendario de la Iglesia Universal.

Durante su largo apostolado desplegó su más acendrado celo en desarrollar las magnificencias del culto divino y volvió a empezar de nuevo la evangelización de los primeros mensajeros de la fe, particularmente de su predecesor San Julián, desterrando la idolatría que comenzaba a renacer, y expulsándola de las campiñas en donde aún estaba muy arraigada.

Pidámosle, como lo hace la Iglesia en la Colecta del día, nos obtenga de Dios para nuestras almas, "un aumento de devoción y los frutos saludables".

24 DE JULIO

VIGILIA DE SANTIAGO

CARIDAD FRATERNA. — "Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado." Estas palabras que la Iglesia nos hace repetir en casi todas las Vigilias que preceden a las fiestas de los Apóstoles, se aplican perfectamente a aquellos que consagran su vida a la eterna salvación de las almas y dieron a Cristo el testimonio supremo del amor, derramando su sangre por El.

ENSEÑANZAS DE SAN GREGORIO. — Se dirigen a nosotros para que las practiquemos por lo que a nosotros toca. San Gregorio nos las comenta en estos términos: "Todas las palabras del Divino Maestro contienen preceptos; ¿porqué, pues, nos habla de la caridad como si fuese un mandamiento único: Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros?" ¿Por qué? Pues sencillamente porque todo mandamiento se refiere al amor y todos juntos no forman más que uno solo que tiene por fundamento a sola la caridad. Así como sucede que numerosas ramas de un árbol proceden de una misma raíz, de igual manera todas las virtudes traen su origen de sola la caridad. El tallo de la buena obra

solo tendrá vida y lozanía mientras permanezca unido a la raíz que es la caridad.

Hay, en efecto, muchos preceptos del Señor, y en realidad no hay más que uno; son numerosos en cuanto a la diversidad de los actos preceptuados, pero si atendemos a la raíz y fundamento de los mismos sólo existe uno que es la caridad. De qué manera sea preciso practicar esta virtud de la caridad nos lo da a entender nuestro Señor, cuando vemos en casi todas las páginas de la Sagrada Escritura que nos ordena amar a nuestros amigos en El y a nuestros propios enemigos también por causa de El. Así, pues, posee verdaderamente la caridad, aquel que ama a su amigo en Dios y a su propio enemigo por causa de Dios. No es difícil encontrar a muchos que aman a sus prójimos pero con un afecto exclusivamente natural, afecto, no obstante, que la ley de Dios no condena en realidad. Mas hay notable diferencia entre aquello que uno concede espontáneamente a la naturaleza y aquello otro que se hace por amor a la obediencia debida a los divinos preceptos del Señor.

Aquellos de quienes venimos hablando, aman ciertamente a su prójimo, sin embargo no obtendrán aquellas sublimes recompensas prometidas a la caridad, porque su amor no tiene nada de espiritual, es un amor puramente carnal. De esta manera el Señor después que les dijo: "Mi mandamiento es que os améis los unos a los otros",

añadió también: "como yo os he amado." Con ello quería decir: "Amaos, pero, por el mismo motivo que yo os he amado."

Todo esto nos enseña que nuestro amor por el prójimo no debe tener otro origen que el Espíritu Santo.

EL MISMO DIA

SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MARTIR

Cristina de Tiro. — Con el nombre de Cristina honra la Iglesia en este día a dos Santas. Una de ellas tiene a Tiro por patria. Se le ha venerado en todo el Oriente. La Leyenda nos relata que sus padres queriendo consagrarla al servicio de los dioses la encerraron en un torreón; mas ella, inspirada por el Espíritu Santo, arrojaba por la ventana el incienso destinado a honrar a las divinidades paganas. Para hacerle apostatar usó su padre de las amenazas, después la hizo padecer numerosos tormentos: azotes, rueda dentada, calderas de aceite hirviendo y, finalmente, el fuego. Por último murió con el corazón atravesado por una flecha.

Cristina de Bolsena. — La otra santa virgen, que lleva el mismo nombre, es oriunda de las inmediaciones del lago de Bolsena, en Italia. No se conoce casi nada de su vida, mas, por el con-

trario, se le atribuyó la leyenda de su homónima de Tiro y sus huesos que fueron descubiertos en 1880, acabaron por demostrar que sólo tenía unos catorce años en el momento del martirio.

Otras numerosas santas se han sentido honradas con el patrocinio de estas dos vírgenes mártires adoptando su nombre que expresa pertenencia total a Cristo. Encomendémonos también nosotros a sus ruegos y pidámosle susciten mediante su intercesión numerosas almas apasionadas que amen a Cristo, dispuestas a vivir y a morir sólo por El.

25 DE JULIO

SANTIAGO EL MAYOR, APOSTOL

UN ÍNTIMO AMIGO DEL SEÑOR. — Santiago es uno de los doce. Se le llama el "Mayor" para distinguirle de Santiago, primo de Jesús. Era hermano de Juan el Evangelista, ambos hijos del Zebedeo. Sabemos cómo el Señor, en cierta ocasión, apodó a los dos hermanos "hijos del trueno", a causa de su temperamento ardiente y, sin duda, también porque un día le habían de pedir bajase fuego del cielo sobre una ciudad inhospitalaria.

Santiago pertenecía a una familia de pescadores del lago de Tiberiades que poseía barcas propias y criados. Los evangelios nos relatan de-

talladamente su vocación. Zebedeo, sus hijos y sus servidores, se disponían a reparar sus redes junto a la ribera del mar, cuando, pasando el Señor cerca de aquel lugar, llamó a sí a los dos hermanos. Inmediatamente ellos abandonaron todo para seguirle, dejando redes, barcas y a su propio padre. Esta gran generosidad nunca se desmentirá, y Jesús sentirá hacia Santiago y Juan el mismo afecto privilegiado que tuvo para con Pedro. Serán los tres íntimos confidentes de sus pensamientos, y sólo ellos asistirán a la resurrección de la hija de Jairo, a la Transfiguración y a la agonía del huerto de los olivos.

Después de Pentecostés, Santiago el Mayor predicó el Evangelio en Judea y Samaria. Mas su apostolado fué de corta duración, y mientras que su hermano Juan debía ser el último de los apóstoles en abandonar este mundo, él fué el primero de todos ellos en derramar su sangre por el Señor: Herodes Agripa I hízole decapitar. Clemente de Alejandría refiere que su constancia y su caridad convirtieron a su verdugo, que imploró su perdón mientras le arrastraban al suplicio. Santiago, conmovido, abrazóle diciendo: "¡La paz sea contigo!" Y el verdugo murió también decapitado, y mártir de Cristo.

La muerte preciosa. — No pensemos que esta muerte prematura acaecida antes del año 44, pudo haber desconcertado el plan del Altísimo

sobre el apostolado al que tenía destinado a Santiago. La vida de los santos jamás queda a medias; su muerte, siempre preciosa [1], lo es más aún cuando semeja adelantarse a su hora por la causa de Dios. Entonces es cuando puede decirse verdaderamente que les acompañan sus obras [2], puesto que el honor de Dios exige que no falte nada a su plenitud: "Juzgarán a las naciones, dominarán los pueblos, y el Señor reinará por ellos eternamente", decía ya el Libro de la Sabiduría [3]. Este oráculo debía realizarse en el Apóstol que fué elegido para ser jefe de una cruzada y protector de una nación.

Patrono de España. — Santiago es el Patrono y Protector de España [4]. A él se le invocó constantemente durante la época de la reconquista hasta obtener su liberación del yugo de los infieles. Al grito de ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Y cierra España!, los españoles durante ocho siglos hicieron guerra sin cuartel a los secuaces de Mahoma, inpidieron con su valor y su sangre que Europa fuera devorada por ellos,

[1] *Ps.*, CXV, 15.
[2] *Apoc.*, XIV, 13.
[3] *Sap.*, III, 8.
[4] Es sabido que contra la venida de Santiago a España y sobre su sepulcro en Compostela se han levantado muchos escritores, extranjeros en casi su totalidad. No vamos a exponer aquí las razones en pro o en contra de los unos o de los otros, por no ser este su lugar propio. Hasta que de un modo palmario se demuestre que la tradición es insostenible, debemos dar crédito a la misma.

y, por fin, acabaron por arrojar a los musulmanes a Africa. Fué una cruzada larga y heroica, y llevada a cabo con sus solas fuerzas y cuyos frutos fueron más provechosos y duraderos que los obtenidos por las cruzadas más espectaculares cuyo teatro fué Oriente.

Esta lucha constante dió un temple especial a la fe de los españoles, de la que Dios había de servirse para ser un muro contra Lutero y sus huestes en Europa, y sobre todo, para implantar la fe al Nuevo Mundo por ellos descubierto. En los Anales de la Propagación de la Fe y la Colonización no ha habido obra comparable a la realizada por España y sus Reyes en sus posesiones de América y Asia. Los descubridores como Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Alburquerque, y los grandes conquistadores como Hernán Cortés, Pizarro, Balboa, Valdivia, etc., se acordaron de celebrar al Santo Apóstol, y en honra y memoria suya impusieron su nombre bendito a muchos pueblos y ciudades por ellos descubiertos o conquistados.

Oración por España. — Patrón de España, no olvides a nuestro pueblo que te debe a la vez su nobleza en los cielos y su prosperidad en este mundo. Consérvale ese espíritu valiente de cruzado que ha conservado hasta estos últimos años en su lucha contra el comunismo; que siempre pueda gozarse de ser gobernado por hombres de

Estado genuinamente católicos; que este pueblo tuyo siga siendo uno de los más sólidos pilares de la verdadera fe, el más intrépido defensor de la Santa Sede y de la Iglesia Católica.

Atractivo de Santiago. — Mas al mismo tiempo acuérdate, Santo Apóstol, del culto especial con que la Iglesia entera te honra. ¿Dónde están aquellos siglos, grandes por tu fuerza de expansión al exterior, que fueron superados con todo eso por el maravilloso poder de *atraerlo todo a ti* [1], que el Señor te había comunicado? ¿Quién podrá contar la muchedumbre de Santos, reyes, penitentes, guerreros, desconocidos de toda condición, multitudes infinitas, sin cesar renovadas gravitando en torno de tu santuario, como bajo la influencia de esas leyes que regulan el orden del firmamento que se eleva por encima de nuestras cabezas, sino aquel que enumera los astros del cielo [2]? Inmenso ejército continuamente en marcha hacia ese *campo de la estrella* desde donde irradiaban sus fulgores a todo el mundo. ¿No es este el sentido de la misteriosa misión atribuída, en nuestras antiguas leyendas, al gran emperador por quien fué fundada la Europa cristiana cuando, en el atardecer de un día de labor, contemplaba desde las orillas del mar de Frisia esa larga zona estrellada que, atravensando el

---

[1] *S. Juan,* XII, 32.
[2] *Ps.*, CXLVI, 4.

cielo de parte a parte semeja pasar por entre las Galias, Alemania e Italia para, desde allá, cruzando la Gascuña, País Vasco y Navarra, alcanzar las tierras de la lejana Galicia? Se narra que tú mismo te apareciste entonces a Carlos diciéndole: "Ese camino estrellado marca la ruta que se ofrece para rescatar mi sepulcro, y que después de ti seguirán todos los pueblos."

LOS DOS SEPULCROS. — Mas cuando pasamos a considerar que fueron dos sepulcros, en extremos opuestos, los polos queridos por Dios de este movimiento del todo incomparable en la historia de las naciones, uno en el que el mismo Dios descansó como en lecho de muerte, y el otro, oh hijo del Zebedeo, el que conserva en Compostela tu memoria, ¿cómo no prorrumpiremos presas de admiración en la exclamación del Salmista: "*¡Oh Dios, sumamente honrados han sido tus amigos!*"[1]. Ojalá que la inspiración de lo alto, cuyo retorno a las grandes peregrinaciones católicas es uno de los más felices augurios de nuestros tiempos, condujera de nuevo hacia Compostela a los hijos de los peregrinos de antaño. Nosotros, por nuestra parte, repetiremos con San Luis la colecta de tu fiesta, que con labios moribundos balbuceaba frente a Túnez: "Dígnate, Señor, ser el guardián y santificador

[1] Salmo, CXXXVIII, 17.

de tu pueblo, para que, protegido con la asistencia de tu Santo Apóstol Santiago, te agrade con sus obras y te sirva fielmente".

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN CRISTOBAL, MARTIR

El nombre de Cristóbal significa "portador de Cristo." Nos recuerda que Cristo habita efectivamente en nuestros corazones por la fe [1]. Conocemos el gracioso relato que se refiere a su nombre. Como muchos otros debían santificarse más tarde sobre tierras españolas, construyendo caminos y puentes destinados a facilitar el acceso al sepulcro de Santiago a los peregrinos, así también habíase entregado Cristóbal, en Licia, a la obra de transportar a los viajeros sobre sus fornidas espaldas desde una orilla a la otra de un revoltoso torrente, y todo por amor de Cristo. "*Lo que hicisteis con uno de los más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*"[2] dirá el Señor en el día del juicio. Sucedió una noche que, siendo despertado por los gritos de un niño que le suplicaba le pasase a la otra orilla, Cristóbal, cuando estaba cumpliendo su deber de caridad, que siempre solía hacer, se undía por momentos entre las agitadas y amenazadoras

[1] *Ef.*, III, 17.
[2] *S. Mat.*, XXV, 40.

olas aquel gigante a quien jamás peso alguno había logrado encorvar; repentinamente su carga se le había hecho tan pesada como el mundo entero: "No te extrañe, —díjole en esto el misterioso niño—pues llevas encima a Aquel que sostiene el mundo." Y desapareció bendiciendo antes a su portador a quien dejó lleno de su fuerza divina.

Créese que fué coronado Cristóbal con el martirio imperando Decio. Los auxilios que nuestros padres sabían obtener de él contra las tormentas, los demonios, la peste y los accidentes de todo género le han colocado entre los santos *auxiliadores*. Encuadrábase en este día en numerosos lugares bajo el común auspicio de San Cristóbal y Santiago la bendición de los frutos del manzano.

ORACIÓN. — "Concédenos, oh Dios omnipotente, que los que celebramos el natalicio de tu Santo mártir Cristóbal por su intercesión seamos fortalecidos en el amor de tu Nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

26 DE JULIO

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

LA ABUELA DE JESÚS. — Uniendo Ana a la sangre de reyes la de Pontífices, aparece más glo-

riosa todavía por su incomparable descendencia. Más noble que todas las que han concebido en virtud del "*creced y multiplicaos*"[1] termina en ella la ley de la generación de toda carne como llegada a su límite, como ante el vestíbulo de Dios. Es el propio Dios quien debe nacer del fruto de su descendencia, hijo, acá abajo, únicamente de la Virgen bendita y nieto al mismo tiempo de Ana y Joaquín.

Antes de haber sido favorecidos con la más alta bendición que unión humana haya podido recibir, los dos santos abuelos del Verbo encarnado conocieron el dolor que purifica al alma. Tradiciones que se remontan a los orígenes del cristianismo, aunque están mezcladas de detalles de escaso valor, nos muestran a los ilustres esposos sumidos en la prueba de una prolongada esterilidad, expuestos por causa de la misma al desdén del pueblo, a Joaquín, rechazado del templo, ocultando su tristeza en el desierto, y a Ana, solitaria, llorando su viudez y su humillación. ¡Qué sentimientos tan exquisitos los de este relato, comparables a los más hermosos que nos han legado los Sagrados Libros!

"Cierto día en que se celebraba una gran solemnidad del Señor, Ana, a pesar de su profunda tristeza, despojóse de su vestido de duelo, adornó su cabeza, y se engalanó con sus vestiduras nupciales. Hacia la hora Nona descendió al

[1] *Gén.*, I, 28.

jardín para pasearse en él. Como viese un laurel, sentóse a su sombra y elevó su plegaria en presencia del Señor Dios, diciéndole: ¡Dios de mis padres, bendíceme y escucha mis súplicas de la misma manera que bendijiste a Sara dándole un hijo!

"Y elevando sus ojos al cielo vió sobre las ramas del laurel un nido de pajarillos. Entonces exclamó gimiendo: ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Qué seno me ha llevado para ser de esta manera maldición de Israel?

"¿Con quién me compararé? No puedo hacerlo con los pajarillos del cielo porque ellos han sido bendecidos por ti, Señor.

"¿Con quién me compararé? Tampoco puedo compararme con los animales de la tierra porque también ellos son fecundos ante ti, Señor.

"¿Con quién me compararé? No puedo compararme con las aguas porque ellas de ninguna manera son estériles, como yo, en tu presencia, Señor, pues los ríos y los océanos abundantes de peces, te alaban con su oleaje y con su curso apacible.

"¿Con quién me compararé? Ni siquiera puedo compararme a la tierra misma porque también ella produce sus frutos a su debido tiempo bendiciéndote de esta manera, ¡oh, Señor!".

NACIMIENTO DE NUESTRA SEÑORA. — "En esto, apareciéndosele un ángel del Señor la dijo: Ana,

Dios ha escuchado tu oración; concebirás y darás a luz, y tu fruto será celebrado en toda la tierra habitada.

"Llegado que hubo el tiempo del alumbramiento Ana tuvo una hija y exclamó: Mi alma ha sido ensalzada en esta hora. Y púsole por nombre a la niña, María. Y cuando estaba dándole el pecho entonó este cántico al Señor.

"Cantaré las alabanzas del Señor mi Dios, porque me ha visitado, ha quitado mi oprobio dándome un fruto Santo. ¿Quién anunciará a los hijos de Rubén que Ana ha dejado de ser estéril. Escuchad, atended vosotras, las doce tribus: ¡Ana está criando!"[1].

La fiesta de Joaquín, que la Iglesia ha colocado en el segundo día en la Octava de la Asunción de su bienaventurada hija, nos dará ocasión para acabar la delicada exposición de las pruebas y alegrías que él también compartió. Avisado sobrenaturalmente por el cielo para que abandonase el desierto, encontró a su esposa bajo la puerta Dorada que da acceso al templo por la parte de Oriente. No lejos de allí, junto a la piscina Probática, donde los corderos destinados al sacrificio lavaban sus blancos vellones antes de ser ofrecidos al Señor, se levanta en nuestros días la basílica restaurada de Santa Ana, llamada primitivamente Santa María de la Natividad. Allí, en la quietud del paraíso fué donde

[1] Protoevangelio de Santiago.

germinó, sobre la raíz de Jesé, aquel tallo bendito saludado por el Profeta [1] y portador de la flor divina abierta en el seno del Padre antes que comenzasen a existir los siglos. Séforis, ciudad de Ana, y Nazaret, lugar donde vivió María, disputan, es cierto, a la ciudad santa el honor que reclaman en su favor antiguas y constantes tradiciones. Mas nuestros homenajes, ciertamente, no serán perdidos al dirigirlos en este día a la bienaventurada Ana, verdadero campo incontestable de prodigios cuyo recuerdo renueva la alegría de los cielos, el furor de Satanás y el triunfo del mundo.

Ana, santuario de la Inmaculada. — Aureolada con la incomparable paz que la circunda, saludemos en ella también la tierra victoriosa que eclipsa los campos de batalla más famosos. Verdadero santuario de la Inmaculada Concepción, en él fué reanudada por nuestra humillada raza la gran batalla [2] iniciada junto al trono de Dios por las escuadras celestiales. Allí, el infernal dragón arrojado de los cielos vió aplastada su cabeza, y Miguel, sobrepujado en gloria, pone gustoso el mando de los ejércitos del Señor en manos de la que desde el principio de su existencia, se declaraba amable Soberana.

¿Qué boca humana podrá narrar el pasmo de los principados angélicos, cuando la serena com-

[1] *Isaías*, XI, 1.
[2] *Apoc.*, XII, 7-9.

placencia de la Trinidad Santísima, pasando desde los radiantes Serafines hasta las últimas categorías de los nueve coros angélicos, inclinó su mirada de fuego a la contemplación de la santidad que súbitamente ha nacido en el seno de Ana? El Salmista había dicho de la ciudad gloriosa cuyos fundamentos se ocultan en la que antaño fué estéril: "Sus fundamentos están puestos sobre los montes santos"[1]; y las celestiales jerarquías que están en las cimas de las colinas eternas descubren desde allí alturas insospechadas que jamás alcanzarán, cumbres tan inmediatas a la divinidad que se apresta a asentar allí su trono. Como Moisés en presencia del zarzal en llamas sobre el Horeb, han sido presas de un santo temor al reconocer sobre el desierto de nuestro mundo despreciable *la montaña de Dios*, y comprender que la aflición de Israel en breve cesará[2]. María aunque oculta por la nube que la esconde todavía, es ya desde este momento en el seno de Ana la montaña bendita cuya base, (el punto de partida de la gracia) aventaja la cumbre de los montes en donde las santidades creadas más altas hallan su consumación en la gloria y el amor.

SANTIDAD DE ANA. — ¡Oh, con cuánta razón Ana, cuyo nombre significa gracia, por espacio

[1] Salmo, LXXXVI, 1.
[2] *Exod.*, III, 1-10.

de nueve meses fué el lugar de las complacencias del Altísimo, el éxtasis de los espíritus purísimos y la esperanza de toda carne! Sin duda fué María, la hija y no la madre, la que con su fragante perfume atrajo los cielos poderosamente a nuestras humildes regiones. Es propio del perfume impregnar de sí, ante todo, el vaso que la contiene, y aún cuando ya no le contenga, dejar en él su aroma. Acostúmbrase, por lo demás, a que este vaso sea también preparado de antemano con un cuidado exquisito, a que se le escoja de una materia tanto más pura y noble, a que se le realce con tantos más ricos adornos cuanto más rara y exquisita sea la esencia que en él se pretende conservar. Así María, la de Betania, encerró su nardo precioso en alabastro[1]. No creamos que el Espíritu Santo que asiste a la composición de los perfumes celestiales, pudo haber tenido de todo esto menos cuidado que los hombres.

DESTINO MATERNO DE ANA. — Ahora bien, el oficio de la bienaventurada Ana estuvo lejos de limitarse, como lo hace el vaso respecto del perfume, a contener pasivamente el tesoro del mundo. De su propia carne tomó un cuerpo aquella de quien Dios tomó carne a su vez y la alimentó con su propia leche; asimismo las pri-

[1] *S. Marc.*, XIV, 3.

meras nociones prácticas de la vida las recibió de su boca, aún cuando estuviese inundada directamente de la luz divina. Ana tuvo en la educación de su ilustre hija la misma parte que tienen las demás madres. No solamente dirigió los primeros pasos de María al abandonar sus rodillas, sino que fué plenamente la cooperadora del Espíritu Santo en la formación de esta alma y en la preparación de sus incomparables destinos.

PATROCINIO DE ANA. — *Sic fingit tabernaculum Deo,* de esta manera construyó ella un tabernáculo para Dios. Fué esta la divisa que llevaban, en torno de la imagen de Ana cuando instruía a María, las insignias de la antigua corporación de ebanistas y carpinteros que, considerando la confección de los tabernáculos de nuestras iglesias en donde Dios se digna habitar como su obra más elevada, había adoptado a Santa Ana como modelo y augusta patrona. ¡Dichosos tiempos aquellos en que lo que hoy se ha dado en llamar la ingenua sencillez de nuestros padres, progresaba bastante más en el conocimiento práctico de los misterios que la estúpida infatuación de sus hijos se gloría de ignorar! Los trabajos de hilandería, tejidos, costura y bordados, los menesteres de la administración doméstica, patrimonio de la *mujer fuerte,* exaltada en el

libro de los Proverbios [1], pusieron con toda naturalidad también en estos tiempos a las madres de familia, amas de casa, modistas, etc..., bajo la protección directa de la santa esposa de Joaquín. Más de una vez sucedió que aquellas a quienes el cielo hacía pasar por la dolorosa prueba que, bajo el nido de pajarillos, había dictado su conmovedora oración, experimentaron la poderosa intercesión de la dichosa madre de María, recibiendo ellas también la bendición del Señor Dios que había recibido Ana.

SU CULTO EN ORIENTE. — Oriente precedió a Occidente en el culto público de la abuela del Mesías. Hacia mediado el siglo VI, Constantinopla le dedicó una iglesia. El *Typicon* de San Sabas pone su conmemoración litúrgica hasta tres veces al año: el 9 de Septiembre, en compañía de su Esposo San Joaquín; el 9 de Diciembre en que los griegos, que retrasan un día más que los latinos la solemnidad de la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora, celebran esta fiesta bajo un título que recuerda más directamente la parte de Ana en el misterio; finalmente el 25 de Julio, que es llamado *Dormición* o muerte preciosa *de Santa Ana, madre de la santísima Madre de Dios*. Estas son las expresiones que debía adoptar por consiguiente el martirologio romano.

---

[1] *Prov.*, XXXI, 10-31.

El culto en Occidente. — Si Roma, siempre más reservada, sólo autorizó mucho más tarde la introducción en las iglesias latinas de una fiesta litúrgica de Santa Ana, sin embargo de eso no aguardó para obrar de esa suerte a que la piedad de los fieles la animase. Desde tiempos de San León III [1] y por orden expresa del ilustre Pontífice, representábase la historia de Ana y de Joaquín sobre los ornamentos sagrados destinados a las más nobles basílicas de la Ciudad Eterna. La Orden Carmelitana contribuyó poderosamente, mediante su venturosa transmigración a nuestras comarcas, al desarrollo creciente de un culto exigido, por otra parte, como naturalmente por el progreso de la devoción de los pueblos a la Madre de Dios. Esta estrecha relación de los dos cultos es recordada, en efecto, en los términos de la concesión por la que, el 28 de Julio de 1378, Urbano VI daba satisfacción a los deseos de los fieles de Inglaterra y autorizaba para este reino la fiesta de la bienaventurada Ana [2]. En el siglo precedente, la Iglesia de Apt, en Provenza, estaba en posesión de esta solemnidad: prioridad que se explica en ella por el hecho de pretender hallarse en posesión de su cuerpo, que le habrían traído los Cruzados de Tierra Santa. La Iglesia de Apt hizo más tarde donación de estas reliquias a numerosas

[1] 795-806.
[2] Labbe: *Les Conciles,* XI, p. II, col., 2050.

iglesias, y notablemente, a la insigne Basílica de San Pablo Extramuros.

El 1 de Mayo de 1584 Gregorio XIII ordenó la celebración de la fiesta del 26 de Julio a todo el orbe con rito *doble*. León XIII fué quien debía en nuestros días (1879) elevarla, junto con la de San Joaquín, a la dignidad de las solemnidades de *segunda Clase*. Mas ya antes, el 1622, Gregorio XV, curado por Santa Ana de una grave enfermedad, había colocado su fiesta entre las de precepto importando la abstención de trabajos serviles.

Alabanzas a la abuela. — ¡Oh Santa Ana!; más feliz tú, que la esposa de Elcana, cuyo nombre [1] llevas, y que fué figura tuya por las mismas pruebas, cantarás desde este momento las grandezas del Señor [2]. ¿Dónde está ahora la altiva sinagoga que te despreció? La descendencia de la estéril es hoy innumerable. Y todos nosotros, conducidos por nuestra Madre, venimos gozosos a presentarte en este día nuestras ofrendas. ¡Qué fiesta hay más enternecedora que la de la abuela, en la que, como hoy se le acercan los nietos a darle sus respetos y amor!

Plegaria por la mujer. — ¡Oh madre, acoge benigna nuestros cantos y bendice nuestros an-

[1] *I de los Reyes*, I, 1.
[2] *Ibid.*, II, 1-8.

helos! Sénos propicia siempre, cuando elevemos nuestras súplicas desde este valle de lágrimas. Escucha a las madres y a las esposas en sus deseos, en sus dolorosas confidencias. Mantén las tradiciones del hogar cristiano. Mas, por desgracia, ¡cuán numerosas son ya las familias por donde ha pasado el hálito devastador del siglo, destruyendo la seriedad de la vida, debilitando la fe, sembrando solo la impotencia, la frivolidad y la laxitud, si no son cosas peores, en lugar de las alegrías fecundas y auténticas de nuestros padres! Si el sabio volviese a habitar de nuevo entre nosotros sin duda exclamaría: "¡Quién hallará a la mujer fuerte!"[1]. Sólo ella, en efecto, dado su ascendiente, puede conjurar todos estos males; mas a condición de no olvidar en dónde está el secreto de su poder, a saber, en los más humildes quehaceres domésticos, realizados por ella misma, silenciosa y abnegadamente; en las prolongadas vigilias, en la previsión de cada momento, en todos esos trabajos de costura, lana, punto. Todos estos trabajos le ganan la admiración y confianza de su esposo y el ascendiente sobre los demás; le aseguran la abundancia en el hogar, la bendición del pobre socorrido por sus manos, el aprecio de los extraños, el respeto de los hijos y ella adelanta en el temor de Dios, en noblezada, dignidad y bondad lo

[1] *Prov.*, XXXI, 10.

mismo que en fortaleza, prudencia, dulzura, gozo y confianza para el día postrero de su vida [1].

27 DE JULIO

SAN PANTALEON, MARTIR

UN MÉDICO SANTO. — La Iglesia oriental celebra hoy uno de sus *mayores mártires*. Médico de los cuerpos y conquistador de las almas, dícese que, su nombre, que significa fortaleza del león, fué trocado por Cristo, en el instante en que se disponía a morir, en el de Panteleemón que quiere decir, *todo misericordioso,* símbolo de los bienes que la liberalidad del Señor se disponía a esparcir por la tierra y de la misericordia que obtendrían quienes la demandasen por su intercesión.

Sus reliquias fueron distribuídas en numerosas iglesias occidentales y su fama le colocó entre los santos *auxiliadores*. En la Colecta pide la Iglesia para nosotros la salud corporal tan útil como frecuente en el servicio de Dios y del prójimo.

VIDA. — Verosímilmente Pantaleón procedía de Nicomedia. Su muerte se coloca ordinariamente en los comienzos del siglo IV, hacia el 305, es decir, durante la gran persecución de Diocleciano y Maximiano. Después de haber padecido numerosos suplicios, créese

[1] *Prov.,* XXXI, 11-28.

murió decapitado. Su culto se popularizó en seguida extendiéndose por Occidente. Roma le consagró cuatro iglesias. Consérvase en Ravello, cerca de Amalfi, una ampolla que contiene su sangre, la cual se torna en estado líquido, como la de San Genaro, todos los años en el día de su fiesta. Es uno de los patronos de la corporación de los médicos.

PLEGARIA. — "*¿Qué hay más dulce que la miel, y más fuerte que el león?*"[1] Oh santo Mártir, tú más fuerte que Sansón planteaste y resolviste en ti mismo el enigma: *de la fortaleza ha salido la dulzura*[2]. Oh león, que caminas intrépidamente en pos del León de Judá, tú también supiste imitar su inefable mansedumbre; y así como mereció ser llamado eternamente *el Cordero,* así ha querido que su *misericordia* resplandezca en su nombre imperecedero por el que, transformando el tuyo terreno, ha querido invitarte al eterno festín de los cielos. Por el honor del que es tu timbre de gloria suplicámoste justifiques tu nombre más y más. Sé propicio con los que te imploran, con los desgraciados a quienes la triste consunción aproxima cada día a las puertas de la tumba, con los médicos que, como, tú, se desviven por la salud de sus hermanos; ayúdales a hacer llevaderos los padecimientos físicos, a sanar los cuerpos; enséñales, sobre todo, a curar las llagas morales, a salvar sus almas.

---

[1] *Jueces,* XIV, 18.
[2] *Ibid.,* 14.

28 DE JUNIO

SAN NAZARIO Y SAN CELSO, MARTIRES
SAN VICTOR I, PAPA Y MARTIR
SAN INOCENCIO I, PAPA Y CONFESOR

SAN NAZARIO Y SAN CELSO. — Gloria de Milán y de San Ambrosio fué el ofrecer a la veneración de los fieles a los Santos Nazario y Celso. Los dos, se cree, fueron del número de los más antiguos mártires de Milán. Sus cuerpos habían sido sepultados en un jardín, situado fuera de los muros de la ciudad, y no eran objeto de un culto especial antes de fines del siglo IV. Más aún, la tumba de S. Celso había caído en el más completo olvido. Pero en el 395 San Ambrosio procedió a reconocer los restos de San Nazario. Se encontró el cuerpo bien conservado, la cabeza separada del tronco y la sangre fresca todavía. Colocósele en una carroza con todo respeto, y, formando en procesión, el pueblo siguió al obispo, quien antes de llevar a Milán las reliquias, se detuvo a orar delante de otra tumba: la de San Celso, al que llamó así San Ambrosio, acaso por revelación, para que le honrasen los fieles. Sólo las reliquias de San Nazario, se llevaron procesionalmente a la ciudad y depositándolas en la iglesia de los Santos Apóstoles que, desde entonces, fué la de San Nazario. En el siglo x las

reliquias de San Celso fueron trasladadas a su vez a una iglesia de Milán que le fué dedicada. Muy pronto, sin embargo, asoció la Liturgia a los dos mártires en una misma fiesta. Sin embargo gozó San Nazario de mayor celebridad en todo el Occidente. La antigua catedral de Autun estaba dedicada al santo así como también una basílica de Embrún; lo estuvieron también muchos pueblos de Francia.

San Víctor. — Nació en Africa. Sucedió al Papa Eleuterio hacia el año 189, reinando por espacio de diez años, y según el *Liber Pontificalis* murió mártir. Autoritario y enérgico fué el esclarecido defensor de la Tradición. Excomulgó a Teodoto que enseñaba que Cristo era solo hijo adoptivo de Dios. Condenó a los Montanistas de Frigia que sólo querían gobernarse según revelaciones privadas. Finalmente, prohibió la costumbre de las iglesias de Asia que celebran la Pascua como los judíos, en el plenilunio de Abril y en cualquier día de la semana que cayese. En su tiempo consolidóse notablemente el pontificado y dejó sentir su influencia en toda la cristiandad.

San Inocencio I. — San Víctor, en el siglo ii, había afirmado con hechos la primacía de la Iglesia romana. Con San Inocencio I vemos que, desde hace mucho tiempo es una tradición reco-

nocida en toda la Iglesia, y el Papa la recordó autoritativamente a ciertos obispos que intentaron sustraerse a ella. Este Pontífice oriundo de Albano, reinó del 401 al 417, y su infatigable solicitud se extendió por toda la Iglesia. Sus decretales hicieron ley en España, Galia e Italia. Exigió a los Obispos de Constantinopla, Alejandría y Antioquía la rehabilitación de San Juan Crisóstomo, injustamente depuesto de su sede. Reprendió al Obispo de Jerusalén por causa de su negligencia. Ratificó la condenación fulminada por los Obispos de Africa contra los Pelagianos, que negaban la necesidad de la gracia. Sin embargo llenaron de luto su pontificado la toma y saqueo de Roma por los bárbaros de Alarico que entraron en la ciudad cuando él estaba fuera. Emprendió ardorosamente la tarea de levantarla de sus ruinas, y demostrando su mucha caridad socorriendo a las víctimas. San Inocencio I es uno de los mayores papas del siglo v.

PLEGARIA A LOS MÁRTIRES CONFESORES. — Gloriosos Papas que, tanto por la efusión de vuestra sangre sobre la arena, como por los decretos promulgados desde la Silla apostólica, habéis exaltado la fe del Señor, dignaos acoger nuestras súplicas. Haced que comprendamos la enseñanza que para nosotros supone vuestra colocación en el ciclo sagrado. Sin ser mártires ni Pontífices podemos con todo eso merecer el ser asociados a vues-

tra gloria. Pues el motivo que explica vuestra común entrada en la bienaventuranza en este día, debe ser también, para cada uno de nosotros y en grado diverso, la razón de nuestra salvación: En Cristo Jesús, dice el Apóstol, sólo vale la fe actuada por la caridad [1]. En esta fe, por la que vosotros trabajásteis y padecísteis, esperamos nosotros el premio de la justicia [2] y aguardamos la corona [3].

Nazario y Celso, que no temísteis dar vuestra vida por Jesucristo, obtenednos la gracia de estimar el tesoro que todo cristiano está obligado a valorizar, obrando y cantando alabanzas a Dios. Victor, celoso guardián de las tradiciones de la alabanza divina, defendiendo la celebración de la Pascua, vengador del Verbo Dios hecho hombre; Inocencio, oráculo incorruptible de la gracia de Cristo Salvador, testigo también de sus inexorables justicias: enséñanos la confianza y el temor, la rectitud en nuestras creencias y la delicadeza que conviene al cristiano en lo que a esta fe se refiere, fundamento único para él de la justicia y del amor. Mártires y Pontífices conducidos por el camino recto que lleva al cielo.

---

[1] *Gal.*, V, 6.
[2] *Gal.*, V, 5.
[3] *II Timo.*, IV, 8.

29 DE JULIO

SANTA MARTA, VIRGEN

HOSPEDERA DEL SEÑOR. — "En cualquiera ciudad o aldea que entréis, informaos de quién hay en ella digno, y quedaos allí"[1], decía el Hombre-Dios a sus discípulos. Ahora bien, nos narra San Lucas, sucedió que, yendo de camino, entró él en una aldea, y una mujer llamada Marta le acogió en su casa[2]. ¿Dónde encontraremos un elogio más bello y alabanza más cierta de la hermana de Magdalena, que en la confrontación de estos dos textos evangélicos?

Este lugar donde se acogió como digno de él, y que fué escogido por Jesús para darle hospedaje: este *villorrio,* dice San Bernardo[3], era nuestro humilde planeta, perdido, como obscura aldehuela, en la inmensidad de las posesiones del Señor[4]. El Hijo de Dios, abandonados los cielos, caminaba en busca de la obeja perdida, llevado del amor[5]. Oculto en el disfraz de nuestra carne pecadora[6] vino a este mundo, hechura de sus manos, mas el mundo no le conoció[7]. Is-

---

[1] *S. Mat.,* X, 11.
[2] *S. Luc.,* X, 38.
[3] Bernardo, 2.° *Sermón sobre la Asunción.*
[4] *Baruch.,* III, 24-25.
[5] *Ps.,* XVIII; *S. Mat.,* XVIII, 12.
[6] *Rom.,* VIII, 3.
[7] *S. Juan,* I, 10.

rael, pueblo suyo, no le puso ni siquiera una piedra donde recostar su cabeza [1]; y le abandonó en su sed viéndose obligado a mendigar el agua de los Samaritanos [2]. Nosotros los rescatados a la gentilidad por él, a quienes buscaba amorosamente con sacrificios y renuncias, ¿no es cierto que debemos unir nuestro agradecimiento al suyo para aquella que, no haciendo caso de la impopularidad del presente y de las amenazas de persecución en el futuro, quiso saldar para con él una deuda común a todos nosotros?

Privilegio de Marta. — ¡Gloria, pues, sea dada a la hija de Sión que, fiel a las tradiciones hospitalarias recibidas de sus antepasados los patriarcas, fué bendecida mucho más que ellos en el ejercicio de tan noble virtud! Con más o menos claridad, supieron, eso no obstante, estos antecesores de nuestra fe que el deseado de Israel y esperado de las naciones debía aparecer como viajero y peregrino sobre la tierra [3]. Por eso, ellos mismos, peregrinos de una patria mejor y sin morada fija, honraban al futuro Salvador en todo desconocido que a su tienda se acercaba [4]; lo mismo que nosotros debemos venerar a Cristo en el huésped que su bondad nos en-

---

[1] *S. Mat.*, VIII, 20.
[2] *S. Juan*, IV, 6, 7.
[3] *Gén.*, *XVIII*, 1-5; XXIII, 6; XXVI, 28.
[4] *Hebr.*, XI, 8-16.

vía[1]. Para ellos, lo mismo que para nosotros, esta relación que se les indicaba entre *el que había de venir* y el forastero que buscaba un asilo, hacía de la hospitalidad una de las más ilustres allegadas de la caridad. Más de una vez la visita de Angeles, presentándose bajo apariencias humanas en los buenos servicios de su celo, manifestó, efectivamente, la complacencia del cielo [2]. Pero, si es justo estimar en su debido valor estas celestiales finezas de las que en manera alguna era digna la tierra, no hay que olvidar que mucho más elevado fué el privilegio de Marta, verdadera dama y princesa de la santa hospitalidad, desde el momento en que colocó su bandera en la cumbre hacia donde convergen todos los siglos que precedieron a aquel momento y los que seguirán.

Si fué meritorio honrar a Cristo, antes de su venida, a aquellos que, de lejos o de cerca, eran figura suya; si Jesús promete la eterna recompensa a cualquiera que le ampare y sirva en sus miembros místicos, sin duda más laudable fué y más mereció aquella que recibió en persona a Aquel cuyo simple recuerdo o memoria comunica a la virtud, en todos los tiempos, mérito y grandeza. Y así como supera Juan a to-

---

[1] *S. Mat.*, XXV, 35, 40.
[2] *Hebre.*, XIII, 2.

dos los Profetas [1] por haber mostrado presente al Mesías a quienes ellos anunciaron desde lejos, así el privilegio de Marta, que recibe su excelencia de la propia y directa excelencia del Verbo de Dios a quien ella socorrió en la misma carne que había tomado para salvarnos, la coloca por encima de todos los que practicaron las obras de misericordia.

Acción y contemplación. — Mas no creamos que, porque María haya escogido la mejor parte a los pies del Señor [2], la de Marta haya de ser menospreciada. El cuerpo es uno solo, más tiene numerosos miembros; y todos estos miembros no tienen un idéntico oficio. Así, el empleo de cada miembro con Cristo es diverso según la gracia que haya recibido, ya sea para *profetizar* o sólo para *servir* [3]. Y el apóstol, exponiendo esta diversidad del divino llamamiento, decía: "Por la gracia que me ha sido dada, os encargo a cada uno de vosotros no sentir por encima de lo que conviene sentir, sino sentir modestamente, cada uno según Dios le repartió la medida de la fe"[4]. ¡Oh discreción, custodia de la doctrina y *madre de todas las virtudes* [5], cuántas pér-

[1] *S. Luc.*, VII, 28.
[2] *Ibid.*, X, 42.
[3] *Rom.*, XII, 4-7.
[4] *Ibid.*, 3.
[5] Reg., S. P. Benedicti, LXIV.

didas en las almas y frecuentes naufragios podrías tú evitar!

"Quienquiera que se ha entregado plenamente a Dios—dice San Gregorio con su habitual criterio siempre tan exacto—debe cuidar de no darse sólo a las obras, sino que debe tender también a las cumbres de la contemplación. Conviene saber bien, eso no obstante, que existe una gran variedad de temperamentos espirituales. Uno que podría vacar pacíficamente a la contemplación de Dios, quizás sucumba aplastado bajo el peso de las obras; otro que habría llevado una vida honesta en medio de la acostumbrada ocupación de los negocios humanos, será tal vez mortalmente herido con la espada de una contemplación que excedería sus fuerzas; todo ello unas veces por falta de amor que impide al descanso degenerar en languidez, otras, por falta de temor que nos guarda de ilusiones orgullosas y sensuales. El hombre que quiere ser perfecto, debe primero andar por el camino trillado de la práctica de las virtudes, para ascender a las alturas con mayor seguridad, abandonando acá abajo todo impulso de los sentidos que sólo son capaces de extraviar la búsqueda del espíritu y toda imagen cuyos límites no puedan adaptarse a la luz sin término que él desea contemplar. A la acción, pues, el primer tiempo; a la contemplación el último. El Evangelio alaba a María, pero en manera alguna censura a Marta porque

grandes son los méritos de la vida activa, aunque mejores los de la contemplativa"[1].

FIGURA DE LA IGLESIA. — Si queremos penetrar más en el misterio de las dos hermanas observemos que, aún cuando sea María la preferida, no fué en su casa ni en la de su hermano Lázaro, sino en la de Marta, donde el Hombre-Dios se manifestó morando acá abajo con aquellos a quienes amaba. *Jesús*—dice San Juan—*amaba a Marta y a su hermana María y a Lázaro*[2]. Lázaro, figura a los penitentes que su misericordiosa omnipotencia llama cada día de la muerte del pecado a la vida divina; María, entregándose desde este mundo a las ocupaciones de la eternidad; Marta, finalmente, nombrada aquí la primera como de mayor edad que sus dos hermanos, la primera por el tiempo místicamente, como ha dicho arriba San Gregorio, mas también como de quien dependen el uno y la otra en esta morada cuya administración está encomendada a sus cuidados. ¿Quién no reconocerá aquí al tipo perfecto de la Iglesia, donde, en la abnegación de un fraternal amor bajo la mirada del Padre que está en los cielos, el misterio activo tiene la precedencia del gobierno sobre todos aquellos a quienes la gracia conduce a Jesús? ¿Quién no comprendería por eso las preferen-

[1] Moral, en Job, V, 26, *passim*.
[2] *S. Juan*, XI, 5.

cias del Hijo de Dios para esta casa bendita? La hospitalidad que recibía en ella, por más abnegada que fuese, le descansaba menos de su trabajoso camino que la vista tan perfilada ya de la Iglesia que le habrá arrastrado del cielo a la tierra.

El honor de servir. — Marta comprendió, pues, anticipadamente que cualquiera que tenga la primacía debe ser el servidor. De la misma manera que el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir [1]; del mismo modo que más tarde el Vicario de Cristo se llamará siervo de los siervos de Dios. Mas, sirviendo a Jesús como servía ella con El y por El a su hermano y a su hermana, ¿quién habrá que dude que más que nadie tenía ella parte en las promesas del Hombre-Dios, cuando decía: "Si alguien me sirve, que me siga, y donde yo esté, también estará allí mi servidor... y mi Padre le honrará?" [2]. Y esta regla tan hermosa de la hospitalidad antigua, que creaba entre el huésped y el extranjero una vez admitido a su hogar, lazos semejantes a los de la sangre, ¿creeremos nosotros que en el caso presente el Emmanuel no habría reparado en ella, siendo así que su evangelista nos dice que "a cuantos le recibieron

---

[1] *S. Mat.*, XX, 26-28.
[2] *S. Juan*, XII, 26.

dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios?"[1]. Efectivamente, nos dice El mismo, "quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado"[2].

La paz prometida a toda casa que se mostrase digna de recibir a los enviados celestiales[3]; la paz que va acompañada siempre del Espíritu de adopción de hijos, se posó sobre Marta con una incomparable abundancia. La exuberancia demasiado humana que al principio se había dejado entrever en su nerviosa solicitud, había sido para el Hombre-Dios ocasión de mostrar su divino celo en la perfección de esta alma tan pura y sacrificada. Al contacto sagrado, la naturaleza viva de la hospedera del Rey pacífico, despojóse de todo lo que le quedaba de febril inquietud; y más obsequiosa servidora que nunca, más estimada que ninguna otra[4], bebió con su ardiente fe en el Hijo de Dios vivo[5] aquella inteligencia de lo único necesario y de la mejor parte[6] que un día debía ser también la suya. ¡Cómo se nos muestra aquí Jesús como maestro de la vida espiritual y modelo de prudente firmeza, de dulzura paciente, de sabiduría celestial en la dirección de las almas a las cumbres[7]!

---

1 *Ibid.*, I, 12.
2 S. *Marc.*, IX, 37.
3 S. *Mat.*, X, 12.
4 S. *Mat.*, XXVI, 6; S. *Juan*, XXII, 2.
5 S. *Juan*, XII, 27.
6 S. *Luc.*, X, 42.
7 S. *Juan*, XI.

BETANIA. — Hasta el final de su carrera mortal, según el consejo de estabilidad que El mismo había dado a los suyos[1], el Hombre-Dios permaneció fiel a la hospitalidad de Betania. De allí partió para salvar al mundo con su dolorosa Pasión y, cerca de la misma Betania quiso, al abandonar el mundo, volver a los cielos[2].

SERVIDA POR EL SEÑOR. — ¡Oh Marta!, envidiable es tu lugar en los cielos, una vez que has tomado posesión de la mejor parte para siempre. Pues, según dice San Pablo, "los que desempeñaren dignamente su ministerio alcanzarán honra y gran autoridad en la fe de Cristo Jesús"[3]. El servicio ministerio que desempeñan los diáconos, de los que habla el Apóstol, en la Iglesia le has hecho tú con su Cabeza y Jefe. Tú has sabido *gobernar bien tu propia casa*[4] que

---

[1] *S. Luc.*, X, 7.

[2] Fuera del Evangelio, nada nos dice la antigua literatura cristiana, o casi nada, relativo a Santa Marta. En ningún lugar se trata de su sepultura, ni aún siquiera de su vida después de la Pasión.

La ciudad de Tarascón posee, desde el siglo IX, una iglesía dedicada a Santa Marta. Mas ésta es una virgen martirizada en Persia el año 347. A últimos del siglo XII, como se hablaba mucho de la venida de Santa María Magdalena a Provenza, con mucha naturalidad se identificó a la mártir con la santa hospedera del Señor y aún se descubrieron sus reliquias. Posteriormente Santa Marta ha sido muy venerada en la comarca, y con el tiempo ha llegado a ser la patrona de todos los hosteleros.

[3] *Tim.*, III, 13.

[4] *Ibid.*, 4.

era figura de esta casa tan amada del Hijo de Dios. Ahora bien, nos dice el Doctor de las gentes "Dios no es injusto, no olvida vuestras obras y el amor que le habéis demostrado los que habéis servido a los santos"[1]. Y el Santo de los Santos, convertido en tu huésped y deudor, ¿no nos deja desde este momento entrever tus grandezas cuando, hablando del siervo fiel constituído como procurador de su familia, exclama: "Dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que le pondrá al frente sobre toda su hacienda?"[2]. Llegó ya el momento del eterno encuentro. Sentada desde hoy en la morada de este huésped, fiel más que ningún otro a las leyes de la hospitalidad, le verás hacer de su mesa la tuya[3] y, ciñéndose a su vez, te servirá como tu le serviste a él[4].

Al servicio de la Iglesia. — Desde el lugar de tu descanso, protege a los que administran los intereses de Cristo acá en la tierra en su cuerpo místico que es toda la Iglesia, en sus miembros fatigados o dolientes que son los pobres y los afligidos de cualquier manera. Bendice y multiplica las obras de la santa hospitalidad. Que el vasto campo de la misericordia y

[1] *Hebr.*, VI, 10.
[2] *S. Mat.*, XXIV, 46-47.
[3] *S. Luc.*, XXII, 30.
[4] *Ibid.*, XII, 37.

de la caridad vea acrecentar cada vez más en nuestros días sus prodigiosos frutos. ¡Qué no se pierda nada de la laudable actividad en donde se consume el celo de tantas almas generosas! Y con este motivo enséñanos, ¡oh santa hermana de María! a no anteponer nada al "*único necesario*", a estimar en su debido valor "la mejor parte"[1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTOS MARTIRES

UN PAPA Y TRES MÁRTIRES. — La Iglesia conmemora en este mismo día al Papa Félix II, a los hermanos mártires Simplicio, Faustino y su hermana Beatriz.

Los dos hermanos mártires fueron ahogados en el Tiber en el 304, durante la persecución de Diocleciano. Su hermana, cuyo nombre se transformó más tarde en el de Beatriz, recogió sus cuerpos dándoles honrosa sepultura. No tardó mucho en seguirles ella misma, ahogada por los paganos, fué enterrada junto a sus hermanos. Desde el siglo IV se yergue una basílica sobre sus sepulcros. En el año 683, León II trasladó sus reliquias a Santa-Bibiana. Actualmente se encuentran en Santa María la Mayor.

[1] *S. Luc.*, X, 38-42.

Félix II, después de haber desempeñado en Roma, del 355 al 358, las veces del Papa Liberio mientras duró el exilio de éste, fué arrojado de Roma al regresar el desterrado muriendo cerca de Porto en el 365. Más tarde se le confundió con un mártir llamado también Félix, lo que le valió el culto con que le celebramos hoy al mismo tiempo que a Santa Beatriz y a sus hermanos.

ORACIÓN. — "Te rogamos, Señor, hagas que, así como el pueblo cristiano se regocija con la festividad temporal de tus Santos Mártires, Félix, Simplicio, Faustino y Beatriz, goce de la gloria eterna, y lo que celebra ahora con el deseo, lo posea un día con la realidad. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

30 DE JULIO

SAN ABDON Y SENEN, MARTIRES

BIENAVENTURANZA DE LOS PERSEGUIDOS. — La Iglesia ha elegido en este día el Evangelio de las Bienaventuranzas para poner ante nuestra consideración la felicidad de los que son de Dios, de los que no titubean un instante en abandonarlo y en sufrirlo todo para serle fieles. Y de estas ocho bienaventuranzas que nos hace leer, la postrera es la más inesperada: "Bienaventu-

rados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos."

"¿Qué hay que temer de hombres que se apartan del mundo, que limitan en lo que pueden las asperezas de ambiciones terrenas y renuncian a toda rivalidad; de hombres misericordiosos y pacíficos que sólo obran el bien? Se llevan bien con sus prójimos, son inofensivos, ¿porqué perseguirlos, pues?" La leyenda de los Santos Abdón y Senén nos dice que eran ambos cristianos y que tenían la costumbre de enterrar dignamente a los mártires. ¿Qué motivo tenía nadie para odiarles por ello? Y, sin embargo, fueron detenidos, encarcelados y conducidos a la muerte por solo estos crímenes. "La historia nos enseña, efectivamente, que los hombres difícilmente soportan un espíritu que no es el suyo y, sobre todo, principios que superan a los suyos. Se dan entonces las persecuciones sufridas "por la justicia" por la sola adhesión a Dios y a su voluntad. El odio de Dios y del bien podrá parecer inexplicable, mas es real. Hay personas que sólo son perseguidas y molestadas por su virtud, por causa de Aquel a quien sirven y representan.

"Mas, ¿cómo explicar la bienaventuranza relacionada con los perseguidos? Porque, sencillamente, el padecimiento es una etapa momentánea; por otro lado, la promesa divina es de tales proporciones que borra todo temor. A más de

esto, solo hay verdadera dicha uniéndose a Dios, por lo que nosotros debemos considerar como una gran fortuna todo aquello que nos acerca más a El"[1]. Esta fué la felicidad y el gozo de nuestros mártires y su herencia por toda una eternidad.

VIDA. — Poco sabemos sobre los santos Abdón y Senén. Las pinturas de su cripta sepulcral nos hacen pensar que eran nobles persas. Sus nombres prueban que eran de origen oriental, mas su sepultura en las inmediaciones de un barrio obrero y junto a los almacenes de un gran puerto, ha hecho suponer que más bien eran comerciantes o bien obreros, o quién sabe si esclavos. Verosímilmente vertieron su sangre por Cristo bajo Decio o Valeriano, mediado el siglo III. Sus cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Ponciano y en su honor se levantó una basílica junto a la vía de Porto. En el siglo IX el Papa Gregorio IV depositó sus reliquias en la basílica de San Marcos. Créese que una parte de estas reliquias fué trasladada al Monasterio de Notre-Dame, en Arles-sur-Tech, en la diócesis de Perpignan. Su fiesta, mencionada en el calendario de 354, es una de las más antiguas de la liturgia romana.

PLEGARIA. — Recitaremos en su honor el antiguo y hermoso Prefacio que el Sacramentario gregoriano asigna para este día. "Verdaderamente es digno y justo que te alabemos, oh Dios, y que cantemos tu magnificencia en tus Santos. Tú les has predestinado para gloria eterna des-

[1] Dom Delatte, *L'Evangile*, I. 175.

de antes de la creación del mundo a fin de mostrar a esta tierra por medio de ellos la luz de tu verdad. Tú les has amado por el Espíritu de la verdad para que fueran capaces de vencer el temor de la muerte en su carne débil. En medio de todos estos Santos se encuentran tus mártires Adbón y Senén que han florecido cual rosas y lirios en el jardín de tu Iglesia. Sangre de tu único Hijo era la que corría sobre ellos al tiempo que combatían y daban el testimonio de tu nombre y, en recompensa de sus sufrimientos, El les ha revestido del blanco esplendor de los lirios."

31 DE JULIO

SAN IGNACIO, CONFESOR

LUTERO. — Aún cuando el ciclo del tiempo después de Pentecostés nos haya manifestado en numerosas ocasiones la solicitud con que el Espíritu Santo vela por la defensa de la Iglesia, vuelve a resplandecer en este día la enseñanza de una manera nueva. En el siglo XVI, una formidable acometida se había desencadenado contra la Iglesia. Satanás había escogido como jefe a un hombre, caído como él de las alturas del cielo. Lutero, solicitado desde su juventud por gracias de predilección propias de los perfectos, no supo, en un día de extravío, resistir al espí-

ritu de rebeldía. Como Lucifer, que pretendía ser igual a Dios, encaróse con el Vicario del Altísimo sobre el monte del Testamento[1]; pronto, rodando de abismo en abismo, arrastró en pos de sí la tercera parte de los astros del cielo de la santa Iglesia[2]. ¡Ley misteriosa y terrible, aquella que tan frecuentemente deja en las esferas del mal al hombre o al ángel caído el imperio que debía ejercer para el bien y para el amor! Mas la eterna sabiduría jamás queda frustrada; precisamente entonces, frente a la libertad pervertida del ángel o del hombre, implanta esta otra ley de sustitución misericordiosa de la que fué Miguel el primer beneficiado.

VOCACIÓN DE IGNACIO. — La vocación de Ignacio a la santidad sigue paso a paso en su desarrollo a la apostasía de Lutero. En la primavera del año 1521, Lutero, desafiando a todos los poderes, acababa de abandonar Worms y de recluirse en Wartbourgo[3], cuando Ignacio recibía en Pamplona la herida que había de retirarle del mundo y encaminarle poco después a Manresa. Valeroso como sus nobles antepasados, se había sentido penetrado desde sus primeros años

[1] *Isaías*, XIV, 13.
[2] *Apoc.*, XII, 4.
[3] La dieta de Worms en donde tuvo lugar la ruptura oficial del heresiarca en presencia de los diversos órdenes del imperio, vió consumarse esta ruptura en los últimos días de Abril, y fué en el 20 de Mayo cuando Ignacio recibió la herida cuya consecuencia fué su conversión.

del ardor belicoso que se les vió mostrar sobre los campos de batalla de la tierra de España; mas la campaña contra el Moro ha tocado a su fin precisamente en los días de su nacimiento[1]. ¿Podrá creerse que para satisfacer sus caballerescos instintos sólo tendrá porfías mezquinas?

El único y verdadero Rey digno de su grande alma se le revela en la prueba que detiene sus proyectos mundanos; una nueva milicia preséntase a su ambición; comienza otra cruzada. El año de 1522 contempla, desde los montes de Cataluña a los de Turingia, el desarrollo de la divina estrategia de la que únicamente los ángeles poseen todavía el secreto.

MONTSERRAT. — Admirable campiña en donde diríase que el cielo se contenta con observar a los poderes del mal, dejándoles tomar la delantera y únicamente reservándose el derecho de hacer sobreabundar la gracia allá mismo donde pretende abundar la iniquidad[2]. Así como el año precedente, tres semanas después de consumada la rebelión de Lutero, había tenido lugar el primer llamamiento de Ignacio; a tres semanas igualmente de distancia, he aquí que el infierno y el cielo exhiben sus elegidos bajo la diferente armadura que corresponde a los dos campos, cuyos jefes serán ambos. Diez meses de extrañas

[1] 1491.
[2] *Rom.*, V, 20.

manifestaciones han preparado al lugarteniente de Satanás en el forzado retiro que él denominó "su Patmos"; y el 5 de Marzo, conculcando la orden de destierro, el tránsfuga del sacerdocio y del claustro abandona Wartbourgo transformado, bajo la coraza y el casco, en caballero espúreo. El 25 del mismo mes, en la noche gloriosa en que el Verbo tomó carne, el flamante soldado de las armas del reino católico, el descendiente de los Iñigo y de los Loyola, vestido de saco, insignia de la pobreza que revela sus nuevos proyectos, pasa en oración en Montserrat la noche velando las armas. Suspende del altar de María su bien templada espada y de allí se dirige a luchas desconocidas que le esperan en un combate sin conmiseración contra sí mismo.

PARÍS. — A la bandera del libre examen pone sobre la suya por única divisa: *¡A la mayor gloria de Dios!* Pronto se le ve en París, (en donde Calvino secretamente recluta a los futuros hugonotes), para alistar, a favor del Dios de los ejércitos, la compañía de vanguardia que debe proteger a las huestes cristianas iluminando su camino, dando y recibiendo los primeros golpes. Inglaterra, a primeros del año 1534, imita en su apostasía a Alemania y a los países del Norte, cuando el 15 de Agosto de este mismo año los primeros soldados de Ignacio junto con él sellan en Montmartre el compromiso definitivo que más

tarde renovarán solamente en San Pablo Extramuros. Porque en Roma ha fijado el punto de reunión aquella tropa, que muy pronto se acrecentará de una manera sorprendente y cuya profesión particular será la de estar siempre dispuestos a dirigirse, a la menor señal, a todos los puntos a donde juzgare bien utilizar su celo el Jefe de la Iglesia militante en defensa de la fe o para su propagación, y para el progreso de las almas en la doctrina y en la vida cristiana.

La Compañía de Jesús. — Unos labios ilustres han dicho [1]: "Lo que sorprende a primera vista en la Compañía de Jesús, es que para ella la edad madura es contemporánea de la primera formación. Quien conoce a los primeros autores de la Compañía, conoce a la Compañía entera en su espíritu, en su objeto, en sus empresas, en sus procedimientos, en sus métodos. ¡Qué generación la que preside en sus orígenes! ¡Qué unión de ciencia y de actividad, de vida interior y de vida militante! Puede decirse que son hombres universales, hombres de raza gigantesca, en comparación de los cuales nosotros no somos más que insectos: *de genere giganteo, quibus comparati quasi locustae videbamur*" [2].

---

[1] Cardenal Pie, Homilía pronunciada en las fiestas de la Beatificación del B. Pedro Fabro.

[2] *Números*, XIII, 34.

IGNACIO Y LA ORACIÓN DE LA IGLESIA. — ¡Cuán conmovedora se nos aparece la sencillez tan llena de encantos de estos primeros Padres de la Compañía, yendo de camino hacia Roma, a pie y en ayunas, agotados, mas desbordante el corazón de alegría y cantando bajito los Salmos de David! Cuando fué indispensable para responder a las necesidades de la hora presente, abandonar en el nuevo instituto las grandes tradiciones de la oración pública, no se hizo sin gran sacrificio por parte de muchas de estas almas; con pena María hubo de ceder su puesto a Marta en este punto. Por espacio de tantos siglos la solemne celebración de los divinos Oficios había parecido la indispensable tarea de toda familia religiosa de la que constituía la deuda social primaria; ¡era el alimento primero de la santidad individual de sus miembros!

Mas la llegada de tiempos nuevos que sembraban por todas partes la degradación y la ruina reclamaba una excepción tan insólita como dolorosa de la valiente compañía que consagraba su existencia a la inestabilidad de alarmas sin cuento y de continuas incursiones sobre tierras enemigas. Ignacio lo comprendió. Sacrificó en aras del objeto particular que se imponía al atractivo personal que sintió toda su vida hacia el canto sagrado, cuyas menores notas al llegar a sus oídos le hacían verter lágrimas de consuelo.

Con los últimos tiempos y sus emboscadas, había sonado para la Iglesia la hora de las milicias especiales, organizadas en campamentos volantes. Pero cuanto más difícil se hacía exigir cada día a estas tropas beneméritas, embebidas en el continuo batallar del exterior, los hábitos y costumbres de los que protegían a la Ciudad Santa, tanto más rechazaba San Ignacio el extraño contrasentido que pretendió reformar las costumbres del pueblo cristiano según el modo de vida exigida por el servicio de reconocimiento y de vanguardia, al que él sacrificó por todos los demás. La tercera de las dieciocho reglas que asienta, como coronamiento de los *Ejercicios Espirituales,* "para tener en nosotros los verdaderos sentimientos de la Iglesia ortodoxa", recomienda a los fieles los cantos de la Iglesia, los salmos, y las diferentes Horas canónicas en el tiempo señalado para cada una. Y, al principio del libro, que verdaderamente es el tesoro de la Compañía de Jesús, al establecer las condiciones que permitirán sacar el mayor fruto posible de los mismos Ejercicios, determina en su vigésima anotación, que aquel que pudiere, escoja durante el tiempo de su duración, una celda desde donde le sea fácil dirigirse tanto a los Oficios como al santo Sacrificio. ¿Qué hace en esto, por lo demás, nuestro Santo, sino aconsejar para la práctica de los Ejercicios el mismo espíritu con que fueron compuestos, en este retiro ben-

dito de Manresa, en donde la asistencia cotidiana a la Misa solemne y a los Oficios del atardecer fué para él un manantial de celestiales delicias?

VIDA. — Ignacio nació, sin duda, en Octubre de 1491 en Guipúzcoa de la noble familia de los Loyola. Habiendo entrado al servicio del Rey de Navarra, fué herido en Pamplona el 20 de Mayo de 1521. En el curso de su convalecencia leyó la *Vita Christi* de Ludolfo el Cartujano y, ayudado de la gracia divina, resolvió en adelante seguir a Cristo. En Febrero de 1522 partió para Montserrat con la finalidad de ofrecer su espada a la Virgen; después se dirigió a Manresa donde permaneció durante un año entregado a la penitencia y oración. Entonces compuso su célebre libro de los *Ejercicios Espirituales* que debía obtener la aprobación de la Sede Apostólica y hacer mucho bien a innumerables almas. En 1523 hizo la peregrinación a Tierra Santa regresando después a España con el objeto de estudiar para hallarse mejor dispuesto para el servicio de Dios y de la Iglesia. Con algunos compañeros partió hacia París, adonde llegaron el 2 de Febrero de 1528. Ignacio tomó allí sus grados universitarios y asentó los fundamentos de la nueva Orden. Habiéndola establecido en Roma con la aprobación de Paulo III, añadió a los tres votos ordinarios el de consagrarse a las misiones, si la Santa Sede así se lo pedía. Envió a San Francisco Javier a las Indias; él mismo luchó ardorosamente contra la herejía Luterana; fundó casas de educación para la juventud; trabajó en la renovación de la piedad entre los católicos; obras predilectas suyas fueron en embellecimiento de los templos, la enseñanza del catecismo y la frecuentación de los sacramentos. Por último, después de haber trabajado largo

tiempo para "la mayor gloria de Dios", murió el 31 de Julio de 1556. Fué beatificado en 1609 y canonizado en el 1623 a la par que San Isidro Labrador, Santa Teresa de Avila y San Francisco Javier. En 1922, Pío XI le declaró Patrono de todos los ejercicios espirituales.

El soldado de Dios. — "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe"[1]. Tú que fuiste el gran vencedor del mundo, lo has mostrado a tu vez, de ese mundo en donde el Hijo de Dios te eligió para exaltar su bandera humillada ante el estandarte de Babel. Estuviste largo tiempo casi solo contra los batallones siempre crecientes de los rebeldes, dejando al Señor de los ejércitos el cuidado de elegir su hora para que entablaras la batalla contra las cohortes de Satanás, como la eligió para retirarte de la milicia terrena. Si el mundo hubiera sido entonces conocedor de tus intentos, lo hubiera tomado todo a chacota; y sin embargo fué un momento tan importante para la historia del mundo, como aquel en que, a semejanza de los más ilustres capitanes al concentrar sus tropas, diste orden a tus nueve compañeros de dirigirse de tres en tres a la Ciudad Santa. ¡Qué resultados tan admirables durante aquellos quince años en los que esta tropa escogida, reclutada por el Espíritu Santo, te tuvo a la cabeza como primer general! La herejía barrida de Italia, confundida en Trento, detenida en todas partes, inmobilizada

[1] *I S. Juan*, V, 4.

hasta en su propia morada; inmensas conquistas en tierras nuevas para reparar las pérdidas sufridas en nuestro Occidente; la propia Iglesia rejuvenecida su belleza, restaurada en su pueblo y en sus pastores; asegurada para con sus hijos de una educación correspondiente a sus destinos celestiales; finalmente, en toda la línea donde imprudentemente Satanás había gritado victoria, en medio de espantosos rugidos, es domeñado nuevamente por este nombre de Jesús que hace doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos[1]. ¿Qué gloria, oh Ignacio, ha igualado jamás a ésta en los ejércitos de los reyes de la tierra?

INVOCACIÓN AL JEFE GLORIOSO. — Vela desde el trono que te has conquistado con tantas hazañas sobre estos frutos de tus obras, y continúa mostrándote como soldado de Dios. A través de las contradicciones que no les han faltado nunca, mantén a tus hijos en el puesto de honor y de valentía que hace de ellos los centinelas de la vanguardia de tu Iglesia. Que sean fieles al espíritu de su glorioso Padre, "teniendo sin cesar ante los ojos primeramente el reino de Dios; en seguida, como un camino que conduce a él, la forma de su instituto, consagrando todas sus fuerzas a alcanzar este objeto que Dios les señala, siguiendo no obstante cada uno, la medida

[1] *Filip.*, II, 10.

de la gracia que ha recibido del Espíritu Santo y el grado propio de su vocación"[1]. Finalmente, oh cabeza de tan noble descendencia, abraza en tu amor a todas las familias religiosas cuya suerte ante la persecución ha venido a ser tan estrechamente solidaria en estos días a la de la tuya; bendice particularmente a la Orden monástica que protegió con sus antiguas ramas tus primeros pasos en la vida de perfección, y el nacimiento de la ínclita Compañía que será tu corona imperecedera en los cielos. Protege a España, que te vió nacer no sólo a la vida terrestre sino también a la gracia de la conversión. Ruega para que los cristianos aprendan de ti a militar por Dios, a no renegar nunca de su bandera, ruega para que todos los hombres, bajo tu mando, vuelvan a Dios su principio y su fin.

1 DE AGOSTO

SAN PEDRO AD VINCULA

CADENAS LIBERTADORAS. — Roma, haciendo un dios del hombre que la había esclavizado, consagró el mes de Agosto a la memoria de César Augusto. Cuando Cristo la hubo libertado, colocó como monumento de su libertad reconquistada, a la cabeza del mismo mes, la fiesta de las ca-

[1] Breve de Paulo III.

denas que Pedro, Vicario de Cristo, había llevado para romper las suyas [1].

Sabiduría divina que imperas en este mes, no podías inaugurar más auténticamente tu imperio. Fuerza y dulzura conjugadas son el atributo de tus obras [2], y precisamente en la flaqueza de tus elegidos, triunfas de los poderosos [3]. Tú mismo, para darnos la vida padeciste la muerte; para libertar la tierra que le estaba confiada, Simón, hijo de Juan, quedó cautivo. Primero Herodes, y Nerón después dieron a conocer el precio de la promesa que recibió en otra ocasión de atar y desatar lo mismo en la tierra que en los cielos [4]; en cambio, debió tener el amor al Supremo Pastor hasta tal extremo que tenía, como El, que dejarse cargar de cadenas por su rebaño y ser llevado a donde El no quería [5]. Cadenas glo-

---

[1] En un principio, la fiesta del 1 de Agosto fué la de la Dedicación de la Iglesia de San Pedro ad Víncula. El sacerdote Felipe, a su regreso del concilio de Efeso (431) al que había asistido como legado del Papa Sixto III, restauró, gracias a la liberalidad de la Emperatriz Eudoxia, su *título*, su Iglesia, que en adelante fué llamada el *título de Eudoxia*. Más no tardó en ser llamado igualmente *título de San Pedro ad Vincula*, a causa de las cadenas del apóstol San Pedro que se veneraban en Roma desde hacía largo tiempo. Esta reliquia, que presenta todos los títulos de autenticidad que pudieran desearse, está compuesta de dos elementos: uno de veintidós eslabones con un anillo para cerrarla, otro de once eslabones. La leyenda según la cual la cadena de Jerusalén soldóse milagrosamente con la de Roma, sólo data del siglo XIII y parece no deba concedérsela mucha importancia.

[2] *Sab.*, VIII, 1.

[3] *I Cor.*, I, 18-31.

[4] *S. Mat.*, XVI, 19.

[5] *S. Juan*, XVIII, 12; *S. Juan*, XXI, 15-18.

riosas que nunca haréis temblar a los sucesores de Pedro, vosotras seréis ante los Herodes, los Nerones y los Césares de todos los tiempos, la garantía de la libertad de las almas. ¡Con cuánta veneración os honra el pueblo cristiano!

CADENAS DE PEDRO Y PABLO.—Los eslabones que habían sujetado los brazos del Doctor de las naciones, fueron también recogidos después de su martirio. Desde Antioquía, exclamaba San Juan Crisóstomo que deseaba ir a Roma para venerarlos: "¿Qué cosa más excelente que estas cadenas? Ser prisionero por Cristo es un título más glorioso que el de apóstol, evangelista o doctor. Estar atado por Cristo mejor es que habitar en los cielos; ocupar uno de los doce tronos[1] es menor honor. Si alguno ama, ya me entiende. Mas ¿quién penetrará estas cosas como el coro santísimo de los apóstoles? Por lo que a mí toca, si se me diese a elegir entre estos hierros o el cielo entero, no dudaría un instante, pues en ellos está la dicha. Quisiera encontrarme ahora mismo en esos lugares donde dicen que se conservan todavía las cadenas de esos hombres admirables. Si me fuese dado el estar libre de cuidados, tener un poco más de salud, no titubearía un solo momento en emprender este viaje solamente para contemplar

[1] *S. Mat.*, XIX, 28.

las cadenas de Pablo. Si se me dijese: ¿Quién preferirías tú haber sido, el ángel que libertó a Pedro o Pedro encadenado?; yo preferiría mejor ser Pedro por causa de sus cadenas"[1].

La cadena de Pablo, siempre venerada en la augusta basílica que cubre su tumba, no ha sido objeto, sin embargo de ello, de una fiesta especial en la Iglesia como la de Pedro. Esta distinción fué debida a la preeminencia del que recibió *solo* la llave del Reino de los cielos, y que continúa él solo por medio de sus sucesores ligando y desligando en su soberanía. La colección de las cartas de San Gregorio Magno demuestran cómo en el siglo VI se había extendido universalmente el culto de las santas cadenas en tal manera, que el más rico presente que los Soberanos Pontífices tenían costumbre de ofrecer a las iglesias más insignes y a los príncipes a quienes querían honrar, eran unas pequeñas limaduras encerradas con llaves de oro o plata. Constantinopla, en una época imprecisa, estuvo también dotada de una porción de estas preciosas cadenas; fijó la fiesta de las mismas en el 6 de Enero exaltando con esta ocasión al Apóstol San Pedro como el *ocupante de la primera Sede, fundamento de la fe y base inconmovible del dogma*[2].

[1] Homilía 8.ª sobre la Epístola a los Efesios.
[2] *Meneas*.

GLORIOSA CAUTIVIDAD. — "Mete tus pies en los cepos de la Sabiduría y tu cuello en su argolla, una vez cogida no la sueltes, porque al fin hallarás en ella tu descanso y tu gozo y serán para ti sus cepos defensa poderosa, y su argolla adorno glorioso y sus anillos la salvación [1]. La Sabiduría encarnada aplicándote ella misma este oráculo, oh Príncipe de los Apóstoles, anunciaba que en testimonio de tu amor llegaría un día en el que tú conocerías, en efecto, la sujeción y las cadenas [2]. La prueba, oh Pedro, ha sido contundente para esta Sabiduría eterna, que sabe calcular sus exigencias a la medida de su propio amor. Mas tú también la has hallado fiel: en los días del temible combate, en el que quiso mostrar su poder en tu debilidad, no te abandonó ella en los hierros [3]; en sus brazos dormías tú un sueño tan sosegado en la prisión de Herodes [4]; contigo descendió al calabozo de Nerón [5] allá te tuvo cual fiel compañera hasta el momento en que, sometiendo los perseguidores al oprimido, colocó el cetro en tus manos y la triple corona sobre tu frente.

SÚPLICA POR LA LIBERACIÓN. — Desde el trono en que te sientas junto al Hijo de Dios en los

---

[1] *Ecle.*, IV, 17-22.
[2] *S. Juan*, XXI, 18.
[3] *Ecle.*, IV, 17-22.
[4] *Sab.*, X, 12-14.
[5] *Act.*, XII, 6.

cielos [1], porque acá en la tierra seguístele en la angustia y el dolor [2], desata nuestras cadenas que, por desgracia, no son gloriosas como las tuyas. Rompe los grillos del pecado que nos sujetan a Satanás, estas ligaduras de todas las pasiones que nos impiden emprender el vuelo hacia Dios. El mundo, hoy más que nunca, esclavizado en la golosina de su errónea libertad que le ha hecho olvidar la verdadera, tiene más necesidad de la liberación que en el tiempo de los Césares paganos. Sé, pues, tú, su libertador, tú que únicamente puedes serlo. Sobre todo, sea Roma la que experimente la virtud de emancipación que reside en tus cadenas, pues ha caído ella más bajo por haber sido precipitada desde mayor altura; ellas han venido a ser como una señal para reconocerse sus fieles en las pruebas postreras [3]. Cumple aquello que dijeron antiguamente sus poetas: "rodeada de cadenas siempre será ella libre".

EL MISMO DIA

MEMORIA DE LOS MACABEOS, MARTIRES

El mes de la Sabiduría. — Todo resplandece con la luz de la más brillante de las constela-

[1] *Apoc.*, III, 21.
[2] *S. Luc.*, XXII, 28.
[3] Archicofradía de las Cadenas de San Pedro, erigida el 18 de Junio de 1867.

ciones. Ya en el siglo VI el Concilio de Tours había notado que las fiestas de los santos llenaban todo este mes [1]. "*Tengo mis delicias en estar con los hijos de los hombres*"[2] dijo la Sabiduría; parece que en el mes en que resuenan sus enseñanzas haya puesto su gloria en rodearse de hombres bienaventurados [3] que, caminando con ella por los senderos de la justicia [4], al hallarla han encontrado en ella la vida y la salud que viene del Señor [5]. Noble corte presidida por la Reina de toda la gracia, cuyo triunfo, al consagrar la mitad de este mes, hacía recaer sobre ella las predilecciones de esta Sabiduría del Padre, que no se ha separado de María desde que en ella levantó su trono. ¡Qué efusión de los dones divinos promete a nuestras almas la esplendidez de estos días que vamos a atravesar. Nunca se han enriquecido tanto los graneros del Padre de familia como en estos días de madurez para las mieses del cielo y de la tierra!

Los siete Hermanos Mártires. — Un septenario brilla en el cielo mientras que aquí abajo la Iglesia, al inaugurar estos días benditos, se adorna con la cadena de Pedro como de la alhaja más preciosa. En la arena sangrienta, los sie-

---

1 *Labbe,* V, 857.
2 *Prov.,* VIII, 31.
3 *Ibid.,* 32-34.
4 *Ibid.,* 20.
5 *Ibid.,* 35.

te hermanos Macabeos siguieron a la Sabiduría antes de que ella hubiese manifestado en la carne sus atractivos divinos. La causa sagrada por la cual ellos fueron atletas, su fuerza de alma en los tormentos, sus sublimes respuestas a los verdugos de tal modo ofrecieron el tipo representado después por todos los mártires, que ya en los primeros siglos de la Iglesia cristiana se vió a los Padres reivindicar para ella en estos héroes de la Sinagoga que habían sacado su valor en la fe del Cristo esperado. Sólo ellos, entre todos los santos personajes de la antigua alianza, encontraron por esta razón lugar en el ciclo cristiano y todos los martirologios, los fastos de Oriente como de Occidente, atestiguan la universalidad de su culto [1].

En el tiempo en que con la esperanza de una resurrección mejor [2], rehusaban rescatar sus vidas ante los tormentos, otros héroes de la misma sangre, inspirados con una misma fe, corrían a las armas y libraban a su país de una crisis terrible. Muchos hijos de Israel, olvidándose de las tradiciones de su pueblo, habían ambiciona-

---

[1] Parece, en efecto, que este culto era ya universal desde el siglo v. San Jerónimo creía que sus reliquias estaban en Modin. Como los siete hermanos habían sido martirizados en Antioquía, parece lo más probable que todavía estuviesen allí en el año 570 como lo indica el *Itinerario* llamado Antonino. Una parte de sus reliquias fué llevada a Constantinopla, luego a Roma bajo Pelayo I (556-561). Actualmente están en la Iglesia de San Pedro ad Vincula.

[2] *Hebreos*, XI, 35; *II Mac.*, VII, 9, 11, 14, 23.

do para él las costumbres de las naciones extranjeras, y el Señor, en castigo, dejó caer sobre ellos con todo su peso el yugo de una legislación profana que ellos habían cometido el error de admitir [1]. Pero cuando el rey Antíoco, explotando la traición de algunos, y la indiferencia de la mayor parte, pretendía con sus edictos eliminar la ley divina, que es la que totalmente puede dar poder al hombre sobre los demás hombres, Israel, despertado de pronto, opuso al tirano la reacción simultánea de la rebelión y del martirio. Judas Macabeo, en inmortales combates, reivindicaba para Dios, la tierra de su heredad [2], mientras que por virtud de su generosa confesión, los siete hermanos, émulos de su gloria, *salvaban*, de este modo, como dice la Escritura, a la ley *de la servidumbre de los reyes y de las naciones* [3]. Bien pronto Antíoco, aunque había pedido perdón sin poderlo obtener [4], moría devorado por gusanos como más tarde debían también morir los perseguidores de los cristianos: Herodes, Agripa y Galerio Maximino.

La madre de los Mártires. — El Espíritu Santo, que se reservaba el transmitir él mismo a la posteridad los actos del protomártir de la ley nueva, no obró de otro modo por la pasión de

1 *I Mac.*, IX, 13.
2 *Deut.*, XXXII, 9.
3 *I Mac.*, II, 48.
4 *II Mac.*, IX, 13.

los gloriosos precursores de Esteban, (167 antes de Cristo). Por lo demás, fué también él quien ya entonces, como bajo la ley del amor, inspiraba las palabras, tanto como el velar a estos valientes hermanos y a esta madre más admirable aún, que ante sus siete hijos entregados el uno después del otro a terribles tormentos, no encontraba para cada uno de ellos más que exhortaciones ardientes a morir. Rodeada de sus cuerpos afrontosamente mutilados, se reía del tirano cuya falsa piedad quería al menos que persuadiese al más pequeño a salvar su vida; inclinándose sobre este último superviviente encomendado a su cariño le decía: "Hijo mío, ten piedad de mí que te llevé nueve meses en mi seno, que te alimenté durante tres años con mi leche. Te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todo lo que contienen; comprende que Dios ha hecho todo eso de la nada así como a los hombres. No temas, pues, al verdugo, muéstrate digno de tus hermanos, recibe como ellos la muerte a fin de que te encuentre con ellos por la divina misericordia que debe devolvérmelos." Y el niño intrépido corrió inocente al encuentro de los suplicios; y la incomparable madre siguió después a sus hijos [1].

ORACIÓN. — "Alégrenos, Señor, la fraterna corona de tus Mártires: la cual preste a nuestra

[1] *II Mac.*, VII.

fe el incremento de las virtudes y nos consuele con su múltiple sufragio. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

2 DE AGOSTO

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

A San Alfonso de Ligorio se dirige hoy el homenaje universal del mundo. Grande por sus obras y su doctrina [1], a él se aplica directamente el oráculo del Espíritu Santo. "*Los que enseñan la justicia a muchos, brillarán como las estrellas en la eternidad sin fin*"[2].

EL JANSENISMO. — Cuando vino a este mundo el jansenismo quiso quitar al Padre, que está en los cielos, su misericordia y su bondad; triunfaba en la dirección práctica de las almas, aún en aquellos mismos que desechaban las teorías de Calvino. Só capa de reacción contra una escuela imaginaria de relajamiento, denunciando a bombo y platillos algunas proposiciones ciertamente condenables de hombres aislados, los nuevos fariseos se presentaron como los celosos de la ley. Dando proporciones excesivas al precepto, exagerando el castigo, cargaban las conciencias

[1] *S. Mat.*, V, 19.
[2] *Daniel,* XII, 3.

con aquellos pesos que el Hombre-Dios había reprochado a sus antecesores de aplastar las espaldas humanas [1]. Mas el grito de alarma lanzado por ellos, en nombre de la moral en peligro, no dejó de engañar a los sencillos y terminó por descarriar a los buenos. Gracias a la ostentación de austeridad de sus seguidores, el jansenismo, hábil, por lo demás, en ocultar sus dogmas, llegó pronto, según su programa, a imponerse a la Iglesia en contra de la misma Iglesia; algunos inconscientes aliados suyos les entregaban en la ciudad santa las fuentes de la misma salvación. Muy pronto en muchos lugares, las llaves sagradas, no tuvieron otro uso que abrir el infierno; la mesa sagrada, preparada para sostener y desarrollar en todos la vida, no se hizo accesible más que a los perfectos; y estos no eran juzgados tales sino en la medida en que, por un cambio extraño de las palabras del Apóstol [2], sometieron el espíritu de adopción de hijos al espíritu de servidumbre y de temor; en cuanto a los fieles que no podían levantarse a la altura del nuevo ascetismo, *no encontrando en el tribunal de la penitencia más que a exactores y verdugos en lugar* [3] *de padres y médicos,* no hallaban delante de ellos más que la desesperación y la indiferencia. Eso no obstante, por doquier

---

[1] *S. Mat.,* XXIII, 4.
[2] *Rom.,* VIII, 15.
[3] Pío IX. Carta declaratoria del grado de doctor a S. Alfonso.

leguleyos y parlamentarios prestaban copiosa ayuda a los reformadores, sin preocuparse de la ola de incredulidad odiosa que se iba levantando en su derredor y sin ver la tempestad que promovían estos nublados.

SAN ALFONSO. — ¿Quién sería pues el que, en el callejón tenebroso, donde los doctores, entonces en boga, habían conducido a los espíritus más firmes, encontraría *la llave de la Sabiduría?*[1] Mas *la Sabiduría guardaba entre sus tesoros, fórmulas de nuevas costumbres*[2]. Lo mismo que en otros tiempos a cada dogma atacado había suscitado nuevos defensores; en frente a una herejía que, a pesar de las pretensiones especulativas de sus principios no tuvo más que en ellos una importancia duradera, levantó a Alfonso de Ligorio como el enderezador de la fe, entonces torcida, y al Doctor por excelencia de la moral cristiana. Alejado por igual de un rigorismo fatal y de una condescendencia perniciosa, supo volver a las *justicias del Señor,* hablando como el Salmo, su rectitud al mismo tiempo que su don de alegrar los corazones[3], a sus mandamientos la luminosa claridad que les hace justificarse por ellos mismos[4], a sus oráculos la pureza que arrastra las almas y conduce fielmente a los

[1] *S. Luc.,* XI, 52.
[2] *Eccli.,* I, 31.
[3] Salmo, XVIII, 9.
[4] *Ibid.,* 9-10.

pequeños y a los sencillos desde los principios de la Sabiduría hasta sus cumbres [1].

No fué sólo en el terreno de la casuística donde San Alfonso llegó con su *Teología Moral* a quitar el virus que amenazaba infectar toda la vida cristiana. Mientras que, por otra parte, su valiente pluma no dejaba sin respuesta a ninguno de los ataques de aquel tiempo contra la verdad revelada, sus obras ascéticas y místicas, volvían a la piedad a las fuentes tradicionales de la frecuentación de los Sacramentos, del amor del Señor y de su divina Madre. La Sagrada Congregación de Ritos, que tuvo que examinar sus obras y declaró *que no encontraba en ellas nada que fuera digno de censura* [2] dividió en 40 títulos diferentes sus numerosos libros. Sin embargo de eso, Alfonso no se resolvió hasta muy tarde a comunicar al público los bienes de que su alma estaba inundada. Su primera obra, que fué el libro de oro de *Las Visitas al Santísimo Sacramento y a la Virgen,* no apareció hasta que hubo cumplido los 50 años de edad. Y Dios que prolongó su existencia más allá de los límites ordinarios, no le libró ni la doble carga del episcopado y el gobierno de la congregación que él había fundado, ni las más penosas enfermedades, ni los sufrimientos morales más dolorosos todavía.

---

[1] Salmo, XVIII, 8.
[2] Decreto del 14 y 18 de Mayo de 1803.

VIDA. — Alfonso María de Ligorio nació de padres nobles en Nápoles el 27 de Septiembre de 1696. Su juventud fué piadosa, estudiosa y caritativa. A los 17 años era ya doctor en Derecho Civil y Canónico, y poco después comenzaba una brillante carrera de abogado. Mas, ni sus escritos, ni las instancias de su padre que quiso casarle, le impidieron dejar el mundo: ante el altar de Nuestra Señora hizo voto de recibir las Ordenes. Ordenado de Sacerdote en 1726 se dedicó a la predicación. En 1729 una epidemia le permitió entregarse al cuidado de los enfermos en Nápoles. Poco después se retiró a Santa María de los Montes con unos compañeros y con ellos se preparó a la evangelización de aquellas campiñas. En 1732 estableció la congregación del Santísimo Redentor que le había de ocasionar numerosas dificultades y persecuciones; más bien pronto las vocaciones afluyeron y el Instituto se difundió rápidamente. En 1762 era nombrado Obispo de Santa Agueda de los Godos, cerca de Nápoles. Al punto emprendió la visita de su diócesis, predicando en todas las parroquias y tratando de reformar al clero. Al mismo tiempo continuaba dirigiendo su Instituto y el de religiosas que había fundado para servir de ayuda, con su oración contemplativa, a sus hijos misioneros. En 1775 renunció al episcopado para volver a sus hijos. Muy pronto se produjo una escisión en el Instituto de los Redentoristas y S. Alfonso fué excluído de su familia religiosa. La prueba fué grande, más él no perdió el valor y aún predijo que la unidad se llevaría a cabo después de su muerte. A sus enfermedades físicas vinieron a unirse crisis de escrúpulos y diversas tentaciones; mas en medio de todo esto su amor hacia Dios no cesaba de crecer. Por fin murió el 1 de Agosto de 1787 a la hora del Angelus. Gregorio XVI le inscribió en el catálogo de los Santos en 1839 y Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia.

La misión de los Doctores. — Mucho antes de que tú nacieses, oh Alfonso, un gran Papa había dicho que el papel de los Doctores es "iluminar a la Iglesia, adornarla con virtudes, y formar sus costumbres; por ellos, añadía, brilla ella en medio de las tinieblas como el lucero; su palabra fecundada de lo alto resuelve los enigmas de las Escrituras, desata las dificultades, alumbra las oscuridades, interpreta lo que está dudoso; sus obras profundas, enaltecidas por la elocuencia del discurso, son otras tantas perlas preciosas que ennoblecen la casa de Dios al mismo tiempo que la hacen brillar": Así se expresaba en el siglo xiii Bonifacio VIII cuando elevó al rito doble las fiestas de los Apóstoles, Evangelistas y los cuatro Doctores entonces reconocidos como tales, Gregorio Papa, Agustín, Ambrosio, Jerónimo [1]. ¿Mas no encontramos en esto, impresionante como una profecía y fiel como un retrato, la descripción de aquello que tú ibas a ser?

El ejemplo de un santo. — Gloria sea a ti, que en nuestro tiempo de decadencia renuevas la juventud de la Iglesia, a ti en quien aquí abajo se abrazan una vez más la justicia y la paz al encontrarse con la misericordia y la verdad [2]. Tú diste sin reservas tu tiempo y fuerzas para ob-

[1] Sexti Decret., Lib. III, tit. XXII. De reliqu. et veneratione sanctorum.
[2] Salmo, LXXXIV, II.

tener un tal resultado. "El amor de Dios no está nunca ocioso, decía S. Gregorio; si existe tiene que hacer cosas grandes; si rehusa obrar, entonces no es amor"[1]. ¡Oh qué felicidad la tuya en el cumplimiento del voto temible que habrás hecho de no tener ni siquiera un instante de descanso! Cuando se te presentaron intolerables dolores que hubieran podido justificar, si no exigir, el descanso, se te vió apretando contra la frente con una mano el mármol que parecía disminuir un poco tus dolores y con la otra escribiendo tus obras tan preciosas.

¡Pero mayor fué todavía el ejemplo que Dios quiso dar al mundo cuando permitió que, agotado por los años, la traición de uno de tus hijos atrayese sobre ti la desgracia de aquella Sede Apostólica, por la cual se había consumido tu vida y que, en cambio, te apartaba, como indigno, del Instituto que tú habías fundado! Entonces tuvo licencia el infierno para unir sus golpes a aquellos que venían del cielo; y tú, el Doctor de la paz, conociste asaltos espantosos contra la fe y la santa esperanza. Así se iba coronando tu obra en la debilidad más poderosa que todo[2]; así mereciste a las almas tentadas el apoyo de la virtud de Cristo. Pero habiéndote vuelto niño por la obediencia, estuviste a la vez

---

[1] 20 Homilía sobre el Evangelio.
[2] *II Cor.*, XII, 9-10.

más cerca del reino de los cielos [1] y del pesebre cantado por ti con acentos tan dulces; y la virtud que el Hombre-Dios sentía salir de Sí durante su vida mortal, fluía de ti con una tal abundancia sobre los niños enfermos, presentados por sus madres para que les bendijeses, *que ella les curaba a todos* [2].

PLEGARIA POR LOS REDENTORISTAS. — Terminadas ya las lágrimas y los trabajos, vela de un modo especial y para siempre por nosotros. Conserva los frutos de tus trabajos en pro de la Iglesia. La familia religiosa que te debe la existencia todavía no ha degenerado, mas de una vez en las persecuciones, el enemigo la ha honrado con especiales manifestaciones de su odio; ahora también se ha visto pasar la aureola de los bienaventurados del padre a los hijos; ¡ojalá ellos puedan guardar enternamente con todo cariño estas nobles tradiciones! Que el Padre soberano que en el bautismo nos ha hecho a todos dignos por igual de tener una parte en la suerte de los santos en la luz [3], nos conduzca con felicidad, por medio de tus ejemplos y doctrinas [4] tras nuestro Redentor al reino de aquel Hijo de tu Amor [5].

[1] *S. Mat.*, XVIII, 3.
[2] *S. Luc.*, VI, 19.
[3] *Col.*, I, 12.
[4] Colecta del día.
[5] *Col.*, I, 13.

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN ESTEBAN, PAPA Y MARTIR

DIGNIDAD DEL BAUTISMO. — El recuerdo del Papa Esteban I llena de un perfume de antigüedad la santidad de este día. La gloria especialísima de Esteban consiste en haber sido en la Iglesia el guardián de la dignidad del Bautismo. El Bautismo dado una vez, ya no se renueva, pues el carácter de Hijo de Dios que imprime en el cristiano es eterno; y esta inefable dignidad del primer Sacramento no tiene ninguna dependencia con las disposiciones o el estado del ministro que la confiere. Ya sea Pedro el que bautiza, como dice S. Agustín, ya sea Pablo o Judas, aquél queda por ello bautizado en el Espíritu Santo, sobre el cual descendió en el Jordán la divina paloma [1]. Tal es la adorable munificencia del Señor con respecto al más indispensable de los medios de salvación, pues no es menos válido el bautismo administrado por el cismático o hereje que se ha separado de la Iglesia, o por el mismo pagano que todavía no pertenece a ella con la condición de observar en su esencia el

[1] Tratado VI sobre S. Juan.

rito exterior y de tener la intención de hacer lo que hace la Iglesia.

En tiempo de Esteban I, esta verdad que hoy nadie ignora aparecía con menos evidencia. Célebres Obispos, a los cuales su virtud y ciencia les habían merecido la veneración de su siglo, querían que se hiciera pasar de nuevo por el baño de la salvación a los convertidos de las sectas disidentes. Mas la asistencia prometida a Pedro apareció más divina aún en su sucesor; y mientras mantenía la disciplina tradicional Roma salvó la fe de las Iglesias por medio de Esteban. Testimoniemos nuestra gratitud al Santo Pontífice por su fidelidad en la guarda del depósito que es el tesoro de todos; y pidámosle que proteja no menos eficazmente en nosotros la nobleza y los derechos del santo bautismo[1].

ORACIÓN. — "Oh Dios, que nos alegras con la anual fiesta de tu santo mártir y Pontífice Esteban: haz propicio que nos alegremos también de la protección de aquel cuyo natalicio celebramos. Por Jesucristo nuestro Señor." Amén.

---

[1] San Esteban fué originario de Roma. Era sacerdote cuando sucedió al Papa Lucio el 12 de Mayo de 245. Gobernó la Iglesia en un período de paz. Proclamó la autoridad de la Sede Apostólica sobre los demás Obispos, recordó que Roma era la guardiana infalible de la tradición y condenó a los que creían que el bautismo conferido por los apóstatas o herejes era inválido. Después de su muerte, ocurrida el 2 de Agosto de 257, fué puesto en la cámara de los Papas en el cementerio de Calixto. Los antiguos documentos no mencionan que haya muerto mártir.

3 DE AGOSTO

INVENCION DE SAN ESTEBAN

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS RELIQUIAS. — El 3, 10 y 17 de Diciembre de 415 un piadoso rabino judío contemporáneo de S. Esteban, se apareció al sacerdote Luciano que vivía entonces en Cafar-Gamala, cerca de Jerusalén. Le recomendó levantase sus huesos, juntamente con los de su hijo Abibas de Nicodemus, y los del protomártir Esteban. Indicó el medio de reconocer las reliquias de San Esteban: el mártir estaba enterrado al Oriente de los otros tres cuerpos. Una visión del monje Migethios precisó que los santos se encontraban en una tumba en ruinas sita, al Oeste de una colina que existe hoy todavía.

Las excavaciones emprendidas bajo sus indicaciones tuvieron un término feliz. Cuando fué separado el cuerpo del mártir, se extendió un olor suave y muchos enfermos que estaban presentes sanaron milagrosamente. El Obispo de Jerusalén, Juan, que se había dirigido a este lugar con dos de sus colegas, procedió al reconocimiento de las reliquias y a su solemne traslación a la Iglesia de Santa Sión de Jerusalén. Permanecieron allí hasta el año 439 en que fueron colocadas en el Martiryum que la emperatriz Eudosia y el Obispo Juvenal habían hecho levantar en el lugar de la lapidación.

Tal fué la Invención, o más bien, según la expresión de los contemporáneos, la Revelación del cuerpo de San Esteban. Este suceso, tan pronto como fué conocido causó una emoción extraordinaria en toda la cristiandad. Había vivo interés por conocer todos los detalles y sobre todo por poseer algunas reliquias del Santo.

Reparto de las reliquias. — El sacerdote Luciano extrajo una parte a ocultas que se guardó. Por mediación de un peregrino español, Pablo Orosio, algunos fragmentos de estas reliquias fueron a parar a la isla de Menorca donde causaron la conversión de un gran número de judíos. El Obispo de Uzalis, recibió también una parte de estos restos sagrados, y desde entonces andan distribuídas por las iglesias de Africa reliquias de San Esteban: en Aguas Tibilitinas, Calama, Hipona. Los milagros obrados son numerosos y clamorosos. Así el Domingo de Pascua de 425, un joven epiléptico que estaba rezando ante la memoria de San Esteban en Hipona, se curó repentinamente de su mal y el martes de Pascua, su hermana, agobiada por los mismos dolores sanó también. San Agustín nos recuerda estos prodigios y toma de aquí motivo para mostrar al pueblo que, lo mismo que en los tiempos apostólicos, el favor divino se hace visible en su tiempo, azotado por la invasión de los bárbaros. El Santo Obispo nos dice que había individuos

que gustaban llevar consigo reliquias de San Esteban y se había encontrado una lámina de plomo que atestiguaba que en el siglo VII se usaba aún en Africa.

Hacia el 438, Constantinopla, la capital del imperio, recibió importantes fragmentos del cuerpo del protomártir. Más tarde, hacia fines del siglo VI, en tiempo del Papa Pelagio II, estas reliquias fueron a parar a Roma, donde ya en el siglo V se habían multiplicado los santuarios en honor de San Esteban. El clero de Jerusalén se mostró muy generoso en la distribución de los restos del gran Santo, y gracias a esta difusión de las reliquias en el mundo cristiano, el culto de San Esteban se propagó rápidamente.

El culto de las reliquias. — En Constantinopla, la fiesta del 2 de Agosto (celebrada el 3 en Occidente) tenía primitivamente por objeto la traslación de las reliquias que acababan de llegar de Jerusalén. El más antiguo Sacramentario romano, atribuído al Papa San León, ha conservado numerosas fórmulas de misas para esta fiesta. La última hace alusión a la dedicación de una basílica. Hay que notar que ninguna se refiere precisamente al descubrimiento de las reliquias de San Esteban. Celebran sencillamente en "el Santo levita, las primicias del Martirio". En cuanto al misal romano actual, señala para la

fiesta de este día la misma Misa que en el 26 de Diciembre.

El objeto especial de la fiesta no deja de referirse por eso al feliz descubrimiento de los restos del primero de los mártires. El relato de la Invención nos muestra claramente cómo debemos comprender este suceso. El mundo cristiano estaba entonces revuelto por las invasiones de los Bárbaros en el Imperio; un malestar indefinido se cernía sobre las almas, pues siempre se había creído que la civilización cristiana estaría unida con la prosperidad de Roma. La caída del Imperio en 410 ¿no iba a traer consigo la de la Iglesia? El suceso de la revelación de San Esteban estaba destinado por la Providencia a dar confianza a las almas atormentadas por la duda. En efecto, en la primera visión, Gamaliel dijo al sacerdote Luciano: "Obremos, para que por medio de nosotros Dios abra al género humano la puerta de su misericordia." El viernes siguiente, nuevas instancias: "¿No ves qué angustia y qué turbación existe en el mundo? Vete a decir al Obispo que nos abra y construya un lugar de oraciones, para que por nuestra intercesión Dios tenga piedad de su pueblo."

Súplica. — Tu intercesión, oh Esteban, será siempre eficaz, si estamos animados de aquella tu robusta fe. Estuviste lleno de la fe y del Espíritu Santo, lleno de gracia, de fortaleza y de

Sabiduría, nos dice el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Ojalá podamos comprender, en medio de los turbados tiempos por que atraviesa el mundo, que Dios no nos abandonará, como nunca ha abandonado a sus fieles. Su Providencia quiso manifestar su infinita misericordia a los cristianos, desorientados ante la invasión de los bárbaros, descubriendo tus sagradas reliquias. Esto reavivó sus ánimos. Ojalá pudiésemos comprender mejor en este día, oh Esteban, a la luz de la fe, que Dios nos lleva a El por sus caminos. Ojalá que alumbrados por ese Espíritu Santo que a ti te llenó, estuviésemos en todo tiempo atentos a seguir el divino querer sobre nosotros. Ojalá a ejemplo tuyo, imitemos cada día más la vida de Jesús y perdonemos a nuestros enemigos, para así merecer la dicha eterna de contemplar a ese mismo Señor, sentado a la diestra del Padre, que vive y reina por los siglos de los siglos.

4 DE AGOSTO

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, CONFESOR

LA OBRA DE LA SABIDURÍA. — "La fuente de la Sabiduría, el Verbo del Padre nuestro Señor Jesucristo, cuya naturaleza es bondad, cuya obra es misericordia, no abandona nunca a través de los siglos, la viña que sacó de Egipto; socorre

con modos nuevos a la inestabilidad de las almas, y obra prodigios que aviven la fe vacilante. Así, pues, cuando declinaba el día, y aumentaba el mal enfriando la caridad, y el rayo de la justicia estaba a punto de estallar, el Padre de familias quiso reunir a los obreros de la hora undécima, aptos para el trabajo, con el fin de destrozar la maleza que amenazaba destruir su viña, y al mismo tiempo coger en el lazo la funesta invasión de zorras que maquinaban su devastación; entonces organizó los batallones de los Predicadores y Frailes Menores con sus leaders armados para la batalla.

DOMINGO Y FRANCISCO. — En esta expedición del Dios de los ejércitos, Domingo fué el corcel de su gloria, lanzando intrépido, con el fuego de la fe, el relincho de la divina predicación [1]. Nosotros veremos la parte que tuvo en el combate Francisco, el compañero que le dió el cielo y que apareció como el estandarte viviente del Cristo en cruz, en medio de una sociedad en que la triple concupiscencia daba mano al error para abrir una brecha en el mismísimo cristianismo.

LA POBREZA. — Domingo, como Francisco, encontrando por todas partes unidas la avaricia y la herejía, que serán de ahora en adelante la

[1] Bula "Fons Sapientiae" de Gregorio IX, con motivo de la canonización de Santo Domingo.

principal fuerza de los falsos predicadores, prescribió a los suyos la más absoluta renuncia de los bienes de este mundo y se hizo él también mendigo por Cristo. Habían pasado los tiempos en que los pueblos, reconociendo todas las consecuencias de la Encarnación, constituían en el Hombre-Dios el más extenso dominio territorial que jamás existió, al mismo tiempo que colocaban a su Vicario a la cabeza de los reyes. Después de haber intentado inútilmente humillar a la Esposa sometiendo el Sacerdocio al Imperio, los descendientes indignos de los cristianos de otros tiempos, reprochaban a la Iglesia la posesión de aquellos bienes de los cuales ella no era más que la depositaria en nombre del Señor; había sonado para la Paloma del *Cantar* santo, la hora de comenzar, por el abandono de la tierra, su ascensión hacia los cielos.

La ciencia. — Mas si los dos príncipes de la lucha memorable que contuvo un tiempo los progresos del enemigo, se encontraron en la acogida que tributaron a la santa pobreza, ésta siguió siendo de un modo especial la "Dama" del Patriarca de Asís. Domingo, que como él no tenía más ideal que el honor de Dios y la salvación de las almas, heredó más directamente la ciencia.

"En la luz, dijo Dios a Santa Catalina de Sena, ha fundamentado su base el Padre de los Pre-

dicadores, de la luz ha hecho su finalidad, su arma de combate; tomó para sí el oficio del Verbo, mi hijo, sembrando mi palabra, disipando las tinieblas, alumbrando la tierra; María, por la cual yo le presenté al mundo, hizo de él *el extirpador de los herejes*"[1]. Por eso, la Orden llamada a ser el principal apoyo del Pontífice Supremo en la persecución de las falsas doctrinas debía, si se puede hacer verdadera esta expresión, más que su patriarca: El primero de los tribunales de la Santa Iglesia, la Inquisición Romana, el Santo Oficio, investido del Oficio del Verbo con la espada de dos filos[2] para convertir o castigar, no tuvo instrumento más fiel y seguro.

El liberalismo. — Al igual que Catalina de Sena, el autor ilustre de la Divina Comedia no sospechó que había de llegar un tiempo, en que el primer título de la familia dominicana para el amor agradecido de los pueblos sería puesto en duda en cierta escuela apologética, y en ella, rechazado como un insulto o disimulado como un estorbo. Nuestro tiempo pone su gloria en un liberalismo que ha comenzado a hacer sus pruebas multiplicando las ruinas y no descansa filosóficamente, más que en la extraña confusión de la ciencia con la libertad. No hacía falta más

[1] Diálogo CLVIII.
[2] *Apoc.*, XIX, 11-16.

que esta debilidad intelectual para no comprender que, en una sociedad en que la fe es la base de las instituciones, así como el principio de la Salvación universal, no hay crimen mayor que el destruir el fundamento sobre el cual descansa, juntamente con el interés social, el bien más precioso de los particulares. Ni el ideal de la justicia, ni menos el de la libertad consiste en abandonar a merced del mal o del malvado al débil que no puede defenderse por si mismo. La época de la caballería hizo de esta verdad su axioma y constituyó su gloria; los hermanos de Pedro Mártir consagraron su vida a proteger contra las sorpresas del *"fuerte armado"*[1] y al contagio que se arrastra por la noche[2] la seguridad de los hijos de Dios: esta fué la honra "del ejército que Domingo condujo por un camino; por donde se adelanta y no se yerra"[3].

La protección de María. — ¿Qué mejores caballeros que *estos atletas de la fe*[4], al hacer su promesa sagrada bajo forma de juramento de fidelidad[5] y al escoger como Dama a aquella que, poderosa como un ejército[6], extermina ella

[1] *S. Luc.*, XI, 21.
[2] Salm., XC, 6.
[3] Dante, Paraíso, canto X.
[4] Honorio III, Diploma confirmans Ordinem.
[5] *Promitto obedientiam Deo et B. Mariae.* Constitutiones Fratr. Ord. Predic. 1.ª Distinctio, e XV de Professione.
[6] *Cant.*, VI, 3, 9.

sola las herejías en todo el universo?[1] Al escudo de la verdad[2] y a la espada de la palabra[3] aquella que guarda en Sión las armaduras de los fuertes[4] añadía para sus abnegados servidores el Rosario, señal la más especial de su propia milicia; les señalaba el hábito de su elección como compete al verdadero jefe de la guerra y les ungía con sus manos para la lucha en la persona del Bienaventurado Reginaldo. Ella vigilaba así mismo su reclutamiento, sacando de entre la juventud escogida de las universidades las almas más puras, las más abnegadas, las más nobles inteligencias; París, la capital de la teología, Bolonia, el centro de la jurisprudencia y del derecho, veían a maestros, escolares, discípulos de toda clase de ciencia perseguidos y ganados por la dulce soberana en medio de incidentes que eran más del cielo que de la tierra.

¡Cuánta gracia en estos orígenes en que la serenidad virginal de Domingo parecía rodear a todos sus hijos! Sin duda que en este Orden de la luz se verificaba la verdad de la palabra evangélica. "*Felices los corazones puros porque verán a Dios*"[5]. Ojos alumbrados por el cielo veían representadas en figuras de lirios las fundaciones de los Predicadores; por eso María, por quien

---

1 Antífona de las fiestas de la Virgen en el III Nocturno.
2 Salmo, XC, 5.
3 *Eph.*, VI, 17.
4 *Cant.*, VI, 4.
5 *S. Mat.*, V, 8.

nos ha venido el esplendor de la luz eterna [1], se hacía su celestial maestra y de la ciencia les conducía a la Sabiduría amiga de los corazones limpios [2]. Ella bajaba en compañía de Cecilia y Catalina para bendecir su reposo nocturno, y les cubría con su manto junto al trono del Señor. ¿Cómo pues admirarse de la trasparencia que después de Domingo y durante los generalatos de Jordán de Sajonia, Raimundo de Peñafort, Juan el Teutónico, Humberto Romano, continúa reinando en esas "*Vidas de los Frailes*" y en esas "*Vidas de las Monjas*" de las cuales unas plumas encantadoras nos han transmitido relatos de una exquisita frescura?

Las Monjas. — Discreta lección, al mismo tiempo que ayuda poderosa para los Frailes: en la familia dominicana, dedicada por entero al Apostolado, las monjas nacieron diez años antes, como para indicar que, en la Iglesia de Dios, la acción no puede ser fecunda si no está precedida y acompañada de la contemplación, que la merece la bendición y demás gracias. Nuestra Señora de Prouille, al pie de los Pirineos, no fué ella sola el principio de toda la Orden; a su sombra protectora los primeros compañeros de Domingo hicieron, juntamente con él, la elección de su Regla y se repartieron el mundo mar-

[1] *Sabid.*, VII, 26.
[2] *Ibid.*, VIII.

chando de allí a fundar San Román de Tolosa, luego Santiago de París, S. Nicolás de Bolonia, S. Sixto y Santa Sabina en la Ciudad Eterna.

La Tercera Orden. — Hacia la misma época la institución de la *Milicia de Jesucristo* colocaba bajo la dirección de los Predicadores a seglares que, ante la herejía militante, se comprometían a defender por todos los medios posibles los bienes de la Iglesia y su libertad; cuando los sectarios depusieron las armas, dejando por un tiempo la paz del mundo, la asociación no desapareció: condujo la lucha al terreno espiritual y cambió su nombre en el de Tercera Orden de los *Frailes y Monjas de la Penitencia de Santo Domingo.*

Vida. — Domingo nació hacia el año 1170 en Caleruega, no lejos de Burgos, en España. Fué a estudiar a Palencia donde sobresalió por su ardor en el trabajo y su gran caridad para con los pobres. El Obispo de Osma le agregó a su Capítulo; permaneció allí nueve años, siendo modelo de regularidad en la asistencia al Oficio y en la piedad. Habiendo ido a Roma juntamente con su Obispo, comenzó en 1206 bajo la dirección de un legado pontificio, a predicar en el Mediodía de Francia para convertir a los herejes albigenses. Fijó su residencia en Prouille y desde allí evangelizó toda la comarca. En Tolosa estableció un convento de monjas cuya oración y penitencia sostendrían a su apostolado y cuya enseñanza había de formar a las jóvenes pobres de la nobleza y las protegería de la infección de la herejía. Domingo comprendió pronto que él solo no era suficiente ante el campo que se le ofrecía.

Con varios compañeros se estableció en una casa de Tolosa y comenzaron juntos a llevar la vida religiosa. Después partió para Roma donde se iba a celebrar el Concilio de Letrán y pidió al Papa Inocencio III la autorización para fundar la Orden de los Predicadores. Volvió a Tolosa en 1216 para hacer la elección de una Regla de vida, y se dirigió nuevamente a Roma donde Honorio III, sucesor de Inocencio, la aprobó. Desde entonces las casas de los Predicadores se multiplicaron al mismo tiempo que los milagros obrados por el Santo. Consumido por la fiebre y las fatigas sin nombre que se imponía murió el 6 de Agosto de 1221 a la edad de 51 años. Fué canonizado por su amigo el Papa Gregorio IX en el año 1234.

LA FUENTE DE TODO APOSTOLADO. — Tu ejemplo nos muestra, oh Domingo, que sólo son poderosos ante Dios aquellos que se entregan a él sin buscar ninguna otra cosa y dan a los demás sólo de su plenitud. Desdeñando todo pasatiempo y ciencia en la que no se descubriese la eterna Sabiduría, nos dicen tus historiadores, que de ella sola se prendó tu juventud; toda conversación y toda ciencia donde no se mostrase la eterna Sabiduría, nos dicen tus historiadores, que solamente se alimentó de ésta tu espíritu en tu adolescencia [1]; que se anticipa a los que la desean [2] te inundó desde los primeros años con la luz y las dulzuras pregustadas de la patria. De la sabiduría destilaba sobre ti la serenidad ra-

[1] *Sab.*, VIII, 2.
[2] *Ibid.*, VI, 14.

diante que sobrecogía a tus contemporáneos y que no perturbó nunca suceso alguno. En una paz de cielo bebías a chorros el agua del pozo sin fondo que salta a la vida eterna; pero al mismo tiempo que, en el hondón de tu alma te abrevaba el amor de la sabiduría, aparecía una fecundidad maravillosa en esa fontana de Dios y sus regatos, que se hicieron tuyos, salieron fuera y las plazas públicas beneficiaban las ondas de tu sobreabundancia.

Diste acogida a la Sabiduría y ella te exaltó [1], no contenta con adornar tu frente con los rayos de la estrella misteriosa [2], ella te dió la gloria de los patriarcas y multiplicó por medio de las de tus hijos, tus años y tus obras [3]. No cesaste de ser en ellos uno de los más poderosos apoyos de la Iglesia. La ciencia ha hecho que su nombre sea ilustre entre los pueblos y por su causa su juventud fué honrada entre los ancianos [4]; que sea siempre para ellos, como lo fué para sus mayores, el fruto de la Sabiduría y el camino que a ella les conduce; que se alimente en la oración que tanta parte ha tenido en tu santa Orden, que más que ninguna otra se acerca en este respecto a las antiguas órdenes monásticas. *Alabar, bendecir y predicar*, será hasta el fin de su divisa amada, siendo en ellos el aposto-

[1] *Prov.*, IV, 8.
[2] *Prov.*, IV, 9.
[3] *Ibid.*, 10.
[4] *Sabid.*, VIII. 10.

lado, según la palabra del Salmo, la efusión desbordante del recuerdo de las dulzuras gustadas en el trato con Dios. Así fortalecida en Sión, bendita en su gloriosa labor de propagadora y guardadora de la fe [1], tu noble descendencia merecerá oír por siempre de la boca de Nuestra Señora este estímulo que está por encima de toda alabanza: "*Fortiter, fortiter, viri fortes!* ¡Animo, ánimo, hombres valientes"!

EL MISMO DIA

BEATA JUANA DE AZA

Fué natural de Caleruega (Burgos) y se casó con D. Félix de Guzmán, *rico home* de Castilla. Habiendo ido al monasterio de Santo Domingo de Silos a orar en el sepulcro del santo para obtener un feliz parto, se le apareció el santo abad en sueños y le dijo, que el niño que iba a dar a luz, sería grande ante Dios y los hombres. Vió además salir de su seno un cachorrillo blanco y negro, con una tea encendida en la boca, en ademán de prender fuego el mundo, queriendo indicar que el niño sería una lumbrera para los hombres. Agradecida la madre impuso al infante el nombre de Domingo en memoria de su santo protector. Murió en Caleruega el año 1202.

[1] *Isaías*, XXVI, 1-2.

5 DE AGOSTO

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

La Liturgia del 5 de Agosto. — A pesar de ser de rito doble mayor y pasar inadvertidas de muchos las dos fiestas del 16 de Julio y del 5 de Agosto, sin embargo de ello no son menos queridas de la piedad cristiana. Preludian el triunfo de la Asunción y preparan nuestras almas invitándolas al recogimiento y a una tierna devoción hacia la Madre de Dios. Los meses del verano atraen a los fieles hacia los lugares de peregrinación y a los santuarios dedicados a Nuestra Señora, donde ellos experimentan su presencia de un modo especial y recogen más abundantes frutos de la Mediadora de todas las gracias. La Liturgia nos invita hoy a una peregrinación hecha con el pensamiento y el deseo para celebrar la Dedicación de la Iglesia que fué la que desde hace numerosos siglos llevó primero en Roma el santo nombre de María y que es no solamente una de las más bellas y más ricas de la Ciudad Eterna, sino también la abuela de las innumerables "Nuestra Señora" que la piedad cristiana debía levantar sobre toda la tierra, desde las más modestas capillas de la campiña hasta las espléndidas catedrales de Chartres o de Burgos.

HISTORIA Y LEYENDA. — A mediados del siglo IV, el Papa Liberio añadió un ábside a un vasto salón llamado "Sicininum" y lo consagró para el culto. Por eso todavía se da a ese edificio el nombre de basílica Liberiana. Sixto III la reconstruyó casi enteramente y después la dedicó hacia el año 435 a la Virgen, cuya Maternidad divina había definido el Concilio de Efeso en 431 y también había consagrado el nombre de "Theotokos", Madre de Dios. Entonces fué cuando la basílica recibió y guardó el nombre de Santa María la Mayor.

Una hermosa leyenda, nacida en la Edad Media, cuenta que la Virgen se apareció en sueños a Liberio, encomendándole construir una basílica sobre el Esquilinio, en el lugar que, al día siguiente, estaría cubierto de nieve. Y al día siguiente, en efecto, a pesar de estar en plena canícula, una nevada milagrosa indicó el lugar de la basílica deseada por Nuestra Señora. Con este motivo se la llamó iglesia de Nuestra Señora de las Nieves. La leyenda no está sin conexión con el uso de esparcir en este día una lluvia de flores blancas en la basílica: Esta costumbre simbólica, que manifiesta la pureza virginal de María, ¿fué acaso el origen de la leyenda o bien fué ésta la que dió lugar al rito?[1] Lo único que se sabe con certeza es que Santa María la Ma-

[1] N. Mauricio-Dionisio y Roberto: *Romée* 1948, p. 351.

yor merece ciertamente su nombre: es la basílica mariana por excelencia.

PRESENCIA MARIANA. — A Nuestra Señora se encuentra en este lugar al admirar sobre el frontón del ábside las pinturas que recuerdan los misterios de la Encarnación y de la Maternidad divina. Se la venera ante el bello icono de estilo bizantino llamado "Madona de S. Lucas", por largo tiempo atribuído al Evangelista y que por ser de una época más tardía, es ciertamente la reprodución de una obra más antigua; y Roma que conserva con piedad tantas imágenes admirables de la Virgen, ama a ésta como la más venerable de todas; esta pintura es su palladium, la considera como "la salvación del pueblo romano". Finalmente, a Nuestra Señora se la encuentra también en los recuerdos del pesebre del Salvador: son cinco trozos de madera apolillada encerrados en un relicario que se coloca en el altar mayor, en Navidad, durante la Misa de la media noche.

Son innumerables los peregrinos que han venido a implorar en esta basílica la protección maternal de Nuestra Señora o a entregarla sus homenajes de ternura filial. ¡Y cuántos santos recibieron allí gracias especiales! Aquí fué donde, una noche, la Virgen Santísima colocó al Niño Jesús en los brazos de S. Cayetano de Thienna; aquí donde, en otra Noche de Navidad, San

Ignacio de Loyola celebró su primera Misa; aquí donde también los rosarios rezados por S. Pío V obtuvieron para los Cruzados la victoria de Lepanto; así mismo, delante de la Madona de San Lucas gustaba rezar S. Carlos Borromeo, cuando él era Arcipreste de la basílica, y fué él quien, para atestiguar su gratitud hacia la Madre de Dios, reformó el coro de los canónigos, le dió un reglamento completamente monástico y aseguró una celebración ejemplar del Oficio Divino.

RECUERDOS LITÚRGICOS. — Y ¡qué recuerdos reaviva en nosotros, oh María esta fiesta de Basílica Mayor! Y, ¿qué alabanza más digna, qué mejor oración te podríamos hacer hoy que el recodarte, al pedirte, que renueves y confirmes para siempre, las gracias que recibimos en este sagrado recinto? ¿No es por ventura a su sombra, donde reunidos a nuestra Madre la Iglesia, a pesar de las distancias, hemos gustado las más dulces y triunfadoras emociones de los Oficios litúrgicos?

Allí comenzó el Año litúrgico el primer Domingo de Adviento, como en "el lugar más conveniente para saludar la venida del divino Niño que debía alegrar al cielo y a la tierra y mostrar el sublime prodigio de la fecundidad de una Virgen"[1]. Ansiosas estaban nuestras almas en la Vigilia Santa, que desde la mañana nos invita-

[1] El Adviento, p. 29.

ba a la esplendorosa basílica, donde al fin iba a abrirse la Rosa Mística y a extender su perfume divino. Reina de las numerosas iglesias que la devoción romana ha dedicado a la Madre de Dios, se levantaba ante nosotros resplandeciente por sus mármoles de oro, mas sintiéndose feliz de un modo especial por poseer ella, juntamente con el retrato de la Virgen Madre, el humilde y glorioso pesebre. Durante la noche, una multitud inmensa se agolpaba en sus muros esperando el feliz instante en que este tierno monumento del amor y los abatimientos de un Dios apareciese, elevado sobre las espaldas de los ministros sagrados, como un arca de la nueva alianza, cuya vista reanima al pecador y hace palpitar el corazón del justo [1].

¡Ay! Apenas han pasado unos meses nos encontramos en este noble santuario "compadeciéndonos esta vez de los dolores de nuestra Madre en espera del sacrificio que se preparaba"[2]. Mas pronto alegrías nuevas en la augusta basílica. "Roma honraba en la solemnidad pascual a aquella que, mejor que otra criatura, tuvo derecho de sentir las alegrías por las angustias que su corazón maternal había sobrellevado y por su fidelidad en conservar la fe de la Resurrección durante las crueles horas que su Hijo tuvo

---

[1] El Tiempo de Navidad, p. 176.
[2] La Pasión, p. 549. Estación del Miércoles Santo.

que pasar en la humillación de la tumba"[1]. Resplandeciente como la nieve, oh María, un manto blanco de los recién salidos de las aguas formaba vuestra corte y realzaba el triunfo de este día.

SÚPLICA. — Haz, tanto en ellos como en todos nosotros, oh Madre, que los sentimientos sean siempre puros como el mármol blanco de las columnas de tu Iglesia querida; la caridad resplandeciente como el oro que brilla en tus alfarjes; las obras luminosas como el cirio pascual, símbolo de Cristo vencedor de la muerte y que te honra desde que empieza a lucir.

6 DE AGOSTO

LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

"Oh Dios, que, en la gloriosa Transfiguración de tu Unigénito, confirmaste los Misterios de la fe con el testimonio de los Padres, y declaraste admirablemente, por medio de la voz salida de la luminosa nube, la perfecta adopción de hijos: haz propicio que seamos coherederos del mismo Rey de la gloria y partícipes de su misma gloria." Noble fórmula que resume la oración de la Iglesia y nos da su pensamiento en esta fiesta de testimonio y de esperanza.

[1] El Tiempo Pascual, p. 52-53.

SENTIDO DEL MISTERIO. — Mas, es necesario hacer notar que la memoria de la gloriosa Transfiguración se ha hecho ya dos veces en el Calendario Litúrgico; el segundo Domingo de Cuaresma y el Sábado que le precede. Con lo que se nos quiere significar, que la solemnidad presente tiene menos objeto recordar el hecho histórico ya conocido, que el misterio permanente que se saca de él; menos el favor personal que honró a Simón Pedro ya los hijos del Zebedeo que el cumplimiento del mensaje de que fueron ellos encargados de comunicar a la Iglesia: "*No digais a nadie esta visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos*"[1].

La Iglesia, que nació del costado del Hombre Dios, abierto en la Cruz, no debía encontrarse con él cara a cara, cuando, resucitado de entre los muertos, hubiese sellado su alianza con ella en el Espíritu Santo, sola la fe tenía que sostener su amor. Pero, con el testimonio que suple a la vista, no faltaba nada a las legítimas aspiraciones de conocer.

LA ESCENA EVANGÉLICA. — Por eso, un día de su vida mortal, dando tregua a la ley común de sufrimiento y oscuridad que se había impuesto para salvar al mundo, dejó resplandecer la gloria que llenaba su alma dichosa. El rey de los Judíos y de los Gentiles se revelaba sobre la

[1] *S. Mateo*, XVII, 9.

montaña [1] en la que su esplendor sosegado eclipsaba para siempre los rayos del Sinaí. El Testamento de la alianza eterna se mostraba, no ya en la promulgación de una ley de servidumbre, grabada sobre la piedra, sino en la manifestación del mismo Legislador, que venía en la figura de Esposo a reinar por la gracia y la hermosura sobre los corazones [2]. La profecía y la ley que prepararon sus caminos en los siglos de espera, Elías y Moisés, que venían de lugares diferentes, se encontraban ante El, cual emisarios fieles en el punto de la cita; haciendo honores al Dueño común de su misión, se eclipsaban en su presencia a la voz del Padre que decía: *¡Este es mi Hijo muy amado!* Tres testigos más autorizados que los demás asistían a esta escena solemne: el discípulo de la fe, el del amor y el otro hijo de Zebedeo que debía sellar el primero con su sangre la fe y el amor apostólicos. Según se lo habían mandado, guardaron religiosamente el secreto hasta el día en que convenía que sus bocas predestinadas pudiesen comunicarle.

DATA DE LA FIESTA. — ¿Fué siempre precioso para la Iglesia este día? Varios lo afirman. Por lo menos era conveniente que el recuerdo de esta fiesta se celebrase en el mes de la Sabiduría

[1] Himno de Vísperas.

[2] Salmo, XLIV, 5.

eterna: *Destello de la luz increada, espejo sin mancha de la bondad infinita*[1].

Hoy, los trascurridos siete meses después de la Epifanía manifiestan plenamente el misterio cuyo primer anuncio alumbró con destellos tan dulces el Ciclo desde el principio. En virtud del septenario revelado otra vez aquí, *los comienzos de la esperanza han aumentado como el Hombre Dios y la Iglesia*[2] y esta, establecida en la paz del pleno crecimiento, llama a todos sus hijos para que crezcan como con la contemplación del Hijo de Dios hasta la medida de la edad perfecta de Cristo. Así comprendemos porque se han tomado, en la Liturgia de este día fórmulas y cantos de la gloriosa Teofanía: *Levántate Jerusalén, ilumínate, porque tu luz ha llegado y se ha levantado sobre ti.* El motivo es porque, la Esposa, *resplandeciente también ella con la claridad de Dios*[3] ha sido glorificada en la montaña con el Señor.

EL VESTIDO DE CRISTO. — Mientras "su faz resplandecía como el sol", dice el Evangelio hablando de Jesús, *sus vestidos se tornaron blancos como la nieve*[4]. Ahora bien, estos vestidos, que brillan como la nieve, dice S. Marcos, que no hay

---

[1] El mes de la Sabiduría es Agosto por leerse en los maitines de los Domingos los libros Sapienciales.

[2] Traduce libremente un pensamiento de San León Magno, 2.º sermón de Epifanía.

[3] Capítula de Nona; *Apoc.*, XXI, 11.

[4] *S. Mat.*, XVII, 2.

batanero que los pudiera hacer más blancos sobre la tierra [1], ¿qué son sino los justos, inseparables del Hombre-Dios y su adorno regio, sino el vestido sin costura, que es la Iglesia, y que María continúa tejiendo para su Hijo con la lana más pura y con el lino más hermoso? Por eso, aunque el Señor, habiendo pasado el torrente del sufrimiento, haya entrado personalmente en su gloria, el misterio de la Transfiguración no estará completo sino hasta el momento en que el último de los elegidos, habiendo pasado él mismo por la preparación laboriosa de la prueba y gustada la muerte, se haya juntado con la cabeza en su Resurrección. Rostro del Salvador, embeleso de los cielos, entonces brillará en ti todo: la gloria, la hermosura y el amor. Expresando a Dios en la semejanza perfecta del Hijo como hombre, extenderéis la complacencia del Padre, al reflejo de su Verbo que hace a los hijos de adopción, gozándose en el Espíritu Santo hasta en las últimas franjas del manto que llena con el templo [2].

El misterio de la adopción divina. — En efecto [3], según la doctrina de Santo Tomás, la adopción de los hijós de Dios que consiste en una conformidad de imagen con el Hijo de Dios por natu-

---

1 *S. Marc.*, IX, 2.
2 *Isaías*, VI, 1.
3 III.ª P., qu. XLV, art. 4.

raleza [1], puede darse de dos modos: primero por la gracia de esta vida, y esta es la conformidad imperfecta, y segundo por la gloria de la patria y esta es la conformidad perfecta, según aquellas palabras de S. Juan: "Nosotros somos desde ahora los hijos de Dios y, sin embargo, no aparece lo que seremos más tarde; sabemos que cuando aparezca Jesús, le seremos semejantes porque le veremos así como es él" [2]. La palabra eterna: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* [3] ha tenido dos ecos en el tiempo: en el Jordán y sobre el Tabor, y Dios, *que no se repite nunca* [4] no ha hecho en esto excepción a la regla de no volver a decir lo que dijo una vez, pues aunque los dos términos empleados en las dos circunstancias sean indénticos, con todo eso no tienden los dos al mismo fin, prosigue diciendo siempre Santo Tomás, sino para mostrar el modo diferente con que el hombre participa de la semejanza de la filiación eterna. En el Bautismo del Señor, donde fué declarado el misterio de la primera regeneración, como en su Transfiguración que nos manifiesta la segunda, la Trinidad apareció toda: el Padre en la voz, el Hijo en su humanidad, y el Espíritu Santo, primero en forma de paloma, después en la nube luminosa; pues si en el bautismo confiere la inocencia que está represen-

1 *Rom.*, VII, 29-30.
2 *I S. Juan,* III, 2.
3 Salmo, II, 7.
4 *Job.*, XXXIII, 14.

tada por la sencillez de la paloma, en la Resurrección dará a los elegidos la claridad de la gloria y el frescor rejuvenecedor que están significados por la nube luminosa [1].

Enseñanza de los Padres. — "Subamos a la montaña, exclama S. Ambrosio; supliquemos al Verbo de Dios que se nos muestre en su esplendor y hermosura; que se fortifique, que progrese felizmente y que reine en nuestras almas [2]. ¡Pues, oh misterio profundo! según tu medida crece o decrece en ti el Verbo. Si no alcanzas esa cima más elevada que el pensamiento humano, no se te aparece la Sabiduría; el Verbo se te muestra como en un cuerpo sin brillo ni gloria."

Si la vocación que se te manifiesta en este día tan grande y tan santa [3], entonces "reverencia al llamamiento de Dios", dice a su vez Andrés de Creta [4], no te desconozcas a ti mismo, no rechaces un don tan grande, no te muestres indigno de la gracia, no seas tan flojo en tu vida que pierdas este tesoro celestial. Deja la tierra en la tierra, *y a los muertos que entierren a sus muertos*[5]; despreciando todo aquello que pasa, todo aquello que muere con el siglo y la carne; sigue inseparablemente hasta el cielo a Cristo

[1] III.ª P., ibíd., ad 1-2.
[2] Salmo, XLIV.
[3] Comentario sobre S. Lucas, l. VII, 12.
[4] Sermón sobre la Transfiguración.
[5] *S. Mat.*, VIII, 22.

que por ti caminó por este mundo. Que el temor y el deseo te ayuden para apartar de ti la desconfianza y guardar el amor. Entrégate todo entero; se dócil al Verbo en el Espíritu Santo, para seguir el fin tan dichoso, tan puro como es tu deificación con él, goce de bienes inenarrables. Por el celo de las virtudes, por la contemplación de la verdad llega a la Sabiduría que es el principio de todo y en la que *subsisten todas las cosas*[1].

Historia de la fiesta. — Los orientales celebran esta fiesta desde hace muchos siglos. Ya festejaba en Armenia a comienzos del siglo IV con el nombre de "llama de la rosa, rosae coruscatio." Suplantó a una fiesta de las flores que se celebraba en honor de Diana y figura entre las cinco fiestas principales de la Iglesia de Armenia. Los griegos la celebran el séptimo Domingo después de Pentecostés, aunque su Martiriólogo la menciona el 6 de Agosto.

En Occidente se ha celebrado de un modo especial desde el año 1457, fecha en que el Papa Calixto III promulgó un nuevo oficio y la hizo obligatoria en acción de gracias por la victoria conseguida el año precedente sobre los turcos, junto a los muros de Belgrado. Mas esta fiesta, celebrada ya en iglesias particulares, Pedro el Venerable, Abad de Cluny, había mandado que

[1] *Col.*, I, 16-17.

se solemnizase en todas las iglesias de su Orden cuando, en el s. XII, Cluny tomó posesión del monte Thabor.

LA BENDICIÓN DE LAS UVAS. — Existe la costumbre entre los griegos, y entre los latinos, de bendecir en este día las uvas nuevas. Esta bendición se da en la misa, al fin de la oración *Nobis quoque peccatoribus*. Los liturgistas, con Ricardo de Cremona, nos han dado la razón del porqué se hace este día. La Transfiguración es un anticipo de lo que será el estado de los fieles después de su resurrección y por eso se consagra la sangre del Señor con vino nuevo, si posible haberlo a mano, para significar lo que se escribe en el Evangelio: "Ya no beberé más del fruto de la viña hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre"[1].

Terminemos con el rezo del himno de Prudencio que la Iglesia canta en las Vísperas y en los Maitines del día:

HIMNO

Los que buscáis a Cristo, levantad vuestros ojos a lo alto; allí contemplaréis el signo de su gloria eterna.

La luz brillante muestra a Aquel que no conoce término, al Dios sublime, inmenso, sin límites, cuya existencia es anterior a la del cielo y del caos.

Es Rey de las naciones, Rey del pueblo judío, prometido hace siglos al Patriarca Abraán y a su descendencia.

---

[1] *S. Mat.*, XXVI, 29.

Los profetas son testigos, y, mediante su garantía, El mismo es también testigo, el Padre nos manda escucharle y creerle.

Oh Jesús, gloria a ti, que te manifiestas a los pequeñuelos, con el Padre y el Espíritu Santo en los siglos infinitos. Amén.

EL MISMO DIA

SAN SIXTO, PAPA Y MARTIR Y LOS SANTOS FELICIANO Y AGAPITO, MARTIRES

EL TESTIMONIO DE LA SANGRE. — "XISTUM *in cimiterio animadversum sciatis octavo iduum augustarum die*". Sabed que Sixto ha sido decapitado en el cementerio el ocho de los idus de Agosto [1]. Estas palabras de S. Cipriano señalan el comienzo de un período glorioso para la Historia. Desde el Soberano Pontífice hasta Cipriano pasando por el diácono Lorenzo, ¡cuántos holocaustos va a presentar en pocas semanas al Dios Altísimo! Se diría que la Iglesia en esta fiesta de la Transfiguración del Señor está impaciente por unir su testimonio de Esposa al de los Profetas, de los Apóstoles y de Dios. El Muy-Amado. proclamado como tal en los cielos [2], ve que la tierra le atestigua también su amor: ¡testimonio de la sangre y de todos los heroísmos, eco

[1] Carta LXXXII.
[2] *S. Mateo*, XVII, 5.

sublime levantado por la voz del Padre en todas las calles de nuestro pobre mundo y que repercutirá en los siglos!

S. Sixto. — Saludemos en este día al noble Pontífice que bajó el primero al arenario que abrió Valeriano de par en par a los soldados de Cristo. Estamos en el año 258. El emperador acaba de prohibir todas las reuniones del culto cristiano, aún las celebradas en los cementerios y a estos les pone en prisiones. Por primera vez la Iglesia es atacada como asociación civil. Se la iguala a los colegios ilícitos contra los cuales la ley romana es inexorable. Los lugares de reunión intraurbanos, iglesias propiamente dichas, quedan confiscados.

Ante tales prohibiciones. ¿Cuál va a ser la actitud de los jefes de la Iglesia? Suprimir las reuniones es amenazar su misma vida. Entonces Sixto II decide que la Iglesia continúe viviendo, que los fieles se reunan como de costumbre en los cementerios que se encuentran fuera de Roma. El 6 de Agosto de el 258, en una cripta del cementerio de San Calixto fué sorprendido en medio de sus feligreses cuando celebraba el Santo sacrificio de la Misa. El pueblo intentó protegerle, más, lleno de valor y sangre fría, se presentó a los soldados que al punto le mataron juntamente con cuatro diáconos que le asistían. Otros dos diáconos, Feliciano y Agapito, van a ser ellos también víctimas de este tumulto, siendo enterrados en el cementerio de Pretestato; el séptimo diácono, Lorenzo, será ejecutado algunos días después.

San Sixto fué enterrado en el lugar mismo de su martirio, en la cripta que se conoce con el nombre de "cripta de los Papas", uno de los lugares más santos de la Ciudad Eterna. S. Sixto fué casi el más popular de los Papas mártires y su culto comenzó

desde el día de su muerte. En Roma había en este día doble estación, la una en el cementerio de San Calixto, donde reposaba el Santo Papa y sus cuatro diáconos, y la otra en el cementerio de Pretextato donde habían sido enterrados los otros dos.

Oración. — "Oh Dios que nos concedes la gracia de honrar el nacimiento para el cielo de tus santos Mártires, Sixto, Felicísimo y Agapito; concédenos a nosotros la de gozar de su compañía en la eternidad dichosa. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

7 de agosto

SAN CAYETANO DE THIENNA, CONFESOR

El reformador. — Cayetano apareció como el celador del santuario, en el momento en que la seudo-reforma lanzaba por el mundo sus proclamas de rebelión. El peligro había tenido como causa la incapacidad de los obispos y de los sacerdotes, su connivencia con las doctrinas y costumbres paganas, que había traído consigo un renacimiento mal entendido. Cayetano debía ser uno de los representantes más ilustres de la reforma eclesiástica del siglo xvi.

Los clérigos regulares. — La necesidad urgente en estos días nefastos era la renovación del clero por la dignidad de la vida, el celo y la

ciencia: se necesitaban para esta obra hombres que, siendo ellos mismos clérigos en la verdadera acepción de la palabra y la variedad de obligaciones que lleva consigo, fuesen para los miembros de la jerarquía un modelo permanente de la primitiva perfección, una ayuda a los incapaces, una levadura que poco a poco regenerase y fermentase toda la masa. Mas ¿dónde sino en la vida de los consejos, en la estabilidad de la práctica de los tres, que constituyen la verdadera vida cristiana, se podían encontrar la esencia, el impulso, la fuerza, la duración necesarias para los elementos de empresa de tal envergadura? La inagotable fecundad del estado religioso no le faltó a la Iglesia en estos días de decadencia, como tampoco en las épocas de su gloria. Después de los monjes, que en los yermos buscando a Dios atraían hacia la tierra las luces y el amor; después de las familias de religiosos mendicantes que conservaban en medio del mundo sus hábitos claustrales, entraban en el campo de batalla los clérigos regulares en donde su puesto de combate, su género exterior de vida, su mismo hábito les colocarían mezclados en las milicias seglares.

Su fundador. — Como otros habían sido los innovadores de las grandes formas anteriores de la vida religiosa, Cayetano fué el Patriarca de los Clérigos Regulares. El 24 de Junio de 1524

un breve de Clemente VII, aprobaba con nombre el Instituto que él había fundado este mismo año juntamente con el Obispo de Teate, de donde les viene el nombre de Teatinos a los nuevos religiosos. Pronto, los Barnabitas, la Compañía de Jesús, los Somascos de San Jerónimo Emiliano, los clérigos regulares Menores de S. Francisco Caracciolo, los Clérigos regulares Ministros de enfermos, los Clérigos regulares de las Escuelas pías, los clérigos regulares de la Madre de Dios y otros más, se precipitarán en el camino abierto y mostrarán a la Iglesia siempre hermosa, siempre digna del Esposo, haciendo caer con todo su peso sobre le herejía la acusación de impotencia que ella le había lanzado.

Cayetano quiso que fuese en el terreno del desapego de las riquezas, cuyo amor había causado tantos males en la Iglesia, donde debía comenzar a trabajar y llevar más lejos la reforma. Se vió a los Teatinos presentar al mundo un espectáculo desconocido desde el tiempo de los Apóstoles: llevar el acto del desapego hasta prohibir la mendicidad, esperándolo todo de la espontánea iniciativa de los fieles. Heroico homenaje hecho a la providencia de Dios y en el mismo momento en que Lutero negaba su existencia y que muchas veces plugo al desmostrarla con numerosos prodigios el Señor.

VIDA. — Cayetano nació en Vicencia, hacia el año 1480. Estudió el derecho en Padua y luego se fué a

Roma donde el Papa Julio II le honró con una prelatura. Ordenado de sacerdote el 30 de Septiembre de 1516, abandonó la Corte Pontifical y se dedicó de lleno al servicio de Dios, de los pobres y de los enfermos en los hospitales. Su celo le llevó a dar una vida nueva a la asociación del divino amor cuyos miembros se entregaban a todas las obras de caridad. Su piedad y su amor por la Santísima Virgen eran muy notables y, en la noche de Navidad de 1517, mientras oraba en la basílica de Santa María la Mayor, vió, en éxtasis, nacer a Nuestro Señor y tuvo la dicha de recibir en sus brazos al Niño Jesús. En 1523, en compañía del Obispo de Chieti [1] Carafa, el futuro Paulo IV, organizó el nuevo instituto de los Clérigos regulares que debían llevar la vida apostólica, sin cuidarse de las cosas de la tierra y contentarse con los dones que espontáneamente le concediesen los fieles. Poseyó el celo del culto divino, el amor de la hermosura de la casa de Dios y de la fidelidad a los ritos Litúrgicos. Murió en Nápoles el 7 de Agosto de 1547. Urbano VII le beatificó en 1629 y Clemente en 1671 le proclamó Santo.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA. — ¿Quién como tú, oh gran santo, ha hecho tanto honor a las palabras del Evangelio: *No os preocupéis ni del comer, ni del beber, ni del vestir* [2]. Conocías también aquella otra clase igualmente divina: *El que trabaja merece que le alimenten* [3] sabías que se aplicaba *principalmente a los obreros de la doctrina* [4], no ignorabas que otros sembradores

[1] Chieti, en latín *Theate*, de donde viene el nombre de Teatinos.
[2] *S. Mat.*, VI, 31.
[3] *Ibid.*, X, 10.
[4] *I Tim.*, V, 17-18.

de la Palabra habían, antes que tú, fundado sobre ella el incontestable derecho de su pobreza para reivindicar por lo menos el pan de la limosna. ¡Sublime reivindicación de las almas hambrientas de oprobios por imitación de Jesús! Mas la Sabiduría que somete las aspiraciones de los Santos a las circunstancias de los tiempos en que ella coloca su vida mortal, hizo predominar en ti, sobre la sed de humillaciones, la ambición de exaltar en tu pobreza a la santa Providencia. ¿No era esto acaso lo que necesitaba un siglo en que el neopaganismo parecía no querer contar más con Dios, aún antes de haber dado oídos a la herejía? Tomaste a pecho, oh Cayetano, el justificar al Padre que está en los cielos; el mostrar que él estaba siempre presto a cumplir la promesa hecha en su nombre por su Hijo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura* [1].

De este modo, con hechos, debías conmenzar la reforma del Santuario a la cual habías resuelto consagrar tu vida. Era necesario recordar desde el principio a los miembros del clero el espíritu de la fórmula sagrada usada en el día de su ordenación, en aquel día bendito en que, despojándose del espíritu del siglo con su traje dicen con la alegría del corazón: *El Señor*

[1] *S. Mat.*, VI, 33.

es la parte de mi heredad y de mi cáliz; tú eres, ¡Oh Señor! el que me devuelves mi herencia[1].

Súplica por el clero. — ¡Oh Cayetano! El Señor reconoció tu celo y bendijo tus esfuerzos. Guarda en nosotros el fruto de tus trabajos. La ciencia de los ritos sagrados queda muy deudora a tus hijos; ojalá llegue a prosperar en medio de una fidelidad renovada a las tradiciones de su padre. Tu bendición de patriarca acompañe siempre a las numerosas familias de Clérigos regulares que marchan en pos de ti y todos los ministros de la santa Iglesia experimenten que en el cielo tú eres poderoso para mantenerlos, y si fuera necesario, volverles al camino de su estado santo, como tú lo fuiste sobre la tierra. El ejemplo de tu confianza en Dios debe enseñar a todos los cristianos que tienen en el cielo un Padre cuya Providencia no se olvida jamás de sus hijos.

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN DONATO, OBISPO

Honremos la memoria del segundo Obispo de Arezzo, S. Donato, a quien S. Gregorio el Grande colocó entre los Padres de la Iglesia. Italia en

[1] Pontifical Romano. Salmo, XV, 5.

otros tiempos tuvo para con él una gran devoción y le construyó en su hora numerosas iglesias y un Monasterio en el Aventino, en Roma. Los Martirologios y Sacramentarios están acordes en darle el título de Confesor y no el de Mártir que le atribuyen sus actos legendarios. Los fieles han de unirse a los sacerdotes que aman de un modo especial el recitar las oraciones de la Misa de este día en que honran al sacerdocio.

Colecta. — Oh Dios, gloria de tus sacerdotes: suplicámoste hagas que sintamos el auxilio de tu santo mártir y Obispo Donato, cuya fiesta celebramos. Por el Señor.

Poscomunión. — Omnipotente y misericordioso Dios, que nos haces partícipes y ministros de tus Sacramentos: haz, te suplicamos, que, por intercesión de tu santo mártir y Pontífice Donato, adelantemos con la participación de su fe y con su digno servicio. Por el Señor.

8 de agosto

LOS SANTOS CIRIACO, LARGO Y ESMARAGDO, MARTIRES

Los Santos "Auxiliadores". — La piedad popular de la Edad Media ha dado a ciertos Santos

el nombre de Santos "Auxiliadores" o "Auxiliares" por razón de las virtudes que se les atribuía, o de los sufrimientos, palabras y milagros que narraban sus Actas. Entre estos Santos—y ya hemos hallado muchos en el curso del Año Litúrgico—se encuentra el que la Iglesia celebra el día de hoy: S. Ciriaco. Su leyenda, que data del siglo V o VI, cuenta que tenía, en su oficio de diácono, un gran poder sobre el demonio, habiendo librado de él a la hija de Diocleciano y a la del Rey de Persia. Se le atribuye igualmente el poder de curar las enfermedades de ojos. La experiencia muestra, por lo demás, que la piedad de los fieles y su fe en la intercesión de los Santos no son vanas, y que Dios, por su oración, concede con frecuencia las gracias que se le piden con confianza.

VIDA. — Hay que observar que no hay uno sino dos Ciriacos y nos faltan los detalles precisos sobre su existencia. Del primero puede decirse solamente que fué el fundador del título, o Iglesia que se encontraba cerca de las termas de Diocleciano. Esta Iglesia estaba ya en ruinas en el s. XVI y actualmente no queda nada de ella.

El otro Ciriaco es de la época de las persecuciones. Fué enterrado juntamente con un grupo de mártires. Largo, Crescenciano, Memmia, Juliana y Esmaragdo en la vía Ostiense, no lejos de S. Pablo Extra-Muros. Honorio I, erigió en este lugar una basílica, mas habiendo sido esta abandonada en el s. IX, sus reliquias fueron repartidas por muchas iglesias.

La fiesta de este grupo de mártires es una de las más antiguas y la devoción de que son objeto muestra que su prestigio es grande ante Dios.

ORACIÓN. — "Oh Dios que nos alegras con la solemnidad anual de tus santos mártires Ciriaco, Largo y Esmaragdo, sednos propicio y concedednos la gracia de imitar el valor con el cual han sufrido aquellos cuyo nacimiento para el cielo nosotros celebramos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea."

9 DE AGOSTO

SAN JUAN MARIA VIANNEY, CONFESOR

LA POPULARIDAD DE LOS SANTOS. — "Es un hecho que la Iglesia, después que ha pronunciado con previo, largo y minucioso conocimiento de causa, que tal o cual de sus hijos practicó en grado heroico las virtudes del Evangelio y que Dios le ha recompensado con el privilegio auténtico de hacer milagros, cuando inmediatamente es invocado, amado, aclamado, por desconocido que haya sido antes a las naciones extranjeras, y a pesar de sus esfuerzos por ocultarse a los demás e ignorarse así mismo.

"Aunque no haya sido más que un humilde cura de una parroquia de 200 almas, como fué la de Ars, a pesar de eso, los católicos del universo saben su nombre y quieren saber los detalles de

su biografía. Si juzgamos a los santos con miras humanas, sería necesario declararles como los más astutos de todos los demás hombres, ya que ellos se dirigen, como por instinto, hacia esa celebridad mundial que muchos envidian sin poder nunca obtener.

"Nada, fuera de este aspecto, es atractivo en el espectáculo de su vida. Porque, ¡qué variedad en sus caminos y en sus métodos! ¡Qué diversidad, por no decir que contraste de caracteres y de obras! Unos permanecen extraños al mundo y solitarios; éstos, desbordantes de iniciativa, dejan sobre una sociedad, sobre un país o sobre su época la impronta de su acción; aquellos caminan en medio de tinieblas y a través de continuos matorrales de espinas que les hacen sangrar, mientras que otros muchos saltan por encima de los obstáculos y se ciernen en medio de la luz más brillante.

"Se ha creído mucho tiempo en la monotonía de los Santos. Más en nuestros días van adquiriendo fama por todas partes. Escritores de valía han notado que la interesante ascensión de un genio es inferior a la emoción más fuerte de ver a un cristiano ascender hacia la perfección"[1].

UN CURA DE ALDEA. — ¿Qué encontramos hoy en el Calendario Litúrgico? Un cura de aldea:

[1] Mgr. Grente, *Œuvres oratoires*, V, 39.

un pobre cura tan poco dotado intelectualmente que aún sus superiores dudaron permitirle ascender a las Ordenes. Le negaron por mucho tiempo el oficio de confesar y después le enviaron a una parroquia de las más pequeñas y de las más pobres de la Diócesis de Lyon: de aspecto tan enclenque y de aire tan campesino que sus feligreses, que no eran exigentes, no se mostraron muy contentos; de memoria tan rebelde, que le eran necesarias siete u ocho horas de esfuerzos para aprenderse sus sermones; de una pobreza tan extrema que no tenía más que una sotana raída, un sombrero viejo, zapatos burdos claveteados, y que por toda herencia no pudo dejar a su parroquia más que su cuerpo extenuado por los ayunos, las disciplinas y el cilicio.

La conversión de una parroquia. — Y sin embargo de eso, este pobre sacerdote haría que pronto se hablara de él. Al enviarle a Ars, el Vicario General le dijo: "No hay mucho amor de Dios en esa parroquia. Implántale tú, si puedes." Nunca fué observada mejor una consigna. Mas esto no sucedió sin sufrimientos, y más tarde el santo cura dirá: "Si yo hubiese sabido lo que debía sufrir aquí, hubiera muerto repentinamente." No perdonó nada para alcanzar de Dios la conversión de su parroquia. Se levantaba a la una o a las dos de la mañana, y pasaba una gran parte del día ante el Santísimo Sacramento;

todas las tardes se daba disciplina hasta derramar sangre; jamás usaba de calefacción; su caridad le llevaba hacia todas las miserias de las almas a él confiadas, hacia los enfermos a quien el reconfortaba y salvaba.

Sus feligreses debieron pronto reconocer los méritos del cura que la Providencia les había enviado. Cuando le vieron transfigurado en el altar en que celebraba el Santo Sacrificio, cuando oyeron sus sermones muy sencillos, pero ardientes de amor de Dios y más todavía sus catequesis que ilustraba tanto a los grandes como a los más pequeños, cuando se dieron cuenta de las mortificaciones, que se imponía por ellos, cuando oyeron al demonio perseguirle, su estima aumentó y no tardaron en proclamar su santidad.

CONVERSIÓN DE LAS MULTITUDES. — Su fama se extendió pronto por doquier y pronto las muchedumbres se agolpaban para ver a aquel cura que leía en las almas, predecía el futuro, curaba a los enfermos y tranquilizaba a las conciencias dándolas la luz y el perdón de parte de Dios. Mientras que en la otra extremidad de la diócesis de Belley, en otra aldea llamada Ferney, se veía a algunos admiradores esforzarse por sostener el prestigio de Voltaire, las muchedumbres cansadas ya de tanta duda, corrían hacia un humilde sacerdote, hacia una pobre al-

dea, hasta entonces desconocida, y allí comenzaban de nuevo a creer, esperar y amar. Dios realizaba una vez más la palabra del Apóstol San Pablo: "confundía con la necedad de la cruz la sabiduría de los sabios"[1]. Durante muchos años hubo un afluir de gente hacia Ars, comparable al que, en la Edad Media, conducía a las muchedumbres hacia los santuarios más renombrados.

Fácilmente se puede imaginar uno la fatiga, el martirio que causaría al santo sacerdote una tal afluencia, las 17 horas pasadas cada día en el confesonario, el ayuno y las maceraciones. Hasta la tarde del 29 de Julio de 1859 continuó su ministerio sobrehumano. Por fin se vió obligado a quedarse en cama para no levantarse más. Los peregrinos forzaron la entrada de su habitación, y él, con valor heroico, prodigó sus bendiciones, sus consejos y sus absoluciones. Finalmente, en la mañana del 4 de Agosto se durmió en dulce paz, obedeciendo alegre al Señor que le llamaba para la recompensa.

VIDA. — S. Juan María-Vianney nació en Dardilly, cerca de Lyon, el 8 de Mayo de 1786. Muy joven todavía aprovechaba del trabajo de los campos o de la guarda de las ovejas para pasar largas horas en el recogimiento y la oración. Gustaba reunir junto a sí a los niños de su edad y les enseñaba a amar a Dios y a rezar el rosario. Deseando ser sacerdote, fué conducido

[1] *Cor.*, I, 18-19.

al cura de Ecully para que le enseñara el latín. Mas como encontraba grandes dificultades en el estudio, marchó en peregrinación a pedir a S. Francisco Regis, en Louvesc, la gracia de aprender lo suficiente para ser sacerdote. En efecto, se ordenó presbítero en 1815 y fué nombrado vicario de Ecully. Permaneció allí unos tres años viviendo en medio de una gran austeridad. Luego fué nombrado párroco de Ars donde encontró a unos vecinos poco cristianos a los que pronto convirtió, tanto por su caridad y penitencias heroicas, como por su predicación. El demonio envidioso de un tal resultado, le persiguió de mil maneras. Pronto acudieron de todas partes a su confesonario muchedumbres de gentes que venían a buscar junto a él la luz de la gracia de la conversión. Acabado por las fatigas murió el 4 de Agosto de 1859 a la edad de 73 años. San Pío X le beatificó en 1905 y le nombró patrono de todos los sacerdotes de Francia que tienen el cuidado de las almas y Pío XI le canonizó el 31 de Mayo de 1925.

La Cruz. — Pasaron ya los primeros años de tu ministerio de los que decías: "Esperaba de un momento a otro ser suspendido y condenado a terminar mis días en las prisiones. En aquel tiempo se olvidaban de comentar el Evangelio en los púlpitos y se predicaba sobre el pobre cura de Ars. ¡Oh, cuánta cruz debía yo sobrellevar!... ¡Me abrumaba tanto que casi no lo podía soportar! Comencé a pedir el amor de las cruces; entonces fuí feliz."

Para ti ha terminado ya el trabajo; mas desde el seno de tu reposo escucha a los obreros de

la salvación implorar tu patrocinio; sosténles en tu misión cada día más ingrata, más llena de amarguras. A aquellos a quienes la paciencia amenaza doblegarse ante la persecución y las calumnias, repíteles las palabras que tu decías a uno de tus predecesores: "Amigo mío, haz como yo. Me enfadaría si Dios fuese ofendido; más por otra parte, me alegro en el Señor de todo aquello que él permite se diga contra mí, porque las condenaciones del mundo son bendiciones de Dios. Las contradiciones nos colocan al pie de las cruces y las cruces a la puerta del cielo. ¿Acaso el que huye de la cruz, no huye de Aquel que quiso ser clavado en ella y morir por nosotros? ¡Qué la cruz haga perder la paz! Es ella la que ha dado la paz al mundo, y la que debe llevarla a nuestros corazones."

La santidad. — Elevado a la Silla apóstolica en el día aniversario de tu entrada en la gloria, San Pío X que te insertó en el código de los Bienaventurados, escogió precisamente ese mismo día 4 de Agosto para dirigir *al clero católico* la exhortación solemne[1] que inspiraban a su corazón de Pontífice nuestros tiempos malvados y repletos de peligros. Ayuda con tus súplicas ante el pie del trono del Señor las recomendaciones que el sucesor de Pedro sacaba de vuestro ejemplo, cuando decía a los sacerdotes: "Sola la

[1] 4 de Agosto de 1908.

santidad puede hacer de nosotros lo que exige nuestra divina vocación, a saber, hombres *crucificados al mundo y en los cuales esté crucificado el mismo mundo*[1], que no miran hacia el cielo más que en lo que les concierne, y no perdonan esfuerzos para llevar a los demás." *Hombres de Dios*[2] ¿es necesario que se muestren únicamente aquellos que son *la luz del mundo*[3], la *sal de la tierra*[4], los *embajadores*[5] de Aquel que se digna llamarles sus *amigos*[6], que les hace dispensadores de sus dones?[7] No serán ellos fuente de santidad como tienen que serlo para los demás, si en primer lugar no son ellos mismos santos en el secreto de la faz del Señor; en la medida en que ellos se den a Dios, Dios se dará por su medio al pueblo.

¡Oh Juan María! Ojalá puedan decirse a sí mismos y decir a los demás contigo: "Fuera de Dios, no hay nada que sea sólido. La vida pasa; la fortuna se derrumba; la salud se destruye, la reputación es atacada. Nosotros caminamos como el viento. El paraíso, el infierno y el purgatorio tienen un gusto anticipado desde esta vida. El paraíso reside en el corazón de los perfectos que están muy unidos con nuestro Señor; el infierno

---

1 *Gal.*, VI, 14.
2 *Tim.*, VI, 2.
3 *S. Mat.*, V, 14.
4 *Ibid.*, 13.
5 *II Cor.*, V, 20.
6 *S. Juan*, XV, 15.
7 *I Cor.*, IV, 1.

está en el de los impíos; y el purgatorio en las almas que no están muertas a ellas mismas. El hombre ha sido creado para el amor: por eso está tan dispuesto para amar; por otra parte es tan grande que nada puede contenerle sobre la tierra. No está contento más que cuando se dirige hacia el cielo."

EL MISMO DIA

VIGILIA DE SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

Un protector de Roma. — En el sermón que se leerá mañana en el Oficio de Maitines S. León exclama: "Alegrémonos hermanos muy queridos con alegría espiritual: y ante el fin tan glorioso de este hombre, glorifiquemos al Señor que es admirable en sus santos. En ellos nos da una ayuda y un ejemplo. Y El ha hecho de tal modo resplandecer su gloria en el mundo entero que, desde donde sale hasta donde se pone el sol, Roma ha adquirido tanta fama con S. Lorenzo como Jerusalén con San Esteban."

Este bello período, al recordarnos la fiesta de la Invención del Protomártir celebrada hace ocho días, nos explica al mismo tiempo, porqué Roma ha unido con tanta frecuencia el recuerdo de los dos diáconos mártires en su Liturgia y en sus monumentos. Su magnífico mosaico de la basílica

de San Lorenzo Extra-Muros donde se celebrará solemnemente la Misa de mañana, nos representa a los dos diáconos rodeando a Jesucristo: S. Lorenzo tiene en la mano el texto del Salmo III que la Iglesia aplica en el introito y Gradual de la Vigilia: "Dispersit, dedit pauperibus." Ha derramado sus limosnas y se las ha dado a los pobres. Este texto nos recuerda la liberalidad y la caridad del arcediano Lorenzo, administrador de los bienes de la Iglesia romana.

Más Roma tenía otros títulos de reconocimiento hacia el gran mártir "cuya fiesta comenzamos a celebrar hoy"[1]. La tradición afirma que Roma se volvió definitivamente a Cristo, a partir del día glorioso en que, antes de expirar, San Lorenzo rogó por ella. El Ofertorio de la Vigilia se hace eco con la oración sublime que el poeta Prudencio pone en labios del bienaventurado mártir y que nosotros volveremos a rezar este día:

"Oh Jesucristo, único Verbo, esplendor del Padre, creador del mundo y del cielo, cuya mano levantó sus fortalezas. Tú que has puesto el cetro de Roma por encima de todas las cosas; Tú quisiste que el mundo obedeciese sumiso a la toga, para reunir en la sumisión a leyes únicas las naciones debidas por costumbres, usos, lengua, carácter y religión. Mira, el mundo entero

[1] Colecta de la Vigilia.

se ha sujetado al imperio de Rómulo; pareceres distintos y discrepancias se funden en una cosa; no olvides tu propósito, que fué el de atar con un solo lazo, bajo le égida de tu nombre la inmensidad del globo. Cristo, para tus Romanos, haces cristiana a la urbe llamada por Ti a traer a todos a la unidad sagrada. Todos sus miembros por doquier se juntan en tu fe; el universo domado se hace dócil: ¡Ojalá se convierta con el tiempo en cabeza de reyes! Envía a Gabriel, tu arcángel, para que cure la ceguera de los hijos de Julo y conozcan cúal es el verdadero Dios. Presiento la venida de un príncipe, de un emperador, servidor de Dios y no permitirá que Roma sea su esclava; cerrará los templos, sujetándolos con cerrojos eternos."

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN ROMAN, MARTIR

En este mismo día la Iglesia hace conmemoración de un mártir llamado Román, sepultado en la vía Tiburtina. El *Liber Pontificalis* nos dice que había sido ordenado de portero y que murió en el mismo día que San Lorenzo. Las Actas de éste aseguran que fué convertido y bautizado por el Santo Diácono, mientras era martirizado. Es difícil averiguar la veracidad de estos detalles. Sabemos de seguro que su tumba era

visitada por los peregrinos en la antigüedad y nosotros imitaremos su devoción recitando la colecta que la Iglesia pone para la misa de este día: "Haz, Dios todo poderoso, por intercesión de tu santo mártir Román que seamos libres de toda contrariedad en el cuerpo y limpios de toda adversidad en el alma." Por Jesucristo...

10 DE AGOSTO

SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

Gloria de San Lorenzo. — "La Iglesia Romana, dice San Agustín, nos invita a celebrar este día, como triunfal, en que San Lorenzo venció al mundo atónito. Roma da testimonio de cuán gloriosa e inmensa multitud de virtudes (tan variada como las flores), matiza la corona de San Lorenzo. Era diácono de aquella Iglesia. En ella distribuía la preciosa sangre de Cristo y en ella derramó su propia sangre por el nombre de Cristo. Amó a Cristo en vida y le imitó en su muerte."

El Santo Doctor ha resumido en pocas palabras lo más principal de la vida de San Lorenzo. Asistió él mismo en Roma muchas veces al aniversario del Santo Mártir, celebrado siempre con esplendor. Tenía San Lorenzo, como los Apóstoles, el privilegio de una vigilia, en recuerdo de la noche en que fué martirizado.

En la Baja Edad Media, se celebraba el 10 de Agosto una misa en su tumba y otra, más solemne, en la basílica de San Lorenzo extramuros construída por Constantino. Figuraba antiguamente en esta basílica una inscripción, que puede considerarse como el más antiguo testimonio histórico de San Lorenzo.

"Látigos, garfios, llamas, tormentos, cadenas,
Sólo la fe de Lorenzo pudo vencerlas.
Dámaso suplicante colma estos altares de presentes
Admirando los méritos del glorioso mártir."[1]

A pesar de su brevedad esta inscripción es interesante por ser muy antigua: fué redactada por San Dámaso poco más o menos un siglo después de la muerte de San Lorenzo. La leyenda se apoderó pronto de esta muerte extraordinaria; San Ambrosio cita ya ciertos episodios. En cuanto a San Agustín cuenta a sus fieles, siempre con ciertas precauciones oratorias, las circunstancias de la vida o de la muerte del Santo Mártir.

EL DIÁCONO. — En tiempo de Sixto II († 258) era San Lorenzo uno de los siete diáconos romanos. En Roma estaba limitado el número de diáconos a siete, uno para cada región eclesiástica. Además del ministerio del altar y de la

---

[1] A. FERRUA, *Epigrammata damasiana* (Città del Vaticano, 1942) p. 167.

asistencia al Papa en las funciones litúrgicas, los diáconos romanos administraban los bienes temporales de la Iglesia romana; cargo este que hacía de ellos personajes importantes y sucedió con frecuencia que el Papa fué elegido entre los diáconos más bien que entre los presbíteros.

El Mártir. — Al pertenecer San Lorenzo a la Jerarquía de la Iglesia caía de lleno en el edicto que Valeriano dió en 258. Ordenaba éste que todo obispo, presbítero o diácono fueran decapitados, tan pronto como fuera comprobada su identidad: A S. Sixto le alcanzó también la persecución. Fué detenido y decapitado en el Cementerio de Calixto durante una ceremonia litúrgica. Por el mismo tiempo fueron también decapitados seis diáconos.

Sólo quedaba San Lorenzo; mas pronto daría a Cristo el testimonio de su sangre. No faltaban a los perseguidores motivos interesados: San Lorenzo quedaba como único depositario de los bienes de la Iglesia romana. Según San Ambrosio fué requerido San Lorenzo para entregar los tesoros de la Iglesia. Tres días le bastaron al santo diácono para presentar al juez, en vez de oro y plata, los pobres socorridos por su caridad. Y San Agustín concluye: "Las grandes riquezas de los cristianos son las necesidades de los indigentes."

Este episodio quizás explique por qué San Lorenzo fué martirizado tres días después de San Sixto. En efecto, en la noche del 9 al 10 de Agosto fué entregado a los verdugos. Con "gran ardor y firmeza" (Sacram. Leon. Mense. Aug.) sufrió San Lorenzo el terrible suplicio del fuego. Es verdad "que el refinamiento de la crueldad que tendía a consumir al paciente a fuego lento sobre parrillas, era contrario a la tradición romana"[1]. Mas cuando el ansia de riquezas domina a un juez no se respeta tradición alguna, y no se puede, invocando un principio general, negar un hecho particular muy explicable dadas las circunstancias referidas más arriba. El suplicio del fuego fué por otra parte usado en Lyon en 177. Tenemos, finalmente, por lo que se refiere a San Lorenzo, el testimonio antes traducido de San Dámaso. Se ha pretendido quitar importancia a este epigrama al ver en él "la enumeración de las torturas clásicas". Una inscripción de San Lorenzo in Damaso que se quiere rechazar "por que es imposible fijar la fecha", debe ser, con todo eso, muy antigua y con mucha probabilidad del mismo San Dámaso[2]. Por su fe, declara ese texto, Lorenzo superó los tormentos de las lla-

---

[1] *Annal. Bolland.* (1933) p. 50.

[2] A. Ferrua. Epigrammata damasiana p. 168. El apóstrofe de San Lorenzo a su verdugo: "Da la vuelta y come" parece tomado de las actas de los Santos de Dorostoro, martirizados en la época en que precisamente fueron redactadas las actas de San Lorenzo.

mas en medio de las cuales pasa el camino que conduce al cielo.

San Agustín atribuye la victoria de San Lorenzo a su eminente caridad: "Sobre la parrilla fueron quemados todos sus miembros, fué atormentado por atroces dolores producidos por las llamas, mas venció con la fuerza de su caridad todos los dolores corporales." El Santo Doctor nos deja entrever en otro lugar en términos conmovedores los últimos instantes del mártir: "Extínguese la vida temporal que reemplaza la eterna. ¡Cuán grande es la dignidad y cuánta la seguridad de partir alegre de este mundo, de partir para la gloria en medio de los tormentos y torturas; de cerrar un instante los ojos con los que veía a los hombres y al mundo y de volverlos a abrir para ver a Dios...!"[1]

PLEGARIA A SAN LORENZO. — "Tres veces dichoso el Romano al honrarte en el lugar donde reposan tus cenizas. Se postra en tu santuario y oprimiendo la tierra con su pecho, la riega con sus lágrimas y expresa sus deseos. Separado de Roma por los Pirineos y los Alpes, casi no puedo adivinar el número de sus tesoros ni la riqueza de su suelo en sepulturas sagradas. Privado de esos bienes y no pudiendo ver de cerca las huellas ensangrentadas, contemplo de lejos el

[1] *Sermón*, CCCIII, n.º 2.

cielo. Allá, oh San Lorenzo, voy a ir a buscar el recuerdo de tus sufrimientos; porque tu tienes dos palacios por morada: el de cuerpo en la tierra y el del alma en el cielo. El cielo, ciudad inefable que te hace miembro de su pueblo, que coloca en tu frente la corona cívica en la filas de su eterno senado. ¡A juzgar por el brillo de tus piedras preciosas se diría que la Roma celestial te elige por cónsul perpetuo! Tus funciones, tu crédito y tu poder se ponen de manifiesto en los entusiasmos de los ciudadanos romanos, atendidos en las peticiones que te han presentado. Quien pide es escuchado; todos ruegan con libertad, expresan sus necesidades; ninguno sale triste.

"Socorre a tus hijos de la ciudad reina, tengan por apoyo inquebrantable; apoyo tu amor paternal; encuentren en ti la ternura y la leche del seno materno. Pero entre ellos, oh tú, honor de Cristo, escucha también al humilde suplicante que reconoce su miseria y confiesa sus faltas. Soy indigno, lo confieso, soy indigno de que Cristo me oiga; pero protegido por los mártires puede uno obtener remedio para sus males. Atiende a este tu devoto: por tu bondad, desata mis cadenas, líbrame de la carne y del siglo."[1]

---

[1] Prudencio, *ubi supra*.

11 DE AGOSTO

SAN TIBURCIO Y SANTA SUSANA, MARTIRES

La recompensa del martirio. — En el Sermón de la fiesta de San Lorenzo [1], San Agustín advierte que "no sólo a los mártires se ha prometido recompensas celestiales, sino también a todos los que siguen a Cristo con fe íntegra y perfecta caridad. La Verdad misma promete los honores de los mártires cuando dice: El que dejare su casa, campo y demás, recibirá el ciento por uno en esta vida y en la otra los goces de la eterna [2].

"¿Hay algo más glorioso para el hombre que vender todo lo que tiene para comprar a Cristo; ofrecer a Dios lo que más le agrada, la virtud de un alma incorruptible con las puras alabanzas de la devoción; dar escolta a Cristo cuando venga a vengarse de sus enemigos; sentarse a su lado cuando esté sentado en su tribunal...? He aquí lo que debemos asimilarnos con el espíritu y pensamiento, lo que debemos meditar día y noche. Ojalá la persecución encuentre en este estado al soldado de Cristo; con una virtud tan bien dispuesta para el combate será invencible; ¿Se le ha llamado antes de la hora del comba-

[1] *Sermón* CCCIII.
[2] S. *Mateo*, XIX, 29.

te? Pues la fe preparada para el martirio recibe sin tardanza su recompensa de la justicia de Dios. Se concede la corona a la lucha durante la persecución y a la constancia en el tiempo de paz".

San Tiburcio. — "Cuando el seno de nuestra Madre la Iglesia era traspasado por la espada del perseguidor, despreciando este noble mártir las órdenes del príncipe terreno, siguió dichoso a Cristo en su reino. Esto te ha merecido los honores de la liturgia sagrada y una alabanza imperecedera". Esta inscripción fué puesta en la tumba de San Tiburcio por el Papa San Dámaso en el cementerio "de los dos laureles" donde fué colocado después de su martirio. Una basílica fué construída en el siglo vii en este lugar y restaurada por Adriano I (772-795) se conserva todavía. Las *Actas* de San Tiburcio nos refieren que fué obligado en tiempo de Diocleciano a caminar sobre carbones ardiendo, mas, a pesar de eso, siguió confesando la fe con valentía, por lo que fué condenado a ser decapitado.

Santa Susana. — Aunque Santa Susana no haya padecido el martirio con San Tiburcio, está puesto con él en este día por ser el aniversario de su martirio. Fué víctima, al parecer, de la persecución de Diocleciano, y pereció por la espada en su propia casa. Mas las *Actas* que nos

traen esos detalles son algo tardías y de dudosa autenticidad. Sólo sabemos que su cuerpo descansaba en 595 en el título (o iglesia) de Gaius, que había llegado a ser el título de Susana. Más tarde fué restaurada esta iglesia por munificencia de León III y del emperador Carlomagno.

Oración. — "Favorézcanos, Señora, la continua defensa de tus santos mártires Tiburcio y Susana: porque no dejas de mirar propicio a los que concedes ser ayudados con tales auxilios."

12 de agosto

SANTA CLARA, VIRGEN

Había comenzado S. Francisco su vida de penitencias y sacrificios. Se había dado cuenta, al renunciar al mundo, de las grandes lecciones de la cruz, y saliendo después de la caverna que le servía de morada, hizo brotar de su corazón el amoroso cántico con que atraería a las almas generosas. Ya en esta época cumplía las palabras del Crucifijo de San Damián: "Ve, y reconstruye mi casa semiarruinada"; mas al reconstruir el templo de las almas, quiso también reconstruir el templo material donde se aposenta el huésped divino. La iglesita de San Damián fué restaurada por sus cuidados, llevando él mismo las piedras sobre sus espaldas y animando a obreros

de buena voluntad les decía: "Venid, hermanos míos, ayudadme a terminar este edificio, porque un día, en este lugar, se levantará un monasterio de pobres mujeres, que darán gloria al Padre celestial en toda la Iglesia".

Vocación de Clara. — Pasados apenas cuatro años esta profecía se cumplía. Mientras Francisco predicaba en Asís en la iglesia de San Jorge, una joven de noble familia fué con su madre y su hermana para oír una de sus pláticas. Clara escucha su palabra llena de fuego, contempla su faz radiante y al punto escogió a Francisco por guía de su alma. Comunica sus intenciones a una tía suya y se dirige con ella a Santa María de los Angeles. ¿Quién podrá expresar lo que pasó en esta primera entrevista en el alma del Seráfico Padre con la que había de ser su ayuda en la obra que el cielo le confiaba? Francisco descubrió a Clara la hermosura del celestial Esposo, las excelencias de la virginidad y después la habló de lo más querido para él, es decir: del poder y encantos de la pobreza, de la necesidad de la penitencia. Escucha Clara admirada y enajenada. Percibe el llamamiento divino en su corazón. Pronto toma una resolución: romperá todos los lazos de la tierra para consagrarse a Dios.

La consagración. — En la noche del Domingo de Ramos de 1212, abandona a hurtadillas la

casa paterna con algunas amigas íntimas y se encamina a Santa María de los Angeles. Francisco y sus frailes acuden a su encuentro con antorchas en las manos y la introducen en el santuario de María. Allí tienen lugar por la noche los desposorios espirituales. Francisco la pregunta que es lo que quiere. "A Dios, al Dios, dijo ella, del pesebre y del Calvario. No quiero otro tesoro ni otra herencia". Mientras Francisco la corta los cabellos, se deshace de su adornos y su joyas y recibe un burdo hábito, la cuerda, un grueso velo y se consagra a Dios para siempre.

La pequeña planta de San Francisco.—Hemos recordado esta escena tan sencilla y encantadora. Pero lo que en adelante será un resumen de su vida, lo que debemos recordar de la Santa, es lo que ella misma escribirá con sencillez en su testamento: "es la pequeña planta de San Francisco". Clara en efecto recibió en su plenitud el espíritu de San Francisco; caló muy hondo en su corazón; fué tan colmada de su espíritu que vivió constantemente de él; hizo el alimento de su inteligencia, el alimento de su caridad y como el principio mismo de sus obras. Vivió del espíritu seráfico con la misma perfección que San Francisco vivió del espíritu evangélico. Imitó a San Francisco en todo, en la pobreza, en la humildad, en la penitencia, en la oración y en el amor generoso y agradecido.

La pobreza. — La pobreza fué la virtud preferida de San Francisco. Fué su dama y el sueño de su vida y pudo darse testimonio al morir que la había sido fiel. El mismo amor se encuentra en Santa Clara. Muchas fueron las almas que como ella se consagraron a él; pero supieron de antemano a lo que se comprometían. Clara, en cambio no sabía más que una cosa y era, que adoptaba la pobreza más absoluta; se diría que se lanzaba a lo desconocido; más se arrojaba en los brazos de Dios en quien confiaba con un acto de generosidad incomparable. Aceptó la pobreza con alegría desde el principio, y fué fiel a ella hasta el fin. Y mientras Francisco sufrirá a menudo de las incomprensiones de sus frailes, las hermanas de San Damián serán siempre su consuelo. Para Clara la pobreza no era más que la práctica perfecta y perpetua del abandono a la Providencia del Padre y la libertad de amarle sin división. Por eso, cuando el Papa, temiendo por el porvenir del pequeño monasterio, la propone dispensarla de su voto: "No, santísimo Padre, replicó ella con viveza, absuélvame de mis pecados, pero no tengo ningún deseo de ser dispensada de seguir lo más cerca posible las huellas de Jesucristo."

La humildad. — La pobreza origina la humildad. El autor de la imitación sólo nombra a un santo, que es San Francisco, a quien llama "el

humilde Francisco", porque su gran virtud fué la humildad. Brilló también ésta en el alma de Santa Clara. Su vida tan hermosa puede resumirse en estas palabras: humildad, docilidad, y agradecimiento. A pesar de proceder de familia noble se empeña en permanecer oculta hasta su muerte; era la madre de su Orden y se hace la criada de sus hermanas, las manda con suavidad, las cuida con precauciones infinitas y se anonada ante ellas. Su humildad fué puesta un día a dura prueba; habiendo ido el Papa a San Damián pidió a Clara que bendijera ella misma los panes que había puesto en las mesas. Procuró ella sustraerse a este mandato, mas el Papa manda en nombre de santa obediencia y Clara está obligada a obedecer. Pero en el mismo instante Dios premió su obediencia con un milagro: una cruz de oro apareció sobre cada uno de los panes, benditos por la Santa.

La penitencia.—La pobreza y la humildad producen en el corazón el amor del sufrimiento y de la penitencia. Clara, siendo aun joven, sintió enternecerse su corazón al oir a San Francisco hablar de la Pasión del Salvador. Fué a Cristo crucificado con quien deseó desposarse en San Damián cuando por él se despojó de todo. De ahí que su vida fuera una cruz continua; llevaba siempre un cilicio a raíz de sus carnes, ayunaba casi de continuo, se acostaba sobre el

suelo con una piedra por almohada. Pero las mortificaciones que se imponía lejos de ponerla triste, la hacían, por el contrario, tener rostro alegre.

La oración. — ¿De dónde sacaba esta energía? De la petición y de la oración. Esta era casi continua: repasaba todos los días a mediodía hasta las tres la Pasión del Señor; una parte de la noche se transcurría en conversación con Dios, sobre todo junto al Sagrario cerca de Jesús Hostia a quien tanto amaba. Allí encontró su fuerza y su amor, un amor que aumentando sin cesar la hizo morir en inefable alegría. Por eso al presenciar su muerte después de una vida tal, el Papa, en vez de cantar el oficio de difuntos en los funerales, mandó cantar la Misa de las Vírgenes, en honor de la que había entrado ya en posesión de la recompensa eterna.

Vida. — Santa Clara nació en Asís en 1194. Pertenecía a la noble familia de los Offreduccio. Perdió a su padre siendo niña. Al quererla casar su familia dijo que su deseo era de consagrarse a Dios. El 18 de Marzo de 1212 se dirigió a San Damián donde San Francisco la vistió el hábito religioso. Más tarde su madre y su hermana se juntarán a ella en el claustro, y con ellas gran número de jóvenes, ávidas de realizar el ideal franciscano, que no era otro que el evangélico. Francisco las dió al principio una *Formula vitae* (Norma de vida), y después consiguieron seguir la regla que había compuesto para los Frailes Menores. Muchos monasterios se fundaron en Italia, en los

países vecinos y hasta en Praga. En 1240, mientras estaba enferma la santa abadesa, los Sarracenos sitiaron el monasterio de San Damián. Clara tomó el copón en sus manos y se dirigió al enemigo que se dió a la fuga. En 1252 se acostó para no levantarse más. En su última enfermedad fué consolada por el Papa que la visitó y confirmó la Regla y el "privilegio de la pobreza", muriendo en 11 de Agosto en la paz del Señor. En 1850, fué encontrado su cuerpo incorrupto como el día de su muerte.

UN ALMA ILUMINADA. — ¡Oh Clara! con tanta razón así llamada. El reflejo del Esposo, con que se reviste en este mundo, no te basta; de él recibes directamente la luz. La claridad del Señor se recrea con delicias en el cristal tan puro de tu alma, aumentando la alegría del cielo y comunicándola también a este valle de lágrimas. Ilumina nuestras tinieblas con tu dulce esplendor. Quien pudiera por la limpieza de corazón, por la rectitud del pensamiento y por la sencillez de la mirada dar fuerza en nosotros al rayo divino que oscila en nuestra alma vacilante y que se oscurece con nuestras inquietudes, y que desvía y quebranta la doblez de una vida repartida entre Dios y la tierra.

Tu vida no estuvo dividida de este modo. La *profundísima pobreza* que tuviste por señora y guía, preservó tu espíritu de esta *fascinación de la frivolidad* [1] que para los mortales empaña el brillo de los bienes verdaderos. El desprendi-

[1] *Sabid.*, IV, 12.

miento de todo lo perecedero mantenía tu mirada fija en las realidades eternas; abría tu alma a los ardores seráficos que debían acabar de hacer de ti la émula de San Francisco, tu Padre. Por eso a semejanza de los serafines que tienen siempre puesta su mirada en Dios, tu actividad en la tierra fué inmensa; y fué durante tu vida San Damián una de las más firmes bases en las que el mundo decadente pudo apuntalar sus ruinas.

Dígnate, por favor, suministrarnos tu ayuda. Aumenta el número de tus hijas y hazlas fieles en seguir los ejemplos que harán de ellas como de su madre, el brazo poderoso de la Iglesia. Que la familia franciscana en sus diferentes ramas se anime siempre de sus rayos. Brilla por fin, oh Clara, sobre nosotros, para mostrarnos lo que valen esta vida que pasa y la otra que no se acabará nunca.

13 DE AGOSTO

SANTOS HIPOLITO Y CASIANO, MARTIRES

San Hipólito. — La Iglesia universal celebra hoy el aniversario de dos mártires. Hipólito llevó una vida inquieta y digna de muchas censuras. Sacerdote muy sabio, pero rigorista, se levantó contra el Papa Calixto, a quien reprendía su benignidad con los pecadores. Provocó un cisma en 217 y seguido por muchos fieles, llegó a ser

el primer antipapa. En 235 fué perseguido y preso en la persecución de Maximino, lo mismo que Ponciano, sucesor de Calixto, siendo ambos condenados a trabajos forzados a las minas de Cerdeña. Dimitió de su cargo el Papa y lo mismo hizo Hipólito, y se reconcilió con la Iglesia, e indujo a sus secuaces a ponerse bajo la obediencia del sucesor de San Ponciano. Algunos años después Hipólito murió por la fe y, traido su cuerpo a Roma, fué enterrado honrosamente en el cementerio de la vía Tiburtina.

San Casiano. —Las *Actas* de San Casiano nos le presentan como maestro de escuela y martirizado por sus discípulos con sus punzones de escribir para castigarle por su fe cristiana y por sus virtudes. Roma y Milán le dedicaron iglesias y San Pedro Crisólogo quiso exhalar su alma junto a su sepulcro.

Por tu intercesión y por la de San Hipólito, pediremos hoy a Dios "aumento de piedad" y la "estabilidad en la luz de la verdad divina" para asegurar nuestra salvación.

el primer antipapa. En 235 fué perseguido y preso en la persecución de Maximino, lo mismo que Ponciano, sucesor de Calixto, siendo ambos condenados a trabajos forzados a las minas de Cerdeña. Dimitió de su cargo el Papa y lo mismo hizo Hipólito y se reconcilió con la Iglesia, e indicó a sus secuaces a ponerse bajo la obediencia del sucesor de San Ponciano. Algunos años después Hipólito murió por la fe y, traído su cuerpo a Roma, fué enterrado honrosamente en el cementerio de la vía Tiburtina.

SAN CASIANO. — Las Actas de San Casiano nos le presentan como maestro de escuela y martirizado por sus discípulos con sus punzones de escribir para castigarle por su fe cristiana y por sus virtudes. Roma y Milán le dedicaron iglesias y San Pedro Crisólogo quiso exhalar su alma junto a su sepulcro.

Por su intercesión y por la de San Hipólito pediremos hoy a Dios "aumento de piedad" y la "estabilidad en la luz de la verdad divina" para asegurar nuestra salvación.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ILUSTRAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

NOTA PARA EL FLORILEGIO DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Dos pensamientos fundamentales pueden ilustrar el tiempo que va desde Pentecostés a Adviento. 1.° La serie de domingos después de Pentecostés enunciada ante todo como la repetición semanal de la Pascua. "Domingo, Pascua de la semana", idea cara a la antigüedad cristiana. 2.° La aplicación, a la vida de la Iglesia, sea en el tiempo presente, sea en la eternidad de la economía redentora: la Iglesia debe vivir la vida de su Esposo. Esta segunda idea, también muy tradicional, ha tenido aplicación tardía en la liturgia de estos domingos. Como lo ha hecho notar D. Cabrol: "Navidad y Pascua estaban unidas sin impedimento por una serie continuada de fiestas y de domingos; entre Pentecostés y Adviento la unión fué más difícil. Comenzaron, sin embargo, a emerger algunas cumbres sobre la amplia uniformidad de este mar y formaron un archipiélago de islas secundarias: La fiesta de S. Juan Bautista, la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la de S. Lorenzo y de S. Miguel: tuvieron pequeñas series de domingos llamados domingos después de S. Juan Bautista, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de S. Lorenzo, del santo Arcángel." *(Livre de la prière antique,* 1900, p. 238.) Los modernos como D. Guéranger y sus discípulos, consideran estas etapas como el desenvolvimiento de la vida de la Iglesia y por consiguiente como una dilatación de la fiesta de Pentecostés. (Año litúrgico, p. 5

de este volumen). En muchos lugares la liturgia dominical tenía ciertos matices escatológicos: Se preparaba para recibir al Esposo—idea que se encontrará de una manera más neta en el Adviento—y muchas oraciones de las vigilias nocturnas hacen alusión a esta venida: se velaba para esperar al Esposo, como en la parábola de las Vírgenes.

Los textos que siguen en este volumen ilustrarán ante todo la idea fundamental del Domingo, "Pascua de la semana", pues las fiestas de la Santísima Trinidad, del Corpus, del Sagrado Corazón, y de la Transfiguración, introducidas con el tiempo como objeto del culto, en este período litúrgico son como la prolongación del misterio de la redención.

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

I. — DOMINGO, PASCUA SEMANAL

A) **Domingo de Resurrección:** Liturgia romana (1); Liturgia griega (2); Padres apostólicos (3).

B) **Domingo, día del Señor:** Padres griegos (4).

C) **El siglo futuro:**

   a) La venida del Esposo: Liturgia griega (5); Liturgia celta (6).

   b) El día sin ocaso: Liturgia griega (7); Liturgia celta (8); Padres griegos (9).

D) **Domingo y octavo día:** Padres apostólicos (10); Padres griegos (11); Padres latinos (12).

E) **Incesante repetición del domingo:** Padres griegos (13).

II. — FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

A) **Exorcismos y fórmulas bautismales:** Liturgia romana (14); Liturgia griega (15); Padres griegos (16).

B) **Doxologías:** Doxologías antiguas (17); Doxologías de la liturgia griega (18); Gran doxología (19).

C) Diversas oraciones a la Santísima Trinidad: Liturgia romana (20); Liturgia celta (21); Liturgia griega (22); Padres griegos (23).

III. — FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

A) La Eucaristía, memorial de la cruz:

a) *Convite de la Sabiduría:* Padres griegos (24); Padres latinos (25).

b) *La cena y la cruz:* Actas de los mártires (26); Liturgia siria (27).

B) El misterio del pan y del vino:

a) *Oración consacratoria:* Padres griegos (28); Padres sirios (29).

b) *La divina Presencia:* Padres griegos (30); Padres sirios (31); Liturgia griega (32).

C) El sacramento que vivifica:

a) *El alimento de los Santos:* Padres griegos (33); Padres sirios (34); Liturgia griega (35); Liturgia galicana (36).

b) *El desarrollo espiritual:* Epigrafía (37); Padres griegos (38); Padres latinos (39).

c) *La unión con Dios:* Padres griegos (40); Padres sirios (41).

d) *El sacramento del Cuerpo místico:* Padres griegos (42); Padres latinos (43); Edad media (44).

D) La Eucaristía, germen de gloria:

a) *Eucaristía y Resurrección:* Padres griegos (45).

b) *La Eucaristía y la Virgen:* Liturgia copta (46); Padres latinos (47); Edad media (48).

E) **Conclusión:**

a) Acción de gracias por los santos misterios: Antigüedad (49); Edad media (50).

b) Leyenda de Santo Tomás de Aquino: (51).

IV. — LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

A) **San Juan y el seno de Jesús:** Padres griegos (52); Edad media (53).

B) **La llaga del costado:** Padres griegos (54); Padres sirios (55); Padres latinos (56); Edad media (57).

V. — LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

Liturgia griega (58).

I. — DOMINGO, PASCUA SEMANAL

A) DOMINGO DE RESURRECCION

"Este es el día que ha hecho el Señor."
(Salmo, 117, 4.)

Liturgia Romana 1

En este primero de todos los días,
Día en el cual fué creado el mundo,
Y en el cual resucitando el Creador,
Nos ha librado, vencedor él de la muerte,
Rechacemos lejos de nosotros el sueño,
Y levantémonos todos y con prontitud.

(Himno de Maitines del Domingo en el rito monástico.)

Liturgia griega 2

Apolytikia de los Domingos [1]

La piedra fué sellada por los judíos y los soldados guardaban tu cuerpo inmaculado, pero tú resucitaste al tercer día, oh Salvador, dando la vida al mundo. Por eso te temen las potestades celestiales, a Ti que confieres la vida: Gloria a tu Resurrección, oh Cristo,

---

[1] Los *Apolytikia* son las Antífonas finales del Oficio, características de cada fiesta. Las de los Domingos están repartidas según los ocho tonos del Ochtoichos, o ciclo de los ocho tonos musicales. La organización del ciclo de los Domingos se atribuye a San Juan Damasceno.

gloria a tu providencia, Tú que eres el solo lleno de bondad para los hombres. *(Apolytikion del Domingo del primer tono,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 771.)

Cuando te humillaste hasta la muerte, Tú que eres la vida inmortal, entonces heriste al infierno con el brillo de tu divinidad; cuando hiciste salir a los muertos del fondo de los abismos, todos los poderes del cielo exclamaron: Oh Cristo nuestro Dios, gloria a Ti, que das la vida. *(Id. Domingo del 2.º tono, Ibíd.,* página 772.)

Que se regocigen los cielos y se alegre la tierra, porque el Señor ha obrado cosas maravillosas por el poder de su brazo; él ha vencido a la muerte, es el primogénito de entre los muertos. Nos ha rescatado del seno del infierno y otorga al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 3.º tono, Ibíd.,* p. 774.)

Habiendo oído del ángel la gloriosa nueva de la Resurrección, las santas mujeres discípulas del Señor, rechazando la sentencia original, dicen a los apóstoles, llenas de orgullo: La muerte ha sido vencida y despojada; Cristo Dios ha resucitado y otorga al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 4.º tono. Ibíd.,* página 775.)

Fieles, cantemos y adoremos al Verbo coeterno, al Padre y al Espíritu Santo que ha nacido de una Virgen por nuestra salvación, ya que, en su carne, se dignó subir a la Cruz, sufrir la muerte y despertar a los muertos en su gloriosa Resurrección. *(Id. Domingo del 5.º tono, Ibíd.,* p. 776.)

Las potestades angélicas lo mismo que los guardias fueron como heridos de muerte ante tu sepulcro y María se puso de pie junto a la tumba buscando tu cuerpo inmaculado; Venciste y despojaste al infierno sin que te haya podido seducir; Viniste al encuentro de la Virgen dando la vida. Tú que resucitaste de entre

los muertos, Señor, gloria a Ti. *(Id. Domingo del 6.° tono, Ibíd.*, p. 777.)

Destruistes la muerte por tu Cruz, abriste el Paraíso al ladrón, transformaste en alegría el dolor de las santas portadoras de la mirra, y ordenaste a los Apóstoles que anunciaran que Tú habías resucitado, oh Cristo Dios, que das al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 7.° tono, Ibíd.*, p. 779.)

Has descendido de las alturas, Tú que eres compasivo; aceptaste estar tres días en el sepulcro para libertarnos de nuestras pasiones; Tú que eres nuestra vida y nuestra Resurrección, Señor, gloria a Ti. *(Id. Domingo del 8.° tono, Ibíd.*, p. 780.)

Padres apostólicos 3

Aquellos que vivían según el antiguo orden de cosas han venido a la nueva esperanza, no observando ya el Sábado sino el Domingo, día en que nuestra vida ha surgido por Cristo y por su muerte. (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Maqu.*, 4, I.)

B) DOMINGO, DIA DEL SEÑOR

Padres griegos 4

Aunque Pentecostés (es decir el tiempo pascual) haya pasado, la fiesta permanece siempre. Porque toda asamblea dominical es una fiesta. Y con toda razón, porque primero Cristo mismo ha dicho: "Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos." ¿Qué más queréis? ¿La presencia de Cristo en medio de vosotros no es bastante para constituir una fiesta? Además las lecturas sagradas, las bendiciones de los presbíteros, la predicación de la palabra de Dios, los hermanos reunidos y ese noble vínculo de amor,

Dios que habla a los hombres y los hombres a Dios: ¿todo esto no basta para haceros recordar que nuestra fiesta se continúa con cada sinaxis? (SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De Anna, Sermo 5, I;* P. G. 54, 669.)

C) EL SIGLO VENIDERO

a) LA VENIDA DEL ESPOSO

5 *Liturgia griega*

He aquí que el Esposo llega en medio de la noche: feliz el siervo a quien encuentra desvelado, pero, al contrario, indigno aquel a quien encuentre dormido. Procura, pues, alma mía, no dejarte abatir del sueño para que no seas entregada a la muerte y excluída del Reino; antes bien, sal de tu modorra y esclama: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. Por la Theotokos (Madre de Dios), ten piedad de nosotros. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. (*Tropario de los tres primeros días de la Semana Santa;* Horologion, 2.° ed. rom., 727-728; tomado del mesonyktikon l. c., p. 31).

6 *Liturgia galicana*

Ha llegado el tiempo en que, según el Evangelio, debe creerse que vendrá el Esposo, Creador del reino celestial. Las vírgenes santas salen a su encuentro con lámparas brillantes y rebosando de alegría. Las locas, por el contrario permanecen con las lámparas apagadas golpeando en vano las puertas del palacio real que ya están cerradas. Por esto velamos nosotros en la sobriedad y mantenemos brillantes nuestras almas, para poder acudir dignamente al encuentro de Jesús que viene. También en medio de la noche fué cuando Pablo y Silas prisioneros, fueron librados, mientras alababan juntos a Cristo. Para nosotros este mundo

es una prisión. Nosotros te alabamos, oh Cristo Dios, desligados los lazos del pecado a los que rectamente creen en Ti. Haznos dignos, Rey santo, del reino futuro de la gloria para que merezcamos cantarle alabanzas eternas. Gloria al Padre ingénito, gloria al Unico engendrado, gloria al Espíritu Santo, por los siglos eternos. *(Himno de media noche de la Liturgia celta.* P. L., 72, 589.)

b) EL DIA SIN OCASO

Liturgia griega 7

Señor Todopoderoso, Dios de las potestades, concédenos pasar por la noche de la vida presente con un corazón alerta y una mente pura en la espera del día brillante y glorioso de tu Hijo único. *(Oración llamada de San Basilio para la Mesonyktikon;* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 35.)

Liturgia galicana 8

Señor Jesucristo, que por el oráculo sagrado de tu boca enseñaste a tus discípulos a vigilar y orar y envolviste en el gran silencio de tu presciencia el día de tu llegada, no queriéndonos decir si llegaría a media noche, o al canto del gallo o por la mañana; nosotros, tus atemorizados servidores, rogamos a tu infinita clemencia y te pedimos que, cuando vengas, no nos encuentres al lado del que es padre del pecado sino que nos socorras con tu inefable bondad. *(Dominical del salterio mozárabe,* Codex sacramentorum Bergoniensis, p. 170, n.º 1541.)

Padres griegos 9

El Domingo es una imagen y prelibación de la vida futura. El nos recuerda que ya hemos resucitado

y que debemos adherirnos a aquél que está en las alturas. (SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto*, 27, 66; P. G. 32, 192.)

D) DOMINGO Y DIA OCTAVO

10 *Padres apostólicos*

Celebramos con gozo el día octavo en el cual Jesús resucitó. (*Pseudo-Bernabé*, 15, 8.)

11 *Padres griegos*

El día del Señor es grande y digno de ser recordado. La Escritura menciona este día sin tarde, sin sucesión, sin fin; el salmista le ha denominado octavo, porque está por encima del tiempo septenario. El sentido será siempre el mismo, aunque le llames día o siglo. Si este intervalo se ha llamado día, es uno y no múltiple; si es denominado siglo, es aislado y no parte de un todo. Para elevar nuestro espíritu hacia la vida futura, (Moisés) ha designado con la palabra "uno" la imagen del siglo, las primicias de los días, el contemporáneo de la luz, el domingo santo por la Resurrección del Señor. (SAN BASILIO, *Homilía sobre el Hexameron, II*. P. G. 29, 52, B.)

Oramos de pie el primer día de la semana, más no todos saben la razón. Si en efecto permanecemos en pie para la oración del día de la Resurrección, con el fin de conmemorar el don de la gracia, no es solamente porque hemos resucitado con Cristo y porque debemos buscar las cosas de arriba; yo creo que también debe ser porque este día es, en cierta manera, una imagen del siglo venidero. Esta es la razón por la cual siendo el origen de los días, no es llamado "primero" por Moisés sino "uno". Hubo, dice, una tarde y una mañana

como los de un día que volviese regularmente sobre sí mismo. Por eso es a la vez uno y octavo aquél que es realmente uno y al mismo tiempo verdaderamente octavo, del cual hace mención el salmista en el título de ciertos salmos, cifra que significa el estado de cosas que seguirá a este tiempo, un día sin fin, un siglo que no tiene ocaso, ni sucesión, ni cesación, ni término. Así pues, en virtud de una exigencia legítima, la Iglesia enseña a sus hijos a orar de pie en este día, para que con el recuerdo perpetuo de la vida eterna no abandonemos los medios que conducen a ella. (SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto,* P. G. 32, 188 A- 192 B.)

Padres latinos 12

En el (día octavo) se realizarán las palabras del salmista: "Tomad vuestro reposo y ved que soy Dios." Aquél será verdaderamente el gran Sábado que no tiene tarde y del cual hizo el mismo Señor el elogio al concluir los primeros trabajos de la Creación. Nosotros mismos seremos este séptimo día cuando hayamos sido perfeccionados y restablecidos por su bendición y su santificación. Vueltos a crear por Dios y hechos perfectos por una gracia mayor todavía, entraremos a gozar de nuestro eterno descanso y veremos que él es Dios, cuando siendo todo en todos estemos llenos de él. Y si la historia del mundo cuenta tantas épocas cuantos días tiene la semana, como parece sugerirlo la Escritura, comprenderemos claramente que nosotros pertenecemos a este gran Sábado, porque ocupa el lugar del séptimo día. Así pues, la séptima época es nuestro Sábado, día que será sin tarde, pero que concluirá por un Domingo.

Un octavo día eterno, consagrado por la Resurrección de Cristo, que es la figura profética, no sólo del reposo del alma, sino también del cuerpo. Entonces, este nuestro descanso se tornará en contemplación,

nuestra contemplación en amor, nuestro amor en alabanza sin fin. (SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, cp. I. P. L. XLI, 803-804.)

E) INCESANTE REPETICION DEL DOMINGO

13 *Padres griegos*

Decidme los que sólo venís a la Iglesia los días de fiesta, es que los otros días, ¿no lo son también? ¿no son días del Señor? Son los judíos los que únicamente tienen algunos días determinados para celebrar sus solemnidades, y así les dice Dios: "No puedo soportar vuestras neomenias, vuestros Sábados y vuestro gran día. Mi alma siente repugnancia por vuestros ayunos, vuestros días de regocijo y vuestras festividades." Dios, pues, siente horror por aquellos que creen que sólo hay un día de fiesta para el Señor. Los cristianos comen todos los días el Cordero, es decir, que toman cada día la carne de la palabra divina. "Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado." La ley de Pascua prescribe que éste sea comido por la tarde y por eso el Señor sufrió a la caída de la tarde del mundo; pues vosotros que vivís en una tarde continua, hasta que venga el día, no debéis cesar de comer la carne de la palabra. Si durante este tiempo habéis permanecido vigilantes, si en el curso de vuestra vida "os habéis dado al ayuno y a las lágrimas" y a todas las obras de justicia, también vosotros podréis decir: "La tarde pasa entre lágrimas, pero por la mañana hay alegría." Porque os regocijaréis por la mañana, es decir, en el siglo futuro, a condición de que en el presente recojáis en lágrimas y fatigas "los frutos de la justicia". (ORÍGENES, *Homilía 10 sobre el Génesis*, ed., Doutreleau, p. 189-190.)

II. — FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

La fiesta de la Santísima Trinidad, aunque de institución tardía, recoge el conjunto de los más antiguos testimonios del culto hacia las tres Personas, que se encuentran ya en los orígenes cristianos tanto en los rituales como en las oraciones de los fieles.

A) EXORCISMOS Y FORMULAS BAUTISMALES

Bautizadles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. (Mateo, 28, 9.)

Liturgia romana 14

Te exorcizo, espíritu inmundo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, para que salgas y abandones a este siervo de Dios; porque te lo manda, oh espíritu maldito y condenado, aquél que caminó sobre el mar y tendió la mano a Pedro que se hundía en las aguas. Así pues, demonio perverso, reconoce tu sentencia y glorifica a Dios vivo y verdadero, glorifica a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo, y retírate de este siervo de Dios, *N.*, porque nuestro Dios y Señor Jesucristo se ha dignado llamarle a su gracia, a su bendición y a la fuente del bautismo. (*Ritual rom.*, bautismo.)

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso? ¿Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que nació y pa-

deció? ¿Y en el Espíritu Santo, en la Iglesia católica, en la comunión de los Santos, en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable? *(Ibíd.)*

15 *Liturgia griega*

¿Estás unido a Cristo? — Me he unido a El. — Adórale pues. — Adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e indivisible. *(Iniciación cristiana, interrogatorio del catecúmeno; Eucologio,* ed. rom., p. 15.)

El siervo de Dios, *N.*, es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. — Ahora y siempre por los siglos de los siglos. *(Bautismo del catecúmeno, Ibíd.*, p. 157.)

El siervo de Dios *N.*, se reviste de la túnica de justicia, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Ibíd.*, p. 157.)

16 *Padres griegos*

Cuando nos llegamos a la gracia del Bautismo, renunciando a todos los otros dioses y dueños, confesemos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, (ORÍGENES, *Homilía in Ex.*, 8, P. G. 12, 353.)

Si no has sido purificado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, no podrás ser puro. (ORÍGENES, *Homilía in Lev.*, 7, 4, P. G. 12, 485.)

¿Crees en el Padre Todopoderoso? — *(Creo;* primera inmersión.) — ¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios, que la Virgen María dió a luz por obra del Espíritu Santo, que vino para salvar al género humano, que fué crucificado bajo Poncio Pilato, que murió y resucitó al tercer día de entre los muertos, que subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre y vendrá a

juzgar a los vivos y a los muertos? — (*Creo;* segunda inmersión.) ¿Crees en el Espíritu Santo, Paráclito, que procede del Padre y del Hijo? (*Creo;* tercera inmersión.) (*Canón de Hipólito,* 16.)

B) DOXOLOGIA

Es preciso señalar la importancia que desde la más remota antigüedad adquiere en la Liturgia la doxología, es decir, la devoción al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es la gran devoción católica que aparece en la Misa en la mayor parte de los ritos. (F. Cabrol, *La Doxologie dans la prière chrétienne, en Mélanges Grandmaison.* Rech. de la Religión, février, 1928, p. 30.)

a) DOXOLOGIAS ANTIGUAS 17

Por El (Cristo) *tenemos acceso al Padre en el mismo Espíritu.* (Efes., 2, 18.)

Gloria al Padre con el Hijo y el Espíritu Santo. (*Doxolog. de S. Policarpo,* Funk, *Patres Apostolici,* I, página 308.)

Alabamos al creador de todas las cosas por el Hijo y por el Espíritu Santo. (San Justino, *Apología I,* 67.)

Gloria al Padre, alleluia; gloria al Hijo, alleluia, y al Espíritu Santo, alleluia, alleluia. (*Doxolog. griega del papiro de Fayoum,* siglo IV, *DAL,* I, 1. col. 1232.)

Dios Todopoderoso, que creaste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que encierra, ven en mi ayuda, ten piedad de mí, perdona mis pecados, sálvame ahora y en los siglos futuros, por nuestro Señor Jesucristo, por el cual sea a Ti la gloria y el poder por los siglos. Amén.

(Tipo de doxología en dos términos. *Papiro de Oxirynco,* D. H. LECLERCQ, *Monumenta ecclesiae Liturgica,* 1, 2, CLXXI.)

Luz beatificante de la santa gloria
Del inmortal padre celeste,
Oh santo bienaventurado Jesucristo;
Llegados ya al declinar del sol,
Y mientras contemplamos las luces de la tarde
Cantamos al Padre, al Hijo
Y al Espíritu Santo de Dios.
Eres digno de que en todo tiempo
Te canten voces puras,
Oh Hijo de Dios, que das la vida del mundo,
Por eso el mundo proclama tu gloria.

(Himno *Fos hilaron,* canto vesperal antiguo, atribuído a San Atenógenes. Horologion, 2.ª ed. rom., páginas 225-226.)

18 *b)* DOXOLOGIAS DE LA LITURGIA GRIEGA

Gloria a la santa, consustancial, vivificante e indivisible Trinidad, en todo tiempo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Comienzo de Maitines,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 66.)

Trinidad consustancial e individua. Unidad en tres hipóstasis igualmente eternas, a Ti cantamos, como a nuestro Dios, el himno de los ángeles: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 3.º tono del Oficio de Maitines de los días de penitencia,* Gran Octoicos, ed. rom., 713.)

A tu Padre eterno y a Ti, Cristo Dios, juntamente con tu muy Santo Espíritu, osamos glorificarte, como los Serafines, diciendo: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 4.º tono, ibíd.,* p. 714.)

Glorifiquemos la Divinidad de la Trina Unidad en unión sin confusión y entonemos el himno de los ángeles: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 6.° tono, ibíd.,* p. 714-715.)

Trinidad santísima, poder consustancial, indivisible realeza, origen de todos los bienes, muéstrate propicia para con un pecador como yo; fortalece e instruye mi corazón y límpiame de toda impureza; ilumina mi inteligencia, para que te glorifique sin cesar, te adore y te diga: Un solo Santo, un solo Señor, Jesucristo para la gloria del Padre. Amén. *(Oficio de los típicos,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 191-192.)

Trinidad santísima, ten piedad de nosotros, Señor; acepta la expiación de nuestros pecados; Señor, perdona nuestras iniquidades; Santo, socórrenos y sana nuestras enfermedades, por tu nombre. *(Oración introducida de los oficios bizantinos, ibíd.,* p. 8.)

Bendita sea la realeza del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Comienzo de la Liturgia,* Eucologio, ed. rom., p. 42.)

Es digno y justo adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e individua. *(Comienzo de la anáfora en muchas Iglesias de rito griego.)*

Todo verdadero beneficio y todo don perfecto viene de arriba y desciende de Ti. Padre de las luces. Te glorificamos, damos gracias y adoramos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Liturgia de San Juan Crisóstomo, Conclusión;* Eucologio, ed. rom., p. 76.)

Porque Tú eres la luz de nuestras almas y de nuestros cuerpos, oh Cristo Dios, Te glorificamos con tu Padre eterno y a tu muy santo, bueno y vivificante Espíritu, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Oración del Evangelio,* Eucologio, ed. rom., p. 50.)

19 c) GRAN DOXOLOGIA

Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz sobre la tierra en los hombres de buena voluntad.

Te cantamos, Te bendecimos, Te adoramos, Te glorificamos, Te damos gracias por tu inmensa gloria.

¡Señor Rey, Dios celestial, Padre Todopoderoso! Señor Hijo único Jesucristo y Espíritu Santo.

Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que borras los pecados del mundo, ¡ten piedad de nosotros! Tú que borras los pecados del mundo.

Acepta nuestra oración, Tú, que te sientas a la diestra del Padre, y ten piedad de nosotros.

Porque Tú sólo eres Santo. Tú sólo Señor, Jesucristo, para gloria del Padre. Amén.

Todos los días te bendeciré y ensalzaré tu nombre por todos los siglos, y en los siglos de los siglos.

Dígnate, Señor, conservarnos hoy sin pecado.

Tú eres bendito Señor, Dios de nuestros padres, y tu nombre es digno de alabanza y lleno de gloria en todos los siglos. Amén.

Que tu piedad, Señor, sea sobre nosotros, según que hemos esperado de Ti.

Bendito eres, Señor, muéstranos tus juicios. *(Tres veces)*.

Señor, tu has sido nuestro refugio de generación en generación.

Dije: Señor, ten piedad de mí; sana mi alma porque he pecado contra Ti.

Señor, me refugio en Ti; enséñame a hacer tu voluntad porque eres mi Dios.

Porque en Ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz.

Extiende tu piedad sobre todos aquellos que te conocen.

Dios Santo, Santo fuerte, Santo inmortal, ten piedad de nosotros *(Tres veces)*. *(Horologion,* 2.ª ed. rom., p. 120-127.)

A Ti se dirige la alabanza, a Ti se dirige el cántico, a Ti se dirige la gloria. Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Final de la gran Doxología en la semana*—en latín, himno *Te decet laus*—Horologion, 2.ª ed. rom., p. 129-130).

d) ORACIONES DIVERSAS A LA SANTISIMA TRINIDAD

Tres son los que dan testimonio en el cielo y los tres son uno. (Comma Joanneum, 1.ª Juan., 5, 7.)

Liturgia romana 20

Es, en verdad, digno y justo, debido y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno, que con tu Hijo Unigénito y el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no en la unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola substancia. Pues lo que por tu revelación creemos de tu gloria, lo mismo creemos, sin diferencia alguna, de tu Hijo y del Espíritu Santo; de tal manera que confesando una verdadera y eterna divinidad, adoramos la propiedad en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad de la majestad *(Prefacio de la Santísima Trinidad)*.

Todo el que quiera salvarse debe ante todo profesar la fe católica.

Y si alguien no la conserva íntegra y sin mancha, incurrirá sin duda en la muerte eterna.

La fe católica consiste, pues, en venerar a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la unidad.

Sin confundir las personas ni dividir la sustancia.

Pues una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo.

Sin embargo, El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tienen una sola divinidad, una gloria igual, una coeterna majestad.

Como el Padre, así el Hijo y el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Infinito el Padre, infinito el Hijo, infinito el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Mas no son tres eternos, sino un solo Eterno.

Del mismo modo que no hay tres increados ni tres infinitos, sino un solo Increado y un solo Infinito.

Igualmente omnipotente es el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo.

Sin embargo no son tres omnipotentes, sino un solo Omnipotente.

Así también el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

Pero no hay tres Dioses, sino un solo Dios.

Asimismo, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

Más no hay tres Señores, sino un solo Señor.

Porque si la verdad cristiana nos obliga a confesar que cada una de las tres personas es Dios y Señor, la religión católica nos prohibe decir que hay tres Dioses o tres Señores.

El Padre no ha sido hecho por nadie; no ha sido ni creado ni engendrado. El Hijo procede solamente del Padre, no hecho ni creado, sino engendrado.

El Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino por procedencia.

Hay, pues un solo Padre, no tres Padres; un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

Y en esta Trinidad, nadie procede ni sigue; nadie hay mayor ni menor, sino que las tres Personas son coeternos e iguales entre sí.

De tal manera que en todas las cosas, como ya lo hemos dicho, debemos venerar la Unidad en la Trinidad, a la Trinidad en la Unidad.

Según esto, el que quiere salvarse, debe creer así a cerca de la Trinidad.

Mas es también necesario para la salvación eterna una fe sincera en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

La verdadera fe consiste en creer y confesar que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre.

Es Dios, porque ha sido engendrado de la sustancia del Padre antes de todos los siglos. Es hombre, porque ha nacido en el curso del tiempo de la sustancia de una Madre.

Es perfecto Dios y perfecto hombre, compuesto de alma racional y de cuerpo humano.

Igual al Padre en su Divinidad, inferior al Padre en su humanidad.

Y aunque sea Dios y hombre, no constituye dos Cristos, sino uno solo.

Es uno, no por el cambio de la divinidad en humanidad, sino por la unión de la humanidad en la divinidad.

Es perfectamente uno, y no por la mezcla de las naturalezas, sino por la unidad de la persona.

Porque del mismo modo que el alma racional y el cuerpo forman un solo hombre, Dios y el hombre forman un solo Cristo.

El cual sufrió por nuestra salvación, bajó a los infiernos y resucitó al tercer día de entre los muertos.

Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

A su venida, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos y darán cuenta de sus acciones.

Y los que hayan obrado bien, irán a la vida eterna, mas los que hayan obrado mal, al fuego eterno.

Esta es la fe católica, sin cuya convicción firme y sincera nadie puede salvarse.

(Breviario romano.— Símbolo atribuído a S. Atanasio.)

21 *Liturgia galicana*

Señor Santo, luz y verdadera salud de los que creen, ilumina nuestro corazón con la claridad de la Resurrección del Señor para que el conocimiento de la Trinidad y de la Unidad merezcamos ser hijos de la luz, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. *(Antifonario de Bangor, coll. 66 sup. him;* P. L. 72, 599 y 600.)

22 *Liturgia griega*

Hemos visto la verdadera luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe en la adoración de la Trinidad indivisible, porque ella nos ha salvado.

En los Profetas nos has anunciado el camino de salvación, y en los Apóstoles, Salvador nuestro, ha brillado la gracia de tu Espíritu.

Tú eres Dios antes de la creación del mundo. Tú lo serás después de todas las cosas y por todos los siglos; Tú eres nuestro Dios.

Te glorificaré desde tus atrios, Salvador del mundo, a la tarde, a la mañana y al mediodía, dobladas las rodillas adoraré tu fuerza invisible e invencible; y en todo tiempo, Señor, te bendeciré.

Desde tus atrios, Señor, nosotros creyentes doblamos la rodilla en espíritu y corporalmente y te celebramos con nuestros cantos, Padre sin principio, Hijo

coeterno y muy santo Espíritu, igual en eternidad, que iluminas y santificas nuestras almas. *(Vísperas Mayores de Pentecostés, stic., del* 2.° *tono,* Pentecostés, ed. rom., p. 390-391.)

Rey de reyes, único del Unico, solo Verbo procedente del Padre sin principio, en tu largueza has hecho brillar tu Espíritu, igual a Ti en poder, sobre los Apóstoles que te cantan: Gloria y poderíos a Ti, Señor. *(Maitines de Pentecostés, Oda 4. estrofa, 2.*, Pent., ed. rom., p. 398.)

Toda criatura dobla la rodilla ante el Paráclito y ante el Hijo del Padre, idéntico al Padre en su naturaleza. Reconocido, en efecto, en las tres Personas, una sustancia verdaderamente inaccesible, eterna y única, porque la gracia del Espíritu Santo brilló como una luz. *(Maitines de Pentecostés, Oda 4. Tropario,* ed. rom., Pent. p. 373.)

Venid, pueblos, adoremos la Divinidad en tres personas; el Padre en el Hijo, con el Espíritu Santo, porque el Padre, desde toda la eternidad engendra eternamente un Hijo que reina con El, y el Espíritu Santo está en el Padre, glorificado con el Hijo, potestad única, única sustancia, única divinidad que todos adoramos diciendo: Dios santo que has creado todo por el Hijo con el concurso del Espíritu Santo, Santo fuerte por quien hemos conocido al Padre y por quien el Espíritu Santo ha venido al mundo. Santo inmortal, Espíritu consolador, Tú que procedes del Padre y reposas en el Hijo. Trinidad santa, gloria a Ti. *(Vísperas mayores de Pentecostés; Idiomel de León el Déspota, tono 4.° pl.,* Pent., ed. rom., p. 391.)

Padres griegos 23

A El, a ese Dios que se ha hecho hombre por nosotros, a quien el Padre ha sometido todas las cosas. A El la gloria y el poderío con el Padre y el Espíritu

Santo, en la santa Iglesia, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. (Hipólito, *Contra Noeto*, 18, P. G. 10, 829.)

Roguemos a la misericordia del Señor para que las mismas piedras no se pongan a gritar en vista de nuestro silencio. Hablemos y alabemos a Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para quien sea la gloria y la potestad por los siglos de los siglos. Amén. (Orígenes, *Homilía 37 in Luc.*, P. G. 13, 1896.)

Roguemos para que Jesús reine sobre nosotros y para que nuestra tierra sea libertada de las guerras y de los asaltos de los deseos carnales, y para que, libre de estos males cada uno descanse bajo su vid, su higuera o su olivo; porque el alma que haya encontrado la paz en su carne y en su espíritu, reposará bajo la mirada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Orígenes, *Homilía 22 in Num.*, P. G. 12, 745.)

Ojalá seamos dignos de conocer a Dios, de conocer a su Hijo Jesucristo, de conocer al Espíritu Santo, para que reconocidos por la Trinidad merezcamos conocer pleno, entero y perfecto el misterio de la Trinidad por la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, a quien es la gloria y el reino por los siglos de los siglos. (Orígenes, *Homilía 4 in Gén.*, P. G. 12, 183.)

Ojalá seamos hechos conformes y semejantes a la oblación de Cristo, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, por quien es la gloria y el reino por los siglos de los siglos, a Dios Padre Todopoderoso y al Espíritu Santo. (Orígenes, *Homilía 1 in Lev.*, P. G. 12, 411.)

III. — LA FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

A) EUCARISTIA, MEMORIAL DE LA CRUZ

a) EL BANQUETE DE LA SABIDURIA

La Sabiduría ha edificado su casa. Ha esculpido siete columnas. Ha degollado las víctimas, mezclado el vino y puesto la mesa. (Prov., 9, 1-2.)

Padres griegos **24**

Por las palabras: "Introducidme en la bodega" parece pedir la Esposa a los amigos del Esposo que la introduzcan en la Casa de la alegría donde se bebe vino y está preparado el festín. Después de haber visto la cámara del Rey, desea también entrar en el banquete real y gustar el vino del gozo. Los amigos del Esposo son los profetas y los servidores de la palabra a los cuales, con justo título, la Esposa, que se adhiere al Esposo, pide que la introduzcan en la bodega, es decir, ahí donde la Sabiduría ha mezclado su vino y a donde ha invitado por sus servidores a todos los que permanecen en la ignorancia, diciéndoles: Venid, comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado. En esta morada del vino y del banquete, todos los que vengan de Oriente y de Occidente se sentarán con Abraán, Isaac y Jacob en el Reino de Dios. Y David, habiendo admirado la copa de este banquete dijo:

Mi copa se desborda. La Iglesia y el alma perfecta desean entrar en esta morada del vino para gozar de las enseñanzas de la Sabiduría y de los misterios de la Ciencia, como si fueran las delicias de un banquete y la alegría producida por el vino. (ORÍGENES, *Com. Cant.*, III, P. G. 13, 154-155.)

25 *Padres latinos*

El Espíritu Santo figura por Salomón el tipo del sacrificio del Señor, al hacer mención de la víctima inmolada, del pan y del vino y del altar. La Sabiduría, dice, ha construído una casa y la ha sustentado con siete columnas. Ha inmolado sus víctimas y ha mezclado en la copa el vino y el agua y ha puesto su mesa. Después ha enviado a sus servidores a todos, con grandes voces, que vengan a beber en su copa: "Venid, comed los panes, y bebed el vino que he mezclado para vosotros." Habla del vino mezclado, es decir, que anuncia proféticamente el cáliz del Señor, que contiene el agua y el vino mezclados. (SAN CIPRIANO, *Epístola 63, 5;* P. L. 4, 389.)

Tú quieres comer y beber. Ven al banquete de la Sabiduría que invita a todos los hombres con grandes voces diciendo: Venid, comed de mi pan y bebed del vino que he mezclado. Escucha a la Iglesia que te exhorta no sólo con sus cánticos sino con el Cantar de los Cantares: "Comed, amigos, bebed, embriagaros, amados míos." Porque esta embriaguez hace sobrios, esta embriaguez engendra el gozo; no un gozo insensato, sino el de la gracia. La Sabiduría ha edificado una casa y levantado siete columnas. El mismo Señor Jesús enseña que hay numerosas moradas en la casa de su Padre. En esta casa te ofrecerá un festín con alimento del alma y sustento del espíritu, de tal manera que ya no tengas más ni hambre ni sed. (SAN AMBROSIO, *De Cain et Abel,* I, 19-21, P. L. 14, 326-327.)

b) LA CENA Y LA CRUZ

El Señor misericordioso y compasivo ha dejado memoria de sus prodigios; ha dado un manjar a los que le temen. (Salmo 110, 4-5.)

Actas de los mártires 26

Sólo hay un Dios Todopoderoso, el verdadero Dios. Cada día le ofrezco un sacrificio, no de la carne de los toros ni de la sangre de los carneros degollados entre el humo del incienso, sino el sacrificio del Cordero inmaculado que consagro cada día sobre el altar, memorial de la Cruz. Todo el pueblo fiel come la carne y bebe la sangre de esta víctima, y sin embargo, el Cordero que ha sido inmolado, permanece siempre entero y siempre vivo. Es absolutamente verdadero que está sacrificado y completamente cierto que el pueblo come su carne y bebe su sangre y, a pesar de eso, te digo, permanece intacto, sin mácula y lleno de vida. *(Actas del Martirio de San Andrés,* P. G. 2, 1228.)

Liturgia siria 27

Celebramos la memoria de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, y de toda la economía de nuestra salvación. En efecto, según su divino precepto, celebramos sobre esta Eucaristía colocada entre nosotros: la memoria de su anunciación por el Arcángel siempre vigilante, de su nacimiento en la carne, de su bautismo en el Jordán, de su elevación en la Cruz, de su muerte portadora de la vida, de su gloriosa sepultura, de su esplendorosa resurrección, de su ascensión al cielo donde está sentado a la diestra del Padre. *(Liturgia Siria, comienzo de la Liturgia,* RENAUDOT, *Lit. or.,* II, p. 16.)

B) EL MISTERIO DEL PAN Y DEL VINO

a) ORACION CONSECRATORIA

Tomad, comed, este es mi cuerpo... Bebed todos de él, esta es mi sangre. (Mat., 26, 26-27.)

28 *Padres griegos*

Es digno y justo alabarte, cantarte y glorificarte a Ti, Padre increado del único engendrado Jesucristo. Te alabamos, Dios increado, insondable, inefable, incomprensible a todo ser creado. Te alabamos a Ti que eres reconocido como Hijo Unigénito, a Ti por quien es anunciado y enseñado y revelado a la creación. Te alabamos a Ti que conoces al Hijo y que revelas a los santos sus propias excelencias; a Ti que eres conocido por tu Verbo engendrado y eres mostrado y enseñado a los santos. Te alabamos Padre invisible, colega de la inmortalidad. Eres la fuente de la vida, la fuente de la luz, la fuente de toda gracia y de toda verdad, amigo de los hombres, amigo de los pobres, propicio a todos, que los atraes a Ti por la venida de tu amable Hijo. Te pedimos que hagas de nosotros hombres vivos. Danos el Espíritu de luz para que te conozcamos a Ti, solo verdadero Dios y a quien has enviado, Jesucristo. Danos el Espíritu Santo para que podamos narrar y proclamar tus inefables misterios. Que el Señor Jesús y el Espíritu Santo hablen en nosotros, que te ensalcen por nosotros.

Señor de las virtudes, colma este sacrificio con tu poder y con tu participación. Porque es a Ti a quien ofrecemos este sacrificio vivo, esta oblación incruenta;

a Ti a quien ofrecemos este pan, figura del cuerpo del Unigénito. El pan es el tipo del Santo Cuerpo, porque nuestro Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, lo rompió y dió a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo partido por vosotros en remisión de los pecados. Por eso, al reproducir este símbolo de su muerte, hacemos la ofrenda de este pan y te invocamos por este sacrificio. Sénos propicio a todos, Dios de la verdad, sénos propicio. Y del mismo modo que este pan fué primero algunos granos de trigo esparcidos por las montañas, recogidos después y hechos uno, del mismo modo congrega a tu santa Iglesia de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de todo pueblo, de todo hogar, y haz una viviente Iglesia católica. Nosotros ofrecemos este cáliz, figura de su sangre, porque habiendo el Señor Jesús tomado una copa después del banquete, dijo a sus discípulos: Tomad, bebed, esta es la nueva alianza; esta es mi sangre derramada por vosotros en remisión de los pecados. Por esto presentamos este cáliz figura de la sangre... (*Anáfora de Serapión,* SERAPIÓN, *Eucologio XIII,* cfr. BARDY, *En lisant les Pères.* p. 197-198.)

Puesto que en la ceremonia del Santo Bautismo, el Espíritu Santo es invocado con el Padre y el Hijo como libertando también El de los pecados; ya que sobre la mesa mística es El quien de un pan ordinario hace el mismo cuerpo de Jesús encarnado, ¿cómo es que tú, insensato... enseñas que el Espíritu Santo ha sido hecho o creado y que no tiene una naturaleza autónoma, por sí misma operante y consustancial a la esencia real y divina del Padre y del Hijo? (SAN ISIDORO DE PELUSA, Carta 109, P. G. 78, 256.)

Padres sirios 29

Jesús Nuestro Señor tomó pan en sus manos—en un principio sólo era pan—, lo bendijo, hizo sobre él

el signo de la Cruz, lo consagró en el nombre del Padre y en el nombre del Espíritu Santo, lo rompió y lo distribuyó a sus discípulos por partes; en el misterio de su amor llamó a este pan su cuerpo vivo y le llenó de sí mismo y del Espíritu Santo; después, extendiendo su mano, dió a sus discípulos el pan que su diestra había consagrado: Tomad, les dijo, comed todos de esto que mi palabra ha consagrado. No creáis que lo que os acabo de dar sea pan; recibidlo, comedlo, no lo deshagáis en migas; lo que he llamado mi cuerpo lo es en realidad. La más pequeña de estas partecitas puede santificar a millares de almas y basta para dar la vida a quien la recibe. Tomadla, comedla con fe, sin vacilación, porque es mi cuerpo y el que la come con fe introduce en él el fuego del Espíritu Divino. Para el que lo come sin fe tan sólo es pan ordinario, más el que ingiere con fe el pan consagrado en mi nombre, si es puro conserva su pureza; si es pecador obtiene el perdón. Aquel que lo rechaza, lo desprecia y ultraja, y éste tal que tenga por cierto que desprecia al Hijo que llama y que hace realmente del pan su cuerpo... Después que los discípulos hubieren comido el pan nuevo y santo y comprendieren por la fe que hubieren comido el cuerpo de Cristo, Jesús continuó exponiéndoles y explicándoles todo el sacramento. Tomó el cáliz de vino y lo mezcló; después lo bendijo, hizo sobre él la señal de la cruz, lo consagró y proclamó que aquella era su sangre que iba a ser derramada... Esta es mi verdadera sangre que va a ser derramada por todos vosotros; tomadla y bebed todos de ella, porque es el nuevo Testamento en mi sangre. Haréis como me habéis visto hacer a mí, en recuerdo de mí... (SAN EFRÉN, *Himnos y Sermones*, Ed. Lamy I, 413.)

b) LA DIVINA PRESENCIA

Soy el Pan vivo que ha descendido del cielo. (Juan., 6, 51.)

Padres griegos 30

No recibimos nosotros estas cosas como si fuese un pan ordinario y una bebida común, sino que del mismo modo que por la palabra de Dios, nuestro Salvador Jesucristo se hizo carne, tomó carne por nuestra salud, así se nos enseña que este alimento consagrado por la plegaria que contiene su palabra, alimento por el cual nuestra carne y nuestra sangre son alimentadas por medio de la asimilación, es la sangre y la carne de Jesús hecho carne. (SAN JUSTINO, *I Apol, 66;* P. G. 6, 428.)

Verás a los levitas llevando panes y un cáliz de vino y poner todo esto sobre la mesa. En tanto que las invocaciones y las oraciones no han comenzado sólo hay pan y vino. Más cuando han sido pronunciadas las grandes y prodigiosas oraciones, entonces el pan se convierte en el cuerpo y el vino en la sangre de nuestro Señor Jesucristo. (SAN ATANASIO, *A los nuevos bautizados,* P. G. 26, 1325.)

Puesto que el Verbo ha dicho: Esto es mi cuerpo, asintamos, creamos, mirémosle con los ojos de nuestro espíritu. Cristo no nos ha hecho solamente un don sensible, sino que por medio de las apariencias sensibles nos ha dado un don espiritual... Si no tuvieras cuerpo te hubiera hecho dones incorpóreos, más porque tu alma está unida a tu cuerpo te ha ofrecido dones espirituales bajo apariencias sensibles. Cuántos

dicen hoy: yo hubiera querido ver su aspecto, su rostro, sus vestidos, sus sandalias. Y sin embargo le ves, le tocas y le comes. Deseas ver sus vestidos, y El te concede no sólo ver, sino comer, tocar, meterlo dentro de ti. Que nadie venga con repugnancias, sino que todos sean ardientes, fervorosos, inflamados. Si los judíos comían el cordero en pie, los pies descalzos y el bastón en la mano, tu tienes más razones que ellos para estar presto y esperar. Ellos iban a partir para Palestina y por eso tenían el aspecto de viajeros, pero tu debes dirigirte al cielo. Vigila, pues, en todas las cosas, porque no es pequeño el castigo que está reservado a los indignos. Piensa como te indignas contra el traidor, contra los malvados que le crucificaron y procura no ser tú también responsable del Cuerpo y de la Sangre del Señor. ¿Ellos mataron su Cuerpo sagrado y tu le recibirás con el alma manchada después de haber recibido de El tantos beneficios?... ¡Cuán puros deberíamos ser para gozar de tal sacrificio! ¿No debería ser nuestra mano más brillante que los rayos del sol para romper esta carne? ¿nuestra boca que se llena del fuego espiritual? ¿nuestra lengua palpitante que se enrrojece de sangre? Considera que honor se te hace y a que mesa te sientas.

Aquél a quien los ángeles temen mirar, aquél a quien no osan contemplar libremente a causa de su incomparable esplendor, de ese nos alimentamos, a El estamos unidos, con El nos hacemos un solo cuerpo, una carne de Cristo. (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 82, 40, sobre S. Mateo;* P. G. 58, 743).

Que nadie ponga en duda que después del sacrificio místico y de la santa resurrección, el Incorruptible, el Inmortal, el Santo, no vivifica el Cuerpo y la Sangre del Señor, ocultos en las figuras en virtud del sacrificio; que nadie, digo, ponga en duda, que imprima

virtud a estas figuras y que está realmente todo entero en cada una de ellas. Porque en el Cuerpo mismo del Señor habita corporalmente, es decir, sustancialmente, la plenitud de la divinidad del Verbo. (EUTIQUIO, *Sermón sobre Pascua;* P. G. 86, 2393-2396).

Padres sirios 31

Declaramos creer en el cuerpo vivo de un Dios vivo y no en el puro y simple cuerpo de un hombre mortal, que sentimos en nuestra boca la sangre viva de un Dios vivo y no la sangre ordinaria de un hombre corruptible y semejante a nosotros, como creen los herejes. Porque Jesucristo no dijo que su cuerpo era pan santificado, ni su sangre vino bendito, sino que dijo que aquel era su cuerpo y su sangre. (FILOGENO DE MABBOUG; *Assemani Bibl.* or., II 39).

Liturgia griega 32

Te rogamos, Señor de la misericordia, que llenas este altar de gloria, de santidad y de gracia, a fin de que los miembros de tu purísimo cuerpo y las gotas de tu purísima sangre que se van a ofrecer sobre él, se conviertan en alimento y bebida para la salud de todos los pueblos y la nuestra por muy indignos que seamos de ello. *(Oración para la consagración de un altar;* Gran Eucologio, ed. rom., p. 319).

Mira esta viña plantada por tu mano para que a su tiempo produzca frutos y una vez ya maduros podamos ofrecértelos para que sean transformados en la sangre de tu Cristo. *(Oración para la plantación de la viña;* ibíd., p. 339).

C) EL SACRAMENTO VIVICADOR

a) EL ALIMENTO DE LOS SANTOS

Los Sacerdotes ofrecen al Señor incienso y panes; por eso serán santos en la presencia de su Dios y no profanarán su nombre. (Ley., 21; *Ofertorio de la Misa del Corpus Christi.)*

33 *Padres griegos*

El pan místico es aquel a quien se llama no solamente Santo, sino Santo de los Santos, para mostrar que este alimento no es común a todos, que no es para los indignos, sino tan sólo para los santos. (ORÍGENES, *Homilía 13 in Num. 6;* P. G. 12, 551).

34 *Padres sirios*

Procurad evitar toda mancha y recibid después el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo. Custodiad cuidadosamente vuestra boca por la cual ha entrado Nuestro Señor y que no permita el paso a palabras impuras. (SANTIAGO DE NISIBE, *De Pascha, serm., III).*

35 *Liturgia griega*

Que toda carne mortal guarde silencio y permanezca temerosa y con miedo; que no la domine ninguna consideración terrena. Porque he aquí que el Rey de reyes y Señor de los señores, Cristo nuestro Dios, se adelanta para ser sacrificado y dado en alimento a sus fieles; va precedido por los coros de los ángeles con todos los Principados y Dominaciones, los Querubines

de múltiples ojos y los Serafines de seis alas que se velan la faz y cantan el himno *Alleluia. (Cheroubikon* del Sábado Santo).

Venid, pueblos, a realizar el Misterio sagrado e inmortal y la libación; acerquémonos con temor y con fe, y con manos puras recibamos el fruto de la penitencia; porque el Cordero de Dios se ha ofrecido por nosotros al Padre en sacrificio; adorémosle a El solo, glorifiquémosle cantando con los ángeles: Alleluia, Alleluia. *(Antífona litúrgica antigua,* CABROL, *Le Livre de la prière antique,* 5.ª ed. p. 556).

Liturgia griega

Hazme hoy partícipe de tu Cena mística, oh Hijo de Dios. Porque no descubriré tu misterio a tus enemigos y no te daré un beso como Judas. Pero con el ladrón te digo: "Acuérdate de mi cuando entres en tu reino". *(Querubikon* del Jueves Santo, *Triod,* ed. rom., p. 760).

Participemos con la conciencia pura, con la mirada serena y el corazón inflamado en tus divinos dones y, vivificados por ellos, unirnos a Cristo, nuestro Dios verdadero que dijo: "Haz por lo mismo que habitando tu Verbo y teniendo en nosotros sus complacencias, nos convirtamos, Señor, en el templo de tu adorable Espíritu, libres de todo artificio diabólico que se ejerza en nosotros por palabras o por pensamientos; y que alcanzemos los bienes que nos han sido prometidos juntamente con aquellos que siempre os han sido agradables." *(Secreta de la Liturgia de los Presantificados, atribuída a San Atanasio II;* Gran Eucologio, ed. rom., página 125).

Oh Dios, Dios nuestro, que has entregado el pan celestial, alimento del mundo entero, nuestro Señor y Dios Jesucristo, el Salvador, Redentor y Bienhechor

que nos bendice y nos santifica; bendice Tú mismo esta ofrenda y acéptala en tu celeste altar. Acuérdate en tu bondad y en tu amor por los hombres de los que te la ofrecen y de aquellos por quienes la ofrecen, consérvanos irreprochables en la ejecución de tus divinos misterios. *(Liturgia, Oración de la Prothesis;* Eucologio, ed. rom., p. 42).

Señor Jesucristo, Dios nuestro, fuente de vida y de inmortalidad, creador del universo visible e invisible. Hijo eterno de un Padre que no tiene comienzo, Tú mismo nunca principiado; Tú que en un exceso de bondad tomaste carne en estos últimos tiempos; Tú que fuiste crucificado y ofrecido en sacrificio por nosotros, ingratos e insensibles; Tú que por tu propia sangre renovaste nuestra naturaleza corrompida por el pecado; Tú, Rey inmortal, acepta mi penitencia, pecador que soy; inclina hacia mi tu oído y escucha mi voz. Ciertamente he pecado, Señor, he pecado contra el cielo y contra Ti y no soy digno de dirigir mis ojos hacia la excelsitud de tu gloria, porque he irritado tu bondad, violando tus mandamientos y rehusando someterme a tus preceptos. Mas Tú Señor, eres paciente, longánime y lleno de piedad y por eso no me has abandonado a mis pecados, lo que hubiera causado mi perdición, sino que pacientemente has esperado mi conversión. Porque has dicho por tu profeta: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva". Tú no quieres, Señor, perder la obra de tus manos ni te complaces en la ruina de los hombres, antes al contrario, quieres que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Por eso yo, que soy indigno del cielo y de la tierra y aún de esta vida pasajera, yo que estoy sometido enteramente al pecado, que he sido el esclavo de mis pasiones y he manchado tu imagen, pero que después de todo soy tu obra y he sido formado por ti, no rehuso mi propia salvación a

pesar de lo miserable que me encuentro, sino que confiado en tu ilimitada misericordia me acerco a Ti. Recíbeme, pues, a mí también, amabilísimo Señor, como recibiste a la mujer pecadora, al ladrón, al publicano y al Hijo pródigo; libértame de la dura carga de mis pecados, Tú que borras los pecados del mundo y sanas las enfermedades de los hombres, Tú que llamas y alivias a los que sufren y estan cargados, que viniste a llamar a penitencia, no a los justos, sino a los pecadores, límpiame de toda mancha en el cuerpo y en el alma, enséñame a hacer obras santas animado de tu espíritu de temor. Teniendo en mi el buen testimonio de mi conciencia y recibiendo una partecita de tus sagrados dones, permaneceré de ese modo unido a tu Cuerpo y a tu Sangre, Te tendré habitando y morando en mí con el Padre y el Espíritu Santo. Sí, Señor y Dios mío, que esta participación de tus santos misterios no sean mi juicio y condenación, ni enferme yo de alma y cuerpo por participar indignamente de ellos; haz, por el contrario que reciba siempre, hasta mi último suspiro, esta partecita de tus dones sin que merezca ser condenado; sea para mí la comunicación del Espíritu Santo, un viático para la vida eterna, una justificación aceptable ante tu riguroso tribunal, a fin de que como tus elegidos, sea hecho participante de los bienes que tienes preparados para los que te aman, oh Señor, que eres glorificado en medio de ellos por los siglos sin fin. Amén. *(Oración atribuída a San Basilio; Oficio de la Comunión, Horologion*, 2.ª ed. rom., página 946).

Liturgia galicana 36

Venid, justos, tomad el cuerpo de Cristo, bebed la sangre preciosa que os rescató.

Alabemos a Dios los que hemos sido salvados por el cuerpo y la Sangre de Cristo y restaurados por El.

Por este sacramento del Cuerpo y la Sangre fuimos librados todos de las fauces del infierno.

Cristo Salvador, Hijo de Dios, salvó al mundo con la Cruz y con su Sangre.

En la ley estaba prescrita la inmolación de las víctimas, sombras de los divinos misterios.

Dispensador de la luz y salvador de todos, distribuyó a los justos su gracia rutilante.

Acérquense todos los creyentes con corazón sincero y reciban la prenda eterna de la salvación.

Custodio de los justos y Señor que gobierna, distribuye a los creyentes la vida eterna.

A los que tienen hambre les da pan celestial, y a los que tienen sed les da a beber de la fuente de la vida.

El es el Alfa y el Omega, Cristo—Señor que vendrá a juzgar a los hombres. *(Himno eucarístico para la comunión de los sacerdotes,* Antifonario de Bangor, P. L. 72, 587).

Libra, oh Señor, de todo mal, a los que comemos tu Santo Cuerpo, crucificado por nosotros; y a los que bebemos tu sangre derramada por nosotros. Obre tu Santo Cuerpo en nosotros la salvación y tu Sangre preciosísima la remisión de los pecados, ahora y por los siglos de los siglos. *(Missale gothicum, Missa dominicalis, post orationem dominicam;* P. L. 72, 318).

b) EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. (Juan, 6, 551.)

37 *Epigrafía*

Raza divina del pez celestial, recibe con corazón respetuoso la vida inmortal entre los mortales, en las

aguas divinas. Refresca tu alma, oh amigo, en las ondas eternas de la Sabiduría. Recibe el alimento dulce como la miel del Salvador de los Santos; come con hambre y bebe con sed. Tienes el Pez en tus manos. Sácieme yo del Pez, le deseo ardientemente mi Señor y mi Salvador. *(Inscripción funeraria de Pectorio,* s. III. Cfr. DAL, XIII, col. 2884.)

Padres griegos 38

El Verbo lo es todo para el infante; el padre, la madre, el pedagogo y el ayo. "Comed, dice, mi carne y bebed mi sangre." Este es el manjar escogido que el Señor nos da; nos ofrece su carne, derrama su sangre y nada falta a los infantitos para su sustento y acrecentamiento de su vida. ¡Oh misterio admirable! El nos manda despojarnos de la vieja y carnal corrupción así como el viejo alimento, para que participando del nuevo alimento que El nos ha preparado, podamos, si es posible, recibirle y encerrarle dentro de nosotros, y poseyendo así a nuestro Salvador en nuestro pecho, curar, con su ayuda poderosa, nuestras almas de sus pasiones carnales. (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo,* I, 6; P. G., 8, 301).

Padres latinos 39

Considerad, os ruego, los que pronto habéis de participar de los santos misterios, qué es lo más excelente, el maná llamado pan de los Angeles o la carne de Jesucristo, que es el cuerpo mismo de Aquel que es la vida; el primero cayó del cielo, el segundo está por encima de los cielos... Para los hebreos el agua manó del seno de una roca, pero para vosotros la sangre mana de Cristo mismo. (SAN AMBROSIO, *De Misteriis,* 8, 48; P. L. 16, 422).

Coman quienes comen y beban los que beben; tengan hambre y sed; coman la vida, beban la vida. Comer esto es rehacerse; pero de tal modo te rehaces, que no se deshace aquello con que te rehaces. Y beber aquello ¿qué cosa es sino vivir?

Come la vida, bebe la vida: tu tendrás vida sin mengua de la Vida.

El cuerpo y la Sangre del Señor serán para cada uno su vida, cuando hayan comido y bebido espiritualmente en su verdad misma lo que se recibe en este Sacramento.

Porque se lo hemos oído decir al Señor: "el espíritu es el que vivifica, la carne de nada sirve". (S. AGUSTÍN, *Sermón* 131, I; P. L., 38, 729).

c) UNION CON DIOS

El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y Yo en él. (Juan. 6, 55.)

40 *Padres griegos*

El pueblo de Dios fué alimentado en otro tiempo con el maná del desierto que era sólo una figura, pero hoy recibe en toda su realidad el verdadero alimento, la carne del Verbo de Dios.

¿Qué pastor alimentó jamás a sus ovejas con sus propios miembros? ¡Qué digo pastores! Muchas madres hoy que dan a sus hijos a nodrizas para que les amamanten. Jesucristo no ha obrado así con nosotros, El nos alimenta con su Sangre. (S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 82 sobre S. Mateo,* P. G. 58, 744.)

41 *Padres sirios*

El Cuerpo de Jesucristo se une a nosotros de una manera nueva. Su sangre purísima se derrama por nuestras venas. Su ser entero penetra en todo nuestro

ser. Tanto amó a su Iglesia, que no se limitó a darla el maná como había hecho con la sinagoga; para nosotros se ha hecho pan de vida, a fin de que podamos comerle. (S. EFRÉN, *Himno 37 de Virgin.*)

d) EL SACRAMENTO DEL CUERPO MISTICO

Porque el pan es uno, somos muchos un solo Cuerpo, pues todos participamos de ese único pan. (I Cor., 10, 17.)

Padres griegos 42

Como enseñó el divino Pablo, un solo cuerpo forma nuestra multitud por el hecho de participar de un solo Pan. ¿Y no comprendes su enseñanza? Las naciones mismas se hacen un solo Cuerpo de Cristo, luego que han adquirido la unidad con El por la fe y por el don místico. (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *De Trinit.*, dial, I, P. G. 75, 695.)

¿Quién dividirá a los que este cuerpo de Santidad ha conducido de ese modo a la unidad con Cristo? ¿Quién los apartará de una unión natural entre ellos? Porque si todos participamos de un Pan único, formamos por el hecho mismo un solo Cuerpo. Cristo no puede ser dividido. (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Joan, Evang., II, II;* P. G. 74, 560.)

¿Qué es este Pan? El Cuerpo de Cristo. ¿Y en qué se convierten los comulgantes? En el Cuerpo de Cristo; no en muchos cuerpos, sino en uno sólo... No se alimentan, éste de un cuerpo, el otro de otro, sino que todos participamos de un solo pan. Si pues el mismo alimento hace de todos nosotros un solo ser, ¿por qué no practicar también la misma caridad y permanecer en una tal unión? (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In I Ep. ad Rom., 24;* P. G. 61, 200.)

43 *Padres latinos*

El Cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. Esto nos enseña S. Pablo sobre este pan: "Un solo pan—dice—un solo cuerpo formado de una multitud." Oh Sacramento de piedad, signo de unidad, lazo de caridad. El que quiere vivir sabe dónde vivir, de qué vivir. Que se acerque, que crea, que se incorpore a Cristo, para que sea vivificado. (SAN AGUSTÍN, *In Joan, tr. 26;* P. L. 35, 1613.)

¿Queréis saber qué es el Cuerpo de Cristo? Oíd lo que dice el Apóstol: "En cuanto a vosotros, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros." Sí, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros; lo que está allí depositado sobre el altar será por consiguiente la realidad misteriosa de nuestro ser. Este misterio, que sois vosotros mismos, es el que recibís al comulgar; vuestro Amén responde a la realidad que sois vosotros y vuestra respuesta es un asentimiento. Oís decir: "¡He aquí el Cuerpo de Cristo!" Y responderéis: "Amén." Sed pues, verdaderos miembros de Cristo para que sea verídico vuestro Amén. (SAN AGUSTÍN, *Sermón 272;* P. L. 38, 1247.)

El Señor nos recomendó que comiésemos su carne y bebiésemos su sangre para que morásemos en El y El en nosotros. Moramos en El porque somos sus miembros, y El mora en nosotros porque somos su templo. Para que seamos sus miembros la unidad nos une a unos con otros, y para que así nos una la unidad ¿qué se necesita sino la caridad? (SAN AGUSTÍN, *In Jo., tr. 27;* P. L. 35, 1618.)

44 *Edad Media*

El Cuerpo que nació de la Virgen reside en los cielos, desde donde reina sobre toda la creación; pero el Cuerpo que se nos da en el pan y el vino consagrados por el Espíritu Santo y sustancialmente transforma-

dos, es verdaderamente consumido por el pueblo fiel; y por éste último el tercer cuerpo (La Iglesia) es incorporada a Cristo y por él también la Iglesia se hace cuerpo de Cristo. Como el alimento corporal se cambia en la sustancia de nuestro cuerpo, así la Iglesia, por este alimento, se cambia en el Cuerpo de Cristo y se hace con El una sola carne según la palabra de la Escritura: Serán dos en una sola carne.

Y como el Padre mora en el Hijo y el Hijo en el Padre, por su naturaleza y por su sustancia divina, así Cristo, por su humanidad mora en la Iglesia y la Iglesia, por la sunción de este manjar, habita naturalmente en Cristo. Así, El es verdaderamente mediador entre Dios y los hombres, y la Iglesia, según nuestra creencia, es su cuerpo unido por el amor en una persona y en una sustancia. Aquí sigue Cristo sufriendo en sus miembros, recibiendo ayuda con nuestras limosnas y también recibiendo innumerables desprecios. Es necesario que donde esté la cabeza, esté también el cuerpo. No que la Iglesia se cambie esencialmente en la sustancia de Cristo hasta el punto de ser personalmente el Hijo de la Virgen y merecer ser considerada como el Hijo de Dios; sino que, unida ya por la fe y el amor a la Divinidad, la comunión de este divino manjar la une a su humanidad hasta hacer de ella necesariamente la coheredera de la gloria de Dios y su propio miembro. (HONORIO DE AUTÚN, *Eucaristía,* P. L. 172, 1251-1252.)

Somos el Cuerpo de Cristo, somos Cristo mismo hasta tal punto que, en el altar, un mismo Sacramento representa a El y a nosotros puesto que el pan del Señor es verdaderamente el cuerpo de Cristo, y que él ha querido que el Cuerpo de Cristo que somos nosotros en la Iglesia por la gracia admirable de la unidad, estuviese unido a El. Nos ha permitido tomar este misterio, que es suyo y nuestro, para prevenir la

muerte. Y esto de tal manera que su misterio recibido aún en la realidad de su Cuerpo, no sería de ninguna utilidad a quien no recibiese en el mismo sacramento, nuestro misterio, es decir, la Iglesia (su Cuerpo Místico). Porque así como la cabeza no vive separada del cuerpo, así también Cristo no da la vida a los que están fuera de la unidad del cuerpo de la Iglesia. E incluso nuestro misterio no puede realizarse en el Sacramento del Cuerpo de Cristo sin su misterio. El amor que establece la unidad entre nosotros, la establece además con El. Inseparable de su Cuerpo, no se puede recibir verdaderamente a Cristo sino recibiéndole en su totalidad. (ALGERÓ DE LIEJA, *Lib. de Sacram. Corporis et Sanguinis Domini,* I, 3; P. L. 180, 750.)

D) EUCARISTIA, GERMEN DE GLORIA

a) EUCARISTIA Y RESURRECCION

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. (Juan, 6, 54.)

45 *Padres griegos*

Si el hombre no ha sido salvado, entonces ni el Señor nos ha redimido con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía, es participación de su sangre... Cuando el cáliz y el pan reciben el Verbo de Dios y se hacen Eucaristía, Cuerpo de Cristo, con los cuales la sustancia de nuestra carne se aumenta y se va constituyendo, ¿cómo dicen que la carne alimentada con el cuerpo y sangre del Señor y hecha miembro de El no es capaz del don de Dios que es la vida eterna? Como el mugrón de la vid metido en la tierra produce fruto a su tiempo y el grano de trigo caído en la tierra y deshecho se levanta multiplicado por el Espíritu de Dios que todo lo con-

tiene, y después por la Sabiduría resulta útil para el hombre, y recibiendo la palabra de Dios llega a ser Eucaristía, que es cuerpo y sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con ella, colocados en la tierra y disueltos por la corrupción, resucitarán a su tiempo concediéndoles el Verbo de Dios la resurrección para gloria de Dios Padre. (SAN IRENEO, *Adv. Heres*, 5, 2, 2; P. G. 7, 1124.)

El Santo Cuerpo de Cristo vivifica a aquellos en quienes se encuentra, y, mezclándose con nuestros cuerpos, les conserva incorruptos porque no es el cuerpo de un hombre cualquiera, sino el de la vida por esencia, poseyendo en él toda la virtud del Verbo que le está unido, y como revestido de las mismas propiedades, más aún, lleno de ese poder por el que todo es vivificado y conservado en la existencia.

Aunque la muerte que nos ha invadido a causa de la prevaricación haya sometido el cuerpo a la necesidad de la corrupción, sin embargo, resucitaremos sin duda ninguna, porque Cristo está en nosotros por su propia carne.

En efecto, es increíble, o más bien imposible, que la vida no vivifique a aquellos en que se halla.

Así como se cubre con paja un carbón encendido para conservar el fuego, así también nuestro Señor Jesucristo oculta en nosotros la vida con su propia carne e introduce en ella un germen de inmortalidad que destruirá toda la incorruptibilidad que hay en nosotros. (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre S. Juan*, X, 2; P. G. 74, 341-343.)

b) LA EUCARISTIA Y LA VIRGEN

Liturgia copta 46

Realmente, esto es el Cuerpo y la Sangre del Emmanuel, nuestro Dios. Creo, creo y confesaré mientras

dure mi vida que ahí está el cuerpo vivificante que tu Hijo único, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, tomó de nuestra Señora, la Santa Madre de Dios, María, y unió con su divinidad, sin mezcla, sin confusión y sin alteración. *(Liturgia Copta.* Citada por CORBLET, *Historia del Sacramento de la Eucaristía.)*

47 *Padres latinos*

¿Es que Jesús vino al mundo de un modo natural de María? ¿No es cierto que por un privilegio superior a la naturaleza la Virgen llegó a ser madre? Pues bien, el cuerpo que consagramos es el mismo que nacía de la Virgen. ¿Por qué, pues, buscamos el orden natural en el cuerpo de Cristo? Es la verdadera carne de Cristo la que fué crucificada, la que fué sepultada; por tanto, verdaderamente es el sacramento de su carne. (SAN AMBROSIO, *De Misteriis*, 9, 53; P. L. 17, 407.)

"Yo soy el pan de vida que bajó del cielo." Este pan sacó del seno de la Virgen el grano de que fué formado; fué mezclado, por decirlo así, con levadura en la Encarnación; amasado en la Pasión, cocido en el sepulcro, conservado en la Iglesia y servido en los altares, y es distribuído todos los días a los fieles como manjar celestial. (SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 67*, P. L. 52, 392.)

Otra de las prendas que se dejaron a la Iglesia para su sostenimiento son el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se ofrecen sobre los altares de los cristianos, ese cuerpo que nació de María, la Virgen inmaculada, que fué crucificado por los judíos incrédulos..., que resucitó al tercer día de entre los muertos y está sentado en el Cielo a la diestra de Dios Padre, lleno de gloria y majestad. *(Exposición de las ceremonias de la Misa.* Tratado gaélico del siglo V. Cfr. CORBLET, l. c. I, p. 105.)

Edad Media 48

Salutaciones que deben decirse delante del Cuerpo de Cristo

Salve, oh Cristo Jesús, hijo de la Virgen María, Verbo del Padre, Cordero de Dios, Salud del mundo, Hostia Sagrada, Verbo carne, fuente de piedad. Salve, oh Cristo Jesús, alabanza de los ángeles, gloria de los santos, visión de paz, pura divinidad, hombre verdadero, flor y fruto de la Virgen Madre. Salve, oh Cristo Jesús, esplendor del Padre, príncipe de la paz, puerta del cielo, pan vivo, hijo de una Virgen, vaso de pureza. Salve, oh Cristo Jesús, luz del cielo, príncipe del mundo, alegría nuestra, pan de los ángeles, regocijo del corazón, rey y esposo de la Virgen Madre. Salve, oh Cristo Jesús, camino suave, verdad suprema, recompensa nuestra, fuente de caridad, amor dulcísimo, nuestro descanso, vida que nunca se acaba. Amén. (*De un salterio de Lira*, s. XIII. Cfr. D. L. GOUGAUD, *La Vie et les Arts liturgiques*, 1923, p. 535.)

E) CONCLUSION

a) ACCION DE GRACIAS POR LOS SANTOS MISTERIOS

Antigüedad 49

Gracias te damos, Padre Santo, por tu glorioso nombre que hiciste habitar en nuestros corazones, y por la ciencia, la fe y la inmortalidad que nos mostraste por Jesucristo tu siervo: gloria a Ti por los siglos. Tú, dominador omnipotente, creaste todas las cosas por tu nombre y diste a los hombres la comida y la bebida

para fruición suya, para que te diesen gracias: a nosotros nos has dado un manjar y una bebida espiritual, y la vida eterna por tu Hijo. Pero, sobre todo, te damos gracias porque eres poderoso. Gloria a Ti por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para que la libres de todo mal y la perfecciones en tu amor; reúnela de los cuatro vientos, santificada en el reino que le has preparado, porque tuya es la virtud por los siglos. Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David; si alguno es santo, acérquese; si no lo es, que haga penitencia. Maran atha (Viene el Señor). Amén. *(Oración eucarística de la Doctrina de los doce Apóstoles.* Cfr. AMANN, *El dogma católico en los Padres de la Iglesia,* 1922, p. 6-7.)

50 *Edad Media*

Gracias te damos, Padre Omnipotente, por aquellos que ya gozan de la bienaventuranza pidiendo ser asistidos por su intercesión ante Ti. Te ofrecemos el sacrificio de tu Hijo por aquellos que están ahora en el lugar de su purificación, suplicándote que por esta hostia santísima se abrevie y disminuya su pena. Y te lo ofrecemos también por nosotros que gemimos todavía bajo el peso de los pecados de la carne y de la sangre, pidiéndote que seamos purificados y lavados de esos pecados por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina eternamente contigo. *(Misal de Salisbury,* s. XII, D. A. WILMART, *Vie et Arts liturgiques,* 1932, p. 1-2.)

Salve Carne Santísima que eres para mí la suprema dulzura. — Salve bebida celestial que eres para mí suavísima entre todas las cosas. *(Salutación al Cuerpo y Sangre de Cristo. Misal de Troyes del* s. XI, D. L. GOUGAUD, *La Vie et les Arts liturgiques,* 1923, p. 530-531.)

b) ORACION PARA LA ELEVACION

Salve, principio de nuestra creación. Salve, precio de nuestra Redención. Salve, viático de nuestra peregrinación. Salve, recompensa y remuneración nuestra. Salve, Salvador del mundo, rey de gloria. Dichoso el seno que te llevó, y los pechos que tú mamaste *(Misal de Troyes,* s. XIII, *Ibíd.,* p. 534.)

LECCIONES DE SANTO TOMAS DE AQUINO 51

Los inmensos beneficios de la munificencia divina para con el pueblo cristiano confieren a éste inestimable dignidad. No existe, en efecto, ni ha existido jamás una nación, por grande que haya sido, que haya tenido los dioses tan cerca como nuestro Dios lo está de nosotros. Porque su Hijo unigénito, queriendo hacernos participantes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza de suerte que, haciéndose hombre, hizo de los hombres dioses. E incluso, lo que tomó de nosotros, lo entregó totalmente para nuestra salvación. En efecto, para nuestra reconciliación ofreció a Dios Padre su Cuerpo, como víctima, en el altar de la Cruz, y derramó su Sangre como precio de nuestro rescate y como agua para lavarnos, a fin de que rescatados de una ruin servidumbre seamos purificados de todos nuestros pecados. Y para que conservemos el recuerdo perpetuo de tan gran beneficio, nos dejó a sus fieles su Cuerpo como manjar y su Sangre como bebida para ser comido y bebido bajo las apariencias de pan y de vino.

¡Oh precioso y admirable festín que da la salud y está lleno de toda suavidad! En efecto, ¿qué puede haber más precioso que este banquete donde se nos ofrece como alimento, no la carne de los toros y de los machos cabríos, como en la antigua ley, sino el mis-

mo Cristo, verdadero Dios? ¿Qué cosa más admirable que este Sacramento? En él, el pan y el vino se cambian sustancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, lo que hace que Cristo, Dios y hombre perfecto, se halle contenido bajo las apariencias de un poco de pan.

II. — Es comido con toda verdad por los fieles y, sin embargo, no es desgarrado, sino que, dividido el Sacramento, El permanece intacto. Y sobre El subsisten las apariencias que no tienen ya su sostén natural, de suerte que la fe encuentra donde ejercitarse, puesto que un cuerpo visible, pero oculto bajo una apariencia extraña, es comido sin ser visto; y los sentidos que juzgan sólo por lo que conocen de las apariencias están resguardados de todo error.

No podría haber por consiguiente Sacramento más saludable que éste que borra los pecados, acrecienta las virtudes, enriquece el alma con la abundancia de todos los bienes espirituales. Se ofrece en la Iglesia por los vivos y por los difuntos, para que todos participen de lo que ha sido instituído para la salud de todos. Nada podrá jamás expresar la suavidad de este Sacramento por el cual se gusta en su fuente la dulzura espiritual y que recuerda la memoria de esa caridad excelentísima que Cristo mostró en su Pasión. Y precisamente, para que la inmensidad de esta caridad se grabase más profundamente en el corazón de los fieles, en la última Cena, celebrada la Pascua con sus discípulos y a punto de dejar este mundo para volver a su Padre, instituyó este Sacramento, como eterno memorial de su Pasión, como cumplimiento de todas las figuras del Antiguo Testamento, como el mayor de sus milagros y como un consuelo especialísimo que dejaba a los que entristecía su partida.

III. — Por eso conviene que la devoción de los fieles conmemore solemnemente la institución de un Sacra-

mento tan saludable y tan admirable, para venerar el modo inefable de la divina presencia, para alabar el poder de Dios que en el mismo Sacramento obra tantas maravillas, y para dar a Dios las gracias que le son debidas por un beneficio tan útil y tan dulce.

Cierto que, el día de Jueves Santo en que como es sabido fué instituído este Sacramento, se hace mención de esta institución en la solemne celebración de la Misa; pero el resto del Oficio de este día se refiere sólo a la Pasión que la Iglesia venera durante esa semana. Mas para que el pueblo fiel pudiera conmemorar solemnemente, mediante la celebración de un oficio completo, la institución de tan gran Sacramento, el Papa Urbano IV, llevado de la devoción hacia este Sacramento, dispuso que la memoria de esta institución fuese celebrada por todos los fieles el primer Jueves después de la Octava de Pentecostés. De este modo nosotros que, en el transcurso de todo el año, tenemos la dicha de participar de este Sacramento para nuestra salvación, conmemoramos más especialmente su institución, (relacionándola) con la época en que el Espíritu Santo enseñó a los discípulos el conocimiento pleno de los misterios de este Sacramento. Porque en ese tiempo comenzaron los fieles a recibir con más frecuencia este Sacramento. En los Hechos de los Apóstoles se lee que inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo "perseveraban oyendo a los Apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y orando en común".

Y para que durante este Jueves y la Octava que le sigue se conmemorase con mayor solemnidad y esplendor esta santa institución, en lugar de las distribuciones materiales que se hacen de costumbre en las catedrales en provecho de los canónigos presentes a los Oficios del día y de la noche, dicho Pontífice concedió, con liberalidad apostólica, recompensas espiri-

tuales a todo fiel que asistiese personalmente a estos mismos oficios, con ocasión de esta solemnidad en cualquier Iglesia. Lo cual excitaba a los fieles a reunirse con mayor presteza y en mayor número para la celebración de esta fiesta. (Lecciones *Inmensae divinae largitatis*, según el texto primitivo del Oficio del Santísimo Sacramento, compuesto por Santo Tomás de Aquino para el día del Corpus. Cfr. D. C. LAMBOT, *L'Office de la Fête-Dieu*, en *Rev. ben.*, 1942, p. 75-77.)

IV. — LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

En la tradición patrística y medieval no se encuentra de lo que constituirá más tarde la devoción al Sagrado Corazón, más que algunos textos que comentan la acción de S. Juan, reclinado sobre el pecho del Señor, o la herida del costado traspasado por la lanza, cuando estaba en la Cruz. La devoción a la llaga del costado que se desarrolló en la Edad Media puede considerarse como el primer jalón de la devoción al Sagrado Corazón.

a) SAN JUAN Y EL PECHO DE JESUS

> *Pues bien, el uno de ellos se recostaba en el pecho de Jesús. Era el que amaba Jesús.* (Juan XIII, 23.)

Padres griegos 52

Podemos asegurar que las primicias de toda la Sagrada Escritura son los Evangelios; y de los Evangelios, el Evangelio de San Juan. Nadie puede percibir el profundo sentido de este Evangelio si no ha descansado sobre el pecho de Jesús y si Jesús no le ha dado a María por Madre... Porque nadie, sino Jesús, es hijo de María. (ORÍGENES, *In Jo., pref.*, P. G. 14, 32.)

53

Edad Media

REVELACIÓN DE SANTA GERTRUDIS EN LA FIESTA DE SAN JUAN

En la solemnidad del Apóstol San Juan, asistía Gertrudis a los Maitines con gran devoción cuando se le apareció el discípulo a quien tiernamente amaba Jesús, dándole inequívocas muestras de amistad: Díjole ella: "¿Qué podré alcanzar yo miserable, en esta tu solemnidad tan consoladora?" Y El contestó: "Ven conmigo, escogida de mi Señor, descansemos juntos sobre el dulce pecho en que están escondidos los tesoros de toda bienaventuranza". Y tomándola en espíritu, llevóla consigo a la amable presencia del Salvador; colocóla a la derecha y él se inclinó para descansar a su izquierda. Y estando ambos suavemente recostados en el regazo de Jesús, tocando San Juan amorosa y reverentemente con el índice en el pecho del Señor, dijo a Gertrudis: "Este es el Santo de los Santos que trae hacia sí todo el bien del cielo y de la tierra"... Sintiéndose inefablemente recreada con los santísimos latidos con que sin cesar se agitaba el corazón divino, Gertrudis dijo a Juan: ¿Sentiste tú, amado del Señor, por ventura, el gusto de estos santísimos latidos, cuando en la cena te recostaste sobre el mismo pecho dulcísimo, como yo ahora lo siento?" Y él respondió: "Sentílos de verdad y experimentélos dulcemente, y su suavidad penetró en mi alma, cual nunca podrá penetrar, en el agua miel un bocado de pan tierno. Encendióse con ellos tan de veras mi alma cual pudiera hervir el agua en una inmensa hoguera." Y repuso ella: "¿Porqué, pues, lo pasaste tú en silencio, y no escribiste algo que nos lo hiciese sospechar siquiera para nuestro provecho?" Mi misión—respondió—era manifestar a la Iglesia naciente con una sola palabra el Verbo increado de Dios Padre; y esta sola palabra

podrá satisfacer al entendimiento de todo el género humano hasta el fin del mundo. Pero el dulcísimo lenguaje de los latidos del corazón divino se ha reservado para los tiempos modernos, a fin de que el mundo viejo y tibio pueda calentarse de nuevo con la revelación de este misterio." (Santa Gertrudis, *Heraldo del Amor divino,* libro IV, cap. 4).

b) LA HERIDA DEL COSTADO

Padres griegos 54

¿Has observado el poder de la verdad? Con sus actos cumplen los judíos una profecía, porque otra más se ha verificado aquí: "Vinieron los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones, pero no las de Cristo". Sin embargo, para no desagradar a los judíos, abrieron el costado de una lanzada e infirieron ese baldón al cuerpo muerto. ¡Hazaña detestable y criminal! Sin embargo, no te turbes, carísimo; los actos que sus malos sentimientos les inspiraban proclamaban, más alto la verdad. Y había una profecía que decía: "mirarán al que traspasaron". Lo que los soldados hicieron había de servir, no solo para que se cumpliese la palabra del profeta, sino también para convencer a los que más tarde no quisiesen creer, como Tomás y los que con él estaban.

Además se cumplió otro misterio inefable, porque salió "sangre y agua". Y no brotaron por casualidad y sin motivo esas fuentes, sino por que de ellas se formó la Iglesia. (San Juan Crisóstomo, *Homilía 85 in Joan.,* P. G. 59, 465).

Del costado herido de Cristo salió sangre y agua... Por el costado del segundo Adán vinieron al primero la redención y la purificación. La sangre que de él brotó obró la redención y el agua nos ofreció un baño

purificador. (PSEUDO-ATANASIO, *Quaestion od. Antioch.*, P. G. 28, 694.)

55 *Padres sirios*

Ensalzad la bondad de Dios que, después de haber sido prohibidos al hombre el acceso al Paraíso y el uso del fruto del árbol de la vida, quiso tomar un cuerpo pasible, para facilitarnos, con la abertura de su costado, el camino del cielo. (SAN EFRÉN, *Serm. in Nativ. Domini)*.

56 *Padres latinos*

El Evangelista escogió la palabra: no dijo: golpeó o hirió, sino más bien, "abrió el costado de Jesús" haciendo ver en él como una puerta por donde brotó la vida, de donde fluyen los sacramentos de la Iglesia sin los cuales no nos es dado acercarnos a esta vida que es la verdadera vida. Esta sangre fué derramada para remisión de los pecados. Esta agua se mezcla en el cáliz de la salud y nos lava y sacia nuestra sed. Esta abertura estaba figurada por la puerta que Noé abrió en uno de los lados del arca, y por la cual entraron todos los seres vivientes que fueron preservados del diluvio; todo lo cual fué imagen de la Iglesia. Así, la primera mujer fué formada del hombre dormido, y fué llamada vida y madre de los vivientes. Fué el signo de un gran bien, antes del gran mal de la prevaricación. Y el segundo Adán, inclinada su cabeza, se durmió sobre la Cruz para que de él fuese sacada su esposa, la cual salió de su costado durante su sueño. ¡Oh muerte que haces revivir a los muertos! ¿Qué cosa hay más pura que esta sangre? ¿qué cosa más saludable que esta herida? (SAN AGUSTÍN, *Trac. 120 in Jo.*, P. L. 35, 1053).

"Levántate, paloma mía, dice el Señor en el Cantar de los Cantares y ven a la abertura de la piedra y a los agujeros de la roca. Por los agujeros de la roca hay que entender las heridas de las manos y de los pies

de Cristo colgado de la Cruz: por la abertura de la piedra la llaga de su costado abierto por la lanza. Y con razón se dice que la paloma se encuentra en los agujeros de una roca y en la abertura de una piedra; porque así hace el alma sencilla cuando, al recordar la Cruz del Salvador, imita la paciencia de Cristo y, cuando se acuerda de sus heridas, se siente impulsada a caminar siguiendo las huellas de su Salvador, y en sus heridas encuentra su alimento. (San Gregorio Magno, *In Cantic., 2, 15,* P. L. 79, 499).

El costado de Cristo fué abierto para que la gracia se derramase sobre los fieles. Como la fuente de agua brotó de la roca golpeada, así Cristo, herido en la Cruz, derramó sobre los que tenían sed de El la gracia de la purificación y los dones del Espíritu Santo. (San Isidoro, *In Exod., c. 24,* P. L. 83, 299).

Cuando se ofreció a sí mismo en santo sacrificio por nosotros, de la herida de su costado brotó una fuente viva de la cual salieron en el mismo instante, como dos ríos místicos, la sangre de la redención y el agua del bautismo. (Paulino de Aquilea, Cfr. D. A. Wilmart, *Rev. Ben.,* 1922 p. 42).

Edad Media 57

Si según la manera de hablar del Apóstol, Cristo es la piedra, los agujeros de la piedra no pueden ser otros que las heridas que Cristo recibió por nuestra salvación. En estos agujeros en los que se oculta la paloma para hacer el nido, está simbolizada el alma fiel e incluso toda la Iglesia que coloca la única esperanza de su salvación en la Pasión del Señor. (San Beda, *In Cantic. 3,* P. L. 91, 1111).

Cristo quiso morir con los brazos extendidos como para abarcarnos a todos en un mismo abrazo. Nos llama a todos a sí y no rechaza a nadie; inclina la cabeza

y ofrece a sus enemigos el beso de paz, olvidando todas las injurias, satisfaciendo incluso por ellas; su cuerpo atravesado por todas partes y su costado abierto nos indican que nos dió su cuerpo, su sangre, su corazón y su alma, hasta incluso su divinidad y su humanidad y con ellas la vida y la regeneración. Les dió a todos y cada uno de nosotros en particular. (RÁBANO MAURO, *trac. de Pass. Domini.* PEZ, *Thes, anecd.,* t. IV, p. 11, col, 10).

Para que del costado de Cristo, dormido en la Cruz, se formase la Iglesia, uno de los soldados le hirió con una lanza y le abrió el costado. Y fué permisión de la Divina Providencia, a fin de que, brotando de la herida sangre y agua, se derramase el precio de nuestra salvación, el cual, manando de la fuente arcana del corazón, diese a los sacramentos de la Iglesia virtud de conferir la vida de la gracia; y fuese en adelante, para los que viven en Cristo, la copa tomada de la fuente viva que salta hasta la vida eterna.

Levántate, pues ¡oh amiga de Cristo! y no ceses de velar; ven, aplica tus labios para que bebas las aguas de las fuentes del Salvador. (SAN BUENAVENTURA, *El Arbol de la vida,* 30).

V. — LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

En la Liturgia latina es una fiesta tardía y de poca solemnidad; en el Oriente, por el contrario, su importancia es grandísima. Por eso, para mejor información de nuestros lectores, reproduciremos aquí algunos de los textos de la liturgia griega de esta fiesta, llenos de profunda teología.

Liturgia griega 58

> *Y esa voz bajada del cielo la oímos los que con El estábamos en el monte Santo.* (II Pedro, I, 18.)

En este día, Cristo, sobre el Tabor, transformó la naturaleza entenebrecida de Adán. Al cubrirla con su resplandor la divinizó. Iluminados con el resplandor de las virtudes, subamos a la montaña Santa para contemplar la divina Transfiguración del Salvador. En el Tabor, Moisés y Elías vieron a un Dios, hijo de una doncella Virgen, encarnado para la redención del mundo. *(Apostiches de Vísperas menores, Meneos,* ed. rom., t. VI, p. 330.)

Antes de que subieras a la Cruz, oh Señor, la montaña semejó un cielo y una nube se extendió sobre ella como un tabernáculo, mientras Tú estabas transfigurado y el Padre daba testimonio de Ti. Allí estaba Pedro con Santiago y Juan, los mismos que habían de estar a tu lado en el momento de la traición, para que, habiendo contemplado tus maravillas, no se aterrasen

ante tus sufrimientos. Haznos dignos, por tu gran piedad, de adorar esos sufrimientos. *(1.º Idiomele del monje Cosmas, Vísperas mayores, ibíd.).*

Cuando te transfiguraste sobre la alta montaña teniendo contigo a los predilectos de entre tus discípulos, brillaste repentinamente con glorioso resplandor, mostrando que los que se distinguen por la altura de sus virtudes, serán considerados dignos de la gloria divina. Cuando hablaban con Cristo Moisés y Elías, le proponían como el Señor de vivos y muertos y el Dios que en otro tiempo había hablado por los profetas; y la voz del Padre, saliendo de la nube luminosa, daba testimonio de El en estos términos: "Escuchadle a El que, por la Cruz, despoja al Infierno y da a los muertos la vida eterna. *(Id. 3.º Idiomele, ibíd.,* p. 331.)

Queriendo hacerles ver una pálida imagen de tu Resurrección, oh Cristo Dios, tomaste contigo a tres de tus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, para subir al Tabor. Durante tu Transfiguración, oh Salvador, oh Verbo, la montaña se cubrió de luz. Tus discípulos se echaron con el rostro en tierra, no pudiendo soportar la vista de tu invisible aspecto. Los ángeles te servían con temor y miedo, los cielos temblaban y la tierra se estremecía viendo en el mundo al Señor de la gloria. *(Doxastié de Anatole, ibíd).*

El astro anterior al Sol, Cristo, cuando moraba en esta tierra, habiendo cumplido antes de subir a la Cruz todo lo que llevaba consigo su penosísima economía, nos hizo ver en este día sobre el Tabor una misteriosa imagen de la Trinidad. Tomando consigo a sus tres discípulos preferidos, Pedro, Santiago y Juan y velándoles un tanto la carne que había tomado, se transfiguró ante sus ojos, manifestándoles en sí mismo la gloria de su hermosura original aunque no en todo su esplendor; y aunque plenamente saciados de su vista, con todo eso cuidó mucho de que esa contemplación

no les quitase la vida. No debían mirarle sino en la medida en que pudieran soportarlo. Del mismo modo llamaba junto a sí a los primeros profetas Moisés y Elías para dar testimonio de su divinidad y para afirmar que El es el reflejo verdadero de la esencia de su Padre y el Señor de vivos y muertos. Y una nube les cubrió como una tienda y, desde lo alto, la voz del Padre resonó en la nube dando testimonio de El. "Este es el Hijo muy amado que yo he engendrado en mi seno inmaterialmente antes de la aurora; le ha enviado a salvar a aquellos que fueren bautizados en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y confesaren con fe que el único poder de la divinidad es indivisible: Escuchadle". Tú, pues, oh Cristo Dios, que eres bondadoso, ilumínanos con la luz de tu gloria inaccesible y haz de nosotros dignos herederos de tu reino eterno, Tú que eres infinitamente bueno. *(3.° Idiomel de la Litia, ibíd.* página 334.)

El que en otro tiempo habló a Moisés en figura sobre el monte de Sinaí y le dijo: "Yo soy el que soy", se ha transfigurado hoy en el Tabor delante de sus apóstoles, para mostrarles la naturaleza humana revestida en El de la hermosura original de su arquetipo. Y llamando junto a sí a Moisés y Elías para ser testigos de gracia tan grande, les hizo participar de su gozo y anunciar anticipadamente su muerte de Cruz y su resurrección redentora. *(Vísperas 1.° Idiomel de los aposticos. Ibíd.,* p. 335.)

Al contemplar en lontananza en espíritu tu venida en carne mortal, oh Hijo unigénito, tu antepasado David invitó ya a toda la creación a regocijarse, diciendo: "El Tabor y el Hernón saltarán de gozo al oír tu nombre". En efecto, subida la primera de estas cumbres con tus discípulos, oh Salvador nuestro, te transfiguraste e hiciste resplandeciente la naturaleza de Adán, entenebrecida por el pecado, después de haberla trans-

formado en la gloria admirable de tu Divinidad. Por eso decimos: Gloria a Ti, Señor creador del universo. (*Id. 2. Idiomele*, pág. 335).

Para indicar el cambio que experimentarán los mortales con tu gloria, oh Salvador, en tu segunda y temible venida, te transfiguraste en el monte Tabor. Moisés y Elías conversaban contigo; junto a Ti tenías, oh Maestro, a tus tres discípulos y al ver tu gloria quedaron fuera de sí por tu resplandor. Tú que sobre ellos hiciste brillar tu luz, ilumina nuestras almas. (*Catismo de la 1.ª Estrof. de Maitines, ibíd.* p. 336).

INDICE

[illegible] en [illegible] de [illegible] P[illegible] eso decimo [illegible] (Catismo [illegible])

[illegible] que [illegible] lo [illegible] elevado [illegible] la [illegible] terrible [illegible] te [illegible] señor. Moises y Elias [illegible] oh Maestro [illegible] quedará [illegible] sobre [illegible] (Catismo [illegible])

Págs.

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

PROPIO DEL TIEMPO

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

FLORILEGIO